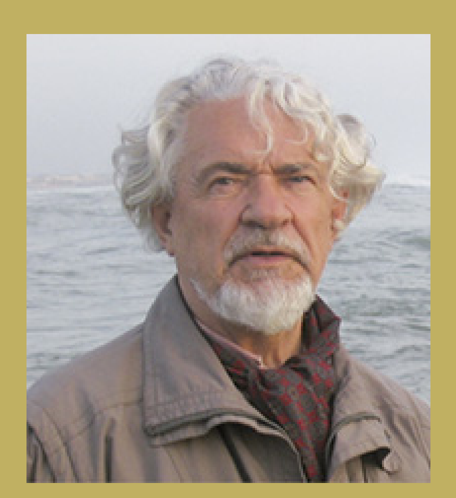
Vitali Shentalinski

La palabra arrestada

Isaak Bábel, Ósip Mandelstam, Mijaíl Bulgákov, Marina Tsvietáieva, Andréi Platónov, Anna Ajmátova, Maksim Gorki, Borís Pasternak



Galaxia Gutenberg



Vitali Shentalinski nació en 1939 en Siberia, pasó su infancia en un pueblo tártaro y se trasladó a Moscú para estudiar Periodismo. Después de unos años trabajando en la estación polar de una isla en los confines del planeta, donde participó en cinco expediciones al Ártico, desarrolló durante muchos años una importante labor como editor de radio y televisión en diversos medios de comunicación soviéticos. Ha colaborado en la producción de varios documentales entre los que destacan *Confidential life of the Soviet Union* en 1990, *KGB and publicity* en 1992 y *The Manuscripts do not burn* en 1997.

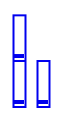
En 1988, en plena perestroika, cuando el país pugnaba por abrirse a la democracia, Shentalinski presionó a la Organización de Escritores, a la opinión pública y a los gerifaltes del Partido para formar una comisión que pudiera sacar a la luz pública la verdad sobre el incierto destino de los intelectuales rusos represaliados, cuya historia permanecía oculta en los archivos de la Lubianka. Fue así el primero en abrir los archivos literarios del KGB y en rescatar valiosos manuscritos y documentos relacionados con la vida de notables escritores rusos como Mandelstam, Berdiáyev, Platónov, Tsvietáieva, Ajmátova o Pasternak. Los logros de sus investigaciones aparecieron recogidos en la trilogía compuesta por los títulos: *Esclavos de la libertad* (2005), *Denuncia contra Sócrates* (2006) y *Crimen sin castigo* (2007) en la que, a través de informes clasificados y documentos secretos, reconstruye los procesos que arruinaron la carrera y la vida de tantos hombres. En este nuevo libro, el autor reordena y amplía la información ya presentada en esta trilogía.

Vitali Shentalinski es autor también de varios poemarios y de ensayos traducidos a diversas lenguas, así como responsable –junto con el profesor de literatura rusa Ricardo San Vicente– de la colección «La tragedia de la cultura», que reúne seis volúmenes de clásicos de la literatura rusa del siglo XX, publicados bajo este sello.

Nunca en la historia de la humanidad un régimen político se ensañó tanto con la inteligencia y la creación artística como el totalitarismo soviético. Fueron miles los escritores, artistas, científicos, investigadores, profesores universitarios, represaliados por el régimen, silenciados o asesinados. Y millones, las personas castigadas sin crimen.

Este libro se centra en ocho de los mejores escritores rusos del siglo XX, víctimas del estalinismo. Su autor, Vitali Shentalinski, fue uno de los pocos investigadores que tuvo acceso a los archivos hasta entonces secretos de la KGB y la Oficina de la Fiscalía de la URSS, durante los años en que permanecieron abiertos a la consulta pública. Hoy vuelven a estar inaccesibles por decisión gubernamental.

A través de los documentos policiales, interrogatorios, cartas y manuscritos, el presente volumen reconstruye el intento de destrucción de la persona y la obra de Bábel, Mandelstam, Bulgákov, Tsvietáieva, Platónov, Ajmátova, Gorki y Pasternak, convirtiéndose así en un documento imprescindible y valiosísimo para comprender lo que ocurrió y preservar la memoria de un terror de Estado que todavía no ha sido declarado como crimen contra la humanidad.



Traducción del ruso: Marta Rebón, Ricard Altés Molina y Jorge Ferrer Díaz

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero 2018

Imagen de portada: Archivo del autor.

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-27-2

Índice

EL PETREL EN LA JAULA
MAKSIM GORKI

UN FÁRMACO CONTRA LA DESMEMORIA
EPÍLOGO

PRÓLOGO

¿«Conservar a perpetuidad»?, o ¿«Estrictamente confidencial»?

¿Cómo empezó todo? ¿Qué sucedió? ¿Cómo llegaron a mí los protagonistas de este libro –escritores, poetas y sabios, ascetas y *bon vivants*, vencidos y vencedores–: esclavos todos ellos de la libertad, de la ilusoria libertad nunca antes vista en la historia, que fue proclamada en la sexta parte de la tierra firme del planeta un día del siglo XX? ¿O fui yo quien salió a su encuentro?

La víspera del día de Año Nuevo de 1988 terminé un nuevo libro de poesía. Puse el punto final y me liberé de un peso. Al hacerlo, sentí un gran vacío dentro de mí, un agujero o un embudo de esos que no cierran de inmediato, sino que lo hacen con el tiempo, cuando cae en ellos la semilla de un nuevo proyecto. Miré a mi alrededor. La vida parecía impredecible.

Por primera vez desde 1917 en el país reinaba la incertidumbre. La perestroika bullía por todas partes. La inerte ciénaga social en la que habíamos estado atrapados se vio sacudida y se agitó. De repente, todos se percataron de que no podíamos continuar viviendo así, que era posible vivir de otra manera. Lo que no sabía nadie era cómo había que vivir. El podrido sistema soviético era incapaz de evolucionar, y así empezó su impetuosa y dolorosa descomposición, una agonía que, de una manera u otra, nos arrastró a todos. Una nueva era llamaba a la puerta.

Lo más importante de todo era cobrar conciencia, despertar de la sinrazón y la ausencia de derechos en las que habíamos vivido, recuperar la dignidad. Y recuperar la memoria, porque tanto nuestro pasado como nuestra historia nos habían sido incautados, primero, para sernos devueltos horrorosamente deformados, después, en un proceso que afectó también a la

literatura. En la guerra que el poder entabló con su propio pueblo, la profesión de escritor fue de las más afectadas.

La palabra y la literatura han ocupado siempre un lugar prominente en la vida de los rusos. En Rusia, la literatura ha sido siempre más que un mero arte y ha hecho las veces de un parlamento del que la sociedad se ha servido para compensar la carencia de un parlamento político. La literatura ha sido, pues, la voz de la conciencia y de la verdad. En Rusia se ha asesinado por las palabras: ¡así de alto se las cotiza! ¡Cuántos artistas de la palabra no han acabado subidos a ese Gólgota!

Pero el escritor tiene sus propias cuentas que ajustar con el tiempo. Su vida no termina con su muerte física. Mientras es leído sigue vivo. No es posible resucitar a todas las víctimas de la represión, pero a los escritores sí se los puede devolver a la vida. Para ello sólo hace falta darles la palabra. Y sus palabras se hallan en manuscritos, que tal vez estén sepultados en secretos depósitos u ocultos en archivos particulares que los libraron de la maléfica acción del KGB, mientras esperan su hora clamando por nosotros.

«Conservar a perpetuidad» y «Estrictamente confidencial» son las dos leyendas que figuran en los expedientes de las víctimas de la represión. ¿No habrá llegado la hora de distinguir entre lo que de veras merece la etiqueta de «Estrictamente confidencial» y devolvernos, devolver a la sociedad, lo que se debe «Conservar a perpetuidad», es decir, nuestra historia, nuestra cultura? Resulta evidente que sólo aquello que se convierte en patrimonio de la transparencia y, como tal, se lo conserva a perpetuidad, acaba salvándose del olvido.

Claro está que no se trata de tarea para un solo hombre. No se toma por asalto la Lubianka en solitario. Por eso escribí deprisa una carta, un llamamiento a los escritores:

> Apreciados colegas:
>
> Les remito la siguiente propuesta:
>
> Durante los años de poder soviético se detuvo a unos 2.000 escritores, y cerca de 1.500 murieron en cárceles y campos de trabajo, mientras esperaban que les pusieran en libertad. Por supuesto, esas cifras son inexactas, pero por ahora es imposible precisarlas más. «Desearía nombrarlos a todos, pero se han llevado la lista y no se sabe dónde buscar información…»,

escribió Anna Ajmátova. Las circunstancias y las fechas de las muertes de estos escritores se silencian o se falsifican, sus biografías están rellenas de lagunas, y cuando se los cita en las enciclopedias y obras de consulta se aportan datos que no se corresponden con la realidad.

Hay algo aún más importante. A saber, que durante las detenciones, a estos escritores se les confiscaban sus manuscritos y sus archivos, que eran amontonados en depósitos secretos. Cabe la esperanza de que una parte de esa documentación permanezca intacta. ¡Tratemos de salvarla! ¡Rompamos el sello de la caja negra! Precisamente ahora, en estas condiciones de democracia y transparencia incipientes, es el momento oportuno para hacerlo, ya que albergamos la esperanza de que no estemos ante un mero «deshielo», sino que asistimos a una auténtica primavera. ¡Comprobemos de una vez por todas si es verdad que los manuscritos no arden! No resucitaremos a los muertos, pero podemos compensar el saqueo espiritual que ha sufrido el pueblo. Es nuestra obligación hacerlo.

Sugiero que en el marco de la Unión de Escritores se cree una Comisión especial que se ocupe de este sagrado asunto. Esta Comisión debe ser elegida democráticamente, tras un debate general previo a la votación.

5 de enero de 1988

Bulat Okudzhava fue de los primeros en prestar su apoyo a la idea de crear la Comisión. Nos reunimos en su casa para discutirla. Al encuentro acudieron también el poeta Anatoli Zhigulin, antiguo recluso en Kolymá, y Oleg Vasílievich Vólkov, patriarca de la literatura que había pasado veintisiete años en los campos de trabajo y en el destierro. Llamamos a los novelistas Kamil Ikramov y Yuri Davydov, dueños también de una amarga experiencia carcelaria, y al reputado ensayista Yuri Kariakin, quien, a pesar de no haber estado nunca entre rejas, había sufrido un duro acoso por parte de las autoridades. Así formamos una suerte de grupo impulsor.

Enseguida debimos enfrentarnos con un problema. ¿Cómo podríamos aunar a demócratas de convicción, enfrentados a la línea oficial de la Unión de Escritores, y a la dirección de esta, integrada por ortodoxos funcionarios comunistas de los que, como pudimos comprobar, resultaba imposible prescindir?

Mi amigo, el poeta Vladímir Leónovich, me convenció:

–Tú deja que los «impíos» se entreguen a hacer buenas obras: es su única oportunidad de mostrar que poseen un lado bueno…

Era imprescindible sumar también a escritores de otras repúblicas de la Unión, de Leningrado, de Siberia, etcétera, para conseguir que todo el país

estuviera representado en la Comisión. A medida que se nos sumaban escritores de la talla de Víktor Astafiev, Guevork Emin o Chobúa Amiredzhibi el proyecto comenzaba a tomar otra dimensión. Ahora ya contábamos con una base firme.

Hizo falta un año entero para que la descabellada idea que impulsábamos acabara de cuajar. Antes fue preciso atravesar una empalizada erizada de púas burocráticas. No paraba de escuchar los «¡Eso es imposible!», «¡Eso no está permitido!», «¡Esas no son maneras de hacer las cosas!». O los «Espere un poco», «Eso tenemos que valorarlo primero», «Hemos de pedir consejo a los camaradas antes», etcétera.

Mi idea era empujada de un lado a otro como si de un balón se tratara, pero sólo se movía por la horizontal: ¡nadie se atrevía a mandar un pase hacia arriba! Iba de mesa en mesa y aunque en cada una de ellas había un teléfono, nadie tenía el arrojo necesario para marcar el número de la instancia capaz de desencallar el asunto, es decir, de llamar al Comité Central del PCUS o al propio KGB. ¡Como si fuera difícil imaginar dónde radicaba la solución!

Y no obstante, la idea acabó subiendo los escalones de la jerarquía soviética. Avanzaba insegura, pero no paraba de subir. De la mesa de la célula del Partido en la Unión de Escritores pasó al Comité metropolitano del Partido, de allí se encaramó al Comité Central del PCUS y de este, por fin, subió al Buró político. Allá arriba, la habría hundido sin remedio ese «adalid de todos los emprendimientos y logros» que es el Buró político, de no haber caído en la mesa de Aleksandr Yákovlev, el «arquitecto de la perestroika». Entonces sucedió el milagro. El decisivo empuje imprimido por Yákovlev desatascó el embrollo y la Fiscalía y el KGB recibieron la orden de propiciar la buena marcha de la iniciativa impulsada por los escritores. Nada habríamos conseguido sin ese impulso decisivo. ¡Habíamos sido atendidos por fin!

En diciembre de 1988 los periódicos anunciaron la creación de la Comisión para el estudio del legado literario de los escritores represaliados. Con la publicación de la resolución que establecía su nacimiento y la extensión de sus trabajos a todo el país, la Comisión adquiría estatus legal

en el conjunto de la URSS. ¿Acaso yo podía imaginar entonces que pasaría muy poco tiempo antes de que desapareciera la URSS y junto con ella se esfumara la Unión de Escritores soviéticos?

No obstante, la idea alcanzaría a sobrevivir a esas desapariciones…

Cuando principiaron los trabajos de la Comisión, antes de la desaparición de la URSS y la Unión de Escritores, a las sesiones de trabajo acudían escritores llegados de todo el país y sostenían encendidas discusiones a lo largo de tempestuosos debates. De pronto resultó que por todas partes, desde el Báltico hasta el océano Pacífico, había entusiastas que recopilaban y cuidaban con mimo la memoria del período más trágico conocido por la historia de nuestra literatura. No paraban de llegar cartas y envíos postales. El teléfono sonaba constantemente. La gente nos enviaba y nos traía poemas, relatos, recuerdos, documentos, fotografías y dibujos; llegaban de distintas ciudades para ofrecernos lo que habían escrito y escondido durante años y durante décadas, bajo la amenaza de los registros y las detenciones. Había textos propios y de terceras personas que los habían entregado para que otros los guardaran; también había textos de escritores conocidos, poco conocidos o absolutamente desconocidos que se habían conservado por casualidad. «¡Tenedlos, imprimidlos! ¡Confiamos en vosotros y sabemos que ya nadie nos quitará esto, que ya nadie lo destruirá!», nos decían.

Lo mejor de todo lo que nos entregaban lo publicábamos enseguida en diarios y revistas. También publicamos recopilaciones en forma de libro. La maquinaria editorial trabajaba a marchas forzadas. La palabra reprimida, la palabra secreta, comenzaba a abrirse paso por fin hacia los lectores. Como en los versos de M. Lomonósov: «Se abrió el abismo y se vio que estaba lleno de estrellas / No hay modo de contar tantas estrellas juntas en el fondo del abismo».

También prestaban oídos quienes nos veían como sus enemigos, los que tomaron parte en la represión o la justificaban. Ajmátova tuvo razón cuando dijo que un día las dos Rusia tendrían que mirarse a los ojos, «la Rusia que encarcelaba y la que fue encarcelada». Verdugos y chivatos se paseaban a

sus anchas entre nosotros, y, al contrario que sus víctimas, rebosantes de salud y con una larga esperanza de vida. Desde sus opulentos apartamentos y dachas veían transcurrir la perestroika mientras anhelaban su pronto final.

–¡No tienen ningún derecho a entrometerse! ¡Pronto se arrepentirán! –clamaban voces anónimas que llamaban a la sede de la Comisión.

También había escritores en las filas de nuestros detractores. Temían que sus nombres afloraran si se nos abrían los archivos de la Lubianka, conscientes de que entonces sus esforzados afanes literarios en el género de la delación encontrarían un sinnúmero de lectores. Con todo, la mayoría de quienes se mostraban reacios a respaldar nuestra iniciativa eran inquebrantables e incurables estalinistas que actuaban por convicción.

La trágica lista con los primeros treinta nombres del martirologio de nuestra literatura, acompañada de mi solicitud firmada, arribó por fin al Buró político del Comité Central, desde allí partió a la Fiscalía y, seguidamente, llegó por fin al KGB.

Isaak Bábel, Artiom Vesioli, Aleksandr Voronski, Nikolái Gumiliov, Iván Katáyev, Nikolái Kliuev, Mijaíl Koltsov, Ósip Mandelstam, Borís Pilniak, Iván Pribludni, Dmitri Svyatopolsk-Mirski, Pável Florenski, Aleksandr Chayanov…

La Lubianka es una fortaleza que se alza en el centro de Moscú, un conjunto híbrido y compacto de macizos y colosales edificios revestidos de granito, comunicados por corredores elevados y pasillos subterráneos, lleno a rebosar de escaleras y rodeado de coches negros que se arraciman a su alrededor como escarabajos. Enfrente, en el centro de la plaza desde la que parten las calles que conducen a los teatros y los hoteles, hacia el Maniezh y la universidad, se levantaba el monumento a Féliks Dzerzhinski. Firme como una bayoneta, la figura del Féliks de Hierro llevaba un capote hasta los talones y, recortada contra el cielo, extendía desde las alturas su mirada penetrante sobre la agitada metrópolis.

Todos y cada uno de los ciudadanos de nuestro inmenso país éramos conscientes de que nuestras vidas eran minuciosamente escrutadas desde

allí, que en cualquier momento la Lubianka podía inmiscuirse en nuestras vidas y disponer de nosotros a su antojo. Nadie podía escurrir el bulto.

¡Cuántos destinos había destrozado y aniquilado esa factoría de miedo y de muerte! ¡Cuántas almas no se malograron y pudrieron entre sus muros! La Lubianka acribilló nuestra historia con ráfagas de ametralladora: Checa, OGPU, NKVD, MGB, KGB…[E1] Entre los más de doscientos millones de personas que habitaron nuestro país, no hubo uno solo que estuviera a salvo, uno solo que quedara al margen. A la Lubianka la padecieron todos de un modo u otro, y los que no murieron, vivieron con la conciencia mutilada, el corazón destrozado, el conocimiento distorsionado. Nadie pudo ser plenamente libre, sentirse persona del todo.

Las piedras de la Lubianka rezumaban hostilidad, despedían un frío mortal. Las cortinas corridas sobre sus ventanas parecían ojos ciegos afectados de cataratas. Jamás me pasó por la cabeza que un día entraría a aquel edificio y hasta me vería trabajando en su interior entregado a la lectura y relectura de documentos históricos bañados en sangre y lágrimas en busca de la verdad, la salvación, el renacimiento de la Palabra cautiva.

Mi «descabellada idea» tardó un año en imponerse. Después hubo de pasar otra año más hasta que pude acceder al primer expediente guardado en la Lubianka. Mostrar documentos no es una tarea que forme parte de las obligaciones habituales de los guardianes de los secretos de Estado. De hecho, nos habíamos aparecido en sus predios con un propósito abiertamente opuesto al suyo: queríamos mostrar lo que ellos llevaban años escondiendo con afán. ¿Acaso iba a ser sencillo pasar por encima del mandato estatal resumido en la leyenda «Estrictamente confidencial»? La ley había caducado, era ya un total anacronismo y, sin embargo, continuaba sujetando a la vida con sus grilletes. ¿Cómo sortearla? Había llegado la hora de apartar de nuestra historia a los buitres que la sobrevolaban.

Desde la ruidosa y sofocante plaza, tres puertas macizas dan acceso al fresco y amplio vestíbulo. Los escrupulosos centinelas comprueban mi pase y examinan con atención mi pasaporte. En lo alto de una amplia escalinata hay un busto blanco de Yuri Andrópov. Avanzamos por un pasillo interminable de techo alto –incluso se lo podría recorrer en bicicleta o a

caballo– con filas de puertas a ambos lados. Reina la calma. El edificio parece desierto. A juzgar por su aspecto, el escenario se ha mantenido inalterable. ¿Acaso no ha cambiado nada?

Un pequeño despacho de la tercera planta. Las cortinas blancas ocultan la vista de la calle. Una gruesa carpeta de color amarillento reposa sobre el escritorio.

El coronel Anatoli Krayushkin, a quien se ha encargado ocuparse de nuestro asunto, dice en tono burlón:

–Creo que usted es el primer escritor que entra aquí por propia voluntad… ¿Dónde lo podríamos sentar?[1]

Nuestras miradas se cruzaron y nos echamos a reír.

–¿Cómo puedes ir a ese edificio? ¿Cómo puedes hacer tratos con esa gente? –me solían preguntar.

Es cierto que yo iba allí, sí, pero no a verlos a ellos. Acudía a visitar a los cientos de escritores que fueron detenidos y condenados a la cárcel y la muerte, escritores que ya no podían defender su legado por sí mismos. Y también iba a ver a los cientos que, aunque nunca fueron encarcelados, fueron perseguidos por la Lubianka durante toda la vida…

Allí estaba la gruesa carpeta de color amarillo… Isaak Bábel fue la primera persona a cuya tragedia pude asomarme.

E1 Se trata de las sucesivas siglas que designaban a los órganos encargados de la Seguridad del Estado, y la represión política, en la URSS. Cheka, o Checa, por la Comisión extraordinaria (1917-1922); GPU, por la Dirección política estatal (1922-1923); OGPU, por la Dirección política estatal unida (1923-1934); NKVD, por el Comisariado del Pueblo de Interior (1934-1943); MGB, por el Ministerio de la Seguridad del Estado (1946-1954); KGB, por el Comité de la Seguridad del Estado (1954-1991). *(N. del E.)*

1. Juego de palabras con el verbo посадить *(posadit’)* que vale tanto por «hacer sentar» como por «encarcelar».

«Pido que se me escuche...»
Isaak Bábel

EL ARRESTO

Quince de mayo de 1939. Amanece. Moscú aún duerme acunada por el trino apacible de los pájaros. De tarde en tarde una corneja lanza un graznido mientras un portero arrastra la escoba por el pavimento. De nuevo reina el silencio.

A las cinco, las puertas de hierro de la Lubianka se abren y sale un coche de servicio. No va muy lejos, se dirige a Chistie Prudí, al callejón de Nikolo-Vorobinski. Unos cuantos militares bajan del coche delante del número 4, sin prisas encuentran el piso que andan buscando y llaman a la puerta.

Les abre una joven soñolienta.

–¿Está el dueño en casa?

–No, está en la dacha. ¿Qué quieren?

–Recoja sus cosas, iremos a buscar a su marido...

El coche circula a toda velocidad por la carretera de Minsk, gira en dirección a Peredélkino, la zona de dachas de escritores.

Se detienen enfrente de la casa; entran. El dueño aún está durmiendo en su habitación. Su mujer llama a la puerta, y tan pronto como se asoma en el umbral, los desconocidos se abalanzan sobre él.

–¡Manos arriba! –Lo cachean de arriba abajo buscando armas–. ¡Está usted arrestado!

Es probable que el dueño de la dacha hubiera descrito una escena semejante en un libro sobre los chequistas si se lo hubieran permitido. Pero esa mañana del mes de mayo, este maestro de la literatura soviética de fama

mundial acababa de convertirse en un detenido desprovisto de derechos. El escritor se había encarnado en la piel de uno de sus personajes y tenía que hacer todo el recorrido, pero no sobre el papel, sino en la vida real. De ahora en adelante, con la ayuda de los diligentes coautores y redactores del NKVD, se verá obligado a cumplir un «encargo social» y representar el papel de su doble, el papel de espía y terrorista, de enemigo del pueblo. Dicha obra será una fantasmagoría con final trágico, y el autor-protagonista no morirá en la ficción, sino en la vida real. Y ya no será posible reescribirla, corregirla o rehacerla, porque la vida, como todos sabemos, no emplea borradores, se escribe sólo una vez y al momento se disipa.

Los nombres de los personajes y de los acontecimientos referidos aquí tampoco son inventados, sino auténticos. Se describen tal como fueron en realidad.

El escritor se llamaba Isaak Bábel. Lavrenti Beria, comisario del Pueblo de Interior, había cursado la orden de arresto, y sus fieles subordinados, con el suboficial Nazárov a la cabeza, se encargaron de la operación.

Mientras duró el registro, Bábel y su mujer se quedaron sentados sin abrir la boca, cogidos de las manos. Observaron cómo amontonaban y empaquetaban los papeles: nueve carpetas de manuscritos, libretas de notas, cartas: el trabajo del escritor ingresaba en prisión junto con él.

–No me habéis dejado terminar mi trabajo –dijo Bábel. Y musitó a su mujer–: Avisa a Andréi. –Aludía a su amigo André Malraux.

Durante el trayecto, Bábel, que trataba de bromear, preguntó a sus escoltas:

–No deben de dormir mucho, ¿verdad? –Y de nuevo a media voz le dijo a su mujer–: Procura que a nuestra hija no le falte nada, te lo ruego...

Las puertas de la Lubianka engullieron el coche. Durante quince años –hasta 1954– no se tuvo ninguna noticia cierta sobre Bábel.

También registraron su piso de Moscú. Se llevaron: quince carpetas de manuscritos, dieciocho blocs y libretas de notas, 517 cartas, postales y

telegramas, un total de 254 hojas dispersas... Incluso deshojaron las páginas de libros con dedicatorias.

Ahora ya sabemos qué patrimonio de Bábel fue a parar a la Lubianka, ¡y podemos cifrarlo en varios tomos!

Tampoco Bábel se libró del registro. Se quedaron con sus documentos de identidad, con las llaves de su casa e incluso con ciertos objetos sin valor pero indispensables: pasta dentífrica, crema de afeitar, unos tirantes, unos elásticos para los calcetines, una jabonera, una esponja de baño y, como reza el recibo adjunto con el expediente, «una correa gastada de unas sandalias usadas»...

No permitieron que el detenido tuviera la mínima posibilidad de despedirse de esta vida. Lo tenían todo calculado y concebido de antemano: al desvestirlo y hacer que se quedara medio desnudo, lo despojaban de los últimos signos del mundo material que lo unían con su existencia diaria, con su familia, para convertirlo en un individuo desprotegido e insignificante: ¿quién se creía que era, solo, sucio y sin afeitar, con los pantalones caídos y los zapatos sin nada que los sujetara, ante el poder destructor de todo un Estado?

A continuación, le hicieron unas fotografías, le tomaron las huellas dactilares y le dieron un impreso para que lo cumplimentara. No era un simple trámite: es imposible que no le pasara por la cabeza que esas fotografías podían ser las últimas de su vida, y que al tomarle las huellas insinuaban que era un delincuente. Con el impreso parecían decirle: «Venga, suéltanos tu vida, que nosotros ya nos encargaremos de saber si vale lo que pesa, si no esconde manchas sospechosas...».

> Nacido en 1894, en Odesa. Escritor. No adscrito a ningún Partido. Judío. Últimos lugares de trabajo: Soyuzdetfilm, Goslitizdat.[T1] Estudios: superiores, Instituto de Comercio de Kiev...
>
> Miembros de la familia. Padre: comerciante, murió en 1924. Madre: Fania Arónovna Bábel, setenta y cinco años, ama de casa, vive en Bélgica. Esposa: Antonina Nikoláyevna Pirozhkova, treinta años, ingeniera del Metrostroi.[T2] Hijos: Lidia, dos años; Natalia (de su primera esposa), diez años (vive en Francia). Hermana: María Sháposhnikova, cuarenta y dos años, vive en Bélgica.

El trámite se lleva a término de acuerdo a lo establecido. Al día siguiente, el 16 de mayo, el detenido Bábel fue de nuevo introducido en un coche y conducido fuera de la ciudad, a un lugar aún más aislado, la prisión más terrible del NKVD, Sujánovka, especializada en torturas, con objeto de «trabajarlo».

Aquí es donde le harán confesar.

La primera acta del interrogatorio está fechada los días 29-31 de mayo. Probablemente con anterioridad fue sometido a interrogatorios, pero no se mencionan en el expediente, ya que no debían de ser relevantes para la investigación.

«INSTRUCCIÓN ACTIVA»

Finalmente, el 29 de mayo Bábel fue conducido ante los instructores del caso, Shvartsman y Kuleshov.[1] Durante tres días y tres noches seguidas no le dejaron un solo instante de paz, hasta arrancarle una confesión. La faena era dura, pero se trataba de expertos consumados, que iban trabajando por turnos para tomarse los necesarios descansos. Fueron sin duda los días más terribles de la vida de Bábel.

Acta del interrogatorio del detenido I. E. Bábel,
días 29, 30 y 31 de mayo de 1939

Pregunta. Ha sido usted detenido por sus actividades antisoviéticas y por traición. ¿Se considera culpable de estos cargos?

Respuesta. No, no me considero culpable.

P. ¿Cómo hay que considerar su declaración de inocencia ante la evidencia de su detención?

R. Creo que mi detención es fruto de una fatal confluencia de circunstancias y la consecuencia de mi esterilidad creadora, que ha hecho que en los últimos años no se haya publicado ninguna obra mía suficientemente destacada, lo que bajo las normas soviéticas puede considerarse como sabotaje y abandono de la escritura.

P. ¿Quiere decir que ha sido detenido por ser escritor? ¿No le parece a usted que esta explicación de arresto es harto ingenua?

R. Tiene razón, por supuesto, no es normal detener a un escritor por su inactividad y su esterilidad.

P. Así pues, ¿cuál es la verdadera razón de su arresto?

R. A menudo he estado en el extranjero y he mantenido trato amistoso con destacados trotskistas...

P. Trate de explicar, ¿por qué un escritor soviético como usted se dejó captar por los círculos de enemigos de este país, al que representaba fuera de sus fronteras?... No le queda otra salida que reconocer sus actividades delictivas y de traición...

En ese punto, el instructor pone encima de la mesa las confesiones del escritor Borís Pilniak y de Stetski,[2] jefe del Departamento de Cultura y Propaganda del Comité Central del VKP(b)[T3] (los dos ya habían sido fusilados) y empieza a leerlas. En ellas se describe a Bábel como trotskista, pero de pasada y sin concretar nada. No hay hechos. «¡Reconozca estas evidencias, no espere a que desvelemos nuevos cargos!»

Sólo podemos suponer cómo se desarrolló en realidad este interrogatorio. El resultado lo tenemos ante nuestros ojos: el acta manipulada por los instructores, en la que el auténtico Bábel sólo da signos de presencia con su firma al pie de cada página. Lo que nos deja estupefactos es el falso principio del interrogatorio, donde el propio acusado debe argumentar el motivo de su detención y demostrar su culpabilidad. ¡En esto estriba precisamente la originalidad de la justicia soviética!

¿Qué culpa pesa sobre él? El único crimen que está dispuesto a reconocer es su esterilidad creadora, aunque no sea verdad: publicaba poco, pero es evidente que, por el número de manuscritos que le confiscaron, escribía mucho. No se manifestaba en contra del poder soviético; sólo servía a su genio, a su vocación, ante todo era un artista. Pero para el régimen eso ya suponía una traición y un delito.

Los recursos y los métodos que empleaban en Sujánovka para lograr sus fines son harto conocidos: intimidaciones, palizas y las torturas más sutiles, incluidas las psicológicas, como por ejemplo la amenaza de tomar represalias con la familia. Si uno de estos métodos fallaba, se empleaba otro, pero al final cumplían su cometido. Bábel conocía la crueldad de los chequistas no sólo de oídas. Durante el tiempo que trabajó como traductor en la Checa de Petrogrado fue testigo de innumerables interrogatorios y ejecuciones, y pudo recopilar un ingente material sobre las atrocidades de la Revolución. Durante toda su vida, el escritor nunca abandonó su profundo

interés por esta cuestión y amasó sus relatos con lágrimas y sangre con maestría inigualable. ¿Acaso no fue él quien tiempo atrás había dicho que se comían *La Internacional* con pólvora y sazonada con la mejor sangre? Ahora necesitaban también su propia sangre...

Por muy gruesos e impenetrables que fueran los muros de la prisión, por mucho que se esforzaran en ocultar lo que sucedía en los despachos de los instructores, los gritos han llegado hasta nosotros. En el expediente del detenido Vsévolod Meyerhold[3] se ha conservado una carta que dirigió a Mólotov, presidente del Sóviet de Comisarios del Pueblo, un documento conmovedor que revela la mecánica para lograr «confesiones veraces».

> [...] Los instructores emplearon conmigo, el acusado, métodos físicos; me pegaron, a mí, un viejo enfermo de sesenta y cinco años: me obligaron a tenderme en el suelo boca abajo y me golpearon con una correa de goma en los talones y en la espalda; cuando me senté en la silla, me pegaron con saña en las piernas con la misma correa. Días después, cuando mis piernas mostraban abundantes signos de hemorragias internas, me aporrearon de nuevo con la correa sobre esos mismos moretones rojos, azules y amarillos, y me dolía de tal manera que parecía que me estuvieran vertiendo agua hirviendo por las zonas más sensibles y doloridas de mis piernas, y me puse a gritar y a llorar de dolor. Me golpearon en la espalda con la correa, me partieron la cara a guantazos... Acompañaron estos golpes de «ataques psicológicos», y sentí un terror tan absoluto, que mi naturaleza se vio afectada hasta en lo más hondo de mi ser: mi tejido nervioso llegó a rozar el tegumento; la piel se volvió tierna y sensible como la de un bebé; los ojos derramaban torrentes de lágrimas causadas por el insoportable dolor físico y moral. Mientras estuve tendido boca abajo, descubrí mi capacidad de enroscarme y convulsionarme, así como de aullar como un perro a quien su amo pegara con un látigo. Una vez, el guardián que me acompañaba de vuelta a la celda tras un interrogatorio, al ver el temblor nervioso que recorría mi cuerpo, me preguntó: «¿Tienes la malaria?». Cuando me eché sobre mi camastro y me dormí, después de un interrogatorio de dieciocho horas y a la espera de volver a ser interrogado al cabo de una hora, me despertó mi propio gemido y las convulsiones que movían mi camastro, como les ocurre a los enfermos que mueren de fiebres.
>
> La aprensión provoca miedo y el miedo, reacciones de autodefensa.
>
> «La muerte (¡oh, sin duda!), la muerte es más llevadera que todo esto», se repite el acusado. Yo también me lo dije. Y me autoinculpé con la esperanza de que mis acusaciones me llevaran al patíbulo...

Vsévolod Meyerhold fue detenido al mismo tiempo que Bábel, y sus interrogatorios fueron instruidos por los mismos oficiales; por Shvartsman,

por ejemplo, maestro consumado de la tortura, cuyo nombre figura en las actas de los interrogatorios de Bábel y de Meyerhold.

No hay duda de que también a Bábel le aplicaron la «investigación activa» –vago y decoroso eufemismo con que designaban sus métodos a viva voz entre ellos–, a pesar de que, como es lógico, este hecho no se refleja en las actas de los interrogatorios. De otro modo no puede explicarse cómo Bábel, quien desde un principio negó rotundamente su culpabilidad, de pronto y sin ningún motivo aparente... se «confiese culpable». A partir de ese momento Bábel se transforma en enemigo del pueblo.

Más de una vez contempló la posibilidad de que lo arrestaran. Un día, en la dacha de Gorki, preguntó directamente al propio Yagoda:

–Guénrij Grigórievich, dígame, ¿cómo hay que actuar si uno cae en sus garras?

–Niéguelo todo –respondió el jefe de la Lubianka–. Sea cual sea la acusación que le imputemos, tiene que decir «no», sólo «no», negarlo todo, porque entonces nos quedamos sin argumentos...

Esperaba que lo detuvieran y, sin embargo, no estaba lo suficientemente preparado. Hay límites más allá de los cuales una persona ya no responde de sus actos.

«No tiene sentido que siga negando mi grave falta para con el Estado soviético», dijo de pronto.

Desde ese momento, la acción se desarrolla siguiendo el guión habitual. En esa terrible función, a las órdenes de un director que no por invisible y sin rostro es menos todopoderoso, el acusado y el instructor representan el trotskismo, el terror, el espionaje; actúan mal, son intérpretes mediocres, pero cuanto peor lo hagan, mejor, ya que es el teatro del absurdo.

«Estoy decidido a darles pruebas exhaustivas», dice Bábel.

Y se las da. Paralelamente a las conversaciones directas con los instructores del caso, Bábel toma notas de su puño y letra en forma de declaraciones. Pero incluso en estas son evidentes los indicios de la férrea voluntad de un tercero: en las hojas hay preguntas escritas por el propio instructor. Así, aunque están escritas por la mano de Bábel, no son apuntes dictados por su pensamiento. Forman parte de la primera etapa de su

doloroso interrogatorio. Al comparar los textos, en muchas ocasiones saltan a la vista no solamente coincidencias en el contenido, sino también repeticiones literales de algunas frases, de períodos enteros, lo que significa que las declaraciones autógrafas sirvieron de borrador para la versión final del acta del interrogatorio, que redactaron como mejor les convino. Los instructores excluyeron de esa versión los pasajes donde Bábel negaba su culpabilidad, eliminaron todo lo que podía servirle de circunstancia eximente, todo lo que afianzaba su autoridad como escritor soviético –tal es el caso de su relación personal con Gorki y Mayakovski–, y en general suprimieron todo lo positivo que contenía su biografía. A su vez, sacaron a relucir y subrayaron los actos comprometedores. Omitieron importantes observaciones y conclusiones de Bábel, en las que el escritor demostraba estar muy por encima del nivel intelectual del instructor. No es casual que en el expediente se echen en falta las actas originales del interrogatorio; sólo hay copias mecanografiadas, sin la fecha del inicio y del final del mismo. Durante el proceso de rehabilitación de Bábel en 1954, la Fiscalía hizo hincapié en que se había cometido una infracción jurídica.

El comisario del Pueblo de Interior, Beria, calificó las actas de los interrogatorios que redactaron sus secuaces Shvartsman y Rodos[4] –ambos participaron en la instrucción del caso Bábel– como «auténticas obras de arte», y lo mismo declararon ellos cuando se sentaron en el banquillo de los acusados. Aunque sólo a partir de su formación podemos conocer con más claridad qué tipo de «genios del arte» eran: Lev Arónovich Shvartsman sólo llegó a terminar el séptimo curso de la escuela, y en cuanto a Borís Veniaminovich Rodos, aún le fue peor: estudió hasta cuarto curso (en su súplica de indulto incluso tuvo la desvergüenza de confesar: «Soy un ignorante»). A pesar de todo, después de la guerra Rodos impartió clases en la Escuela Superior del Ministerio del Interior y escribió manuales sobre cómo «“trabajar” a los detenidos en los interrogatorios». En el proceso que se le incoó en 1956 le preguntaron a qué se dedicaba un tal Bábel, cuyo caso instruyó él.

–Me dijeron que era escritor.

–¿Ha leído usted una sola línea escrita por él?

–¿Para qué?

LA DECLARACIÓN MANUSCRITA

Sólo podemos imaginar los singulares «martirios de la creación» que Bábel sufrió en la Lubianka, en su celda y en el despacho del instructor. Nunca había escrito una obra de tal envergadura: tenía que «reinventarse a sí mismo» como un ser irreal y fantástico para lograr la salvación que seguramente se le prometió, debía imaginar cómo los trotskistas le habían influido de modo perjudicial y cómo a su vez él había ejercido una perniciosa influencia sobre otros, tenía que transformarse por completo, hasta en los nimios detalles de su vida íntima. No era una tarea fácil: para empezar traza un plan, lo rehace, elabora múltiples borradores, los tacha, los reconstruye, en distintas ocasiones retoma la misma idea desde diversos planteamientos...

A través de la mentira forzosa se cuelan las sombras de la confesión, destellos de un profundo pensamiento interior: son intentos de salir del esquema fijado. Refulgen frases fragmentarias, misteriosas: «Desarrollar mis pensamientos... Contra la brutalidad, una persona buena y alegre... He entendido que mi trama... es el relato de la vida de una persona “buena” durante la Revolución...».

Al recordar sus encuentros con Bábel en París, el historiador Borís Suvarin refiere la siguiente conversación:

–¿Cree que en su país existen obras literarias de calidad que no pueden publicarse por culpa de la situación política? –le preguntó Suvarin a Bábel.

–Sí –respondió Bábel–, se hallan en la GPU.

–¿Cómo es eso posible?

–Después de detener a un intelectual, cuando está en su celda, le dan papel y lápiz y le dicen: «¡Escribe!».

Fue así como sucedió. Durante tres días seguidos Bábel escribe y habla, habla y escribe. Sus declaraciones, tanto las de su puño y letra como las que recoge el acta del interrogatorio, son una especie de memorias en las que, si se separa la verdad de la mentira (y es tan fácil disociarlas como el agua y

el aceite), Bábel nos cuenta muchas cosas verdaderas e interesantes sobre esa época y sobre él mismo. A continuación seguiremos el curso del interrogatorio a través de las actas y de sus declaraciones autógrafas, ya que son documentos paralelos que se complementan entre sí, y sólo mediante una lectura simultánea se puede obtener un cuadro más o menos completo.

> Mis primeros relatos fueron publicados en la revista *Létopis* [La crónica] durante 1916, cuyo redactor era M. Gorki –leemos en sus declaraciones autógrafas–. Narro mi encuentro con él en mi crónica *El principio.* La Revolución y la guerra civil interrumpieron mi actividad literaria, que retomé en 1922 cuando empecé a publicar en los periódicos de Odesa y Kiev algunos textos basados en mis experiencias en el Primer Ejército de Caballería. Reuní todos estos artículos en el libro *La caballería roja.* En 1923 me lo llevé a Moscú: una pequeña parte se la di a Mayakovski para que la publicara en *Lef*[T4] y el resto lo publicó Voronski en *Krásnaya Nov* [El erial rojo]...

A partir de este momento empieza la biografía de Bábel en el acta del interrogatorio.

> *Bábel:* En 1923 salió a la luz mi primera obra, *La caballería roja,* que en gran parte también apareció publicada en la revista *Krásnaya Nov.* Su redactor, el destacado trotskista Aleksandr Konstantinovich Voronski, me trató con una deferencia extraordinaria, escribió diversas reseñas elogiosas sobre mis obras literarias y me introdujo en su círculo de escritores... Voronski mantenía estrechas relaciones con los escritores Vsévolod Ivánov, Borís Pilniak, Lidia Seifúlina, Serguéi Yesenin, Serguéi Klichkov y Vasili Kazin. Más adelante, Leonid Leónov se incorporó al grupo de Voronski y luego, tras escribir sus *Dumas*[T5] *sobre Opanás,* hizo lo propio Eduard Bagritski.
>
> *Oficial de instrucción:* No trate de ocultar el espíritu antisoviético de sus encuentros y contactos con Voronski mediante chismes literarios. ¡No le servirá de nada!
>
> *B:* Al principio, Voronski nos decía que éramos la sal de la tierra rusa; trataba de convencernos de que los escritores sólo tienen derecho a mezclarse con las masas para obtener de ellas las observaciones que les hacen falta. Pero pueden crear al margen de las masas y del Partido, porque, según Voronski, no es el Partido quien educa a los escritores, sino los escritores quienes educan al Partido...
>
> »Un buen día de 1924 en que Voronski me invitó a su casa, me comunicó que Bagritski iba a leer la obra que había terminado de escribir recientemente, sus *Dumas sobre Opanás.* También estaban invitados los escritores Leónov, Ivánov y Karl Rádek. Al atardecer nos congregamos para tomar el té. Voronski nos advirtió que había invitado a Trotski a la lectura. Este llegó pronto, acompañado de Rádek. Después de escuchar el poema de Bagritski, Trotski expresó su aprobación y luego empezó a interrogarnos uno a uno sobre nuestros proyectos artísticos y sobre

nuestras vidas. Acto seguido, pronunció un interminable discurso en el que nos exhortaba a conocer más de cerca la nueva literatura francesa.

»Recuerdo que Rádek intentó desviar la conversación hacia el terreno político, al decir: “Este poema debería publicarse y difundirse en una edición de 200.000 ejemplares, pero es poco probable que nuestro querido Comité Central lo haga”. L. Trotski le lanzó una mirada severa y la conversación se centró de nuevo en los problemas literarios. Trotski nos preguntó si dominábamos lenguas extranjeras, si estábamos al corriente de las novedades de la literatura occidental, ya que, en caso contrario, no creía posible un ulterior desarrollo de la literatura soviética... Fue la última vez que vi a Trotski.

O: Reproduzca el contenido completo de las conversaciones que mantuvieron el grupo de escritores citados.

B: En 1928, en el piso de Voronski, en presencia de Pilniak, Ivánov, Seifúlina, Leónov y yo mismo, además de los trotskistas Láshevich y Zorin,[5] se habló de que la salida de Voronski de *Krásnaya Nov* suponía una pérdida irreparable para la literatura soviética y que la gente que se le oponía no podría, por su ignorancia y su escaso carisma, reunir a su alrededor a los más destacados representantes de la literatura soviética, como Voronski sí lograba hacer con tanto éxito. Recuerdo, en esta misma época, los irritados ataques de Láshevich contra el Comité Central del Partido por su errónea gestión en el ámbito de la literatura, el ambiguo silencio de Ivánov y la escandalosa y sincera indignación de Seifúlina, así como la preocupación de Pilniak... Por entonces se proyectó la publicación de la colección *Pereval* [El paso] y del almanaque *Krug* [El círculo], que Voronski dirigiría para competir con *Krásnaya Nov,* que había pasado a otras manos. Todos nos comprometimos a colaborar en estas nuevas publicaciones.

»De forma inevitable, las conversaciones literarias en el piso de Voronski derivaban en política, y se hacían analogías entre el destino de la literatura y la suerte del país: el ostracismo que sufrían los trotskistas causaba a este último daños irreparables.

»Voronski fue destituido como redactor de *Krásnaya Nov* y desterrado a Lípetsk por trotskista. Allí enfermó, fui a visitarle y pasé unos días en su casa... Recuerdo que, durante esa visita, Voronski me contó que la víspera del día de su partida, le telefoneó Ordzhonikidze conminándole a que fuera al Kremlin. Estuvieron varias horas hablando como viejos amigos, recordando los años que pasaron juntos en el destierro antes de la Revolución. Después, mientras se despedían, Ordzhonikidze le dijo: “Aunque seamos enemigos políticos, démonos un beso. Estoy enfermo del riñón, quizá ya no volvamos a vernos...”.

Lo más interesante del acta no son las respuestas de Bábel, predeterminadas por el oficial de instrucción, sino lo que el escritor añade por cuenta propia. Aquí es donde se citan personas vivas, relaciones y acontecimientos reales con toda su complejidad, aunque el oficial le interrumpa enseguida para retomar el curso del interrogatorio. No podemos olvidar en ningún momento que lo que se desarrolla ante nuestros ojos es

pura falsificación, una media mentira con atisbos de verdad. El oficial instructor distorsiona intencionadamente la voz de Bábel y parece que el lenguaje se resiste a la agresión, pero después se atasca y acaba por sucumbir.

> Mi constante relación con los trotskistas ha tenido sin duda una influencia nefasta en mi obra literaria –proclama el acta en lugar de Bábel–, me ha ocultado el auténtico rostro del país soviético, y me ha conducido a la crisis espiritual y literaria que he sufrido durante muchos años. La afirmación de los trotskistas según la cual el proletariado no necesita Estado, o, en todo caso, que el tema de la construcción de dicho Estado no ofrece ningún interés para la literatura, así como la idea de que todas las actuaciones del Estado soviético tienen un carácter temporal, relativo e inestable, y su profecía de una catástrofe cercana e ineludible, alojaron en mi interior, de forma inevitable, un sentimiento de desconfianza ante los acontecimientos, me contagiaron de su nihilismo, me hicieron consciente de mi excepcionalidad y me pusieron en contra de los proletarios y campesinos...

El oficial instructor exige que sea más concreto y Bábel empieza a denigrar su propia obra:

> *La caballería roja* me sirvió de pretexto para expresar el espantoso estado de ánimo en que me encontraba, que no tenía ninguna relación con lo que estaba sucediendo en la Unión Soviética. De ahí que destacara la descripción de las crueldades y absurdos de la guerra civil, de ahí esa artificial inclusión de elementos eróticos, esa sucesión de episodios escandalosos y violentos, y de ahí también mi olvido del papel que el Partido representó en la formación de esa unidad regular y considerable del Ejército Rojo que era el Primer Ejército de Caballería, formado por cosacos que por entonces aún no estaban lo bastante impregnados de mentalidad proletaria.
>
> En cuanto a mis *Relatos de Odesa*, reflejaban indudablemente ese mismo deseo de distanciarme de la realidad soviética, de contraponer a la realidad cotidiana del trabajo el mundo casi mítico y peculiar de los bandidos de Odesa, cuya imagen romántica invitaba espontáneamente a la juventud soviética a imitarlos...

Después de hablar sobre sí mismo y a instancias del oficial instructor, Bábel retrata a Voronski y a los miembros de su grupo y describe sus dificultades y fracasos literarios como una amarga consecuencia del trotskismo.

> En la base del pensamiento de Voronski yacía la idea de que el escritor debe crear con toda libertad, por intuición, intentando reflejar de la forma más clara posible en sus obras su verdadera

> personalidad sin ningún tipo de limitaciones...

Este importante requisito para la creación constituye, desde el punto de vista de la investigación, un pecado mortal, y es motivo de las desgracias de los escritores.

> [...] Después Vsévolod Ivánov escribió una serie de obras insulsas como *La brigadier Sinitsina*. En un ataque de desesperación, Ivánov quemó un libro en el que había estado trabajando mucho tiempo. Durante los últimos años, Katáyev me ha informado sobre el bajo estado de ánimo en que está sumido Ivánov, quien sigue empeñado en hallar un equilibrio entre literatura y política y que se siente insatisfecho con su destino... En las continuas conversaciones que he mantenido con Seifúlina, esta siempre se queja de que cada vez le resulta más difícil escribir por culpa de su inestabilidad y angustia existencial. Esta discrepancia con la realidad actual ha provocado que en los últimos años Seifúlina beba de forma convulsiva y que permanezca completamente alejada del mundo literario y laboral...

En las declaraciones manuscritas, Bábel analiza minuciosamente esta metamorfosis espiritual que se produjo en él y en sus camaradas:

> A pesar de nuestras diferencias de temperamento y de estilo, nos unía el apego hacia nuestro «líder» literario, Voronski, y sus ideas trotskistas. Todos pagamos muy caro este apego; durante largos años nos ocultó el auténtico rostro del país soviético y provocó en nosotros una insensibilidad y un vacío espiritual insoportables; ciñó el nudo en torno al cuello de Yesenin, precipitó a otros al libertinaje, al nihilismo, al sacerdocio...
>
> Tras la marcha de Voronski le sustituimos como punto de referencia de los jóvenes escritores y nos convertimos en el polo de atracción de todos los descontentos con la política artística del Partido. Alrededor de Seifúlina y Pravdujin se agrupaban escritores siberianos (de la corriente «campesina»); Pilniak polarizaba a los intrépidos y a los inclasificables; mi reputación de cierta «independencia» literaria y de una «lucha por la calidad» atrajo hacia mí algunos autores de orientación formalista. ¿Qué les inculcaba? El desprecio por las formas de asociación organizada de los escritores (la Unión de Escritores Soviéticos y otras), la idea de la decadencia de la literatura soviética, una postura crítica en relación con las consignas del Partido, como son la lucha contra el formalismo o la aprobación de obras útiles, pero artísticamente deficientes...
>
> ¿De qué hablábamos mientras tomábamos el té? Se contaban historias de la antigua Rusia desaparecida, en la que había tantas cosas malas como hermosas; se recordaban con emoción las cúpulas bulbosas de los monasterios y la vida idílica que se llevaba en las ciudades de provincia; se aludía con ligereza, incluso con emoción, a las prisiones zaristas; quien nos hubiera oído habría podido pensar que los carceleros y los policías eran gente un tanto ida, pero sin malas

intenciones. Se imputaba a la Revolución el pecado mortal de haber menospreciado a los «buenos»; los Piatakov, los Láshêvich, los Serebriákov…[6]

Llegado a este punto tengo que decir algunas palabras sobre mí mismo. Mentiría y me haría un flaco favor si dijera que todo lo malo que hay en mí procede de Voronski. Su influencia sobre mí era limitada: lo consideraba un crítico de segunda fila y, como político, un impresionista, pero la división maniquea que hacía Voronski entre revolucionarios «buenos» y «malos» me caló muy hondo y fue la causa de todas mis desgracias, tanto literarias como personales. Uno de los principales preceptos de Voronski era que un autor debe mantenerse fiel a sí mismo, a su propio estilo y sus temáticas. Aunque todo cambie a su alrededor, el escritor crece sólo en su interior, se enriquece espiritualmente y este proceso es independiente de las influencias externas. Con todo este bagaje quería yo proseguir con mi trabajo, de ahí los reiterados fracasos con que acaban todos mis intentos por abordar una auténtica temática soviética.

Me propuse contar la historia de Zvenigórod (la captura en Ucrania del bandido Zavgórodni y de sus secuaces), que me había explicado Yevdokimov,[7] pero no lo logré, ya que me centré únicamente en las relaciones humanas de los bandidos y los soviéticos y obvié las relaciones políticas.

Me propuse escribir un libro sobre la colectivización, pero este grandioso proceso se desmenuzó en mi conciencia en diminutos pedazos inconexos.

Me propuse escribir sobre Kabarda y me detuve a medio camino, ya que no supe distinguir entre la vida de esta pequeña república soviética y los métodos feudales del gobierno de Kalmykov.[8]

Me propuse describir la nueva familia soviética (partiendo de la historia de la familia Kórobov),[9] pero una vez más me dejé atrapar por las menudencias personales y una objetividad mortificante...

Así es como he desperdiciado diez penosos años de mi vida, y sólo en los últimos tiempos he sentido algún alivio: he comprendido que mi argumento, que será útil para muchos, es el autodesenmascaramiento, un relato verídico, artístico y despiadado de la vida de una persona «buena» durante la Revolución. Con este argumento, y por primera vez, he avanzado en mi tarea. No lo he terminado. Su forma ha variado y ha adoptado la de las actas de la instrucción judicial...

Bábel nos ofrece la imagen de un escritor desorientado y arrepentido. Pero tras el telón de esta declaración y de su peculiar fraseología, revela la esencia de su crisis artística, que él llamaba «derecho al silencio». La lista de sus fracasos nos indica que el uniforme de escritor soviético, cortado con el patrón del realismo socialista, que se prueba de todas las formas posibles, no le sienta nada bien, y se le rompe por todas las costuras. Lo que Bábel, como cualquier artista de verdad, quería y podía hacer era narrar la vida con

todas sus contradicciones y colores, y describir a personas y no a enemigos de clase pintados de rojo o de blanco.

Al fin comprendió que no podía crear «como es debido», «como todo el mundo»: a él no le daba resultado. Y a su vez encontró a su verdadero «héroe», el hombre «bueno» que participó en la Revolución y se convirtió en su víctima; el hombre que destruyó un mundo en nombre de ideales sublimes y después sucumbió y fue enterrado bajo los escombros como un desperdicio de la historia. Así eran sus amigos. Así era él. Por esta razón las actas judiciales se convirtieron en su forma de expresión... borradores de esa tragedia de la Revolución que nadie había plasmado aún.

> En 1927 y 1932 viajé a París, donde los sectores cadete y menchevique de la emigración me recibieron con entusiasmo y escucharon encantados mis anécdotas sobre la URSS. En mi inocencia, por entonces suponía que contaba lo mejor y lo más positivo del país. Cuando ahora me pregunto por qué me sentía tan cómodo y libre en ese círculo, me doy cuenta de que en él se respiraba una atmósfera muy parecida a la del grupo de Voronski. La emigración espiritual ya existía en mi interior antes de viajar al extranjero, y continuó existiendo después de mi vuelta. La naturaleza de las conversaciones y de las relaciones que mantenía con la gente siguió siendo la misma.
>
> Conocía a muchos hombres de letras, cineastas e intelectuales, y yo gozaba entre ellos de considerable predicamento; valoraban mi sentido del estilo y mi talento narrativo. Toda mi vida he sido a la vez esclavo y señor de esta reputación. En las conversaciones que entablaba con ellos se mezclaban los rumores de la política, los chismes literarios y las críticas al arte soviético. En apariencia no eran más que charlas ingeniosas de la llamada «gente interesante», que a nadie comprometían y que de vez en cuando acababan con expresiones de abatimiento y tristeza acerca de distintos problemas. Pero en el fondo esas expresiones reflejaban opiniones y estados de ánimo serios.
>
> Había una cuestión que solía ser tema de discusión en estas conversaciones. Durante varios años me opuse a la idea de que los escritores se organizaran en un sindicato, pues en mi opinión en este asunto se imponía una descentralización radical y los medios para dirigir a los escritores debían ser mucho más flexibles y menos visibles. A fuerza de ser gracioso, proponía implantar el «podrido liberalismo» en la literatura, y en broma sugería deportar al 60 % de los escritores que vivían en Moscú e instalarlos por todo el país, lo más cerca posible de los asuntos y temas que describían en sus obras. Criticaba casi todas las decisiones que tomaba la Unión de Escritores, me oponía a la construcción de casas y aldeas para escritores, que consideraba una iniciativa antiprofesional, rechazaba los compromisos sindicales y el trabajo voluntario en la Unión. En definitiva, me burlaba de todo esto y nunca ocultaba mis opiniones al respecto, así como tampoco me callaba cuando se trataban asuntos de mayor trascendencia.

> Cuando me encontraba con mis amigos –Eisenstein, Utiósov, Mijoels,[10] Katáyev– conversábamos sobre los procesos, las detenciones, la política literaria. Recuerdo que con respecto a los procesos comentamos cuán beneficiosa sería introducir una incipiente contienda entre defensa y acusación, ya que así aumentaría la aportación de pruebas ante el juez...
>
> Me resulta imposible acordarme de cada una de las intervenciones de mis contertulios (a algunos hace un año o dos que no los veo), pero recuerdo que no había lugar a discrepancias, que nuestra línea de argumentación era la misma y que sentía que me hallaba en concordancia con mi círculo de amistades...

Cuando Bábel habla de estas reuniones con sus amigos durante el interrogatorio, reconoce:

> Afirmaba que en nuestro país se estaba produciendo una especie de relevo, pero no de personas, sino de generaciones... que se estaba arrestando a los mejores, a las personalidades políticas y militares de más talento; lamentaba la ausencia de perspectiva y ramplonería de la literatura soviética, consecuencias ambas de la época y de la situación que se vivía. Además, decía que yo mismo me encontraba en este callejón sin salida, del que era incapaz de escapar...

Siempre que Bábel llega a generalizaciones importantes tropieza, su pensamiento regresa a su estrecha celda y pierde impulso. Así, en sus apuntes habla de la vida de las personas «buenas», pero después de unas palabras sobre la «grandeza y la tragedia» de su época, de pronto, como si hubiera oído la pregunta inevitable del instructor, «¿De qué tragedia habla?», empieza a escribir como si alguien estuviera guiando su mano:

> Sugerí que la mayor desgracia de estas personas radicaba en no haber entendido el papel y el significado de I. Stalin. No comprendieron que sólo Stalin poseía todos los requisitos para ser el dirigente del Partido y del país. Recuerdo una conversación (creo que con Eisenstein) sobre el testamento de Lenin. Dije que para esas personas, como Voronski, la elección de un líder era una cuestión de sentimientos, de motivos personales; añadí que el mismo carácter, líricamente inconsecuente, de Voronski le hacía incapaz de llegar a una reflexión política madura y completa.

¡Qué pasaje más confuso! En las palabras de Bábel entrevemos un pensamiento totalmente distinto al que interpretaron sus contemporáneos: no se trata de propaganda proestalinista, sino de un discurso antiestalinista. La tragedia de las personas «buenas», de los contemporáneos de Bábel, era no haber sabido ver el auténtico rostro de verdugo de Stalin. Y a su

entender, lo más horrible era que estaban condenados, ya que el único dirigente que convenía para gobernar el primer país socialista del mundo era Stalin. Su victoria era inevitable, así como la derrota de las «buenas» personas.

Al analizar su pasado como escritor, Bábel lo divide en dos partes: la primera aparece influida por las «orientaciones nacionalistas» de Voronski, y la segunda por las «tendencias occidentalistas» del escritor Iliá Ehrenburg, también un viejo amigo suyo.

Incluso aún hoy sorprende cómo fue posible que Ehrenburg se mantuviera a salvo, mientras las cabezas de sus amigos rodaban una tras otra. Él mismo, en sus memorias, se muestra incrédulo y dice: «¡La suerte! ¡Una lotería!». Pero no deja de ser una respuesta demasiado frívola. A Ehrenburg, según cuenta Bábel, le encantaba designarse «delegado cultural plenipotenciario de la Unión Soviética», es decir, preboste de la política cultural soviética. Era como si el propio Stalin le hubiera encargado la misión que desempeñaba con tanto celo: mostrar cómo, incluso en la sociedad soviética, se podía ser formalista y a un tiempo ciudadano de Europa. ¿De qué coerciones contra la cultura se quejaban en Occidente? Es evidente que si Ehrenburg hubiera traspasado, aunque sólo en una ocasión, los límites impuestos, si se hubiera arriesgado, no se habría tenido con él la mínima contemplación. Pero Iliá Grigórievich actuó con inteligencia y se instaló de la forma más confortable dentro de esos límites. Así se salvó de la muerte y sobrevivió a todos sus amigos.

En cuanto a la forma en que Iliá Ehrenburg influyó en los escritores soviéticos, Bábel escribe:

> Durante sus visitas a Moscú, Ehrenburg despertaba entre los escritores soviéticos la envidia al alabar las posibilidades ilimitadas de que disfrutaban los escritores occidentales, por la llamada literatura «osada» (Hemingway, Caldwell o Céline). Durante muchos años, fue un ingenioso y perspicaz propagandista de las manifestaciones más innovadoras de la literatura occidental, conseguía que las tradujeran al ruso, comparaba la técnica refinada y la riqueza formal del arte de Occidente con el «diletantismo ruso». Por mi parte me dediqué a hacer declaraciones similares y mis puntos de vista no sólo eran aceptados, sino que eran acogidos con simpatía por la gente más heterogénea: Olesha, Sobolev, Guerásimova, Berguelson,[11] Fink, Bor, Levin, Fedin; los

> directores de cine Eisenstein, Aleksándrov, Raciman, Sólntseva; los actores del teatro Vajtángov, Gorúnov, Kuza, o el director del Departamento Literario del Teatro Artístico, P. Márkov. Compartíamos una disposición negativa, y en parte despectiva, hacia todos los valores oficiales de la literatura soviética (a excepción de Shólojov y Tolstói), y, al contrario, destacábamos la importancia de personas que no participaban activamente en la vida literaria, como Mandelstam, Zabolotski[12] o Prishvin. Todos coincidíamos en ensalzar la genialidad del denostado Shostakóvich y expresábamos nuestra simpatía hacia Meyerhold. Por supuesto, hay que tomar la parcialidad de todas estas charlas en un sentido relativo: lo positivo se alternaba con lo negativo, la incredulidad con el optimismo, el mismo talante engendraba distintas opiniones, pero toda la insatisfacción literaria emanaba de la misma fuente... Me acuerdo de la última charla con Fadéyev, que tuvo lugar no hace muchos meses. Hablábamos de los objetivos de la literatura soviética y de los escritores independientes. Hallé en Fadéyev más voluntad de triunfar que en los demás, un ardiente deseo de mejorar la situación, pero después de esa charla me pareció que su valoración de la situación era la misma que la nuestra, y que compartíamos los mismos gustos y aspiraciones...

EL INTERROGATORIO

Regresemos a las actas del interrogatorio. El oficial instructor aclara lo siguiente a Bábel:

> No nos interesan tanto sus charlas antisoviéticas, como las actividades hostiles en que participó. Diga la verdad: ¿qué tareas de tendencia trotskista le encargaron?

Una vez agotado el tema del comportamiento hostil de Bábel en Rusia, este se centra en sus viajes al extranjero. Recuerda que en 1927, durante su primer viaje a París, se reunió con varios escritores emigrados: Remízov, Osorguin, la poeta Marina Tsvietáieva, Vadim Andréyev, hijo del conocido escritor Leonid Andréyev, y un grupo de poetas jóvenes que lo visitaban en su piso del número 15 de la calle Ville Chauvelet. Por otro lado, parece incapaz de recordar ningún pecado que pese sobre su conciencia: contó a esos escritores cuanto sucedía en su patria, se llevó algunos manuscritos de los jóvenes poetas para publicarlos en la Unión Soviética –lo que no consiguió–, intercedió para que Vadim Andréyev pudiera regresar a Moscú, compró a Remízov un libro manuscrito (en las actas califican ese acto de «concesión de ayuda material» a un emigrado blanco). Fue precisamente

ahí donde conoció a Iliá Ehrenburg, con quien entabló amistad y mediante el cual contactó con los escritores franceses Chamson, Vaillant-Couturier, Moussinac y Nizan.

Durante su segundo viaje a París, en los años 1932-1933, Bábel se reunió no sólo con escritores políticamente neutrales con respecto a la Unión Soviética, sino con enemigos declarados del sistema soviético. Uno de ellos era el menchevique Nikoláyevski, autor de un libro sobre el famoso agente secreto zarista, el socialrevolucionario Azef. Se lo presentó el cineasta Alekséi Granovski, que tenía el propósito de rodar una película sobre Azef e invitó a ambos escritores a participar en el rodaje: Bábel como guionista y Nikoláyevski en calidad de asesor. El oficial instructor no pudo hallar en esas relaciones nada sospechoso, pero averiguó que Nikoláyevski había logrado llevarse de Berlín el apreciado archivo de Karl Marx y que Bábel, al narrar a su nuevo conocido sus viajes por los pueblos ucranianos, le había pintado «muchas escenas penosas y un caos espantoso». Esta relación terminó cuando Bábel preguntó al embajador soviético en París, Dovgalevski, si podía trabajar con Nikoláyevski, a lo que el embajador repuso que Nikoláyevski era un enemigo muy peligroso y que no se arriesgara a citarse con él nunca más. ¡Menuda vigilancia!

Tampoco el relato de Bábel sobre su encuentro con otro adversario del poder soviético, Borís Suvarin, aportó nada a la instrucción. Se conocieron en casa del pintor Ánnenkov y hablaron, se entiende, sobre la Unión Soviética, sobre la nueva juventud, la literatura; rememoraron con simpatía a los revolucionarios leninistas Rakovski y Rádek, enviados al exilio, y a los militantes de la Komintern. Bábel regaló a Suvarin unos libros soviéticos y, al volver a Moscú, le envió un par de antologías de artículos de Lenin...

No había manera de convertirle en un espía. El oficial instructor se impacienta y fuerza la respuesta:

> Usted mantuvo muchos encuentros con extranjeros, entre los que se contaban bastantes agentes de los servicios de inteligencia. ¿Acaso ninguno de ellos ha intentado reclutarle para realizar tareas de espionaje? Le advertimos que el mínimo intento por su parte de ocultar a la instrucción cualquier referencia a su actividad como enemigo será inmediatamente desenmascarado.

No resulta difícil suponer qué se esconde tras estas amenazas, ya que siempre que el instructor pronuncia las palabras «¡Desenmascarar inmediatamente!», obtiene de Bábel unas declaraciones fantásticas. Y así ocurre en esta ocasión:

> En 1933, durante mi segundo viaje a París, el escritor André Malraux me reclutó para realizar tareas de espionaje a favor de Francia...

Tras semejante éxito, el oficial instructor podía tomarse un descanso, telefonear a su casa, comer un poco, ofrecer comida al detenido, permitirle que recobrara el aliento y recordara detalles de su vida parisina. Y después continuaba con el interrogatorio:

> –Ahora cuéntenos, ¿dónde y cuándo estableció sus contactos de espionaje?
>
> –En el año 1933... Ehrenburg me presentó a Malraux, a quien apreciaba extraordinariamente, y dijo que era uno de los representantes más destacados de la joven Francia radical. Durante mis numerosos encuentros con Ehrenburg, este me contaba que a Malraux le escuchaban las personalidades de los círculos más influyentes, y que además, con los años, su influencia iba a crecer, una opinión que las circunstancias posteriores han confirmado... Me refiero al rápido incremento de popularidad de Malraux en Francia y fuera de sus fronteras... Malraux me tenía en muy buena consideración como escritor y Ehrenburg, por su parte, me sugirió que hiciera todo lo posible por fortalecer mi relación con aquel y me convenció de la necesidad de tener un apoyo firme en suelo parisino. Consideraba que Malraux era la mejor garantía de dicho apoyo.
>
> –De todos modos no se entiende. ¿Qué necesidad tenía usted de contar con un apoyo firme en suelo francés? –le dice en tono provocador el instructor–. ¿Acaso no contaba con él en suelo soviético?
>
> –Casi toda mi familia vive en el extranjero. Mi madre y mi hermana viven en Bruselas, y mi hija de diez años vive con mi primera esposa en París. Por este motivo, pensaba trasladarme tarde o temprano a vivir a Francia. Hablé de ello con Malraux... Este me dijo que me prestaría la ayuda necesaria en cualquier momento y me prometió que conseguiría que tradujeran mis obras al francés.
>
> »Más tarde Malraux me aseguró que tenía numerosos contactos en los círculos gubernamentales franceses, entre los que nombró a sus amigos íntimos Daladier, Blum y Herriot. Antes de esa conversación, Ehrenburg me había comentado que el mero hecho de que Malraux se presentara en cualquier ministerio francés significaba que toda petición suya se cumpliría. Yo tenía en gran estima mi amistad con Malraux, por lo que accedí encantado a su propuesta y a mantener el contacto con él; a continuación nos despedimos. En una de mis últimas entrevistas con Malraux, él encarriló la conversación hacia nuestros asuntos, y manifestó que la unión entre

personas de ideas y sentimientos idénticos, como era nuestro caso, resultaba primordial y beneficiosa para la causa de la paz y la cultura.

–¿Cuál era el significado que Malraux atribuía a la expresión «causa de la paz y la cultura»?

–Malraux, cuando hablaba de nuestros intereses comunes «de la paz y la cultura», aludía a mi actividad de espía a favor de Francia...

¿Quién dijo eso? ¿Bábel, que ya había asimilado las «reglas del juego», el significado retorcido de los conceptos humanos más sencillos, por lo que tenía que resignarse a hacerle el juego al oficial instructor? ¿O fue este último quien hizo constar esa declaración en las actas y luego forzó a Bábel a firmar a pie de página? De una manera u otra, no hay duda de que es falsa, ya que los hechos que Bábel alega desmienten su «confesión»:

–Malraux me informó de que pretendía escribir un extenso libro sobre la URSS, pero que no disponía de fuentes de información como las que podría proporcionarle un escritor residente en el país. Malraux me prometió que viajaría asiduamente a la Unión Soviética y me sugirió que en los intervalos le hiciera llegar la información a través de nuestro amigo común, Ehrenburg.

–Concrete qué tipo de información secreta estaba interesado en recibir Malraux.

Bábel menciona la moral socialista, la vida familiar, el deporte, la libertad artística, el destino de algunos escritores y de relevantes personalidades del Estado y, ya que su amigo francés había sido piloto militar, aspectos de la aviación soviética. Bábel informó a Malraux de que la Unión Soviética estaba organizando una poderosa flota aérea, entrenaba a nuevos cuadros de pilotos y construía aeródromos, y que disponía de excelentes ingenieros aeronáuticos, como Mikulin y Túpolev.[13] Que el Estado priorizaba la práctica del paracaidismo y la preparación física, con el objetivo de prepararse para una guerra futura...

Esta información secreta podía obtenerse de cualquier periódico soviético.

En 1934 Malraux visitó Moscú en calidad de invitado al Congreso de Escritores, pero su entrevista con Bábel fue muy breve. Al cabo de un año se vieron de nuevo, esta vez en París, en el Congreso Antifascista «En defensa de la paz y la cultura».

Corría el mes de junio y hacía un calor sofocante mientras en la capital de las capitales, en la inmensa sala de la Mutualité, se reunía la flor y nata de la literatura mundial: André Gide y Bertrand Russell, Henri Barbusse y Lion Feuchwanger, Aldous Huxley y Karel Čapek, Virginia Woolf y John Priestley.[T6] La delegación soviética, la más numerosa de todas, estaba encabezada por el activista del Partido Sherbákov y el periodista, también del Partido, Mijaíl Koltsov, y constituida según los criterios de la ortodoxia soviética. Todos sus miembros estaban dispuestos en formación de combate, los tambores de la ideología retumbaban con gran ímpetu, lanzaban dardos a sus adversarios y enfervorizaban la sala con su entusiasmo. Y realmente lo conseguían. Los asistentes recibieron con aplausos calurosos las palabras de André Gide.

–Para nosotros, ahora la URSS simboliza un espectáculo de extraordinario significado y de gran esperanza. Sólo ahí se halla el auténtico lector...

Lo cierto es que resonaron otras voces. El antifascista italiano Salvemini intentó hacer entrar en razón a toda la sala:

–¿Quizás el frío de los pueblos de Siberia, adonde destierran a los enemigos ideológicos del régimen, es mejor que los campos de concentración de Alemania? ¿Acaso Trotski no es un emigrado, como Heinrich Mann?

Pero esta intervención fue acallada por exclamaciones de indignación, ya que era evidente que no coincidía con el estado de ánimo general.

Sobre el fondo rojo de la delegación soviética destacaban dos mirlos blancos, Bábel y Pasternak. En el interrogatorio, Bábel expone con todo detalle su desafección:

> –Al principio no me incluyeron entre los integrantes de la delegación soviética que iba al congreso, pero más tarde averigüé que, a requerimiento de Malraux, Pasternak y yo fuimos cooptados. Y nos recibieron de forma muy cordial.
>
> –No nos interesa la acogida que les depararon, sino la esencia de sus contactos traidores con Malraux –observa de forma irónica el instructor–. Hable sobre eso.
>
> –Malraux opinaba que toda la organización del trabajo de la delegación soviética estaba mal planteada, que nuestros informes no tenían ningún interés y reflejaban únicamente el punto de

vista oficial... Realmente, algunos de estos informes, como por ejemplo el de Vsévolod Ivánov, redactado de acuerdo con la delegación soviética, contenían declaraciones poco lúcidas y desacertadas, como por ejemplo que en la Unión Soviética a cada escritor se le garantizaba un determinado número de metros cuadrados de vivienda, cocina e incluso de baño. Este tipo de informes producía una impresión cómica y no transmitía ningún análisis político y artístico de la literatura soviética... Otro error incuestionable fue que en los momentos de mayor importancia del congreso, Kirshón, la figura más odiosa de la delegación soviética, subió a la tribuna. La labor de replicar a la delegación trotskista, encabezada por la francesa Margarita Paz y con bastante fuerza en el congreso, recayó sobre el propio Kirshón, el cual no detentaba ninguna autoridad política ni literaria ante los delegados... Yo, junto con Ehrenburg, representaba la oposición a la dirección de la delegación soviética...

En sus declaraciones manuscritas, Bábel esboza la siguiente descripción de los escritores que integraban esta delegación:

[...] no habían sido traducidos, había demasiados de minorías nacionales, carecían de autoridad... Una auténtica escaramuza: Koltsov seguía su propia línea y trataba de persuadir a Sherbákov, Ehrenburg se oponía y algunos escritores franceses se entrometieron. Mis intervenciones, en francés como las de Pasternak, no interesaban a nadie, eran demasiado simples...

A instancias del instructor, Bábel habla de forma más precisa sobre Ehrenburg:

Volviendo a Ehrenburg, su principal ambición era que se le considerara delegado cultural plenipotenciario de la literatura soviética en el extranjero... Mantenía contacto permanente con Malraux, con quien hacía un frente común en las tareas de la Asociación Internacional de Escritores. Iban juntos a España; cada uno traducía los libros del otro. Ehrenburg informaba a Malraux sobre la vida en la URSS, y me advertía que no mantuviera ninguna conversación con nadie excepto Malraux, y que no confiara en nadie más. En general era parco en palabras e introvertido. Consideraba de extrema importancia mantener a Malraux dentro de la órbita de la Unión Soviética, y se quejaba con acritud cuando los representantes soviéticos no se mostraban lo bastante amables con Malraux...

Por otro lado, Ehrenburg era la persona con quien los escritores soviéticos que llegaban a París se reunían en primer lugar. Los introducía en los secretos de París, «ilustrándolos» a su manera. Todos los escritores recién llegados a París seguían este camino: Ilf y Petrov, Katáyev, Lidin, Pasternak, Olga Forsh, Nikolái Tíjonov... La única excepción fue A. Tolstói, que ya tenía su círculo de amigos. Durante el congreso de 1935, Tolstói se reunió con emigrados blancos y trabó amistad con M. I. Búdberg (que fue la última mujer de Gorki y había sido la amante de

> Herbert Wells), quien puso todo su empeño en introducir a Tolstói en los círculos ingleses influyentes...

El maratón de tres días de interrogatorio continúa y parece que no va a terminar nunca. Los instructores preguntan con detalle a Bábel sobre sus posteriores encuentros con Malraux, en la primavera de 1936, en Moscú y en Crimea, adonde fueron juntos para ver a Gorki.

> Transmití a Malraux información sobre el estado de los *koljoz*,[T7] a partir de las impresiones personales que extraje de mis viajes por los pueblos ucranianos. Le interesaba saber si Ucrania se había recuperado de la hambruna y sobre las dificultades de los primeros años de la colectivización... También quería enterarse de qué se había hecho con los *kulaks*[T8] ucranianos que habían sido deportados a los Urales y a Siberia. Le informé con detalle sobre todas las cuestiones que le interesaban, y le pinté con tonos sombríos los aspectos negativos de la vida *koljosiana*...

A finales de 1936, Bábel y Malraux se cartearon a propósito de la campaña contra los «formalistas» que se estaba llevando a cabo en la Unión Soviética, particularmente contra el compositor Shostakóvich, los poetas Pasternak y Tíjonov, y los narradores Shklovski y Olesha. En un segundo cruce epistolar trataron la muerte de Gorki y la situación de la literatura, así como los procesos judiciales contra Zinóviev, Kámenev, Piatakov y Rádek, los cuales, en opinión de Bábel, «resultaban convincentes para las capas obreras de la población, pero que han provocado perplejidad y una reacción negativa en un sector de la *intelligentsia*». Malraux incluso invitó a Bábel a que redactara una serie de crónicas sobre la colectivización para la revista *Nouvelle Revue Française.*

De nuevo, en el interrogatorio se habla de Ehrenburg, quien, según la versión del oficial instructor, desempeñaba el papel de enlace entre Bábel y Malraux.

> En 1936 Ehrenburg expresó, en relación con los recientes procesos contra los trotskistas-zinovievistas, su temor por la suerte de su protector más importante, Bujarin, y preguntó por las nuevas personalidades que ocupaban cargos en la dirección del Partido, y en particular por Yezhov... Le dije todo lo que sabía de Yezhov, al que conocía personalmente...

Es la primera vez en sus declaraciones que Bábel nombra a Yezhov, el cruel comisario del Pueblo de Interior y principal artífice de la sanguinaria cocina estaliniana que dio nombre a esa terrible período: la *yezhóvshina.*

Bábel no sólo conocía a Yezhov personalmente, sino que las vidas de ambos, por caprichos del destino, se vieron unidas. Y, como veremos más adelante, la muerte le acosaba precisamente detrás de ese personaje. Pero por el momento Bábel no sospechaba nada.

> Le expliqué a Ehrenburg todo cuanto sabía sobre Yezhov, y después le di mi opinión al respecto de la situación dentro del Partido, en un momento crucial en que entendía que se había terminado el período de los debates, de los intelectuales y los analistas. «El Partido, así como todo el país –le comenté a Ehrenburg–, vive en un estado prebélico. No sólo serán necesarios nuevos métodos y nuevos individuos, sino también una nueva literatura, que en primer lugar deberá ser de carácter propagandístico, para más adelante estar a nuestro servicio y servir de entretenimiento...»
>
> En su última visita a Moscú, en verano de 1938, Ehrenburg estaba seriamente preocupado por el deterioro de su situación en la URSS. Le horrorizaba la posibilidad de que le denegaran un visado de salida y llegaba al extremo de no querer salir a la calle. Nuestras conversaciones giraban en torno a dos temas: la imparable oleada de arrestos que, según decía Ehrenburg, obligaba a todos los ciudadanos soviéticos a suspender cualquier trato con extranjeros, y la Guerra Civil en España...

En las declaraciones manuscritas Bábel aporta informaciones complementarias sobre este último encuentro con Ehrenburg. Cuando la conversación se centraba en las detenciones, Bábel manifestaba «que en su opinión se imponía la necesidad de un clima de mayor libertad en los juicios», y Ehrenburg se mostraba conforme con su apreciación. Bábel relató a su amigo la tormenta que se cernía sobre la familia Yezhov: habían detenido a un amigo íntimo de la familia, Semión Uritski;[14] la esposa de Yezhov, editora de la revista *SSSR Na Stroike* [La URSS en construcción], donde trabajaba Bábel, estaba irritada y muy nerviosa, en la redacción corría el rumor de que su marido bebía, que su relación se había deteriorado...

Sobre el otro tema de conversación, la guerra en España, Bábel escribe:

Dije que la guerra española terminaría en fracaso... Recuerdo que Ehrenburg señaló que pese a la confusión, la incompetencia y las frecuentes traiciones, el frente de España era el único lugar donde se podía respirar con libertad. Pero como forzosamente eso tenía que acabar, sólo quedaba la URSS, con su método de fuerza y disciplina, que para él era inviable (pero qué se le iba a hacer). Subrayó que lo que más le interesaba en ese momento eran los nuevos cuadros técnicos del Partido, los cuales ya se habían formado completamente en la era soviética, así como la cuestión del relevo de los cuadros que habían resultado ineficaces.

Es difícil saber hasta qué punto Bábel era sincero al hablar sobre Yezhov con Ehrenburg, pero cuando al final del interrogatorio los oficiales sacaron a relucir los secretos personales de Bábel, este se vio obligado a contar hasta el mínimo detalle. Esta información lo relacionaba con la mujer de Yezhov, y los interrogadores se la arrancaron con obstinación, intentando conferirle un matiz político y criminal.

–Conocemos sus relaciones íntimas y sus contactos secretos con la espía inglesa Yevguenia Jayútina-Yezhova. No intente ocultarnos estos hechos. Confiese sus relaciones con Yezhova.

–Conocí a Yevguenia Yezhova, que por aquel entonces se llamaba Gladún, en 1927, en Berlín, donde hice un alto durante mi viaje a París. Gladún trabajaba como mecanógrafa en la oficina comercial de la URSS en Alemania. El mismo día de mi llegada pasé por la oficina comercial, donde me encontré a Iónov,[15] un conocido mío de Moscú. Este me invitó a su casa esa noche, y allí conocí a Gladún, quien, creo recordar, me recibió con estas palabras: «Usted no me conoce, pero yo le conozco muy bien. Le vi una vez en una fiesta de Nochevieja, en un restaurante moscovita».

»Durante la velada en casa de Iónov bebimos mucho, y al salir invité a Gladún a dar un paseo en taxi por la ciudad, a lo que Gladún accedió con mucho gusto. Ya en el coche, la convencí para que subiera a la habitación de mi hotel.

»En esas habitaciones amuebladas se inició mi relación íntima con Gladún, que se prolongó hasta el día de mi partida de Berlín...

Una noche loca en Berlín. Para el joven Bábel era el primer viaje al extranjero. El vino, el paseo por la ciudad de noche... y una mujer que se entrega con complacencia...

¿Acaso puede adivinarse detrás de todo eso la mano del destino? Esta mujer que irrumpe en su vida como una vorágine arrastra tras de sí, cual un cometa en su cola, una lista de nombres y destinos: Yevguenia Fíguinberg

se convierte en Jayútina, Gladún, Yezhova... ¡Y cuántos otros nombres más se mezclaron entre estos apellidos legítimos!

> A finales de 1928, Gladún vivía ya en Moscú y entró a trabajar como mecanógrafa en *Krestiánskaya Gazeta* [El periódico campesino], cuyo editor era S. Uritski. A mi regreso a Moscú, continué mis relaciones íntimas con Gladún, que me encontró una habitación en el extrarradio, en Kuskovo...

Los instructores no están satisfechos. Han invadido la vida personal de Bábel con un único fin: hallar las raíces de sus actividades de espionaje, y todo lo que logran es una respuesta concreta:

> –Nada sé de los contactos de espionaje de Gladún-Yezhova... Desde el punto de vista político, Gladún era por aquel entonces la típica alma cándida que repetía opiniones ajenas y presumía de conocer la terminología trotskista... Hacia la segunda mitad de 1929 rompimos, y le perdí el rastro. Al cabo de un tiempo me enteré de que se había casado con un responsable del Comisariado del Pueblo de Agricultura, un tal Yezhov, y que vivía con él en un piso del bulevar Strastnói.
>
> »Conocí a Yezhov en 1932, y en 1933 coincidimos de nuevo, cuando ya era director adjunto del Departamento de Cuadros del Comité Central del VKP(b). Procuraba no frecuentarlos a menudo, pues advertía en Yezhov una actitud hostil hacia mí. Tenía la impresión de que estaba al corriente de mi relación con su mujer y temía que mi asiduidad pudiera parecerle sospechosa. He visto a Yezhov unas cinco o seis veces en mi vida, la última fue en verano de 1936, en su dacha, adonde fui acompañado de mi amigo, el artista Utiesov. Nunca mantuve con él ninguna charla sobre política, así como tampoco con su mujer, quien, mientras su marido ascendía en el escalafón del Partido, adoptaba las formas de una mujer soviética comedida y reservada.
>
> –¿Con qué objetivo le persuadió Yezhova para colaborar en la revista *SSSR Na Stroike*?
>
> –Efectivamente, fue Yezhova quien me llamó para trabajar en esa revista, pues de hecho ella era la redactora jefe. He trabajado en esa publicación de forma intermitente desde 1936 hasta el día de mi arresto. Me veía con Yezhova principalmente en el marco oficial de la redacción, y desde el verano de 1936 nunca más me invitó a su casa... Únicamente recuerdo que una vez le entregué una carta de la viuda del poeta Bagritski con la petición de interceder a favor del marido de su hermana, Vladímir Narbut, que había sido detenido. Pero Yezhova se negó alegando que su marido nunca comentaba con ella los asuntos del Comisariado de Interior... Esto es todo lo que les puedo decir sobre mis relaciones con la familia Yezhov.

El interrogatorio se acercaba a su recta final y los asistentes estaban exhaustos. Aun así, los instructores todavía trataron de imputarle lazos

criminales con el propio Trotski y su hijo, Liev Sedov,[16] pero después de que Bábel lo negara todo, pusieron punto final. Aunque prometieron no dejarle en paz hasta que no revelara todos sus secretos como enemigo del pueblo.

A pesar de que no lograron sonsacarle ningún hecho concreto ni prueba alguna de sus actividades subversivas y de espionaje –ya que simplemente no existían–, consiguieron una confesión. Ahora ya podían informar a sus superiores. Entre los documentos transcritos por el NKVD se ha conservado la siguiente carta:

Estrictamente confidencial

Al camarada Zhdánov del Comité Central del VKP(b)

7 de junio de 1939

Le envío, adjuntas, las actas del interrogatorio del ex miembro de la Unión de Escritores Soviéticos, Isaak Bábel Emmanuilovich, detenido por su actividad como espía antisoviético, fechadas los días 29-30-31 de mayo de 1939.

La investigación sigue su curso.

BERIA, comisario del Pueblo de Interior de la URSS

Zhdánov... era el mentor de la literatura en el seno del Partido. ¡Mira por dónde, resultó ser quien mantuvo bajo un férreo control el caso Bábel, el que tiraba de los hilos desde arriba!

¿Y qué fue de sus hermanos, los escritores? ¿Se inquietaron, corrieron a prestar auxilio a Bábel? No seamos ingenuos. Sí, se apresuraron, pero por otro motivo muy distinto...

Unión de Escritores Soviéticos de la URSS

Fondo de Literatura de la URSS

8 de junio de 1939

Confidencial

Al camarada L. P. Beria, comisario del Pueblo de Interior

El día 22 de mayo del año en curso, agentes del NKVD precintaron una dacha propiedad del Fondo de Literatura de la Unión de Escritores Soviéticos y de la que disfrutaba temporalmente el escritor Bábel, detenido por el NKVD... La dirección del Fondo de Literatura de la Unión de Escritores Soviéticos ruega al camarada Beria que disponga que esta dacha le sea devuelta al Fondo de Literatura para que en un futuro sea utilizada debidamente, mediante concesión a los

miembros de la Unión de Escritores, con el fin de que puedan descansar y desarrollar su actividad artística.

K. FEDÍN, secretario de la dirección
del Fondo de Literatura de la URSS
OSKIN, director del Fondo de Literatura de la URSS

En la carta aparece la instrucción: «Entregar» y la firma de L. Beria.

Aún no había transcurrido un mes desde la detención de Bábel, la instrucción no había hecho más que empezar, todavía no se había demostrado su culpabilidad y ni siquiera se había iniciado el proceso, cuando los escritores ya se repartían la dacha de su colega y lo habían borrado del mundo de los vivos.

El 10 de junio trasladaron a Bábel desde Sujánovka a la cárcel en el corazón de la Lubianka. De nuevo fue sometido a un interrogatorio. Esta vez, los oficiales instructores Kuleshov y Serikov[17] lo martirizaron con la acusación de haber mantenido contactos con algunos mandos militares ya detenidos y fusilados. Se referían a los ex comandantes del cuerpo de Cosacos Rojos, Primakov, Shmidt, Ziuk, Kuzmichov (los «jinetes-trotskistas», en palabras de los instructores), y de otras unidades, como Ojótnikov, Dréitser, Putna.[18] Bábel escribió una declaración manuscrita en la que debería basarse el interrogatorio. Para empezar, esbozó un guión:

Describir el cuerpo de Cosacos Rojos. Llenos de medallas, nunca me tomaron como una figura política. Yo vivía un período de gloria y se relacionaban conmigo de buena gana. Cuando tuve noticia de los procesos, les infundí lástima, me animaban a que escribiera. Decían que se me estaba ninguneando... Yo era como su as en la manga en el entorno antisoviético... Fueron una fuente de inspiración. La temática militar, sus aventuras, sus crónicas, la aureola de heroísmo...

Después Bábel desarrolla en sus notas el argumento asignado:

¿Qué era lo que nos unía? Ante todo, su entusiasta e incondicional admiración hacia mis relatos del Ejército de Caballería (no lo digo con afán de fanfarronear, sino para recrear de la forma más rigurosa los acontecimientos de esa época). Declamaban esos relatos casi de memoria y a la

menor ocasión, viniera o no a cuento, los divulgaban a voces. De ningún modo podía desagradarme e hizo que me sintiera más cerca de esta gente. Me atraía la gloria que acompañaba a estos héroes de la guerra civil, su singularidad humana, que le dejaba a uno pasmado al instante, el despreocupado y alegre compañerismo que imperaba entre ellos...

En esa época se me consideraba una especie de «escritor militar» y los militares constituían mi principal círculo de amistades. Me confiaban sus asuntos más íntimos, los observaba con mucho interés y consideraba sus biografías, los avatares de sus extraordinarias vidas, como un material de valor incalculable para la literatura. Conocía sus inclinaciones trotskistas en los años 1924-1927, pero a ninguno de ellos se le fue la lengua acerca de los crímenes que estaban urdiendo...

Para los que siempre buscábamos «gente interesante» y que no la encontrábamos a nuestro lado, ellos nos fascinaban por su coraje, desparpajo, camaradería impetuosa y su actitud desenvuelta hacia todo lo que acostumbramos a considerar con respeto. Así empezó a borrarse el camino (ahora me refiero a mí en concreto) que tenía que seguir el escritor soviético, se distorsionaba la perspectiva, maduraba en mí la crisis espiritual y literaria que me llevaría a la catástrofe...

La verdad es que todos los conocidos de Bábel eran sospechosos, pero ¿dónde se hallaba su actividad contrarrevolucionaria? Encallados en el mismo punto, los oficiales instructores arremeten de nuevo contra la literatura y el arte, y exigen pruebas sobre la organización que Bábel, al parecer, creó y lideró. ¡Entre sus allegados se contaban figuras de primera fila!

Empezaremos con el director de cine Eisenstein –indica Bábel–. Durante todo el año 1937 trabajé con él en la realización de la película *Bezhini lug* [El prado de Bezhin]... Él creía que la organización del cine soviético, su estructura y sus responsables entorpecían el pleno desarrollo de los trabajadores con talento artístico. Luchó encarnizadamente contra los dirigentes del cine soviético, fue el cabecilla de los formalistas en el cine, entre cuyos directores destacaron, por su activismo, Esfir Shub, Barnet y Macharet. Los fracasos artísticos de Eisenstein me permitían mantener con él charlas antisoviéticas en las que yo opinaba que la gente con talento no tenía espacio en la tierra soviética, que la política artística del Partido excluía la búsqueda creativa, la independencia del artista en la ejecución del auténtico arte...

Me citaba con Mijoels, director del Teatro Estatal Judío, al menos con tanta frecuencia como con Eisenstein. Se consideraba, y con razón, un magnífico actor y se sentía insatisfecho porque el repertorio soviético no le ofrecía la oportunidad de demostrar sus cualidades. Tenía una opinión pésima de las obras de los dramaturgos soviéticos, que contraponía al repertorio de obras clásicas y antiguas...

Seguidamente, Bábel habla del escritor Yuri Olesha:

–Conocí a Olesha en la época que pasé en Odesa, durante los primeros años después de la Revolución. Más tarde, cuando Olesha y yo nos dedicamos a escribir, nos unió una estrecha amistad y los mismos gustos y opiniones literarios...

–A la instrucción le interesa la actitud antisoviética de Olesha, no sus gustos literarios –le corrige el oficial instructor.

–Pues hablaré sobre eso. La intensa insatisfacción que la creación literaria causaba en Olesha, el fracaso de sus constantes intentos por crear algo nuevo, le empujó a un estado de desolación. Quizás hoy en día sea el representante que mejor caracteriza a los escritores bohemios desorientados y desesperados... Sus constantes declamaciones en las tabernas representaban una agitación activa contra la línea literaria oficial, que empujaba a escritores como él a vegetar y hacer aspavientos. Los escándalos se sucedían y en cierto modo Olesha parecía seguir los pasos de Yesenin. Insultaba públicamente a representantes de la literatura soviética: «¡Me habéis robado mi dinero! Os aprovecháis de mi dinero, robáis mi éxito, me arrebatáis lectores. Sólo pido una cosa: ¡que se me otorgue el derecho a la desesperación!».

»Esta era su idea predilecta. Olesha hizo de su lucha por el derecho a la desesperación su bandera literaria, y se puede decir que esta triunfó y halló cobijo entre los escritores, así como entre los cineastas...

Para poder salvar su dignidad, Olesha defendía el derecho a la desesperación. Bábel defendía otro derecho: el derecho al silencio. En el Congreso de Escritores hizo una broma muy significativa: «Siento un respeto tan infinito hacia el lector que enmudezco, callo. Se me conoce como un gran maestro en el arte del silencio...».

Después de describir a cada uno de los integrantes de su «grupo antisoviético», Bábel relata las actividades «subversivas» del grupo:

Silenciábamos y criticábamos con desprecio las obras destacadas de la literatura soviética, encumbrábamos a los autores marginados que no participaban activamente en la vida literaria del país... En mis charlas con autores jóvenes, yo hacía propaganda de los escritores blancos emigrados Bunin y Jodasévich, criticaba agriamente a los representantes principales de la literatura soviética, informaba con tristeza de la crítica situación en la que se hallaban inmersos los antiguos partidarios de Voronski, invocaba al llamado «objetivismo»...

Afirmábamos que Mayakovski se había suicidado porque se dio cuenta de que era imposible trabajar en las condiciones soviéticas. Explicábamos que los artículos contrarios al formalismo de Shostakóvich eran una campaña contra el talento, y que los fracasos artísticos de Eisenstein eran el resultado de las maquinaciones de los responsables de la cinematografía soviética.

A los ojos de los oficiales instructores, este deseo natural se revela como un crimen.

No les bastaba con convertir a Bábel en un espía francés, sino que tenían que relacionarlo con los servicios secretos austríacos. Para ello era suficiente con que fuera amigo de Bruno Steiner, representante de la empresa austríaca Elin, que vivió un tiempo en su piso de Moscú. Una vez más no hay pruebas de espionaje, y no queda claro qué información pudo transmitir a Steiner. Además, Bábel rechaza categóricamente estas sospechas en sus declaraciones manuscritas. En su búsqueda de cualquier prueba, la instrucción resbala y se tambalea, y, al retroceder de nuevo hasta la mujer de Yezhov, recae en una fantasía delirante.

Obligan a Bábel a firmar una declaración en la que se dice que su antigua amante le informó de los planes (ideados por ella y por Kósarev,[19] secretario del Comité Central de la VLKSM)[T9] para atentar contra la vida de Stalin y Klim Voroshílov, comisario del Pueblo de Defensa de la Unión Soviética, planes en los que estarían involucradas decenas de personas. Los confabuladores habrían proyectado asesinar a los líderes en el Cáucaso o en el piso de Yezhov en el Kremlin, y, si fracasaban en su intento, en una dacha en las afueras de Moscú... A petición de Yezhova, Bábel debía reclutar a los cómplices para cometer este crimen. En este punto, Bábel empieza a enumerar los nombres de escritores y periodistas jóvenes de su entorno, convirtiéndolos en criminales potenciales. Y además admite que el propio Yezhov le puso al corriente del complot terrorista. Parece que Bábel ya no opone ninguna resistencia, está de acuerdo con todo lo que le dice el instructor, quizá con la secreta esperanza de que cuanto más ridícula fuera toda esa farsa, más evidente sería su inocencia.

Después de arrastrar a su víctima al laberinto de su imaginación y de perderse ellos mismos en él, los instructores interrumpen el interrogatorio.

El cabecilla de la organización de escritores antisoviéticos es conducido a su celda en espera de que se reinicie el interrogatorio. Mientras, los instructores trabajan sin tregua. Raizman,[20] empleado de la sección segunda de la Dirección General de Seguridad, pide que le den una copia de las declaraciones de Bábel y de otro detenido, Mijaíl Koltsov, conocido entre sus contemporáneos como «el periodista número 1», dirigidas contra Ehrenburg y Olesha. Shvartsman, el superior del grupo de instructores, reacciona: «¡Camarada Serikov! Deme los extractos necesarios».

¡Qué documento más escalofriante! Aún no se ha desenmascarado a ningún culpable, y ya están preparando nuevas víctimas. Parece ser que la detención de Bábel era una advertencia: Beria y sus lacayos decidieron idear una «organización antisoviética» de escritores, para así eliminar a los más independientes y de más talento, y, con este fin, durante la instrucción iban a arrancar con tenazas las pruebas de los mismos escritores. ¡Que se metan los unos a los otros en el trullo! Y si no existe tal organización, pues se inventa en prisión ¡y ya está!

Los instructores escarban por todos los rincones de las entrañas de la Lubianka buscando pruebas comprometedoras contra Bábel. Encuentran una nota suya dirigida a Noi Márkovich Bliskovetski (también detenido), el cual había mandado una obra suya al venerable escritor para saber su opinión:

> Querido Noi Márkovich:
>
> Me ha gustado el capítulo. Ágil, sencillo (o sea, meditado hasta el mínimo detalle) y desde el principio se advierte un gran ímpetu. Si tiene algo más escrito, mándemelo, se lo ruego. Habría que mecanografiarlo todo, así en los márgenes se podría hacer algún comentario sobre algunas de las frases. Tengo la impresión de que puede salir un buen libro, así que continúe trabajando. Escríbame.
>
> 30 de noviembre de 1934. Suyo,
>
> ISAAK BÁBEL

También adjuntaron estas líneas al expediente. Pero ¿dónde se esconde el crimen?

A pesar de todo, el 19 de junio le dieron a leer a Bábel una «Resolución sobre la disposición de medidas coercitivas y acusatorias», por la que se enteró de que su incriminación estaba «suficientemente probada» en los delitos que contemplan cuatro de los artículos del Código Penal –58.1a, 58.7, 58.8, 58.11–, y de que, en calidad de miembro de una organización trotskista, realizaba tareas de espionaje e incluso había preparado una acción terrorista contra dirigentes del Partido y del gobierno...

Veamos otro ejemplo de cómo actuaba la fábrica de exterminio de Beria. El 21 de junio Bábel deja confeccionada una parte de sus notas; al cabo de cuatro días los instructores reanudan el interrogatorio con la intención de establecer las relaciones «criminales» entre Bábel y Malraux. De nuevo vemos que el instructor toma todo lo que Bábel ha escrito para, de forma muy «artística», reelaborarlo de acuerdo con sus intenciones.

> –Después del congreso –indica Bábel en el interrogatorio–, a Malraux se le ocurrió crear una revista mensual que fuera la voz de las ideas contrarrevolucionarias de André Gide, con la excusa de la supuesta libertad de expresión del escritor.
>
> –En la práctica, ¿qué aportó Malraux para publicar esta revista?
>
> –En la práctica, esta revista nunca se publicó, ya que Malraux se fue a España en 1936 y ya no lo volví a ver. Esto es todo cuanto quería declarar.
>
> –Ni mucho menos, aún hay más. ¿Qué papel debía desempeñar la revista en las tareas de espionaje?
>
> –No tengo la más remota idea.

En las notas de Bábel, entre los redactores de la revista que Malraux impulsó, aparece el nombre de Gorki, pero en el momento de elaborar el acta del interrogatorio los instructores eliminaron este insigne nombre de la lista negra. De ese modo purgaban las declaraciones. Por este mismo motivo, seguramente, los instructores se sirvieron del relato de Bábel relativo al modo como se materializó la idea de la revista, pese a ser de un gran interés:

> En la primavera de 1936, Malraux visitó a Gorki para hablarle de este proyecto. Intentó disimular su naturaleza antisoviética con desmesurados planes relacionados con la publicación conjunta de una nueva enciclopedia de la cultura, y con charlas provocadoras sobre el ocaso del arte literario y acerca de las intenciones puramente humanísticas de las nuevas publicaciones. Había logrado

obtener la colaboración de destacados escritores occidentales. Durante su estancia en Moscú, Feuchtwanger me comentó su intención de publicar en la revista una serie de crónicas sobre la URSS, y anunció que habían recibido material de Dreiser (sobre la censura estadounidense), de Rafael Alberti (sobre la joven literatura española) y de algunos escritores franceses. Yo también envié a Malraux un relato que el Glavlit[21] no había autorizado publicar en la URSS, artículos sobre el cine soviético y sobre la nueva familia obrera en la URSS (basados en informaciones sobre los Kórobov). Mi opinión sobre el cine soviético era bastante negativa, criticaba con acritud el método artístico usado por los cineastas soviéticos, calificaba a los guiones de inexpresivos y esquemáticos (a excepción de dos películas: *Chapáyev* y *Los de Kronshtadt*). El tono y el contenido de estos artículos coincidían con la valoración que hacía del arte soviético en general, al que tildaba de arte involutivo. No tengo ni la más remota idea de qué se hizo de esos artículos, que envié por mediación de Roland Malraux.[22] La Guerra Civil española impidió que Malraux llevara adelante el proyecto de la revista y nuestra relación se interrumpió en 1936...

Más adelante, en las declaraciones, Bábel prosigue su confesión.

¿Qué les decía yo a los escritores y cineastas que se me acercaban en busca de ayuda y de consejo? Hablaba de la conocida teoría de la «sinceridad», de la necesidad de seguir el camino de la profundización en la individualidad creativa, independientemente de que esta individualidad fuera o no necesaria a la sociedad. «El libro es el mundo visto a través del hombre», y cuanto más ilimitada sea esa obra, cuanto más se descubra en ella la persona, sea quien sea, más preeminentes serán sus méritos artísticos. Ninguna consideración moral o social puede ser obstáculo para que el escritor desvele su personalidad y su estilo. Si tienes algún defecto, perfecciónalo y transfórmalo en arte. La oposición de la sociedad y de los lectores debe incitarte a una defensa aún más obstinada si cabe de tus posiciones, pero nunca a cambio de los métodos básicos de tu trabajo...

En las obras de Bábel encontramos pocas reflexiones teóricas sobre el arte o el papel del escritor; es una persona práctica y al hablar razona metafóricamente, como un poeta. Esta exposición obligada de su credo artístico, totalmente inútil para la instrucción, es de vital importancia para nosotros. ¿Quizá la formuló porque presentía que no iba a disponer de otra oportunidad, con la secreta previsión de que algún día sus notas serían leídas por otro lector que no fuera el instructor? De pronto, Bábel recuerda que no está escribiendo un ensayo sobre su propia obra, sino una declaración. Y su voz adquiere otro tono.

> En teoría, se aclamaba la temática soviética, pero en la práctica era puro compromiso. Los artistas que tendían a representar la auténtica realidad estaban atemorizados, en su fuero interno se desalentaban ante las pruebas irrefutables de la uniformidad de su obra, por su subordinación artística al sistema y por el hecho de que el lector los aceptaba a regañadientes, pero en su interior los denigraba... Estas «teorías» desembocaban en contradicciones enfermizas, en el fracaso personal y artístico, en la creación de una atmósfera de insatisfacción y disgusto.

A continuación Bábel empieza a hablar de su círculo más íntimo, de sus amigos. De pronto, confluye ante nuestros ojos –en un escorzo confuso y desplazado, como en un cuadro surrealista bañado por una luz sombría como la de la celda de la Lubianka– todo el panorama de la vida artística del país, los rostros condenados e indefensos de los protagonistas más destacados.

> Las conversaciones con Eisenstein, entre 1936-1937, se centraban principalmente en que el director, fascinado por el misticismo y el puro formalismo, tenía que encontrar un argumento en sus películas para que esas cualidades negativas no se diluyeran, sino que destacaran. Con obstinación, dedicándole mucho tiempo y un sinfín de recursos, prosiguió trabajando en *Bezhini lug* [El prado de Bezhin], película fallida en que la muerte del miembro de las Juventudes Comunistas Pávlik Morózov tomaba un carácter religioso, casi místico, con una puesta en escena digna del fausto de la Iglesia católica.
>
> Las charlas con Mijoels –quien trataba por todos los medios de conseguir la autorización para escenificar mi obra de teatro *Zakat* [El ocaso] (borrada de las carteleras del repertorio oficial)– tenían el mismo carácter que mis conversaciones con Goriunov, uno de los directores del teatro Vajtángov, que se esforzaba por incorporar a su repertorio mi pieza *María*, prohibida por el Glavrepertkom.[T10] Los esfuerzos de ambos por llevar a escena mis obras de teatro iban acompañadas de nuestras objeciones al repertorio soviético en cartel, así como de nuestra oposición a los partidarios de ese repertorio y al nuevo rumbo que había tomado el MJAT.[T11] Montajes teatrales como *Vraguí* [Enemigos], *Zemliá* [La tierra], *Dostigáyev* se anunciaban como evidentes e inevitables fracasos; la atención que rodeaba al mejor teatro del país era calificada como la creación de una atmósfera de invernadero para desgastar el esplendor y la innovación que en otro tiempo distinguían las producciones del MJAT... Nuestro amor por el pueblo era teórico, un puro trámite burocrático, nuestro interés por su destino era una categoría estética, no teníamos ninguna raigambre que nos vinculara al pueblo, y de aquí deriva la desesperación y el nihilismo que difundíamos.
>
> Uno de los abanderados de esta actitud desesperada era Olesha, paisano mío, una persona con la que me he relacionado durante veinte años. Se creía un ejemplo vivo de los ultrajes que el poder soviético había infligido al «arte»; tenía mucho talento, y a menudo manifestaba estos

> ultrajes de modo vehemente, por lo que atraía a su órbita a escritores y actores jóvenes, gentes heridas en su amor propio, escépticos de poca monta, alcohólicos fracasados. Su cinta *Strogui yúnosha* [El joven severo], que costó unos cuantos millones de rublos a los estudios cinematográficos de Kiev, resultó ser un panfleto inconcebible contra el Komsomol,[T12] nunca se exhibió en público y todos los millones despilfarrados se sumaron a la cuenta de gastos. Otra cinta suya, *Bolotnie soldati* [Soldados de la ciénaga], fue acogida con frialdad, casi con hostilidad. Esta reacción del público le enfureció aún más. También fracasó en sus esfuerzos por escribir una obra de teatro de la que llevaba alardeando muchos años, y este sinfín de descalabros –lógicos e inevitables– le relegaron a las filas de las personas irascibles, amargadas, resentidas... Está claro que, entre 1936 y 1937, ni Olesha, ni Eisenstein ni yo predicábamos en el desierto; sentíamos la secreta, pero para nosotros manifiesta, simpatía de muchísimas personas del mundo del arte, como Valeri Guerásimov, Shklovski, Pasternak, Borís Levin, Sobolev y muchos más. Pagaron cara esta simpatía, ya que en su obra quedó impresa la huella de la perturbación interior y de la impotencia...

Bábel calumnia a sus amigos... Puedo oír sus gritos: «¡Los delata!».

Pero ¿quiénes somos nosotros, que no hemos sufrido las torturas de la Lubianka, para juzgar y perdonar desde la distancia imperturbable? La instrucción conseguía arrastrar al individuo hasta un estado en que dejaba de ser persona y ya no podía responder de sus palabras. Todos «delataban», casi todos; estoy seguro de que incluso aquellos que hoy se adjudican un papel en el Juicio Divino lo habrían hecho.

Además de las torturas físicas hay que añadir los tormentos morales, que situaban al detenido al borde de la locura. En la ya citada carta a Mólotov, leemos este testimonio de Vsévolod Meyerhold:

> Otra terrible circunstancia contribuyó a que no pudiera soportarlo más; perdí el control y me sumí en un estado de confusión y enervamiento. Inmediatamente después de mi arresto, no cesó de perseguirme una idea obsesiva que acabó por hundirme en una depresión de caballo. Empecé a convencerme de que «¡era necesario!», de que al gobierno debía parecerle que la pena que me habían infligido por mis errores no era suficiente... y ahora aún tenía que soportar otro castigo, el que me imponían los órganos del NKVD. «O sea, que es necesario», me repetía a mí mismo, y mi «yo» se escindió en dos personas. Una empezó a buscar los «crímenes» de la otra, pero cuando no los hallaba, se los inventaba. El instructor era eficaz, un colaborador ducho en estos asuntos, y juntos, a dúo, nos pusimos a inventar. Cuando mi fantasía no daba más de sí, los instructores se reunían en parejas... y diseccionaban las actas (algunas las reescribían hasta tres o cuatro veces).

> Sobre mi cabeza pendía una espada de Damocles que me sumía en la confusión y en el trastorno. El oficial instructor repetía sin cesar, de forma amenazante: «Si no escribes –con lo que quería decir "si no inventas"– te volveremos a golpear, no te tocaremos ni la cabeza ni la mano derecha, pero el resto lo convertiremos en un amasijo de carne amorfa y ensangrentada». Así que yo lo firmaba todo...

Por lo general, a los detenidos se les sonsacaban falsas declaraciones contra ellos mismos y contra otros tras someterlos a grados extremos de sufrimiento. A menudo el detenido se adelantaba a la agresión, a sabiendas de que no la podría soportar. Un recluso de la Lubianka, corresponsal de la BBC, declaró con el orgullo propio de su pueblo:

–Les diré todo lo que quieran saber. Como británico, no puedo permitir que me golpeen en la cara...

En todas las declaraciones de Bábel, tergiversadas por la acción de la instrucción, no encontramos ninguna prueba concreta de la actividad criminal de sus amigos. A pesar de ello, la delación iba a martirizarle de forma insoportable hasta el último momento de su vida.

En la parte final de sus notas, Bábel, fluctuando entre la sinceridad y su falso papel, vuelve a hacer un ejercicio de introspección:

> La mayoría de las miradas se centraron sobre mí; se esperaba que, después de un silencio tan prolongado, tuviera algo importante, impactante y optimista que decir, pero mi silencio se convirtió en una baza ganadora para los círculos literarios antisoviéticos, y en estos últimos años sólo he sacado a la luz algunos relatos cortos: *Di Grasso, El beso, El juicio, Stupak,* de contenido intrascendente, infinitamente alejados de los intereses de la construcción socialista, unas obras que irritan y descorazonan a las masas lectoras. Debo decir que en esta época preparé también obras importantes (cuyos borradores se encuentran entre mis documentos), pero realizaba el trabajo a disgusto, me apenaba notar la falta de autenticidad y la contradicción entre mi inamovible punto de vista, de tendencia humanística, y lo que la masa lectora soviética esperaba, que no era otra cosa más que obras sobre el nuevo individuo, libros que de forma artística esclarecieran el presente y anticiparan el porvenir.
>
> Así se justificaban las palabras que A. M. Gorki me había repetido infinidad de veces acerca del callejón sin salida en que me estaba metiendo. Gorki se esforzaba mucho en hacerme volver a la literatura soviética; durante nuestras conversaciones mostraba una atención muy sincera y una inquietud ardiente por el arte soviético; le causaba una aflicción terrible reconocer que yo, uno de sus discípulos, menospreciaba sus sabias palabras y sus advertencias, y defraudaba las esperanzas (quizás exageradas) que había depositado en mí. Cuando al fin escuché su voz, ya era demasiado

> tarde. Entre mis documentos puede hallarse el esbozo de una comedia y algunos relatos que tratan sobre mí y constituyen un intento de mostrarme tal como soy, una tentativa desesperada y tardía de reparar el daño infligido al arte soviético. El sentido del deber y la conciencia de servir a la sociedad nunca orientaron mi trabajo literario. Los artistas con quienes me codeaba sufrían la perniciosa influencia de esa concepción del mundo vacua y estéril. Es imposible determinar con exactitud todo el perjuicio que he provocado con mis actividades, pero ha sido realmente considerable. Fui uno de los soldados del frente literario que empezó su carrera con el apoyo y la atención del lector soviético y que trabajó bajo la dirección de Gorki, el escritor más grande de nuestro tiempo; pero luego deserté y abrí el frente de la literatura soviética a los espíritus decadentes y derrotistas; en cierto modo confundí y desorienté al lector, y me erigí como ejemplo de la teoría, saboteadora y provocadora, del declive de la literatura soviética. Por muchas palabras que se expresen, es imposible contabilizar todo el perjuicio que he provocado, aunque ha sido tremendo. Ahora me doy cuenta de sus verdaderas dimensiones con una claridad, una tristeza y un remordimiento insoportables.

LA DENUNCIA

En la Lubianka no hacían cumplidos a la ley: ¡sólo es preciso una víctima, el móvil ya se encontrará! Al cabo de mes y medio de entrar en la Lubianka, el fiscal Roguinski[23] firma la orden de arresto contra Bábel y da autorización para que se cumpla: primero lo detienen, y luego amañan los motivos por los que se le ha apartado de la sociedad. Pero, de todos modos, ¡hacen falta hechos!

Los instructores escudriñaron en montones de expedientes en los que apenas se mencionaba a Bábel. Quizá fue por este motivo por el que se demoraron tanto con la orden. Bastaba con que su nombre apareciera una sola vez para suponerle cómplice. A partir de este enfoque, tras arrestar a un solo individuo se podía encarcelar a cualquiera, incluso a todo el país.

Ya en 1934, un conocido de Bábel, el «trotskista-terrorista» Dmitri Gayevski (condenado a muerte por fusilamiento), había declarado:

> Ya que Stalin y el Comité Central, encabezado por él, eran el alma y la principal herramienta del plan quinquenal, la lógica dictaba que el fuego se concentrara precisamente sobre estos objetivos, y que a ello se destinaran todos los recursos disponibles. Dado que un ataque directo era inviable, se emprendió una infame labor de zapa a base de chistes, calumnias, rumores y chascarrillos según las reglas propias del género. Al principio teníamos que convertir al enemigo en algo deplorable, para más adelante rematarlo con facilidad. El núcleo dirigente creó ex profeso esta

> arma abyecta que, poco a poco, como en una trama, se abriría paso en la periferia del Partido y más adelante llegaría hasta las masas. Para conseguir este objetivo contábamos con diversos talleres donde se fabricaba esta arma. A este fin se dedicaban Ojótnikov, Shmidt, Dréitser, Bábel...

Nunca podremos llegar a saber lo que dijo en realidad el detenido Gayevski ni cómo lo dijo. En estas líneas se advierte el estilo semianalfabeto y paródico del instructor que conduce la declaración hacia donde le interesa. Las declaraciones de Gayevski resultan tan absurdas y cómicas que, más adelante, en el curso de la instrucción de Bábel, simplemente desaparecen, se pierden. Sin embargo, constan en la orden de arresto.

Aleksandr Fiódorovich Gladún, ex director de la fábrica de máquinas de herramientas de Járkov y también desenmascarado como troskista-terrorista (y sentenciado a morir fusilado), declara:

> Vi a Bábel por primera vez en nuestra casa del bulevar Tverskói número 20. Lo llevó a casa mi ex mujer, Y. S. Jayútina. Estaba especialmente indignado con la política literaria del Partido, y dijo: «Publican cualquier porquería, pero a mí, a Bábel, no me publican nada».

Pero la instrucción buscaba algo de más valor en estas declaraciones: la vinculación de Bábel con el núcleo de enemigos que era la familia Yezhov. Gladún informó de que su mujer había conseguido trabar amistad con Yezhov y de que este empezó a frecuentar su domicilio casi a diario. En interés de la conspiración decidieron calificar las reuniones que se celebraban en su casa de «veladas literarias», puesto que el escritor Bábel a menudo leía sus relatos no publicados.

> Durante las supuestas «veladas literarias» –añadió Gladún en su declaración– Yezhov participaba activamente en las conversaciones de carácter político..., alardeaba de que el Comité Central tenía plena confianza en él y que iba a ser ascendido. Estas fanfarronadas impresionaban mucho a Yevguenia Solomónovna y al resto de los congregados, y convertían a Yezhov en el «héroe de la velada». Yevguenia Solomónovna asumió la responsabilidad de incorporar a Yezhov en las actividades de espionaje. Este estaba desesperadamente enamorado de ella y no salía de su habitación... Jayútina me dijo que, después de una serie de conversaciones con Yezhov, consiguió reclutarle para trabajar a las órdenes del servicio de inteligencia británico, y se convirtió en su

amante con el fin de tenerle más sujeto; al cabo de poco tiempo incluso se casaron... Ella me informó de que Yezhov era una estrella ascendente y de que le resultaba más provechoso estar a su lado que junto a mí...

También emplearon las declaraciones del ex director de la Cámara del Libro de la Unión, el «trotskista-terrorista» Semión Borísovich Uritski (sentenciado a morir en el paredón), y aquí los instructores no tuvieron ningún reparo en falsificar descaradamente la declaración: a Uritski le interrogaron el 22 de mayo de 1939, y la detención de Bábel, que se había producido una semana antes, se basó en las declaraciones de Uritski:

Durante los años 1928 y 1929, en las veladas en casa de Gladún (con cuya esposa, Yevguenia Solomónovna, mantenía relaciones íntimas desde 1924), además de a Gladún y a Yezhov, a menudo me encontré al escritor Bábel, que participaba en nuestras conversaciones antisoviéticas.

Más tarde, en 1935, Yevguenia Solomónovna me informó de que también mantenía relaciones íntimas con Bábel. Una vez, mientras ella estaba ordenando su habitación en mi presencia, encontró una carta de Bábel. Me dijo que tenía esas cartas en gran estima. Más adelante me dijo que Yezhov había revuelto la cómoda en busca de las cartas de Bábel, de cuya existencia estaba al corriente, pero que nunca había podido leer. Les cuento este hecho porque estas cartas sin duda resultan de gran interés.

A menudo yo estaba presente en sus encuentros, que tenían lugar en el apartamento de ella en la calle Kíselni –donde Bábel a veces llegaba acompañado del actor Utiósov–, así como en el salón de Zina Glíkina[24] y en la redacción de la revista *SSSR Na Stroike.* Durante esas citas me convencí de que Bábel tenía opiniones trotskistas. Tuve la oportunidad de preguntarle personalmente por qué no escribía. Me contestó que el escritor tiene que escribir con sinceridad, y que todo lo que había de sincero en él no se podía publicar, ya que no estaba en armonía con la línea del Partido. Dijo que se daba cuenta de que tenía que publicar algo, ya que su silencio era una evidente manifestación antisoviética...

De hecho, en las actas del interrogatorio de Uritski esta opinión de Bábel aparece citada con otras palabras: «... que su silencio era peligrosamente elocuente...», pero el instructor redactó el texto en función de su conveniencia.

Recuerdo un encuentro en el salón de Zina Glíkina –declara Uritski–, poco tiempo después del proceso contra los militares. Bábel tenía un humor de perros. Pregunté qué le pasaba. Yevguenia Solomónovna contestó en su lugar, diciendo: «Entre los condenados, hay muchos buenos amigos de Bábel». Mientras acompañaba a Yezhova hasta el Kremlin, hablamos de Bábel. Ella me dijo

> que era muy buen amigo de muchos militares ucranianos trotskistas, que mantenía con ellos una estrecha amistad de carácter político, que el arresto de cada uno de estos destacados militares hacía necesaria su propia detención y que únicamente su reputación en Europa podía salvarle...

De nuevo el instructor mete baza en el texto cuando le interesa: Uritski habla de la «posibilidad», y no de la «necesidad» de detenerlo. Parecen nimiedades, pero son precisamente estas minucias las que delatan a los falsificadores de la Lubianka. Las numerosas incongruencias entre los hechos y las fechas de las declaraciones de distintas personas no los desanimaban, al contrario, aprovechaban cualquier detalle circunstancial y lo metían en el expediente.

Pero ¿dónde están las pruebas? Es en este momento cuando entran en acción las «informaciones de los agentes».

> La actividad trotskista antisoviética de Bábel queda confirmada a partir de las informaciones de los agentes entre los años 1934 y 1939. Nuestra fuente informó de que...

Las «informaciones de los agentes» son los chivatazos, y la «fuente», un *seksot* o colaborador secreto, un confidente, un delator, cuyo apellido permanece a salvo dentro de ciertas cajas de seguridad ultrasecretas. Desde 1934, Bábel estaba bajo vigilancia.

Y no sólo lo vigilaban agentes del Estado, sino también personas de toda condición social, entre las que se contaban «hermanos-escritores» del círculo de Bábel; algunos cumplían órdenes, a otros les movía el interés y hubo quienes actuaban movidos por el deseo de servir a los de arriba. Las denuncias y el miedo impregnaban el ambiente de esa época y contagiaban a millones de personas.

De este tipo de fuentes se nutrían los *investigadores* de la Lubianka. Pero ¡ironías del destino!, ahora gracias al esfuerzo de los confidentes podemos conocer los pensamientos que Bábel no pudo hacer públicos y mucho menos confiar al papel. En febrero de 1938 una «fuente informa»:

> Bábel ha sorteado la pregunta sobre Yezhov diciendo que él se ha percatado de la situación que reina en la familia de Yezhov, que ha notado que están deteniendo, uno tras otro, a todos los amigos que frecuentaban su casa. Bábel sabe que a él le tienen reservado un rinconcito. Si habla

de esto sólo lo hace con sus amigos. Bábel ha comentado a Katáyev y a otros aspectos relacionados con sus visitas como amigo de Yezhov.

Bábel ha contado lo que le angustia. Vivió con especialistas alemanes (los consejeros Pepelman y Steiner), que eran «de los suyos». Y tiene miedo de haberse ido demasiado de la lengua hablando con los alemanes en 1936, cuando estos dejaron la URSS. «Tengo la sensación de que alguien me hará una visita de parte de los alemanes.»

En noviembre de 1938 una fuente informa sobre la reacción de Bábel ante el proceso judicial contra el «bloque antisoviético de trotskistas de derechas». Stalin tenía calculado aplastar de una vez por todas a la oposición y amedrentar al pueblo con esta farsa ampliamente difundida. Al tiempo que se investigaba a los inculpados, como si se tratara de papel de tornasol aparecían nuevos disidentes relacionados con ellos.

Bábel no alimenta ninguna ilusión con relación al proceso. Dice:

Se trata de un proceso espantoso. Es espantoso por su terrorífica mediocridad, que menosprecia todos los problemas. Al parecer, Bujarin se ha esforzado por situar el proceso en un nivel teórico más elevado, pero no se lo han permitido. Bujarin, Ríkov, Rakovski y Rózengoltz han sido intencionadamente equiparados a viles delincuentes, a miembros de la Ojrana,[T13] a espías tipo Sharangóvich,[T14] de cuyas actividades en Bielorrusia me han contado cosas horribles: excluía a la gente del Partido, los provocaba, etcétera. Es cierto que Rakovski es hijo de un hacendado, pero también lo es que dio todo su dinero a la Revolución. Morirán convencidos del fracaso de la corriente que representaban y a la vez del fracaso de la Revolución comunista, ya que Trotski los convenció de que la victoria de Stalin conllevaba la muerte de la Revolución...

El poder soviético se sustenta sólo en la ideología. Si no hubiera ideología, hace diez años que todo se habría terminado. La ideología ha permitido cumplir la sentencia contra Kámenev y Zinóviev. La gente se acostumbra a las detenciones, como al clima. Aterroriza la obediencia que muestran los miembros del Partido y de la *intelligentsia* ante la idea de que los metan entre rejas. Estas son las particularidades de un régimen estatal. La experiencia de las decisiones que se tomaron en el pleno del Comité Central de enero nos muestra que los resultados divergen de lo que se dice en las resoluciones. Hace falta que algunas personas de talla histórica se sitúen a la cabeza del país. Por otro lado, ¿de dónde las sacamos? Ya no queda nadie. Se precisa gente con una sólida experiencia en política internacional, pero no la hay. Rakovski contaba con una dilatada experiencia...

Más tarde, antes de la detención de Bábel, una fuente informa:

> En febrero de 1939 Bábel dijo: «La dirección del VKP(b) sabe a la perfección, aunque no lo diga abiertamente, qué tipo de personas son Rakovski, Sokolnikov,[25] Rádek, Koltsov, etcétera. Todos ellos destacan por su gran talento y se hallan a años luz de la mediocridad que reina en la actual dirección. Basta con que estas personas tengan el mínimo roce con la sociedad para que la dirección se muestre despiadada: ¡Que los detengan y los fusilen!...».

Finalmente, la víspera de la detención, uno de los confidentes comunicó:

> Bábel posee cierta información relacionada con los más altos dirigentes del país que, si cayera en manos de un periodista extranjero, podría convertirse en un escándalo a nivel mundial...

¿Con qué pretexto se detuvo a Bábel en mayo de 1939? De hecho nadie, ni siquiera los delatores, presentaron prueba alguna de que el escritor estuviera implicado en algún crimen grave, como el de espionaje. Todos atestiguaban únicamente su crítica al régimen. Todos excepto una persona: Nikolái Ivánovich Yezhov. Quien poco tiempo atrás había tenido a todo el país en un puño se hallaba ahora en alguna celda de la Lubianka cerca de Bábel.

En el expediente de Bábel hay un fragmento de las actas del interrogatorio de Yezhov fechado el 11 de mayo de 1939. Cinco días antes de la detención de Bábel, el ex comisario del Pueblo de Interior mantuvo el diálogo siguiente con el instructor (el mismo Kobulov[26] que firmó la orden de detención de Bábel).

> *Pregunta.* No está del todo claro por qué le parecía sospechosa la familiaridad de estas personas con Y. S. Yezhova.
>
> *Respuesta.* Esta familiaridad era sospechosa en la medida en que Bábel, por poner un ejemplo, en los últimos años, por lo que sé, casi no escribía nada, frecuentaba el sospechoso círculo trotskista y además mantenía una intensa relación con algunos escritores franceses que ni por asomo pueden considerarse simpatizantes de la Unión Soviética. Por no hablar del hecho evidente de que Bábel no deseaba que su esposa, quien vive en París desde hace muchos años, se reuniera con él aquí, sino que prefería ir a visitarla allí...
>
> »Yezhova mantenía una amistad muy especial con Bábel... Sospecho, si bien es verdad que sólo a partir de mis propias observaciones, que más tarde mantuvieron vínculos de espionaje...

Así es como Yezhov, de un mazazo, ajusta cuentas con su mujer y con el antiguo amante de ella. Es un golpe certero, de sobra sabe lo que seguirá a esta acusación. Antes de confesar sus celos prefiere acusar a su adversario de espía.

Pregunta. ¿En qué hechos basa esa afirmación?

Respuesta. Mi mujer me dijo que conocía a Bábel aproximadamente desde 1925. Siempre me aseguró que no había mantenido relaciones íntimas con Bábel. Su interés por él no era otro que conocer a un escritor de talento y original. Bábel vino varias veces a nuestra casa invitado por mi esposa y, obviamente, en esas ocasiones lo traté.

»Observé que en su relación con mi esposa Bábel se mostraba intransigente y grosero, y que mi mujer le tenía miedo. Comprendí que los unía algo más que el interés literario de mi esposa, que había algo más serio. Deseché la posibilidad de una relación íntima pues era poco probable que Bábel se hubiera mostrado tan grosero con ella conociendo mi posición social.

»Cuando le preguntaba a mi mujer si mantenía con Bábel la misma relación que tenía con Koltsov, ella guardaba silencio o simplemente lo negaba con voz queda. Siempre he supuesto que con esas respuestas vagas ella sólo quería ocultarme sus vínculos de espionaje con Bábel, pues no quería introducirme en esa red de contactos...

Se dio a leer a Bábel este documento, ya que lleva su firma estampada en él; de esta manera supo cuál fue el pretexto para que lo detuvieran. En el acta de acusación de Bábel, esta infame denuncia de Yezhov ocupa el primer lugar: «Desenmascarado a partir de las pruebas aportadas por el conspirador represaliado N. I. Yezhov...».

Hay personas que parecen agujeros negros en el firmamento estrellado de la humanidad. Poseen de forma innata tal poder maligno que todo lo que cae en su campo de atracción acaba siendo arrastrado y aniquilado. Y ello no ocurre porque tales personas lleven una marca especial o se los haya dotado del don de la maldad. ¡Ni mucho menos! En realidad, el demonio suele elegir a hombres absolutamente grises para perpetrar sus fechorías. Precisamente la grisura resulta terreno fértil para ser coloreado con la negrura del mal.

¿Qué final esperaba al comisario del Pueblo Yezhov? El acta de la instrucción de Yezhov en el archivo de la Lubianka desvela la naturaleza bestial del personaje. Durante el arresto, en su despacho oficial, hallaron algunos «recuerdos», como unas balas envueltas en papelitos que llevaban escritos los nombres «Smirnov»,[27] «Kámenev», «Zinóviev», que ya habían sido aplastados... Ocultos en distintos rincones había cuatro pistolas y muchas botellas de vodka, unas llenas, otras empezadas y algunas vacías... En el juicio Yezhov declaró: «No puedo negar que bebo... A menudo iba al piso de un amigo con una chica y ahí pasábamos la noche». Y sobre la esposa de uno de sus subordinados dijo: «En octubre o noviembre de 1938, durante una juerga en mi piso, mantuve relaciones con ella». Y también con su marido: «Tuve, en efecto, una relación homosexual...».

Cuando Yezhov cayó en desgracia, rodaron las cabezas de sus amigos. Incluso Yevguenia Solomónovna se vio amenazada. En el expediente de Yezhov se adjuntan unas cartas desgarradoras escritas por su esposa:

> ¡Koliushenka![T15] Te ruego encarecidamente..., insisto en que se compruebe toda mi vida, todo en mí... Me resulta imposible creer que se me acuse de llevar una doble vida y se me imputen unos crímenes que no he cometido...

La domina un terror bestial, y con razón, ¡ha caído de tan alto!

En octubre de 1938 Yevguenia Solomónovna ingresa en un sanatorio de las afueras de Moscú con un diagnóstico de «estado asténico-depresivo (¿ciclotimia?)». Los más reputados médicos del país la asisten para cuidarla. Al cabo de un mes, muere. El informe de la autopsia certifica: «Cuerpo de mujer de treinta y cuatro años, de estatura mediana, constitución normal, bien alimentada...». Causa de la muerte: envenenamiento con fenobarbital. ¿Fue un suicidio? Posiblemente. Pero la sentencia contra Yezhov dirá: «... organizó una serie de asesinatos de personas que le estorbaban, entre ellas su mujer...».

El 7 de diciembre de 1938 la estrella de Yezhov se extinguió: fue relevado de su puesto de comisario del Pueblo de Interior y su cargo lo ocupó Beria. Al cabo de cuatro meses, el 10 de abril de 1939, después de

que Stalin practicara con él su usual juego del gato y el ratón –antes de estrangular solía divertirse un poco–, Yezhov fue recluido en la cárcel de Sujánova. Pero desde ahí, el enano sangriento continuó sembrando la muerte, arrastrando consigo a otros a la tumba; así, detuvieron a Jayutin, el primer marido de Yevguenia Solomónovna, y después a Bábel...

Este caudillo de poca monta y verdugo de su propio pueblo era un seguidor de Stalin, el típico bolchevique de la «cosecha estaliniana», que había conseguido llegar al poder. Los poetas componían poemas en honor del «*batir*[T16] Yezhov», Trotski le llamaba el «mariscal de la policía secreta», pero en el fondo Yezhov no era más que un lacayo con una pobre e incompleta formación y un ser atormentado por un complejo de inferioridad. Pero cuanto más insignificante es una persona, más necesita autoafirmarse y mostrar su agresividad. Su amo, Stalin –un seminarista que no terminó los estudios– odiaba ferozmente a los intelectuales, a cualquiera que fuera más inteligente y cultivado que él, y se rodeaba expresamente de personas con un bajo nivel de formación que manifestaran abiertamente la superioridad del cabecilla. Todos los líderes soviéticos se han distinguido por este rasgo patológico, que ha coronado el ocaso del poder de la miserable pléyade del GKChP.[T17]

Entre los astros del Kremlin, la estrella negra de Yezhov, la estrella enana, no era la de mayor magnitud. Antes de ser ejecutado, Yezhov manifestó un último deseo:

–Digan a Stalin que moriré con su nombre en los labios.

¿Qué empujaba a Bábel a frecuentar la casa de Yezhov, adonde acudía como una mariposa que vuela a la luz? Ante todo, su interés profesional como escritor. Sabemos que durante mucho tiempo estuvo trabajando en un libro sobre la Checa: recopilaba información, conversaba con destacados chequistas, escuchaba sus relatos con avidez, tomaba notas. Corría el rumor de que se habían impreso algunos ejemplares de su «novela sobre la Checa» para Stalin y para miembros del Politburó, pero que estos no la habían aprobado. Es probable que fuera una leyenda... aunque no fruto de la casualidad, pues cuando el río suena, agua lleva.

Iliá Ehrenburg escribe en sus memorias que su amigo era consciente del peligro que corría con todas esas visitas, pero que aun así quería, como él mismo decía, «desembrollar el embrollo». Un día le dijo a Ehrenburg:

–El meollo no se encuentra en Yezhov. Por supuesto, Yezhov se esfuerza, pero él no es importante...

El escritor quería capturar ese «momento de verdad». ¿Acaso necesitaba estar en las mazmorras de la Lubianka para que llegara ese momento?

¿Qué pensó Bábel, qué dijo en su celda? Por muy fantástico que pueda parecemos, hoy podemos averiguar algo al respecto. Vladímir Goncharov, funcionario del archivo de la Lubianka, descubrió unos curiosos documentos al revisar los expedientes de prisioneros que compartieron celda con Bábel.

Entre julio y agosto de 1939, Bábel estuvo confinado en la celda número 89 del cuarto pabellón de la prisión de la Lubianka, junto con Lev Nikoláyevich Belski,[28] antiguo secretario del Comisariado del Pueblo del NKVD (fusilado en 1940). Este es su testimonio «acerca de las falsas declaraciones»:

> No siempre se tiene suerte con las declaraciones. Compartí celda con el escritor Bábel. Nuestra instrucción se desarrollaba a la par. Me confesé espía germano-japonés, Bábel se autoinculpó de mantener vínculos de espionaje con Daladier. Cuando se firmó la alianza germano-soviética, Bábel se derrumbó, ya que tenía la certeza de que lo fusilarían, y me felicitó por mi probable liberación de semejante destino...

LA ACUSACIÓN

Durante los meses de julio y agosto la instrucción se interrumpió. ¿Quizá la troika formada por Sérikov, Kuleshov y Shvartsman, que tantos esfuerzos habían dedicado a su labor, pudo al fin disfrutar de unas merecidas vacaciones? ¿O quizá fue apartada del caso por su ineficacia? La cuestión es que el 11 de septiembre el caso Bábel pasa inesperadamente de la sección de instrucción del NKVD a la sección de instrucción de la Dirección General de la Seguridad del Estado del NKVD, en la que toma el relevo una nueva troika integrada por los instructores Akópov, Kochnov y Rodos.

Ese mismo día Bábel escribe una carta de arrepentimiento dirigida a Beria, seguramente cumpliendo órdenes de sus oficiales instructores.

A LA ATENCIÓN DEL COMISARIO
DEL PUEBLO DE INTERIOR DE LA URSS

La Revolución hizo que descubriera el camino de la creación, el camino del trabajo feliz y útil. Mi individualismo, mis erróneos puntos de vista literarios, la influencia de los trotskistas, que marcó los inicios de mi actividad literaria, todo ello me obligó a desviarme de ese camino. Año tras año, mis escritos se volvían más innecesarios y desfavorables para el lector soviético, pero estaba convencido de que era el lector quien se equivocaba, no yo. A raíz de este pernicioso desencuentro, la fuente de mi creación se secó; traté de liberarme de este cautiverio de ciega y egoísta restricción, pero mis esfuerzos fueron lamentables e infructuosos. La liberación me llegó en la cárcel. Durante estos meses de encierro he reflexionado quizá más que en toda mi vida y he entendido muchas cosas. Ante mí han ido desfilando con una claridad estremecedora todos los errores y crímenes de mi vida, la corrupción y la podredumbre de todo cuanto me rodeaba, principalmente del círculo trotskista. He percibido en el fondo de mi ser que estas personas no sólo son enemigas y traidoras del pueblo soviético, sino que defienden una concepción del mundo contrapuesta a la simplicidad, la claridad, la alegría, la salud física y moral, o sea, contraria a todo lo que constituye la auténtica poesía. Esta concepción del mundo se expresaba en un escepticismo barato, un desprecio exhibicionista por la profesión, una indiferencia asqueada y una despreocupación decadente que surgió ya en los primeros años de la Revolución, así como en una vida personal negligente en la que se sublimaba el libertinaje más asqueroso como si se tratara de un postulado y un acto de valentía. En mi soledad, he visto con nuevos ojos el país soviético, tal y como es en realidad, de una hermosura indescriptible, y esta visión ha resultado más torturadora que las mezquindades de mi vida pasada…

Ciudadano comisario del Pueblo: durante la instrucción, sin mostrar indulgencia hacia mi persona y con el único deseo de depurar y expiar mi culpa, he confesado todos mis crímenes. Ahora quiero dar cuenta de otra faceta de mi vida, el trabajo literario que llevaba a cabo a escondidas del resto del mundo, con dificultades y altibajos, pero sin cejar en el empeño. Le ruego, ciudadano comisario del Pueblo, que me permita poner orden en los manuscritos que me fueron confiscados. Contienen esbozos de crónicas sobre la colectivización y los *koljoz* de Ucrania, documentación para un libro sobre Gorki, borradores de algunas docenas de relatos, una obra de teatro a medio escribir y una versión por revisar de un guión. Estos manuscritos son el resultado de ocho años de trabajo, y este año tenía pensado preparar una parte de todo este material para su publicación. Además, le ruego que me permita esbozar el ensayo en que proyecto relatar el itinerario, en cierto modo típico, que me ha llevado a la perdición y a cometer crímenes contra el país socialista. Esta trayectoria me viene a la cabeza con una claridad angustiosa y despiadada, y siento con dolor cómo vuelvo a recuperar la inspiración y la fuerza de

la juventud, cómo me corroe la sed de trabajo, la sed de redimir y de estigmatizar esta vida que he desperdiciado de manera errónea y delictiva.

¿De qué se arrepiente Bábel? Todo el mundo tiene claro que no cometió ningún crimen real. Su única falta fue ser Bábel, su único crimen fue ser él mismo, ser Bábel entre esa gente, en ese país.

Lo más probable es que ya no confiara en sobrevivir; cualquiera de los artículos utilizados como base de la acusación conllevaba la pena de morir fusilado. Hizo un último intento desesperado por acceder a su obra, con la esperanza de ordenar sus manuscritos, el «resultado de ocho años de trabajo», antes del final... No satisficieron su ruego. En esto el caso de Bábel tiene ciertas concomitancias con el de otro recluso de Stalin, el filósofo Pável Florenski, quien, al saber que sus manuscritos habían sido confiscados por la OGPU, exclamó desconsoladamente: «Se ha esfumado el trabajo de toda mi vida... Es peor que la muerte física». Peor que la muerte...

Aún transcurrió un mes. El 9 de octubre los nuevos instructores introducen una enmienda a la acusación presentada contra Bábel: eliminan una de las cuatro acusaciones, la de sabotaje. Al día siguiente, lo conducen a su último interrogatorio.

Es en ese momento cuando el detenido da un paso inesperado: se retracta de una parte de sus declaraciones. Es el comienzo del fin. Esta vez no contamos con una copia mecanografiada del acta del interrogatorio, sino con el original escrito de puño y letra por el teniente Akópov.

Pregunta. Acusado Bábel, ¿tiene algo que añadir a sus anteriores declaraciones?

Respuesta. No puedo añadir nada a lo que ya declaré, porque he expuesto todo sobre mi actividad contrarrevolucionaria y de espionaje, pero ruego a la instrucción que tenga en cuenta que en mis anteriores declaraciones en la cárcel cometí un crimen.

P. ¿De qué crimen habla?

R. Difamé a algunas personas y declaré en falso sobre una parte de mi actividad terrorista.

P. ¿Se proponía provocar a la instrucción?

R. No, no era esa mi intención, porque yo nada represento ante los órganos del NKVD. Mentí a la instrucción por pura cobardía.

P. Cuente a quién difamó y en qué mintió.

R. Mis declaraciones son falsas a partir del momento en que manifiesto mis vínculos contrarrevolucionarios con la mujer de Yezhov, Gladún-Jayútina. Además, es falso que realizara actos terroristas bajo la dirección de Yezhov. Tampoco sé nada sobre las actividades antisoviéticas del entorno de Yezhova. Las declaraciones en relación con S. M. Eisenstein y S. M. Mijoels son pura invención. Confirmo mis actividades de espionaje para los servicios de inteligencia francés y austríaco. No obstante, debo añadir que, de las informaciones que transmitía a los servicios de inteligencia extranjeros, nunca revelé ninguna información de carácter militar...

¿Por qué Bábel no se retracta de la totalidad de sus declaraciones? ¿Por qué no desmiente su actividad de espionaje, quizás el disparate más terrible? Por lo visto, su táctica era ir reduciendo poco a poco los resultados de la instrucción, primero defendiendo a los demás y después a sí mismo. Mientras esté en manos de los órganos, él no es «nada». Pero ¡el juicio está cerca y declarará la verdad hasta el último detalle!

No obstante, por mucho que haga, diga lo que diga, ya nada depende de Bábel. Su destino está decidido, y no se ha dispuesto durante la instrucción, sino mucho antes, en el momento de la detención. ¡El NKVD nunca se equivoca!

Inmediatamente después del interrogatorio, Akópov redacta aún otra acta, la del fin de la instrucción: ¡basta ya de dar vueltas al mismo tema, ha llegado la hora de ponerlo en manos de la justicia! Se ha cumplido con las formalidades: la doctora Kuzmina examina a Bábel en su celda e informa de que el detenido tiene bronquitis crónica; por lo demás parece gozar de buena salud...

El 13 de octubre el acta de acusación está lista: «Terminada la instrucción preliminar, el caso instruido número 419 está listo para enviarlo a la Fiscalía de la URSS a fin de que se haga llegar a los órganos competentes», y a continuación aparecen una serie de firmas, ordenadas de menor a mayor graduación: el instructor Akópov, el instructor superior Kochnov, el jefe adjunto de la sección de instrucción Rodos, el jefe Serguienko.[29] Además, el fiscal militar Póstnikov ratifica con su firma el

documento. Los instructores no tienen en cuenta que Bábel se ha retractado de una parte de sus declaraciones. A pesar de todo, por algún motivo retrasan el envío del expediente al tribunal, aún lo retienen durante un mes hasta nueva orden.

El 5 de noviembre Bábel dirige al fiscal general una nota escrita con letra irregular en un pedazo de papel.

> He sabido por el oficial instructor que mi caso está pendiente de ser revisado por la Fiscalía de la URSS. Como deseo realizar una declaración relacionada con este caso que tiene una relevancia excepcional, pido que se me escuche.

Al día siguiente el capitán Mirónov, jefe de la prisión, envió la nota a su destino.

Antes de la fiesta del 7 de noviembre, tal como recuerda Antonina Nikoláyevna Pirozhkova, la viuda de Bábel, un joven colaborador del NKVD se acercó a su casa en la calle Nikolo-Vorobinski para pedirle que le entregara unos pantalones, unos calcetines y unos pañuelos para Bábel.

> Por suerte durante el registro había tenido tiempo suficiente de guardar los pantalones de Bábel en mi habitación. Los calcetines y los pañuelos estaban en mi armario. Empapé los pañuelos con mi perfume y di todas esas cosas al desconocido. ¡Estaba tan deseosa de enviarle a Bábel algún saludo, aunque sólo fuera un aroma conocido!
>
> Mi madre y yo llegamos a la conclusión de que la visita del colaborador era una buena señal, una especie de alivio. Eso fue lo que creímos.

Ese aroma de perfume fue quizás el último mensaje que Bábel recibió de su casa.

¡La vida! A Bábel le gustaba la vida y la conocía bien. Incluso le llamaban el «artista de la vida». Un sabio burlón. Ehrenburg decía: «El más inteligente de todos era Bábel». Un epicúreo. Un sibarita. Tenía éxito con las mujeres, aunque no era guapo.

–No se encapriche con las damas cultivadas. Elija amantes entre las costureras y las lavanderas, estas no fingen.

Su escritura era jugosa, deliciosa y en su método de trabajo introducía elementos originales.

–Nunca escriban en hojas limpias –aconsejaba a los jóvenes–, es mejor usar los recibos...

En septiembre, Bábel fue trasladado a otra celda, la número 9 del primer pabellón. A su lado se encontraba otro testigo, Gueorgui Gueórguievich Grents,[30] ex director del Departamento Financiero de la empresa Glavselmash.[T18] En su declaración para el instructor este escribió:

> Bábel me dijo que era un necio por haber firmado las declaraciones, y en nuestras conversaciones continuamente me echaba en cara haberlo hecho. Me dijo que lo mejor sería que me retractara de mis declaraciones durante la instrucción. Influido por su insistencia, negué mis declaraciones. Ahora me arrepiento profundamente de haber tomado el camino equivocado y confirmo mis declaraciones iniciales.

El 21 de noviembre, sin haber recibido respuesta de la Fiscalía, Bábel vuelve a dirigir a esta una nota escrita también con mano insegura en un trozo de papel.

> Ampliando mi petición del 5 de noviembre de 1939, me dirijo a ustedes por segunda vez con la súplica de que se me cite a un interrogatorio. Mis declaraciones contienen afirmaciones incorrectas e inventadas en las que atribuyo actividades antisoviéticas a personas que trabajan honrada y abnegadamente por el bien de la URSS. La idea de que mis palabras no sólo no van a ayudar a la instrucción, sino que pueden acarrear un perjuicio directo a mi patria, me causa un dolor indescriptible. Considero un deber primordial borrar de mi conciencia esta espantosa mácula.

Parece que Bábel ya se ha despedido de la vida, y ahora sufre por el destino de los demás. Durante los últimos meses reconoce su culpabilidad, pero no exactamente de lo que se le acusa. De hecho vive dos juicios: uno es este, el injusto; el otro es el supremo, cuando se juzga a sí mismo.

Los instructores retienen aún el expediente hasta el 2 de enero de 1940, a pesar de que la Fiscalía militar les apremia: «La instrucción ha terminado, hay que llevar el caso ante el tribunal... No hay motivos para demorarlo por más tiempo». Hay alguien que todavía mueve los hilos de la vida de Bábel.

¿Por qué? ¿Acaso lo necesitan para realizar nuevas detenciones y celebrar un nuevo proceso en masa?

En diciembre la Lubianka deja de aceptar el dinero que la mujer de Bábel enviaba a este. El detenido ha sido transferido a la cárcel de Butirka. Desde ese centro aún envía un tercer mensaje a la Fiscalía:

> Mientras me hallaba en la cárcel interior del NKVD dirigí dos peticiones a la Fiscalía de la Unión, fechadas el 5 y el 21 de noviembre de 1939, en las que mencionaba que en mis declaraciones calumniaba a gente inocente. Desconozco qué ha sucedido con estas peticiones. La idea de que mis declaraciones no sólo no van a servir para esclarecer la verdad, sino que confunden a la instrucción, no cesa de atormentarme. Paralelamente a lo expuesto en el acta del 10 de octubre, atribuí actividades y tendencias antisoviéticas al escritor I. Ehrenburg, a G. Konoválov, M. Feieróvich, L. Túmerman,[31] O. Bródskaya y a un grupo de periodistas, entre los que se cuentan E. Kríguer, E. Bermont y T. Tess. Todo es una mentira sin fundamento. Todas esas personas son ciudadanos soviéticos honestos y abnegados. Esta calumnia se debió a mi cobarde actitud durante la instrucción.

Toda la nota está repleta de palabras subrayadas con lápiz verde y rojo, de resoluciones y sellos.

El 22 de enero aparece una nueva nota del fiscal en el acta de acusación: «Remitir el caso a la Corte militar para la vista...».

El caso se acerca a su desenlace.

LA SENTENCIA

Su suerte está echada. Bábel se bate hasta el final, pero en los últimos momentos lucha sólo por los demás.

El 25 de enero, un día antes de la audiencia ante el tribunal, recibió el acta de acusación y sin demora dirigió una carta al presidente de la Corte militar del Tribunal Supremo. Son las últimas palabras que escribió:

> El 5 y el 21 de noviembre de 1939 y el 2 de enero de 1940 escribí a la Fiscalía de la URSS diciendo que quería realizar unas puntualizaciones extremadamente importantes acerca de mi caso, y que en mis declaraciones había difamado a una serie de personas cuya inocencia está fuera de toda duda. Solicito que, en relación con estas declaraciones, el fiscal del Tribunal Supremo atienda mi petición para que se examine el caso.

También solicito permiso para convocar a un abogado y que se llame, en calidad de testigos, a A. Voronski, al escritor I. Ehrenburg, a la escritora Seifúlina, al cineasta S. Eisenstein, al actor S. Mijoels y a la secretaria de redacción de la revista *SSSR Na Stroike*, R. Ostrovskaya. [Bábel ignora que está convocando a un muerto: Aleksandr Konstantínovich Voronski había sido fusilado en 1937.]

Pido además que permitan que me familiarice con el expediente, ya que lo leí hace más de cuatro meses, superficialmente, a altas horas de la noche y mi memoria no ha retenido casi nada.

Al día siguiente, 26 de enero, tuvo lugar el juicio. Al parecer se celebró en el despacho de Beria, situado en la misma prisión de Butirka. Por orden secreta Beria disponía de despachos en todas las cárceles de la ciudad; a menudo «trabajaba» por la noche, y de día cedía el lugar a los tribunales.

La competente troika de la Corte militar está encabezada por el sumamente experimentado presidente Vasili Úlrij, jurista militar, un hombre bajito, calvo, que luce un bigotillo en una impasible cara cuadrada, y los otros miembros, meros figurantes, Kandibin y Dmítriev.[32]

Se juzga como si se tratara de un trabajo en cadena, a cada caso le dedican apenas veinte minutos.

Hicieron pasar a Bábel y procedieron a «identificar al procesado»...

–¿Ha recibido el acta de acusación? –le interroga Úlrij.

–Sí, la he recibido, estoy al corriente. La acusación está clara.

Úlrij anuncia la composición del tribunal.

–¿Tiene alguna objeción en cuanto a la composición del tribunal?

–No... Pero les ruego que me permitan leer el expediente, llamar a un abogado y citar a los testigos que he nombrado en mi petición...

Después de un breve intercambio de puntos de vista los magistrados deciden rechazar la petición por considerarla gratuita. Así abortan los esfuerzos del procesado por hacer llegar su voz al exterior.

–¿Se confiesa culpable?

Ahora es cuando Bábel, finalmente, les dice toda la verdad. Es su última oportunidad.

–No, no me considero culpable. Todas mis declaraciones durante la instrucción son falsas. Alguna vez coincidí con trotskistas, pero no hubo nada más...

Los jueces hojean el expediente y alegan las declaraciones de Bábel acerca de la represión política.

–Me desdigo de esas declaraciones –dice Bábel.

–¿No mantuvo vínculos criminales con Voronski?

–Voronski fue desterrado en 1930 y desde 1928 no tengo contacto con él.

–¿Y con Yakir?[33]

–Sólo coincidí con él una vez y hablamos durante quince minutos, cuando yo quería escribir acerca de su división.

–Y respecto a sus relaciones en el extranjero, ¿también se desdice de ellas?

–Visité a Gorki en su casa de Sorrento. Estuve en Bruselas para ver a mi madre, que vive allí con mi hermana, que se fue en 1926...

Los magistrados de nuevo citan las declaraciones del expediente, esta vez acerca de sus encuentros con Suvarin.

–Coincidí con Suvarin, pero no tenía ni la más remota idea acerca de su hostilidad hacia la Unión Soviética.

–Y sobre Malraux, ¿tampoco sabía nada?

–Malraux era mi amigo, pero él no me reclutó para que trabajara para los servicios secretos, hablábamos de literatura, de nuestros países...

–Pero ¡si usted mismo confesó sus vínculos de espionaje con Malraux!

–Eso no es cierto. Le conocí por medio del comunista Vaillant-Couturier. Malraux es amigo de la Unión Soviética, me ayudó mucho en mis traducciones al francés. ¿Qué le podía contar yo sobre la aviación? Únicamente lo que leía en *Pravda,* y él no me preguntaba nada más. Niego categóricamente los vínculos que se me imputan con los servicios secretos franceses, así como con los servicios austríacos. Bruno Steiner y yo simplemente fuimos vecinos en el hotel, y más tarde compartimos piso...

Los magistrados pasan a otra de las acusaciones: la de terrorismo.

–¿Mantuvo vínculos con Yezhov?

–Nunca he hablado con Yezhov de nada relacionado con el terrorismo.

–Durante la instrucción usted declaró que se estaba preparando un atentado en el Cáucaso contra el camarada Stalin.

–Oí algo acerca de eso en la Unión de Escritores...

–¿Y qué me dice de los planes de la banda de Kósarev y Yezhova para asesinar a Stalin y Voroshílov?

–También me lo inventé. Veía a Yezhova porque era la redactora de la revista *SSSR Na Stroike*, en la que yo trabajaba.

Los magistrados citan de nuevo las declaraciones de Bábel y él las rechaza otra vez:

–Iba al piso de Yezhov y allí veía a sus amigos, pero nuestras conversaciones no tenían carácter antisoviético.

–¿Quiere añadir algo más a la instrucción del sumario? –preguntó Úlrij.

–No, no tengo nada más que añadir.

Con esto terminó la vista del caso. Cedieron la última palabra al encausado, y Bábel dijo:

–En 1916, cuando escribí mi primera obra, fui a ver a Gorki... Después participé en la guerra civil. En 1921 me puse de nuevo a escribir. Últimamente he estado trabajando intensamente en un texto cuyo borrador terminé a finales de 1938. No soy culpable de nada, nunca fui espía, ni he realizado ninguna actividad contra la Unión Soviética. En mis declaraciones he mentido en mi contra. Les pido únicamente que me den la oportunidad de terminar mi último trabajo...

El tribunal se retiró a deliberar y volvió inmediatamente. Úlrij pronunció la sentencia que se había decidido con antelación:

> En nombre de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas... la Corte militar... ha examinado el caso... Se ha establecido que... formó parte de un grupo trotskista antisoviético... fue agente de los servicios secretos francés y austríaco... estuvo relacionado con la esposa del enemigo del pueblo Yezhov... fue introducido en una organización terrorista y de conspiradores... Considerando a Bábel culpable... lo condena... a la pena capital por fusilamiento... La sentencia es inapelable... se ejecutará de inmediato...

Ahora sabemos la fecha exacta, incluso la hora, de su muerte: el 27 de enero de 1940, a la 1.30. Bábel es el primero de la lista de fusilamiento, entre otros dieciséis condenados a muerte. Ese mismo día fue incinerado.

En la lista de fusilados que lleva la firma de Beria y el visto bueno de Stalin, Bábel aparece en el número 12, entre otros 346 asesinados. Ahora conocemos también la identidad de su verdugo, es decir, el hombre que mandaba al pelotón de fusilamiento: Blójin, capitán de la Seguridad del Estado, jefe de la comandancia.[34]

LA REHABILITACIÓN

–No hay ninguna noticia sobre el lugar donde fue enterrado –me dijeron en la Lubianka cuando trabajaba con el expediente de Bábel.

Los verdugos de Stalin ocultaban escrupulosamente la localización de los restos de sus víctimas. Han pasado muchos años; en los lugares de los fusilamientos en masa, sobre las fosas comunes, han crecido árboles, se han construido edificios y fábricas, el terreno se ha cubierto de asfalto y hormigón. Pero incluso este secreto ha empezado a desvelarse con el tiempo...

Las primeras semanas del año 1940, cuando murió Bábel, fueron «de buena cosecha» en lo que atañe a fusilamientos. El 27 de enero fue asesinado Bábel, el 2 de febrero, Meyerhold y Koltsov, y el 4 de febrero, Yezhov. Como los mismos archiveros de la Lubianka esclarecieron basándose en sus anales, por la noche sacaban los cuerpos de los ejecutados de la prisión y los llevaban al crematorio ubicado en el terreno del antiguo monasterio de Donskói, en el centro de Moscú. Hay pruebas de que arrojaban todas las cenizas en la misma fosa, excavada a muy pocos metros a la derecha del crematorio, en el cementerio. En esa fosa común se mezclaban los restos de víctimas y verdugos, y todo parece indicar que las cenizas de Bábel y de Yezhov también reposan allí. Cuando la fosa se llenó hasta los bordes, se la igualó con el terreno. Y al cabo de algún tiempo se colocó una losa en la que se leía:

FOSA COMÚN NÚMERO 1
INHUMACIÓN DE CENIZAS SIN RECLAMAR
DE 1930 A 1942, INCLUIDOS.

La lápida sigue allí, aunque se ha incorporado una inscripción:

Aquí yacen los restos de víctimas inocentes, torturadas
y fusiladas durante los años de la represión política. ¡Que descansen en paz!

Era otoño cuando visité ese lugar. Las hojas de los árboles caían. Unas ancianas estaban de pie junto a la lápida y hablaban a media voz.

Al alejarme unos veinte pasos de la fosa, me estremecí. En una de las lápidas me llamó la atención esta inscripción: «Yevguenia Solomónovna Jayútina, 1904-1938». ¡Era su tumba! Aun después de la muerte, los tres, Bábel, Yezhov y esa mujer, estaban juntos.

El despacho del detenido Bábel, en el piso de Moscú donde vivía su familia, fue precintado. Dos años después de la detención llegaron nuevos inquilinos: un oficial instructor del NKVD y su esposa. La viuda del escritor, su vecina, no había perdido la esperanza de que Bábel estuviera vivo, esperaba y continuaba enviando interpelaciones. Le respondían: «Está sano y salvo, confinado en los campos». Durante 1944, 1945, 1946 obtuvo la misma respuesta. En 1947 recibió una noticia esperanzadora cuando le informaron oficialmente de que Bábel iba a «ser puesto en libertad en 1948...». Antonina Nikoláyevna recobró el ánimo e incluso hizo algunos cambios en el piso para recibir a su marido. En 1948 Bábel no llegó, pero aún quedaba una esperanza: «Está sano y salvo, confinado en los campos». Le llegaron rumores según los cuales alguien lo había visto en Kolymá, o en la región de Krasnoyarsk... Y Antonina siguió esperando.

Habían transcurrido catorce años desde el asesinato de Bábel. Stalin murió. Llegó el «deshielo» o, como lo llamaban los bromistas, la «rehabilitación prematura». Los familiares de los represaliados empezaron a buscar a sus seres desaparecidos. También Antonina Nikoláyevna Pirozhkova entregó su solicitud.

El fiscal a quien le fue encomendado el caso le preguntó qué había sucedido con los libros que Bábel había escrito.

–Después de su detención, dejaron de publicar sus libros, y confiscaron todos los que había en las bibliotecas...

Para rehabilitar a un inocente era necesario contar con el testimonio de tres personas. En el caso de Bábel fueron Yekaterina Pávlovna Péshkova, Iliá Ehrenburg y Valentín Katáyev. «De todos modos, en su libro *La caballería roja*, Bábel no colocó las proezas del pueblo ruso a la altura que este se merecía...», dijo Katáyev añadiendo una gota de acíbar en el balde de miel.

El 18 de diciembre de 1954 la Corte militar del Tribunal Supremo dictó una resolución:

> Durante el juicio, Bábel no admitió su culpabilidad y declaró que durante las diligencias previas al proceso había calumniado bajo coacción a terceras personas y a sí mismo [...]. Algunas personas que figuran en las declaraciones de Bábel como cómplices de sus actividades delictivas, en concreto Ehrenburg, Katáyev, Leónov, Ivánov, Seifúlina y demás, no fueron arrestados y, por lo general, no se les exigió responsabilidades; y la causa que se inició contra Kósarev, secretario del Comité Central del VLKSM, fue sobreseída por falta de pruebas [...]. Después de examinar los expedientes del proceso de Uritski y de Gladún, cuyas declaraciones se adjuntaron al expediente de Bábel como inculpaciones documentales contra él, se ha constatado que Uritski y Gladún negaron posteriormente sus declaraciones, aduciendo que se las habían inventado. (Gladún declaró en el juicio que las declaraciones que hizo «le fueron arrancadas por el instructor mediante coerción física».)
>
> La Fiscalía también ha establecido que los ex colaboradores del NKVD Rodos y Shvartsman, que participaron en la instrucción del caso Bábel, sean detenidos inmediatamente acusados de falsificar los expedientes de la instrucción.
>
> La Corte militar del Tribunal Supremo de la URSS, después de comprobar los documentos del caso y de acuerdo con la conclusión del fiscal, ha determinado: [...] revocar la sentencia contra I. E. Bábel a causa de las circunstancias recientemente descubiertas y sobreseer todas las diligencias cursadas contra él.

Pero el caso Bábel todavía ocultaba una mentira. En el dorso de la última hoja de la conclusión del fiscal sobre la rehabilitación había una información inequívoca: «La sentencia fue ejecutada el 27 de enero de 1940».

Un mes y medio después de la sentencia del fiscal, la Corte militar comunica al fiscal militar general, al KGB y al Ministerio del Interior:

«Informar a Pirozhkova de la rehabilitación de Bábel, y comunicarle que, al cumplirse la pena en el lugar de reclusión, murió...», y, seguidamente, en un espacio sospechosamente vacío, alguien escribió con pulso firme con pluma: «17 de marzo de 1941...».

Al cabo de un mes, de nuevo: «Informamos de que Bábel, en cumplimiento de la pena, murió el 17 de marzo de 1941», pero la fecha ya aparece mecanografiada.

¡Así es como se cita esta absurda mentira en todas las enciclopedias y manuales, así es como ha llegado hasta nuestros días!

¿Qué fue de los manuscritos, reunidos en veinticuatro carpetas, con los que se podrían llenar varios tomos? El día de la detención se los agrupó en siete bultos precintados con lacre, y un tal Kutirev, alférez de la quinta sección del segundo Departamento de la Administración Superior de Seguridad del Estado del NKVD, obedeciendo órdenes, los confiscó de entre la documentación del caso. A partir de ahí se pierde su pista.

Se llevaron a cabo diversos rastreos... en vano. También ahora se ha realizado una meticulosa comprobación en el archivo de la Checa-OGPU-NKVD-KGB con el fin de dar, si no con los manuscritos, al menos con alguna información sobre ellos. De todos es sabido que el resultado ha sido negativo.

Se ha llegado a la conclusión de que en los depósitos del archivo no hay ningún manuscrito de Bábel. Tampoco se ha encontrado, en la correspondencia entre el NKVD y organizaciones del Partido y otras instituciones, información alguna acerca del traslado de los manuscritos a otros organismos. Intentamos encontrar a Kutirev, cuyo testimonio habría podido arrojar un haz de luz sobre el paradero de los manuscritos. Pero ha muerto...

Sin embargo, ¡tampoco existe documentación acerca de la destrucción de los manuscritos! Sólo nos queda especular.

No hay esperanzas de que se hayan conservado. Bueno, casi... porque en la actualidad tampoco podemos aseverar que los archivos secretos de la Lubianka se hayan investigado a fondo, ni que estén abiertos. Además, aún

nos quedan los inmensos archivos del Partido y de la Presidencia, fuentes inagotables de misterios, por ahora también inaccesibles.

Sólo cabe esperar un milagro. Y si no sucede, únicamente nos quedará la dolorosa constatación de lo que nos hemos perdido, de cuán desconocido nos resulta el Bábel escritor con toda su fuerza artística, la sensación de que nos lo han robado.

Una columna de humo que sale de una chimenea con hollín, que durante décadas ha esparcido sobre Moscú las cenizas de los manuscritos incinerados, atraviesa un pedazo de cielo encima de la Lubianka. ¡Cuántos libros se han esfumado por esa chimenea, libros que ya nadie podrá leer nunca!

---

1. L. L. Shvartsman (Arónovich) (1908-1955), antiguo periodista, colaborador del Departamento Político Secreto del NKVD. En 1952 fue ascendido a coronel de la Seguridad del Estado y se desempeñaba como adjunto al jefe de la Unidad de seguimiento del Ministerio para la Seguridad del Estado de la URSS. Tras ser arrestado, simuló demencia e implicó en sus actividades a decenas de sus colegas. Fusilado. N. A. Kuleshov (1909-1970), teniente de la Seguridad del Estado.

2. A. I. Stetski (1896-1938). Dirigente del partido. Fusilado.

3. V. E. Meyerhold (1874-1940). Director teatral, artista del Pueblo. Miembro del Partido Bolchevique desde 1918. Entre 1920 y 1938 dirigió el teatro que lleva su nombre en Moscú. Fusilado.

4. B. V. Rodos (1905-1956). Coronel. Colaborador del Departamento de Investigación del NKVD. Al término de la guerra, trabajó como instructor en la Escuela Superior del Ministerio del Interior. Fusilado.

5. M. M. Láshevich (1884-1928). Militar y dirigente del Partido. S. S. Zorin (Gombarg) (1891-1937). Dirigente del Partido y los Sóviets. Fusilado.

6. G. L. Piatakov (1890-1937) y L. P. Serebriákov (1890-1937) fueron notables revolucionarios y dirigentes del Partido. Fueron juzgados en el proceso conocido como «Círculo trotskista antisoviético paralelo» y fusilados.

7. E. G. Yevdokimov (1891-1940). Representante plenipotenciario de la OGPU en el Cáucaso del norte. Fusilado.

8. B. E. Kalmykov (1893-1940) fue primer secretario del Comité Regional del Partido en la república Kabardino-Balkaria. Fusilado.

9. Los Kórobov fueron una familia de célebres inventores e innovadores en el campo de la metalurgia empleados en la fábrica de Makéyevka.

10. S. M. Mijoels (Vovsi) (1890-1848). Director de teatro y actor. Artista popular de la URSS. Presidente del Comité Judío Antifascista. Asesinado por agentes de la Seguridad del Estado por órdenes de Stalin. No obstante, se hizo constar que su muerte ocurrió por causas naturales. A saber, atropellado por un camión.

11. D. R. Berguelson (1884-1952). Escritor judío, miembro del Comité Judío Antifascista. Fusilado.

12. N. A. Zabolotski (1903-1958). Poeta. Fue arrestado en 1938 y permaneció internado en los campos de trabajo hasta 1944.

13. A. N. Túpolev (1888-1972). Constructor de aviones, miembro de la Academia de Ciencias de la URSS. Fue arrestado en 1939 y enviado a un campo de trabajo. En los años de la Gran Guerra Patria fue puesto en libertad y más tarde, ya en la década de los sesenta, fue rehabilitado.

14. S. B. Uritski (1893-1940). Director de la Cámara del Libro de la Unión. Fusilado.

15. I. I. Iónov (Bernstein) (1887-1942). Poeta y editor. Fue arrestado en 1937 y murió en 1942 en el campo de trabajo Sevlag.

16. L. L. Sedov (1906-1938). Hijo mayor de Trotski, su secretario y ayudante. Marchó de la URSS junto a su padre y murió en París en circunstancias confusas en 1938. Se sospecha que su muerte fue obra de agentes del NKVD.

17. P. A. Serikov (1910-¿?). Investigador del NKVD. Fue despedido en 1948 «debido a la imposibilidad de continuar utilizándolo».

18. V. M. Primakov (1897-1937). Comandante de Cuerpo de Ejército. Adjunto al Comandante del Sector Militar de Leningrado. D. A. Schmidt (Gutman) (1895-1937). Comandante de Brigada. M. O. Ziuk (¿?-1937). Comandante de Brigada. B. I. Kuzmichev (1910-1937). Mayor. Jefe del Cuartel general de la 18.ª Brigada Aérea. Y. O. Ojótnikov (1897-1937). Director de la empresa Giproavia. E. A. Dréitser (1894-1936). Antiguo comisario de la División de Fusileros de Omsk. Director de la fábrica Magnezit, en Cheliabinsk. V. K. Putna (1893-1937). Comandante de Cuerpo de Ejército. Militar de carrera. Todos fusilados.

19. A. V. Kósarev (1903-1939). Dirigente de las Juventudes Comunistas, el Komsomol, y el Partido. Fusilado.

20. D. A. Raizman (1901-¿?). Teniente de la Seguridad del Estado. Despedido del Ministerio del Interior después de la celebración del XX Congreso del PCUS, cuando se llevó a cabo una limpieza de responsables de «violaciones de la legalidad».

21. Dirección general de la literatura y las editoriales, el organismo que se ocupaba de la censura.

22. Hermano del escritor francés André Malraux.

23. G. K. Roguinski (1895-¿?). Adjunto al fiscal general de la URSS, hombre muy cercano a Vishinski. Se encargaba de los casos del NKVD y solía presenciar las ejecuciones. Fue juzgado en 1941 y condenado a quince años de reclusión en un campo de trabajo. Murió antes de salir en libertad.

24. Z. F. Glíkina (1901-1940). Colaboradora de la Comisión Exterior de la Unión de Escritores de la URSS y amiga de E. S. Jayútina -Yezhova. Fusilada.

25. G. Ya. Sokolnikov (Brilliant) (1888-1939). Político. Según la versión oficial, murió en la cárcel a manos de presos comunes. Más tarde se supo que, en realidad, lo asesinaron los chequistas.

26. B. Z. Kobulov (1904-1953). Jefe del Departamento de Investigaciones del NKVD. Cercano colaborador de Beria. Fusilado.

27. I. N. Smirnov (1881-1936). Dirigente del Partido. Fue fusilado tras procesárselo en la causa conocida como «Bloque antisoviético unido de trotskistas y partidarios de Bujarin».

28. L. N. Belski (A. N. Levin) (1889-1941). Entre los años 1936 y 1939 se desempeñó como adjunto al comisario del Pueblo de Interior. Fue un cercano colaborador de Yezhov y su ayudante. Fusilado.

29. V. T. Serguienko (1903-1982). Oficial de la Seguridad del Estado con rango de mayor. Jefe del Departamento de Investigación de la Dirección General para la Seguridad del Estado del NKVD. Despedido del Ministerio del Interior en 1954 por «causar descrédito al elevado rango de general».

30. G. G. Grents (1890-1940). Fusilado.

31. L. A. Túmerman (1898-1986). Profesor de física. En 1948 fue condenado a veinticinco años de privación de libertad en campos de trabajo. Fue puesto en libertad a mediados de la década de los cincuenta. En 1972 emigró a Israel.

32. V. V. Úlrij (1889-1951). Jurista del Ejército. Coronel general de la justicia. Entre 1926 y 1948 presidió el Colegio Militar del Tribunal supremo de la URSS. D. Y. Kandibin (1888-1955). Jurista del Ejército de primera categoría. Entre los años 1935 y 1945 fue miembro del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS. Arrestado en 1950. Y. P. Dmítriev (1892-1975). Entre 1928 y 1937 fue miembro del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS. Más tarde fue nombrado comisario del Pueblo de Justicia y presidente del Tribunal Supremo de la República Federal Soviética Socialista de Rusia.

33. I. E. Yakir (1896-1937). Comandante de Ejército de Primer rango. Fusilado.

34. V. M. Blójin (1895-1955). Aunque comenzó a dirigir fusilamientos en 1924, el «pesado trabajo» no le impidió tener una vida longeva. En abril de 1953 el General mayor Blójin fue dado de baja del servicio por razones de enfermedad y se le agradeció su «impecable desempeño» en la OGPU, el NKVD, el MGB y el MVD de la URSS. No obstante, apenas año y medio más tarde fue privado de su condición de general «por haberse desacreditado a sí mismo durante el ejercicio de sus funciones… y resultar indigno de ostentar el alto rango de general».

T1 Soyuzdetfilm es el acrónimo de los Estudios Cinematográficos Infantiles de la Unión [Soviética]. Goslitizdat es la Editorial Literaria del Estado. *(N. de los T.)*

T2 Acrónimo del consorcio encargado de la construcción del metro de Moscú. *(N. de los T.)*

T3 Siglas del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética (1925-1952). *(N. de los T.)*

T4 Nombre de la revista que publicaba el movimiento homónimo, el Frente del Arte de Izquierdas (LEF), formado por el propio Mayakovski, Kámenski, Ródchenko, Tatlin, Shklovski, entre otros. *(N. de los T.)*

T5 Género literario popular que trata sobre temas cívicos y políticos. *(N. de los T.)*

T6 En junio de 1935 se celebró en la sala de la Mutualité de París el Congreso en Defensa de la Cultura, presidido, al menos nominalmente, por André Gide y André Malraux, y al que asistieron numerosas celebridades de Europa. *(N. de los T.)*

T7 Abreviatura de *kolektivnoie jozialstvo:* granja colectiva. Los *koljoz* fueron creados en el marco de la colectivización obligatoria de la agricultura con el objetivo de suprimir la propiedad privada e introducir el pleno control del Partido Comunista sobre la economía y la vida social del campo. *(N. de los T.)*

T8 Nombre que recibían los campesinos y agricultores propietarios de tierras y que contrataban trabajadores. *(N. de los T.)*

T9 Siglas en ruso de la Unión de Juventudes Comunistas Leninistas de la Unión Soviética. *(N. de los T.)*

T10 Acrónimo de la Comisión General para el Repertorio, encargada de programar las obras de teatro. *(N. de los T.)*

T11 Siglas del *Moskovski Judózhestvenni Akademícheski Teatr* (Teatro Académico Artístico de Moscú). *(N. de los T.)*

T12 Abreviatura de *Komunisticheski Soiuz Molodiozhi,* organización sociopolítica de las Juventudes Comunistas cuyos miembros tenían edades comprendidas entre los catorce y los veintiocho años. *(N. de los T.)*

T13 Policía secreta en el régimen zarista. *(N. de los T.)*

T14 A. P. Rózengoltz (1889-1938) y V. F. Shangaróvich (1897-1938) fueron dirigentes del Partido y el Estado. Ambos fueron juzgados en el proceso conocido como «bloque antisoviético de trotskistas de derechas» y fusilados.

T15 Diminutivo de Nikolái. *(N. de los T.)*

T16 Título honorífico que otorgaban los pueblos de origen turco a sus caudillos vencedores en una contienda militar y que significa «héroe, campeador, valiente». *(N. de los T.)*

T17 Siglas de *Gosudárstvenni komitet po chrezvicháinomu polozheniu* (Comité Estatal para el Estado de Excepción), que protagonizó el intento de golpe de Estado de los días 18-21 de agosto de 1991. *(N. de los T.)*

T18 Acrónimo de *Glavnoie Upravlenie po selskojoziástvennomu mashinostroeniu* (Dirección General de Construcción de Maquinaria Agrícola). *(N. de los T.)*

La calle de Mandelstam
Ósip Mandelstam

«AISLAR, PERO CONSERVAR...»

¿Qué calle es esta?
La calle de Mandelstam.
Pero ¡qué demonios de apellido es ese!
Por muchas vueltas que le des,
siempre suena curvo, nunca recto...

En la actualidad la «calle de Mandelstam» está muy iluminada: todo el mundo conoce al poeta, y los libros acerca de su vida y su obra podrían llenar una biblioteca entera. Pero justo en el momento en que esta calle-destino cruzó el umbral de la Lubianka, su luz se extinguió y reinó una completa oscuridad que ha durado hasta nuestros días. Las fuentes oficiales se obstinaron en silenciar sus dos encarcelamientos y su último viaje hacia la muerte. Pero tenían sus razones: las acusaciones contra el poeta se habían vuelto contra el Estado que le condenaba. El poeta pronunció contra el Estado una sentencia irrevocable e inapelable. Es por ese motivo por el que, hasta 1987, o sea, ya en la época de la perestroika, aún estaba considerado un criminal y no había sido rehabilitado...

–Mi caso nunca llegará a su fin –dijo Mandelstam una vez.

El fin de su caso llegó, aunque haya sido ahora, después de la muerte del propio Estado. Hasta hoy no se había logrado penetrar en la siniestra cocina en la que se guisó el caso del poeta, ni arrojar luz sobre los rincones sombríos de la calle que fue su destino.

Lo que sigue está extraído de los espeluznantes expedientes que he conseguido después de insistir con gran empeño a los responsables de los

archivos secretos del KGB, de la Fiscalía y del Ministerio de Interior. Se trata de dos actas de sumarios de 1934 y 1938, las del «Proceso de vigilancia» y el expediente de la reclusión en el campo de trabajo...

Durante todo el tiempo en que buscaba e investigaba estos documentos, en mi conciencia iba evocando los ya legendarios recuerdos de sus contemporáneos, de la mujer del poeta, Nadiezhda Yákovlevna, que o bien confirmaban los hechos que iba descubriendo, o bien los contradecían e iban tejiendo unos intrincados nudos, falsos y dolorosos, en torno a los últimos años del poeta. Y por supuesto, también tenía los poemas de Mandelstam que, al chisporrotear en mi memoria, refulgían y me ayudaban a vislumbrar su destino.

¡Repugnante cuento ruso! ¡Eh, cuchara de madera!
¿Dónde estáis los tres muchachos que salisteis de las puertas de hierro de la GPU?

¡La Rus-troika! En nuestro país no sé por qué siempre sucede lo mismo: hay que ser tres para beber, y para juzgar, y para arrestar...

En la noche del 16 al 17 de mayo de 1934, los agentes de la OGPU Guerásimov, Vepríntsev y Zablovski cumplieron una misión en el piso de Mandelstam en Moscú, en el apartamento 26 del número 5 de la calle Nashokinski.

En la biografía de este gran poeta todo es relevante. A partir de los documentos de la instrucción, por primera vez sabemos no sólo los nombres de los chequistas que se presentaron de improviso en casa de Mandelstam, sino también la fecha exacta de su detención. Nadiezhda Yákovlevna indica otra fecha, la noche del 13 al 14 de mayo. Es un lapsus, ¡realmente han pasado muchos años! En todos los documentos consta únicamente el día 16, el día en que se abrió el expediente, y le tomaron la fotografía el 17 de mayo, así que no hay ninguna duda de la fecha en que fue detenido. La orden de registro y de detención no la firmó Yagoda, como se creía hasta ahora, sino su adjunto, Yákov Agránov (si se leen las firmas sin prestar atención realmente pueden confundirse).

También ahora se sabe qué fue exactamente lo que le confiscaron durante el registro: «... cartas, una serie de teléfonos y direcciones, y unas 48 hojas sueltas de manuscritos». Todos estos documentos no están dentro del expediente, su búsqueda en el archivo de la Lubianka ha sido infructuosa y al parecer fueron quemados. Uno se pregunta: ¿por qué se llevaron tan pocas cosas? La respuesta a este misterio es muy simple: los chequistas buscaban algo muy concreto, necesitaban unos poemas determinados, los sediciosos. Apilaron los papeles que se llevaron encima de una silla, y el resto lo esparcieron por el suelo, pisándolo con las botas sin miramiento alguno.

Justo la víspera de esa desgraciada noche, Anna Ajmátova, poetisa y amiga íntima suya, llegó a casa de Ósip Mandelstam desde Leningrado. No tenía nada que ofrecer a su huésped, así que Mandelstam fue a casa de unos vecinos y trajo un huevo duro como botín. No llegaron a comérselo, ya que empezaron a hablar; les bastaba con el pan espiritual. Por la tarde llegó y se instaló en casa otra persona, el traductor David Brodski. Según Nadiezhda Yákovlevna no apareció allí por casualidad, sino que le habían enviado expresamente para vigilar e impedirle que destruyera algún manuscrito antes del registro. Incluso cuando Mandelstam fue a casa de sus vecinos, Brodski se mantuvo a su lado sin separarse de él ni un segundo...

El registro se alargó durante varias horas: inspeccionaron libro por libro, incluso miraban debajo de los lomos y rajaban los libros encuadernados; escudriñaron en todos los cajones y rincones. Y mientras tanto, sucedió algo curioso. Uno de los chequistas empezó a soltar un discurso acerca de lo perjudicial que resulta fumar y ofreció generosamente a los presentes caramelos en lugar de tabaco. De repente, Ajmátova se acordó del huevo abandonado y persuadió a Mandelstam de que tomara un tentempié antes de irse, y así lo hizo: le puso sal y se lo comió. Finalmente, de madrugada, Brodski, que durante todo ese tiempo había permanecido sentado en silencio, se fue del mismo extraño modo como había llegado, por orden del jefe de los chequistas Guerásimov.

Su mujer puso algunas cosas en una maleta: artículos de aseo, cuellos limpios para las camisas. Ósip Emilievich se llevó libros, siete en total,

entre los que estaba un volumen de Dante: su guía por el infierno.

Cuando se lo llevaron ya era de día. Abrazó a su esposa y dio un beso de despedida a Ajmátova. ¡Estaba escrito en el destino de aquella mujer pasar con sus amigos los últimos momentos antes de que se los llevaran a la cárcel! «Yo he traído la desgracia a mis seres queridos, que han muerto uno tras otro. ¡Oh, soy una desdichada, con mi palabra he augurado estas tumbas!...»

Al quedarse a solas, las dos mujeres, agotadas y perplejas, intentaron adivinar los motivos de la detención. Poco antes, en Leningrado, Mandelstam le había propinado un guantazo a Alekséi Tolstói por haberse comportado de un modo grosero, y este le amenazó con que eso no quedaría así y fue a quejarse a Gorki. Parece ser que el caudillo de la literatura soviética dijo estas palabras:

–¡Ya le enseñaremos a pegar a los escritores rusos!

Si ese era el incidente que había provocado el arresto, entonces no era tan terrible: a nadie le condenan por un guantazo. Lo peor sería si fueran los poemas...

Advirtieron a sus allegados. Por si acaso, se llevaron del apartamento los manuscritos más valiosos y los escondieron en casa de gente de confianza. ¡Justo a tiempo! Ese mismo día Guerásimov se presentó otra vez y de nuevo hurgó entre los papeles. Se fue sin nada, el manuscrito que buscaba no estaba en casa.

¿Es posible que la OGPU tuviera noticias acerca del acto de sedición más importante, el poema sobre Stalin? Si ese poema cayera en sus manos, sería el fin, no se lo perdonarían. Y el poeta lo sabía, pero cuando leyó el poema a Ajmátova, dijo:

–A partir de ahora los poemas deben tener un valor cívico.

Despojándome de mares, carreras y ascensos.

Entretanto, Mandelstam rellenaba los formularios de la Lubianka. Destacó lo más importante, lo que constituía la esencia de su vida: lugar de trabajo o tipo de ocupación: escritor; profesión: escritor; situación social:

escritor. Su pasado político cabía en tan sólo media línea: no había militado en ningún partido.

Pero en la OGPU lo veían de otro modo. En la parte superior del formulario hay una nota añadida: «Contrarrevolución de escritores. Shivárov». Su caso fue encomendado a manos expertas: el cuarto departamento de la sección política secreta, que se ocupaba de vigilar a los escritores, así como de cazar y liquidar a delincuentes de su entorno. Nikolái Jristofórovich Shivárov era considerado un perro viejo y el más profesional de entre todos los expertos en literatura de la Lubianka, el terror de los escritores, tristemente conocido entre ellos como el «Jristofórovich de la Lubianka», en alusión al conde Aleksandr Jristofórovich Benkendorf, el jefe de la policía zarista en la época de Pushkin. Cien años atrás había realizado pesquisas de carácter político en Rusia. ¡Y aún coleaba! La historia se repite: era otro Jristofórovich y el poeta también era otro, pero ¡la causa de la policía es inmortal!

A partir de los materiales del proceso sabemos que nuestro Jristofórovich era natural de Bulgaria, un hombre de treinta y seis años en la plenitud de sus fuerzas; tenía pues siete años menos que su detenido. Mandelstam, por el contrario, estaba prematuramente envejecido y a sus cuarenta y tres años ya parecía un anciano: calvo y con barba entrecana.

Nadiezhda Yákovlevna vio al instructor durante una visita que hizo a su marido (pero olvidó su nombre):

> Era un tipo grueso, con un tono de voz parecido al de los actores del teatro Mali, latoso y brusco... El famoso Jristofórovich era una persona muy esnob y parecía que disfrutaba con su trabajo, intimidando y destrozando la moral de los detenidos. Con su actitud, su mirada y su entonación conseguía que el detenido se sintiera una nulidad, una criatura despreciable, una escoria del género humano... Se comportaba como si fuera un ser de una raza superior, despreciaba la debilidad física y los deplorables prejuicios intelectuales. Aunque no me asustó, noté que durante la entrevista también yo me iba encogiendo poco a poco bajo su atenta mirada... Delante de mí, le dijo a Ó. M. (Ósip Mandelstam) que era bueno que el poeta sintiera miedo –«usted mismo lo dijo»–, ya que favorece la inspiración de la escritura, de modo que Ó. M. «tendrá una buena cantidad de ese sentimiento estimulante».

Mandelstam describió más brevemente a Shivárov: «Este Jristofórovich está completamente trastornado y desequilibrado».

En la foto que hay pegada en el expediente podemos ver el aspecto de Mandelstam ese día. Su semblante es muy distinto del que aparece en la típica foto oficial de un detenido: tiene los brazos cruzados sobre el pecho, los hombros erguidos, los labios fuertemente apretados; su penetrante mirada está llena de dignidad y de una sufrida sabiduría bíblica, sin asomo de miedo, y mira fijamente al objetivo, observándonos directamente a nosotros. Es posible que creyera que esta iba a ser la última fotografía de su vida. Está preparado para cualquier fatalidad, aunque por ahora apenas sospecha la razón de su encierro.

Jristofórovich no podía saber que había tenido la fortuna de entrar en contacto con un poeta clásico y que gracias a éste pasaría a la historia. Aunque cabe decir que ya se había formado una valoración personal de nuestra literatura clásica. Precisamente en el mes de marzo se las había tenido con otro poeta, Nikolái Kliúyev, a quien había enviado al destierro en Siberia. Con nuestro poeta tampoco tuvo el mínimo miramiento, sobre todo porque estaba convencido de la culpabilidad de Mandelstam y de la extrema gravedad de sus actividades...

Jóvenes amantes de poemitas puros e inocentes,
dadme aunque sólo sea un pedazo de mar azul o el ojo de una aguja...

Shivárov no permite que el detenido tenga tiempo de recuperarse. El día siguiente a su detención lo llama para someterle a un interrogatorio que se alarga durante toda la noche y continúa al día siguiente.

Al principio, Jristofórovich le hace dos preguntas indirectas, sin ninguna importancia, con la evidente pretensión de que su tutelado baje la guardia:

Pregunta. ¿Ha estado alguna vez en el extranjero?

Respuesta. Estuve una vez en París, en 1908, durante unos meses. Fui para proseguir con mi formación, ya que había empezado a estudiar poesía francesa. La segunda vez viajé a Heidelberg en 1910, donde estuve estudiando en la universidad durante sólo un semestre. El

tercer viaje fue en 1911 y estuve en Berlín y Suiza durante unas semanas e hice un viaje de tres días a Italia.[1]

P. ¿Desde cuándo se dedica a la literatura?

R. Como aficionado, desde niño. Mi primera experiencia profesional se remonta a 1909, cuando la revista *Apolon*[2] publicó mis primeros versos.

Aquí termina el calentamiento. Ahora empieza lo serio.

«¿Por qué cree que le hemos detenido?», le pregunta Shivárov y después de una respuesta evasiva, le propone que lea unos poemas que podrían ser el motivo del arresto.

Mandelstam acepta el desafío y lee tres estrofas, una tras otra: cada uno de los versos, como si hubieran sido escritos expresamente para esta ocasión, suena de un modo inauditamente impertinente.

Por el atronador heroísmo de los siglos futuros,
por la sublime raza humana
he perdido mi copa en el banquete de los antepasados,
mi alegría y mi honor.

Encima de mí se precipita el lobuno siglo,
pero yo no tengo sangre de lobo,
embutidme mejor, como un gorro, en las mangas
de un cálido abrigo de las estepas siberianas...

Y más adelante:

Pero los malditos muros son débiles
y no hay otro lugar donde huir.
Y me obligan, como a un necio,
a tocar con mi peine para cualquiera...

El instructor le pide que hable más lentamente y, acto seguido, apunta los versos al dictado. Mandelstam nunca había tenido un oyente y un admirador como él. No sin razón dijo que en ningún otro sitio se valora tanto la poesía como en Rusia, donde incluso fusilan a la gente por ella.

Pero Shivárov no tiene suficiente con lo que ha leído el poeta. No lo han detenido por esos poemas. Jristofórovich saca algo de una carpeta y, con una mirada triunfal, le enseña el as que tenía escondido: el poema sobre el «montañés del Kremlin»: Iósif Stalin.

–¿Este poema es suyo?

Mandelstam reconoce su autoría.

–Recítelo –le exige el instructor y, mientras el poeta lo recita de memoria, el instructor va cotejándolo con el texto que tiene en sus manos.

> Vivimos sin percibir el país bajo nuestros pies,
> nuestras palabras a diez pasos no se oyen,
> y donde con una breve charla basta,
> nos salen con el montañés del Kremlin.

–Yo lo tengo distinto –señaló Shivárov–, dice «con el asesino de almas y el tormento de los *mujiks*».

–Esa es la primera versión...

El hecho de que el instructor tuviera en su poder una versión del poema significaba que los órganos tenían una persona infiltrada en el círculo de amigos del poeta. Mandelstam no confiaba esos poemas al papel, pero a menudo los declamaba ante mucha gente. El nombre de la persona que lo delató sigue siendo un misterio. Pero ¿importa realmente?

–Si no es uno, será otro –dijo con aire indiferente el propio Mandelstam más adelante.

Para Shivárov, la composición de este tipo de poemas es un acto de terrorismo, y los propios poemas, una prueba criminal sin precedentes. Los mete dentro de las actas del interrogatorio con el resto de material acusatorio que ya tiene preparado.

> *Pregunta.* ¿Se confiesa usted culpable de componer obras de carácter contrarrevolucionario?
> *Respuesta.* Sí, soy el autor del siguiente poema de carácter contrarrevolucionario:

> Vivimos sin percibir el país bajo nuestros pies,
> nuestras palabras a diez pasos no se oyen,
> y donde con una breve charla basta,

nos salen con el montañés del Kremlin.
Sus gruesos dedos son como gusanos, sebosos,
y sus palabras exactas, como pesas macizas.
Sus ojos de cucaracha se ríen,[3]
y las cañas de sus botas refulgen.

Le rodea una chusma de líderes de cuello escuálido
se recrea con los servicios de estos desgraciados.
Uno silba, otro maúlla, otro gimotea,
pero sólo él dispone y dicta.
Nos lanza decretos y decretos como si fueran herraduras,
a uno en la ingle, a otro en la frente, en la ceja o en el ojo.
Para él, cualquiera de sus castigos es algo exquisito
e hincha su pecho de oseto, anchísimo...

Según el testimonio de Nadiezhda Yákovlevna, que explicó cómo se desarrolló el interrogatorio a partir de lo que le había contado el propio Mandelstam, Shivárov realizó un análisis detallado del poema incriminatorio y sonsacó a su autor la razón que le indujo a escribirlo. El poeta respondió que odiaba el fascismo.

«Pero ¿dónde considera que hay fascismo?», preguntó Shivárov, aunque, al no recibir ninguna respuesta, no se molestó en averiguarlo.

Lógicamente, el término «fascismo» no aparece en las actas del interrogatorio.

Pero Jristofórovich dio papel al detenido y le propuso que escribiera y firmara de su puño y letra su panfleto contrarrevolucionario. Y el poeta escribió el poema, que contiene simultáneamente una doble acusación: contra el héroe, el *Vozhd*,[E1] y contra sí mismo, el autor. Ese poema era mucho más que un poema, era un acto desesperado de valentía y de valor cívico sin parangón en la historia de la literatura. Después de escribir estos dieciséis versos en una hoja de papel cuadriculada arrancada de un cuaderno escolar, el poeta firmó su sentencia de muerte, pero no renegó de sus palabras. ¿Era sólo la desesperación lo que movía su mano? ¿O la incapacidad de fingir, de rebajarse, de mentir? «Yo me enfadé muchísimo porque no lo había negado todo, como corresponde a un conspirador –

recuerda Nadiezhda Yákovlevna–. Pero imaginar a Ó. M. en el papel de conspirador resulta totalmente imposible. Él era una persona sincera, incapaz de hacer ningún acto malicioso.»

Mucho tiempo antes, a principios de su carrera artística, Mandelstam había dicho que un poeta nunca, bajo ninguna circunstancia, debía justificarse. Esto «es inadmisible... ¡Lo único que no se puede nunca perdonar! Porque la poesía es la conciencia de tener razón...».

Al fin la instrucción había conseguido la prueba material que había estado buscando infructuosamente durante el registro, una nota escrita de su puño y letra, un escrito sedicioso, y además, firmado. Shivárov metió con satisfacción la hoja dentro de una carpeta y la adjuntó al expediente. Ahora, más de medio siglo después, podemos extraerla de ahí para ofrecerla a la eterna memoria.

¡Continúa jugando, hasta que
te estalle la aorta!...

En la prisión interior de la Lubianka el poeta se sentía como un condenado a muerte. «Nunca tuvimos la menor duda de que, si llegaban a saber de la existencia de ese poema, le matarían», dice Nadiezhda Yákovlevna. El instructor, que llevó el caso como si se tratara de la preparación de un futuro proceso colectivo, le aseguró que así sería; amenazó al poeta y a sus «cómplices», o sea, a todos aquellos que habían oído el poema contra Stalin, con fusilarles de forma inminente. De este modo, Mandelstam se convirtió en culpable no sólo de sus propias desgracias, sino de los infortunios de otros.

No hubo necesidad de emplear métodos físicos especiales con el poeta, bastó con someterlo a un suplicio psicológico, que por supuesto no aparece reflejado en las actas de instrucción. Únicamente sabemos, gracias al testimonio del propio Mandelstam, que compartió celda con un tipo que trabajaba para la instrucción, e intimidó al poeta con la posibilidad de un futuro proceso y le aseguró que todos sus allegados estaban también en la cárcel. Mandelstam le respondió con una pregunta:

–¿Cómo es que usted tiene las uñas limpias? ¿Por qué después de los interrogatorios huele a cebolla?

El poeta estaba extenuado, pues no le dejaban dormir y le sometían a largos interrogatorios, lo torturaban con una luz potente que le provocaba molestias en los ojos e incluso le inflamó los párpados; le daban comida salada, pero le racionaban el agua; lo encerraban en la celda de castigo; le ponían una camisa de fuerza... Incluso oía el lloriqueo de una mujer a través de la pared de la celda..., pero ya no podía distinguir si era real o una alucinación.

Todo esto llevó a Mandelstam a sufrir una psicosis traumática aguda y a un intento de suicidio: se cortó las venas de ambas muñecas. En la suela de su zapato tenía escondida una hoja de afeitar. Mandelstam había oído decir a los reclusos de la cárcel que allí no bastaba con algo cortante para acabar con todo. De hecho, no dejaron que se desangrara, le quitaron la hoja de afeitar y le vendaron las muñecas. Un desenlace como ese no entraba en los planes de la instrucción.

¿Qué sucedía mientras en el exterior, allende los muros de la Lubianka? Los primeros días tras la detención del poeta, su mujer y sus amigos corrieron en su ayuda. Ajmátova logró que Yenikidze, un hombre cercano a Stalin, la recibiera en el Kremlin, en su despacho de director de asuntos del Sovnarkom. Nadiezhda Yákovlevna y Pasternak fueron corriendo a la redacción del *Izvestia* a ver a Bujarin (por entonces el redactor jefe del periódico), quien prometió hacer todo lo buenamente posible.

Acerca de Mandelstam sólo preguntó:

–¿No habrá escrito alguna cosa en un arrebato?

–Nada en especial, nada más terrible de lo que usted ya conoce –dijo astutamente Nadiezhda Yákovlevna.

Es de suponer que este valedor del poeta no sabía nada del poema sobre Stalin, si no a duras penas se hubiera molestado en ayudarle. Cuando posteriormente el propio Yagoda se lo recitó de memoria, Bujarin se asustó y se desentendió de Mandelstam.

También recurrieron a los escritores, pero estos poco podían hacer. Demián Biedni recomendó no inmiscuirse en este asunto, Seifúlina pidió

información a sus conocidos chequistas, quienes le dijeron lo mismo. Pero en realidad, ¿qué podían hacer ellos, los escritores? En el mejor de los casos, compadecerle. En el peor... ponerse al lado de los verdugos.

Hubo unos cuantos que se frotaron las manos con maliciosa alegría; a Mandelstam no le faltaban enemigos. Empezaron a circular por Moscú rumores de lo más extraños. Incluso se referían a cómo se había comportado Mandelstam durante la instrucción... Nadiezhda Yákovlevna nombra la fuente de tales rumores: Piotr Pávlenko, narrador que seguía la línea ortodoxa y apologista de Stalin. Uno se pregunta cómo era posible que supiera lo que sucedía en la Lubianka. Pues muy sencillo. Al parecer, Pávlenko asistió al interrogatorio a invitación de un amigo suyo, el instructor que se encargaba del caso Mandelstam, el mismísimo Jristofórovich. Pávlenko se escondía en algún lugar, dentro de un armario o detrás de una puerta, y lo oía todo. Pese a su mediocridad, este escritor no dejaba de medrar, y experimentaba una satisfacción patológica no sólo al observar el espectáculo de la humillación del hombre de talento, sino al saborearlo posteriormente explicando a todo el mundo lo que veía. Mandelstam, contaba Pávlenko, tenía un aspecto lamentable, no decía más que disparates, se sujetaba los pantalones, que se le caían... Estos chismes circularon entre los escritores hasta que llegaron a casa de Mandelstam. Y eso le convenía mucho a la Lubianka. Es difícil saberlo, pero quizá se debían a un encargo directo, con vistas al futuro, con la intención de desproveer al poeta de su aureola trágica, de víctima, para presentarlo como una caricatura.

El propio Mandelstam confirmó más adelante la participación de Pávlenko en los asuntos de la Lubianka. Le contó a su amiga Emma Guershtein:

> Me subieron a alguna parte en un ascensor. Allí había un tipo. Yo me caí al suelo y me di un tortazo... y de pronto oí una voz: «Mandelstam, Mandelstam, ¿no le da vergüenza?». Era Pávlenko...

Lo que sorprende no es sólo el salvaje comportamiento de Pávlenko, sino también que no considerara necesario ocultarse, que no tuviera miedo de que el poeta le descubriera. ¿Quizás estaba convencido de que Mandelstam no tendría ocasión de contar a nadie su vía crucis, pues nunca saldría en libertad?

El infame papel de colaborador de Pávlenko sería imposible de creer si no hubiera sido posible corroborarlo ahora, de un modo imprevisto, en los documentos hallados en la Lubianka. Su funesta silueta volverá a aparecer de nuevo entre los bastidores del destino de Mandelstam. Pero de eso ya hablaremos más adelante.

Leo libros mediocres,
pesco conversaciones desabridas...

El 25 de mayo conducen de nuevo a Mandelstam al despacho del instructor. El acta del último interrogatorio está fechada ese día; para ser más exactos, en esa acta se resumen todos los interrogatorios anteriores. No se sabe cuántos se celebraron en realidad, pero el propio Mandelstam habla de muchos. Ahora Shivárov escarba en la biografía del poeta desde el principio, fijando de un modo bastante objetivo sus impresiones ideológicas.

Pregunta. ¿Cómo se forjaron y evolucionaron sus opiniones políticas?

Respuesta. En mis años de juventud, era íntimo amigo del hijo del conocido socialista revolucionario Borís Naumovich Sinani. Mis primeras opiniones políticas se forjaron bajo la influencia de Sinani y de otros miembros del Partido de los Socialistas Revolucionarios que frecuentaban su casa. En 1907 ya trabajaba como propagandista en el círculo obrero de los Socialistas Revolucionarios: redactaba octavillas y celebraba reuniones secretas con obreros. Hacia 1908 empecé a sentirme atraído por el anarquismo. Ese mismo año, cuando fui a París, tenía la intención de entrar en contacto con anarcosindicalistas. Pero en París, mi pasión por el arte y mi incipiente vocación literaria relegaron a un segundo plano mi entusiasmo político. Al volver a San Petersburgo, no me uní a ningún partido revolucionario. Entonces empezó un período de inactividad política que continuó hasta la Revolución de Octubre de 1917.

»El golpe de Estado de Octubre me hizo reaccionar de un modo bastante negativo. Consideraba al gobierno soviético como un hatajo de usurpadores, y así lo expresé en mi poema titulado “Kérenski” que apareció publicado en *Volia naroda* [La voluntad del pueblo]. En este poema manifiesto mis ideas socialistas revolucionarias reincidentes: idealizo a Kérenski llamándolo “polluelo de Pedro el Grande”, y califico a Lenin de provisional.

»Aproximadamente al cabo de un mes, mi orientación política experimentó un cambio brusco hacia los asuntos soviéticos y hacia los bolcheviques, que se materializó en mi incorporación a las tareas del Comisariado del Pueblo de Educación en la creación de una nueva escuela.

»A finales de 1918 caí en una especie de depresión política provocada por los duros métodos con que se aplicaba la dictadura del proletariado. Por esa época, me trasladé a Kiev, y después de que fuera tomada por las tropas blancas me trasladé a Feodosia. Ahí, en 1920, después de que los blancos me detuvieran, me surgió un dilema: tenía que escoger entre emigrar o quedarme en la Rusia soviética, y elegí la Rusia soviética. De hecho, la razón de mi huida de Feodosia fue el sentimiento de repulsa que los guardias blancos despertaban en mí.

»Al volver a la Rusia soviética, planté mis raíces en esa nueva realidad, en un primer momento a través del mundo literario, y posteriormente con mi propio trabajo de escritor, redactor y editor. Mi conciencia política y social se caracterizaba por una creciente confianza en la política del Partido Comunista y de las autoridades soviéticas.

»En 1927, a raíz de mis afinidades, no muy profundas, pero suficientemente entusiastas, con el trotskismo, esta confianza empezó a resquebrajarse, pero en 1928 volví a recuperarla.

»En 1930 empieza un período de profunda depresión; mi conciencia política y mi actitud social se tambalean. El motivo de esta depresión es la eliminación de los *kulaks* como clase. Mi percepción de todo este proceso está recogida en mi poema “Jolódnaya vesná” [Fría primavera], escrito en el verano de 1932 después de mi regreso de Crimea y que adjunto a esta acta del interrogatorio. En esa época, me invade una sensación de acoso social que aumenta y se agudiza por una serie de conflictos de orden personal, social y literario...

El poema mencionado por Mandelstam, que trata de la terrible hambruna que asoló el sur de Rusia y que el poeta pudo ver con sus propios ojos, se ha conservado en el expediente. Fue el instructor quien lo escribió de su puño y letra, pero el autor lo firmó. Además, es un texto muy valioso, ya que presenta variaciones respecto a la versión conocida.

Fría primavera. Crimea temerosa y hambrienta.
Igual de culpable que en la época de Wrangel,
acurrucados sobre la tierra, con harapos remendados,
siempre el mismo humo agrio y mordaz.

La dispersa lejanía es igual de bella,
los árboles, nacidos de brotes insignificantes,
se yerguen como forasteros, y el almendro ornado

de menudencias pascuales inspira compasión.
La naturaleza no reconoce su rostro.
Y las terribles sombras de Ucrania y Kubán,
y los campesinos hambrientos sobre la tierra de fieltro
vigilan las puertas, sin tocar la aldaba.

Seguidamente, Shivárov volvió al delito principal del detenido, «el panfleto contrarrevolucionario contra el líder del Partido Comunista y el país de los Sóviets». Su objetivo era desenmascarar a todos los que conocían este poema. El asunto mantuvo a Jristofórovich atascado durante mucho tiempo. El instructor sonsacó a Mandelstam los nombres uno por uno, enumerando las personas que solían frecuentar la casa del poeta. De hecho, había muchas más personas que oyeron este poema, pero Mandelstam sólo confirmó aquellos nombres de los que el instructor tenía noticia. Además de la cruel intimidación, Jristofórovich también empleaba refinados métodos inquisitoriales. Por ejemplo, después de mencionar el nombre de alguna persona, le comunicaba que había obtenido de ella una declaración personal, dando a entender que ya había sido detenida. O también, como para recalcar que le sobraba información –sabía casi todos los detalles de la vida de Mandelstam, incluso los detalles del día a día–, citaba a los amigos del poeta por sus motes –el Bígamo, el Excluido, la Teatrera– para que sospechara de todos ellos, ya que los agentes de la Lubianka también tenían sobrenombres. Lo cierto era que alguien de entre quienes conocían el poema era un soplón...

El resultado final de todo este ingenioso trabajo se presentó del siguiente modo:

Pregunta. Cuando hubo terminado de escribir este panfleto, ¿a quién lo recitó y a quién le dio una copia?

Respuesta. Lo recité a: 1) a mi esposa; 2) a su hermano, el escritor y autor de libros infantiles Yevgueni Yakóvlevich Jazin; 3) a mi hermano, Aleksandr Mandelstam; 4) a una amiga de mi esposa, Emma Grigorievna Guershtein, que colabora en la sección de trabajadores científicos

del VTSSPS;[T1] 5) a Borís Serguéyevich Kuzin, colaborador del Museo Zoológico; 6) al poeta Vladímir Ivánovich Narbut; 7) a la joven poetisa María Serguéyevna Petróvij; 8) a la poetisa Anna Ajmátova, y 9) a su hijo Lev Gumiliov.[4]

»No di copias a nadie, pero Petróvij apuntó el panfleto mientras yo lo recitaba, aunque la verdad es que me prometió que lo destruiría posteriormente.

»Este panfleto fue escrito en noviembre de 1933.

P. ¿Cuál fue la reacción de las personas que ha mencionado después de recitarles este panfleto?

R. Kuzin destacó que, de todas mis obras recitadas durante el año 1933, esta era la más fervorosa.

»Jazin señaló la vulgarización de la temática y la interpretación incorrecta de la personalidad como un hecho dominante en el proceso histórico.

»A. Mandelstam movió la cabeza en señal de reproche, sin expresar su opinión.

»Guershtein elogió el poema por sus virtudes poéticas. Según creo recordar, no discutimos a fondo este tema.

»Narbut me dijo: "Aquí no ha pasado nada", un modo de decir que me guardara de contarle a nadie que le había recitado el panfleto.

»Petróvij –como ya he apuntado– anotó este panfleto mientras lo recitaba y lo ensalzó por sus grandes virtudes poéticas.

»Lev Gumiliov lo aprobó con una expresión emocional difícil de determinar, del tipo "genial", pero su valoración coincidía con la de su madre, Anna Ajmátova, en cuya presencia se recitó este poema.

P. ¿Cuál fue la reacción de Anna Ajmátova durante la recitación de este panfleto contrarrevolucionario y cuál fue su valoración?

R. Anna Ajmátova indicó, con la perspicacia lacónica y poética que la caracteriza, el «carácter fugaz, pseudopopular y labrado» de esta obra. Es una definición acertada, ya que este abominable panfleto contrarrevolucionario y difamatorio, en el que se hallan concentrados con enorme furia el veneno social, el odio político e incluso el desprecio hacia la persona representada, a pesar de admitir a su vez su enorme fuerza, posee las cualidades de un cartel de propaganda de una gran eficacia...

En este punto es evidente que Jristofórovich se esforzó demasiado en pertrechar las respuestas del detenido con sus frases lapidarias. Pero, por otro lado, ¿por qué tenía que andarse con miramientos? Esto sorprendió a Nadiezhda Yákovlevna: «¿Acaso creían realmente que las futuras generaciones, al examinar los archivos, se lo tragarían todo tan a ciegas, como hicieron los desquiciados contemporáneos?». Nuestro Jristofórovich no pensaba en las generaciones futuras. Entonces ¿para quién escribía todo eso? Para sus superiores. Y más valía que sobrara que no que faltara: todo

el secreto residía en saber mezclar la mentira con la verdad. Además, el detenido firmaba todo sin leerlo.

> *Pregunta.* Su panfleto contrarrevolucionario *My zhiviom...* [Nosotros vivimos...] ¿expresa únicamente su propia percepción, la de Mandelstam, o también la actitud de un determinado grupo social?
>
> *Respuesta.* El panfleto *My zhiviom...*, del que soy autor, no es un documento que exprese mi actitud y percepción personales, sino las de una parte de la antigua *intelligentsia*, que se considera la representante de los valores culturales antiguos y pretende transmitirlos a nuestra época. En cuanto a la política, este grupo ha aprovechado la experiencia de distintos movimientos opositores del pasado y ha proyectado ciertas analogías históricas para alterar la realidad contemporánea.
>
> *P.* ¿Significa eso que su panfleto es un arma de lucha contrarrevolucionaria únicamente útil para el grupo que ha mencionado o también puede ser empleada con estos mismos objetivos por otros grupos sociales?
>
> *R.* En mi panfleto he seguido un recurso típico de la literatura rusa antigua, que se basa en exponer de un modo simplificado la situación histórica, convirtiéndola en una contraposición entre «el país y su soberano». Sin duda, eso disminuye el nivel de comprensión histórica propio del grupo mencionado más arriba, al que pertenezco, pero precisamente por ello el panfleto logra una gran expresividad propagandística, lo que lo convierte en un instrumento de amplia aplicación en la lucha contrarrevolucionaria y que puede usar cualquier grupo social...

La instrucción se acercaba a su fin. Sólo quedaba que los superiores tomaran una decisión. Fue entonces cuando se produjo un milagro. Las diligencias a favor del poeta alcanzaron su objetivo: llegaron hasta Stalin. Lo que siguió fue una orden, dictada por el mismo protagonista del panfleto contrarrevolucionario, de una benevolencia sin precedentes: «Aislar, pero conservar...».

Ahora el caso tomó una velocidad frenética. Shivárov redactó a toda prisa la acusación en unos términos bastante discretos: «Se le acusa de redactar y difundir obras literarias contrarrevolucionarias». Mandelstam estampó su firma en señal de aprobación: «Considero que la instrucción del caso con motivo de mi poema ha sido correcta. Puesto que no se me ha acusado de ningún otro hecho, y no tengo conocimiento de que se me impute ningún otro delito, considero que la instrucción se ha desarrollado correctamente». Y el 26 de mayo, exactamente diez días después de su

arresto, la Comisión especial del Tribunal de la OGPU, en ausencia del detenido, sentenció desterrarle a la ciudad de Cherdin, en los Urales, por un período de tres años. Así, de golpe, en tan sólo un día, Mandelstam se convirtió de detenido en acusado, de acusado en procesado, de procesado en condenado; a continuación sólo faltaba que se dirigiese al destino asignado con una escolta especial, el 28 de mayo a más tardar, después de una entrevista con su mujer.

«Junto con el individuo condenado se remite un extracto del acta de la Comisión especial...», reza una orden del tribunal. El documento no acompaña a la persona –«completamente trastornada y desequilibrada»–, sino que es la persona la que acompaña al documento.

En el curso del encuentro del matrimonio antes de la partida del escritor, el ahora indulgente Jristofórovich les comunica el motivo del milagro de una condena tan inesperadamente leve: la decisión, de una extraordinaria benevolencia, de «aislar pero conservar». Se comporta de un modo muy distinto al que solía: regaña al detenido por su mala conducta y se queja de él ante su mujer. Resulta que cuando Shivárov le preguntó por su actitud hacia el régimen soviético, Mandelstam contestó: «Estoy dispuesto a colaborar con todas las instituciones soviéticas, excepto con la Checa...».

Jristofórovich se había ofendido.

Durante la visita, aún tuvo lugar otro milagro: propusieron a su mujer que le acompañara al destierro. No lo hicieron por compasión, por supuesto, sino simplemente porque el estado del condenado era tal que no se le podía dejar sin vigilancia ni atención. Dado que Nadiezhda Yákovlevna aceptó de inmediato, los chequistas redactaron rápidamente la disposición necesaria.

Enviaron al condenado al destierro y su caso fue archivado.

Pero apenas había pasado una semana cuando el caso atrajo de nuevo la atención de los órganos.

SOY UNA SOMBRA

Pego un salto y recupero la razón...

Las voces de la prisión perseguían a Mandelstam: le machacaban con el crimen y el castigo, le enumeraban a las personas que había denunciado. Creía que ya habían sido ejecutadas... El jefe de la escolta, un buen tipo que se llamaba Osia, tocayo de Mandelstam, le dijo a Nadiezhda Yákovlevna:

–Pero ¡cálmalo! Sólo en los países burgueses fusilan a la gente por escribir poemas...

El condenado, continuamente, de forma obsesiva, esperaba el momento de su ejecución; incluso determinó la hora: «Hoy a las seis...». A hurtadillas, su esposa adelantaba las agujas del reloj.

No lo podía soportar: le parecía más sencillo quitarse la vida que esperar a que otros lo hicieran...

A la OGPU

De Aleksandr Emilievich Mandelstam

Solicitud

El 28 de mayo, según una sentencia de la OGPU, mi hermano Ó. E. Mandelstam fue deportado por un período de tres años a la ciudad de Cherdin. La esposa de mi hermano, N. Y. Mandelstam, que le ha acompañado al destierro, me comunicó en un telegrama enviado desde allá que mi hermano está psíquicamente enfermo, desvaría, tiene alucinaciones, se tiró desde la ventana de un primer piso. Esa ciudad, Cherdin, no dispone de un dispensario médico (el único personal médico lo integran un joven médico y una comadrona). Proponen internarle en el hospital psiquiátrico de Perm, lo que, según su esposa, puede resultar contraproducente.

Ruego que se examine a mi hermano y, en caso de confirmarse su enfermedad psíquica, que sea trasladado a una ciudad cerca de Moscú, Leningrado o Sverdlovsk, donde pueda ser atendido por personal médico cualificado fuera del marco hospitalario.

6 de junio de 1934

Esta solicitud, que se encuentra dentro del expediente, tuvo por fuerza que atemorizar a los agentes de la OGPU: ¡Stalin había ordenado «conservar»! Salieron volando comunicados urgentes a los Urales en los que se decía: verificar el estado físico del condenado, prestarle la ayuda necesaria para que reciba tratamiento, ingresarle en un hospital...

Pero el 10 de junio la Comisión especial revisó el caso y tomó la decisión de privar a Mandelstam del derecho de vivir en las regiones de Moscú y Leningrado, y también en diez ciudades importantes de la Unión. Por tanto, se le permitió vivir en las otras ciudades. Mandelstam eligió

Vorónezh, ya que alguien le había elogiado esta ciudad y, además, estaba bastante cerca de Moscú.

Los más allegados al poeta creen que Bujarin intercedió para que se revisara el caso. De hecho, también a él lo bombardeó Nadiezhda Yákovlevna con telegramas desde Cherdin. Probablemente, las diligencias de sus amigos también contribuyeron. En una carta a Stalin, Bujarin escribió: «Los poetas siempre tienen la razón, la historia está de su parte», y añadió: «Pasternak también está nervioso...». Stalin comprendió que el caso Mandelstam ya era de dominio público y que cualquier solución quedaría ligada para siempre a su nombre. «¿Quién les dio el derecho de arrestar a Mandelstam? Esto es un escándalo», garabateó en la carta de Bujarin.

Fue precisamente entonces cuando se produjo la famosa llamada telefónica de Stalin a Pasternak. El propio Pasternak, que no consideró necesario ocultarla, la contó y durante toda su vida no tuvo ningún problema en sacarla a colación. Pero al difundirse por los medios literarios, este suceso se tergiversó y se crearon diversas versiones y chismorreos contradictorios. Una de estas interpretaciones, muestra inequívoca del comportamiento de algunos camaradas escritores, está recogida en el expediente. En un atestado sobre Mandelstam durante su proceso de rehabilitación en 1987, el dramaturgo Iósif Prut escribió lo que le había contado el poeta Kirsánov:

> Poskrebyshev[5] llamó a Borís Pasternak y le dijo:
>
> –¡En un momento le hablará el camarada Stalin!
>
> En efecto, Stalin cogió el auricular y le dijo:
>
> –Hace poco han detenido al poeta Mandelstam. ¿Qué me puede decir de él, camarada Pasternak?
>
> Borís, al parecer, se quedó aterrorizado y respondió:
>
> –¡Le conozco muy poco! ¡Él era acmeísta, y yo pertenezco a otra corriente literaria! ¡Así que no puedo decir nada de Mandelstam!
>
> –¡Pues yo le puedo decir que es usted un mal camarada, camarada Pasternak! –le dijo Stalin y colgó.

Prut describe así un cuadro totalmente favorable a Stalin y tiende, de pasada, una oscura sombra sobre la figura de Pasternak. Ya ven cómo el

juego del «teléfono averiado» también se puso en contra de los escritores.

En realidad, todo sucedió de otro modo. Para poder esclarecer este caso, citaremos esta importante conversación telefónica tal como el propio Pasternak se la contó a Nadiezhda Yákovlevna inmediatamente después del suceso.

Stalin. Se está revisando el caso Mandelstam. Todo irá bien. ¿Por qué no se dirigió usted a la organización de escritores o directamente a mí? Si yo fuera poeta y un amigo mío poeta cayera en desgracia, yo haría lo que fuera para ayudarle.

Pasternak. Desde el año 1927 las organizaciones de escritores no se ocupan de estos asuntos, y si yo no hubiera intercedido, usted, probablemente, no sabría nada.

Después, Pasternak añadió algo relativo a la palabra «amigo», queriendo puntualizar que, sin duda, el concepto de amistad no era lo que mejor definía la especial relación que le unía a Mandelstam.

Stalin. ¿Es realmente un maestro? ¿Un maestro?
Pasternak. Esa no es la cuestión.
Stalin. ¿Pues cuál es?

Pasternak respondió que le gustaría reunirse con él y hablar tranquilamente de eso.

Stalin. ¿De qué?
Pasternak. De la vida y de la muerte.

En este punto, Stalin colgó.

Después de llamar a Pasternak, Stalin aún trató de averiguar cómo había que actuar, comprobó la reacción de los escritores y la valoración que hacían de Mandelstam como poeta. Sabía que Pasternak le había dicho la verdad. Y por supuesto, lo que menos le preocupaba era el destino del propio Mandelstam o los intereses de la poesía. Una resolución favorable del caso le resultaba, lisa y llanamente, provechosa. Además, se le echaba encima el Primer Congreso de Escritores Soviéticos. Lo mejor era jugar al

gato y al ratón con el poeta, y, a través de él, con toda la *intelligentsia:* aparentar ser su amigo y a la vez intimidarlo.

«Si Stalin pregona a bombo y platillo que se revise el caso, es que el poemita le habrá causado una profunda impresión», le dijo Mandelstam a Pasternak al comentar la conversación con Stalin.

Pero eso no era más que una prórroga. Stalin nunca perdonaba nada, y menos cuando se trataba de algo así, de un ataque directo contra él. Mandelstam muerto se hubiera convertido en un tipo más peligroso, los poemas de los ejecutados suenan más fuerte. ¡Siempre nos lo podemos cargar! ¡De momento intentemos hundirlo, le obligaremos a humillarse! Y el propio Mandelstam, a diferencia de muchos otros, no tenía ninguna esperanza. Estaba convencido de que únicamente habían pospuesto la represalia a un momento más propicio.

Tengo que vivir, aunque haya muerto dos veces...

Todos los años de exilio en Vorónezh, Savévlovo y Kalinin fueron para Mandelstam una cadena interminable de intentos febriles por sobrevivir, reconciliarse con la realidad y reubicarse en la vida soviética. No, el poeta no era en absoluto una criatura celestial. Le horrorizaba quedar al margen de la historia, se desvivía por vincularse a sus contemporáneos, buscaba el acercamiento con las organizaciones de escritores. Siempre que lo intentaba sufría un descalabro y cada vez estaba más convencido de su condición de renegado, de ser un inútil, incapaz de respirar en ese espacio y tiempo esterilizados y severamente reglamentados. El islote de su vida desaparecía, los contactos con las personas se iban rompiendo poco a poco, uno tras otro. La sociedad lo rechazaba como si se tratara de un cuerpo extraño. Y únicamente le quedaba vagar sin techo, la miseria, el desprecio y el omnipresente control policial. En su interior crecía la desesperación y el desenlace se acercaba.

Fue acosado de nuevo y acorralado en un rincón. La carta que en 1937 escribió al escritor Kornéi Chukovski es un grito en demanda de auxilio:

> Estando físicamente mutilado, he empezado a trabajar. Me he dicho que los que me condenaron estaban en lo cierto. Le he encontrado su significado histórico... Trabajaba sin pensar en las consecuencias. Por eso me vapulearon. Me han dejado de lado... Estoy en la situación de un perro, de un chucho... Soy una sombra. No existo. Sólo me queda el derecho a morir... Resulta inútil que me dirija a la Unión de Escritores. Ellos se lavan las manos. Sólo hay una persona en este mundo a quien puedo y debo recurrir con todo este asunto... Ayúdeme... No soportaría que me condenaran de nuevo al destierro...

Y una vez más todo apunta a Stalin, el amo todopoderoso de cualquiera de los súbditos de su imperio. ¡Por qué motivo tendría que deliberar con los poetas sobre la vida y la muerte, si la vida y la muerte estaban en sus manos! Ya en *Chetviortaya proza* [La cuarta prosa], Mandelstam había advertido contra ese «diablo picado de viruelas» al que se han vendido por tres generaciones enteras los escritores «que escriben lo que les ha sido autorizado de antemano».

Mandelstam dio un último paso, su última humillación: escribió a Stalin, no una carta, sino una oda... Él, que había puesto al *Vozhd* en la picota, trató de componer un poema que lo ensalzara, pero el resultado fue una obra fría, inexpresiva... y además inútil, ya que había centenares de diligentes escritorzuelos que lo hacían mucho mejor. Durante un tiempo perdió la conciencia de que tenía razón. Y después lo reconoció: «Estaba enfermo». El intento de herirse a sí mismo volvió a fallar.

Pero esto no le sucedió solamente a Mandelstam. También Ajmátova, cuando detuvieron a su hijo, intentó comprar con poemas la vida de su hijo a Stalin. Y tampoco lo consiguió. Y Borís Parternak pecó igualmente –y no lo hizo impulsado por la necesidad, sino por esa ofuscación espiritual que sufría todo el mundo, la idolatría a Stalin y por el deseo de ser como todo el mundo– y también fracasó. La poesía no puede ser hipócrita.

Por su naturaleza, el poeta no puede estar al servicio de la actualidad, su patria es la bondad eterna. Pero durante el régimen estalinista, aquel que quería servir a la eternidad se convertía en candidato para ir al otro mundo, porque en este le hacían la vida imposible.

> Y estoy toda la santa noche esperando a mis queridos huéspedes
> agitando la cerradura de la puerta con los grilletes...

En la primavera de 1938 el Litfond (Fondo de Literatura de la URSS) otorgó un favor a Mandelstam: una estancia en la casa de descanso Samatija, cerca de Moscú. Antes de partir, consiguió que le recibiera Vladímir Stavski, el secretario general de la Unión de Escritores.

«¡Lucharé por una nueva melodía creadora en la poesía!...», le dijo Mandelstam.

Stavski le escuchó atentamente, le deseó un feliz descanso y le prometió que antes de su vuelta ya habría decidido qué hacer con sus poemas y le habría buscado un medio de subsistencia. Aunque sabía que el poeta ya no volvería, pues Stavski estaba a punto de enviar una carta a Yezhov, una carta de condena.

Estrictamente confidencial
Dirección de la Unión de Escritores Soviéticos de la URSS
16 de marzo de 1938
A la atención del camarada N. I. Yezhov, comisario del Pueblo de Interior

¡Distinguido Nikolái Ivánovich!

El caso de Ósip Mandelstam es motivo de acaloradas discusiones en un sector de los círculos literarios.

Como ya sabrá, hace unos tres o cuatro años, Ósip Mandelstam fue desterrado a Vorónezh por escribir obscenos poemas difamatorios y por realizar propaganda antisoviética. El período de su destierro ha concluido. Actualmente vive con su mujer cerca de Moscú, fuera de los límites de la «zona» prohibida.

Pero el caso es que a menudo va a Moscú a ver a sus amigos, principalmente escritores. Estos le prestan ayuda, recaudan dinero para él, lo están convirtiendo en un «mártir», en un poeta genial a quien nadie reconoce. Valentín Katáyev, I. Prut y otros escritores se han manifestado pública y enérgicamente en su defensa.

Con el fin de distender un poco el ambiente, se le ha concedido una pequeña ayuda a Ósip Mandelstam a través del Litfond. Pero esto no resuelve de ningún modo el caso Mandelstam.

El problema no radica únicamente en él, autor de poemas obscenos y difamatorios contra la dirección del Partido y por ende contra todo el pueblo soviético. El problema radica en la relación que un grupo de destacados escritores soviéticos mantiene con Mandelstam. Por ello me remito a usted, Nikolái Ivánovich, para pedirle su ayuda.

En los últimos tiempos, Ó. Mandelstam ha escrito una serie de poemas. Pero, según la opinión de los camaradas a quienes les pedí que los leyeran (particularmente, el camarada Pávlenko, cuyo informe le adjunto con la presente), no tienen ningún valor especial.

De nuevo le ruego su ayuda para resolver el caso de Ósip Mandelstam.

Con un saludo comunista,

V. STAVSKI

La siguiente «reseña» aparece adjunta a la carta:

Sobre los poemas de Ó. Mandelstam:

Al leer los antiguos poemas de Mandelstam, siempre he opinado que no es un poeta, sino un versificador, un creador frío y calculador de obras rimadas. Tampoco ahora, después de leer sus últimos poemas, puedo quitarme de encima esta sensación. En su mayoría son fríos, están muertos, no contienen lo más importante que, a mi modo de ver, convierte unos versos en poesía, no hay temperamento ni fe en sus versos.

El lenguaje de los poemas es complejo, oscuro y huele a Pasternak.

Los versos citados a continuación apenas pueden considerarse un ejemplo de claridad:

¿Dónde está el gemido constreñido y crucificado?
¿Dónde está Prometeo, amparo y apoyo de la roca?
¿Y dónde está el azor y el curso de ojos amarillos
de sus garras, que vuelan de soslayo?

Me resulta difícil escribir una reseña sobre estos versos. No puedo valorar su posible importancia y utilidad, ya que no me gustan y no los entiendo. La técnica de imágenes, el lenguaje, las metáforas, el gran número de flautas y demás, todo me parece como si lo hubiera leído hace tiempo en algún lugar.

Son relativamente buenos (y mejor que los otros) los poemas que describen paisajes: 1) «Si nuestros enemigos me capturaran...»; 2) «No como una mariposa blanca y farinácea...», y 3) «El mundo empieza, terrible y enorme...».

Hay algunos versos buenos en el «Poema a Stalin», una obra que, penetrada de un gran sentimiento, se diferencia del resto. En general, este poema es peor que algunas estrofas cogidas por separado. Contiene muchos fragmentos discordantes que resultan inoportunos en una obra sobre Stalin.

No tengo a mano los anteriores poemas de Mandelstam para comprobar si se ha desviado mucho con estas creaciones, pero después de leerlos, no me parece recordar que sean muy distintos los unos de los otros. Quizá deba atribuirlo a mi aversión por los poemas de Mandelstam.

¿Son unos poemas soviéticos? Por supuesto que sí. Pero sólo lo advertimos sin dudarlo en el «Poema a Stalin», pues en el resto de poemas el elemento soviético sólo se puede adivinar. En el caso de que se me planteara la conveniencia de publicar o no estos poemas, yo respondería que no, que no conviene.

Y otra vez una firma conocida: Piotr Pávlenko.

De nuevo este hombre surge en el destino de Mandelstam como una sombra apremiante. ¿Por qué se le encargó precisamente a él, un narrador, un informe sobre poesía? ¿Acaso no encontraron a ningún experto entre los poetas? ¿O es que quizá precisaban de otro tipo de especialista, alguien avezado en encargos especiales y secretos?

«Los escritores superan a todos en su salvajismo y desidia», dice Nadiezhda Yákovlevna haciendo referencia a Pávlenko en su papel de espía y confidente de los órganos. Pero ella no sabía nada acerca de esta reseña, que estaba en la línea de las actuaciones del futuro ganador del premio Stalin.

Los documentos confirman de nuevo lo que ya sabíamos: la Unión de Escritores, creada por Stalin, no era sólo un instrumento para reprimir la libertad de expresión y ahogar la creatividad, sino también un informador secreto, una especie de filial de la Lubianka.

Los informes de Stavski y Pávlenko se adjuntaron al acta del proceso de Mandelstam de 1938 y fueron el detonante que provocó la siniestra explosión. No es el escritor proletario Vladímir Stavski quien pone la denuncia a título personal, sino que es el mismo secretario general de la Unión de Escritores en nombre de toda la literatura del país de los Sóviets el que toma la decisión porque es su obligación. ¡Quítennos a Mandelstam de en medio, una oveja negra echa a perder a todo el rebaño!

Años después, Stavski perdió la vida en la guerra. Pávlenko vivió hasta 1951 rodeado de todo tipo de comodidades y disfrutando del respeto general; incluso pusieron su nombre a muchas calles. ¡Paradójicamente, Borís Pasternak vivió hasta su muerte en la calle Pávlenko, en Peredélkino! ¡Y todavía hoy se llama así!

Hace tiempo que nadie lee los libros de Stavski y Pávlenko, pero sus nombres continúan apareciendo en las enciclopedias y en los trabajos de investigación, y nadie los considera unos provocadores, unos chivatos, unos asesinos, como sucede con muchos otros de su misma calaña.

Mandelstam ya había vaticinado mucho antes este ajuste de cuentas, cuando dejó escrito en *La cuarta prosa* lo siguiente:

> Todo era terrible, como en un sueño infantil. En la mitad del camino de la vida, unos bandoleros, que se hacían llamar mis jueces, me detuvieron en el frondoso bosque soviético... Soy culpable. No puede haber dos opiniones distintas... Me mutilaron y me marcaron con mi propio apellido como si usaran el taladro de un revisor... Y todo les parecía poco, muy poco... Los ojos de los escritores rusos me observan con la ternura de un perro e imploran: ¡Pálmala! ¿De dónde sacan esta sumisa maldad, este desprecio rastrero por mi nombre?

A Mandelstam le sucede lo mismo que a su querido Dante: *«Nel mezo del cammin di nostra vita / mi ritrovai per una selva oscura...».*

¿Cómo podía Yezhov «ayudar a resolver este caso» del poeta?

En la carta de Stavski hay un sello que dice: «4.ª Sección de la GUGB, la Dirección Principal de la Seguridad del Estado. Recibido el 13 de abril de 1938». Parece ser que Yezhov retuvo esta carta alrededor de un mes, probablemente en connivencia con Stalin; después la entregó a sus subordinados y así puso en marcha la maquinaria. ¡Y empezó a funcionar!

El jefe del 9.º Departamento de la 4.ª Sección de la GUGB, Yúrevich,[6] es responsable de un informe en el que los pasajes de la carta de Stavski son desarrollados con destreza:

> Tras cumplir el período de destierro, se ha visto a Mandelstam en Moscú; el escritor ha intentado influir en la opinión pública en beneficio propio mediante una demostración premeditada de su «mísera situación» y de su enfermedad.
>
> Elementos antisoviéticos que pululan entre los escritores utilizan a Mandelstam con finalidades propagandísticas hostiles, lo han convertido en un «mártir» y organizan recolectas en los medios literarios para ayudarle. El propio Mandelstam acude en persona a los pisos de los escritores y les implora ayuda.
>
> Según las informaciones de que disponemos, Mandelstam ha continuado manteniendo hasta la actualidad sus puntos de vista antisoviéticos. A causa de su desequilibrio psíquico, Mandelstam es capaz de acciones violentas.
>
> Considero imprescindible llevar a cabo la detención de Mandelstam y mantenerle aislado.

En el informe están recogidos todos los elementos comprometedores de la biografía del poeta: hijo de un comerciante que pertenecía a la Asociación del Comercio, miembro del Partido Socialrevolucionario, más tarde se unió a los anarquistas... Además, ha llegado el momento de pagar por el delito más importante, que la Lubianka no ha olvidado a pesar de

haber cambiado de amo: «[...] escribió un duro panfleto contrarrevolucionario contra el camarada Stalin y lo difundió entre sus amigos recitándolo».

La resolución fue: «Detenerlo. M. Frinovski.[7] 28 de abril de 1938».

El propio Frinovski, a la sazón adjunto al comisario del Pueblo de Interior, también firmó la orden de detención.

Yo, al parecer, entro en el porvenir
y, al parecer, ya no lo veré...

Los Mandelstam vivieron unos días confortables y estupendos en la casa de reposo. Por primera vez en muchos años, los proscritos podían disfrutar de un respiro, totalmente inesperado. Tenían una habitación para ellos solos, con todas las comodidades, y un servicio muy atento. Todo era demasiado maravilloso, lo que hizo despertar las sospechas de Mandelstam: «¿No nos habremos metido en una ratonera?».

Pero enseguida ahuyentó estas sospechas de su pensamiento.

En realidad era una trampa. No sin motivo la Unión de Escritores llamó dos veces a la casa de descanso para informarse de cómo iba todo y de si había alguna novedad; incluso unos representantes de la dirección del distrito les hicieron una visita para comprobar personalmente si los huéspedes estaban bien atendidos. Habían instalado a los Mandelstam en la casa de reposo para que no escaparan de la vigilancia de los órganos y así fuera más fácil atraparlos...

Entretanto en Moscú se celebró el sanguinario proceso contra los trotskistas de derechas. El 15 de marzo fue ejecutado Nikolái Bujarin, que en otro tiempo se había erigido protector del poeta en las altas esferas. Es probable que el desenlace del proceso también influyera en el destino de Mandelstam (no es casualidad que la denuncia de Stavski esté fechada el 16 de marzo).

Llegó el mes de mayo. Se celebró la fiesta internacional de los trabajadores. Y en la madrugada del día 3 de mayo se presentaron de improviso...

Esta vez los chequistas (en la documentación de la detención consta que era una troika compuesta por Iliushkin, Shishkánov y Shelujánov) no se entretuvieron mucho rato, y a los pocos minutos ya habían terminado. Metieron los papeles dentro de un saco: «[...] un manuscrito, una carpeta con correspondencia y un libro de Ó. Mandelstam», se llevaron al detenido, lo sentaron en el camión y partieron de inmediato.

En la Lubianka despojaron al detenido de lo poco que le quedaba de su vida privada: una maletita, una funda para la almohada, un bastón de madera, unos tirantes y la corbata. En el formulario que rellenó Mandelstam está escrito, y subrayado dos veces: «Terror». Esta era, parece ser, la línea de investigación que debería seguir la instrucción.

Sólo hay un acta de interrogatorio con fecha del 17 de mayo. El caso estaba claro, era lo mismo de la otra vez. Únicamente tenían que observar las formalidades. El suboficial Shilkin llevó el peso del interrogatorio.

Pregunta. Ha sido detenido por actividades antisoviéticas. ¿Se confiesa culpable?

Respuesta. No me confieso culpable de realizar actividades antisoviéticas.

P. ¿Cuál fue el motivo de su detención en 1934?

R. En 1934 fui detenido y condenado a tres años de destierro en Vorónezh por actividades antisoviéticas al escribir (durante muchos años) poemas contrarrevolucionarios («Kérenski», «Viesná», «Kassandra», etcétera).

P. Se le prohibió vivir en Moscú después del destierro. Sin embargo, usted ha estado viajando a Moscú *legularmente* (sic; la ortografía da fe del nivel de instrucción que ostentaba el interrogador encargado al poeta). Dígame, ¿a casa de quién y por qué motivo iba a Moscú?

R. Al finalizar mi destierro en el verano de 1937, fui a Moscú sin saber que me estaba prohibido vivir en esta ciudad. Después, me fui a la aldea de Savielovo y en el mes de noviembre de 1937 me trasladé a vivir a Kalinin.

»Debo reconocer mi culpa por haber ido en repetidas ocasiones a Moscú, a pesar de la prohibición y de no tener el permiso pertinente. La razón de mis visitas era pedir a la Unión de Escritores que me encontrara un trabajo, que me es indispensable, ya que en la ciudad de Kalinin y en mis condiciones me resultaba imposible encontrar trabajo alguno.

»Además, pretendía que la Unión de Escritores hiciera una valoración crítica de mi trabajo poético. Asimismo, me acuciaba la necesidad de establecer contactos artísticos con escritores soviéticos. Durante mis visitas, me hospedaba en casa de Shklovski (escritor), Osmerkin (artista), a quienes recitaba mis poemas. Aparte de los ya mencionados, en el piso de Valentín Katáyev recitaba mis poemas a Fadéyev, Pasternak, Markish,[8] Kirsánov, Surkov, Yevgueni Petrov, Lajuti y Yájontov (actor).

P. La instrucción ha averiguado que, estando en Moscú, usted ha realizado actividades antisoviéticas que no ha mencionado. Denos pruebas verídicas de estas actividades.

R. No he realizado ninguna actividad antisoviética.

P. ¿Fue a Leningrado?

R. Sí, fui.

P. Cuéntenos los motivos de sus viajes a Leningrado.

R. Fui a Leningrado para recoger ayuda material de los escritores. Me ofrecieron esta ayuda los escritores Tiniánov, Chukovski, Zóshenko y Stenich.[9]

P. ¿Quién le proporcionaba ayuda material en Moscú?

R. Los hermanos Katáyev, Shklovski y Kirsánov.

P. Háblenos de la naturaleza de sus encuentros con Kibalchich...

No es casualidad que el instructor saque a colación a Kibalchich (apodo literario del escritor Víctor Serge). El mero hecho de conocer a este destacado trotskista, catalogado como enemigo extremadamente peligroso del régimen soviético, era considerado un delito suficiente para incriminar a alguien.

R. Kibalchich y yo nos hemos visto exclusivamente por razones profesionales y no más de tres veces. La primera vez fue en 1924-1925, cuando fui a su despacho en la editorial Lenguiz para que me diera un trabajo de traducción. La segunda vez estuve en su piso y esta visita se debió también a razones de mi trabajo como traductor. La tercera vez fue en 1932, cuando, estando yo en Leningrado, invité a mi hotel a unos cuantos escritores de la ciudad, entre los que estaba Kibalchich, y les leí en voz alta mi obra *Viaje a Armenia*. Nunca más me he vuelto a cruzar con él...

Aquí termina el interrogatorio, de un modo bastante extraño, muy distinto a la feroz costumbre de la Lubianka. De hecho, el instructor ha sufrido una derrota total, pues no ha conseguido las confesiones que necesita. Aunque parece que tampoco se ha aplicado demasiado. En realidad, no se llevó a cabo ninguna instrucción, ni se presentaron acusaciones concretas.

Tres médicos de la cárcel (¡de nuevo una troika!) examinaron al preso: «No presenta ninguna enfermedad psíquica, pero es una persona de carácter psicopático con tendencia a pensamientos obsesivos y a imaginarse cosas. Con todo, consideramos que está en posesión de sus facultades psíquicas».

Al instructor Shilkin no le costó mucho trabajo redactar el acta de acusación. También hizo uso de la carta de Stavski, a veces incluso palabra por palabra. ¡El secretario general de la Unión de Escritores había realizado un buen trabajo para el NKVD! La verdad es que el instructor añadió alguna cosa de su cosecha: «Mandelstam se mantuvo en estrecho contacto con los enemigos del pueblo Stenich y Kibalchich, hasta el momento del destierro de este último fuera de las fronteras de la URSS, y también con otras personas». La acusación de «terror» fue suprimida por falta de pruebas y el poeta fue condenado, como en 1934, por propaganda antisoviética, de acuerdo con el artículo 58, apartado 10.

El 2 de agosto la Comisión especial del NKVD sentenció: recluir a Mandelstam, «hijo de un comerciante y antiguo militante del Partido Socialrevolucionario» –¡en ningún momento se dice que sea poeta!–, en un campo de trabajo por un período de cinco años.

La sentencia significaba «aislar», pero no necesariamente «conservar». Sólo era necesario echar un vistazo al condenado para saber que no soportaría cinco años de reclusión en un campo de trabajo; esta condena equivalía a su sentencia de muerte.

Al cabo de unos días, fue trasladado a la prisión de Butirka, lugar que por entonces servía de punto de partida nacional para tomar «el camino de Kolymá».

EN LOS CÍRCULOS DEL INFIERNO DEL GULAG

Y las queridas manos de las mujeres bienamadas
recogerán la ligera ceniza...

¡Osia, querido, amigo del alma! Amado mío, no tengo palabras para escribir esta carta que, quizá, nunca leerás. La escribo para nada.

Ósiushka, nuestra vida en común, infantil, qué felicidad aquella. Nuestras discusiones, nuestras peleas, nuestros juegos y nuestro amor... ¿Te acuerdas de nuestras míseras comilonas en los pobres carromatos en que vivíamos? ¿Te acuerdas qué rico era el pan cuando lo conseguíamos de milagro y nos lo comíamos juntos?... Nuestra feliz miseria y los poemas...

Bendigo cada día y cada hora de nuestra amarga vida, mi amigo, mi compañero, mi guía...

No he tenido tiempo de decirte lo mucho que te quiero…

Soy yo, Nadia. ¿Dónde estás?...

Miles de mujeres, tras perder a sus allegados en los círculos infernales del Gulag, escribieron este tipo de cartas a ningún lugar.

Desde el momento de su detención hasta bien entrado el invierno no se tiene noticia alguna de Mandelstam. A mitad de diciembre, el hermano de Ósip Emilievich recibió la única carta de él, las últimas palabras del poeta que nos han llegado:

¡Querido Shura!

Estoy en Vladivostok, en el barracón número 11 de un SVITL.[10] Por decisión del OSO,[11] me han condenado a cinco años por k.r.d.[12] El convoy salió el día 9 de septiembre desde Butirka, en Moscú, y llegamos el día 12 de octubre. Estoy muy débil de salud. Estoy tremendamente extenuado, he adelgazado, soy casi irreconocible, pero no sé si tiene mucho sentido que me enviéis ropa, comida y dinero. De todos modos, intentadlo. Me congelo sin ropa.

Mi querida Nadiezhda, no sé si estás viva, mi palomita. Shura, escríbeme inmediatamente para saber cómo está Nadia. Estamos en un campo de tránsito. Aún no me han llevado a Kolymá. Es posible que pasemos aquí el invierno.

Queridos míos, un beso muy fuerte.

OSIA

¡Está vivo! Nadiezhda Yákovlevna se lanzó a buscar ayuda a toda prisa: le envió un paquete y dinero. En el acta del sumario se conserva otro testimonio, desconocido hasta ahora, de la intrépida lucha de Nadiezhda en apoyo de su marido:

Moscú, 19 de enero de 1939

¡Distinguido camarada Beria![13]

En mayo de 1938 el poeta Ó. E. Mandelstam fue detenido...

Esta segunda detención fue totalmente inesperada. Por entonces, Mandelstam había terminado de escribir un libro de poemas, cuya publicación se consultó inmediatamente a la Unión de Escritores Soviéticos. *Antes que una detención, lo que esperábamos más bien era su total rehabilitación y su reincorporación a la actividad literaria.*

No entiendo cómo pudo llevarse a cabo la instrucción sobre las actividades contrarrevolucionarias de Mandelstam sin que yo –que a consecuencia de su enfermedad no me separé de su lado durante años– fuera citada por la instrucción como cómplice o, al menos, en calidad de testigo.

Añadiré que durante la primera detención, en 1934, Mandelstam enfermó de psicosis aguda, por lo que la instrucción y el destierro tuvieron lugar durante su enfermedad. En el momento de la segunda detención, Mandelstam estaba gravemente enfermo, era física y psicológicamente inestable.

Le ruego:

1. Mediar para que se revise el caso de Ó. E. Mandelstam y se esclarezca si había suficientes motivos para detenerlo y condenarlo al destierro.

2. Examinar la salud psíquica de Ó. E. Mandelstam y determinar si en este caso el destierro es legal.

3. Finalmente, comprobar si no había alguna persona interesada personalmente en este destierro.

Por último, me gustaría que me aclarara una cuestión más de índole moral que jurídico: ¿tiene el NKVD suficientes pruebas para destruir a un poeta, a un maestro, en un período de activa y pacífica actividad poética?

NADIEZHDA MANDELSTAM

En esta carta insolente y peligrosa para su propia vida, tan al estilo de Mandelstam, la esposa del poeta pone al descubierto toda la ilegalidad del proceso instruido y el castigo aplicado por el NKVD, e incluso señala sus resortes ocultos, como es el interés personal de alguien. También emplea la palabra «maestro», al parecer no por casualidad, ya que así fue como Stalin llamó a Mandelstam en su conversación con Pasternak. ¿Remitirían esta carta directamente al Kremlin?

Pero la suya era una voz que clamaba en el desierto...

La respuesta de Beria no llegó. Y le devolvieron el giro postal que había enviado. En la oficina de correos le comunicaron el motivo: «Muerte del destinatario».

Ese día, el 5 de febrero de 1939, no pasó a la historia de la literatura soviética como un día de luto, sino de fiesta. En *Literatúrnaya Gazeta* se publicó una larga lista de escritores condecorados, ¡eran más de 150 personas! Por supuesto, entre ellos estaba Stavski, que recibió la Orden de Honor, y Pávlenko, a quien honraron con la máxima condecoración: la Orden de Lenin. ¡Las habían ganado a pulso! El gobierno sabía de sobra a quién, por qué y cómo había que condecorar. Las distinciones fueron acompañadas de abundantes festines, los pisos de los escritores

desbordaban de alegría. La noticia acerca de la muerte de Mandelstam pasó casi inadvertida. Un pequeño grupo de amigos lamentó su muerte. Y entre los cabecillas de la literatura únicamente Fadéyev vertió algunas lágrimas embriagadas:

–¡Qué gran poeta hemos destruido!...

En el NKVD examinaron la reclamación de Nadiezhda Yákovlevna. ¿Absolverle? ¡De ningún modo! Nikitochkin, sargento delegado de operaciones, consideró que Mandelstam no merecía la absolución. Tras el alboroto burocrático se adivina la férrea voluntad de los mandos superiores: ¡no habrá perdón para el poeta!

Esta decisión no fue notificada hasta 1941. Según el documento remitido a Yákovlevna, Mandelstam... «cumplía condena en Kolymá». Pero en el expediente hay más datos. Una breve nota detrás de uno de los documentos dice: «Murió el 21 de diciembre de 1938 en Sevvostoklag –los campos del nordeste– provincia de Magadán».

Así, ¿estaba vivo, o había muerto en Kolymá?

Inmediatamente después de que le devolvieran el giro postal con la terrible noticia, Nadiezhda Yákovlevna se dirigió al Gulag para pedir que comprobaran esta información y para que le dieran un certificado oficial de defunción. La comprobación, que realizó una sección secreta y que quedó registrada en el expediente del campo de reclusión, ¡duró casi año y medio! La esposa recibió al fin un certificado: falleció a los cuarenta y siete años el día 27 de diciembre de 1938. Pero, en el libro del registro de defunciones, también se indica que murió en mayo de 1940.

¿Qué fuente hay que creer?

El Estado había extraviado a una persona. O, acostumbrado a mentir continuamente, era víctima de su propio embuste.

Y, para terminar, una auténtica diablura, el colofón de la tragedia. Estamos en 1956, el año de la primera rehabilitación. Se eleva otra petición para que se revise el caso. ¡Una decisión largamente esperada! El certificado de absolución de la condena «impuesta... al ciudadano Ósip Emilievich Mandelstam» es remitido a la ciudad de Cheboksari (entonces Nadiezhda Yákovlevna vivía ahí).

¡Un documento maravilloso! Los embrolladores del Estado le dan al poeta un certificado de inmortalidad.

Nadiezhda Yákovlevna se entera por los fiscales de otra noticia: resulta que su marido no ha sido totalmente rehabilitado, sigue siendo un delincuente, porque el caso de 1934 no estaba cerrado. Todo se repite:

> Solicito a la Fiscalía que examine de nuevo el caso de 1934, pues estoy segura de que Mandelstam era completamente inocente y lo desterraron por escribir un poema contra el culto a la personalidad que tuvo la imprudencia de recitar a unos cuantos amigos.

Recordemos que estamos en 1956... Stalin ha muerto, pero ¡su causa sigue viva! Los fiscales estalinistas, después de deliberar, sentenciaron: ¡Mandelstam fue justamente condenado y no hay razones para volver a examinar el caso! A pesar de que llevaba muerto muchos años, no había manera de que fuera liberado. Es inevitable recordar sus palabras: «Mi caso nunca se terminará...».

Nadiezhda Yákovlevna no llegó a ver la rehabilitación de su marido.

> *¿Acaso existo de verdad*
> *y realmente la muerte llegará?*

Han transcurrido treinta años más. Estamos en 1987. El país es un hervidero: ¡la perestroika, la glasnost, la democracia! Los poemas de Mandelstam se han mudado de las páginas de los *samizdat* a las de los libros, periódicos, e incluso los cantan las estrellas del espectáculo. Con motivo de los preparativos del centenario del nacimiento del poeta, la opinión pública exige su total rehabilitación.

Los órganos de represión se ven obligados a escuchar esta demanda, el KGB empieza una comprobación adicional. ¡Qué fácil le resulta al Estado condenar a alguien, pero qué complicado es absolverle! Haciendo gala de una lentitud exasperante, la comprobación se alarga un año entero.

De nuevo se revisa el expediente del poeta, llueven las peticiones a otros archivos. Se hurga por todo el país: ¡eh, Mandelstam! ¿No sabe nada de Mandelstam? Se pide información a Perm, pero no hay datos. En

Vorónezh encuentran a Iósif Emilievich Mandelstam... No es el que andan buscando, aunque también estuvo en la cárcel. La sección de instrucción del KGB continúa creyendo que en 1956 el poeta vivía junto con su esposa en Cheboksari y piden a sus colegas de esta ciudad documentación sobre él...

Parece que los que actúan no son personas, sino el propio mecanismo de represión, que maneja de un modo inexpresivo el destino humano con sus ruedas de engranaje corroídas, mezclando fechas y apellidos, confundiendo a los muertos y a los vivos. Y nadie sabe qué lo propulsa ahora. ¿Es una crueldad criminal o una total ignorancia?

Buscan a los instructores de Mandelstam y a los chequistas que efectuaron el registro de su domicilio... Se comprueba que Jristofórovich trabajó en los órganos hasta 1937, año en que fue expulsado del NKVD de Sverdlovsk, y que después desapareció. Según algunos rumores que circulan entre los escritores, fue fusilado, pero otros aseguran que acabó suicidándose. Pero en 1987 los colegas de Jristofórovich prefieren no desvelar qué sucedió: «Resulta imposible constatarlo y averiguarlo...». Sucede lo mismo con el resto de chequistas. ¡Es como buscar una aguja en un pajar! Aunque averiguar lo que ha sido de ellos no cuesta nada, por supuesto, ya que cuando quieren saber algo lo consiguen, aunque tengan que remover cielo y tierra. Está claro que no se han esforzado mucho en buscar: las informaciones sobre los suyos, los represores, permanecen mucho mejor guardadas que las de las víctimas. Pero a propósito de Jristofórovich no se ahorran estas palabras: «No tenemos información de que se hayan infringido las leyes socialistas...». ¡El uniforme del chequista ha de permanecer inmaculado!

Pero como ya hemos dicho: ¡no hay secretos que permanezcan ocultos para siempre! Ya en el nuevo siglo, concretamente en el propio año 2000, aparecieron las memorias de Galina Katanyan. En ellas se arroja un poco de luz sobre la personalidad y el final de Jristofórovich: «El búlgaro N. J. Sh. era un comunista, periodista de profesión, que actuaba en la clandestinidad. En los años veinte escapó de una prisión en Bulgaria y vino a visita la URSS. Más tarde supe que había estado preso por su implicación en un atentado.

Era un hombre alto y bien parecido a pesar de su gran calva y una nariz chata y pequeña. Era de complexión recia».

Una mañana Shivárov se apareció en casa de Katanyan con rostro serio y le anunció que pronto sería arrestado y que, al temer que también arrestaran a su mujer, le rogaba hacerse cargo del hijo que tenían ambos para evitar que lo enviaran a un orfanato del Estado. Jristofórovich fue arrestado a los pocos días de esa visita. Katanyan acudió a ver s su amigo Aleksandr Fadéyev, quien le dijo:

–Si lo arrestaron, por algo será. En este país no se arresta a la gente por gusto…

En julio de 1940 alguien entregó a Katanyan una nota que Shivárov le había escrito en el campo de trabajo: «El último día de mi vida está llegando a su fin, Galiusha, y pienso en todos aquellos que mencionaría en mi última plegaria, si tuviera yo algún diosecillo al que elevarla. Y aquí me tiene pensando en usted, en usted que me ha olvidado, que casi me ha olvidado». Jristofórovich le confiesa que ha simulado un robo con fuerza para proteger al médico del campo que le facilitó los barbitúricos que utilizará. Y concluye su nota en estos términos: «No nos entretengamos con exclamaciones y palabras tristes. Si no me dejan vivir, pues pongámosle fin a esta existencia y punto. Si todavía queda alguien por allá que me recuerde con aprecio, lléguele mi saludo postrero. 3 de abril de 1940».

La sección de instrucción del KGB busca e interroga a testigos ya entrados en años. Se pueden contar con los dedos de las manos a los que conocieron a Mandelstam.

–Era un tipo muy orgulloso e independiente, y caminaba con la cabeza muy alta... –dice el escritor Kaverin–. No tengo la menor duda de que Mandelstam fue el autor del poema contra Stalin. Nadie podía escribir contra Stalin con tanta expresividad y fuerza. Además, nadie se hubiera atrevido nunca a hacerlo...

Pero el mecanismo programado para la lucha de clases no tiene prisa en reorganizarse y continúa agarrando por inercia todo elemento sedicioso que cae en su campo de acción. Ahora se trata del libro de la mujer del poeta, publicado en Occidente. El instructor Pamfílov, en presencia de dos

expertas mujeres, comparsas que siempre están al servicio del KGB, lee «de 9.00 a 17.30» las memorias de Nadiezhda Yákovlevna y señala en el acta:

> De un modo claramente tendencioso la autora intenta demostrar que en los años treinta la Unión Soviética sufría algo parecido a un «sangriento terror», bajo el que «los órganos de represión exterminaban a los intelectuales e imponían el pensamiento único, mantenían un salvaje terror que martirizó a todo el pueblo hasta la muerte de Stalin».
>
> N. Mandelstam no ve que en esa época hubiera diferencia alguna entre el régimen soviético y el fascismo, y al describir sus fracasos personales recuerda que en la Rusia zarista «se vivía mejor» [...]. Según la autora, lo que simboliza a esa época son los aislados fenómenos negativos, que se dieron en nuestro Estado en el período del culto a la personalidad...
>
> N. Y. Mandelstam afirma de un modo difamatorio que Ó. E. Mandelstam no mereció ser rehabilitado porque «desde las altas esferas se dio rienda suelta al plan de aniquilación de personas» y «la lucha contra el idealismo fue, y seguirá siendo, la principal tarea de esa época...».

¡Es un estilo tan familiar! ¡Qué cerca están los años ochenta de los treinta! ¡A un tiro de piedra! Como si no hubiera transcurrido medio siglo desde el año del «gran terror» hasta el período de la «perestroika». Sólo hay que dar una orden a los órganos, dejarles las manos libres, para que todo vuelva a empezar.

El 28 de octubre de 1987, después de muchos esfuerzos inútiles, el Tribunal Supremo absolvió al poeta. ¡Triunfó la justicia! Pero ¿a quién le importaba cuando todos, víctimas y verdugos, hacía tiempo que ya no estaban en este mundo? ¿Qué se podía hacer con esta absolución?

> *Ahora ya reposo en la tierra, y sigo moviendo los labios,*
> *pues lo que diré lo aprenderán todos los colegiales...*

¿Cuándo murió exactamente Mandelstam? Ahora, después de conocer su expediente carcelario, todas las dudas se han esfumado. Ahí, junto con la última fotografía del poeta (se ve a un viejo demacrado, casi una calavera, pero con la cabeza erguida, tan orgulloso como antes), la huella dactilar del pulgar derecho y la señal personal («una marca de nacimiento en el hombro izquierdo», esa desnuda indefensión es lo que más impresiona), está el acta de defunción, redactada por el doctor Kresánov. Mandelstam fue internado

en la enfermería el 26 de diciembre y murió a las doce y media del día siguiente. La causa de la muerte fue paro cardíaco y arteriosclerosis.

Encima de las huellas dactilares del fallecido escribieron «Mendelshtam» (Pero ¡qué demonios de apellido es ese! Por muchas vueltas que le des, siempre suena curvo, nunca recto...)

Ha sido posible reconstruir los últimos días de la vida del poeta a partir de los fragmentos de recuerdos de los escasos prisioneros de ese mismo campo que todavía viven. Algunos de ellos permanecieron en silencio durante décadas y sólo ahora han empezado a hablar, igual que los documentos de los archivos, un ejercicio de confianza en el carácter irreversible de los cambios que se han producido en nuestro país.

En el campo de trabajo, a Mandelstam no le llamaban por su apellido, sino simplemente Poeta, a diferencia de los verdugos de la Lubianka, que le negaron ese título. Tenía fama de estar medio loco y en diciembre ya era un hombre acabado,[T2] ni siquiera se levantaba ya de su camastro.

«¿Estás vivo? –gritaban los tipos del personal de servicio que traían la comida–. ¡Eh, tú, levanta la cabeza!»

El poeta a duras penas levantaba un poco la cabeza y recibía su ración...

Cada día tendían a su lado a muertos y moribundos, ya que en el campo el tifus estaba causando estragos.

Antes de Año Nuevo, un ciclón de nieve barrió la costa del Pacífico. Hizo un frío espantoso, el viento soplaba en ráfagas intensas. Llevaron a los *zeks* del barracón número 11 al baño para que recibieran su tratamiento sanitario. Su compañero de campo, el poeta Yuri Moiseyenko, estuvo a su lado en sus últimas horas de vida. ¡La escena es propia del *Infierno* de Dante!

–Nos quitamos la ropa, la colgamos de un gancho y la dimos para que la quemaran. Hacía el mismo frío que en el exterior. Todos temblábamos y a Ósip Emilievich le crujían literalmente todos los huesos. Era un verdadero esqueleto, un pedazo de pellejo arrugado... Entonces gritamos: «¡Venga, rápido! ¡Nos estamos congelando!». Nos tuvieron así unos cuarenta minutos hasta que nos dijeron: «Id, vestíos. Es al otro lado...».

»Un fuerte olor a azufre se nos metía por la nariz. Empezó a hacer calor y el azufre nos hacía saltar las lágrimas... Ósip Mandelstam dio un par de pasos, se alejó de la estufa, levantó la cabeza con orgullo, respiró profundamente..., y se desplomó. Alguien dijo: "Está listo...". Entró el médico con su maletín y dijo: "Qué miráis, id por una camilla...".

»Su final fue como el de tantos otros, corriente y terrible: ataron una placa a sus pies, metieron el cuerpo, junto con otros, en una carreta, y se lo llevaron fuera del campo; luego lo tiraron en una zanja, en la fosa común.

«Es poco probable que algún día alguna calle de la tierra lleve el nombre de Mandelstam», decía la mujer del poeta.

Mientras escribía este capítulo pensaba que no importa mucho si hay alguna calle en alguna ciudad que lleve su nombre. Lo importante es que Mandelstam ya tiene un sitio para siempre en la poesía y en nuestra vida.

Un buen día, el cartero me trajo el periódico y leí que en París, en el mismo corazón del Barrio Latino, en la casa donde una vez vivió el poeta, se había descubierto una placa en su memoria. Al cabo de pocos días, su nombre volvió a oírse en el otro extremo de Eurasia, en la costa del océano Pacífico. Otro periódico informaba: la calle de Pechórskaya, situada en la periferia de Vladivostok, en el lugar donde antes se alzaba un campo de tránsito, llevaría en adelante el nombre de Mandelstam.

Igual que en el poema:

> ... Tenía poco de lineal,
> su carácter nada de níveo,
> y por eso esta calle,
> o, mejor dicho, este hoyo
> lleva así el nombre
> de este Mandelstam.

---

1. Según otras fuentes, Mandelstam estudió en Heidelberg en 1909, estuvo en Berlín en 1910 y visitó Suiza e Italia en 1908 y 1909.

2. Mandelstam publicó por primera vez su obra en 1910, en el número 9 de la revista *Apolon.*

3. En la versión conocida y publicada se lee: «Sus bigotes de cucaracha se ríen».

4. Tres personas de esta lista fueron represaliadas en distintos períodos: el doctor en Biología B. S. Kuzin (1903-1973) y el historiador y geógrafo L. N Gumiliov (1912-1992) cumplieron penas de prisión en cárceles y campos de trabajo, mientras que el poeta V. I. Narbut fue fusilado en Kolymá.

5. A. N. Poskrebyshev (1891-1965) fue secretario de Stalin.

6. V. I. Yúrevich (1906-1940). Capitán de la Seguridad del Estado. Fue fusilado.

7. M. P. Frinovski (1898-1940). Primer sustituto del comisario del Pueblo de Interior y responsable de la Dirección General de la Seguridad del Estado y uno de los más cercanos colaboradores de Yezhov. En sus memorias, Jruschov lo describe en estos términos: «Un fortachón muy corpulento con una cicatriz en la cara. Un tipo con un físico impresionante». Fue fusilado.

8. P. D. Markish (1895-1952). Poeta y dramaturgo judío. Fue fusilado como figurante del caso del Comité Judío Antifascista.

9. V. O. Stenich (Smetanich) (1897-1938). Traductor y crítico. Fue fusilado.

10. Siglas en ruso de Campos Correccionales de Trabajo del Nordeste *(Severo-vostochnie ispravitelno-trudovie lagueriá).*

11. Siglas en ruso de la Comisión especial *(Osóboe soveshanie).*

12. Siglas en ruso de actividad contrarrevolucionaria *(kontrrevolutsiónnaya deyátelnost).*

13. L. P. Beria (1899-1953). Comisario del Pueblo de Interior entre los años 1938 y 1945. Ministro del Interior en los meses de marzo a junio de 1953. Fusilado.

T1 Siglas del Consejo Central de la Unión de Sindicatos de la Unión Soviética. *(N. de los T.)*

T2 En el original ruso, *dojodiaga*: en el argot de los campos se llamaba así a la persona que, abatida por la extenuación y por el hambre, se había abandonado por completo y estaba al borde de la muerte. *(N. de los T.)*

E1 En ruso, guía, líder, es uno de los apelativos con que se conocía a Stalin en los años del llamado culto a la personalidad, conjuntamente con el de *Jaziain,* el Amo. *(N. del E.)*

El maestro en el punto de mira de la GPU
Entre los bastidores de la vida de Mijaíl Bulgákov

«DESENMASCARAR LA FISONOMÍA»

El expediente secreto de Bulgákov se inicia en noviembre de 1922. El servicio secreto de la OGPU dio con un artículo de Bulgákov publicado en la revista berlinesa en lengua rusa *Nóvaya Rússkaya Kniga* [El nuevo libro ruso]. Un tal Mijaíl Afanásievich Bulgákov informaba a los lectores de que se proponía escribir un «diccionario bibliográfico completo de los escritores rusos contemporáneos con sus perfiles literarios». Con este fin rogaba a «todos los escritores de todas las ciudades de Rusia y del extranjero» que le mandaran sus notas autobiográficas. El autor solicitaba también a todos los periódicos y revistas que publicaran su llamamiento.

¡Era un proyecto grandioso! ¡Un nuevo Brockhaus y Efrón![T1] La atención de los órganos se centró sobre todo en el carácter personal e incontrolado de la aventura. ¿Quién era ese hombre capaz de poner en marcha una iniciativa de esa envergadura sin la aprobación de las autoridades?

La lectura del texto permitía adivinar que tras el biógrafo ambicioso se ocultaba un escritor: «Sería deseable que las semblanzas se acompañaran de rasgos expresivos». Y añadía la siguiente frase: «En especial esperamos información de escritores noveles de los que poco o nada se sepa». Ese acento sobre los jóvenes indicaba que el autor también era un principiante en el campo de la literatura.

Además, verificar la naturaleza del proyecto no iba a resultar una tarea ardua ya que el joven presuntuoso añadía sus señas: Moscú, Bólshaya Sadóvaya, 10, apart. 50.

La contienda civil había llegado a su fin. Las tormentas del comunismo de guerra quedaban lejos en el recuerdo. El poder soviético se lanzó a la construcción, inédita en la historia, de la primera república socialista. Corrían los tiempos de la NEP, la supuesta maniobra táctica que permitiría el relevo del país mediante un retorno temporal a la economía de mercado y a la pequeña propiedad privada. Sin embargo, la tolerancia en temas económicos no suponía en absoluto debilidad a la hora de afrontar los objetivos ideológicos. Derrotado el enemigo exterior, los bolcheviques –amos y señores– la emprendieron con el adversario interior. Le llegó el turno a la *intelligentsia*, se debía comprobar su fidelidad, hacer una criba: someter a los dóciles, desembarazarse de los insumisos y deportar a una fracción al extranjero. A otros, por el contrario, aislarlos y ponerlos entre rejas, y a los más rebeldes, «contra la pared», según la jerga revolucionaria, es decir, al paredón.

En ese ambiente, la iniciativa de confeccionar un diccionario de escritores rusos resultaba cuando menos sospechosa. En cualquier caso, no concordaba con las directrices del poder supremo. En lugar de clasificar a los escritores según el único principio válido –en rojos y blancos, en nuestros y no nuestros–, Bulgákov se proponía considerarlos como un todo al margen de fronteras gubernamentales y opiniones políticas.

Los sabuesos de la Lubianka, oliéndose la sedición, se afanaron por encontrar pruebas contra Bulgákov. Ese breve artículo del que hacíamos mención, publicado en una revista de escasa tirada para la emigración, es el punto de partida de una vigilancia permanente hacia el autor. Un seguimiento que unas veces aprieta, otras se afloja y da un respiro, pero que en ningún caso lo abandonará hasta su muerte.

¿De qué podía enterarse entonces la OGPU acerca de aquel escritor apenas conocido? Se había instalado en Moscú hacía un año, tenía treinta y un años, estaba casado y vivía modestamente en un piso comunal. Trabajaba como secretario en una oficina literaria de la dirección principal de la educación política y lograba subsistir con lo que sacaba publicando folletines satíricos en la prensa. Era uno entre un millar de los periodistas

literarios que deambulaban por la capital. Como no suscitaba el menor interés, la GPU le dejó tranquilo... por el momento.

El expediente se reabrió un año y medio después. En el suplemento de *Nóvaya Rússkaya Kniga* se publicó la copia de una carta que el competente servicio de la OGPU había interceptado: escrita por Román Gul, residente en Berlín, estaba dirigida a su colega moscovita Yuri Slezkin, pero su verdadero destinatario era Bulgákov. Gul estaba compilando un diccionario enciclopédico por encargo de una editorial extranjera. Al conocer el proyecto de Bulgákov, decidió contactar con él para pedirle que compartiera la información que había reunido, no sin antes prometerle que le restituiría el material. «A fin de cuentas es un asunto común, interesante y útil para todos.» La carta llevaba fecha del 21 de marzo de 1924.

Se ignora si la petición de Gul llegó a su destino final y cuál fue la suerte del material recopilado por Bulgákov, pero se sabe a ciencia cierta que, por aquel entonces, Bulgákov había renunciado a su proyecto del diccionario y no lo volvió a reanudar puesto que era consciente del carácter inalcanzable de la empresa.

En cambio, la copia de la carta interceptada proporcionó una información interesante. Llevaba la mención siguiente, añadida en las oficinas de la OGPU: «Adjuntar al expediente Bulgákov, diccionario biográfico. Guendin...».

El nombre de Semión Guendin,[1] que aparece por primera vez, constituye una suerte de hilo conductor en el expediente: delegado de la séptima sección del servicio secreto, se le confió la vigilancia de Bulgákov y en esa tarea demostró un celo que, lejos de menguar, crecía sin pausa.

En mayo de 1924, los hombres de la OGPU abrieron y copiaron una carta dirigida a Bulgákov. La redacción de *Krasni Zhurnal Dlia Vsej* [La revista roja para todos] le propuso publicar en folletines los capítulos de su novela *La guardia blanca*. Fue así como los eminentes chequistas se percataron de que M. A. Bulgákov no era sólo un biógrafo y un periodista. ¡También era un escritor de ficción! ¡Un nuevo miembro de la cohorte de los escritores!

Un nuevo documento se adjuntó al expediente: esta vez el original de una carta y no la copia. El 22 de mayo, Konstantín Bulgákov, primo de

Mijaíl, le explicaba a este último, desde Kiev, que había conocido a un tal Lowton, corresponsal del periódico inglés *Daily Chronicle*. Ese hombre estaba buscando para su periódico un corresponsal especial en Rusia, y tal vez Mijaíl estuviera interesado en el puesto: «Tú les convienes... no tengas miedo... Ya sabes cómo adornar».

Konstantín acompañaba la carta de una recomendación para Lowton. Describía a su primo en estos términos:

> El portador de esta carta es mi primo Mijaíl Afanásievich Bulgákov, [...] es un joven escritor ruso y ha colaborado en diversos periódicos y revistas literarias.
>
> En su estilo prima la concisión pero, a la vez, sus descripciones son vivas y cautivadoras. En Moscú comienza a salir del anonimato. Además, se trata de un hombre muy enérgico. Si lee alguno de sus libros, comprobará que les puede ser de utilidad.

Desafortunadamente, el encuentro entre Mijaíl Bulgákov y Lowton no tuvo lugar. La GPU supo prevenir a tiempo un contacto no deseado con un extranjero. Por esta razón, la carta de Kiev se encuentra en la Lubianka en lugar de permanecer en manos de su destinatario. Esta fue la primera operación exitosa de Guendin contra Bulgákov.

El escritor no consiguió el trabajo de corresponsal del periódico británico. Sin embargo, qué bien le hubiera ido un empleo de esas características. Durante ese mes de mayo, en repetidas ocasiones la miseria estuvo a punto de llevarle a la desesperación. En una carta decía: «Fíjate lo bien que me van las cosas, que no deseo nada más que la muerte».

En el «trato» que la policía política dispensó al escritor, la etapa posterior se distinguió por la puesta en práctica de una vigilancia cada vez más estrecha. La organización no lo tenía difícil: en los círculos literarios pululaba un buen número de soplones. La persecución la inicia a principios de 1925 un agente cuyos datos los servidores de la Lubianka han querido mantener en secreto hasta el día de hoy. Llamemos, pues, a este hombre Guepeújov, un apellido inventado por Bulgákov.

Lugar de la acción: el apartamento moscovita de Yevdokia Fiódorovna Nikítina, editora y crítica literaria, donde organizaba unas tertulias literarias (conocidas como «los sábados de Nikítina») en las que los escritores tenían

la oportunidad de leer sus obras ante un círculo reducido de amigos y colegas.

En la pequeña y confortable sala, llena de invitados, se han acallado las voces. La dueña de la casa presenta a los asistentes al protagonista de la velada: el escritor...

Pero dejemos que sea Guepeújov quien nos lo relate:

Informe secreto de la sección secreta de la OGPU. Número 110

El 7 de marzo de 1925 asistí a un sábado literario en casa de Ye. F. Nikítina (calle Gazetni, número 3, apart. 7, tel. 2-14-16).

Bulgákov ha leído su última novela. Argumento: un profesor extrae el cerebro y los órganos genitales a un cadáver y los trasplanta a un perro, produciéndose, en consecuencia, la «humanización» del animal.

Toda la novela está escrita en un tono hostil y respira un desprecio infinito hacia el régimen soviético:

1) El profesor reside en un apartamento de siete habitaciones. Vive en un bloque habitado por obreros. Una delegación de trabajadores le visita y le pide que ponga dos habitaciones a su disposición porque los inquilinos viven hacinados en el bloque de viviendas y él tiene siete habitaciones. El profesor responde con la exigencia de una octava habitación. Después descuelga el teléfono y llama a un funcionario muy influyente, Vitali Vlasievich (?), al número 107. Le informa de que no va a realizar más operaciones, que suspenderá la práctica médica y que se marchará a Batumi para siempre porque unos obreros armados con revólveres (una información falsa) quieren obligarle a dormir en la cocina y a operar en el cuarto de baño. Vitali Vlasievich le tranquiliza y le promete que le expedirá un certificado «de peso» que impedirá que nadie le pueda tocar. El profesor se sale con la suya. La delegación de obreros se queda con un palmo de narices.

«–Camarada, compra un libro en beneficio de los pobres de nuestra fracción –le dice un obrero.

»–No, no compraré nada –replica el profesor.

»–¿Por qué? No es caro. Sólo cuesta cincuenta copecas. ¿Acaso no dispone de esa cantidad?

»–No, tengo el dinero. Lo que no tengo es ganas de hacerlo.

»–Usted no quiere al proletariado, ¿verdad?

»–Así es –admitió el profesor–. No amo al proletariado.»

En la sala, risas malévolas acompañan todo el desarrollo del diálogo.

Alguien que no puede contenerse exclama encolerizado:

–¡Utopía!

2) «–La ruina –farfulla el profesor bebiendo Saint-Julien–, ¿qué es eso? ¿Es un viejo que se arrastra con un bastón? Nada de eso. No hay ninguna ruina, no la ha habido en el pasado ni la habrá en el futuro. Eso no existe. La ruina es la propia gente. Yo he vivido en este bloque de la

calle Prechistenka entre 1902 y 1917. En mi escalera hay doce apartamentos y usted mismo sabe cuántos pacientes entran en mi casa cada día. Abajo, cerca de la puerta de entrada, había un perchero para los abrigos, los zuecos de goma, etcétera. ¿Y sabe usted? Durante quince años no desapareció ni un abrigo ni una prenda. Hasta el 24 de febrero. El 24 de febrero lo robaron todo: las pellizas, mis tres abrigos, los bastones e incluso el samovar del portero. En esas estamos. Y vosotros decís: la ruina.»

Risas ensordecedoras en el auditorio.

3) El perro al que da cobijo ha despedazado un búho disecado. El profesor estalla en un furor indescriptible. El criado le recomienda que dé una buena tunda al perro. La furia del profesor no se apacigua; dice con voz atronadora:

«–No se puede. Está prohibido golpear. Es el terror y mira adónde han llegado con su terror... Sólo se debe instruir.»

Furioso, pero sin hacerle daño, restriega el hocico del perro entre los pedazos del búho disecado.

4) «–El mejor medio para preservar su salud y sus nervios es evitar la lectura de los periódicos, sobre todo del *Pravda*. ¿Sabe? Lo he observado en treinta pacientes de mi clínica. ¿Y sabe otra cosa? Aquellos que no leen el *Pravda* se restablecen antes que quienes lo leen...»

Etcétera. Se podría aportar un sinfín de ejemplos que vienen a demostrar que Bulgákov odia y desprecia, a todas luces, el régimen soviético y niega sus logros.

Además, la obra rezuma pornografía, envuelta en un aparente registro científico. Así pues, este libro será del agrado tanto de los pequeñoburgueses malintencionados como de las señoritas frívolas y hará las delicias de los viejos perversos.

El poder soviético dispone de un guardián fiel, severo y vigilante: el Glavlit. Si mi opinión no disiente de la suya, esta obra no debe ver la luz. Pero permítame apuntar que este libro, en su primera parte, ha sido leído ante un auditorio de 48 personas, el 90 % de los cuales eran escritores. Por eso ya ha cumplido su papel, su cometido principal. Incluso en el caso de que el Glavlit impida su publicación, este libro ya ha contaminado las mentes de esos escritores y refinará sus plumas. Y a pesar de que el libro no se publique (si es que así sucede) constituirá para ellos una lección magistral para el futuro. Tomarán nota de lo que deben evitar escribir para que sus textos sean permeables a la censura, es decir, cómo presentar sus convicciones y hacer propaganda de manera que pase inadvertido [...].

En mi opinión, obras de esta índole, leídas en los círculos literarios más brillantes de Moscú, son mucho más peligrosas que las intervenciones inútiles y anodinas de la morralla literaria que se congrega en las sesiones de la Unión Soviética de Poetas.

9 de marzo de 1925

El celo y la buena memoria del informador son impresionantes: no sólo cita extractos enteros del texto leído por Bulgákov sino que, además, describe las reacciones del auditorio. ¡Y menuda precisión! Cuenta el

número de participantes, el porcentaje de escritores y retiene incluso el número de teléfono que marcan los personajes de la novela, en el caso de que... Y, tras la exposición de los hechos, analiza, extrae conclusiones, da recomendaciones, como si él mismo fuera toda una sección de la propaganda del Comité Central del Partido. Más que un trabajador valioso, ¡ese hombre era un verdadero artista!

En realidad, parece que Bulgákov leyó en casa de Nikítina una de las primeras versiones de la novela *Corazón de perro*. El texto publicado diverge de lo expuesto por Guepeújov. El funcionario de alto rango se llama Piotr Aleksándrovich, y no Vitali Vlasievich; no se menciona el número de teléfono; los activistas del Partido recaudan a favor de los niños de Alemania y no para «los pobres de nuestra fracción»; el profesor amenaza con partir a Sochi y no a Batumi... Se puede deber a errores imputables a la memoria de Guepeújov, menos precisa de lo que sugiere su texto. Dejemos este pequeño enigma a los especialistas de Bulgákov.

Dos semanas más tarde, el agente Guepeújov actúa de nuevo y ocupa su puesto entre los invitados de Nikítina.

Informe secreto de la sección secreta de la OGPU. Número 122

La segunda y última partes de la novela de Bulgákov *Corazón de perro*, leídas por éste el 21 de marzo de 1925 en uno de los «sábados de Nikítina», ha provocado una gran indignación entre dos escritores comunistas presentes y el éxtasis general en el resto. El contenido de la parte final se podría resumir más o menos de esta forma:

El perro humanizado se vuelve cada día más insolente. Inmerso en el libertinaje, hace proposiciones indecentes a la criada del profesor. Pero el centro de la mofa y de las invectivas del autor se basa en otros elementos: el perro viste una cazadora de cuero, exige hospedarse en la vivienda del profesor y hace gala de una mentalidad comunista. Todo ello saca al profesor de sus casillas y acaba de una vez por todas con la fuente de todos sus males que él mismo ha creado: transforma al perro humanizado en el chucho ordinario que era antes.

Si semejantes ataques, apenas enmascarados (pues toda esta «humanización» no es más que un evidente y negligente disfraz), están al alcance en el mercado del libro soviético, a la emigración blanca, que languidece a la espera de libros con argumentos originales y mordaces, sólo le restará envidiar las condiciones excepcionales de las que gozan en nuestra propia casa los escritores contrarrevolucionarios.

24 de marzo de 1925

Gracias al trabajo siniestro de «Yago», la OGPU no dio tregua al escritor y lo sometió a un control férreo. En el expediente se menciona un cambio de domicilio:

> Caso Bulgákov. Estrictamente confidencial
>
> Bulgákov se ha trasladado de la calle Bólshaya Sadóvaya, número 10, apart. 50, al callejón Obújov, número 9, apart. 4.

Los chequistas controlaban cuidadosamente la correspondencia de Bulgákov para ver si descubrían alguna manifestación hostil. Así, se enteraron con inquietud de que el escritor quería publicar sus obras en el extranjero por mediación de un intermediario cuyo nombre no aparece en el expediente. Cuando este informó al autor, el 2 de enero de 1925, de que todas las tentativas para «colocar» la novela habían resultado infructuosas, los chequistas respiraron aliviados. En la carta el intermediario le advierte en tono de preocupación: «Su contenido podría ser interpretado en términos nada halagüeños para la URSS… No creo que se deba publicar en traducciones fuera de la URSS, porque la sátira requiere ser manejada con sumo cuidado, ¿no le parece?». En la copia de una carta escrita por uno de los amigos moscovitas de Bulgákov, cuyas señas fueron descifradas por la OGPU como «Y. Gotovski», aunque bien podría tratarse del escritor Y. Gaydovski, el agente de la OGPU anotó: «Dado que la carta fue tramitada como urgente, hago esta copia y dejo que siga su curso hasta el destinatario». El autor de esta carta invitaba a Bulgákov a leer *La guardia blanca* en una fiesta privada que se iba a celebrar en Maroseika.

El año 1925 es para Bulgákov el último de una larga y dificultosa serie de años a la que más tarde se referiría como los «tiempos prehistóricos». Poco a poco el escritor sale del atolladero y del anonimato. Su primera novela, *La guardia blanca*, ve la luz en la revista *Rossiya* [Rusia] y se publica su ciclo de cuentos satíricos *Diavoliada*. La crítica repara en el nuevo nombre, que también encuentra cobijo en la memoria de los lectores. El joven autor puede mirar al futuro con esperanza.

En cambio, para Guendin, su vigilante de la Lubianka, 1926 comenzó con un disgusto.

Un informe oficial llegó a la mesa de Terenti Dmitriévich Deribas,[2] el jefe del servicio secreto. El documento, registrado con el número 4 y datado el 2 de enero, provenía de la séptima sección, precisamente la sección de Guendin. Se podía leer lo siguiente:

> Un club de escritores ha iniciado su actividad en la Casa Herzen de Moscú (bulevar Tver, 25). La mayoría de los asistentes proceden de la bohemia literaria. Allí, individuos como Yesenin, Bolshakov, Budantsev (antisemitas redomados), Zubakin y más escoria literaria comparecen sin tapujos.[3]
>
> Después de pasar un rato en la cantina, los asistentes dejan aflorar sus instintos antisociales ya que, al estar en su ambiente, se pasan de la raya.
>
> Sería deseable desenmascarar la fisonomía del escritor M. Bulgákov, autor de la colección *Diavoliada*, uno de cuyos relatos «Los huevos fatales», lo revela como el típico ideólogo de la malévola burguesía contemporánea.
>
> Esta obra es característica de ciertos círculos de la sociedad.

El 31 de diciembre Moscú enterró a Serguéi Yesenin, quien había terminado con su vida suicidándose. Fue un motivo de congoja no sólo en la capital sino en toda la madre Rusia. El cortejo fúnebre había desfilado por el centro de Moscú rodeado de una muchedumbre. Se celebró un homenaje público junto al monumento de Pushkin. Todos los periódicos publicaron su nota necrológica. El público estaba conmocionado por la pena y los rumores. En cambio, los veteranos de la Lubianka lo celebraban por su cuenta: con una denuncia *post mortem*. Para ellos, Yesenin no era un gran poeta sino ¡una escoria de la literatura!

Al poco, Deribas, viejo revolucionario y chequista experimentado, montó en cólera. Echó un rapapolvo a la séptima sección mediante una anotación en el margen de la denuncia:

> Al camarada Guendin. ¡Deje a los muertos tranquilos! ¿En qué se manifiestan concretamente sus instintos antisoviéticos? Debe dar por zanjado el tema y ocuparse con seriedad del trabajo al mando de los servicios secretos.

En otros términos: la caza de escritores debe continuar, pero con sabuesos menos estúpidos. ¡Hay que buscar agentes que estén a la altura de nuestros hombres de letras! Cabe imaginar que el autor de la denuncia recibió una buena reprimenda. En cualquier caso, la red de informadores se reforzó, así como el contingente de agentes cualificados que controlaban la Casa Herzen, donde se encontraba entonces la Unión de Escritores y se concentraba la vida literaria del país. Ese célebre nido de escritores inspiró la Casa Grivoyédov en *El maestro y Margarita* de Bulgákov.

A consecuencia del ataque de cólera de Deribas, Guendin y el expediente de Bulgákov se trasladaron de la séptima sección a la quinta, bajo las órdenes del jefe Slavatinski.[4] A partir de ese momento, todas las denuncias concernientes a Bulgákov pasaron por sus manos y la eficacia de la vigilancia se vio incrementada. Cuatro ojos ven más que dos, como es sabido.

El Slavatinski encargado de dar caza a escritores era un profesional de doble perfil, porque se lo conocía también por ser un «poeta proletario», autor de una prolija obra en los primeros años del poder soviético. Sus versos rebosaban pasión y desgarro, aunque no carecían de cierto aire pintoresco:

> El muro cubierto de sangre y sesos
> Y la arrugada gorra por los suelos…
> ¡Yo lo había hecho! ¡Yo mismo! ¡Ay, qué pena!
> Ya no podré mirar a los ojos de un niño…

Las pesquisas no tardaron en dar sus frutos. La primera intervención pública del escritor fue acompañada no de uno sino de dos informes. Uno de ellos fue redactado por el propio Slavatinski, quien interviene en escena con el papel de Guepeújov. El 12 de febrero de 1926, por iniciativa propia participó en el debate público que se celebró en la Sala de las Columnas de la Casa de las Uniones, uno de los centros de reunión más prestigiosos de la capital con una discusión titulada «La Rusia literaria». Mezclado entre los asistentes exaltados, Slavatinski lo escuchó todo, de cabo a rabo, y tomó notas en su cuaderno. Al salir, se hizo con un botín: su billete de entrada así

como una pequeña nota enviada por un miembro del público a uno de los oradores que consiguió interceptar con habilidad. En los días consecutivos, estudió con detenimiento las reacciones de la prensa ante el acontecimiento.

En la quietud y sosiego de su despacho, este hombre precavido redactó su informe a partir de los elementos que creía necesarios.

Informe oficial. Número 104

Las noticias acerca de la discusión aparecidas en *Izvestia* y *Pravda* no se corresponden a la realidad y no ofrecen un cuadro veraz de lo que realmente sucedió en la Sala de las Columnas de la Casa de las Uniones.

El acontecimiento principal, o más bien el escollo de la noche, no fue el discurso de los camaradas Voronski y Lébedev-Polianski,[5] sino los alaridos histéricos de V. Shklovski y M. Bulgákov. Estos últimos hablaron y bromearon gozando del aplauso amistoso del singular público que componía el auditorio. Sin embargo, los discursos de Voronski y de Lébedev-Polianski a menudo fueron interrumpidos por los silbidos y el guirigay desaprobador.

Nunca antes como en esa velada se manifestó el abismo existente entre el viejo escritor y el nuevo, la vieja crítica y la nueva, el antiguo lector burgués y el nuevo soviético que todavía aguarda la llegada de su escritor.

El significado de los discursos de Shklovski y Bulgákov puede resumirse así:

El escritor se aburre y el lector se aburre, el lector no tiene nada que leer y se ve obligado a nutrirse de traducciones. Nuestra crítica busca nuevos Tolstói rojos y los introduce en sus incubadoras. Cuando incluso la bacteria más ruin necesita un caldo nutritivo, nuestros escritores se ven privados de ese caldo y no tienen más remedio que refugiarse en el cine. Pero... la dictadura del proletariado es todavía más peligrosa para el escritor del proletariado que para el burgués, puesto que este último puede encontrar algún sustento, por ejemplo, escribiendo anuncios publicitarios para el mundo del comercio.

Sí, todo es aburrido y no hay público para el que escribir. En una ocasión, Shklovski alquiló un coche de caballos y le preguntó interesado al cochero a qué se debía el estado tan lamentable que presentaba el rocín. El cochero le contestó: «El caballo combina bien con el pasajero. En cuanto a mi caballo bueno, se encuentra en la caballeriza».

Por lo general, nuestra literatura se parece a una fábrica de chanclos que fabricara su calzado con la suela agujereada (entiéndase, la literatura proletaria). El público –el consumidor– se indignaría con todo el derecho pero el fabricante le respondería: «Pero hombre, no preste atención a ese detalle. Observe qué bonitos son su forma y su lustre». Pero qué le importa al pequeñoburgués la forma y el lustre de unos zapatos cuando estos están agujereados.

Además, ¿acaso es posible que podamos ponernos de acuerdo en algo en este lugar? Es una lucha, en efecto, pero no un combate verdadero. En algún momento nos tocará luchar honestamente, «a la Hamburgo». ¿Y en qué consiste la lucha «a la Hamburgo»? Una vez al año algunos luchadores, que combatían en circos y participaban en combates trucados, se reunían en

Hamburgo y allí, en un círculo reducido, organizaban competiciones honestas que les permitían establecer las categorías y los rangos de los luchadores.

Pues bien, en la reunión en la Casa de las Uniones no hay una lucha «a la Hamburgo».

V. Shklovski y M. Bulgákov exigen que se interrumpa la producción de Tolstói rojos, esos «fetos literarios» técnicamente incompetentes. Es hora de que los bolcheviques dejen de examinar la literatura desde un punto de vista estrictamente utilitario y de que abran, por fin, sus revistas a la verdadera «palabra viva» y a los «escritores vivos». Al escritor se le debe dar la oportunidad de que escriba simplemente sobre el «hombre» y no sobre la política.

A pesar de las réplicas severas y brillantes de los camaradas Voronski y Lébedev-Polianski, la velada dejó tras de sí una impresión abrumadora y penosa. El «viejo escritor» no ha comprendido nada en el transcurso de los últimos ocho años y hasta el día de hoy continúa siendo ajeno para el nuevo lector. Esta discusión fue como el último estertor de un viejo escritor moribundo, que no puede ni podrá escribir nada para el nuevo lector. De aquí, la insatisfacción interior y el rencor hacia la época actual; de aquí su aburrimiento, su angustia y sus quejas sobre la imposibilidad de vivir y trabajar en las condiciones actuales, como gemidos de perro.

El jefe de la quinta sección del servicio secreto de la OGPU, Slavatinski.

Al lado de este informe ejemplar por su solidez dentro del género fiscal, el segundo sobre la misma disputa obra de Guepeújov era más bien anodino, aunque en lo esencial reforzaba las conclusiones del jefe de la quinta sección.

[...] Intervención de Bulgákov. Dice que «basta ya de escribir sobre héroes en chaqueta de cuero, de ametralladoras y comunistas heroicos. Estoy harto». Bulgákov acabó su discurso declarando: «Es preciso escribir sobre el hombre».

Esta intervención fue acogida con entusiasmo por la *intelligentsia* presente en la sala. En cambio, la de Kirshón[T2] obtuvo los silbidos de la *intelligentsia* y los correspondientes aplausos de los obreros y empleados.

Al margen del informe, Slavatinski incluye la siguiente anotación: «Para el camarada Guendin, adjuntar al expediente de Bulgákov».

Había llegado la hora de tomar medidas contra el tal Bulgákov. Hacía tiempo que lo tenían entre ceja y ceja. Y, de repente, se presentó una oportunidad de oro. Una orden se precipitó desde lo más alto: ¡hay que golpear a los *smenovéjovtsi*! Sólo había que tirar una red un poco más grande para que entraran más peces en ella.

«–¡Es verdad, es verdad! –gritaba Koróviev–. Usted confirma mis sospechas. Sí, uno estaba vigilando el apartamento... El otro estaba apostado en la entrada también. ¡Y lo mismo hacía un tercero, que esperaba en el porche!

–¿Y qué pasará en caso de que vengan a detenerlo? –preguntó Margarita.

–¡Puede estar segura de que vendrán, mi preciosa reina, puede estar segura! –respondió Koróviev–. Tengo la corazonada de que vendrán, aún es pronto, por supuesto, pero cuando sea la hora, vendrán sin falta...

El 7 de mayo de 1926 fueron a por el escritor.

LA VISITA DE LA FIGURA GRIS

Durante el día, los agentes verifican el lugar de residencia. No ha cambiado: el callejón Obújov. Se redacta la orden de registro. Recibe el número 2.287 y la firma del jefe de la sección de operaciones de la OGPU, Pauker.[6] Lleva la siguiente anotación: «Expedir a Vráchov[7] para que se efectúe un registro en el domicilio de Bulgákov, Mijaíl Afanásievich...». Vráchov era el responsable de la quinta sección del servicio secreto.

¿El registro? No queda del todo claro.

En una hoja con la orden, atravesada por una línea de puntos suspensivos para cortar la hoja por la mitad, se observa el «talón» dirigido al jefe de la cárcel interna de la OGPU, acompañado de la nota: «Háganse cargo del detenido». A continuación hay una línea misteriosa añadida a mano: «Atribuir el número 45». Esta parte, con fecha del 7 de mayo, lleva la firma de Yagoda y Pauker. Sólo falta inscribir el apellido del detenido y el «portador de la presente» irá a parar entre rejas. La trampa está preparada. Un paso más... y la presa caerá en ella.

Por la noche, siguiendo la familiar estrategia de los chequistas, Vráchov se dirigió al callejón Obújov, se hizo acompañar en calidad de testigo por un tal Grádov, inquilino del n.º 9 de la misma calle, y llamó a la puerta del apartamento n.º 4.

–¿Quién es? –preguntó una voz de mujer.

–¡Soy yo, que os traigo visita! –gritó alegremente el vecino.

La puerta se abrió de par en par. El resto es de sobras conocido. Liubov Yevguénievna Belozérskaya, la segunda mujer de Bulgákov, relató cómo transcurrió la operación en sus memorias.

El propio Bulgákov no se encontraba en casa y hubo que esperar por él para comenzar el registro. Todos tomaron asiento mientras aguardaban en silencio. El inquilino del n.º 5 contó un chiste.

–Hay un judío parado en la plaza de la Lubianka y un transeúnte le pregunta: «¿Sabe dónde queda la compañía de seguros Gosstraj?». A lo que el judío responde: «No sé dónde queda Gosstraj, pero el Gosúzhas lo tiene ahí delante».[T3]

Sólo el narrador se rió. De nuevo permanecieron en silencio hasta que llegó el dueño de la casa. Entonces los visitantes se pusieron manos a la obra y sin andarse con miramientos pusieron patas arriba los sillones y los atravesaron con una larga aguja. Bulgákov le comentó a su mujer: «Bueno, Liubasha, no me hago responsable si ejecutan a tus sillones...».

El comentario era característico de Bulgákov, encajaba con sus obras.

El acta del registro, que sólo ahora hemos podido conocer, da cuenta de lo que la OGPU le confiscó exactamente. De hecho, Vráchov había recibido instrucciones precisas con antelación: de toda la pila de papeles que amontonaba en casa, seleccionó dos ejemplares mecanografiados del relato *Corazón de perro* y tres cuadernos del diario personal del escritor que abarcaban el período de 1921 a 1925, un manuscrito titulado «Lectura de los pensamientos» y dos documentos cuyo autor no era Bulgákov: un poema titulado «Mensaje al evangelista Demián Biedni» y una parodia de Vera Inber[T4] sobre Yesenin. Los dos textos circulaban en *samizdat* durante la época.

La incursión en la casa de Bulgákov no es una operación aislada. Una ola de registros se abate sobre la ciudad. Entre las víctimas se encuentra Isai Lezhnev, el redactor de la revista *Rossiya*, donde se publica la novela de Bulgákov. La revista es clausurada; la publicación de *La guardia blanca*, interrumpida; el almacén y la librería de las ediciones, precintados. El

malogrado redactor es arrestado (en su caso, se utiliza la parte amovible de la orden) y expulsado del país.

El 12 de mayo se oyó un disparo cuyo eco resonó durante mucho tiempo en el mundo literario. El escritor Andréi Sobol se pegó un tiro que acabó con su vida. Ocurrió no en cualquier sitio sino en un banco del bulevar Tver, al lado de la Casa Herzen, donde estaba la sede de la Unión de Escritores panrusa que Sobol presidía hacía algunos años. También era un viejo amigo de Bulgákov, al que había ayudado en su período oscuro publicando su primer relato escrito en Moscú. De forma unánime, el suicidio de Sobol fue considerado una forma de protesta trágica y, desgraciadamente, irreversible.

No hay ningún indicio que permita establecer relación alguna entre los registros y el disparo en el bulevar de Tver, pero es innegable que las medidas que tomó la OGPU perseguían un único objetivo. La confirmación la hallamos en el expediente de Bulgákov, en un texto titulado pomposamente *Memorándum* redactado varios años antes de los acontecimientos, donde se lee:

> En el otoño de 1926 (craso error de la OGPU, confundir el otoño con la primavera), en el mismo período en que se clausuró la revista *Rossiya* de Lezhnev, se efectuaron registros en casas de antiguos *smenovéjovtsi*, entre ellos Bulgákov. En el domicilio de Bulgákov se confiscaron sus diarios, que calificaban a su propietario como un indiscutible guardia blanco.

Los *smenovéjovtsi* eran intelectuales rusos que, aunque no aceptaban la política del régimen soviético, colaboraban con él con la esperanza de que evolucionara por un camino mejor. Entre ese grupo figuraban algunos redactores de la revista *Rossiya* que querían mantener una línea editorial honesta y no comprometida. La represión contra estos intelectuales no sólo fue una iniciativa de la OGPU: en el último congreso del Partido se había decidido entablar una lucha resuelta contra ellos.

El golpe lanzado contra Bulgákov formaba parte de una ofensiva más amplia destinada a intimidar a los escritores independientes, volverlos dóciles e impedir sus tentativas de reagrupamiento en asociaciones no sancionadas por el Partido.

Sin duda, al autor de *La guardia blanca* lo inscribieron en la lista de los *smenovéjovtsi* sólo porque había publicado una novela en su revista. Nunca perteneció a esa agrupación e incluso experimentaba por ellos cierta antipatía. Se puede pensar que esta vez se libraría fácilmente. Pero ¿acaso Bulgákov sabía que un nubarrón se cernía sobre su cabeza? Recientemente ha aparecido una nota en los archivos secretos en la que Guénrij Yagoda, por entonces jefe de la OGPU, ordenaba que, para acabar definitivamente con los *smenovéjovtsi*, no sólo se efectuaran registros en sus casas sino que, «según los resultados de los registros», se deportara a unos cuantos excepto a Lezhnev. Mijaíl Bulgákov, el escritor, figuraba en el séptimo lugar de la lista...

Ironías del destino: Bulgákov estaba a un paso del exilio y por muy poco no consiguió lo que luego buscó con afán durante toda su vida. Tal vez hubiera vivido más años y llevado una vida más apacible. Pero se me plantea esta pregunta: de ser así, ¿habría regalado al mundo una obra como *El maestro y Margarita*?

No detuvieron al escritor, pero se llevaron sus manuscritos, entre los que se hallaba su diario íntimo, titulado *Bajo la férula* y escrito sin rebozo alguno. Hacía tiempo que los órganos de seguridad vigilaban a Bulgákov, y él lo sabía. De modo que el escritor, por su parte, también había empezado a «vigilarlos». En el diario que le fue confiscado había esta anotación:

> 2 de enero, noche del 3, de 1925
>
> Una situación graciosa: al salir hoy de la redacción de *Gudok*[8] no tenía dinero para el tranvía, y decidí ir andando. He caminado por el paseo que se extiende junto al río Moscova. La media luna estaba cubierta por la niebla. No sé por qué la zona central del río Moscova no estaba helada y las cornejas se habían posado sobre la nieve y el hielo de la orilla. En el barrio de Zamoskvorechie había luces encendidas. Al pasar junto al Kremlin, a la altura de la torre que hace esquina, me he detenido y he alzado la vista para contemplar el conjunto. Nada más pensar «¿Hasta cuándo, Señor?», ha aparecido a mi espalda una figura gris con una cartera que se ha puesto a observarme. Después ya no se ha despegado de mí. He dejado que me adelantara y durante un cuarto de hora hemos seguido andando juntos. Él ha escupido desde la barandilla y yo he hecho lo mismo. Al llegar al pedestal del monumento dedicado a Aleksandr he logrado alejarme de él...

A partir de la historia del registro, el «tipo gris» se pegó mucho más a Bulgákov. Decidieron asustar al escritor, hacerle entender que de ahí en adelante estaría sometido a una extrema vigilancia, controlado, cogido en un «anzuelo». Que sepa que, haga lo que haga, escriba lo que escriba, un ojo omnipresente le vigila continuamente. Además, ahora tienen un material comprometedor: el diario confiscado.

NO HAY QUIEN SE LIBRE DE ESTOS SINVERGÜENZAS

Pero ¿qué tenía de sedicioso ese diario para querer confiscarlo? Entre los coetáneos de Bulgákov corrían rumores de que el diario había llegado incluso a manos de miembros del Politburó, dada la importancia que el Estado otorgaba al escritor. ¿Y por qué lo temían tanto? ¿Quizá porque desenmascaraba a todos esos «corruptos y serviles canallas soviéticos» (como los llama en el diario) y los «corazones de perro» de los nuevos jefes? ¿O porque era capaz de describirlos con mucho talento y de abrir los ojos a la gente a todo lo que sucedía?

El propio Bulgákov reconoce que el diario contenía algo «excesivamente valioso» que reflejaba su «talante en los años precedentes».

De hecho, escribía el diario para sí mismo y no ocultaba nada. Simultáneamente, era una reacción instantánea a los acontecimientos, un taller de creación, un cofre repleto de ideas y un intento de autoanálisis. Pero a partir de estos bosquejos tomados directamente del natural, poco a poco se esculpe la imagen abigarrada y realista de su tiempo. El pulso de la vida del país palpita bajo la pluma de Bulgákov, como el pulso de un enfermo bajo la mano del doctor y, como es un buen doctor, su diagnóstico es preciso e inexorable.

De los fugaces esbozos que hay en el diario se puede trazar un autorretrato del propio Bulgákov. El joven escritor, que todavía no tenía publicada ninguna obra, ya conocía de sobra su talento, era consciente de la reprobación que suscitaba y, de todas las amenazas que el destino le tenía reservadas.

A continuación se transcriben algunas anotaciones efectuadas en 1923. Para Bulgákov es el momento en que se afirma como escritor y en que inicia la búsqueda de un camino propio.

> A veces, atrapado en la melancolía y la añoranza por el pasado, como me pasa ahora, estando en esta absurda situación de estrechez transitoria, en esta repugnante habitación de una casa también repugnante, tengo estallidos de autoafirmación y de fuerza. Y siento cómo se eleva mi pensamiento en mi interior y estoy seguro de que, como escritor, soy infinitamente más fuerte que todos los que conozco. (2 de septiembre)

> Hoy la literatura es un asunto complicado. Con mis opiniones, que quiera o no quiera [se reflejan] en mis obras, es difícil que me publiquen y que pueda vivir de la literatura...
>
> Mis intuiciones con respecto a la gente nunca me engañan. Nunca. Una pandilla de auténtica gentuza se arremolina en torno a *Nakanune.*[9] Y aún debo felicitarme por estar metido en este círculo. Oh, qué mal lo voy a pasar más adelante, cuando tenga que limpiar mi nombre de todo el lodo acumulado. Pero hay algo que puedo afirmar ante mí mismo con la conciencia bien limpia. Una necesidad imperiosa me obligó a publicar en esta revista. Si no hubiera existido *Nak(anune),* nunca hubieran salido a la luz *Notas en los puños,* ni muchas otras cosas que me permiten expresarme sinceramente como escritor. Tendría que ser un héroe excepcional para permanecer en silencio durante cuatro años y callar sin la esperanza de conseguir abrir la boca en el futuro. Por desgracia, no soy un héroe. (26 de octubre)

> Me voy a aplicar a partir de ahora. No es posible que la voz que me angustia no sea vaticinadora. De ningún modo. No puedo ser otra cosa, sólo puedo ser escritor. (6 de noviembre)

En 1924 ha transcurrido un año. Bulgákov ya se ha distanciado del principal destacamento de escritores soviéticos, lacayos fieles a la ideología del Partido, pero las rígidas mordazas del régimen le parecen incómodas y asfixiantes. Por este motivo empieza a ser inevitable su choque con el sistema y cada vez resulta más complicado que su voz pase por el intransigente ojo de la censura. Siempre que trata de abrirse camino hacia el público se topa con un impedimento que le obliga a retroceder, a volver a la página en blanco, a la palabra solitaria que constituye su único apoyo y salvación.

> Acabo de regresar de una velada en casa de Angarski,[10] editor de Niedra.[11] Como en todas partes últimamente, no se ha hablado de otra cosa que de la censura, de los ataques contra esta,

de «la verdad del escritor» y de «la mentira»... No he podido contenerme y he intervenido en un par de ocasiones para decir que actualmente resulta muy difícil trabajar, he criticado la censura y he dicho otras cosas que en general es mejor no comentar.

Liashko, un escritor proletario a quien despierto una irresistible antipatía (cosa del instinto), me ha contestado con rabia mal disimulada:

–No entiendo a qué «verdad» alude el camarada Bulgákov. ¿Por qué es necesario reflejarlo todo?

Cuando he comentado que la época actual es una porquería, ha respondido con odio:

–No hace más que decir estupideces...

No me ha dado tiempo de responder a su insulto, porque justo en ese instante nos hemos levantado de la mesa. No hay quien se libre de estos sinvergüenzas. (26 de diciembre)

[...] Esta noche, en casa de Nikítina, he leído mi relato «Huevos fatales». En el trayecto hacia allá sentía un deseo infantil de destacar y de lucirme, pero al regresar a casa me he sentido confuso. ¿Qué es lo que he leído? ¿Un folletín? ¿O una impertinencia? ¿Y si es algo serio? Entonces aún no está acabado. De todos modos, entre las treinta personas reunidas allí no había ningún escritor, ni nadie que entendiera algo de literatura rusa.

Tengo miedo de que estas proezas me hagan merecedor de ser enviado a uno de «esos lugares no tan distantes».[T5] (Noche del 28 de diciembre)

Su alarma estaba bien fundamentada. Bulgákov distinguía claramente las «figuras grises» de los agentes voluntarios o en nómina que se habían infiltrado en los círculos de literatos o personas afines a la literatura. Y escribía de ello sin ambages. Una de esas «figuras» enviaría una denuncia a la Lubianka contra él fechada el 10 de noviembre de 1928: «Bulgákov sostuvo que a los Sábados de Nikítina acuden muchos agentes de la GPU». Ahora conocemos también que el jefe de la quinta división de la policía secreta de la OGPU, Guelfer, interrogó acerca de Bulgákov a la propia anfitriona del salón literario: Yevdoksia Nikítina…

En las páginas del diario de Bulgákov son constantes las alusiones a la precariedad de su situación y a la falta de dinero. Pero el autor sortea estas preocupaciones y sufrimientos convirtiéndolas en fórmulas literarias: «Mientras carezca de un piso donde vivir, no soy una persona, sino media persona». «La cuestión es saber cómo transformar la chaqueta de verano de mi mujer en un abrigo de invierno.» Por el momento nada de eso puede sofocar sus innatas ganas de vivir; pese a todo el autor no cae en la

misantropía. Es cierto, su mujer no tiene un abrigo para el invierno; también es verdad que pueden «mandarle a lugares no tan distantes» en un abrir y cerrar de ojos, pero:

> Mi mujer[12] me ayuda muchísimo a no pensar en eso. Me he dado cuenta de que cuando anda menea las caderas. Es de lo más absurdo que piense en eso cuando tengo otras preocupaciones, pero me parece que estoy enamorado de ella. Aunque me gustará saber una cosa: ¿se hubiera adaptado igual de bien con cualquier otro o lo ha hecho por elección, por mí? (Noche del 28 de diciembre de 1924)

Al cabo de unos pocos días retoma este mismo tema:

> Qué situación más espantosa: cada día estoy más enamorado de mi mujer. Me duele; llevaba diez años intentando no caer en... Las mujeres son así. Y ahora incluso he llegado a la humillante situación de ponerme un poco celoso. No sé por qué me parece tan cariñosa y dulce. Además está llenita. Hoy no he leído el periódico.

Los agentes de la OGPU que tuvieron este diario en sus manos debieron de leer estas notas por encima, en diagonal: ¡no eran más que manifestaciones líricas e introspectivas de un intelectual! Para nosotros el autor del diario es nada menos que Bulgákov, pero para ellos no era más que un escritorzuelo lleno de soberbia y de conducta sospechosa a quien había que escarmentar. Lo más seguro es que, salvo por estos manuscritos, no hubieran leído nada de Bulgákov. Ellos buscaban algo muy distinto: el verdadero rostro político del escritor. En otras palabras, ¿a quién apoyaba, en qué lado de las barricadas estaba? ¿Es de los nuestros o está contra nosotros?

Bulgákov les proporcionó en abundancia la información que buscaban, ya que reflexionaba mucho sobre política, prácticamente todos los días. Reflexionaba y escribía sus opiniones en el diario.

> La política, siempre la misma política repugnante y artificial... En Bulgaria hay una lucha intestina. Están luchando contra los comunistas. Los hombres de Wrangel[T6] han salido en defensa del gobierno. No tengo ninguna duda de que estos Estados eslavos de segunda fila son igual de salvajes que Rusia y constituyen un terreno perfectamente abonado para que arraigue el

> comunismo. Nuestros periódicos exageran los hechos cuanto pueden, a pesar de que, quién sabe, quizá sea verdad que el mundo se está dividiendo en dos bandos: comunismo y fascismo.
>
> Nadie sabe lo que va a suceder. (30 de septiembre de 1923)

Sin embargo, el futuro no es tan incierto. En otro escrito de ese mismo año, mucho antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, Bulgákov empieza a ver claro el curso que tomarán los acontecimientos: «Quizás el mundo se halla realmente en vísperas de un enfrentamiento general entre comunismo y fascismo».

También hay un sinfín de apuntes sobre los líderes del Partido. Empieza por Trotski:

> Hoy ha aparecido en los periódicos un comunicado sobre el estado de salud de L. D. Trotski. Empieza con estas palabras: «El pasado 5 de noviembre, L. D. Trotski cayó enfermo...», y termina así: «Estará de baja por enfermedad y libre de toda responsabilidad durante un período no inferior a dos meses». Sobran los comentarios a este comunicado histórico.
>
> De esta forma, el 8 de enero de 1924 han expulsado a Trotski. Sólo Dios sabe qué será ahora de Rusia. ¡Que Dios la ayude!

La siguiente anotación del diario es sobre Lenin:

> Ahora mismo (a las cinco y media de la tarde) Semka me acaba de informar de que Lenin ha muerto...

No hay en estas líneas ninguna emoción, ni comentarios, ni lágrimas, ni juramentos, como cabría esperar de un soviético; Bulgákov se limita a constatar el hecho: «Semka me acaba de informar...».

Ese mismo año escribe sobre Kalinin, pero con un tono manifiestamente irónico:

> Ayer recibimos la noticia de que un rayo alcanzó el coche de Kalinin (se hallaba en algún lugar de provincias). El cochero murió. Kalinin resultó ileso.
>
> En resumen, a Trotski lo han expulsado, Lenin ha muerto y Kalinin ¡ha resultado ileso! ¿Quién puede hablar de este modo de los líderes soviéticos? ¡Sólo un contrarrevolucionario!

En general, a pesar de la profunda seriedad de Bulgákov, de su pluma brota un torrente de humor; la vida le proporciona material en abundancia, los hechos del día a día se alinean en escenas muy elaboradas, que sólo hay que publicar en forma de folletín. Aunque en el caso del diario, donde Bulgákov escribe sin censura y llama a las cosas por su nombre, quizá no haya nada publicable. Para la OGPU el diario está plagado de «pruebas extraordinarias». ¡Menuda pieza que ha resultado ser ese Mijaíl Afanásevich!

Los apuntes se refieren a todos los aspectos de la vida en la pocilga soviética: el trabajo, la calle, la casa. Veamos qué le sucede a un ciudadano soviético al llegar al trabajo...

Esto escribe el 22 de octubre de 1923:

> Hoy en el trabajo, en la redacción de *Gudok*, ha tenido lugar un suceso surrealista y ramplón. El «Grupo emprendedor de los independientes» ha convocado una asamblea para abordar la cuestión de la ayuda al proletariado alemán. Cuando N. ha abierto la sesión, se ha presentado el comunista R. muy nervioso y ha declarado en tono amenazador que era «insólito que los independientes convocaran sus reuniones». Ha exigido que se clausurara la sesión y que se convocara una asamblea general. N., lívido, ha alegado que se había organizado con autorización de la célula del Partido.
>
> La asamblea ha proseguido con absoluta normalidad. Entonces los independientes han votado por unanimidad a favor de invitar a los militantes del Partido y han empezado a hablar maravillas de ellos. Después han llegado los militantes del Partido y seguidamente han dictado una resolución por la que van a conceder al proletariado alemán dos jornadas más de salario (los independientes proponían una jornada y los militantes del Partido, dos), y así han podido escupir a la cara a los asnos de los independientes.

Concluido el trabajo, el ciudadano soviético, que ha ofrecido su salario al proletariado alemán, sale a la calle. Allí se ve arrastrado por la muchedumbre moscovita.

> [...] Una noticia: hace unos días en Moscú circulaban unas personas (hombres y mujeres) completamente desnudas con bandas que decían: «Abajo la vergüenza». Subían a los tranvías. Los tranvías se detenían y los pasajeros se indignaban... (12 de septiembre de 1924)

> Moscú está hecho un asco, pero cada vez está más iluminado y, curiosamente, en la ciudad conviven dos fenómenos: la prosperidad de la vida con su absoluta gangrena. En el centro de Moscú, empezando desde la Lubianka, Vodokanal ha perforado el suelo para hacer las pruebas

> del metro. Esto es vida. Pero el metro no se va a construir, porque no hay dinero suficiente. Esto es gangrena.
>
> Están elaborando un nuevo proyecto de circulación urbana. Esto es vida. Pero no hay circulación porque no tenemos suficientes tranvías, es ridículo, sólo hay ocho autobuses para todo Moscú.
>
> Todo está gangrenado: los apartamentos, las familias, los científicos, el trabajo, el confort y la utilidad. Nada se mueve de su sitio. La endemoniada boca burocrática soviética lo engulle todo. Cada paso, cada movimiento de un ciudadano soviético es un suplicio que dura horas, días e incluso meses.
>
> Las tiendas están abiertas. Esto es vida. Pero quiebran, y esto es gangrena.
>
> Y así pasa con todo.
>
> La literatura es espantosa. (Noche del 20 al 21 de diciembre de 1924)

Así es la realidad en el Moscú de la década de 1920. Las eternas dificultades transitorias, una pesada perpetuidad. Al cabo de unos días, Bulgákov anota:

> Hace un frío atroz. Esta mañana el fontanero ha recalentado el agua congelada. Pero por la noche, nada más llegar a casa, se ha producido un corte general de electricidad.

El protagonista del diario de Bulgákov –el ciudadano soviético– ya está en casa, en su último refugio. Pero esta casa es un piso comunal, el hogar entrañable de la era socialista.

> «¿Cómo va a terminar todo esto?», me ha preguntado hoy un amigo.
>
> Estas preguntas se hacen de un modo mecánico y estúpido, desesperado, con indiferencia y de cualquier modo. En este preciso instante, en su piso, en la habitación de enfrente, hay unos comunistas emborrachándose. El pasillo apesta a algo asqueroso. Uno de los del Partido duerme totalmente borracho, como un cerdo, me ha dicho mi amigo. Le han invitado y no ha podido negarse. Ha entrado en su habitación con una sonrisa amable y servicial. No le han dejado de llamar en todo el rato. Iba de mi habitación a la suya y cuando volvía despotricaba contra ellos. Realmente, de algún modo u otro esto tiene que terminar. Confío en ello. (5 de enero de 1925)

El contemporáneo de Bulgákov duerme esa borrachera universal. Ahora descansa, si puedes. Por la mañana a trabajar de nuevo. Así es la vorágine de la vida.

Esto es lo que en nuestra tierra se llama felicidad. Piensa que eres afortunado, ya que hay otro aspecto de la realidad que Dios quiera que no te afecte, que pase de largo. Ese aspecto es tan real como lo son el agua corriente y la cocina comunal. Basta con que suene un simple repiqueteo en la puerta para que todo tu inestable bienestar comunal se venga abajo.

El 15 de abril de 1924 Bulgákov apunta:

> En Moscú se están produciendo un sinfín de detenciones de personas con «apellidos irreprochables». De nuevo las deportaciones...

Y el 21 de julio de ese mismo año:

> Han llegado de Samara I. (Ilf) y Y. (Yuri) O. (Olesha). En Samara hay dos tranvías que cubren sendas rutas. Uno tiene un letrero que dice: «Plaza Revolución - Prisión», y el otro, «Plaza Soviética - Prisión». Algo por el estilo. En otras palabras, ¡todos los caminos conducen a Roma!

Incluso el «confío en ello», que Bulgákov escribe en su diario como un conjuro, ahora está prohibido. ¿Dónde puede esconderse el escritor en este insólito país en el que se han derogado los eternos valores humanos?

El 23 de diciembre de 1924 anota un suceso que lo ha conmovido:

> El propio V. (Vasilievski)[13] me contó que una intervención ante una asamblea de soldados del Ejército Rojo, Demián Biedni dijo:
>
> –Mi madre era puta…

El 5 de enero de 1925, el mismo día en que Bulgákov escribió «confío en ello», por la tarde hojeó en casa un ejemplar de la revista *Bezbózhnik* [El ateo]. Quedó conmocionado. «Lo esencial no es el sacrilegio –anotó–, a pesar de que desde un punto de vista superficial este es por supuesto desmesurado. Lo importante está en la siguiente idea: se puede demostrar con documentos que Jesucristo es descrito como un canalla y un delincuente, precisamente él. No es muy difícil imaginar quién ha sido el autor. Este crimen es una vergüenza...»

¿Qué conclusión podían sacar en la OGPU después de leer el diario? ¿Qué clase de persona podía escribir eso? ¡Claramente, un

contrarrevolucionario! Sin duda. Alguien que se merecía ir a la cárcel de inmediato.

«ESCRIBO SIEMPRE CON LA CONCIENCIA LIMPIA»

No hay ninguna duda de que Bulgákov se ofendió profundamente por la irrupción en su casa, por la vigilancia a que habían sometido su vida y su obra. Pero no estaba dispuesto a ceder ante nada. Aceptó el desafío.

En el acta del interrogatorio se señalaba:

> Para cualquier información, diríjase a la comandancia de la OGPU, Lubianka, apart. 2, acceso por la plaza de la Lubianka.

La autoridad, hospitalaria, muestra la puerta abierta de par en par. Y Bulgákov no se hace de rogar para aceptar la invitación. Ofendido por la intrusión en su vida privada (como no puede soportar que su diario, lo más sagrado, pueda ser usurpado por el Estado y se ponga al alcance de las miradas indiscretas de otros, se hace la firme promesa de no llevar un diario), decide actuar. Al cabo de diez días, el 18 de mayo, dirige una carta a la OGPU:

> Durante el registro efectuado en mi domicilio por los representantes de la OGPU el 7 mayo de 1926 (orden 2.287, caso 45), se me ha confiscado, como contempla el acta, dos ejemplares mecanografiados del relato *Corazón de perro* y tres cuadernos manuscritos con el borrador de mis memorias titulados *Mi diario*.
>
> En vista de que tanto *Corazón* como *Mi diario* me resultan imprescindibles para proseguir con mis trabajos literarios, aparte de que considero el diario un texto íntimo y muy valioso para mí, solicito que me sean restituidos.

Mi, me, mis, mí… El «yo» de Bulgákov preside esa frase asomando una y otra vez. Un Yo orgulloso y discrepante que se planta ante un Estado que muestra muchos rostros y, a la vez, ninguno.

En la Lubianka, trasladaron la petición a la quinta sección del servicio secreto, «al camarada Guendin, para su ejecución...». La carta se sumergió en las entrañas de la Lubianka: no obtuvo respuesta.

Al cabo de un mes, dirige una nueva carta con el mismo contenido a instancias más altas: a Ríkov, presidente del Sóviet de Comisarios del Pueblo. Ninguna reacción: un muro impenetrable.

En otoño, el 22 de septiembre, Bulgákov fue invitado a presentarse en la OGPU, donde se encontró cara a cara con Guendin.

Es el camino atravesado por millones de seres: denuncia, registro, interrogatorio... ¿Qué ocurrirá a continuación? Aquel que haya cruzado el umbral de la Lubianka, ¿regresará a la calle, a su vida anterior?

El proceso del interrogatorio se compone de dos partes: en primer lugar, Bulgákov, de su puño y letra, rellena el formulario y contesta a las preguntas que se le formulan. Un agente sentado frente a él apunta sus respuestas. Lo que no queda claro del todo es por qué se le interroga. En el acta se leen dos palabras: «acusado/testigo», pero no se tacha ninguna de las dos. Que cada uno lo entienda a su manera.

Del acta del interrogatorio:

> Bulgákov, M. A., respondió lo siguiente a las preguntas que se le formularon:
>
> Año de nacimiento: 1891.
>
> Origen: hijo del consejero civil, el profesor Bulgákov.
>
> Profesión: novelista y dramaturgo.
>
> Propiedades: ninguna.
>
> Formación: escuela secundaria en Kiev en 1909, estudios universitarios en la Facultad de Medicina en 1916.
>
> Afiliación y convicciones políticas: no vinculado a ningún partido.
>
> Unido por raíces demasiado profundas a la Rusia soviética en construcción, no me imagino cómo podría existir como escritor fuera de sus fronteras. Considero el sistema soviético extraordinariamente sólido. Veo gran cantidad de defectos en la vida cotidiana actual y, en virtud de la idiosincrasia de mi carácter, los interpreto de manera satírica. Y así los plasmo en mis obras.
>
> Lugares donde ha vivido y ocupaciones que ha desempeñado:
>
> Desde 1914 hasta la Revolución de febrero de 1917: en Kiev, estudiante en la Facultad de Medicina. Me licencié en 1916.
>
> Desde la Revolución de Febrero de 1917 hasta la Revolución de Octubre de 1917: en Viazma, era médico en un hospital.
>
> No participé en la Revolución de Octubre de 1917.
>
> Desde la Revolución de Octubre de 1917 hasta la actualidad: en Kiev hasta finales de agosto de 1919. Desde agosto de 1919 hasta 1920 en Vladikavkaz. Desde mayo de 1920 hasta agosto en

Batumi, empleado en ROSTA, la Agencia Telegráfica Rusa. De Batumi me trasladé a Moscú, donde vivo en la actualidad.

Antecedentes penales: a principios de mayo del presente año efectuaron un registro en mi domicilio.

Declaraciones relacionadas propiamente con el caso: inicio mi labor literaria en otoño de 1919 en Vladikavkaz, bajo control de los blancos. Escribía pequeños relatos y folletines en la prensa blanca. En mis obras, manifestaba una actitud *crítica y hostil hacia la Rusia soviética (Los subrayados son de la OGPU. V. Sh.).* No he estado relacionado con el Osvag[14] ni me han invitado nunca a colaborar con ellos. Estuve viviendo en territorio blanco desde agosto de 1919 hasta febrero de 1920. *Profesaba toda mi simpatía a los blancos y asistí a su derrota con horror y perplejidad*.

Cuando llegó el Ejército Rojo, me encontraba en Vladikavkaz, convaleciente a causa de unas fiebres tifoideas. Después de restablecerme, colaboré con el poder soviético, dirigí la sección literaria del Departamento de Educación. No publiqué ninguna obra importante hasta mi llegada a Moscú.

Una vez instalado en Moscú, ingresé en la sección literaria del Departamento de Instrucción Política en calidad de secretario. Simultaneaba este cargo con la publicación de reportajes en la prensa moscovita, en particular para *Pravda.* Mi primera obra importante apareció en el almanaque de Nedra [Entrañas] con el título *Diavoliada.* He publicado asiduamente folletines en el periódico *Gudok* [La sirena] y relatos en diversas revistas. Después escribí la novela *La guardia blanca,* a continuación *Los huevos fatales,* publicados en Nedra y una selección de relatos. En 1925 escribí la novela *Corazón de perro,* que permanece inédita. Con anterioridad, escribí la novela *Apuntes sobre los puños...*

La guardia blanca se ha publicado parcialmente (las dos terceras partes) y no apareció en su totalidad debido a la desaparición de la revista literaria *Rossiya.*

La novela *Corazón de perro* no se ha publicado por impedimento de la censura. Considero que esta obra pone sobre el tapete más cuestiones de rabiosa actualidad de lo que suponía mientras la concebía. Por eso puedo comprender los motivos por los que se ha vetado su publicación. El perro humanizado *Shárik* aparece desde el punto de vista del profesor Preobrazhenski como un tipo negativo, dado que el animal cae bajo influencia de elementos fraccionarios. He leído la obra en las veladas de Nikítina, al redactor de Nedra, al camarada Angarski, ante un círculo de poetas en casa de Piotr Nikanórovich Záitsev y en La Lámpara Verde. En la velada de Nikítina habría unas cuarenta personas, en La Lámpara Verde, quince, y en el círculo de poetas, veinte. Debo señalar que he recibido numerosas invitaciones para leer esta obra en diversos lugares, invitaciones que he declinado porque me daba cuenta de que me había extralimitado en la malignidad de mi sátira y que acaparaba una atención desmesurada.

–¿Considera que *Corazón de perro* alberga una intencionalidad política? –preguntaba Guendin buscando la respuesta conveniente.

–Sí, hay pasajes que contienen una actitud de oposición al régimen actual.

–Indique los apellidos de las personas que frecuentan La Lámpara Verde.

–Me niego por principios éticos.

Guendin le pasó cada página del acta para que las firmase. Y añadió: «Trascripción fiel a mi declaración, se me ha leído todo lo que aquí está escrito».

Por supuesto, hubo otras preguntas. El agente secreto desea saber por qué Bulgákov no escribe sobre los campesinos y los obreros y consagra sus relatos a la *intelligentsia*. También quiere saber por qué su pluma es tan venenosa. El escritor interrogado responde sin tapujos. Hace gala de una franqueza y una contundencia tal que el chequista le acerca una hoja y lo invita a exponer sus ideas por escrito (adjuntada al acta). Bulgákov escribe con letra grande y resuelta:

> No puedo escribir sobre temas rurales porque no me gusta el campo. Me parece que se encuentra dominado por la psicología de los *kulaks* más de lo que se suele creer.
>
> Sobre la vida de los obreros me resulta difícil escribir, pero aunque me imagino su tipo de vida mejor que la de los campesinos, no la conozco lo suficiente. Además, me interesa poco. Por la razón siguiente: a mí me interesa sobre todo la vida de la *intelligentsia* rusa, la amo y la considero, a pesar de su debilidad, una capa muy importante del país. Su destino me es cercano y comparto sus sentimientos.
>
> Por consiguiente no puedo escribir sobre nada más que la *intelligentsia* en el país de los sóviets. Pero la idiosincrasia de mi carácter es satírica. De mi pluma surgen obras que, parece ser, son mal acogidas en los círculos comunistas.
>
> Escribo siempre con la conciencia limpia, describo las cosas tal como las veo. Los aspectos negativos de la vida soviética atraen mi atención porque en ellos percibo, intuitivamente, el alimento para mis obras (soy un escritor satírico).

La importancia de este documento es crucial. No es una falsificación, como muchas de las que se fabulaban en la Lubianka. Bulgákov habla de su vida con franqueza y expone su credo con precisión.

«La fisonomía aparece perfilada a la perfección. Es un indiscutible guardia blanco», señala el *Memorándum*.

En cuanto a la devolución de los manuscritos confiscados a Bulgákov, no se hace ninguna referencia. Cabe suponer que el tema se abordó durante el interrogatorio. ¿Por qué motivo Bulgákov se iba a abstener de preguntar sobre este asunto? Con toda certeza, el escritor se contentó con promesas vagas dado que los chequistas no tenían intención alguna de restituírselos: era una prueba de peso, un documento que, sumado al acta del interrogatorio, probaba la deslealtad del escritor.

Bulgákov, el mismo que hacía «tambalear los cimientos del Estado», no se proponía ocultar sus relaciones con la OGPU. Uno de los omnipresentes soplones (el Guepeújov de turno) no tardará en informar de que la visita de Bulgákov es el tema de discusión principal en los círculos literarios moscovitas y que el escritor había descrito el interrogatorio con todo lujo de detalles al escritor Smídovich-Veresáyev. Había explicado que, durante el interrogatorio, tenía la sensación permanente de que «alguien estaba detrás de él» y que «querían dispararle». Al final del encuentro le advirtieron que «si no dejaba de escribir de ese modo, sería expulsado de Moscú». Cuando salió de la OGPU se dio cuenta de que le seguían.

A propósito de estas habladurías, Guepeújov añade en su informe secreto un comentario del escritor Smídovich:

> Con frecuencia me preguntan qué escribo. Yo respondo: «nada», dado que, en los tiempos que corren, nada se puede escribir; en caso contrario, se corre el riesgo de ir de paseo a la Lubianka.

Y los chequistas dan los últimos trazos al retrato que pintan:

> Esta es la atmósfera que se respira en los círculos literarios. Son informaciones fidedignas obtenidas por un informador.

Bulgákov no sólo no ocultó nada sino que, además, se permitió dar la voz de alarma entre los que él creía amenazados. Informó, por ejemplo, a los poetas que se reunían en casa de Záitsev de que su círculo estaba despertando su interés y que debían disolverlo (así lo relata Záitsev en sus memorias).

Semión Guendin copia extractos del informe secreto número 290 del 5 de octubre de 1926:

> [...] La estrategia de lucha contra la hegemonía de la ideología proletaria es más precisa.
>
> Esta revuelta, esta Fronda, ¿tiene una estructura organizada? Es poco probable, aunque existen alusiones en ese sentido... Mijaíl Bulgákov y otras personas han ido a ver a Shklovski y han hablado de su «órgano». Es probable que esta conversación no haya obtenido ningún fruto, porque era el tema de una nueva reunión pero, hasta donde alcanzan mis informaciones, este grupo no se ha vuelto a reunir una segunda vez...
>
> ¿A qué conducirá esa «Fronda»? Resulta difícil precisarlo, pero parece que algunos de esos periodistas descarrilarán y se deslizarán al bando de los corresponsales de *Rul* [El timón] y *Sotsialistícheski Véstnik*[15] [El mensajero socialista]. Levidov[16] planeaba [...] partir al extranjero en un navio de la flota mercante soviética, sin pasar por la sección administrativa del Mossóviet [Consejo Municipal de Moscú] porque no estaba seguro de si le concederían el pasaporte. Yunprof, Nepomniaschi y muchos otros querían hacer lo mismo...
>
> Algo está claro: ha llegado el momento de centrarnos en la «desviación» de un segmento de los periodistas y localizarla.

«Correcto», anota Guendin en el margen de las citaciones. Su firma elástica repta como una oruga de una página a otra. De ese modo el expediente de Bulgákov engordaba a diario como una mujer encinta.

Guendin no ignoraba que el 5 de octubre en el Teatro Artístico de Moscú se estrenó la obra de teatro de Bulgákov, *Los días de los Turbín*. Pero no podía imaginarse hasta qué punto ese día sería el más importante en la vida de su «tutelado». Pues, como se escribe en las novelas, a la mañana siguiente, Bulgákov se despertó siendo un hombre famoso.

El éxito que cosechó fue abrumador. El nombre de Bulgákov, como un reguero de pólvora, se propagó por todas partes.

«Me dirijo a la OGPU (me han convocado de nuevo)», escribe Bulgákov a Veresáyev el 18 de octubre. Todo apunta a que Bulgákov lo hace para que se sepa, por si acaso.

Rutkovski,[17] el nuevo jefe de la quinta sección del Departamento Político Secreto, informaba el mismo día:

> Los días de los Turbín y Bulgákov son la comidilla de toda la *intelligentsia* de Moscú [...]

Circulan rumores insistentes de que Bulgákov ha sido llamado (e incluso detenido) en la OGPU, donde lo han interrogado durante cuatro o seis horas seguidas. Muchos se preguntan cuál será su suerte: ¿lo meterán preso en la Butirka, lo deportarán a Narym o lo expulsarán al extranjero?

Mientras la Lubianka digiere estas informaciones inquietantes, reciben una carta misteriosa. Lleva la firma de Lunacharski, el comisario del Pueblo para la Educación.

3 de noviembre de 1926

A la OGPU, a la atención del camarada Yagoda

He recibido una petición del ciudadano Bulgákov que le hago llegar.

No pasemos por alto que no escribe «escritor Bulgákov», sino «ciudadano Bulgákov». Y que Lunacharski, confidente de talentos y jardinero de las artes, ni pide, ni exige nada. Simplemente se limita a transmitir un ruego: la toma de una decisión es asunto de los camaradas de los órganos.

¿Qué decía la solicitud del infatigable Bulgákov? Pues en ella hay de todo un poco. No se quedaba quieto. ¡Estaba avisando a todo el país!

Al comisario del Pueblo de Educación

Declaración

Le ruego que intervenga para que me devuelvan mis *Diarios*, que no están destinados a la publicación pero que contienen numerosas notas de interés personal y que me resultan indispensables.

La retención de mis *Diarios* me ha ocasionado un parón en la escritura de mi novela, que no tiene nada que ver con asuntos políticos, y ha echado por tierra mi plan literario para este año y los dos próximos.

30 de octubre de 1926

Los dos documentos realizaron el recorrido de la escala jerárquica, desde el despacho de Yagoda, pasando por las manos de cargos de mayor o menor rango, hasta ir a parar sobre la mesa de Guendin, el especialista incuestionable en Bulgákov, con la resolución de Rutkovski:

> Échele un vistazo a sus diarios, se le pueden devolver las notas de carácter personal. (Cuando lo haya convocado, envíemelo.)

¿Lograría resolverse el problema? En absoluto. En el expediente no hay ningún rastro de la visita de Bulgákov. La ronda ha acabado en tablas. No le devolvieron el manuscrito pero tampoco lo desterraron. ¿Para qué lo citaban entonces? ¿Para pedirle el programa de mano de *Los días de los Turbín*?

Mientras tanto, la fama de Bulgákov iba en aumento. El teatro Vajtángov de Moscú llenaba la sala con la representación de su obra *El piso de Zoika*.

Podemos imaginarnos el orgullo ante esta responsabilidad del modesto Guendin, quien, por un lado, trabajaba directamente con Lunacharski y Yagoda y, por otro, tenía en sus manos el destino de la recién estrenada celebridad.

Pero, al mismo tiempo, empezaba a ser peligroso tener algo que ver con Bulgákov. Tocarlo en la aureola de su gloria era necesariamente un asunto más delicado. Cualquier imprudencia al respecto podía costar muy cara.

Bulgákov nunca se resignó a dar sus manuscritos por perdidos. Para él, se trataba de una cuestión de honor. Le preocupaban especialmente sus diarios. Era evidente que en manos de los bolcheviques serían más peligrosos. La lucha por recuperarlos se prolongó durante años. Ahora sabemos que el escritor no cesó de bombardear a la Lubianka durante años con cartas cuyo tono era cada vez más insistente.

El 18 de enero de 1928 se dirige al Departamento Secreto:

> Me permito por última vez molestar a la dirección política con la petición de que me devuelvan mis notas, que no están destinadas ni a la publicación ni a ningún público.
>
> En el caso de que la dirección política del Estado no quiera acceder a mi petición, les ruego que me informen de que mis *Diarios* no me serán devueltos…

No obtuvo ninguna respuesta pero aun así no se dio por vencido. Esta vez busca la intercesión de Maksim Gorki y al percibir en este la voluntad de echarle una mano, redacta un poder en favor de la esposa del escritor,

Yekaterina Pávlovna Péshkova, que se encontraba al frente de la Cruz Roja política. «No me olvido de sus manuscritos –le escribió Yekaterina Pávlovna, siempre dispuesta a ayudar a los caídos en desgracia–. Dos veces a la semana llamo para interesarme por el asunto pero la persona encargada no está en Moscú. En cuanto obtenga una respuesta, se la comunicaré.»

Con toda probabilidad, la orden de retener sus papeles personales provenía del propio Yagoda. Por ello, Bulgákov se dirige a él personalmente el 12 de noviembre con esta carta:

> Debido a que tengo necesidad de releer mis *Diarios* en el curso de mis trabajos literarios…, me dirigí a Alekséi Maksímovich Gorki para que este intercediera ante la OGPU en favor de la devolución de unos manuscritos que contienen información muy valiosa sobre mi estado de ánimo en estos últimos años.
>
> Alekséi Maksímovich me hizo saber que sus gestiones al respecto se coronaron con el éxito y mis manuscritos me serán devueltos. No obstante, la devolución está tardando más de la cuenta por alguna razón.
>
> Ruego a la OGPU que dé curso a esta declaración y proceda a la devolución de mis manuscritos…

La entonación sugiere que Bulgákov estaba casi seguro del éxito, que bastaba con pegarles un empujoncito a los chequistas, asomar un poco la cabeza…

Pero los nubarrones se ciernen amenazantes sobre el escritor. La ira del Olimpo político se desata y culmina en una crítica fulminante de Stalin. El escritor es empujado al ostracismo: sus obras y publicaciones están prohibidas, se le ataca en la prensa. En estas circunstancias, ni Péshkova ni Gorki pueden resultarle de gran ayuda.

Bulgákov ha conocido la peor miseria, el desamparo y el desprecio en Moscú (en la época que escribía el diario), así como su primera gloria fugaz, el éxito fulminante de una de sus obras teatrales y de su temprana prosa (precisamente en el momento en que le fue confiscado el diario). Ahora se enfrenta a un rechazo y un acoso por parte del público cada vez mayores, y trata de distanciarse de la literatura de forma manifiesta. El nudo corredizo del Estado se cierra en torno a su cuello, y cuanto más empeño pone en resistirse, más le oprime.

Y justo en el momento en que el escritor está al borde de la desesperación, cuando ya no espera nada, lo citan de repente a la OGPU y le devuelven por fin sus preciados manuscritos. Ello ocurrió el 3 de octubre de 1929: ¡tres años y medio después de habérselos incautado!

¿Y qué hará Bulgákov con su esperado diario ahora que lo tiene en sus manos?

> He despedazado los cuadernos destrozándome las uñas, he colocado los trozos verticalmente entre los leños y he revuelto las hojas con un hurgón. De vez en cuando las cenizas ahogaban la llama, pero yo me enfrentaba a ellas... Mis viejas palabras familiares refulgían ante mí, el amarillo se expandía impetuosamente por toda la página, pero aun así las palabras seguían siendo visibles. Desaparecieron sólo cuando el papel se ennegreció y yo las rematé con el hurgón con furia...

Así es como el Maestro quema su incomprendido gran libro en la novela de Bulgákov. Lo mismo hizo el propio autor con su diario; lo destruyó después de que éste hubiera expiado su culpa durante más de tres años en la Lubianka. Gesto elocuente que venía a significar que para el escritor su secreta confesión ya había sido profanada por las sucias manos de la «figura gris» y, para evitar que en adelante se repitiera lo sucedido, no quería guardar un documento tan evidentemente comprometedor en su casa nunca más. La propia vida había interrumpido el diario y Bulgákov jamás retomó este género.

Hizo más que eso, pues con ese gesto se estaba despidiendo de su pasado para siempre. Dado que no lograba vislumbrar cuál era su lugar en la patria, se abandonó a su destino y permitió que fuerzas ajenas decidieran su fin: que lo decidiera el propio gobierno.

Pero un terror desorbitado a perder sus manuscritos le acosó hasta las puertas de su muerte, en 1940. Tal como cuenta su viuda Yelena Serguéyevna, durante los últimos días de su vida Bulgákov creía que le confiscaban sus manuscritos.

> «¿Hay alguien ahí?», solía preguntar angustiado.
>
> Una vez me obligó a que me levantara de la cama y, apoyándose en mi brazo, en bata, descalzo, recorrió todas las habitaciones hasta convencerse de que el manuscrito de *El maestro y*

> *Margarita* estaba en su sitio. Volvió a la cama, se colocó erguido sobre la almohada y posó su mano derecha sobre la cadera, como un jinete.
>
> «–Déjeme verlo. –Voland tendió la mano con la palma hacia arriba.
>
> »–Lo siento, pero no puedo hacerlo –respondió el Maestro–, lo he quemado en la estufa.
>
> »–Perdóneme, pero no le creo –respondió Voland–, es imposible. Los manuscritos no arden.»

La vida se encargó de hacer realidad esta famosa frase de *El maestro y Margarita.* Sucedió uno de los milagros bulgakovianos. El escritor quemó su diario, pero ahora lo podemos leer. ¡Los manuscritos no arden!

El diario de Bulgákov no desapareció porque se conservaba en las fauces diabólicas de la OGPU. Los órganos se lo habían devuelto... pero sin devolvérselo en realidad. Antes fotografiaron el manuscrito, lo mecanografiaron y lo escondieron, por si lo necesitaban en un futuro... Pero la oportunidad no se presentó hasta nuestros días, cuando los archiveros de la Lubianka lo sacaron a la luz y de este modo representaron con éxito el papel de Voland.

Pero para nosotros el «caso Bulgákov» no terminó con el diario. Mientras trabajábamos en el manuscrito con objeto de publicarlo, contentos de que se hubiera salvado de las llamas, mientras superábamos con la ayuda de especialistas todos los escollos del texto, la historia con Bulgákov tuvo una continuación inesperada.

«DEBERÍAN FUSILARLE POR ESTA OBRA...»

Los días de los Turbín es la obra más conocida de Bulgákov y su tema principal es la vida que transcurre tras bambalinas.

La Lubianka conoció su existencia mucho antes del estreno. Es más, sus hombres participaron en su destino escénico, la acompañaron en todo momento como un escolta silencioso pero vigilante que intervenía e interrumpía la acción.

Las primeras noticias de este nuevo «acto de sabotaje» bulgakoviano llegaron a la OGPU en julio de 1926: los inspectores de la Glavrepertkom –el órgano oficial que controlaba los teatros, también conocido por el acrónimo

GRK– asistieron a una función que se representaba en el Teatro Artístico. Después de verla, exigieron que se realizaran cambios en la obra. De lo contrario, el telón no se volvería a alzar.

La representación corría a cargo de una joven compañía debutante e imbuida de ideas renovadoras. La puesta en escena se hacía con inspiración y se había preparado en estrecha colaboración con el autor. Más tarde, ese período se conocería con un nombre particularmente evocador: la primavera del Teatro Artístico. El mejor teatro del país había encontrado finalmente a un dramaturgo brillante y este, a su vez, a un teatro digno de su talento.

Un acontecimiento iba a conmocionar el arte soviético. Guepeújov, que participaba en la cofradía de los escritores, relató a sus jefes chequistas lo siguiente:

> En los círculos literarios se habla profusamente de la obra de Bulgákov *La guardia blanca (título original de la obra, V. Sh.).* Los escritores antisoviéticos se regocijan comentando que el Glavrepertkom ha «dejado pasar» una obra auténticamente «blanca»...

El 17 de septiembre se fijó una nueva sesión de la Glavrepertkom, poco después de la inauguración de la nueva temporada teatral. El Teatro Artístico estaba agitado por corrientes febriles. Antes de la función, el director de escena, el célebre Konstantín Stanislavski, adoptó la estrategia de limitarse a autorizar la entrada a la sala de sus seguidores: los verdaderos amantes del teatro. La OGPU también se preparó para el envite: envió al Teatro Artístico a tres de sus representantes.

Después de la función se representó otro espectáculo muy diferente cuyos personajes, además de los tres chequistas, eran cinco colaboradores del Comité Central del Partido y los críticos A. Orlinski y Blium, enviados por la sección teatral de la Glavrepertkom. En calidad de figurantes también se hallaban presentes algunos enviados del Comité del Partido procedentes de diferentes barrios de Moscú. El jefe del Glavlit, Pável Ivánovich Lébedev-Polianski, presidió la sesión. El principal censor del país era un hombre de confianza. Parecía un profesor, ataviado con corbata y gafas. Las

funciones de secretario las desempeñaba Nikolái Shivárov,[18] delegado de la quinta sección del servicio secreto de la OGPU.

¡Este santo sínodo de guardianes de la ortodoxia formaba un equipo bien fusionado! ¡Ni el más menudo ratoncillo habría escapado de sus zarpas!

No resulta difícil imaginar cómo transcurrió semejante espectáculo: lo que allí sucedió quedó registrado en un acta conservada en un expediente de la Lubianka.

Blium inició el debate.

> Acabamos de asistir a una segunda versión del espectáculo, donde varias indicaciones aportadas al teatro por la Glavrepertkom se han tomado en consideración. No obstante, no se han suprimido, o atenuado lo suficiente, varios pasajes que creemos hostiles. Por ejemplo, se debería eliminar la escena del campo de Petliura porque, tanto para el autor como para el director, el fenómeno de la *petliurovschina*[T7] no es más que una alusión a la Revolución, que se proyecta como un elemento sombrío y desenfrenado…

Después de la enumeración de los «pasajes hostiles», Blium opina que una segunda reescritura de la pieza teatral podría si no resultar revolucionaria, al menos próxima a los *smenovéjovtsi*.

Orlinski, un colega de Blium, echa más leña al fuego de la crítica.

> En la obra de Bulgákov todos los guardias blancos están extremadamente idealizados. Imagínese que se proponga al Teatro Artístico una obra donde se idealizara de la misma forma a una familia de revolucionarios. ¿Qué sucedería entonces? ¡El teatro la rechazaría por antiartística! *Los días de los Turbín* no es una obra de arte realista, más bien es una pieza teatral tendenciosa. Es una apología de la Guardia Blanca. Y su carácter contrarrevolucionario es tan marcado que no desaparecerá con algunos cambios. Además, un espíritu chovinista recorre toda la obra. ¿Cuál es la única figura repulsiva de la Guardia Blanca? ¡El alemán Talberg!

La opinión de los representantes del Comité Central fue unánime: la obra era hostil. Todos se pronunciaron en contra de su puesta en escena. Los críticos no perdonaron al teatro: era inadmisible permitir que los espectadores asistieran a la función de una pieza que aún no estaba

autorizada. Se consideraba una actitud despectiva hacia las decisiones de los órganos del Partido. El camarada Rozé sentenció:

> ¿Qué se puede decir de una función que, en principio, era «a puerta cerrada» y luego transcurre ante un auditorio de mil seguidores? ¿Una función donde se exhibe una obra considerada dudosa por la censura? ¡Se trata de una reunión clandestina! Nosotros mismos utilizamos esos procedimientos antes de la Revolución y sabemos de qué hablamos. Las ovaciones que recibieron los artistas y el autor son una manifestación política. No podemos aceptar que el Teatro Artístico proporcione agua al molino de los pequeñoburgueses.

Shivárov, el representante de la OGPU, no se quedó a la zaga por lo que respecta a los calificativos: «Idealización de la Guardia Blanca», «carácter extremadamente tendencioso», «hostilidad».

> ¡La Guardia Blanca provocó las simpatías del auditorio! ¡Y esta simpatía es aún mayor que la mejor interpretación de los artistas! No es de nuestra incumbencia, camarada Blium, que esta obra que expresa la ideología de la Guardia Blanca se transforme para acercarse a los *smenovéjovtsi.* ¡Es un error político! [...] ¡Hay que prohibir esta obra sin objeciones!

Blium, asustado, intentó justificarse: sí, se ha mostrado demasiado conciliador; seguro, el camarada Shivárov tiene toda la razón; naturalmente, la obra no tiene cabida en la escena soviética...

Los camaradas de los comités de distrito, situados en la parte superior, se callaron en un acto de modestia. El camarada Lébedev-Polianski hizo balance de la situación:

> Resulta inútil hablar de pequeños errores en la obra o de enmendarla con algunos cambios. Todos los participantes comparten la misma opinión sobre el carácter nocivo de la política que destila y consideran impensable enmendarla. [...] Las ovaciones del público no son más que una maniobra teatral para influenciarnos. Una táctica así es inadmisible y daré la orden administrativa para que no se vuelva a representar...
>
> Durante el examen de estas cuestiones, deberían tomarse en consideración ciertas influencias exteriores y tanto más tratándose del primer espectáculo del Teatro Artístico sobre un tema contemporáneo...

El orador aludía al apoyo que el comisario del Pueblo para la Educación, Lunacharski, había brindado a la obra: se había pronunciado en

la prensa a favor de la autorización. ¿Y cómo desautorizar a Stanislavski, gloria de la escena rusa y director universalmente reconocido?

Lébedev-Polianski, hombre experimentado, tomó la iniciativa con una proposición destinada, según el acta, a «asegurar la prohibición de la obra, a pesar de las presiones que pudieran recibirse del extranjero». Por decirlo de otra manera, se inventó una estratagema. Pero ¿cuál?

> Resolución: después de la opinión unánime acerca de la pieza teatral de Bulgákov *Los días de los Turbín,* se prohíbe la representación de la obra.
>
> Poner los medios para la ejecución de dicha resolución como se indica en la propuesta del camarada Lébedev-Polianski, y en especial...

En ese momento, cuando el texto está en el punto más álgido, se detiene. A continuación, una mancha blanca. Se trataba, pues, de un secreto de Estado...

¿En qué consistía la propuesta del censor principal? ¿Qué propuesta era aquella que no podía ser registrada en un documento guardado con tanto celo? ¿Qué secretos eran aquellos tan recónditos, como si de los de la Corte de Madrid se tratara?

¿Acaso se trataba de doblegar al propio autor, de obligarlo a someterse? ¿O se proponía optar por otras tácticas del Partido: manipular a la opinión pública, soltar a los perros de la crítica, movilizar a la prensa y suscitar una oleada de condenas, despertando así la justa cólera del proletariado? Naturalmente, también era posible combinar las dos opciones, y a juzgar por los acontecimientos que siguieron, esa fue probablemente la decisión que se tomó.

Después de la reunión, Stanislavski, pálido, tomó la palabra:

–Si se prohíbe esta obra, dejo mi puesto en el teatro –anunció a los actores.

A pesar de la situación, no tiró la toalla.

El 18 de septiembre, se retomaron los ensayos, como si nada hubiera pasado. El 19, en cambio, fue suspendido el ensayo general previsto.

El lunes 22 debía realizarse una sesión fotográfica de toda la compañía, con los actores caracterizados para la obra y maquillados. Se conserva una

fotografía en la que se ve al autor de la pieza rodeado por los actores, vestido con elegancia, el porte orgulloso, los brazos cruzados sobre el pecho. Y eso cuando, como sabemos ahora tras el examen de su expediente, aquel mismo día, el 22 de septiembre, Bulgákov fue protagonista de un hecho extraordinario: un agente de la OGPU lo condujo a la Lubianka, donde se lo sometió a un interrogatorio.

El 23 de septiembre se iba a decidir la suerte final de la obra, a la vista del ensayo general con público previsto para ese día. Los representantes del gobierno, de la Glavrepertkom y de la prensa se acomodaron en la sala. Stanislavski juzgó preferible no repetir su maniobra táctica anterior y la víspera del estreno impartió instrucciones: dada la «gravedad de la situación», prohibió categóricamente a los actores y a los empleados no ocupados en el espectáculo que asistieran a la función. Sus alumnos le hicieron llegar una carta de apoyo que parecía una condolencia:

> Hoy, en este día tan difícil para usted y para el teatro, queremos hacerle llegar, a usted y a toda la compañía, nuestra preocupación y nuestra fidelidad espiritual...

Se alzó el telón. Al principio, el público se mostró frío y reservado pero, poco a poco, entró en calor y, hacia el final de la representación, la sala estaba cautivada.

–La obra se puede representar y con seguridad así será –prometió Lunacharski después de la función. Y añadió–: De momento, por supuesto, es mi opinión...

A pesar de los esfuerzos de los adversarios de Bulgákov, el estreno de *Los días de los Turbín* del 5 de octubre no se suspendió y fue todo un éxito.

La presión de los censores no se relajó. El contraataque estaba cercano: una avalancha de acusaciones cayó sobre el autor. Los activistas del Partido y los chequistas, los agentes secretos y los críticos oficiales –sin olvidar a los chivatos– unieron sus fuerzas para lograr la prohibición del espectáculo. El contraste era brutal: un éxito total para el público y una condena polifónica

en la prensa. Bulgákov no podía hacer un seguimiento de todas las críticas, unas más injuriosas que otras.

El expediente de la Lubianka ilustra a la perfección las tácticas empleadas. La más habitual consistía en enfrentar al autor con sus colegas. El expediente contiene la reseña del dramaturgo Borís Romashov, que ha permanecido inédita hasta nuestros días. Con toda probabilidad fue un encargo de la OGPU, pero no fue publicada porque no se presentó la ocasión.

En el teatro Mali se estaba representando una obra de Romashov –Fedka, el oficial cosaco–, también dedicada a la guerra civil en el sur de Rusia. Los adversarios de Bulgákov habían elegido con esmero a quién oponerle: «¡Mirad a este joven dramaturgo ocupado de los mismos temas, pero con cuánto tino!», parecían decir. Y Romashov no iba a defraudar la confianza depositada en él:

> La obra de Bulgákov es la primera experiencia que se lleva a cabo en el viejo Teatro Artístico con repertorio contemporáneo. Debe subrayarse que esta experiencia es un fracaso en muchos aspectos.
>
> *Los días de los Turbín* intenta presentar un «cuadro épico» de la época de la guerra civil [...] pero, en lugar de eso, al espectador se le presentan diversos episodios sin ninguna conexión entre ellos. [...] Al concentrar la atención en la vida de los Turbín (¡cuánto se parece eso a *Las tres hermanas* de Chéjov!), el autor comete un error burdo: convierte a la Guardia Blanca en «héroes», mostrándoles cómodamente en sus acogedoras casas... La ausencia de un enfoque social, el deseo de refugiarse en un nido complaciente, escondiendo la cabeza como un avestruz, convierten esta obra en un producto falso e ideológicamente inaceptable.
>
> Y ninguna época puede verse tras un telón de color pastel, porque es imposible y ridículo ofrecer un cuadro épico sin levantar aquel telón, donde se pueden apreciar las raíces de las clases sociales y las fronteras de la Revolución.
>
> La puesta en escena del Teatro Artístico posee todos los atributos de una chejovianada. El método Stanislavski se retoma de nuevo (a pesar de que su creador ha renunciado al mismo en un libro reciente). Es como una lección venida de un tiempo lejano. Y todas estas adopciones del juego naturalista, la gestión virtuosa del diálogo, la histeria, etcétera, causan una honda impresión en el público. La gran maestría y la cultura están presentes, sin duda, en la interpretación de los actores. Pero es peor para el espectáculo. Justamente esa aproximación refuerza la falsedad de la propia obra.
>
> De ninguna manera se puede hablar de contemporaneidad en este espectáculo, ¡es completamente extraño al espectador!
>
> El nuevo teatro debe oponerse a obras semejantes y centrarse en una dramaturgia sana, robustecida con el análisis de clase de los acontecimientos sin deformaciones «turbinianas».

La «dramaturgia sana», por lo visto, era la que escribían Romashov y sus iguales, después de haber dejado atrás las «chejovianadas», ¡que vaya una palabreja en boca de un escritor!

Las denuncias contra Bulgákov se derramaban aquellos días en la Lubianka, como volcadas por el cuerno de la abundancia. Recogidas en los informes de los agentes, trepaban por la línea jerárquica hasta la cumbre de la OGPU, a las mesas de los principales jefes.

> La obra ya no es sólo una cuestión de actualidad para la *intelligentsia,* sino que se ha convertido en la sensación de la gente corriente, incluidos los obreros... En los alrededores del Teatro Artístico, un sinfín de revendedores ofrece entradas para *Los días de los Turbín* a un precio que triplica el original y, en el callejón Stoleshnikov, la gente se agolpa todo el día delante de la vitrina del fotógrafo para examinar las imágenes del espectáculo...
>
> Bulgákov recibe actualmente ciento ochenta rublos por cada representación (en calidad de derechos de autor), su segunda obra teatral *(El piso de Zoika)* se está montando con celeridad en el teatro Vajtángov y una tercera *(La isla púrpura)* ya se ha programado para el Teatro de Cámara. Debido a este éxito, la Sociedad de Dramaturgos de Moscú le ha dado a Bulgákov un anticipo colosal que no podrá devolver si la Glavrepertkom prohíbe la representación de sus obras... El alboroto que se ha desatado en la prensa moscovita ha favorecido al éxito de *El piso de Zoika* en Kiev: esta obra se representa todos los días, con el cartel de entradas agotadas [...].

«¡Bulgákov es una catástrofe!», comentarían probablemente los chequistas. Todas las medidas que se emprendían contra él producían, como por arte de magia, el efecto contrario del que se esperaba. En lugar de desaparecer de Moscú, ¡conquista Ucrania! Por lo visto, los propios chequistas han contribuido a acrecentar su popularidad.

Guepeújov, que tiene los oídos bien pegados al mundo del teatro, se queja:

> Se ha producido tal bombardeo que ahora toda Moscú está fascinada... ha sido como llevar agua al molino del propio autor y del Teatro Artístico. La obra no tiene nada de especial. El enorme revuelo generado por la prensa ha excitado a la masa. [...]
>
> En cualquier caso, *Los días de los Turbín* ha sido la sensación del verano y el otoño en Moscú entre el pueblo y la *intelligentsia.* Todos esperan expectantes ver cómo acaba la historia. [...]

Naturalmente, los momentos más interesantes de estas redacciones no se encuentran entre las valoraciones y los juicios de sus autores, sino en aquellos momentos arrancados a la fugacidad del tiempo, en los instantes en que vemos asomar al propio Bulgákov, su persona y su voz.

Por ejemplo, durante la cena organizada después del ensayo general de *Los días de los Turbín*, Bulgákov contó a los comensales sus altercados con la censura:

> Si al Repertkom no le gusta una frase cualquiera, si le parece demasiado audaz por su contenido, la corta ipso facto. ¿Qué sucede entonces? Pues que la frase precedente y la posterior se vuelven ilógicas y absurdas desde el punto de vista artístico. Y también ellas son suprimidas mecánicamente. Al fin y a la postre, una escena entera se vuelve primitiva, se desnuda hasta parecer un eslogan, y el texto adquiere un carácter unilateral, contrarrevolucionario…

Un día llega al teatro y se percata de nuevas supresiones en el texto de la pieza impuestas por la censura. Bulgákov pregunta con el corazón en un puño:

–¿Por qué os habéis saltado tantas frases?

Y le responden:

–Bueno, no es que nos las hayamos saltado precisamente…

Otro día, durante el entreacto, un hombre de baja estatura, turbado, se acercó a Bulgákov y le dijo, tal cual:

–Deberían fusilarle por esta obra.

–¿Y quién es usted para venirme con esas? –le preguntó Bulgákov.

–¡Soy Karl Rádek! –le respondió el hombre.

–Discúlpeme, no le conozco. No conozco a ningún Karl Rádek...

Ante semejante respuesta, este político célebre, ideólogo y escritor[19] no supo qué más decir. Pero el incidente fue de aquellos que ni se olvidan ni se perdonan…

El 8 de febrero de 1927, Guendin se dirigió al teatro Meyerhold para asistir a un debate sobre la puesta en escena de *Los días de los Turbín* y de *Liubov*

Yarovaya [Amor de primavera] de Trenev. En realidad, esa velada devino en un verdadero juicio público contra Bulgákov. No cabía un alfiler en la sala.

El enviado de la Lubianka redactó un informe sustancial. Anatoli Lunacharski, que presidía los debates, se esforzó por romper una lanza a favor de Los *días de los Turbín:*

> –El contenido de esta obra no es contrarrevolucionario, y considero correcto que se autorice su representación. No es posible pedir a los intelectuales que abandonen sus posiciones y se hagan comunistas. Pero, a causa del alboroto que ha suscitado la obra y de las grandes discusiones que se desataron al autorizarse el espectáculo, se ha convertido en una fruta prohibida que atrae el interés general.

Orlinski, de la Glavrepertkom, uno de los más acérrimos enemigos de Bulgákov, desempeñó el papel de acusador. La esencia de su discurso, arrebatado e interminable, se resumía en una frase: *Los días de los Turbín* no es una fruta prohibida sino, por desgracia, una fruta que no ha sido prohibida...

> –Es una obra blanca, con alguna pincelada del color del rabanillo, pero de corazón blanco sin lugar a dudas. Y todo emana de ese corazón blanco. El signo característico de la obra es el miedo de las masas. No hay obreros, tampoco ordenanzas, ni empleadas del hogar... sólo faltan unos buenos generales para dirigir una manifestación de la Guardia Blanca...

¿Y Bulgákov? En su informe, Guendin apunta que su intervención fue «totalmente inesperada y curiosa». En primer lugar, Bulgákov señaló que el crítico Orlinski le tenía sometido a acoso y derribo desde el 5 de octubre de 1926 y, después, desarrolló una hábil y bastante ingeniosa defensa de sus personajes.

> –Cediendo a las insistentes exigencias de Orlinski para que incluyera a más personajes populares en mi pieza teatral, añadí la siguiente frase: Lena pide a Alekséi que llame a la asistenta, Annushka, pero Alekséi le informa de que Annushka se ha marchado al campo... En cuanto a contar también con un ordenanza, la cosa resultó de todo punto imposible, porque no hubo modo de dar con uno en Kiev en aquellos momentos. ¡Ni pagando todo el oro del mundo! Por otra parte, tampoco podía meter a los bolcheviques en la obra, porque, en primer lugar, no se puede meter un regimiento de soldados en un escenario; en segundo lugar, porque uno construye las segundas partes de las obras de teatro de tal manera que el público cuente con el tiempo

> necesario para asimilar las primeras y, por último, en el momento en que se desarrolla mi obra, los bolcheviques, que avanzaban desde el norte, todavía no habían puesto un pie en Kiev...
>
> Es menester señalar –escribe Guendin–, que dos terceras partes de los presentes aplaudieron la intervención de Bulgákov desde el patio de butacas, mientras que el resto, desde el gallinero, le gritaba que era un enemigo redomado. En el entreacto se congregó alrededor de Bulgákov una muchedumbre que apoyaba la idealización y la defensa de su obra.

El comportamiento del escritor impresionó no sólo a Guendin sino también al brillante tertuliano Lunacharski. En su discurso de clausura, señaló que la intervención de Bulgákov «tenía un interés histórico» y que el autor «defendía su pieza con gran astucia y mucha audacia».

La velada de Guendin fue especialmente exitosa: consiguió informar también detalles del comportamiento de Bulgákov al salir de esta. Uno de los Guepeújov de guardia en la Casa Herzen se sentó, no por azar, a la misma mesa del restaurante que el dramaturgo.

> Bulgákov estaba excitado por el debate, del cual se largó sin esperar a que terminara. Intervino para pronunciar una autodefensa puesto que un orador alegó una cita, en realidad inexistente, de *Los días de los Turbín.* El público comienza a gritar y le pide que salga a escena.
>
> Se muestra indiferente a la discusión sobre su pieza teatral (de ella hemos hablado casi una hora). Una sola cosa le saca de quicio: la prohibición de la obra en todos los teatros, a excepción del Teatro Artístico. Podría haber ganado una importante suma de dinero, pero... *El piso de Zoika* también ha sido prohibida en todos los escenarios (si bien seis funciones consiguieron «burlar» la prohibición en Kiev). Tiene un espíritu menos agresivo que los escritores «candidatos a la emigración». No lanza ningún ataque contra el poder y no se deja llevar por la agitación.
>
> Se puede percibir en su voz y en un tic nervioso de la cara (apenas perceptible) un odio que no tiene su origen en un mero interés pecuniario. Si Bulgákov es un enemigo, es un enemigo reservado y discreto.

Bulgákov no fue fusilado, como proponía Karl Rádek, pero, en agosto, consiguieron que la obra fuera prohibida. ¡Aunque no por mucho tiempo! Un mes más tarde, los partidarios del autor lograron que el poder se retractara de su decisión. *Los días de los Turbín* estuvo en cartel durante un año y medio más. Después se volvió a prohibir, durante cinco años, al igual que el resto de las obras teatrales del autor. Pero esa pieza teatral continuaba latiendo, ahogada a veces y otras recuperando el aliento.

Una carta de Bulgákov recoge la siguiente confesión:

> Toda mi vida pende de esta obra como de un hilo y cada noche pido que ninguna espada lo corte.

LA HUIDA CON OBSTÁCULOS

En julio de 1927, en el punto álgido de la polémica alrededor de *Los días de los Turbín*, la OGPU se enteró de que Bulgákov estaba escribiendo una nueva obra. Después de una discusión con otros escritores, lanzó la siguiente promesa:

–Ya que me consideran un contrarrevolucionario, pues bien, ¡voy a escribir una obra revolucionaria!

Poco después se marchó a Crimea y se puso manos a la obra. La obra, que se tituló *La huida,* estuvo lista a finales de año. Se convertiría en el nuevo caballo de batalla en el ruedo político.

Conviene precisar que Bulgákov no facilitó las cosas. En la misma época, decidió abandonar la MODPIK (la Sociedad de Dramaturgos, Escritores y Compositores de Moscú), de la que era miembro, para pasarse a la Unión de Dramaturgos, y rellenó una solicitud para darse de baja. Uno de los responsables de esta asociación, Goldenweiser, telefoneó para aclarar el enojoso imprevisto. La trascripción de la conversación, plasmada en el papel con la misma precisión que si la hubiera registrado un magnetófono, figura en el expediente:

> –¿Por qué abandona la MODPIK? No cabe duda, es usted una figura odiosa. Su partida a la Unión de Dramaturgos será comentada hasta la saciedad y verá mancillado su nombre.
>
> –Lo sé, a eso iba. En primer lugar, no puedo ser miembro de una sociedad cuyo presidente de honor sea Lunacharski, y no a título personal, sino en calidad de comisario del Pueblo de Educación, que pone toda suerte de obstáculos a mis obras y, en particular, ha impedido que el montaje de *Los días de los Turbín* se represente en Francia. En segundo lugar, parte de la dirección de la MODPIK son comunistas y mis adversarios. No puedo formar parte de la misma sociedad que ellos.
>
> –Entonces, ¿prefiere adoptar una actitud combativa?
>
> –Sí, tomo la vía de la lucha. Toda la literatura contemporánea está escrita a golpe de látigo. Y yo no puedo trabajar así. Sé que se ha emprendido una cruzada con el objetivo de prohibir *Los*

> *días de los Turbín*. Opondré resistencia a este empeño y si eso ocurre, aun así continuaré luchando.
>
> –¿Opta pues por la lucha activa?
>
> –Sí, así es. Además, hay otra razón que me empuja a abandonar la MODPIK. Hay demasiada uniformidad. No se distingue entre escritores viejos, honorables o jóvenes: la misma actitud prevalece en todo. Tampoco tendría la necesidad de dirigirme a la MODPIK para solicitar mis honorarios: bastaría con que alguien me los entregara en mi domicilio. Uno de los responsables se atreve a llevar un jersey a pesar de que todos los miembros de la dirección deberían ir vestidos impecablemente. Y se tiene acceso directo al presidente, que debería ser considerado un dios.

El informe llega a la siguiente conclusión:

> Naturalmente, la última razón de la marcha de Bulgákov no tiene importancia. Lo que cuenta es que este emigrante que todavía permanece en la URSS ha mostrado su verdadero rostro. Incluso Goldenweiser (que no es precisamente un soviético) se escandalizó por la conversación con Bulgákov.

En efecto, Goldenweiser, perplejo por los derroteros que tomó la conversación, cometió la imprudencia de comentárselo a Novokshenov[20] (por desgracia, el mismo que se paseaba en jersey), lo que le exigió repetir el relato en presencia de varios camaradas del Partido. A partir de ese momento, la situación se hizo más controlable. Poco importa cuál de esos individuos escribiera el informe a la OGPU. En principio, todos estaban obligados a hacerlo.

El informe del Departamento Secreto constata:

> La dirección del Partido percibe la salida de Bulgákov de la sociedad como un acto político.

La dirección de la OGPU reaccionó rápidamente exigiendo refuerzos para la «elaboración del expediente» del escritor. Esta tarea se confió a los mismos subalternos: Guendin y Shivárov.

Por aquel entonces, el drama *La huida* había iniciado ya un camino plagado de controversias: el Teatro Artístico la leyó y la aceptó, pero la Glavrepertkom, enojada, se opuso enérgicamente a la puesta en escena.

¿Cómo? ¡Un texto para la gloria de los emigrantes y de los generales blancos y no de los comunistas! El comisario del Pueblo para la Educación se unió a la decisión: Bulgákov ni siquiera podía contar ya con el apoyo de Lunacharski.

Cuando todo parecía perdido, el codirector del Teatro Artístico, Vladímir Nemírovich-Dánchenko, que se ofreció a montar la obra, convocó, a principios de octubre, una reunión del consejo artístico a la que invitó a los maestros de la política teatral y a Gorki, que acababa de regresar de Italia. Bulgákov leyó la obra entre las explosiones de risa del auditorio.

Cuando hubo acabado, Gorki emitió un veredicto benévolo:

–No advierto idealización alguna de los generales blancos. Es una comedia absolutamente soberbia que tendrá un éxito diabólico, ¡se lo aseguro!

Sviderski, el jefe de la Dirección General de Asuntos Artísticos, le pisó los talones a Gorki:

–Habría que dejar a un lado los términos «soviético» o «antisoviético». *La huida* es una obra con más calidad que otras ultrasoviéticas. Hay que autorizar la producción. Es más, se debería montar este espectáculo lo antes posible.

Y Nemírovich-Dánchenko remachó:

–La Glavrepertkom ha cometido un error. Cuando la obra se monte, nadie pondrá objeción alguna...

La censura, desconcertada, revocó la decisión y dio luz verde a *La huida:* los ensayos se iniciaron al día siguiente.

No obstante, la Lubianka continuaba recibiendo informes de sus Guepeújov acerca de Bulgákov.

> En los círculos literarios y artísticos de Leningrado, se discute sin tregua sobre la puesta en escena de la nueva obra de Bulgákov, *La huida*. La reputación de Bulgákov es de sobra conocida. Los soviéticos le consideran un personaje hostil al poder soviético, que utiliza al extremo las posibilidades legales con el fin de luchar contra la ideología soviética... He oído en los círculos cercanos del Repertkom que *La huida* idealizaba sin ningún género de dudas la emigración y es, según la opinión de ciertos altos funcionarios de Leningrado, profundamente hostil para el espectador soviético.

El nuevo jefe de la quinta sección, Guelfer (el tercero en ocuparse del expediente de Bulgákov), anotó al margen del informe: «Se debe aclarar, a través de las fuentes de los servicios de información, el destino de la obra y entorpecer su representación».

El 24 de octubre, *Pravda* informó de que de nuevo se prohibía *La huida*. Y los periódicos, como orquestados bajo la misma batuta, afinaron sus instrumentos al unísono: «¡Golpeemos al bulgakismo! ¡Desarmemos al enemigo de clase en el teatro y en la literatura!». El escenario de *Los días de los Turbín* volvía a repetirse.

El Teatro Artístico continúa con los ensayos.

«Bulgákov recibe cartas y telegramas de amigos y admiradores que se compadecen de su infortunio.» [...] «Ha ido a verle un traductor que le ha propuesto traducir un texto para los teatros vieneses...»

Los Guepeújov se atragantan. La Lubianka se enfurece. El periódico *Sovremenni Teatr* [El teatro contemporáneo] informa: «*La huida* se representará hasta el final de la temporada».

El año 1929 comienza en medio de una gran confusión.

> Estrictamente confidencial... Bulgákov cuenta que «están sucediendo cosas fantásticas», la obra está prohibida pero los ensayos continúan... Gorki ha defendido la obra en las «altas esferas» y alguien (Stalin, Ordzhonikidze) le dijo a Voroshílov: «Di que no la prohíban. Si Gorki alaba la pieza, es que es buena». Pero estas palabras, según Bulgákov, no son más que un cumplido a Gorki. Lo han cubierto de adoración y lo han utilizado para todo lo que han querido (el apoyo al régimen en la prensa, etcétera), y después, adiós muy buenas. Gorki ni siquiera fue capaz de conseguir una bagatela: la devolución a Bulgákov de los manuscritos que le confiscó la OGPU.

Algunos de los documentos del Partido desclasificados recientemente certifican la lucha a gran escala que se libró alrededor de las obras de Bulgákov. El sino de *La huida* se discutió en la sesión del Politburó en dos ocasiones –el 14 y el 30 de enero de 1929– como ¡un asunto de importancia capital! Se constituyó una troika de altos funcionarios «compuesta por K. Voroshílov, L. Kaganóvich y A. Smirnov»,[21] que se puso al corriente del contenido de las obras y calificó su puesta en escena en el teatro de «políticamente inútil».

En febrero retumbó el trueno del Olimpo. Stalin, que acababa de leer *La huida,* expresó alto y claro su parecer sobre el texto y el autor siguiendo el espíritu y la letra de la GPU:

> *La huida* es un intento de provocar compasión o acaso la simpatía de ciertos sectores de la emigración antisoviética. Es pues, una tentativa para justificar, aunque sea a medias, las motivaciones de la Guardia Blanca. Bajo su forma actual, *La huida* es un fenómeno antisoviético.

A decir verdad, como se sabe, Stalin no cerró todas las puertas:

> Por lo demás, no tengo nada en contra de la puesta en escena de *La huida* si Bulgákov añadiera...

Y sigue una lista de instrucciones detalladas sobre lo que se debe hacer. Pero Bulgákov no cambió de parecer.

La huida, la pieza preferida de Bulgákov, fue enterrada. Y su autor, condenado. El líder denominó «obra ramplona» a otra obra de Bulgákov: *La isla púrpura.* No obstante, sobre *Los días de los Turbín,* la pieza que Stalin había visto no menos de quince veces –como calculó un analista del Teatro Artístico–, pronunció: «En el país de los ciegos, el tuerto es el rey».

En marzo se prohibieron todas las obras de Bulgákov. La Lubianka podía cantar victoria. La crítica proclamó que el autor de *La guardia blanca* estaba acabado. Durante ese tiempo, en el Teatro Meyerhold estaba en cartel *La chinche* de Mayakovski. Cuando se citaba el nombre de Bulgákov en el «diccionario de palabras muertas», entre palabras como «burocracia», «bohemia» y *«bogoiskatelstvo»* (búsqueda de Dios), el público lo abucheaba.

El año 1929 entró en la historia soviética como «el año del gran viraje». Para Bulgákov, que fue una de sus primeras víctimas, fue «el año de la catástrofe».

Un informe triunfal del servicio secreto informaba:

> El escritor Bulgákov cuenta que está inmerso en la corrección de sus viejos manuscritos y que cerraba el negocio de la dramaturgia...

La huida, la obra de teatro preferida de Bulgákov, no se estrenó hasta 1957, casi treinta años más tarde, cuando el escritor ya no estaba entre los vivos.

¿ES CONCEBIBLE MI VIDA EN LA URSS?

Durante toda su vida, Bulgákov se sintió atormentado por esa variante fracasada de su destino. Ya en los años de la guerra civil, cuando vaga por el Cáucaso, se dirige hacia el puerto de Batumi, en el mar Negro: lo tienta la idea de emigrar. Entonces no lo logra, pero la añoranza de conocer el vasto mundo más allá de las fronteras y los golpes reiterados que recibía –cada vez más devastadores–, todo ello lo llevaba a un único pensamiento: ¡huir! ¿Acaso no era un preso? Escapar de las cadenas, aunque fuera por poco tiempo.

El primer intento tiene lugar en Moscú, en 1928. El 21 de febrero Bulgákov solicita permiso a las autoridades para viajar dos meses al extranjero, para lo que aduce razones literarias: la edición de sus libros y la producción de sus textos teatrales en los escenarios europeos. También tenía la intención de recoger impresiones sobre París para emplearlas en el cuarto acto de *La huida*, que se desarrollaba en la ciudad.

Al día siguiente, el 22 de febrero, ya está llegando a la Lubianka una firme advertencia debida al Guepeújov de turno:

> El autor de *Los días de los Turbín* y *El apartamento de Zoya*, M. A. Bulgákov, es un antiguo *smenovejóvets* y un enemigo implacable del poder soviético. Produce asombro la paciencia del poder soviético que, hasta hoy, no ha impedido la difusión del libro de Bulgákov Los *huevos fatales* (publicado en la editorial Nedra). Este libro representa una calumnia insolente e indignante contra el poder rojo. Describe con vivacidad cómo, bajo la acción de un rayo rojo, nacen unos reptiles feroces que se disponen a atacar Moscú. Hay una alusión desagradable al camarada Lenin, cuando un sapo muerto se mueve con expresión malévola sobre su cara, incluso cuando el padre de la Revolución ha fallecido.
>
> Es imposible comprender por qué el libro circula con absoluta libertad. Se lee de un tirón. Bulgákov se beneficia del beneplácito de la juventud. Es popular. Sus ingresos rondan los 30.000 rublos al año, 4.000 rublos sólo de impuestos.
>
> Si paga impuestos es porque tiene la intención de partir al extranjero.

> El escritor N. N. Lérner[22] se lo encontró hace unos días. Bulgákov se muestra muy ofendido con el poder soviético y muy descontento con su situación actual. Le resulta casi imposible trabajar. No tiene ninguna estabilidad ni certidumbre. O se vuelve al comunismo de guerra o se instaura la libertad completa. Es el campesino quien debe dar un golpe de Estado, dice Bulgákov, el campesino que ha aprendido un lenguaje verdadero. Al fin y al cabo, los comunistas no son muy numerosos, mientras que los campesinos, ofendidos e indignados, suman decenas de millones. Naturalmente, en cuanto estalle una guerra, el comunismo quedará extirpado de Rusia, etcétera.
>
> Estos son los pensamientos y esperanzas que bullen en la cabeza del autor de *Los huevos fatales*, que está decidido a viajar al extranjero. Sería muy desagradable dejar salir a un «pájaro» como este fuera de nuestras fronteras.

En un post scriptum, el informador cita una última frase de Bulgákov sobre la política que practican las autoridades.

> Por una parte, gritan: «¡Economiza! ¡Ahorra!»; por otra, cuando comienzas a ahorrar, te consideran un burgués. ¿Dónde está la lógica?

Curiosamente, esta cuestión también intrigaba al Guepeújov de turno, que no sabía dónde colocar el dinerillo que le iba a reportar el soplo:

> «Al autor de este informe también le perturba esta cuestión y cree que sería aconsejable que una persona competente esclareciera esta cuestión en la prensa», escribe.

Como es sabido, Bulgákov no obtuvo autorización para dejar el país.

Al cabo de un año y medio, a finales del verano de 1929, Bulgákov emprende un nuevo intento de salir del país. Por entonces, su situación había empeorado hasta adquirir tintes dramáticos: es un autor vetado y él mismo llega a la convicción de estar destruido como escritor y aniquilado como hombre. Entonces se dirige a lo más alto, escribe a varias instancias: a Kalinin, presidente del Comité Ejecutivo Central, el jefe del Estado, a Sviderski, el jefe de Glaviskusstvo[23] (Bulgákov no había olvidado su apoyo a *La huida*), a Gorki y... al líder supremo, Stalin. Solicita ya no un breve viaje, sino autorización para abandonar el país junto a su mujer, «por el

tiempo que se considere necesario», pues en su patria ya no tiene fuerzas para seguir viviendo.

En respuesta, sólo el silencio...

En otoño, Bulgákov reanudó los intentos. Escribió a Enukidze,[24] el secretario del Comité Ejecutivo Central, y envió una nueva misiva a Gorki. Esta fue interceptada por los chequistas y existe una copia en el expediente. Acompaña a la copia de otra carta, con matasellos de Francia, enviada por el hermano de Bulgákov, Nikolái. Este biólogo que consiguió emigrar a tiempo, describía París como si quisiera impacientar a Mijaíl: hablaba del «noble cuerpo del viejo París clásico» y del «caos de los nuevos barrios» que cubrían la ciudad «como terrones de barro», de «Montparnasse, el barrio de los pobres y de los holgazanes, de gente de poco fiar y estafadores (pero también de proletarios que provienen de todos los rincones de la Tierra)», de «Montmartre, barrio de los servidores del arte (de artes diversas y muy variadas, Misha), el Barrio Latino donde viven los estudiantes...». Y Nikolái continúa, maravillado:

> Por la ventana del último piso del inmueble donde vivo, se ve allí adonde mires un mar (así es, un mar infinito) de casas: tejados, cúpulas, por entre las cuales se reconocen las construcciones conocidas, gracias a las que es posible orientarse en los ejes principales. Así, al lado de los monumentos hermosos, clásicos e interesantes del París antiguo, se pueden encontrar casitas y edificios de todos los estilos, dimensiones, formas y colores.
>
> Para que te hagas una idea mejor de todo, intentaré tomar alguna fotografía. Si te apetece, puedo hacerlo...

Y figura otra carta que llegaba desde América: una propuesta para representar *Los días de los Turbín* y la publicación del texto en inglés. Rápidamente se adjuntó una copia al expediente: todo podía resultar útil.

Una oleada de arrestos se abate sobre Moscú. La OGPU deporta de la capital a los amigos de Bulgákov: el filólogo Nikolái Topleinov, el pintor Borís Sháposhnikov...

Semión Guendin, recién ascendido al cargo de delegado superior de la OGPU, en respuesta a la carta de Bulgákov a Stalin, y acatando órdenes directas de instancias superiores, redacta un *Memorándum:* un documento

sinóptico sobre su «tutelado». Rumia con detenimiento el expediente, extrae las pepitas de oro de las actas, informes, cartas, notas de los informadores y todavía añade nuevos hallazgos, pintando un retrato al que sólo le falta rotular: «Se busca».

> [...] Treinta y ocho años, hijo de un profesor... Médico titulado. Durante la guerra civil se incorporó a las filas de la Guardia Blanca [...].
>
> *Corazón de perro* es un panfleto contrarrevolucionario particularmente feroz, dirigido contra el poder soviético y el Partido, que no ha sido publicado [...].
>
> En 1923 [...] se adhirió al grupo literario antisoviético e ilegal La Lámpara Verde, del que formó parte hasta su disolución en 1927.
>
> Bulgákov envía algunas de sus obras teatrales al extranjero para que se pongan en escena allí. Tiene un hermano, emigrante blanco, con el que mantiene correspondencia regular [...].
>
> Después de la prohibición de las obras de Bulgákov, su situación económica ha empeorado considerablemente. El escritor cree que ya no puede hacer nada en la URSS y la cuestión respecto a su marcha al extranjero se le plantea de todo punto apremiante.

Bulgákov espera en vano respuesta a sus misivas y peticiones. Todo resulta completamente en vano…

Con todo, ese anhelo sólo existe en la superficie. En lo profundo de su existencia, desconociendo los peligros y las penurias, Bulgákov continúa entregado a su trabajo sagrado. Su trabajo como escritor está por encima de todas las demás cosas.

Concretamente, trabajaba en una nueva obra de teatro, *Kabalá sviatosh* [La cábala de los devotos], consagrada a Molière. La elección de los personajes no respondía a una cuestión de azar: Bulgákov encontraba en el célebre dramaturgo francés cierta correspondencia con su destino y un apoyo para él nada despreciable.

El 11 de febrero de 1930 leyó su nueva pieza en la Unión de Dramaturgos. El informe oficial de este acontecimiento, del que poca gente en Moscú estaba al corriente, refleja de un modo objetivo las reacciones del auditorio:

> Los martes de la Unión de Dramaturgos son, por lo general, muy animados, pero nunca antes habían conocido una atmósfera tan tensa y solemne, prometedora de una discusión más que interesante en comparación con el martes anterior. No sólo estaba en el centro de atención la nueva obra de Bulgákov, sino también su personalidad, la de un autor caído en desgracia, el astro más veterano de toda una pléyade de escritores: Pilniak, Zamiatin, Klichkov, etcétera.
>
> Los dramaturgos han llegado en compañía de sus esposas y probablemente de otras personas ajenas a la Unión, atraídas por el futuro de la obra prohibida. Nadie dudaba de la prohibición, ni después de la lectura, a pesar de que era bastante inocente desde el punto de vista de la censura. No merece la pena detenerse en el argumento de la obra. Por lo general, es bastante conocida la historia del «cortesano» Molière, que pereció a raíz de las intrigas del entorno clerical de Luis XIV. Todos los oradores reconocieron que, desde el punto de vista formal (por las cualidades literarias y dramáticas), la obra era brillante, excelente, etcétera. Sin embargo, el aspecto ideológico suscitó una polémica apasionada.
>
> La discusión escindió el público asistente en dos partes. La primera –que el informador secreto llama la «derecha»– defendía la pieza como «una imagen creada por un maestro que presenta la desvergüenza y el servilismo de los cortesanos en la época más depravada del imperialismo». La segunda –la «izquierda»– fustigó la obra tildándola de nociva y apolítica, de bagatela en la que los protagonistas (¡incluso el rey!) eran más bien caracteres simpáticos.

A este informe le sigue otro, redactado por la mano de un escritor a quien Bulgákov había confiado imprudentemente su malestar.

> Me he quedado sin fondos, me he desprendido de mi reloj y estoy comiendo ahora de lo que le saqué. Al menos conservo la cadena. He intentado escribir de nuevo folletines. Le he propuesto algunos textos a una publicación médica, pero los han rechazado, piden «contenidos políticos, cien por cien soviéticos». Pero no puedo permitirme ese cien por cien, es indecente... En lo que concierne a mi obra sobre Molière, su suerte es opaca y enigmática. Cuando la leí en el Teatro Artístico, los actores no estaban: fijaron la recitación para un día en que todos estaban ocupados. Pero, en cambio, el plantel del consejo artístico-político acudió en pleno. Los miembros del consejo hicieron gala de una profunda ignorancia. Uno confundió a Molière con Miller, otro, creyendo haber oído «metro» en lugar de «maestro», afirmó que no existía un sistema métrico en la época de Molière... ¡Yo mismo he aniquilado mi propia obra! Alguien la ha tachado de antirreligiosa (en ella aparece el arzobispo de París como una figura muy negativa). He objetado: ¡no!, esta obra no tiene nada de antirreligioso...

Bulgákov tenía razones para ser pesimista: apenas dos semanas antes de que estas palabras hubieran llegado a las oscuras oficinas de la OGPU, la obra de teatro ya estaba prohibida.

Hiciera lo que hiciese, Bulgákov siempre tropezaba con el mismo muro. Comprendía perfectamente que el problema radicaba en su inadaptación al modo de vida soviético. Pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo escapar? Y llega a una única conclusión: sólo una persona puede deshacer este rompecabezas. La realidad lo empuja a un diálogo directo con el jefe supremo.

De hecho, los dos hombres ya se habían visto, y en más de una ocasión, cuando el líder iba al Teatro Artístico a ver su obra. Se consideraba incluso que Bulgákov era su dramaturgo preferido. Pero si así era, le amaba de un modo extraño, «a la Stalin», con el amor del opresor que doblega a su víctima.

A pesar de los contactos periódicos, el diálogo entre los dos hombres siempre se producía a distancia: el escritor hablaba por boca de sus personajes, y el jefe supremo por la de los ideólogos y los chequistas.

Y Bulgákov se decide a actuar. El 28 de marzo de 1930, escribe su célebre misiva al gobierno de la URSS, pero por el tono y el sentido, no va dirigida a nadie más que a Stalin. Manda una copia por vía de la OGPU para garantizar que llegue sin falta a su destino. No es simplemente una carta personal, sino un documento de gran relevancia pública, es el manifiesto de un escritor independiente, de un ser llevado al límite de la desesperación. Él, Bulgákov, como escritor satírico no tiene cabida en la URSS, dado que la propia sátira es inadmisible. Todas sus obras están vetadas, nadie le ofrece trabajo, se ve privado de medios para poder subsistir y malvive como un hombre condenado en todas sus vertientes. Y por lo tanto, solicita que se decida su suerte: o que le den un trabajo o que le ordenen «abandonar en el acto los confines de la URSS». Ahora Bulgákov está preparado para que se produzca cualquier giro en los acontecimientos. Antes de enviar la carta reduce a cenizas su obra más amada, la primera versión de *El maestro y Margarita,* su novela sobre el maestro y Cristo; por lo visto, recela de las represalias y de un nuevo registro.

Sobre la carpeta delgada se ve la hilera de siglas y acrónimos «VChK - GPU - OGPU - NKVD - NKGB - MGB - MVD - KGB...». Tampoco falta este otro sello:

«Estrictamente confidencial».

Más abajo se lee: «Expediente del Departamento Secreto de la OGPU. Carta del dramaturgo M. Bulgákov (autor de la *Los días de los Turbín*) dirigida al gobierno de la URSS en la que solicita protección contra los ataques y las críticas injustificados de la prensa y pide que le ayuden a encontrar trabajo».

«Iniciado en abril de 1930. Terminado en abril de 1930. Período de conservación: a perpetuidad.»

En la carpeta hay tres documentos. El primero es una nota manuscrita e inédita del propio Bulgákov:

> 2 de abril de 1930
>
> Al Órgano Colegiado de la Dirección Política Unificada del Estado (OGPU)
>
> Ruego que no rechacen remitir al gobierno de la URSS mi carta de 28 de marzo de 1930, que les adjunto.
>
> M. BULGÁKOV

Después de enviar la carta, el escritor se preguntaba amargamente qué sucedería, intentaba adivinar la reacción de las autoridades, el curso que tomarían los acontecimientos. De vez en cuando se los inventaba, creaba su propia versión de los hechos, en la que imprimía ese espíritu satírico que le caracterizaba...

He aquí una de esas historias extraordinarias que Bulgákov contaba y que ha podido reconstruirse a partir de los recuerdos de su viuda, Yelena Serguéyevna:

> Supongamos que...
>
> Mijaíl Afanásevich Bulgákov, presa de una total desesperación, escribe una carta a Stalin, que si patatín que si patatán, que si escribo obras de teatro pero no las programan, que si no me publican nada... Firmado: Su Trampazlín.
>
> Stalin recibe la carta y la lee.
>
> *Stalin.* Pero ¿qué es esto?... Tram-pa-zlín... ¡No comprendo nada!... *(Aprieta un botón sobre la mesa.)* ¡Que Yagoda venga a mi despacho!
>
> Entra Yagoda y se cuadra.
>
> *Stalin.* Escucha, Yagoda, ¿qué es esto? Mira esta carta. Un autor me ha escrito y ha firmado «Su Tram-pa-zlín». ¿Quién es?

Yagoda. No puedo saberlo.

Stalin. ¿Qué significa «no puedo»? ¿Cómo osas responderme de esta forma? ¡Tú tienes que verlo todo, aunque estés a tres *arshin*[T8] bajo tierra! ¡Dentro de media hora quiero que me digas quién es!

Yagoda. ¡A sus órdenes, excelencia!

Se va y al cabo de media hora vuelve.

Yagoda. ¡Excelencia, resulta que es Bulgákov!

Stalin. ¿Bulgákov? Pero ¿qué es esto? ¿Por qué mi escritor escribe esta carta? ¡Traédmelo inmediatamente!

Yagoda. ¡Sí, excelencia! *(Sale.)*

Ahora intentemos reconstruir, ayudándonos de los documentos del expediente confidencial, cómo ocurrió todo en realidad.

El segundo documento del expediente es la famosa carta de Bulgákov al gobierno, mecanografiada y firmada por él. El contenido de esta carta es harto conocido: circuló mucho tiempo en *samizdat* antes de ser publicada en fecha reciente a partir de una copia que se conserva en la Biblioteca Lenin. Pero nadie sabía si esta era la versión que Bulgákov había enviado al propio Stalin o a otros destinatarios. Al parecer soy el primero en tener en mis manos la carta original, y ahora, al cabo de sesenta años de haber sido escrita, todas las dudas se han esfumado.

Pero la carpeta está fechada en la primavera de 1930. Excepto el propio autor y la persona que mecanografía la carta, Yelena Serguéyevna Shilóvskaya (que dos años más tarde se convertirá en su esposa), nadie sabe nada aún del mensaje desesperado y provocador de Bulgákov. El escritor pasa por un mal momento: el fracaso literario coincide con una crisis familiar, y en la vida del Maestro entra una «amiga secreta», quien, a diferencia de Margarita, su reflejo en la novela, no le abandonó, llevó su Underwood a la casa del escritor en la calle Pirogovka y se convirtió en un apoyo y una ayudante leal en todos sus asuntos.

Uno de los primeros en tener acceso a la carta de Bulgákov la abre, la lee atentamente, y subraya las líneas que le parecen importantes. Este lector es Guénrij Yagoda. No vamos a reproducir aquí todo el texto, sólo citaremos los fragmentos que destacó el jefe de la OGPU. Seguiremos el

curso del lápiz grueso, leeremos la carta con sus ojos. (El texto que Yagoda subrayó aparece destacado en cursiva.)

Al gobierno de la URSS:

[...] Después de que todas mis obras hayan sido prohibidas, han empezado a llegarme voces de muchos ciudadanos que me conocen como escritor y me dan el mismo consejo:

Que escriba una «obra comunista» (cito entre comillas) *y que, además, dirija al gobierno de la URSS una carta de arrepentimiento en la que reniegue de mis anteriores opiniones expuestas en mis obras literarias y asegure que a partir de ahora voy a trabajar como un escritor-compañero de viaje fiel a la idea del comunismo.*

El objetivo es salvarse de la persecución, la miseria y, al final, de la inevitable muerte.

No he hecho caso de este consejo...

El mismo deseo de terminar con mis tormentos de escritor me obliga a dirigirme al gobierno de la URSS con una carta sincera...

Mi objetivo es bastante más serio.

Tengo pruebas que demuestran que, durante los años en que he realizado mi trabajo literario, toda la prensa de la URSS, junto con todas las instituciones que controlan el repertorio teatral, han denunciado unánimemente y con una FURIA EXCESIVA que las obras de Mijaíl Bulgákov no pueden ser aceptadas en la URSS.

Tengo que declarar que la prensa de la URSS ESTÁ EN LO CIERTO...

Mi panfleto *La isla púrpura* me servirá como punto de partida en esta carta... No voy a juzgar si mi obra es graciosa o no lo es, pero *debo reconocer que en la obra se yergue una sombra maléfica, que no es otra que la de la Comisión general para el Repertorio. Es esta la que crea esclavos, panegiristas y «lacayos» aterrorizados. Es esta la que destruye el pensamiento creativo. Está llevando a la ruina el teatro soviético y acabará por aniquilarlo...*

Pero cuando se lee en la prensa alemana que *La isla púrpura* es «el primer llamamiento que se hace en la URSS a favor de la libertad de prensa»... uno está leyendo la verdad. *Debo reconocerlo. Es mi deber como escritor luchar contra la censura, sea del tipo que sea y sea cual sea la autoridad que la detente, así como realizar los llamamientos que sean necesarios a favor de la libertad de prensa.* Soy un entusiasta partidario de esta libertad y opino que un escritor que pretendiera demostrar que puede pasar sin ella se asemejaría a un pez que asegurara públicamente que puede pasar sin agua...

CUALQUIER ESCRITOR SATÍRICO EN LA URSS ATENTA CONTRA EL SISTEMA SOVIÉTICO.

Así, ¿cómo se imaginan que gente como yo puede tener cabida en la URSS?...

Ruego que tengan en cuenta que para mí la imposibilidad de escribir equivale a que me entierren vivo...

RUEGO AL GOBIERNO DE LA URSS QUE ME ORDENE ABANDONAR URGENTEMENTE SU TERRITORIO EN COMPAÑÍA DE MI ESPOSA, LIUBOV YEVGUÉNIEVNA BULGÁKOVA.

Apelo al humanismo de las autoridades soviéticas y ruego que, dado que soy un escritor que no puede resultarles útil en casa, en la patria, sean magnánimos y me dejen en libertad...

Si resulta que todo esto que he escrito no fuera suficientemente convincente y me condenaran al silencio a perpetuidad en la URSS, ruego al gobierno soviético que me dé un trabajo...

De un modo absolutamente honesto, sin ninguna intención de sabotaje, me ofrezco a trabajar en la URSS como especialista, director y actor, y estoy dispuesto a representar escrupulosamente cualquier obra, desde las piezas de Shakespeare hasta las obras más actuales...

Si esto tampoco fuera posible, ruego al gobierno soviético que disponga de mi persona como considere conveniente, pero que haga algo, porque *yo, como dramaturgo que ha escrito cinco obras, famoso en la URSS y en el extranjero, me encuentro EN ESTE PRECISO MOMENTO en las puertas de la miseria, el desahucio y la muerte…*

El motivo de esta carta es evidente: el acoso social de que es objeto Bulgákov, equivalente a su muerte civil como escritor. Se trata del nudo más dramático de su biografía, y sólo Stalin puede deshacerlo, o cortarlo. Dado que no hay otra salida, Bulgákov se propone dialogar con el *Vozhd*.

Igual de claro resulta el hecho de que la carta no sólo habla de lo que supone vivir en el país de los sóviets para el escritor Bulgákov, sino también para cualquier artista auténtico e independiente. Bulgákov no se está defendiendo únicamente a sí mismo, sino que aboga por el derecho del escritor a la vida y a la libertad de expresión. No se trata pues de un simple mensaje personal, sino de una manifestación de desafío a la sociedad. La réplica indefectiblemente no puede ser sino un gesto social, un hecho de importancia capital para la literatura.

El autor de la carta tiene sobradas razones para pensar que obtendrá respuesta: todo el mundo conoce la extraordinaria atención que Stalin le dedica. El *Vozhd* daba a entender que consideraba a Bulgákov, si no el mejor, al menos el dramaturgo con más talento y más importante del país. Basta con decir que vio la obra *Los días de los Turbín* ¡quince veces! (según consta en la oficina del MJAT). Todo Moscú pudo oír los aplausos aprobatorios que emergían del palco gubernamental.

Pero en ese momento a Bulgákov ya no le sirven los aplausos, ahora invita a Stalin a mantener una conversación directa, y al hacerlo da

comienzo una peligrosa función, donde la acción ya no se desarrolla en un escenario sino en la vida real.

Le ha desafiado, ¿cuál será la respuesta?

He aquí la versión de Bulgákov:

> Supongamos que...
>
> Va una motocicleta, ¡¡¡brrrrrr!!! ¡Y llega al Kremlin! Misha entra en una sala en la que están sentados Stalin, Mólotov, Voroshílov, Kaganóvich, Mikoyán y Yagoda.
>
> Misha se detiene en la puerta y hace una reverencia.
>
> *Stalin.* ¿Qué significa esto? ¿Por qué vas descalzo?
>
> *Bulgákov (abriendo los brazos penosamente).* Es que... no tengo botas...
>
> *Stalin.* Pero ¡bueno! ¿Mi escritor sin botas? ¡Qué horror! ¡Yagoda, quítate la botas y dáselas!
>
> Yagoda se quita las botas y se las da a Misha con disgusto. Misha se las calza pero no le entran.
>
> *Bulgákov.* No es mi número...
>
> *Stalin.* Pero ¡qué pies tienes, Yagoda! ¡No lo comprendo!
>
> Al final se prueba las botas de Mólotov y le vienen bien.
>
> *Stalin.* ¡Bueno, ya está! Muy bien. Ahora dime, ¿qué es lo que te pasa? ¿Por qué me has escrito esa carta?

¿Qué sucedió realmente, según se extrae del expediente confidencial?

El futuro de Bulgákov se decidió un mes y medio después de que el escritor enviara la carta. Cualquiera de los fragmentos destacados por Yagoda habría sido suficiente para enviar a Bulgákov a la Lubianka. Pero sucedió algo muy distinto. Después de subrayar con un lápiz grueso el apellido del autor, Guénrij Yagoda escribió encima del texto la siguiente resolución: «Hay que darle la oportunidad de trabajar donde quiera. G. Y. 12 de abril».

Por supuesto, el jefe de la OGPU no podía tomar tal decisión personalmente sin consultar antes con Stalin, ya que ese mensaje iba dirigido al gobierno, y además conocía de sobra la peculiar actitud del *Vozhd* hacia Bulgákov. El estilo de la resolución recuerda mucho al de Stalin...

Así, a pesar de la extraordinaria insolencia de Bulgákov, habían aceptado el desafío, la respuesta estaba lista y era positiva. Era un gesto de

reconciliación. Las razones se verán más adelante, después de leer otro documento del expediente confidencial.

El tercer documento de la carpeta es un informe dirigido a la OGPU y que lleva el título «La carta de M. A. Bulgákov». No hay fecha, el autor es desconocido, pero, a juzgar por el texto, se trata de una persona cercana a los círculos literarios y teatrales. Queda por averiguar si el autor del informe lo escribió por encargo directo de la OGPU o por propia iniciativa. Pero lo que es evidente es que esa persona no era un íntimo de Bulgákov, sino que se servía de un informador –«Según dicen...»–, o sea, que empleaba opiniones ajenas.

La carta de M. A. Bulgákov

En los círculos literarios e intelectuales abundan los comentarios acerca de la carta de Bulgákov.

Según dicen, la cuestión ocurrió de la siguiente manera:

Cuando la situación de Bulgákov se volvió insostenible (el porqué se verá más adelante), Bulgákov escribió en un arrebato de desesperación tres cartas con idéntico contenido dirigidas al camarada I. V. Stalin, a F. Kon (del Glaviskusstvo) y a la OGPU.

En estas cartas, con la mordacidad y la amargura que le caracterizan, Bulgákov escribe que hace ya muchos años que trabaja en la prensa soviética, que cuenta en su haber con unas cuantas obras de teatro y que ha reunido cerca de cuatrocientas críticas periodísticas contra su obra, de las que 398 son ultrajantes, rayan el acoso y casi incitan a su eliminación física. Este acoso le ha convertido en una especie de apestado, a quien no sólo rehúyen los empresarios teatrales, sino también los editores e incluso los representantes de las instituciones a las que ha acudido a pedir trabajo. De ahí que el escritor haya caído en una situación completamente insoportable tanto desde el punto de vista moral como material, que roza la miseria. Bulgákov ha pedido que o bien se le permita irse al extranjero con su familia, o bien le den la posibilidad de trabajar.

Después de recibir la carta, Feliks Kon escribió la siguiente resolución: «Dado su tono inadmisible, habrá que dar carpetazo al asunto...».

Interrumpiremos aquí el relato del informador de la OGPU para continuar con el desarrollo del caso y el posterior curso de los acontecimientos.

Según Bulgákov:

Supongamos que...

Stalin. ... Ahora dime, ¿qué es lo que te pasa? ¿Por qué me has escrito esa carta?

Bulgákov. ¡No tenía más remedio!... Escribo, escribo piezas, pero ¡no sirve de nada!... Precisamente ahora, por ejemplo, en el MJAT tienen una obra mía esperando en el cajón, y ni la programan, ni me la han pagado...

*Stalin.*Pero ¡cómo! ¡Espera un momento, ya verás! Espera un minuto. *(Llama por teléfono.)* ¿El Teatro Artístico? Al habla Stalin. Póngame con Konstantín Serguéyevich.[25] *(Una pausa.)* ¿Qué dice? ¿Que ha muerto? ¿Cuándo? ¿Ahora mismo? *(A Misha.)* ¿Lo comprendes? Ha muerto cuando le han comunicado que era yo.

Apesadumbrado, Misha lanza un suspiro.

Stalin. Pero, espera, espera, no suspires así. *(Vuelve a llamar.)* ¿El Teatro Artístico? Al habla Stalin. Póngame con Nemírovich-Dánchenko. *(Una pausa.)* ¿Qué dice? ¿Que ha muerto? ¿También ha muerto? ¿Cuándo?... ¿Lo comprendes? También acaba de morir. Bueno, pues nada, espera. *(Llama de nuevo.)* ¡Póngame con quien sea! ¿Con quién hablo? ¿Yegórov?[26] Muy bien, camarada Yegórov, en su teatro tienen una obra *(mira de reojo a Misha)* del escritor Bulgákov. ¿Qué? ¿También opina que es buena? ¿Y tiene la intención de representarla? ¿Para cuándo cree que será? *(Tapa el auricular con la mano y le pregunta a Misha: ¿cuándo quieres que sea?)*

Bulgákov. ¡Dios! ¡Si pudiera ser para dentro de unos tres años!

Stalin. ¡Eh! *(Se dirige a Yegórov.)* No me gusta inmiscuirme en asuntos teatrales, pero creo que usted *(le guiña el ojo a Misha)* podría estrenarla... dentro de unos tres meses... ¿Qué? ¿De aquí a tres semanas? De acuerdo, está bien. ¿Cuánto piensa pagar por la obra?... *(Tapa el auricular con la mano y le pregunta a Misha: ¿cuánto pides?)*

Bulgákov. ¡Mmm... estaría bien... unos quinientos rublitos!

Stalin. ¡Ah!... *(A Yegórov.)* Evidentemente, no soy un entendido en asuntos financieros, pero me parece que por una obra así debería pagarle unos 50.000. ¿Qué? ¿Sesenta? Pues venga, pague, pague. *(A Misha.)* Lo ves, y tú decías...

Sabemos que Stalin y Yagoda, a pesar del «tono inadmisible» de la carta de Bulgákov, no ignoraron el asunto que les planteaba. El 12 de abril se tomó una decisión: al escritor se le permitiría vivir, se le permitiría trabajar.

Al cabo de dos días, por todo el país retumbó el ensordecedor disparo del suicidio de Mayakovski. ¡Otra manifestación trágica, otro desafío a la vida feliz que el *Vozhd* había dispuesto! Puede que el capricho del destino quisiera que el estruendo de ese disparo obligara a Stalin a atender la situación de Bulgákov, a regalarle su condescendiente atención. Había que contentar a la galería. Entonces Stalin da un nuevo paso perfectamente meditado, una «maniobra de aproximación», como se dice en el Cáucaso.

Concedamos una vez más la palabra al anónimo informador de la OGPU:

Al cabo de unos días, en el piso de Bulgákov sonó el teléfono.

–¿Es usted el camarada Bulgákov?

–Sí.

–Dentro de un momento le va a hablar el camarada Stalin (!).

Aunque estaba convencido de que se trataba de un montaje, Bulgákov esperó. Al cabo de pocos minutos oyó una voz en el auricular:

–Camarada Bulgákov, disculpe que haya tardado tanto en responder a su carta, es que estaba muy ocupado. Su carta me ha interesado mucho. Me gustaría hablar personalmente con usted. No sé cuándo podrá ser, ya que, le repito, estoy muy atareado, pero ya le avisaré tan pronto pueda recibirle. De todos modos, intentaremos hacer lo que podamos por usted.

Cuando acabó la conversación, Bulgákov telefoneó inmediatamente al Kremlin para informar de que acababa de recibir una llamada de alguien que se había hecho pasar por Stalin.

Al ser informado de que había sido el camarada Stalin quien le había llamado, Bulgákov sufrió una honda conmoción.

Al cabo de poco tiempo, si no ese mismo día, Bulgákov recibió una invitación de parte de F. Kon para que le visitara en la Dirección de las Artes. F. Kon recibió a Bulgákov con una cortesía desmesurada, le ofreció asiento, y le preguntó:

–Pero ¿qué está pasando, Mijaíl Afanásevich? ¿Cómo es posible que haya ocurrido esto? ¿Qué es lo que quiere?

–Me gustaría que me permitieran salir al extranjero.

–Pero qué está diciendo, Mijaíl Afanásevich, ni hablar, le tenemos en gran estima..., etcétera.

–Entonces, por lo menos denme la oportunidad de trabajar, de servir, de hacer lo que sea.

–¿Qué es lo que quiere, qué puede hacer?

–Lo que sea, puedo trabajar de oficinista, escribiente, director, puedo...

–¿En qué teatro le gustaría ser director?

–La verdad es que creo que el mejor teatro y el que me resulta más familiar es el Artístico. Con mucho gusto trabajaría en este teatro.

–De acuerdo, nos lo pensaremos.

De este modo terminó la conversación con F. Kon.

Al poco tiempo, Bulgákov recibió una invitación para que se presentara en el MJAT, donde ya tenía listo un contrato para trabajar como director...

Cabe señalar que el informe está redactado de un modo muy astuto: las numerosas frases respetuosas hacia Bulgákov se combinan con notorios halagos hacia Stalin, y además no se menciona el nombre de los «que dicen», de los informadores. Sólo un individuo que quisiera desviar la atención de la trascendencia del duelo que Bulgákov libraba con las autoridades, del propio contenido de su carta, y así «escamotear» toda esta historia convirtiéndola en una amable leyenda sobre un sabio gobernante

rodeado de malvados lacayos, podría haber escrito un informe semejante. ¡Muy típico de esa época!

Pero para nosotros este documento es sumamente interesante y de enorme valor porque representa una versión más, un borrador más de un cuadro histórico: el diálogo entre el Maestro y el *Vozhd*. El relato sobre la conversación telefónica es auténtico, pues ha sido confirmado por el testimonio de dos mujeres próximas a Bulgákov: Yelena Serguéyevna y Liubov Yevguénievna. Sólo que en el diálogo entre Stalin y el escritor que transcribe el informador no se dice nada sobre la petición de este último de irse al extranjero. Esto no habría armonizado con una escena tan radiante.

El documento demuestra que Stalin actuaba de un modo certero y astuto. Sus gestos estaban encaminados a un único objetivo: crear el mito de un gobernante sabio y generoso, protector de las artes.

Volvamos al informe:

> Esta es toda la historia. Todo el mundo dice que parece una hermosa leyenda, o un cuento, y a muchos les parece simplemente increíble.
>
> Es importante señalar los rumores sobre Stalin en los círculos literarios e intelectuales.
>
> La impresión general es que el camarada Stalin se ha revelado tal como es y que todo el mundo ha podido ver su auténtico rostro.
>
> Pues parecía que no había nombre que pudiera provocar más rencor; se le veía como un fanático que estaba llevando el país a su perdición, le consideraban culpable de todas nuestras desgracias, etcétera, y se le consideraba un individuo sediento de sangre aposentado tras los muros del Kremlin.
>
> En cambio ahora se dice lo siguiente:
>
> –Stalin es realmente un gran hombre, pero también puede ser sencillo y accesible.
>
> Uno de los actores del teatro Vajtángov... ha dicho:
>
> –Stalin ha acudido un par de veces a ver la representación de *Zoikina kvartira* [El piso de Zoika]. Dijo con su peculiar acento: «Una gran obra. Lo que no puedo comprender es por qué tan pronto la autorizan como la prohíben. Una gran obra. No veo en ella nada malo».
>
> Quienes le conocieron cuando ocupaba el cargo de comisario del Pueblo de Nacionalidades o de comisario del Pueblo de Inspección obrera y campesina afirman que era una persona sencilla, sin ninguna arrogancia, y que hablaba con todo el mundo de igual a igual. Nunca se mostró presuntuoso.
>
> Y, lo que es aún más importante, comentan que Stalin no tiene ninguna culpa de la desorganización que nos rodea. Él sigue el camino correcto, pero a su alrededor no hay más que alimañas. Estos canallas han acosado a Bulgákov, uno de los escritores soviéticos con más

talento. La persecución contra Bulgákov ha permitido medrar a varios miserables arribistas del mundo literario y ahora Stalin les ha dado una buena lección.

Hay que decir que la popularidad de Stalin ha llegado a cotas extraordinarias. La historia legendaria de la carta de Bulgákov se cuenta de infinitas maneras y siempre se habla de Stalin con cordialidad y cariño.

Cerremos la carpeta confidencial.
Así la historia tiene un *happy end*, un desenlace feliz.
Versión de Bulgákov:

Supongamos que...

Después de eso, empieza una nueva vida en la que Stalin verdaderamente no puede vivir sin Misha, cada vez están más juntos. Pero un buen día llega Misha y dice:

–Debería ir a Kiev y quedarme allí tres semanas.

–Pues vaya, ¿qué clase de amigo eres? Y yo ¿qué voy a hacer?

Aun así, Misha se marcha. Stalin, solo, le echa de menos.

–¡Ay, Mijo, Mijo!... Se ha ido. ¡Mi Mijo no está! ¡Qué puedo hacer! ¡Me aburro tanto, es horrible!... ¿Podría ir al teatro?...

Por supuesto, este cuadro idílico no es sino pura parodia y no tiene ningún parecido con lo que sucedió en realidad. El duelo siguió su curso.

¿Quién salió vencedor, Bulgákov o Stalin? ¿Ninguno? ¿Quizás ambos?

El *Vozhd* logró engañar a su época. A Bulgákov le otorgaron el derecho a vivir y así pudo escribir su mejor obra, *El maestro y Margarita*.

Después de la conversación con Stalin, Bulgákov fue contratado como Asistente de dirección en el Teatro Artístico, retomaron las funciones de *Los días de los Turbín* y así pudo ganarse el pan. No obstante, el resto de sus obras permanecieron alejadas de las tablas y sólo saldrían a la luz póstumamente, cuando ya el propio Stalin hubiera desaparecido a su vez de escena.

Después, mil veces, Bulgákov se repetirá con insistencia esa conversación en su cabeza. Se lamentará por haber actuado con tanta torpeza, por haber perdido la compostura, cogido por sorpresa al hablar con el jefe supremo.

–Entonces, ¿de veras necesita partir al extranjero? ¿Es posible que esté tan harto de nosotros? –le pregunta Stalin.

Y Bulgákov, en lugar de corroborar su petición, de repente dice:

–He meditado mucho al respecto y he llegado a la conclusión de que un escritor ruso no puede existir fuera de su patria...

–Yo también lo creo –confirma satisfecho Stalin–. Tendríamos que vernos, hablar...

–¡Sí, sí! Iósif Vissariónovich, necesito hablar con usted cuanto antes...

–Sí, es preciso encontrar el momento, sin falta. Y ahora permítame que le desee lo mejor…

No había vuelta atrás. El *Vozhd* ha mostrado su interés por la literatura y un desvelo enternecedor por la suerte del escritor. Bulgákov ha conseguido, a cambio de no partir al extranjero, un puesto de trabajo en su país: una plaza como ayudante de dirección en el Teatro Artístico.

Luego recreará una multitud de variantes de esta conversación, se maldecirá una y otra vez por su apocamiento, su pusilanimidad y considerará su reacción como una de las mayores equivocaciones de su vida; pero todo es en vano, ha perdido el tren, la ocasión ha quedado atrás y no habrá una segunda oportunidad. Pero quizá sus lamentos eran en balde, tal vez su subconsciente le hubiera dictado, aun sin saberlo, la postura correcta que debía adoptar, la única que le permitiría salvar su vida. Es imposible saber qué habría hecho con él Stalin si Bulgákov hubiera respondido de modo diferente. Y es que la vida de Bulgákov, al igual que la de millones de súbditos del imperio soviético, estaba por completo en manos de su ilustre interlocutor. Así que el alma de Bulgákov se vio forzada a revolotear sólo dentro de los confines del imperio.

Los rumores circularon como la pólvora por Moscú y, poco a poco, con el transcurso de los años nuevos detalles increíbles se añadieron a lo que se convertiría en una de las más bellas leyendas de la literatura soviética. Y todas las versiones se hallan en las entrañas de la Lubianka.

Así, por ejemplo, en una nota redactada por un agente leemos lo que sigue:

Bulgákov tiene una naturaleza hermética. [...] No le unen lazos de amistad con ningún escritor soviético. [...] Su carácter es obstinado y terco. [...] Se aduce recurrentemente un episodio de sumo interés en su carrera. Después de la prohibición de *Los días de los Turbín*, cuando sus obras no se publicaban, dirigió una carta al Comité Central, al camarada Stalin, aproximadamente en estos términos:

«¡Querido Iósif Vissariónovich!

»Soy escritor, pero mis obras no se publican. Escribo obras de teatro, pero se prohíben en los teatros. Permítame abandonar la URSS. Le doy mi palabra de honor de que no me alzaré en contra de mi patria, la URSS. De lo contrario, usted siempre podría desenmascararme con esta carta, como un granuja y un canalla.»

Algunos días más tarde se le cita en el Kremlin, donde mantiene una conversación con Stalin; acto seguido, obtiene una plaza en el Teatro Artístico en calidad de dramaturgo y director.

Estas pocas líneas albergan todos los elementos del mito: Bulgákov no concedió la palabra a Stalin y no se produjo ningún encuentro en el Kremlin. De hecho, cada informador imaginó la situación en función de su grado de inteligencia y según la medida de su corrupción.

Al igual que Mayakovski, Bulgákov tenía un revólver. Yelena Serguéyevna cuenta en sus memorias que Bulgákov, después de su conversación con Stalin, arrojó el peligroso objeto al estanque ubicado junto al monasterio Novodévichi: se quería bien lejos del pecado. A diferencia del poeta revolucionario, decidió seguir viviendo.

ENCARAMADO A LA CUCAÑA

El revuelo que se armó alrededor de la llamada de Stalin duró mucho tiempo. Durante el verano, Bulgákov partió hacia Crimea. Quería trabajar en la adaptación teatral de *Almas muertas* de Gógol. Allá le llegó el sospechoso aviso de una citación al Comité Central del Partido. Fue una suerte que Bulgákov no creyera en ella, porque se trataba de una broma que le estaba gastando su amigo Yuri Olesha. La tragedia que se había abatido sobre un escritor le servía a otro para hacer bromas fuera de lugar.

Y Bulgákov no estaba para bromas, precisamente. El vacío crecía a su alrededor como si fuera un leproso. En cuanto a sus verdaderos amigos, todos fueron desapareciendo uno tras otro: en otoño, un hombre muy próximo a él, el filólogo Pável Popov,[27] fue arrestado y expulsado de Moscú.

Todavía no había finalizado la adaptación de *Almas muertas* cuando sus enemigos se afanaron en su labor de intrigantes, urdiendo con pericia el fracaso del autor. Apenas aparece en prensa una noticia que informa de la puesta en escena de la versión de *Almas muertas* de Bulgákov en el Teatro Artístico cuando en la Lubianka se recibe una advertencia que transmite sin pérdida de tiempo a la dirección:

> Es una imprudencia que Bulgákov forme parte del equipo artístico de esta representación, en particular de una obra como *Almas muertas*. Debemos tener en cuenta que un buen número de escritores (Pilniak, Bolshakov, Budantsev, entre otros) intentan demostrar, tanto en sus conversaciones como en sus obras, que nuestra época es casi un reflejo deformado del período comprendido entre 1825 y 1855, cuando reinaba el zar Nicolás I. A pesar de que desarrollan y profundizan en esta idea absurda, cuentan con el apoyo de un grupo de simpatizantes, que incluye a un segmento de la *intelligentsia* soviética de carácter individualista.
>
> Bulgákov pertenece incuestionablemente a esta categoría de individuos, por lo que no es aventurado pronosticar que no menoscabará ni un ápice de su talento para filtrar, en *Almas muertas*, las ideas que ya afloraron en sus propias obras. No es un secreto para nadie que cualquier obra clásica, incluso sin modificarla, puede ser presentada al público con un aspecto diferente y bajo una nueva luz.
>
> Mucho me temo que si Bulgákov permanece en el equipo artístico pueda hacer de *Almas muertas* un espectáculo aparente, tal vez interesante, pero hostil a la sociedad soviética hasta la médula.
>
> Por estos motivos me siento obligado a comunicarles mis consideraciones, a fin de que se puedan tomar las medidas preventivas oportunas con suficiente antelación.

Ni que decir tiene que las «medidas» se tomaron: *Almas muertas* no se estrenó esa temporada, ni la siguiente, ni la otra...

A principios de 1931, Bulgákov expresa su estado de ánimo en el borrador de un poema que titula «Funérailles»:

> En cuanto las ratas del subsuelo
> interrumpan sus agudos chillidos

> mi cabeza cana se abatirá
> sobre una hoja inacabada.

Las «ratas del subsuelo» no son sólo una metáfora poética: son los Guepeújov de carne y hueso y sus jefes de la Lubianka que acechaban y emponzoñaban su vida, y de cuyos «chillidos» sólo la muerte podría librarlo. Hace tiempo que para Bulgákov no es ningún secreto que vive objeto de una vigilancia siniestra y voraz. Tampoco se le escapa que alguien más que su destinatario lee su correspondencia. A veces, da la impresión de que en sus cartas (como la que le envía a su hermano en el extranjero), Bulgákov introduce con premeditación algunas frases astutas destinadas a esas miradas ajenas. Y a veces, llevado por la indestructible fantasía del comediógrafo, Bulgákov incluso divierte a sus espías escribiendo relatos enteros, con auténticas mistificaciones que rayan el humor negro.

De otro modo no se explica, por ejemplo, un informe dirigido al jefe del servicio político secreto, Agránov, que procedía de una «fuente» y que recogía las palabras del escritor Lérner:

> Lérner le ha explicado a su fuente que a Bulgákov se le mantiene con la boca cerrada. Él mismo lo sabe. Escriba lo que escriba, no se publicará. Bulgákov ha apostado por la astucia.
>
> Presentó su nueva obra teatral, *Blini* [La torta], como si la hubiera escrito un obrero cualquiera. Todo iba sobre ruedas: la obra había recorrido todas las instancias y todo tipo de calamidades. Pero... en el momento crucial, Bulgákov habla más de la cuenta, se desata la tormenta y todo queda en agua de borrajas...

¿De dónde ha salido esta prodigiosa historia tan en la línea de los relatos de Bulgákov, un hecho ignorado por todos sus biógrafos y que parodia con un verismo fuera de dudas la situación en que vive? Con toda certeza, sin la participación de Bulgákov es casi inconcebible: fantasee un poco, déjese ver bromeando en compañía de algunos escritores, suelte una patraña... no lo dude, llegará a quien tenga que llegarle. ¡Cómanse mi torta! ¡Que aproveche! ¿Prohíben la puesta en escena de mis obras? Entonces, ¡las representaré en mi vida real y, además, vosotros participaréis en ellas!

En mayo de 1931, Bulgákov lleva a cabo un nuevo intento para que su voz llegue a Stalin: le dirige una nueva solicitud para viajar al extranjero. En el borrador de la carta, Bulgákov expresa su deseo de que el jefe sea su primer lector (un claro guiño a la época de Nicolás I, cuando el propio zar era el censor de las obras de Pushkin), pero decide suprimir el pasaje: es una comparación demasiado arriesgada. Y la vuelve a redactar. Habla de sí mismo como de un lobo solitario, en el ancho campo de la literatura soviética, un lobo al que han aniquilado. La psicología de Bulgákov «encaja perfectamente con la de un recluso». Su conclusión: «Necesito ver mundo y, después de verlo, regresar. Esta es la clave. [...] ¿Acaso no veré otros países hasta el fin de mis días?». Le recuerda a Stalin la pregunta que él mismo le formuló por teléfono: «Entonces, ¿de veras necesita partir al extranjero?».

Es decir, ese lobo solitario y acorralado pide que le permitan ir a dar un paseo por el bosque, para cobrar aliento y reponerse, hasta el otoño...

Y finaliza la carta con lo que se había convertido en una auténtica obsesión, su deseo de verle y conversar personalmente con él, tal como le propuso Stalin. «Mi sueño de escritor se sustenta en que me invite a hablar en persona con usted...»

En respuesta, un silencio sepulcral. Y cuanto más prolongado es, más se apodera la inquietud de Bulgákov, una inquietud rayana en la desesperación. Por entonces había caído gravemente enfermo: agotamiento nervioso, neurastenia, ataques de repentina tristeza, de terror y angustia, hasta el extremo de ya no poder salir a la calle.

Pero la respuesta no llegaba.

De repente, a principios de 1932 se hizo la luz. Stalin asistió a un espectáculo en el Teatro Artístico. En el momento de partir, relajado y de buen humor, preguntó:

–¿Por qué ya no reponen *Los días de los Turbín*?

¡Un trueno en medio de un cielo despejado! Los acontecimientos se precipitaron.

Informe del Departamento Secreto, n.º 181.

El 21 de enero de 1932, Bulgákov hizo una visita a la sede del Vseroskomdram, el Comité panruso de dramaturgos. Cuando se habló sobre la autorización de uno de sus espectáculos, Bulgákov dijo: «Estoy emocionado. A partir de ahora trabajaré como lo hacía antes. Actualmente trabajo, por la mañana, en *Molière*, por la tarde en *Almas muertas* y, por la noche en una nueva adaptación de *Los días de los Turbín.* Yo mismo actuaré en la obra porque no quiero que nada se tuerza y deseo tener un trabajo estable.

Se refiere al trabajo de «actor», añade la «fuente» para despejar dudas. Bulgákov no bromeaba: se dedicaba en cuerpo y alma a tres proyectos simultáneos. Y también ejerció como actor. El informe sólo se equivocaba en el título de la obra en la que deseaba participar. No era en *Los días de los Turbín* sino en *Las aventuras de M. Pickwick*, donde se reservó el papel de juez.

Bulgákov se sumerge en una vorágine de proyectos, abandonánse por completo a la voluntad de su destino. Además del libro en prosa sobre Molière y de la adaptación teatral de *Almas muertas* (recibió autorización para la puesta en escena de esta obra), concluye una nueva pieza, *Adán y Eva*, en la que por fin arranca de su hígado la daga mordaz del anhelo social. En uno de los pasajes finales de la obra, aparece la siguiente frase dirigida a uno de los personajes: «Nunca alcanzarás a comprender a quienes organizan la humanidad... ¡Ve, el secretario general quiere verte!».

Aunque no Bulgákov, al menos uno de sus personajes sí que va a ver al secretario general. El autor no tiene tiempo de visitarlo, está absorto en la escritura de su novela sobre el Maestro y Cristo, una obra que había destruido con sus propias manos y que en ese momento resurgía de las cenizas al escribirla de nuevo.

Un nuevo episodio se trenza en la inagotable trama de su vida. Envían a su encuentro a un nuevo personaje, un hombre cuyo nombre rima con OGPU: Benabu, el señor Sidney Benabu. Míreselo como se mire, la cosa huele a espionaje.

Confidencial

En Moscú reside actualmente el súbdito británico Sidney Benabu, en viaje por asuntos relacionados con el Glavkontseskom, el Comité principal de concesiones, y que es, según

> nuestras fuentes, un agente de los servicios de inteligencia.
>
> A finales de marzo, Benabu organizó una velada en su casa en honor del dramaturgo Bulgákov. Benabu procuró no hablar a nadie de esa velada con Bulgákov, y advirtió de ello a sus amigos.
>
> Les pedimos que nos informen de cualquier dato concerniente a Bulgákov, sus vínculos y entorno, así como si él no es su colaborador secreto.

Menudo argumento para una novela, y ¡qué pena que Bulgákov no hubiera sabido nada! ¿Hubiera dejado escapar la oportunidad de divertirse un poco? Incluso las firmas que aparecen al final del documento parecen salidas de un relato satírico: Pravdine y Tchertov, los camaradas Justo y Diablo.

Por fortuna para Bulgákov, el caso Benabu no fue más allá. En todo caso, el expediente de los archivos no contiene ningún documento que se refiera al tema y se ignora la respuesta del servicio político secreto.

En la misma época, tal como Yelena Serguéyevna, su mujer, informa de ello en su diario, Bulgákov tuvo un encuentro mucho más notable con otro extranjero: Édouard Herriot, el anciano presidente del Consejo Francés que reconoció la URSS en 1924.

Después de una representación de *Los días de los Turbín*, Herriot hizo que le presentaran al autor. Le felicitó y le formuló una pregunta inesperada:

–¿Ha estado en el extranjero?

–Jamás.

–¿Por qué?

–Se requiere una invitación y la autorización del gobierno soviético.

–Yo le invito.

Pero en la triste realidad de la época de pronto sopló el viento frío de la certeza barriendo la brisa cálida llegada de Francia. Bulgákov supo del arresto de otro de sus amigos, el dramaturgo Nikolái Erdmann.[28] Yelena Serguéyevna escribió en su diario:

Durante la noche, M. A. ha quemado una parte de su novela. Si Bulgákov debe ser enviado a alguna parte, será a una dirección muy diferente a la que le invita Herriot.

En marzo de 1934, Stalin visita de nuevo el Teatro Artístico. Y otra vez se interesa por Bulgákov: ¿cómo le va? ¿Trabaja en el teatro? Es suficiente para que renazcan sus esperanzas: Bulgákov realiza otra tentativa de abrirse paso en el vasto mundo, redacta una nueva solicitud para poder viajar con su mujer dos meses al extranjero, con la excusa de una gira de la compañía teatral fuera de la URSS. Pide ayuda a Gorki. En esta ocasión el éxito parece garantizado. Una vez rellenados los formularios, los funcionarios les aseguran que pronto recibirán los pasaportes. Le llueven las felicitaciones. Sí, sí. ¡París, París! *Bonjour, monsieur Molière!*

«¡No soy un prisionero! –exclama presa de júbilo Bulgákov–. ¡Voy a ver el mundo!»

Se suceden los aplazamientos, y después, tras innumerables retrasos, finalmente llega la negativa. Todos los actores que han formulado la solicitud reciben los correspondientes pasaportes..., todos excepto Bulgákov.

En la calle, de regreso a casa, se encuentra indispuesto. Comienza un nuevo período negro: crisis de nervios, agorafobia, miedo a la soledad y a la muerte. La ofensa, la humillación ha sido tan inmensa que, sin poder reprimirse, escribe de nuevo a Stalin. Le cuenta lo sucedido y le ruega que interceda por él. Naturalmente, no hay respuesta. Ya no queda adónde dirigirse.

Y como siempre sucede con Bulgákov, ese estado de ánimo sombrío se traduce en literatura, se vierte en las páginas del texto. En el cuaderno que cobija la novela aparece el borrador del capítulo «La noche». El Maestro y Satanás-Voland sobrevuelan la tierra montados a lomos de unos caballos negros. Abajo resplandecen las luces de una ciudad ignorada. «Nunca he visto nada. Me he pasado la vida como un prisionero. Soy ciego y pobre», dice el Maestro.

Y más adelante, en el borrador del capítulo «El último recorrido», Voland decide de una vez por todas el destino del Maestro: «Se te ha recompensado... Y recibirás lo que mereces. Me han dado una orden. De todo punto agradable. Me han ordenado... que me los lleve...».

La frase se interrumpe aquí.

A uno se lo «llevan» a la tumba… O a los Cielos.

El 23 de mayo de 1935 llega a la Lubianka el siguiente informe firmado por un agente secreto:

> Bulgákov sufre una especie de trastorno nervioso. Dice que no puede ir solo por la calle y que incluso tienen que acompañarlo al teatro, de día. Trabaja en exceso. Ha finalizado las versiones cinematográficas de *Almas muertas* y *El inspector* y ahora está acabando una obra para el Teatro de la Sátira. Ha firmado un contrato con el teatro Vajtángov.
>
> Dos son los principales motivos de su estado anímico: «Me ha ofendido terriblemente el rechazo del visado para viajar al extranjero. A buen seguro, me acosan hasta hoy. Quería emprender la escritura de un gran libro de relatos de viajes. Por ahora, me da miedo publicar una novela sobre la vida en la URSS. Si no es optimista, me acusarán de mantener una actitud hostil. Y si es enérgica, acusarán de conformista y nadie me tomará en serio. Esta es la razón por la que prefiero empezar un libro sobre un tema extranjero: sería como un puente para mi regreso a la literatura. Pero no me dejan cruzarlo, veo la desconfianza hacia mí, como si fuera un pequeño estafador...
>
> »Tengo una nueva familia a la que amo. Me voy con mi mujer pero los niños se quedan aquí. ¿Acaso debería quedarme? ¿O irme sin más miramientos, echando a perder mi vida definitivamente? No creo que la GPU haya prohibido mi viaje. Sólo es un ajuste de cuentas literario, y se esfuerzan en provocarme con pequeñas infamias».
>
> El segundo motivo: «En el Teatro Artístico es imposible trabajar. Me oprime el ambiente que han creado estos dos viejos, Stanislavski y Dánchenko. Ya chochean y desprecian todo lo que no tenga más de doscientos años. Si trabajara en un teatro joven, me arrastraría para salir del cascarón, para competir con los más jóvenes; en cambio, aquí todo es rancio, honorable y está alejado de la vida. Si pudiera quitarme de la cabeza la idea de que me acechan, me iría a otro teatro, donde con toda certeza rejuvenecería».

Y la persecución que sufría ya se había vuelto constante. Yelena Serguéyevna cuenta cómo una noche decidieron salir a divertirse un poco. Se subieron al primer autobús que pasó y este acabo dejándolos a las puertas del restaurante Nacional. Allí mismo se metieron. Al entrar, se dieron de bruces con el chófer de un norteamericano que conocían, quien se

mostró sospechosamente amable, les deseó que les aproveche la cena y se ofreció a llevarlos a casa cuando hubieran cenado.

Y la cosa no paró ahí.

El ambiente en el restaurante es soso, pero la comida estaba buena. Mientras cenan vieron entrar a un joven mal vestido y de maneras toscas. El joven pidió una botella de cerveza y se sentó a observarlos con descaro, sin probar la bebida.

–¡Qué lata! –protestó Mijaíl Afanásievich.

Pagaron la cuenta y salieron. Al darse la vuelta tropezaron con la mirada del joven que había salido tras ellos y los miraba desde lo alto de la escalera, sin molestarse en disimular. Ya en la calle lo volvieron a ver, sin el abrigo, susurrándole algo al oído al botones. Probablemente, quería asegurarse de que no se marcharan en el coche de algún extranjero.

Cuando entraron al metro, soltaron la carcajada. ¡Qué demonios! ¡Ni un filete podían comerse tranquilamente!

En febrero de 1936, la obra sobre Molière se estrenó por fin en el Teatro Artístico y cosechó un gran éxito. Sin embargo, la alegría duró poco. La habitual salva de disparos por parte de la prensa no se hizo de rogar. A la artillería de la crítica le siguió la carga de caballería, dirigida por sus colegas escritores: Olesha, Vsiévolod Ivánov, Afinoguénov... Ni siquiera había transcurrido un mes desde el estreno, cuando el *Pravda* le asestó el golpe de gracia con un artículo titulado: «Lustre exterior y falso contenido». El artículo de la redacción, sin firma, era, sin sombra de duda, una orden directa de Stalin. El autor de la obra, rezaba el artículo, «intenta [...] introducir una mirada reaccionaria, según la cual la obra artística obedece al principio del arte por el arte»...

–¡Es el fin de *Molière*! –constató Bulgákov.

Ese mismo día el espectáculo fue retirado del repertorio.

–¡Escríbeles! ¡Justifícate! ¡Discúlpate! –le aconsejaban con insistencia sus amigos al unísono.

¿De qué se iba a disculpar? ¡Ya había tenido bastante! ¡Ya no habría más cartas!

A la Lubianka no tardó en llegar un nuevo informe:

> El artículo del *Pravda* y la retirada de la obra de Bulgákov son los temas más manidos de conversación y motivo de desconcierto. Bulgákov se siente muy abatido, se ha acrecentado su temor de salir solo a la calle, aunque intenta esconderlo ante los demás. Todo excepto su aflicción a causa de que la representación de la obra teatral, en cuya preparación ha invertido más de cuatro años, se ha suspendido al cabo de siete funciones. Le asusta cuál será su destino como escritor: también han retirado de los escenarios su pieza *Iván Vasílievich* que, a fecha de hoy, debería estar representándose en el Teatro de la Sátira. Teme que los teatros corran un riesgo al aceptar sus obras, le inquieta en particular su *Aleksandr Pushkin,* que ya ha aceptado el Vajtángov. Naturalmente, le preocupa perder su nivel de vida desahogado. En las conversaciones acerca de los motivos de la retirada de la obra, Bulgákov no cesa de preguntar: «¿De veras es una obra tan mala?», y discute sobre las críticas publicadas en la prensa, que pasaban por alto el verdadero tema de la obra (la opresión del poeta por las autoridades). Cuando mi mujer le dijo que tenía suerte de que las críticas no aludieran al punto de vista político de la obra, le contestó con una ingenuidad aparente: «¿Acaso hay un sentido político en mi *Molière*?», y no añadió nada más al respecto. Además, Bulgákov hizo caso omiso a mis intentos de persuadirle para que escribiera una obra auténticamente soviética. Según mis observaciones, esta cuestión le ha asaltado varias veces pero le ha faltado resolución o el impulso necesario para llevarlo a cabo.
>
> En el teatro le han propuesto que escriba una declaración pero teme hacerla. Por lo visto, considera que podría poner en entredicho su condición de escritor independiente y que, si lo hiciera, se situaría al mismo nivel que «los arrepentidos y los aduladores». Tal vez una conversación bien dirigida en el Comité Central le indujera a renunciar a su tema recurrente (en *La isla púrpura, Moliere* y *Aleksandr Pushkin):* la contraposición entre la libertad creativa del escritor y la opresión por parte del poder. Este tema se deriva, en gran medida, de su provincianismo y de su alienación del curso de la vida actual.

Este Guepeújov de turno proporcionó la información personal suficiente para su identificación. La denuncia data del 14 de marzo. La víspera, el 13 por la noche, Emmanuil Zhujovitski[29] visitó a Bulgákov y, como siempre, le agrió el ánimo con preguntas impertinentes.

Este personaje molesto y trajinero hacía varios años que orbitaba alrededor de Bulgákov. Por lo general se dejaba ver en compañía de extranjeros, desempeñando papeles estrafalarios: incierto agente literario, traductor o, simplemente, de consejero.

A Bulgákov no le inspiraba el menor afecto y cada una de sus visitas le sacaba de quicio.

–A usted le hace falta visitar una fábrica o el canal del mar Blanco[T9] junto con una brigada. Le acompañarían algunos mozalbetes que, aunque no sepan escribir, al menos le llevarían las maletas.

–No, no iré al canal del mar Blanco ni a la aldea vecina. Así me siento de fatigado –le espetó Bulgákov.

–Mijaíl Afanásievich, ¡está pasado de moda!

Zhujovitski se esfuma y al poco le telefonea de improviso para indagar con una pregunta lacerante como un puñal:

–¿Qué le escriben desde París?

O bien se inmiscuía en los trámites de la autorización para viajar al extranjero de los Bulgákov ante los correspondientes órganos. O bien trataba de convencer a Mijaíl Afanásievich para que escribiera una declaración donde abrazara el bolchevismo. Los Bulgákov estaban convencidos de la identidad real de Zhujovitski y le consideraban miembro de la «GPU doméstica». Por último, un día, no pudieron soportarlo más y le echaron de casa como a un perro. Lejos de quedarse con el rabo entre las piernas, volvió apesadumbrado más tarde, al filo de la medianoche («No cabe duda, le han hecho picadillo en la central...», escribe Yelena Serguéyevna, perspicaz, en su diario). No tardó en transmitirles un mensaje amenazador, visiblemente inspirado por sus mandamases: una de dos, o Bulgákov escribía una obra de propaganda o, por el contrario, se prohibiría *Los días de los Turbín.*

«En una palabra, un surtido completo: indagaciones, mentiras y provocación», comenta Yelena Serguéyevna. Para olvidarse de él, Bulgákov se aísla en su despacho, coge sus anteojos y se pone a contemplar la luna.

Sin duda, podría identificar a otros chivatos, pero no me apetece. Como decía Ósip Mandelstam: «Poco importa. Si no es uno, será otro».

Trabajar en el Teatro Artístico, que antaño consideraba su propia casa, se convirtió en una actividad insoportable para Bulgákov. Por eso aceptó una

plaza como libretista en el Bolshói.

El círculo de allegados se había reducido al mínimo. En la primavera de 1936, los chequistas arrestan a Nikolái Liamin,[30] filólogo, especialista en literatura europea. Bulgákov acudía a su casa para leerle sus últimos trabajos y le consideraba su mejor amigo. «Destruye las cartas de Misha!»,[T10] le susurró Liamin a su mujer al despedirse de ella. En verano comienzan los procesos (Kámenev y Zinóviev son los primeros) y la bacanal de arrestos masivos, que luego se conocerán como el Gran Terror; la sanguinolenta picadora acaba de ponerse en marcha, una cosecha de muerte abundante.

Hace tiempo que su casa no es un refugio seguro. El 7 de noviembre, la fiesta de la Revolución, los Bulgákov reciben a algunos invitados en casa. Entre los comensales discurre una conversación nada excepcional, cuyo contenido aterriza con gran celeridad sobre la mesa del agente de la OGPU, Shivárov, en forma de denuncia. El delator revelaba algunos propósitos de Bulgákov:

> Ahora soy un funcionario que percibe un salario mensual. Y mientras no me echen, puedo estar contento. Escribo un libreto para dos óperas: una histórica y otra sobre la guerra civil. Si las óperas son buenas, las prohibirán de forma encubierta; si son malas, las prohibirán abiertamente. Todo el mundo me habla de mis equivocaciones, pero nadie de la principal: desde 1929-1930 tendría que haber abandonado la escritura. Parezco un hombre que se encaramara a una cucaña, puesto allí para que le estiren los pantalones hacia abajo para regocijo del público asistente. Me acosan como nunca se ha acosado a nadie: por arriba, por abajo y por los flancos. Y es que nunca me han prohibido oficialmente una obra, pero basta que un tipo aparezca en el teatro sugiriendo que se retire el espectáculo para que acto seguido sea suprimido del repertorio. Y para conferir a todo esto un aura de objetividad, ponen en mi contra un comparsa.
>
> En la historia de mi *Molière*, uno de los comparsas es Olesha que, inmerso en un estado de apatía literaria, escribirá cualquier cosa con el único propósito de que se le considere un escritor soviético, al que le dan de beber y comer durante un año y a quien le ofrecen la posibilidad de encubrir su vacío creativo.
>
> Hoy no hay ningún acontecimiento que atraiga mi atención. Bueno, está el juicio a los trotskistas, y luego vendrá otro, pero no soy un ciudadano que disfrute de todos los derechos para tener su propio juicio. Soy una persona vigilada, que de lo único que no goza es de escolta. Pase lo que pase en el país, hay algo que no va a variar: mi condición de perseguido. Por ejemplo, en tres o cuatro ocasiones he tenido ocasión de leer textos sobre los acontecimientos en España.

Madrid será tomada y habrá una matanza. Pero, de nuevo, si el tema me inspira y me decido a escribir algo al respecto, bajo ningún concepto se me permitirá publicarlo.

Sobre España sólo puede escribir Afinoguénov,[31] cuyas ilustres chapuzas serán encumbradas por las autoridades, que incluso encontrarán elevados mensajes ideológicos. Pero si a mí se me ocurriera escribir sobre España, al instante todos gritarían a coro: «¡Anda, mirad cómo se alegra Bulgákov de la victoria de los fascistas!».

Si al menos alguien me dijera directamente: «Bulgákov, no escribas nada más y ocúpate de otra cosa; vuelve, por ejemplo, a tu profesión de médico, dedícate a curar y te dejaremos en paz»... simplemente se lo agradecería. O, tal vez, soy un necio y ya me lo han dicho, sólo que no lo he comprendido.

Cronológicamente, este es el último documento del expediente de Bulgákov que se conserva en la Lubianka y al que hemos tenido acceso. Seguramente había otros. La vigilancia del escritor se mantuvo hasta el final de su vida; pero o los han destruido, o los ocultan hasta hoy. Pero con esto basta para nuestro relato.

A Bulgákov le quedaban tres años, cuatro meses y tres días de vida. Le esperaba aún un trabajo fanático y solitario, una dolorosa enfermedad, el amor de su mujer, algún raro éxito y momentos de alegría, nuevos enfrentamientos con los poderosos de este mundo, golpes e inevitables concesiones.

En su enfrentamiento con el poder, el diálogo con Stalin prosiguió hasta su muerte e incluso después, por boca de los personajes de Bulgákov. Cuando en una ocasión su esposa le comentó a propósito de un texto: «Otra vez escribes sobre él», Mijaíl Afanásievich replicó: «¡Sí, y lo sacaré en cada una de mis obras!».

No es de sorprender, entonces, que en un interrogatorio a Serguéi Yermolinski, amigo de Bulgákov, el instructor le dijera a gritos:

–¿Que no sabe en qué consiste su crimen? ¡Pues en hacer propaganda del supuesto escritor Bulgákov, un antisoviético, un contrarrevolucionario, un enviado de los cabrones emigrantes del bando blanco, al que por suerte la muerte se llevó a tiempo!

Es cierto que Bulgákov no fue detenido, pero se pasó toda su vida a la espera de que llamaran a su puerta, y siempre estuvo «bajo la férula» de las

autoridades. De ese modo corrió el mismo destino que muchos otros escritores, que fueron víctimas de «medidas coercitivas»: si no les detenían, les aplicaban otros métodos de represión más refinados, como la confiscación de manuscritos, la prohibición de publicar y de abandonar el país (una variante de arresto domiciliario); se les impedía trabajar, por lo que quedaban desprovistos de medios de subsistencia, y, en resumen, al aplicarles esas medidas, que afectaban a la salud psíquica de las víctimas y que variaban a su antojo, los precipitaban a la muerte. A pesar de que Bulgákov no se tenía por un héroe, hacía falta serlo para continuar escribiendo en estas circunstancias. En el poema que Anna Ajmátova escribió en recuerdo de Bulgákov, definió esta actitud como «admirable desprecio».

En resumen, en el duelo contra el *Vozhd* el Maestro salió vencedor, aunque no tuvo ocasión de celebrar su victoria.

Se diría que el mundo entero se había alzado contra el escritor para detener su pluma. «Había que ser un auténtico héroe para callar –escribía en su diario quemado y resucitado–, callar sin esperanza alguna de poder abrir la boca en el futuro. Por desgracia, no soy un héroe.» Cada una de sus intervenciones públicas provocaba una reacción contraria que lo hacía retroceder, volver a su fuero interno, a la hoja en blanco, a la palabra solitaria, en la que veía su único apoyo y salvación.

Pero allí había una voz que se desmarcaba del coro, una única voz «a favor». Una voz que, en resumidas cuentas, no sólo lo admiraba y justificaba, sino que también corroboraba que, en el futuro, se haría justicia al escritor.

LA VOZ DE UNA AMIGA

Esa voz amiga correspondía a Sofia Serguéyevna Kononóvich. En 1929, en el período de mayor desesperación en la vida de Bulgákov –que él llamaba el «año de la catástrofe», dado que todas sus obras fueron prohibidas–, esta mujer de veintiocho años, modesta bibliotecaria del Museo Politécnico de Moscú, tomó la iniciativa de escribir al autor. La carta fue interceptada y se

quedó en las dependencias de la OGPU. Como era de esperar, el nombre y la dirección del remitente fueron subrayados con todo énfasis y, probablemente, se tomaron las medidas pertinentes. Hasta donde sé, Sofia Kononóvich fue arrestada más adelante y pasó varios años encerrada en campos de internamiento.

Se desconoce si Bulgákov recibió esta misiva, de extensión considerable, pero merece la pena leerla. Sofia Kononóvich se rebelaba por el artículo de Bulgákov que aparecía en *Literatúrnaya entsiklopedia* [La enciclopedia literaria]. En él, los enciclopedistas oficiales recogían las principales críticas formuladas en contra del escritor («apoteosis del heroísmo blanco... rehabilitación del pasado... no ha sabido comprender... humor de periodista de poca monta») y concluía con una frase que parecía extraída de un informe de la OGPU: «Toda la trayectoria del escritor Bulgákov es la de un hombre hostil a la realidad soviética desde el punto de vista de clase. Bulgákov es un típico representante de las tendencias de la "emigración interior"».

Sofia Kononóvich se encontraba en total desacuerdo con esta valoración.

Estimado Mijaíl Afanásievich:

Hace mucho tiempo que deseaba escribirle pero no sabía cómo empezar... Es imposible pensar en sus obras sin llenar la imaginación de cosas más grandes, como Rusia y, por tanto, a fin de cuentas, de la propia vida.

Se le alaba y se le cubre de injurias. Todavía peor: le quieren silenciar, le desfiguran premeditadamente, se le «extirpa» de todas las publicaciones, se le atribuyen opiniones que no son suyas. Pero, sin embargo, usted no sólo tiene enemigos, también tiene admiradores. Cuando me devolvieron *La guardia blanca,* uno de mis colegas me dijo: «Es una obra buena, pero entiendo las barricadas que se levantan contra el autor». No creo que esté en lo cierto. Creo que sus obras están por encima de esos obstáculos insignificantes, a los que algunos llaman barricadas, y que vistos desde lo alto parecen tan pequeños. No puedo recordar, sin estremecerme, el sueño de Aliosha Turbín y sus palabras: «Para mí, todos vosotros sois iguales, todos los que habéis caído en combate». Esas palabras me provocan un sentimiento de gratitud profunda con la persona que las ha escrito...

No puedo jactarme de conocer la literatura moderna. No obstante, creo que no me equivoco si afirmo que hay un abismo insalvable entre usted y el resto de escritores. Qué duda cabe, se trata del miedo mezquino ante un gran talento, que empuja a sus detractores a acusarle de

«monárquico», de compartir las ideas del Ejército Negro y de infinidad de cosas más. Además, existen otras razones, tal vez más profundas si cabe, de las que no voy a hablar...

En realidad, creo que se continuarán leyendo sus obras mucho tiempo después de que hayamos abandonado este mundo, cuando los rosales de nuestras tumbas se hayan secado y muerto. Esta es la primera cuestión. La segunda es aún más importante. La literatura rusa, después de las bruscas sacudidas que ha sufrido, debe aportar un mensaje nuevo. Creo que usted es portador de ese mensaje, y si no usted, alguien que seguirá el camino que usted ha abierto. Porque su escritura alberga algo nuevo y verdadero, que corresponde al ritmo de nuestro tiempo. [...]

En cuanto al tema de sus obras, una de las cuestiones más importantes que usted plantea es la del honor. También la de la fuerza que está ligada estrechamente con la de las exigencias respecto al hombre: ¿dónde está la frontera entre la cobardía y el miedo natural por la propia vida? Por otra parte, plantear así esta cuestión, desde el punto de vista de una mujer, no deja de ser una actitud pasiva. El hombre, ¿cuándo puede y debe actuar? ¿En nombre de qué y cómo debe combatir? No se trata de una «receta», de la indicación de un ideal o del medio de conseguirlo: se trata de una pregunta importante dirigida a uno mismo, sin testigos, del derecho a levantar con orgullo la cabeza. ¿Qué grado de humillación puede soportarse? Usted ofrece la respuesta en *Diavoliada*. Y la última frase, «es preferible la muerte a la deshonra», alumbra con una nueva luz el itinerario de los personajes, a veces tragicómico, en ocasiones fantástico-realista. Y puede verse con claridad que en su humillación hay orgullo y en su pasividad, actividad (acaso no es el rechazo a una solución «cómoda» para salir de la vía muerta)... El heroísmo ruso no se parece al francés. Nuestra vida siempre ha sido más difícil y enmarañada, bastante incomprensible. [...]

Pero no se puede hablar de todo. Es el momento de acabar esta carta. Permítame desearle –también pensando en nosotros– que continúe escribiendo y publicando, para que su voz pueda llegar hasta nosotros. El aislamiento cultural, la ausencia de una sociedad unida, la hostilidad suspicaz en las relaciones entre los individuos, todo eso es penoso. Esta es una época triste, temible, difícil.

Una última cuestión: me gustaría que no mostrara esta carta a nadie. Desde luego, no contiene ningún secreto pero, cuando se escribe a alguien, no se hace para otros lectores...

9 de marzo de 1929

Da igual si esta carta se asemeja a un elogio fúnebre. Lo importante es que el diálogo más importante de toda la vida de Bulgákov no fue el que mantuvo con el líder, sino el que siempre lo unió a sus lectores. Ese diálogo siempre prevaleció, algo que ni Stalin ni la OGPU pudieron impedir.

---

1. Semión Guendin (1902-1938). Oficial instructor de la OGPU-NKVD e inspector de la sección especial. Ocupó varios cargos de responsabilidad y fue condenado a muerte en los años de la

represión.

2. T. D. Deribas (1883-1938). Jefe del Departamento Secreto de la GPU-OGPU entre los años 1923 y 1929. Más adelante, de 1934 a 1937 fue jefe del NKVD en la región del Lejano oriente. Fue fusilado.

3. K. A. Bolshakov (1895-1938). Poeta y novelista. Fue fusilado. S. F. Budantsev (1896-1940). Poeta. Novelista. Murió en el campo de trabajo de Kolymá. L. N. Savkin (E. Zabelin) (1905-1943). Poeta. Murió en el campo de trabajo de Kolymá.

4. A. C. Slavatinski (1892-1938). Colaborador de la sección de la policía secreta de la OGPU-NKVD. Fue víctima de la represión y fusilado.

5. P. I. Lébedev-Polianski (1881-1948). Hombre de letras, crítico, ensayista. Fue uno de los creadores de la maquinaria de la censura soviética, dirigió el Glavlit entre 1921 y 1930.

6. K. V. Pauker (1893-1937). Jefe del Departamento de Operaciones de la GPU-OGPU entre 1923 y 1934. Fusilado.

7. G. Y. Vráchov (1897-1937). Responsable de la séptima, primero, y de la quinta sección del servicio secreto de la OGPU, después, la encargada del enfrentamiento a «manifestaciones antisoviéticas entre la *intelligentsia*, la juventud y las agrupaciones y partidos de derechas». Fusilado.

8. En la redacción de *Gudok*, Bulgákov se encargaba de dar forma literaria a las cartas de los lectores, aparte de escribir sus propias crónicas.

9. *Nakanune* [En las vísperas] fue un periódico de la emigración rusa, publicado en Berlín.

10. N. S. Angarski (Klestov) (1873-1941). Personalidad de renombre, crítico literario, editor. Fue fusilado.

11. Niedra [Entrañas] era una editorial moscovita.

12. Liubov Yevguénievna Belozérskaya, segunda esposa de Bulgákov.

13. I. M. Vasilievski (Niebukva) (1882-1938). Escritor. Fue fusilado.

14. Agencia de información, órgano propagandístico del Ejército Blanco.

15. Publicaciones de los emigrados rusos.

16. M. Y. Levidov (1891-1942). Periodista, crítico, dramaturgo. Fue fusilado.

17. A. F. Rutkovski (1894-1943). Desde 1921 ocupó diversos puestos de dirección en la policía secreta de la Checa y la GPU-OGPU. Fue condenado a diez años de reclusión en los campos en 1941. Murió en el campo de trabajo de Privolzhie.

18. N. J. Shivárov (1898-1940). Funcionario e instructor de la Checa. En 1937 fue arrestado y asesinado en un campo.

19. K. B. Rádek (Sobelson) (1885-1939). Dirigente del Partido y periodista. Según la versión oficial, murió en un campo de trabajo a manos de presos comunes. No obstante, según se supo hace poco, su muerte fue obra de chequistas disfrazados de presos que ejecutaban una orden de Stalin.

20. I. M. Novokshenov (1895-1943). Prosista y dramaturgo. Murió cumpliendo condena en 1938.

21. A. P. Smirnov (1878-1938). Dirigente del Partido y el gobierno, ocupó el puesto de Secretario del Comité Central del VKP(b). Fue fusilado.

22. N. N. Lérner (1884-1946). Escritor, dramaturgo, autor de una serie de obras de teatro de tema histórico.

23. Glaviskusstvo es el nombre con que se conocía a la Dirección de Arte del Comisariado del Pueblo de Educación de la RSFSR.

24. A. S. Enukidze (1877-1937). Dirigente del Partido y el gobierno. Fue fusilado.

25. K. S. Stanislavski (Alekseyev) (1863-1938). Dirigió el Teatro Artístico de Moscú junto a V. I. Nemírovich-Dánchenko (1858-1943).

26. N. V. Yegórov (1873-1955). Subdirector de administración y economía, encargado del Departamento Financiero del Teatro Artístico de Moscú.

27. P. S. Popov (1892-1964). Filólogo y primer biógrafo de Mijaíl Bulgákov. Entre los años 1930 y 1932 permaneció desterrado fuera de Moscú.

28. N. R. Erdmann (1900-1970). Dramaturgo, guionista, poeta. En 1933 fue enviado a Siberia para un destierro que duró tres años.

29. E. L. Zhujovitski (1881-1937). Escritor y traductor. Fue fusilado.

30. N. N. Liamin (1892-1942?). Filólogo, especialista en literaturas románicas. En 1936 fue condenado a tres años de reclusión en los campos de trabajo. En 1942 le cayó una nueva condena de ocho años.

31. A. N. Afinoguénov (1904-1941). Dramaturgo. Autor de la obra teatral *¡Salud, España!* En 1937 fue expulsado del Partido y la Unión de Escritores para ser readmitido un año más tarde. Murió en la sede del Comité Central durante un bombardeo.

T1 Diccionario enciclopédico ruso compuesto por 82 volúmenes publicado en San Petersburgo entre 1890 y 1907. *(N. de los T.)*

T2 Vladímir Mijáilovich Kirshón (1902-1938). Dramaturgo ruso. La mayoría de sus obras tratan temas sociales del nuevo orden comunista. En 1937 fue expulsado del Partido y represaliado. Fue rehabilitado póstumamente. *(N. de los T.)*

T3 En ruso Gosstraj es el acrónimo de *Gosudártsvennoe strajovanie* (Agencia Estatal de Seguros) y a su vez la palabra *straj,* significa «miedo». Así, el judío, que se encuentra en la plaza donde se ubica el edificio central de la Lubianka, aprovecha el acrónimo para hacer un juego de palabras con *uzhas,* «terror», y crear un nuevo acrónimo, *Gossuzhas,* de *Gosudárstvenni uzhas* («Terror estatal»). *(N. de los T.)*

T4 Vera Inber (1890-1972). Poeta soviética cuyo poema «Cinco noches y días», escrito a la memoria de Lenin, le valió un gran reconocimiento. *(N. de los T.)*

T5 La expresión rusa *miesta ne stol otdalionnie* tiene su origen en la legislación rusa previa a la Revolución. En el siglo XIX las penas se dividían en «lugares distantes», o sea, los destierros en zonas como Siberia oriental o Sajalín, y los «lugares no tan distantes», en los que se incluía todo el territorio ruso hasta los Urales, por el este, y hasta Karelia, por el norte. En la literatura rusa se empleaba esta expresión como sinónimo de destierro. *(N. de los T.)*

T6 General que tomó el mando de las tropas del Ejército Blanco a partir de 1920. *(N. de los T.)*

T7 *Petliurovschina:* movimiento autonomista de la burguesía nacionalista ucraniana en favor de la independencia de Ucrania y período asociado a este. Debe su nombre a Simón Petliura (1879-1926), presidente del Directorio de la República nacional de Ucrania en los años 1919-1920 *(N. de los T.)*.

T8 Antigua medida rusa que equivale a 71 cm. *(N. de los T.)*

T9 El canal del mar Blanco-mar Báltico (en ruso *Belomorsko-Baltiiski kanal)* se abrió el 2 de agosto de 1933. Fue un proyecto personal de Stalin y durante su construcción murieron alrededor de 100.000 prisioneros del Gulag. *(N. de los T.)*

T10 Apelativo afectuoso de Mijaíl. *(N. de los T.)*

Marina, Ariadna, Serguéi
Marina Tsvietáieva

Marina Tsvietáieva tendría hoy más de cien años… El solo hecho de imaginarla con esa edad resulta inconcebible, imposible. Tsvietáieva es ante todo y lo será siempre la poetisa de la juventud, la pasión, el amor; una poetisa sin edad…

Tsvietáieva es un eterno reproche a todos: ¿cómo pudieron vivir, convivir con ella, de ese modo? Sin prestarle ayuda, sin guardarla en este mundo, privándola hasta de la más mínima porción de sustento. Con ello, se confirmó una amarga verdad: mientras mayor es el talento de un artista, mayor será la ingratitud con que le pagarán sus contemporáneos. Al matar la belleza que hay en ellos, se dan muerte a sí mismos. Los poetas, entretanto, siempre responden con el eco de sus palabras…

No existen poetas sin leyenda, pero tampoco sin un destino inscrito en la vida real. Tsvietáieva, nuestra poeta, sigue siendo una figura misteriosa e inalcanzable. Sus archivos personales, por indicación de su hija Ariadna, no debían ser desclasificados hasta el año 2000. También pueden reseguirse las huellas de su destino, de sus últimos años, en las oscuras entrañas de los archivos de la Lubianka. Algunos documentos, que ya han visto la luz, se han convertido en patrimonio del lector. Pero aún queda mucho en la sombra. El descubrimiento de Tsvietáieva prosigue.

En junio de 1939 Marina Tsvietáieva vuelve a la Unión Soviética después de los años de la emigración junto a su hijo Gueorgui (Mur), de catorce años. La patria la acoge como una madrastra recelosa. A los ojos de las autoridades, Tsvietáieva no era una escritora respetada ni una ciudadana de pleno derecho; más bien era una mujer sospechosa, próxima a la Guardia

Blanca. También era la esposa de un agente soviético que había fracasado en París...

En el camino hacia la verdad, el ser humano debe trepar una escalera penosa en la que el primer tramo siempre es el rechazo de las creencias. Tsvietáieva, ¿la mujer de un chequista? No hace mucho tiempo, los rumores sobre este tema suscitaban protestas airadas y reacciones de rechazo. ¿De veras Serguéi Efrón era un espía soviético? En la actualidad se sabe de buena tinta que así era. ¿Y Marina? La cuestión no se limita a saber si estaba al corriente de las actividades de su marido, sino desde cuándo lo supo.

Su marido y su hija Ariadna habían llegado a Moscú dos años antes; ahora toda la familia estaba reunida. Pero no iba a ser así durante mucho tiempo. El destino sólo les concedió dos meses antes de la catástrofe. Marina intuía lo que iba a suceder: no sin motivo recibía el apelativo de «bruja». En el barco que la llevaba de vuelta a Rusia presagió: «Voy a morir...».

La primera noticia que tuvo cuando llegó a la dacha de Bolshevo, donde el NKVD alojaba a los agentes que regresaron de París después del fiasco (el matrimonio Klepinin y su marido Efrón), la golpeó como un mazazo: su hermana Anastasia purgaba una condena en un campo de trabajo.[1]

Diecisiete años antes, cuando Marina abandonó el país, un hombre que apenas conocía se le acercó para prevenirle: «Hay un chequista en el mismo vagón que usted. No hable demasiado». Se había marchado con un chequista, volvía para vivir con chequistas y en una casa del Estado. Tenían que encubrir su presencia, vivir de incógnito, desconfiar de cada acto y cada palabra de tal forma que no perjudicara a sus allegados.

En agosto de 1939 se suceden los primeros acontecimientos, de los que Tsvietáieva dirá:

> (Me deshago de la herida. Carne cruda. Breve:)
>
> La noche del 27, el arresto de Alia. Alia está alegre, resiste con valentía. Bromea... ¡Se va sin despedirse! Yo: Alia, ¿cómo puedes irte sin despedirte de nadie? Ella, cubierta de lágrimas, hace un signo con la mano, por detrás de la espalda. El comandante (un anciano bondadoso): Es mejor *así.* Con las despedidas largas, hay demasiadas lágrimas...

El día despuntaba cuando se llevaron a Ariadna en un Emka[T1] negro. Miró a través de la ventana trasera y, entre las lágrimas, vio la escalinata y a los seres queridos que estaban allí, desesperados y pálidos, agitando las manos. Ella intentó calmarse: sólo serían unos días. Estudiarían su caso y la dejarían en libertad. ¿Cómo podía imaginar siquiera que acababa de dejar a los suyos para siempre?

Desde hacía tiempo, los chequistas tejían una red alrededor de la casa. Ahora, empezaban a tirar de ella.

Tenía veintiséis años. Periodista y pintora, defensora abnegada del poder soviético, había vuelto de París para ayudar a su pueblo a construir el socialismo. Pues bien, la acusaban de ser... una espía francesa. Una denuncia apoyaba la acusación. El autor: uno de sus antiguos amigos, el periodista Pável Tolstói, detenido unos días antes:

> En mi trabajo de espionaje, he estado vinculado con Efrón, Ariadna Serguéyevna, colaboradora de la publicación francesa *Revue de Moskvá* [Revista de Moscú].

El primer interrogatorio, dirigido por el oficial instructor en jefe teniente N. M. Kuzminov, no aportó nada: Ariadna negó la acusación. La dejaron en paz durante una semana antes de apretarle las tuercas.

Quince años más tarde, después de la muerte de Stalin, Ariadna explicó a los magistrados encargados de la revisión de su proceso lo que pasó en la Lubianka (las declaraciones se guardan en su expediente):

> Cuando me arrestaron, la instrucción me exigió: 1) la confesión de que era una agente de los servicios de información franceses; 2) la confesión de que mi padre estaba al corriente de todo; 3) la confesión de que sabía que mi padre pertenecía a los servicios de información franceses. Me pegaron de buenas a primeras.
>
> Me interrogaban noche y día, sin interrupción, en la celda; no me dejaban dormir, me encerraron en un calabozo con los pies descalzos, desnuda; me daban golpes de porra, me amenazaban con fusilarme, etcétera.

En otra solicitud añade:

> No sólo me amenazaban, hacían simulacros de fusilamiento. A todas las súplicas de que me mostraran alguna prueba de culpabilidad, de que me confrontaran con las personas que habían testificado el crimen, me respondían con improperios.

Los chequistas no le ocultan que es inútil abrigar esperanzas: si el comisario del Pueblo en persona, el camarada Beria, había firmado la orden de arresto, sólo había una salida: declararse culpable.

Naturalmente, los documentos de la instrucción no revelan estos detalles y disimulan la infamia chequista con ayuda de las fórmulas preestablecidas. Sin embargo, todo parece indicar que, al principio, Ariadna se muestra firme: la primera semana soporta los interrogatorios, que se prolongan durante ocho horas sin interrupción. No obtienen ningún resultado. Entonces se le aplican medidas más severas: el calabozo y un simulacro de ejecución. Después de la traumática experiencia, la llevan ante los oficiales instructores, le dan una hoja de papel y le ordenan: «¡Si no quieres hablar, escribe!».

Y se pone a escribir. Explica con detalle y sinceridad los acontecimientos de su vida a partir de la infancia, habla de sus padres y de su existencia difícil y miserable durante la emigración.

> Entre 1925 y 1929, mi madre prosiguió su colaboración con las ediciones de la emigración y ganaba algo de dinero, con mayor o menor regularidad, gracias a su trabajo literario. Desde 1929, sin embargo, la situación se volvió cada vez más difícil. Durante toda su estancia en el extranjero no estuvo vinculada a ningún grupo político. No participó en la vida política de la emigración.
>
> Durante la última visita de Vladímir Mayakovski a París, accediendo a la petición del consejo de redacción de *Evrasia* [Eurasia], intervino en las páginas del periódico con unas palabras de bienvenida. Su intervención provocó la indignación entre los círculos de emigrados y, a partir de entonces, sólo se publicaban escritos suyos a regañadientes...
>
> Después del cierre de *Evrasia,* atravesamos serias dificultades económicas. De vez en cuando, mi padre encontraba algún empleo eventual (consiguió trabajo como figurante para el cine), los honorarios de mi madre se volvieron irregulares y yo aportaba algún dinero cosiendo en casa.

En 1931 Serguéi Efrón cae gravemente enfermo: una tercera recaída de tuberculosis. El ambiente en la casa se torna sombrío. Una vez, Ariadna se queda a solas con su padre. Él yace en cama, se encuentra muy mal. Le pide a su hija que se siente a su lado, la abraza, le acaricia los cabellos y de repente rompe en sollozos.

> Tenía mucho miedo –rememora Ariadna– y también yo me eché a llorar... Me dijo: «Estoy arruinando vuestras vidas, la de tu madre y la tuya». Pensé que le atormentaban las condiciones tan penosas en que vivíamos y que él nada podía hacer para evitar. Intenté consolarle diciéndole que no vivíamos peor que el resto y que nuestra situación material, aunque era difícil, tampoco era para desesperarse.
>
> Entonces papá me dijo: «Aún eres muy joven y no sabes nada, no comprendes nada. Que Dios te guarde de experimentar un día tan triste como el mío». [...] Para él, la vida sólo podía empeorar y ser más dura. Pensaba que esta conversación obedecía a que mi padre estaba enfermo, y le dije: «Cuando te pongas bueno y puedas trabajar, sin duda todo irá mejor». Entonces papá repitió una vez más que yo aún era una niña y que no sabía nada, que temía haber causado la ruina de su familia y añadió: «No sabes ni puedes imaginarte qué duro es para mí, estoy atrapado como una mosca en una telaraña, y no tengo ninguna salida».
>
> Después me dijo que debía estudiar y trabajar, tratar de abrirme camino en la vida, convertirme en una persona adulta, que era demasiado pasiva y que pensaba poco en el futuro, en mi vida. Después añadió: «¿No sería mejor que os dejara vivir solas?». Eso me asustó. Le dije que bajo ningún concepto debería hacerlo, que éramos una familia unida y que lo mejor para todos era que afrontáramos unidos las dificultades que se nos presentaran. Después me preguntó si lo quería. Por supuesto, le dije que sí. Él reflexionó y me dijo: «Tu madre me ama mucho y juntos hemos pasado muchas vicisitudes». Después me rogó que no le explicara nada de esta conversación a mi madre para que no se intranquilizara. Le di mi palabra y no hable más de ello.

Al poco, Efrón se marcha para someterse a una cura en Savoir, en la pensión Château d’Arcine, cerca de la frontera suiza. Ariadna le visita y pasa un mes junto a él. Como de costumbre, está deprimido. Se esfuerza por entablar con ella una conversación seria. Comprende que su padre está considerando abandonar a la familia, divorciarse de su madre. Pero eso es algo completamente ilógico: sus padres han vivido siempre en armonía y se aman.

Sin embargo, cuando Serguéi Efrón vuelve a París, ha recobrado las fuerzas y se muestra más sereno. Parece que todos sus tormentos han

remitido al mismo tiempo que su enfermedad, ha atravesado una frontera importante. Ha cambiado mucho, incluso en su aspecto.

Se me hacía cada vez más evidente –recuerda Ariadna– que mi padre y los camaradas del grupo eurasiático[2] desarrollaban actividades secretas. Papá se ausentaba a menudo de casa, a veces durante días. Ni él ni los camaradas tenían un trabajo fijo; sin embargo, seguían adelante. En casa aparecieron periódicos y revistas soviéticas, y mi padre y sus camaradas debatían sobre temas relacionados con la URSS. A menudo, en mi presencia, criticaban enérgicamente los artículos antisoviéticos de la prensa de la emigración blanca.

Su comportamiento y sus conversaciones me llevaron a pensar que estaban realizando un trabajo importante para la Unión Soviética. Con el tiempo, determiné quién trabajaba en ese sector, quién estaba relacionado con quién y qué actitudes mostraban los unos hacia los otros. Así me enteré de que una parte de esas personas mantenía relaciones con círculos franceses y, otros, con círculos de la emigración blanca. También supe que mi padre ocupaba un cargo de responsabilidad en el seno de la Unión para el Regreso a la Patria.[T2] Más tarde, comprendí que estas actividades públicas constituían una tapadera para llevar a cabo operaciones secretas. Le pregunté a mi padre repetidas veces si podía incorporarme a su trabajo, pero cada vez que sacaba el tema a colación desviaba la conversación o respondía con una negativa, argumentando que era muy peligroso y que yo era demasiado joven, que trabajar como lo hacía él significaba poner en riesgo constante la vida...

Por entonces mi vida había tomado un cariz desgraciado... En casa las cosas no cuajaban, surgían discusiones y roces entre mi madre y yo... Poco después, gracias a unos amigos, conseguí un trabajo como enfermera en la consulta de un dentista. A consecuencia de eso me enemisté de una vez por todas con mi madre. Ella estaba decididamente en contra de que aceptara ese trabajo, necesitaba en todo momento que le ayudara en casa y me instó a que eligiera: o vivir en casa o el trabajo. «Si eliges el trabajo, todo habrá acabado entre nosotras.» Me incliné por el empleo. El trabajo era fatigoso, estudiaba allí, en el mismo lugar, apenas recibía dinero, trabajaba alrededor de doce horas al día, salía temprano de casa, regresaba tarde, las riñas y las discusiones con mi madre eran continuas...

Este período de vida en la emigración fue el más duro. Mi tentativa de trabajar por mi cuenta acabó de una manera deplorable... Aproveché una enfermedad para despedirme del empleo, donde me explotaban. «Volver» a casa (aunque en la práctica nunca la había dejado, porque todo ese tiempo había seguido viviendo con mi familia), reconocer ante los demás y ante mí misma que mi madre tenía razón, me resultaba imposible. Casi había cumplido veintiún años y era incapaz no sólo de vivir de forma independiente sino también de ganar algo de dinero para cubrir mis necesidades, por no hablar de las de mi familia...

Al no ver ninguna salida, decidí morir. [...] Aprovechando un momento de soledad en casa, abrí el gas. Mi padre, que entró por casualidad, me sacó de la cocina cuando estaba a punto de perder la conciencia y me reanimó. Tuvimos una conversación muy importante...

> Me dijo que mi acto era tan estúpido que hubiera podido ser irreparable, que era vergonzoso considerar, a mi edad, que todo estaba acabado puesto que aún tenía toda la vida por delante. Después me confesó que su vida era mucho más dura que la mía y que, sin embargo, continuaba viviendo. Si había alguien que debería desear la muerte, ese era él y no yo.

Los lectores pueden figurarse que los oficiales instructores no le habían confiado una pluma a Ariadna para que ella compartiera sus estados de ánimo. Les movían otras razones. Por este motivo, empezaron a surgir en la narración pasajes vagos y confusos, visiblemente inventados:

> En el transcurso de la conversación, que duró bastante tiempo, mi padre me confesó que estaba en un callejón sin salida, que nunca podría volver a la URSS. A mi pregunta de si había reparado sus antiguas faltas contra el poder soviético con su trabajo para la Unión Soviética, me respondió que él no podía corregir las faltas, que se había embrollado de tal manera que le resultaba imposible encontrar una salida, que no era libre de sus actos y que esa era la razón por la que en repetidas ocasiones había rechazado participar en las actividades a favor de la Unión Soviética. Cuando le pedí que precisara un poco más, me confió que no trabajaba sólo para la URSS, que no podía liberarse del asedio de unas manos que le sujetaban con firmeza. Esta confesión me sorprendió sobremanera, puesto que siempre había considerado que mi padre trabajaba sólo para la Unión Soviética.
>
> Entonces me dijo que se abría un único camino verdadero ante mí: volver a la Unión Soviética y comenzar una vida nueva, olvidar mi pasado y trabajar en lo que me gustaba, con rigor, sin dispersarme. Que debía olvidar la conversación que habíamos mantenido ese día y no explicársela nunca a nadie, en ninguna circunstancia. Le pregunté si no representaba un peligro para mí volver a la URSS. Me dijo que no corría ningún peligro, que a él se le conocía por ser un agente soviético.

Durante la conversación, Efrón promete a su hija que le procurará un pasaporte soviético y le aconseja que se adhiera a la Unión para el Regreso a la Patria, algo que hace de inmediato. Después, Ariadna informa que desconoce en qué consiste el trabajo secreto del padre; sin embargo, más adelante se descubre que parte de la gente con la que se relaciona su padre está relacionada a su vez con los servicios de inteligencia secretos en el extranjero...

Su padre cumple su palabra: Ariadna obtiene un pasaporte soviético y puede regresar a Rusia en 1937. Antes de la partida, Efrón le dice a su hija que sueña con enviar a Gueorgui, el hermano pequeño, de vuelta a la URSS,

después de ella. Sin embargo antes debe convencer a la madre pero, con toda certeza, ellos permanecerán en París.

No obstante, apenas un año después Serguéi Efrón y un grupo de camaradas, agentes secretos, llegan a Moscú. A su hija le explica su vuelta como la consecuencia del fracaso de una operación muy importante por la que se han visto forzados a huir: la policía francesa ha detenido a algunos de los miembros.

Esa «operación muy importante» es lo que se conoce como el caso Reiss. En otoño de 1937 se produce el asesinato de un tal Ignati Reiss. En realidad se trata de un agente soviético (Yan Poretski) de origen polaco que trabaja en París y que se niega a regresar a la URSS. En la prensa occidental se habla abiertamente de que la víctima había roto con el régimen estalinista, lo que pone en peligro la estructura clandestina soviética y obliga a Efrón a huir de París a toda prisa.

A pesar de todos sus esfuerzos, valiéndose tanto de torturas físicas como psíquicas, los oficiales instructores no consiguen sonsacar a Ariadna ninguna declaración concreta sobre sus actividades antisoviéticas. Reconoce, por supuesto, que su padre es un espía, pero ¡que trabaja para la Unión Soviética! En cuanto a las frases vagas relativas al trabajo para «otros», no aporta ninguna prueba.

Ariadna no señala nada sospechoso en el comportamiento de su padre. Es más, este es el único agente del grupo que ha abandonado París, es el único que ha respetado las reglas de seguridad de los agentes operativos hasta la letra pequeña, incluso cuando no había ningún motivo para ello: no se encontró con ninguno de sus antiguos conocidos y no frecuentó a ningún colega de su organización sin el permiso del NKVD.

El 27 de septiembre, Kuzminov, enfurecido, y su asistente, el subteniente A. I. Ivánov, someten a Ariadna a un interrogatorio intensivo. La duración del proceso no se precisa en el acta. De hecho, nunca sabremos lo que Ariadna, bajo tortura, declara a sus verdugos. Sólo tenemos una declaración pergeñada con su firma. Es evidente que en el acta utilizaron sus notas manuscritas y que, a partir de ellas, elaboraron una versión de su

declaración, revisada, corregida y completada con formulaciones y acusaciones tendenciosas vertidas por sus verdugos.

Además, los oficiales instructores aprovechan la ocasión para intentar implicar a Marina en el supuesto vínculo criminal entre padre e hija:

> *Pregunta.* ¿Fue solamente el deseo de vivir junto con su marido lo que indujo a su madre a partir al extranjero?
>
> *Respuesta.* No, es evidente que no. Tanto mi madre como mi padre recibieron la instauración del poder soviético con hostilidad y no consideraban posible reconciliarse con su existencia...
>
> *P.* ¿Pertenecían sus padres a organizaciones de la emigración blanca, que discrepaban con la URSS?
>
> *R.* Sí, mi madre participaba activamente en la publicación de la revista de la emigración, *Volia Rossii* [La voluntad de Rusia] con sus poemas.

Esto es todo lo que Kuzminov consigue sonsacar a Ariadna sobre las actividades «criminales» de su madre.

> –Y ahora, indíquenos cuáles fueron los motivos que le empujaron a regresar a Rusia.
>
> –Decidí volver a mi patria –responde Ariadna–. Mi objetivo no es trabajar en contra de la URSS.

Esta es la última respuesta verídica del interrogatorio. Sólo podemos apelar a nuestra imaginación para intentar comprender cómo la frase que los chequistas tanto ansiaban acabó por reflejarse en el acta.

> Reconozco mi culpabilidad. Desde diciembre de 1936 he trabajado como agente de los servicios secretos franceses. Mi misión era llevar a cabo trabajos de espionaje en la URSS...

¡Por fin! Han conseguido arrancarle una confesión, los oficiales instructores ya pueden cantar victoria. Algunos signos de exclamación anotados en el margen del acta de la declaración expresan su júbilo.

A continuación, la instrucción del sumario se precipita hacia la dirección deseada. Se urde una sarta de mentiras. La joven, vencida por la poderosa máquina coercitiva, no puede resistir más: firma todo lo que le ponen por delante. Sin embargo, reconocer la culpabilidad no es suficiente,

todavía hay que demostrarla. Para ello, los oficiales se limitan a desviar el sentido original de sus notas manuscritas.

En sus notas Ariadna recordaba su colaboración con la revista parisina *Francia-URSS;* se refería a su amistad con el redactor jefe, Paul Merle, que le propuso convertirse en corresponsal especial para la revista antes de su partida a la URSS. Paul Merle debió parecerles a los hombres de la Lubianka un elemento sospechoso.

–¿No tienes miedo de ir a Rusia? –le preguntó a Ariadna, después de su primer encuentro.

–¿De qué debería tener miedo?

–Pero ¿es que no estás al corriente de los juicios que se están celebrando en Moscú? Me puedo imaginar con qué recelo acogen a una persona procedente del extranjero. Temo que encuentres dificultades para instalarte... En cuanto a los juicios, me cuesta trabajo entender por qué todos los acusados han confesado. De repente, personas habituadas a combatir no sólo corroboran sus crímenes ante el juez sino que también se arrepienten. No entiendo qué les hacen durante la instrucción. Es muy probable que les peguen y los torturen, eso explicaría que confiesen todo lo que les piden. Dicen que los hipnotizan, pero eso parece una estupidez. ¿O acaso crees que la instrucción se dirige de manera que obliga a los acusados a reconocer con sinceridad los crímenes que han perpetrado en contra del poder soviético?

¡El redactor lo tenía tan claro como el agua! Qué ciertas eran las palabras de despedida que le transmitió a su inexperta colaboradora. Por aquel entonces, ella podía decirle cuánta razón tenía. El francés no dudaba de la suerte que tenía de vivir en París... porque los oficiales instructores acababan de convertirle en un criminal. Si viviera en Moscú, ya hubieran ido a buscarlo.

Volvamos al acta del interrogatorio, donde Ariadna relata impasible:

Pregunta. ¿Quién la reclutó para trabajar como espía de los servicios secretos franceses?

Respuesta. Fui reclutada para cooperar con los servicios de inteligencia franceses por Paul Merle poco antes de mi partida hacia la Unión Soviética.

P. ¿Quién es Paul Merle?

R. Aparentemente Paul Merle es el redactor jefe de la revista *Francia-URSS.*
P. ¿Y en realidad?
R. Creo que en realidad es el responsable de los servicios secretos franceses, aunque nunca me lo confirmó.

Ese es el método de enrolamiento de los servicios secretos franceses. Y he aquí lo que les interesaba saber: información sobre los estados de ánimo antisoviéticos que se respiraban entre los trabajadores eminentes del arte y del teatro y de otros grupos de la intelectualidad soviética, sobre la vida y el trabajo en las fábricas y los *koljoz*... A pesar de todo el talento para inventar crímenes, los oficiales instructores no consiguieron imaginar ningún ejemplo concreto de espionaje que pudiera incriminar a Ariadna. Además, ¿para qué iban a intentar probarlo? La brillante fórmula de la justicia soviética era la confesión del acusado: ¡la reina de las pruebas!

En el acta firmada por Ariadna, la confesión llega casi espontáneamente sin que aparezca una pregunta que la introduzca.

Dado que no deseo ocultar nada a la instrucción, debo informar de que mi padre Serguéi Yakóvlevich Efrón y yo somos agentes de los servicios secretos franceses.

¿Pruebas? Para reunirlas bastaba con suprimir la grandilocuencia de las notas manuscritas de Ariadna y conservar los extractos de algunas frases: «Mi padre me respondió que no podía redimirse de sus errores pasados contra la Unión Soviética, [...] que estaba obligado a trabajar no sólo para la URSS, sino también para otros...». Y el acta contiene esta continuación del interrogatorio:

Pregunta. ¿Para quién trabajaba específicamente?
Respuesta. Mi padre no me lo dijo pero está claro que se refería a los servicios secretos franceses.

Lo mismo sucedió con Merle: él no dijo nada pero todo estaba claro...

Ariadna tuvo ocasión de aclarar el verdadero trasfondo de sus relaciones con el periodista parisino unos años más tarde, durante su proceso de rehabilitación, en una declaración emitida al fiscal general de la URSS en la que invalidó cualquier acusación elaborada a partir de sus confesiones.

> Presionada por los oficiales instructores, me vi obligada a calumniar y a reconocer mi culpabilidad en una relación de espionaje con el periodista francés Paul Merle. [...] En realidad, mis relaciones con esta revista *(Francia-URSS)* se limitaron a lo siguiente: poco antes de mi partida a la URSS, el camarada Larin, secretario de la Unión para el Regreso a la Patria (esta organización era uno de los soportes enmascarados de nuestro contraespionaje en París y estaba financiada por nosotros), me propuso realizar algunas traducciones y reportajes de la prensa soviética sobre temas de arte y literatura para la revista *Francia-URSS* y me presentó a su redactor, Paul Merle. Cumplí con el trabajo indicado con anterioridad y este se publicó en la revista. Cuando tuvo noticia de mi inmediata partida hacia la URSS, me propuso que me convirtiera en corresponsal de la revista. No acepté la propuesta hasta que Paul Merle contactó con la embajada soviética y obtuvo la autorización del embajador plenipotenciario por aquel entonces (creo que era el camarada Maiski) [...].
>
> Dada mi condición de miembro de la familia de un colaborador de los servicios secretos soviéticos, mantenía contacto permanente con los órganos del NKVD a través de su colaboradora, Zinaida Semiónovna Stepánova. A mi llegada a Rusia, le puse al corriente de mi relación con la revista *Francia-URSS* y le pedí que me diera órdenes concretas a propósito de mis relaciones futuras con la revista. Ella gestionó mi solicitud, informó a quien correspondiera y me comunicó que la dirección me recomendaba que no trabajara para la revista *Francia-URSS* y que me abstuviera de mantener contactos con sus colaboradores, en vista de que no disponían de suficientes datos sobre ellos y que no tenían posibilidad de verificarlos a corto plazo. Ese es el motivo por el que, sin enviar ni siquiera una carta a Francia, rompiera la relación, por indicaciones de los órganos de seguridad a principios de 1937. Desde entonces no sé nada de esa revista ni de sus colaboradores.
>
> A pesar de mis reiteradas peticiones, la instrucción se negó categóricamente a interrogar a Stepánova, que podía corroborar mi inocencia, y a añadir sus declaraciones a mi causa. Y me dijeron que la autorización de la representación plenipotenciaria para cooperar con la revista *Francia-URSS*, que me confiscaron durante el registro y que se encontraba entre los materiales de la instrucción, se hallaba en «paradero desconocido», y no se adjuntó al caso.
>
> Mediante la aplicación de métodos no permitidos en el curso de una instrucción, los oficiales instructores Kuzminov y otros obtuvieron por la fuerza declaraciones falsas en contra de mi padre. A pesar de toda la presión de la instrucción, refuté esas declaraciones y presenté una reclamación ante el fiscal, quien tuvo en consideración mi denegación mucho tiempo después, es decir, cuando ya se había producido el arresto de mi padre...

Ariadna matizó sus explicaciones en otras declaraciones a las autoridades:

> Durante todo el tiempo que mi padre trabajó como agente, gozó de la confianza y el respeto de la dirección, tanto en el extranjero como en la URSS. Pero, con la llegada de Beria a los órganos del NKVD, las relaciones con mi padre, y con otros camaradas que ingresaron al mismo tiempo que él, cambiaron drásticamente. La antigua dirección fue arrestada y sustituida por una nueva que se dedicó a fomentar la enemistad y la maledicencia y a meter cizaña entre ese grupo reducido de gente que estaba unido desde hacía poco, recopilando noticias falsas que les comprometían, etcétera.
>
> Así, recuerdo cómo los camaradas Klepinin, que vivían con nosotros en Bolshevo, comenzaron a interrogar a mi padre sobre si era de origen aristocrático o si no consideraba que poseía demasiados bienes inmuebles antes de la Revolución, y se esforzaban por obtener respuestas afirmativas. Mi padre, que no era ni un ex aristócrata ni un capitalista, se mostró sorprendido y abrumado ante semejante «interrogatorio». Este episodio insignificante me vino a la cabeza cuando me detuvieron en agosto de 1939 y en la instrucción querían forzarme a que declarara, junto a otras acusaciones atroces y falsas, que mi padre era de procedencia noble, hebreo, capitalista, etcétera.
>
> Ignoro qué personas del gobierno de Beria dirigían a este grupo de gente, en particular a mi padre, aunque vi a algunas cuando venían a visitar a mi padre enfermo.
>
> Así, me acuerdo de un armenio enjuto de baja estatura y mediana edad que se citaba con mi padre vestido con ropa de civil, aunque iba armado. Este hombre estuvo presente en mis primeros interrogatorios y me formulaba preguntas como: «¿Cuántos padres vendió su padre a los servicios secretos franceses?». Más tarde, el oficial instructor me dijo que era uno de los adjuntos de Beria.
>
> En esa época, era imposible que una persona joven y poco experimentada como yo comprendiera los verdaderos motivos de nuestras detenciones. Sabía que los cargos que nos imputaban eran falsos y que los órganos del NKVD no podían hacer caso omiso de los mismos, pero no logré determinar quién estaba detrás del asunto y para qué. La respuesta a la incógnita la obtuve cuando descubrí que habían desenmascarado a Beria.

Ariadna había comprendido a la perfección la verdadera causa de su detención: el NKVD necesitaba un arma contra su padre. Apoyándose en sus confesiones, los chequistas tendrían las manos libres para apresar a su víctima.

Y ¿qué pasaba entretanto en la dacha de Bolshevo? El otoño había comenzado. Cada vez eran más frecuentes los días de lluvia oscuros y fríos.

¿Habría madurado Serguéi Efrón a esas alturas? ¿Sería consciente ya de que se había metido en una trampa arrastrando a toda su familia consigo? ¿Habrá tenido el coraje de mirar a la verdad a la cara? Sólo Dios lo sabe. En todo caso, supo llegar hasta el final, habituado como estaba a responder por sus actos, a la vez que escondía sus sentimientos. Los escasos testigos presenciales de la vida de Serguéi Efrón en Bolshevo hablan de un cambio brusco en su persona. Parecía que se había transformado en otro hombre: ahora tenía la mirada asustada y sufría crisis nerviosas en las que prorrumpía en sollozos o bien mostraba la dureza de una piedra.

El 8 de octubre era el día en que habían nacido Marina y Serguéi. Ese año, 1939, Marina cumplía cuarenta y siete y él cuarenta y seis. No se celebró ninguna fiesta. Casi un mes y medio después, la familia esperaba que se produjera el milagro: la puerta de la verja se abriría y aparecería Alia, sonriente.

El 10 de octubre, por la mañana temprano, la puerta de la verja se abrió... La pesadilla irrumpió de nuevo en la vida de la familia... Varios policías muy educados y uniformados, la orden de arresto firmada por Beria, la casa patas arriba durante el registro, las cosas de primera necesidad en una mochila... En el momento de la despedida, Marina le hizo a Serguéi el signo de la cruz...

La orden de arresto contiene los motivos: las declaraciones de Pável Tolstói, quien afirmaba haber sido reclutado para los servicios de inteligencia franceses por su agente: el emigrado blanco Efrón, y, por supuesto, las «confesiones» de Ariadna.

En la Lubianka se siguió el procedimiento habitual: la toma de fotografías y de las huellas dactilares y la cumplimentación de un formulario. «Serguéi Yakóvlevich Efrón, hombre de letras, trabaja para el NKVD, sin partido, ruso...»

Esa mañana, el oficial instructor, el mismo Kuzminov que había llevado a cabo la instrucción de Ariadna, somete al recién detenido a un interrogatorio agotador. Efrón expone con todo detalle su biografía. No oculta que había combatido contra los bolcheviques durante la Revolución y la guerra civil y que había huido al extranjero con el ejército del general

Wrangel. Se reunió con su familia en Praga, antes de que se instalaran en París. Allí se entregó de lleno al «movimiento euroasiático».

–¿Cuáles eran el programa y los objetivos de los eurasiáticos? –le preguntó Kuzminov.

–Me adherí al grupo de los euroasiáticos en 1927... En un principio, fue un intento de fundar una ideología fascista rusa; después, la organización adoptó el eslogan: «Sóviets sin comunistas». En 1928-1929, el grupo al que pertenecía se desengañó de estas ideas y se convirtió en una plataforma soviética. Desde entonces, nos empeñamos en utilizar la prensa eurasiática para hacer propaganda soviética en el ámbito de la emigración...

–La instrucción no le cree –sentencia Kuzminov–. ¿Qué puede decirnos acerca del trabajo antisoviético que desarrollaba su hija?

–Absolutamente nada.

–¿Y qué actividad antisoviética llevaba a cabo su mujer?

–Mi mujer jamás ha llevado a cabo ninguna actividad antisoviética. Durante toda su vida sólo le ha interesado escribir poemas y prosa. En algunas de sus obras ha expresado ideas no soviéticas...

–Las cosas no son tal y como usted las cuenta. Sabemos, por ejemplo, que en Praga su mujer participó activamente en los periódicos y revistas publicadas por los socialrevolucionarios. ¿Es eso cierto?

–Sí, así es. Ella era una emigrada y escribía en periódicos de emigrados, pero no se ocupaba de ninguna actividad antisoviética.

–Es incomprensible. En sus publicaciones los emigrados blancos formulaban directrices tácticas para luchar contra la URSS. ¿Qué puede tener en común con ellos una persona que no comparta estas directrices?

–No puedo negar que mi mujer haya publicado en la prensa de la emigración blanca, pero no ha realizado ningún trabajo político antisoviético.

Este nuevo intento de implicar a Tsvietáieva en el caso también se salda con un fracaso.

«¡La instrucción no le cree!», le dice Kuzminov antes de interrumpir el interrogatorio.

Al día siguiente, Efrón fue transferido a la prisión de Lefortovo. La reputación de la cárcel producía un efecto demoledor en los prisioneros más obstinados, ya que de allí en pocas ocasiones se salía con vida. Sometían a los detenidos a un interrogatorio diario (lo atestigua un documento aportado por la dirección de la prisión) pero no se adjuntó ningún acta al expediente.

Eso sólo puede tener un significado: los chequistas no consiguieron ninguna confesión del acusado.

Este es el dictamen del jefe de la enfermería de la prisión de Lefortovo, el médico militar Yanshin:

> Recluso Efrón, cuarenta y seis años, estatura elevada, complexión normal... Sufre de ataques frecuentes de angina de pecho, de miocarditis crónica y neurastenia aguda, por lo que los órganos de instrucción sólo pueden trabajar con él en las siguientes circunstancias: 1) Únicamente durante el día, no más de dos o tres horas. 2) En una atmósfera tranquila. 3) Bajo observación médica diaria. 4) En una habitación aireada.

El 24 de octubre, Efrón es trasladado a la sección psiquiátrica de la prisión de Butirka. Y, de la cama del hospital, es arrastrado directamente a la vivienda de Kuzminov para someterlo a un nuevo interrogatorio. El oficial le leyó los cargos y recibió la misma respuesta que en las ocasiones precedentes.

> Soy inocente. No he estado vinculado a los servicios secretos de ningún gobierno extranjero.

Kuzminov le interrumpió con su frase habitual: «Miente, la instrucción no le cree».

Las frías y oscuras noches de otoño se fundieron en una sola, eterna, noche. Después del arresto de Serguéi Efrón, Marina y su hijo Mur se encuentran sin medios, sumidos en la incertidumbre de cómo y de qué vivir. Durante el día, recogen leña seca para la estufa. Por la noche ella no puede dormir, se estremece ante el menor ruido: tiene el presentimiento de que pronto llegará su turno. ¿Qué sucederá entonces con Mur? El invierno está a la vuelta de la esquina. Su equipaje, con la ropa de invierno que traían de París, está retenido en la aduana y no consigue recuperarlo. ¿Cómo sobrevivirán al invierno sin lo estrictamente necesario? ¿Quién les ayudará?

El equipaje no sólo contiene ropa, también están los borradores, los libros, el trabajo inconcluso. Aún más que su trabajo: su casa interior, su último refugio.

Entonces escribe su primera carta a la Lubianka:

Al servicio de instrucción del NKVD:

Cuando partí del extranjero hacia la URSS, envié mi equipaje a la dirección de mi hija, puesto que entonces no sabía exactamente dónde me iba a instalar a mi regreso a Moscú.

Tras mi llegada, no dispuse de pasaporte durante los dos primeros meses y, por ese motivo, no pude recibir mi equipaje, que llegó a principios del mes de agosto de este año.

Conforme a las indicaciones de la aduana, mi hija, Ariadna Serguéyevna Efrón, me ha otorgado los poderes para que pueda recoger el equipaje, que me pertenece. Sin embargo, tampoco he podido recogerlo porque carecía del certificado del punto de paso fronterizo, puesto que mi hijo de catorce años y yo hemos llegado a Leningrado en una embarcación especial.

Presenté una demanda para obtener el certificado pertinente. En ese momento, a finales de agosto, mi hija fue arrestada y el equipaje quedó bloqueado en la aduana.

Vivo en el campo, el invierno se aproxima y ni mi hijo ni yo tenemos la ropa adecuada, ni abrigo ni calzado. Y, además, carecemos de medios para adquirirlos de nuevo.

Por la presente, solicito, en el caso de que no pueda serme restituido todo el equipaje que me pertenece, que me autoricen a recibir lo indispensable, sin lo cual no veo cómo podremos pasar el invierno mi hijo y yo.

Les ruego que tengan a bien informarme de su decisión.

MARINA TSVIETÁIEVA
Estación Bolshevo, línea ferroviaria del norte
Pueblo «La Nueva Vida», dacha 4/33
31 de octubre de 1939

Cuando la carta llega al NKVD, la transfieren al teniente jefe A. K. Shkurin del servicio de instrucción, quien supervisa los expedientes de Serguéi y Ariadna Efrón. El chequista tiene otras preocupaciones que ocuparse del equipaje de Tsvietáieva: los interrogatorios prosiguen y no está claro si esa mujer necesitará ropa de abrigo. ¿Acaso no ocupará pronto una celda al lado de su marido y su hija?

Esta perspectiva era mucho más plausible. Pável Tolstói, no satisfecho con verter denuncias falsas contra Ariadna y Serguéi, también procuró motivos para el arresto de la poeta. He aquí sus declaraciones manuscritas:

[...] A Efrón (Ariadna, *V. Sh.*) la conocí en París. Cuando me instalé allí, todavía era una niña, sólo tenía dieciséis o diecisiete años, pero expresaba a la perfección su animadversión soviética, junto con la madre (la mujer de Serguéi Efrón es bastante conocida, la poeta Marina Tsvietáieva). Marina se encuentra actualmente en París, con un documento de emigrada y es una monárquica redomada. Aunque pueda parecer extraño, el hecho de que Efrón tenga ideas trotskistas y de que Marina profese ideas monárquicas no parece representar un obstáculo entre ambos: viven en

perfecta armonía dado que ambos aspiran, en resumidas cuentas, a un retorno al pasado. Pero en 1937 yo no lo tenía tan claro y, por eso, cuando supe que en un futuro cercano Alia Efrón viajaría a la URSS, me quedé perplejo, porque sabía muy bien cuáles eran las intenciones de Alia y Marina, ya que solía visitar la casa de los Efrón...

Si no me equivoco, en noviembre o diciembre del año pasado me encontré con ellos y Alia me explicó, por primera vez, que divergía de las convicciones de su madre y que había comenzado a frecuentar a los conocidos de su padre pero que, al mismo tiempo, no renunciaba a verse con los amigos de la madre, en particular con el escritor Iván Bunin, indiscutible blanco...

Marina Ivánovna pensaba negativamente sobre [...] (Las palabras suprimidas de esta frase aludían, probablemente, a su opinión a favor del régimen soviético o sus servicios en el NKVD. *V. Sh.*). Utilizaba su popularidad como poeta... Tenía amistad con los escritores soviéticos Borís Pasternak y Mijaíl Bulgákov. A este último, Marina Tsvietáieva le envió como regalo una boquilla de marfil en memoria de *Los días de los Turbín.*

En cuanto a sus convicciones políticas, como poeta, especialmente por su condición de mujer, tenía un caos mental. Me acuerdo de que D. Biedni colaboró en el *Pravda* con unos versos, donde ridiculizaba a la poeta Tsvietáieva, quien había escrito un poema sobre el fusilamiento de Nicolás II. Por otra parte, además de Pasternak y Bulgákov, se carteaba con Gorki, de quien hablaba muy bien. Su posición como poeta que vive por y para la poesía la obligaba a publicar sus obras en diversas publicaciones de los emigrados blancos y mantener relaciones con personas pertenecientes al ambiente de la inmigración blanca. Como es sabido, también estaba muy unida al antiguo euroasiático y crítico literario, Dmitri Sviatopolk-Mirski...

En Bolshevo, mientras Tsvietáieva espera una respuesta, se produce un nuevo arresto. El 7 de noviembre, día de la fiesta roja de octubre, un coche negro se detiene otra vez frente a la puerta. De nuevo, ruidos de pasos, golpes en la puerta y un registro. En esta ocasión, el NKVD se lleva a su vecino, Nikolái Andréyevich Klepinin, que había formado parte en Francia de la misma red que Serguéi Efrón. Ese mismo día, su mujer, Antonina Nikoláyevna, es arrestada en Moscú.

Marina no lo soporta más: se apresura a reunir y recoger lo estrictamente necesario, lo que pueda llevar consigo, y huye hacia Moscú con su hijo. Inicia su vagabundeo, de un lugar a otro, para alejarse de aquel lugar maldito.

Estación Bolshevo, pueblo «La Nueva Vida»... ¡Incluso el nombre era un insulto para sus oídos! Detesta la palabra «vida» en el sentido de vida cotidiana, de modo de vida. Y Bolshevo grita con los bolcheviques, a los

que ella califica de enemigos de la lengua rusa. ¡La vida de un poeta es una metáfora permanente!

En primavera, cuando Tsvietáieva vuelve a la dacha para retomar sus gestiones, asiste a una escena extravagante: unos inquilinos ilegales han ocupado la casa y le han robado los escasos bienes que tenía. Un ataúd reposa en medio de la habitación principal: ¡el jefe de la milicia local se ha ahorcado en la habitación de Marina! Ante semejante espectáculo, huye despavorida.

En cuanto al equipaje de París, Tsvietáieva no lo recibe hasta el verano del año siguiente.

«¡ENMIÉNDELO, ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE!»

Tal vez Alia le explicara a Pável Tolstói su último encuentro con el escritor Iván Bunin.

> –¿Adónde vas, tonta? ¿Qué vas a hacer allí? Ay, Rusia... ¿qué diantre te empuja? Te meterán en la cárcel.
>
> –¿A mí? ¿Por qué?
>
> –Ya lo verás. Ya encontrarán una razón. Te cortarán la coleta. Caminarás con los pies descalzos y acabarás con talones de camello.
>
> –¿Yo? ¡Talones de camello!
>
> Y, a modo de despedida:
>
> –¡Que Dios te guarde! –La santiguó–. Si tuviera tu edad, volvería a Rusia, incluso a pie y ¡al diablo con todo lo demás!

¡Qué extrañas parecían esas palabras, en la Costa Azul, en un día tórrido de julio!

¿Cárcel? ¿La cabeza rasurada? ¿Talones de camello? ¡Cómo se rió con las extravagantes ocurrencias del viejo escritor! Y ahora...

La instrucción de Ariadna cae en una rutina particular. Durante dos meses –octubre y noviembre–, el subteniente Ivánov la obliga casi a diario a escribir deposiciones sobre las organizaciones de la emigración en París y de sus contactos en Moscú. A partir de esos documentos, «crea» actas de

interrogatorios que ella sólo tiene que firmar. Ariadna intenta modificar las declaraciones contra su padre, pide entrevistarse con el fiscal, pero todo es en vano. Se deshacen de ella con un revés, como si se tratara de una mosca molesta.

Las notas de Ariadna en la Lubianka presentan un curioso cuadro de la vida familiar en la dacha de Bolshevo, una vida extraña y fantasmal, parecida a un arresto domiciliario.

En efecto, por fin han regresado a su patria pero su regreso es secreto hasta tal punto que tienen la impresión de que no existen. También cambian sus identidades: los Efrón se convierten en los Andréyev, un nombre de invención chequista. Los Klepinin se llaman ahora Lvov. Sólo pueden reunirse con sus familiares más cercanos pero, en las conversaciones que mantienen, no se les permite que aborden ciertos temas, como el motivo del retorno de Serguéi y sus compañeros. Por lo general, es preferible que se comporten como sordomudos. Y si son ciegos, aún mucho mejor. Pero, al mismo tiempo, deben informar y «delatar» a los órganos sobre todo lo que observen. La dacha era una especie de trampa cuya única salida era la Lubianka.

Ariadna, ofuscada por su fe en los ideales comunistas y la justicia del poder soviético, acuciada por el temor de lo que pueda ocurrirle a su familia y llena de respeto hacia los órganos de seguridad (¿acaso su padre no es una alta autoridad, un chequista?), informaba con honestidad a Zinaida Stepánova de todo lo que concernía a las violaciones de las reglas de secreto o comportamientos sospechosos, convencida de que con ello no podía hacer daño y que callárselo tendría consecuencias nefastas. Ese tipo de situaciones eran bastante frecuentes y, en esa atmósfera de confusión, todos –por miedo a equivocarse o por exceso de celo– se comportaban con torpeza y sus acciones resultaban perjudiciales para otros.

En las notas halladas en la Lubianka, Ariadna narra uno de estos episodios. Efrón, escapando de París, acaba de llegar a Moscú:

> Con el fin de tranquilizar a mi madre y darle noticias de la llegada en buenas condiciones de mi padre, le mandé una carta por correo. Estaba escrita en un estilo tan críptico que sólo ella podría

> comprenderla. Sin embargo, al recibirla, se quejó de mi imprudencia a los superiores de mi padre, en París. En Moscú, fui reprendida por Zinaida Semiónovna Stepánova... Después de eso, se pidió a todas las personas que llegaban de París que, ante la prohibición de utilizar la vía ordinaria para cartearse con la familia que permanecía en Francia, se sirvieran únicamente de la valija diplomática, por medio de Stepánova.

Es fácil comprender que la correspondencia enviada a través del NKVD se sometiera a los cortes de la censura; además, era uno más de los medios para seguir los pasos de los habitantes de la dacha de Bolshevo.

Otra anécdota relacionada con la vuelta de Tsvietáieva a Moscú. El NKVD decide que el regreso debe mantenerse en secreto. Y he aquí que, al día siguiente de su llegada, un amigo de Marina, Emil Furmánov, cita a Ariadna en la redacción para comunicarle que está al corriente de todo cuanto sucede por mediación de un amigo común, Alekséi Sezeman (el hijo de Antonina Klepinina) y que ya ha comunicado la noticia a los demás escritores. Ariadna escribirá al respecto:

> Sezeman se enteró de que sólo se podía hablar del regreso de mi madre por indicaciones del NKVD... Al final, Alekséi Sezeman propaló tanto la noticia que consiguió que el NKVD le abriera un expediente y a los Klepinin, su madre y su padrastro, les dijeron que si no cerraba el pico, lo arrestarían. Los Klepinin citaron a Sezeman en la dacha de Bolshevo y le echaron un buen rapapolvo...

Este episodio –que Ariadna expone con detalle– es un ejemplo de la atmósfera de sospecha que reinaba en Bolshevo. Alekséi, arrimado a la pared (es posible compadecerse del muchacho de veintidós años que se había ido de la lengua sin mala intención, sólo por un exceso de confianza), lo niega todo. Llaman a Alia. En su presencia, Alekséi Sezeman reconoce los hechos y añade:

–Bueno, ¿y qué? Furmánov es mi mejor amigo, no tengo secretos para él.

Y precisa que también había hablado de Efrón con Furmánov y que podían confiar en él: ¿acaso su hermano no trabajaba en el NKVD?

«Sobre esta conversación ya informé a su debido tiempo a Stepánova», se apresura a añadir Ariadna.

En realidad era imposible dilucidar quién trabajaba en el NKVD y quién no, tan enmarañados estaban todos en esa telaraña pegajosa. Ariadna llega a la conclusión de que tanto Furmánov como su hermano deben de estar relacionados con los órganos. Y señala con agudeza:

> Si ese hombre es un colaborador del NKVD, entonces debe organizar su trabajo y su vida de tal forma que no atraiga la atención de los extranjeros. Y si ese hombre no está relacionado con el NKVD, es indiscutible que él mismo y la gente que frecuenta pueden representar un interés excepcional.

¡Pobre juventud! No bastaba con que sus acciones se vieran limitadas, sino que, además, las patas de las arañas de los órganos se infiltraban en la conciencia, ¡deformándola para toda la vida!

En Moscú, Ariadna, que había heredado el maximalismo de su madre y lo caballeresco de su padre, no podía adaptarse a la realidad de la vida soviética que, lejos, en el extranjero, había idealizado con desmedida. En compañía de otros jóvenes amigos, como Alekséi Sezeman o Emil Furmánov, se sentía un mirlo blanco y eso la atormentaba. Ellos consideraban que estaba pasada de moda y le aconsejaban que se dejara de cursilerías, encontrara a un chico y se ocupara de «vivir como todo el mundo».

> Discusiones como estas me hacían llorar, y me marchaba dando un portazo... Más tarde, empezaba la misma serenata. Sabían tocar mis puntos débiles, decían que mi concepción del amor era pequeñoburguesa, que el matrimonio entendido así ya no existía, que la gente se unía y se separaba, habiendo pasado juntos a veces sólo una noche, otras unos meses, raramente más tiempo. «Estás marcada, todos nuestros camaradas te miran de reojo porque no te comportas como una camarada, como una soviética, sino como una extranjera elegante.» Me decían que su estilo de vida era el de toda la juventud, en todos los países, y que si me comportaba de otra manera, me convertiría en una persona extraña y hostil.
>
> Furmánov también se reía de mi constancia en el trabajo, de que me esforzara en hacer más cosas y mejor de lo que correspondía a mis obligaciones... «En nuestro país, los escritores no se comportan así –me decía–. Hay que ser un completo cretino para estar noche y día en la redacción, por cuatrocientos rublos al mes. Y además nadie tiene ni idea de tu revista. Hay que adelantarse, escribir cuentos sobre temas soviéticos, publicarlos en las revistas y conseguir mucho dinero...» Cuando le objeté que yo no conocía la vida soviética, me aconsejó: «Invéntate algo que se le parezca». Todos los que me rodeaban... se esforzaban en ridiculizar y quebrantar el

entusiasmo y felicidad que sentía por mi trabajo... Llegó el momento en que comencé a dudar de mi propio juicio. Pensaba que, si me comparaban con la gente que había vivido toda su vida en la URSS, tal vez, en efecto, yo era una pequeñoburguesa. Pero debo decir que, después de todo este tiempo, no me he permitido nada de lo que pudiera avergonzarme más tarde.

Al fin y a la postre, su relación con Furmánov acaba con una inesperada proposición de matrimonio. Ariadna le rechaza y el contacto entre ellos se interrumpe. Sin embargo, conoce a un «chico» del que se enamora perdidamente: el periodista Samuil Gurévich. Los últimos meses previos al arresto están alumbrados por un breve resplandor de verdadera felicidad. Unos años más tarde se sabe que Gurévich colaboró con el NKVD mientras desempeñaba su labor como periodista. También él acabaría siendo una víctima del megalómano insaciable...

Los sentimientos de Ariadna interesaban bien poco al oficial instructor: aparecen en sus notas pero no hay rastro de ellos en el acta. En cambio, le interesaba sobremanera rescatar con afán todo lo que pudiera comprometer a otras personas. Por ejemplo, ¿qué sabía la joven sobre el escritor Iliá Ehrenburg?

Y ella expuso todo lo que sabía, cómo le veían los rusos parisinos:

[...] Ehrenburg nunca fue un emigrado, aunque muy a menudo residía en el extranjero, sobre todo en París. Se decía que, en los últimos años, Ehrenburg vivía más tiempo en París que en la Unión Soviética. Y, a decir verdad, Ehrenburg era una figura extraordinariamente popular en París. Colaboraba en la prensa comunista francesa, intervenía en público con frecuencia, impartía conferencias, etcétera. Ehrenburg llevaba en París una vida bohemia. Se comentaba que no trabajaba en serio, que escribía artículos y reportajes sólo cuando le hacían un encargo, que desde la mañana hasta la noche permanecía sentado en los cafés con gente de muy diversa índole. Se hablaba mucho sobre los medios financieros que le permitían vivir con holgura. Pocas veces se le consideraba un escritor soviético y aún menos un hombre soviético. Por su estilo, su espíritu, su manera de vivir se asemejaba más al grupo de emigrados o a los propios franceses, en cualquier caso, a los representantes típicos de la bohemia parisina. Con estas premisas, sus intervenciones prosoviéticas, en público y en la prensa, eran poco convincentes para los que conocían a Ehrenburg personalmente. La impresión general era que ese hombre «comía de las dos manos», tanto en Francia como en la URSS. Yo misma, paseando por el bulevar [Montparnasse], veía a Ehrenburg sentado en las terrazas de los cafés, junto a gente variopinta que no me eran conocidos. Evidentemente, eso no constituía de por sí un hecho criminal... Nunca he oído hablar de ninguna actividad antisoviética cometida por Ehrenburg.

Tras constatar que no podían sonsacar nada más de Ariadna, los oficiales instructores la dejaron en paz durante un mes.

En esa época, en la prisión de Butirka, el oficial instructor en jefe Kuzminov se empecina en obtener las confesiones de Efrón. Después del interrogatorio del uno de noviembre, que versó sobre la organización eurasiática, Efrón menciona a los francmasones, en cuyo grupo se introdujo por indicaciones del NKVD.

Kuzminov le interrumpe:

–Ahí está: usted no sólo no ayudaba a los órganos como colaborador secreto del NKVD, sino que, además, ¡se servía de su relación para conseguir sus objetivos antisoviéticos!

–Trabajaba honestamente. No realicé ningún trabajo antisoviético.

Kuzminov retoma el asunto por otro lado:

–Y ¿por qué ocultaba a los órganos del NKVD quiénes eran las personas que dirigían actividades antisoviéticas?

–No conozco a esas personas.

Kuzminov le insinúa un nombre: los Klepinin, sus vecinos de la dacha de Bolshevo.

–Informé oralmente al NKVD de que no me fiaba de Klepinina. También informé de que Klepinin se había vuelto muy charlatán desde que se había dado a la bebida...

–¿Qué conversaciones antisoviéticas mantenía Klepinina?

–Me cuesta acordarme de todo... Bueno, decía que en la URSS se vivía mal, que no había alimentos, que no se podía comprar nada. Que la gente que publicaba en las revistas soviéticas eran analfabetos, gente sin cultura. Ensalzaba la cultura europea. Se oponía a los arrestos que se producían en el país. Decía que había explotación, que lo de trabajar ocho horas al día no era más que pura ficción y que la Constitución no era sino un escudo tras el que se escondía la dictadura. Klepinin estaba de acuerdo con ella y alguna que otra vez también yo mantuve conversaciones parecidas. Además, debo informarles de que ambos, aun siendo colaboradores secretos del NKVD, divulgaban esas informaciones a personas extrañas.

–Podemos establecer, entonces, que usted, colaborador secreto del NKVD, no informó a sus superiores de las manifestaciones antisoviéticas de los Klepinin.

–Me limité al comunicado oral que acabo de mencionarle.

Para obligarle a confesar, Kuzminov le aplica las mismas torturas físicas y morales que a su hija o quizá más crueles. El 7 de noviembre (el día que arrestan a los Klepinin, así como a Alekséi Sezeman) debió de poner demasiado ahínco en sus «métodos físicos» porque su prisionero es conducido al servicio psiquiátrico de Butirka «aquejado de una psicosis alucinatoria crónica acompañada de una tentativa de suicidio».

El certificado médico, con fecha del 20 de noviembre, precisa:

> [...] En la presente hora, (el sujeto) sufre alucinaciones auditivas: cree que en el pasillo le hablan de su arresto inminente, de la muerte de su mujer, que oye el título de un poema que sólo su mujer y él conocen, etcétera. Está inquieto, piensa en el suicidio, está deprimido, siente un miedo espantoso y espera algo horrible. Su estado (síndrome depresivo reaccionario agudo) exige los cuidados del servicio psiquiátrico de la prisión de Butirka y un examen de la comisión psiquiátrica.

La comisión, que examina al enfermo dos días más tarde, determina que:

> El estado del recluso Efrón es depresivo y se manifiesta en un agobio general, ánimo lúgubre, interpretación errónea de la realidad, alucinaciones acústicas de carácter amenazante, ilusiones ópticas, relación no crítica con su propia persona e insomnio... Se observan visos de neurosis vegetativa. Necesita los cuidados del servicio psiquiátrico de la prisión de Butirka entre treinta y cuarenta días, con un examen ulterior.

Pero Efrón permanece en el servicio psiquiátrico apenas quince días antes de ser conducido de nuevo ante los oficiales instructores. Tiene que pasar una nueva prueba: un careo con Pável Tolstói, el hombre que ha declarado en su contra. Kuzminov confiere tanta importancia a esta prueba que invita al fiscal militar I. Antonov a estar presente. La instrucción supone que la obstinación de Efrón se vendrá abajo.

¿Qué mirada se habrán cruzado Pável Tolstói y Serguéi Efrón, en ese su primer encuentro tantos años después de convivir en París, reunidos ahora en un despacho de la Lubianka, llevados ambos al límite de sus fuerzas?

Al principio de la confrontación, Tolstói corrobora servilmente sus declaraciones: sí, Efrón le había reclutado para el movimiento euroasiático en 1928 y después había trabajado para los servicios secretos franceses.

> –¿Habló con Tolstói sobre la necesidad de adherirse a la organización euroasiática? –le preguntan a Efrón.
>
> –La organización no existía por entonces, así que no podría haber mantenido una conversación que versara sobre ese asunto.
>
> –Entonces, según sus palabras, Tolstói miente.
>
> –Sí, lo atribuyo a que la memoria le traiciona.

Pregunta para Tolstói:

> –¿Qué misiones le confió Efrón antes del viaje a la Unión Soviética?
>
> –Me confió dos tareas: establecer contacto con los del resto de la organización trotskista y recabar información secreta para transmitirla a los servicios secretos franceses.
>
> –Si hasta este momento suponía que Tolstoi había perdido la memoria, ahora debo decir que todo son mentiras –comenta Efrón.

El careo no lleva a ninguna parte. El acta contiene una frase particularmente significativa que Tolstói lanza a Efrón en el momento de volver a la celda:

> Serguéi Yakóvlevich, al principio me decía también a mí mismo que era puro como el cristal pero luego comprendí que era necesario confesar y le aconsejo que haga lo mismo.

Durante ese tiempo, Marina Tsvietáieva no sabe adónde ir. En un primer momento, se alberga con Mur en casa de su cuñada, Yelizaveta Yákovlevna. Solicita apoyo a Fadéyev, el secretario de la Unión de Escritores, que se niega a ayudarle a encontrar alojamiento, ni siquiera una simple habitación. La envía, a través del Litfond,[T3] a la Casa de los Escritores de Golítsino (también en el campo). Allí, sólo le dan dos comidas al día. No hay sitio para una emigrante blanca, casada y madre de enemigos del pueblo. Se ve obligada a alquilar una habitación en una casa particular donde tiene que pagar a un precio elevado las mínimas prestaciones. Marina vive una gloria nefasta: sus colegas escritores la evitan como una leprosa.

En el mejor de los casos, la miran con lástima, pero pocos son los que se atreven a intercambiar con ella una palabra.

En una carta que escribe a Olga Mochálova desde Golítsino, Tsvietáeva describe así la situación: «Estoy alojada en otra casa ahora, nada acogedora. Vuelvo a pasar las noches en vela, todo me da miedo. Me dan miedo el vidrio, la soledad, los sonidos nocturnos y mis propios miedos: el que me produce un coche que pasa en medio de la noche qué sé yo por qué, algún gato que no parece de este mundo, el crujido de la madera. Y salto de mi cama para meterme en la de Mur (cuidándome de no despertarlo) y me pongo a leer otra vez…. Hasta que resuena otro crujido, y vuelvo a saltar y así hasta el amanecer… No tengo amigos, y sin amigos me muero».

Desde el amanecer, Marina seguía una rutina bien establecida: montañas de traducciones por las que le pagaban míseros honorarios, folios y más folios por traducir, poemas de otros que debía reanimar con su propia sangre, en detrimento de su propia obra. Comidas y cenas en la Casa de los Escritores, enfermedades demasiado frecuentes y la escuela de Mur, cada día: una avalancha permanente de suciedad y desgracia, sin ninguna alegría, en ningún sitio. Después venía la noche y la lámpara de queroseno, ante la falta de electricidad en la casa.

Sin embargo, todavía encuentra fuerzas para luchar a favor de su marido y de su hija cuya suerte aún es más preocupante que la suya. En cualquier caso, Marina es la única persona en libertad que aún puede mantenerles y protegerles del olvido. A menudo, sale antes del alba en un tren de cercanías helado; después, hace colas interminables en la prisión interna de la Lubianka y en la de Butirka para llevar algo de dinero a Alia y a Serguéi.

También manda cartas a las autoridades para defender a los suyos, pero ¿a quiénes? Es probable que esas misivas se perdieran para siempre en los meandros burocráticos, y sin duda fueron destruidas. No obstante, el expediente de la Lubianka contiene una de ellas. El sobre va dirigido «Al camarada L. P. Beria, comisario del Pueblo de Asuntos Interiores de la URSS, de parte de la escritora Marina Tsvietáieva».

Golítsino, línea del ferrocarril a Bielorrusia

Casa de descanso de los escritores, 23 de diciembre de 1939

Camarada Beria:

Me dirijo a usted en relación con el caso de mi marido, *Serguéi Yakóvlevich Efrón,* y de mi hija, *Ariadna Serguéyevna Efrón,* arrestados: mi hija, el 27 de agosto; mi marido, el 10 de octubre del presente año de 1939.

Pero antes de hablar de ellos, debo decirle algunas palabras sobre mí misma.

Soy escritora, Marina Ivánovna Tsvietáieva.[T4] En 1922 salí del país con pasaporte soviético y viví en el extranjero, en Checoslovaquia y en Francia, hasta junio de 1939, es decir, diecisiete años. Nunca participé en la vida política de la emigración, viví absorta – en mi familia y en mi escritura. Colaboré sobre todo con las revistas *Volia Rossii* y *Sovreménnie Zapiski* [Anales contemporáneos] y durante un tiempo publiqué en el periódico *Poslednie Nóvosti* [Ultimas noticias], pero me despidieron por elogiar abiertamente a Mayakovski. En general – en la emigración viví en soledad y me granjeé fama de solitaria. («¿Por qué no regresa a la Rusia soviética?») Durante el invierno de 1936 traduje para el coro revolucionario francés (Chórale Révolutionnaire) canciones revolucionarias rusas, antiguas y nuevas. Entre ellas *La marcha fúnebre* («Como víctimas cayeron en la lucha fatal»), y de las soviéticas, la canción de la película Los *chicos felices, El extenso campo* y muchas otras. Mis canciones se cantaban.

En 1937 recuperé la nacionalidad soviética, y en junio de 1939 obtuve autorización para volver a la Unión Soviética. El 18 de junio de 1939 regresé acompañada de mi hijo Gueorgui, de catorce años, en el barco *Maria Uliánova,* que transportaba españoles.

La razón de mi regreso a la patria fue el ardiente deseo de volver que tenía toda mi familia: mi marido – Serguéi Efrón, mi hija – Ariadna Efrón (ella fue la primera que regresó, en marzo de 1937), y mi hijo Gueorgui, que nació en el extranjero pero que desde su más tierna infancia soñaba apasionadamente con la Unión Soviética. El deseo de darle una patria y un futuro. El deseo de trabajar de nuevo en casa. Y la soledad más absoluta en la emigración, con la que desde hacía mucho tiempo ya nada me vinculaba.

Cuando me concedieron la autorización me comunicaron oralmente que nunca había habido impedimento alguno para mi regreso.

Si es preciso que hable de mis orígenes, le diré que soy hija del profesor emérito de la Universidad de Moscú, Iván Vladímirovich Tsvietáiev, filólogo de renombre europeo (descubridor de un dialecto arcaico, su investigación se titula *Las inscripciones de Ossa*), *fundador y coleccionista del Museo de Bellas Artes,* hoy Museo de Artes Plásticas. La concepción del museo es una concepción suya, y todo el trabajo de creación del mismo: la búsqueda de los medios, la reunión de colecciones originales (entre ellas una de las mejores colecciones de pintura egipcia que hay en el mundo, y que mi padre consiguió del coleccionista Mosolov), la elección y el encargo de las copias y las instalaciones del museo – es obra de mi padre, la obra desinteresada y afectuosa de los últimos catorce años de su vida. Uno de mis primeros recuerdos: mi padre y mi madre viajan a los Urales para elegir el mármol para el museo. Aún puedo recordar aquellas muestras de mármol que trajeron consigo. Tras la inauguración, a mi padre le correspondía –en calidad de director del museo– una casa estatal, a la

que renunció para provecho propio y que convirtió en cuatro apartamentos para los empleados de menor categoría. Toda Moscú asistió a sus funerales – una pléyade de oyentes de la universidad, de los cursos superiores femeninos y del conservatorio, y los trabajadores de sus dos museos (durante veinticinco años fue director del Museo Rumiántsev).

Mi madre, Maria Aleksándrovna Tsvietáieva, de soltera Mein, fue una virtuosa del piano, la primera asistente de mi padre en la creación del museo. Falleció joven.

Esto en lo que a mí respecta.

Ahora en lo que respecta a mi marido – Serguéi Efrón.

Serguéi Yakóvlevich Efrón es hijo de Yelizaveta Petrovna Durnovó, famosa activista del partido Naródnaya Volia (entre los partidarios de Naródnaya Volia era conocida como «Liza Durnovó») y de Yákov Konstantínovich Efrón, activista del mismo partido. (En la familia se conserva una foto donde aparece de joven en la cárcel con el sello oficial: «Yákov Konstantínovich Efrón. Criminal de Estado».) Piotr Alekséyevich Kropotkin, que volvió en 1917, me hablaba con amor y admiración de Liza Durnovó siempre y hasta el día de hoy, Nikolái Morózov la recuerda. También se la menciona en el libro de Stepniak,[T5] *La Rusia clandestina*, y su retrato se halla en el Museo Kropotkin.

La infancia de Serguéi Efrón discurre en una casa revolucionaria, en medio de constantes registros y arrestos. Casi toda la familia está en la cárcel: la madre en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, los hijos mayores –Piotr, Anna, Yelizaveta y Vera Efrón– en diferentes prisiones. El hijo mayor, Piotr, se escapa en dos ocasiones. Sobre él se cierne la pena de muerte y emigra al extranjero. En 1905, Serguéi Efrón, siendo un niño de doce años, recibe encargos revolucionarios de su madre. En 1908 Yelizaveta Petrovna Durnovó-Efrón, que vive bajo amenaza de cadena perpetua, emigra con el menor de sus hijos. En 1909 muere trágicamente en París – su hijo de trece años, de quien se mofaban sus compañeros de escuela, se suicida, y detrás de él, ella hace lo mismo. *L'Humanité* se hace eco de su muerte.

En 1911 me encuentro con Serguéi Efrón. Teníamos diecisiete y dieciocho años. Él padecía tuberculosis. Estaba totalmente abatido por la trágica muerte de su madre y de su hermano. Extremadamente serio para su edad. Enseguida decidí que, pasara lo que pasase, nunca lo abandonaría, y en enero de 1912 me casé con él.

En 1913 Serguéi Efrón ingresa en la Universidad de Moscú, en la Facultad de Filología. Pero estalla la guerra y parte al frente como hermano de la caridad. En octubre de 1917, cuando a duras penas ha concluido la Escuela Militar de Peterhof, lucha – en Moscú en las filas de los blancos y al acto viaja a Novocherkassk; es uno de los primeros doscientos hombres en llegar. Durante el período que pasó como voluntario (1917-1920) siempre estuvo en las filas, nunca en el Estado Mayor. Fue herido dos veces.

Creo que todo cuanto he dicho hasta ahora no es nada nuevo, ya deben saberlo por los cuestionarios a los que ha respondido, pero he aquí lo que con toda certeza *no* se sabe: no sólo no fusiló a ningún prisionero, sino que salvó del paredón a cuantos pudo, los llevaba consigo a su destacamento de ametralladoras. El punto de inflexión en sus convicciones fue la ejecución de un

comisario –ante sus propios ojos–, el rostro con el que ese comisario se enfrentó a la muerte. «En ese instante comprendí que nuestra causa – no era una causa popular.»

–Pero ¿por qué razón un hijo de Liza Durnovó, del partido Naródnaya Volia, milita en las filas de los blancos y no en las de los rojos? – Serguéi Efrón lo consideró un error fatídico en su vida. Yo añado que ese error no sólo lo cometió él, por entonces una persona muy joven, sino una multitud de personas ya maduras. Veía en el voluntariado la salvación de Rusia y, a decir verdad, cuando mudó de parecer, lo dejó del todo, y jamás volvió a mirar atrás.

Pero vuelvo a su biografía. Tras el Ejército Blanco conoce el hambre en Gallipoli y Constantinopla – y en 1922, el traslado a Checoslovaquia, a Praga, donde se matricula en la universidad para acabar su licenciatura en la Facultad de Historia y Filología. En 1923 emprende la revista estudiantil *Svoimi Putiami* [Por caminos propios] – a diferencia de otros estudiantes, que siguen otros derroteros – y funda la Unión Democrática Estudiantil, que se diferencia de las ya existentes de corte monárquico. *Es la primera persona de la emigración que publica prosa soviética en su revista (1924)*.[3] Desde ese momento su «viraje hacia la izquierda» prosigue de forma implacable. Una vez en París, en 1925, se adhiere al grupo eurasiático y será uno de los redactores de la revista *Viórsti* [Verstas], a la que la emigración da la espalda. Si la memoria no me falla, ya desde 1927 a Serguéi Efrón lo tildan de «bolchevique». Y a medida que pasa el tiempo – más. Después de *Viórsti* – la revista *Evrasia* (en cuyas páginas aplaudí a Mayakovski, que entonces se encontraba en París), a la que la emigración en pleno llama – abierta propaganda bolchevique. Los eurasiáticos se escinden en los de derechas y los de izquierdas. Estos últimos, con Serguéi Efrón a la cabeza, pronto dejan de existir, y se fusionan con la Unión para el Regreso a la Patria.

Desconozco en qué momento Serguéi Efrón comenzó a desempeñar un trabajo soviético activo, pero eso debe aparecer en los cuestionarios que él ha respondido antes. Creo que se produjo en torno a 1930. No obstante, lo que sí sé sin ningún género de dudas – es la apasionada e inquebrantable ilusión que sentía por la Unión Soviética y que se unió al servicio a la Patria con fervor. Cómo se alegraba cuando se enteraba por la prensa de un nuevo triunfo, al tener noticia del menor éxito económico. ¡Irradiaba felicidad! («Ahora tenemos esto y aquello... Pronto tendremos [*nosotros*] esto y aquello...») Nuestro hijo, que creció oyendo esas exclamaciones y que no ha oído nada más desde los cinco años, puede confirmar mis palabras.

Hombre enfermo (tuberculosis, enfermedades hepáticas), salía por la mañana temprano y regresaba muy tarde ya de noche. El hombre –era evidente– se consumía ante mis ojos. Las condiciones de la vida diaria –el frío, las incomodidades del piso– no le afectaban. Su único tema de conversación era la Unión Soviética. No conozco los detalles de sus asuntos, es cierto, pero sí la vida de su alma, día tras día, porque ante mis ojos tuvo lugar – un renacimiento total.

Respecto a la cantidad y la calidad de su actividad prosoviética no puedo sino citar la exclamación del juez de instrucción parisino que me interrogó después de la partida de Serguéi: *«Mais monsieur Efron menait une activité soviétique foudroyante!»* [Pero ¡el señor Efrón llevaba a cabo una actividad soviética sorprendente!]. Mientras hablaba, el juez tenía ante sí el expediente de mi marido y conocía sus asuntos mejor que yo (yo sólo había oído hablar de su

actividad en la Unión para el Regreso a la Patria y a favor de España). Pero lo que sí sabía y sé – es su entrega absoluta. Este hombre, por naturaleza, sólo podía entregarse en cuerpo y alma.

Todo acabó bruscamente. El 10 de octubre de 1937 Serguéi Efrón volvió de repente a la Unión Soviética. Y el 22 se presentaron en mi piso para efectuar un registro y me llevaron, a mí y a mi hijo de doce años, a la Prefectura de París, donde nos retuvieron un día. Declaré ante el juez todo lo que sabía de mi marido: que el hombre más noble y desinteresado que he conocido, que ama su patria con fervor, que no era un crimen trabajar para la España republicana, que he vivido con él veintiséis años, de 1911 a 1937, y que no sabía nada más. Unos días más tarde recibí una segunda citación a la Prefectura. Me enseñaron copias de unos telegramas donde no reconocí su caligrafía, luego me dejaron ir y no volvieron a importunarme.

Antes de eso, ¿estaba al corriente Marina del trabajo secreto de su marido? Esta es la pregunta ineludible que todo el mundo se formula.

De hecho, Serguéi no le confió nada de esa parte de su vida: era fácil prever la reacción de Marina, que rechazaba decididamente el bolchevismo y el chequismo.

En el hambriento Moscú de 1919, sobrecogido por la fiebre revolucionaria, Marina había leído sus nuevos poemas en el transcurso de una velada en la que participaba Lunacharski, el comisario del Pueblo para la Educación, y lanzó, en verso, un desafio al aire:

Le está bien empleado, por la triple mentira
de la libertad, la igualdad y la fraternidad...

Más tarde precisó: «Es una lástima que sólo estuviera él... y no toda la Lubianka».

Y rechazó públicamente los honorarios de sesenta rublos: «Guárdelos (para seis cajas de cerillas), y yo, con sesenta rublos de mi bolsillo, voy a encender una vela a la virgen de Iverskaya, para pedir el fin del sistema en el que se valora así el trabajo».

Con toda probabilidad, en la primera época en París, sólo intuyera que Serguéi estaba implicado en actividades conspirativas. Ignoraba hasta dónde llegaban estas, y la confianza ciega que tenía en su marido le ayudaba a sobrellevar las sospechas. Y él hizo bien que fuera así: ¡la verdad le habría resultado demasiado insoportable!

La catástrofe que cayó de repente –la huida a causa del caso Reiss– le abrió definitivamente los ojos. Este golpe del destino aplastó a Tsvietáieva, pero ella no podía cambiar nada en la relación con su marido. Estaba condenada a ese amor que, como un regalo del cielo al igual que su don poético, no dependía de las contingencias terrestres. «Su confianza hacia mí se había truncado, la mía hacia él nunca», confió Tsvietáieva a la policía francesa. Y siguió a su marido en su último periplo mortal, sin obcecación, sin ilusión, sabiendo que la muerte estaba a la vuelta de la esquina. La poeta que soñaba con los ojos abiertos ¡era mucho más lúcida y perspicaz que los demás! Ella entendía bien que: «Aquí, no soy necesaria, allí soy imposible». A pesar de todo volvió a su país... Volvió sin sorpresas porque hacía casi diez años que conocía esta verdad primordial:

> No existe ya Rusia, sólo unas letras, SSSR,[T6] pero no quiero hundirme en la maleza espesa, sibilante, sin vocales. No bromeo: este pensamiento me asfixia. Además, no me dejarán volver a Rusia: las letras no me abrirán paso.

Pero le abrieron paso... para devorarla.

Y por lo tanto, no podía luchar en contra porque existen fuerzas más poderosas que el tiempo, la geografía y el instinto de conservación. Veinte años atrás, en el año sangriento de la Revolución, le hizo una promesa solemne a Serguéi: «Lo más importante, lo más, lo más, eres tú, sólo tú, con tu instinto de autoexterminio... ¡Si Dios cumple el milagro de dejarte con vida, te seguiré como un perro!».

Antes del viaje a Moscú, releyó estas líneas y anotó al margen: «¡Y mira cómo voy, como un perro!».

Pero volvamos a la carta de Tsvietáieva a Beria.

> De octubre de 1937 a junio de 1939 mantuve correspondencia con Serguéi Efrón dos veces al mes, a través de la valija diplomática. Sus cartas desde la Unión Soviética rebosaban felicidad; es una pena que no se hayan conservado, pero tenía que destruirlas después de leerlas. Lo único que echaba de menos éramos mi hijo y yo.
>
> El 19 de junio de 1939, tras una separación de casi dos años, llegué a la dacha de Bolshevo y lo vi – vi a un hombre *enfermo.* Ni él ni mi hija me habían escrito acerca de su enfermedad. Una grave dolencia cardíaca, una neurosis vegetativa que le diagnosticaron a los seis meses de su

llegada a la Unión Soviética. Supe que durante esos dos años había estado enfermo – en cama. Pero nuestra llegada le animó – durante los dos primeros meses, ni un solo ataque, lo que prueba que su enfermedad cardíaca se la provocó la tristeza causada por nuestra ausencia y el temor a que la guerra en ciernes pudiera separarnos para siempre... Comenzó a andar, a soñar con el *trabajo,* sin el cual *desfallecía,* se puso de acuerdo con uno de sus superiores y comenzó a visitar la ciudad... Todos decían que había renacido...

Y, el 27 de agosto, detuvieron a mi hija.

Mi hija, Ariadna Serguéyevna Efrón, fue la primera de la familia en regresar a la Unión Soviética, y lo hizo el 15 de marzo de 1937. Con anterioridad había estado en las filas de la Unión para el Regreso a la Patria. Es pintora y periodista dotada de gran talento, y una persona muy leal. En Moscú colaboraba con la publicación francesa *Revue de Moscou* (bulevar Strastnói II) – donde estaban muy satisfechos con su labor. Escribía (textos literarios) e ilustraba, e hizo una traducción magnífica en verso de un poema largo de Mayakovski. Se sentía feliz en la Unión Soviética y jamás se lamentó de las contrariedades de la vida cotidiana.

Después del arresto de mi hija, el 10 de octubre de 1939, detuvieron a mi marido, un hombre enfermo y abatido por la desdicha de su hija, exactamente dos años después de su llegada a la Unión Soviética.

Permitieron por primera vez que les enviara dinero: a mi hija – el 7 de diciembre, es decir, tres meses y once días después de su arresto; a mi marido – el 8 de diciembre, es decir, dos meses menos dos días después de su arresto.

El 7 de noviembre, en nuestra dacha, arrestaron a la familia Lvov,[T7] con la que convivíamos; mi hijo y yo nos quedamos solos, en una dacha precintada, sin leña para calentarnos y presos de una angustia terrible.

Me dirigí al Litfond y allí nos asignaron una habitación para dos meses, cerca de la casa de descanso de los escritores en Golítsino, con derecho a comida. Después del arresto de mi marido me quedé sin recursos. Los escritores me ofrecieron algunas traducciones del georgiano, del francés y del alemán. Durante el tiempo que estuve viviendo en Bolshevo vertí al francés varias poesías de Lérmontov para la *Revue de Moscou* y para *Internatsionálnaya Literatura* [Literatura internacional]. Una parte de esos poemas han visto ya la luz.

No sé qué acusaciones se imputan a mi marido, pero sí sé que es incapaz de cometer traición, falsedad o un acto de deslealtad. Lo conozco desde 1911 –hasta 1939 son casi treinta años– y todo lo que sé de él ya lo sabía desde el primer día: es un hombre de una pureza excepcional, responsable y dotado de un gran sentido de sacrificio. Tanto sus amigos como sus enemigos convendrán en lo mismo. Incluso en la emigración, en el medio más hostil, nadie le acusó de corrupto, y explicaban su comunismo aduciendo un «entusiasmo ciego». Inclusive los agentes que efectuaron el registro en nuestra casa se sorprendieron de la precariedad de nuestro domicilio y la dureza de su cama («¿Cómo, en esta cama dormía *monsieur Efrón*?»), hablaban de él con cierto respeto, y el juez de instrucción me dijo sin ambages: «El señor Efrón era un entusiasta, pero los entusiastas también pueden equivocarse...».

Pero no pudo *equivocarse* en la Unión Soviética dado que durante los dos años de su estancia aquí ha sido un enfermo crónico que no ha ido a ninguna parte.

Quiero acabar con un llamamiento a la justicia. Este hombre ha servido, con su alma, su cuerpo, sus palabras y sus actos, a su patria y a la idea del comunismo. Es un hombre muy enfermo y no sé cuánto le queda de vida, sobre todo después de recibir tan duro golpe. Sería espantoso que muriera *sin* haber sido absuelto.

Si todo se debe a una denuncia, es decir, a afirmaciones hechas con mala intención y de mala fe, investigue al delator.

Si se trata de un error – *le suplico* que lo enmiende antes de que sea tarde.

MARINA TSVIETÁIEVA

Por los sellos, los membretes y los documentos adjuntos es evidente que esta carta fue recibida en la secretaría del NKVD el 26 de diciembre, donde pasó casi un mes, hasta el 21 de enero de 1940, antes de ser transferida «para que se adjunte al expediente de la instrucción» al asistente de dirección, Shkurin.

«NO HE ENCONTRADO A UN HOMBRE MEJOR...»

El año 1940 comienza para Ariadna con un careo con Alekséi Sezeman. La instrucción aplica el mismo procedimiento con ella que con su padre. Por lo demás, todo transcurre sin colisiones dramáticas: los jóvenes corroboran sus respectivas declaraciones, se arrepienten de sus conversaciones antisoviéticas y los conducen a diferentes celdas.

Hubo otra confrontación (Ariadna la recuerda en su última declaración ante el fiscal) más tensa, tal vez porque su acta no se archivó en el expediente.

Una vez durante mi instrucción me sometieron a un careo con uno de los camaradas de mi padre, Walter Pável Abrámovich. Conocía bien a ese hombre pero durante el careo apenas lo reconocí, debido al estado en el que se encontraba. El careo transcurrió con los gritos continuos y ensordecedores del oficial instructor, que frustraba cada intento de Walter de decir algo «no coordinado» con el oficial y cada uno de mis intentos por preguntar cualquier cosa o desmentirla. Sin embargo, las invenciones de Walter sobre mi padre y sobre mí eran hasta tal punto absurdas que logré desenmascararlos, a pesar de aquella confrontación. Sabía que Walter era un hombre honrado y honesto y vi claramente a qué estado tenía que haber llegado para actuar de ese modo.

Los oficiales instructores continúan exigiéndole a Ariadna nuevas deposiciones. Esta vez en contra de la hermana de su madre, la escritora Anastasia Tsvietáieva que, en ese momento, ya había sido arrestada, juzgada y enviada a los campos. Ariadna se la había encontrado algunas veces después de su regreso a Moscú y se quedó sorprendida por su comportamiento.

> Antes de su detención, A. Tsvietáieva siempre estaba en guardia y esa prudencia rayaba en lo ridículo. Recuerdo lo asustada que estaba cuando la visité por primera vez. Se mostró especialmente asombrada por mi audacia de volver a entrar en la URSS cuando se arrestaba a tantos extranjeros. En las visitas sucesivas, siempre me preguntaba si me habían visto los vecinos, el camino que tomaba para llegar a su casa o si alguien me había seguido por la calle. Además, me contaba que el NKVD la tenía bajo vigilancia y que se había podido convencer de ello en varias ocasiones.

Ariadna no estaba al corriente de las ideas o acciones antisoviéticas de Anastasia Tsvietáieva y poco podía decir al respecto.

Un mes más tarde, la obligan a escribir deposiciones sobre sus colegas de la *Revue de Moscou.* Después de haber criticado el trabajo de la redacción, decide explicar cómo intentó «luchar por la revista», enfrentándose a la inercia general, puesto que todo el mundo se sentía demasiado asustado y desmoralizado. Ella no había podido cambiar nada. Había más cosas que disgustaban a Ariadna en el trabajo de la revista.

Por ejemplo, aquella ocasión en que un número consagrado a la ciencia soviética estaba a punto de ir a imprenta cuando alguien advierte en el índice que hay una errata en la palabra «ciencia» *(science),* errata que se repite cada vez que se menciona –en diez ocasiones–, hasta tal punto de que deja de parecer una simple errata... Naturalmente, el tipógrafo, que no sabía francés, pudo haber incurrido en el error y el corrector, fatigado, no detectarlo. Ariadna se subleva: «Pero, a ver, ¿cómo puede el lector interpretar un error así? Hablan de ciencia y no son capaces de escribir la palabra correctamente en francés. ¡Vaya ciencia tan curiosa!».

Los miembros de la redacción, indignados, exigen al redactor en jefe una nueva compaginación de cuatro de las hojas de la revista, para no

mandar un error tan vergonzoso al extranjero. Pero no sirve de nada: el error no se corrige y el lector francés recibe la revista con errores.

Otras cosas molestaban a Ariadna, como que el redactor Kobelev no respondiera a las cartas de los lectores. Para justificarse decía:

> Ya sabe... En la actualidad es demasiado arriesgado mantener correspondencia con el extranjero: inmediatamente podría ser acusado de espionaje. ¿Y quién conoce a esos franceses? Un tipo dice que es obrero, ¡y tal vez sea un fascista!

¿Acaso no comprende Ariadna que al quejarse de sus colegas de la redacción puede perjudicarles? No, no lo comprende: su sentido demasiado simple de la justicia le juega una mala pasada. No conoce la vida soviética, donde imperan las mentiras legítimas y la doble moral. Ariadna no tiene ninguna intención perversa, simplemente no sabe vivir según las reglas de juego que le proponen y que sus colegas han asimilado después de tanto tiempo. Ellos, como soviéticos, se esfuerzan cuanto pueden en seguir siendo humanos. Ella, en cambio, buena persona, se esfuerza con afán en convertirse en una soviética.

Con todo, está convencida de que las relaciones con sus colegas eran correctas: «No guardo por ellos rencor ni les profeso amistad». Lo más terrible de la situación es que el redactor Kobelev, como ahora hemos podido saber, era colaborador secreto de los órganos. Así que Ariadna se quejaba del NKVD... al mismo NKVD.

En marzo, el oficial instructor Ivánov satisface la petición de Ariadna. Adjunta en el acta del interrogatorio su retractación de las declaraciones respecto a su padre. Sin embargo, se expresa de manera vaga:

> Quiero llamar la atención de la instrucción sobre la parte de mis deposiciones en que informo de una conversación con mi padre, Efrón, que habría tenido lugar antes de mi regreso a la Unión Soviética, dado que mentí sobre ese punto. Nunca mantuve esa conversación con mi padre.

En realidad, esa precisión no puede cambiar en absoluto el curso de la instrucción. En ese momento, la dirección de los órganos ya ha decidido separar el expediente de Ariadna del expediente número 644 (ocho gruesos

volúmenes) que corresponde al grupo donde, además de Efrón y Tolstói, figuran otros agentes del NKVD que también han trabajado en Francia: Nina y Nikolái Klepinin, Emilia Litauer (arrestada el 27 de agosto de 1939) y Nikolái Afanasov (arrestado el 29 de enero de 1940). Probablemente, esa decisión se debiera, incluso desde el punto de vista de los juristas de la Lubianka, a que los crímenes de Ariadna no parecían demasiado graves.

Con todo, el 15 mayo se conocen los cargos imputados a Ariadna: traición a la patria y propaganda antisoviética. Le siguen nuevos interrogatorios y esta mujer, que después de meses de instrucción parecía destrozada y dócil, de repente se vuelve extraordinariamente hermética, y refuta todas las acusaciones, en primer lugar las referentes a prácticas antisoviéticas y luego las de espionaje. Cuando Ivánov, furioso, blande contra ella las declaraciones de Tolstói (no hay nada más en contra de ella que eso), Ariadna recalca, al igual que hizo su padre:

> Las conversaciones que mantuve con Tolstói me dieron la impresión de encontrarme ante un aventurero moral y políticamente depravado, en resumidas cuentas, un burdo estafador. Ahora se revela también como un calumniador.

En definitiva, la instrucción se salda con un fracaso. Pero eso no impide a Ivánov dar por cerrado el caso a toda prisa: el 16 de mayo redacta un acta de acusación donde recoge las acusaciones falsas y escribe: «Efrón se ha reconocido culpable». Su mala fe resulta tan evidente que, al margen del documento, a la altura de esa frase, alguien traza un gran signo de interrogación con un lápiz azul.

Se envía el acta de acusación al tribunal de justicia. El caso de Ariadna Efrón está visto para sentencia.

En la prisión de Butirka, los oficiales Ivánov, Kuzminov y Shkurin continúan, durante noches enteras, «trabajándose» a Serguéi Efrón. Organizan un careo con Nikolái Klepinin, el cual, totalmente derrumbado, ha firmado cuanto le presentan. Todo se desarrolla como con Tolstói:

Klepinin afirma que Efrón es un espía francés, imputación que el acusado niega sin paliativos. No se cansa de afirmar que, en París, trabajaba sólo para la URSS y que contaba con ayuda soviética para editar el periódico *Evrasia*.

Esa respuesta afina la ironía del oficial instructor:

> En su opinión, ¿desde cuándo el poder soviético concede ayudas a la Guardia Blanca para que publique un medio dirigido contra él?

«¡Cretino!», anota un superior en el margen del acta, donde aparecen estas palabras. La orientación probolchevique del periódico era de sobra conocida. El patinazo le valió al oficial instructor, seguramente, un puñetazo en la nariz.

Pero la confrontación prosigue. A Klepinin le exigen hechos y evidencias del trabajo de Efrón como agente francés. Dice:

> Fui contratado por Efrón para trabajar en los servicios secretos soviéticos a mediados de 1933... El objetivo de ese reclutamiento era la posibilidad de recibir la ciudadanía soviética, de lo que Efrón me habló sin ambages...

Según las palabras de Klepinin, Efrón transfería personas a la Unión Soviética no para la construcción del socialismo sino para su destrucción.

Más adelante, Klepinin informa de algo todavía más misterioso:

> –A finales de 1934 supe que Efrón había entrado en contacto con la masonería. Supe, también, que la logia masona rusa se componía íntegramente de eminentes representantes de diversas agrupaciones de emigrados blancos y que era la sede de los servicios secretos extranjeros. Estaba asombrado no sólo porque Efrón hubiera entrado en el grupo sino porque lo habían aceptado en la estructura, puesto que durante ese tiempo en París se conocía de sobra la relación de Efrón con la embajada y la Unión para el Regreso a la Patria, y circulaban muchos rumores sobre sus enlaces con los servicios secretos soviéticos.
>
> »Cuando le pregunté a Efrón sobre ello, me dijo que los francmasones conocían esos contactos pero que era precisamente esa circunstancia lo que les obligaba a tenerle en cuenta, porque entre los planes de la masonería estaba infiltrarse en la Unión Soviética, el establecimiento de relaciones con los masones ocultos que estaban allí, la colaboración con los miembros secretos, que ocupaban por entonces cargos de responsabilidad dentro del Partido y en el gobierno, el establecimiento del capitalismo y de la estructura democrático-burguesa...

–No entiendo nada –dice Efrón–, No me imagino que Nikolái Andréyevich diga esto sin segundas intenciones... Le plantearé la pregunta sin ambages: según tú, ¿estuve relacionado con cualquier servicio secreto?

–Sí –responde Klepinin–. Ya he expuesto tus relaciones con los servicios secretos mediante los francmasones.

–Entonces, otra pregunta. Has dicho que me ausentaba largas temporadas. Me conoces al dedillo. ¿De quién has obtenido esta información?

–Por otras fuentes –replica Klepinin.

–No tengo más preguntas –da por finalizada la disputa Efrón.

Antes de despedirse y marcharse, Nikolái Andréyevich Klepinin se dirige de repente a Efrón con unas palabras protocolarias:

Seriozha,[T8] es inútil encerrarse. Me conoces muy bien y yo conozco tu trabajo. Hay determinadas cosas contra las que es imposible luchar porque es inútil. Tu única salida es que confieses. De todos modos, tarde o temprano lo reconocerás y hablarás...

Klepinin se marcha, Efrón se queda. El oficial instructor le recuerda su solicitud dirigida al comisario del Pueblo de Interior, Beria, tras el arresto de su hija y de Emilia Litauer, en donde él respondía de la honestidad política de ambas con su cabeza.

–¿Corrobora esta solicitud?

–La corroboro por completo.

Entra en escena otro personaje, Emilia Litauer.

–¿Cada uno de ustedes conoce a la persona que está sentada delante?

–Sí, es la camarada y amiga Emilia Litauer –dice Efrón.

–Sí, es mi amigo Serguéi Yakóvlevich Efrón –dice Litauer.

Entonces se reproduce el mismo guión sobre el mismo escenario. La recién llegada repite dócilmente la versión del NKVD: sí, eran eurasiáticos; sí, eran unos infiltrados: ella en el Partido Comunista francés y él en los servicios soviéticos secretos; sí, los dos enviaban a gente a la URSS y ambos han venido con el único objetivo de realizar trabajos de espionaje para Francia.

–Como acaba de constatar, un tercer cómplice se encuentra a punto de desenmascararle. Tal vez, por fin, deje de negar los hechos.

–Si todos mis camaradas me consideran un espía, Litauer, Klepinin y mi hija, entonces, según parece, debo de ser un espía y estoy listo para firmar sus confesiones.

Los oficiales instructores no dan crédito a sus oídos.

–No sólo intenta ocultar su labor de espionaje sino que intenta provocar a la instrucción. ¿Qué significa que está listo «para firmar sus confesiones»?

Efrón se encuentra mal y pide que se interrumpa el interrogatorio, pero el oficial continúa con el proceso:

–¿Está preparado para ofrecer declaración?

–No puedo responder.

–¿Podría explicarnos por qué Efrón opone tanta resistencia? –le pregunta el oficial a Litauer.

–Es sencillo –responde ella–. Antes del arresto, Seriozha y yo acordamos no traicionarnos el uno al otro. Me dijo que me consideraba inquebrantable y yo tenía de él la misma opinión.

–Como puede ver, ¡sus planes de confabulación se han venido abajo! –celebra el oficial.

–No hubo ningún acuerdo –objeta Efrón–. Pero creía en Litauer al cien por cien...

–¿Por qué no quiere decir la verdad?

–En mi situación la única salida es declararme culpable.

–¿De qué se declara culpable?

–Me declaro culpable en la medida en que mis camaradas lo reconocen y me culpabilizan.

–¡Diga las cosas por su nombre y hable con concreción! ¿Para qué servicios secretos ha trabajado?

–No puedo decirle nada ahora... No tengo nada que decir...

Pero, poco después, aparece la declaración tanto tiempo esperada por los oficiales instructores en el protocolo.

Mi reclutamiento se produjo en 1931. Cuando finalicé mis actividades en Francia, descubrí que trabajaba no sólo para los servicios de información soviéticos, sino también para los servicios secretos franceses. Actuaba de acuerdo con los francmasones, cuya organización depende de los servicios de información franceses.

La firma de Efrón se encuentra debajo de esta declaración. ¿Por qué? ¿Le obligaron a firmar? ¿Falsificaron su firma? Todo es posible. En

cualquier caso, la siguiente pregunta indica que las cosas no estaban claras.

–¿Se reconoce culpable?

–Lo contaré todo, pero antes quiero volver a ver a Klepinin.

Le llaman y repite de cabo a rabo las declaraciones anteriores. El oficial instructor interviene y se dirige a Efrón:

–¿Lo tiene claro ahora?

–Sí, lo tengo claro.

–¿Para qué servicios secretos ha trabajado?

–Que responda Klepinin a esa pregunta. Pido aplazar el resto de mi deposición.

–La aplazaremos; diga solamente para qué servicios secretos ha trabajado.

–He trabajado para los mismos servicios secretos que mis camaradas.

Esta frase aparece mecanografiada en el acta pero, al firmar el documento, Efrón corrige la frase y escribe en singular: «Trabajo para el mismo servicio secreto que...». Es decir, subraya que todo el grupo trabajaba en los servicios de inteligencia soviéticos.

Es posible imaginarse el enojo y la rabia de Kuzminov y de Shkurin: ¡menudo fracaso! Casi habían obtenido el resultado deseado, estaban a punto de doblegar a Efrón y... ¡Tanto trabajo en vano!

Para el recluso, las consecuencias del combate, aunque tristemente victorioso, son más graves: acaba tendido en la cama de la enfermería de la cárcel. Los interrogatorios se interrumpen durante un mes y medio. Cuando se reanudan, en febrero, permanece firme, no cede su posición. Niega toda implicación contra él y contra sus amigos y recuerda sus méritos ante el poder soviético.

–No llevaba a cabo actividades antisoviéticas, era colaborador del NKVD, trabajaba bajo el mandato directo de quienes dirigen los asuntos secretos en el extranjero...

–El carácter de sus trabajos conspirativos con las organizaciones soviéticas es lo que menos nos interesa –declara con franqueza su oficial instructor–. Como colaborador del NKVD, usted, al mismo tiempo, era un espía para los servicios de inteligencia extranjeros.

–No es cierto. Solicito interrumpir el interrogatorio, no me encuentro bien...

A medida que pasa el tiempo, la firma de Efrón que aparece en los documentos se deforma más y más hasta convertirse en una caricatura. Por lo visto, no puede soportar los interrogatorios –estos se interrumpen a menudo– y no aguanta la tortura que deja a su cuerpo inerte. Con todo, el interrogatorio se retoma al cabo de unos días. Y la situación se repite de nuevo, aunque con variantes.

> –¡Usted miente y será desenmascarado!
> –Me da lo mismo. Que me desenmascaren...
> –¿Por qué oculta su relación con los servicios secretos extranjeros?
> –No la oculto. Lo niego...
> –¿Cree que podrá eludir su responsabilidad?
> –Asumo mi responsabilidad por mi vida pasada pero no puedo aceptar mi culpabilidad por algo que no es cierto...

Efrón niega los cargos que se le imputan, no cede ante la presión de la instrucción y no declara en contra de sus camaradas. Pero cuando la conversación atañe a su hija, pide una confrontación con ella. No obstante, le niegan la posibilidad de ver a Ariadna y de tener noticias de ella. ¿Acaso podía infundir nuevas fuerzas en ellos?

En este punto hay un detalle pequeño, pero significativo. El instructor que se ocupaba de interrogar a Efrón, que en este caso era el mismo Ivánov que se ocupaba antes de Ariadna, reprochaba a Efrón sus mentiras y cada vez que escribía esta palabra en el acta lo hacía omitiendo el signo blando con que termina la palabra: es decir que escribía лож, en lugar de ложь. Ello da la medida del nivel cultural de los agentes de la Lubianka.

En abril, Efrón es trasladado de nuevo a la prisión de Lefortovo. Allí, la instrucción incorpora a un refuerzo que está en plena forma: el teniente N. V. Kopilov. Este trata con escasa deferencia al recluso. ¡Uno de los interrogatorios se prolonga trece horas! Como si se tratara de un sello distintivo de la prisión, ninguno de estos interrogatorios se formalizan mediante un acta. El certificado expedido por las autoridades penitenciarias

menciona al menos una decena de sesiones de las que no hay rastro alguno en el expediente de Efrón.

Entretanto, la instrucción se concentra en una nueva obsesión: los emigrados que Efrón reclutaba para los servicios secretos soviéticos. La mayoría son miembros de la Unión para el Regreso a la Patria y del Partido Comunista francés. En primer término, las personas que participaron en el caso Reiss.

Aquí sí que Efrón tenía mucho que aportar.

Véanse algunas de las descripciones que hizo:

> … Dmitri Mijáilovich Smirenski es hijo de un sacerdote y trabajó a mis órdenes… Volvió a la URSS en 1939, a resultas del fracaso de la operación Reiss. Las autoridades francesas y suizas culparon a Smirenski del asesinato de Reiss y lo mantuvieron un año en la cárcel. Después, los suizos lo dejaron en liberad y lo expulsaron del país… Smirenski participó en los preparativos de la acción contra Reiss, pero no tomó parte activa en la acción misma… Eso lo sé de buena tinta, porque así me lo comunicaron personas relacionadas directa o tangencialmente con el caso, como los Klepinin y Kondratiev…
>
> Chistoganov estuvo encargado del seguimiento a Sedov, el hijo de Trotski, pero fue descubierto por este, quien lo denunció a la policía francesa. La policía arrestó a Chistoganov, lo interrogó y lo dejó en libertad. No obstante, desde entonces Chistoganov fue objeto de un intenso seguimiento por parte de la policía y hubo que prescindir de él durante alrededor de un año. Transcurrrido este, se lo volvió a utilizar para algunos encargos, particularmente para determinar la dirección en la que vivían determinadas personas…
>
> De Sudiar… Informé a los mandos de mi relación con De Sudiar y se me propuso ir trabajándolo para atraerlo a nuestra causa. Después de varios encuentros con él, lo recluté para cumplir misiones secretas del NKVD, algo que aceptó gustosamente. De Sudiar interesaba por tratarse de un francés de origen aristocrático conocido por su neutralidad política y con un alto cargo en una casa comercial francesa. Se contaba con que aportara información acerca de la organización fascista Cruz de Hierro, bien relacionada con grupos de la emigración rusa…

Efrón nombra a una treintena de personas reclutadas por él para trabajar en secreto para el NKVD entre 1932 y 1937. Entre las personas que nombra hay algunas que trabajaron efectivamente para la Lubianka, pero también hay otras cuyo nivel de compromiso con el NKVD no está claro y requeriría una investigación más profunda.

Cita igualmente a otros agentes del NKVD en París, como Zhdánov, Smirnov, Azarián y Kislov. Este último dirigía el trabajo de Efrón.

¡Qué cuadro tan impresionante! ¡El París de la época era un hervidero de agentes soviéticos! ¡Y vaya habilidad como pescador de hombres la de Serguéi Efrón! Él era para el NKVD un asistente preciado porque no colaboraba por miedo sino por convicción. Por eso, el jefe adjunto del servicio secreto del NKVD, Serguéi Mijáilovich Spiegelglass, le confía la dirección de un grupo de agentes encargados de ocuparse de la eliminación de Reiss. Una carta de Ariadna dirigida al tribunal, el 28 de junio de 1955, así lo ratifica. En ella propone que se cite a Yelizaveta Jenkin, una vieja conocida de Efrón, y se la interrogue porque «ella recuerda muy bien cómo se llevó a cabo la misión encargada por Spiegelglass al grupo dirigido por mi padre, quién la llevó a cabo y quién fue el responsable de su fracaso».

El interrogador Kopilov, como un papagayo, repetía en cada interrogatorio las mismas preguntas intentando exprimir al interrogado hasta sacarle alguna información que comprometiera a algún miembro del grupo, pero Efrón también se mantuvo en sus trece y negaba toda actividad antisoviética o enemiga:

–Siempre digo la verdad. Puedo equivocarme en alguna respuesta, porque me traicione la memoria, pero jamás he dicho ni diré una mentira a sabiendas.

Lo más horrible de la situación es que, naturalmente, los hombres de la Lubianka sabían perfectamente quién era Efrón. En su expediente figura un certificado relacionado con su trabajo secreto:

> En 1931, Efrón fue reclutado por los órganos del NKVD; facilitó información sobre los eurasiáticos y la emigración blanca. Por órdenes de los órganos, se infiltró en la logia masónica rusa Gamayún.[T9] Durante algunos años, Efrón trabajó como jefe de grupo, indicador y reclutador activo. Gracias a su participación, se pudo reclutar a un gran número de emigrados blancos. Siguiendo las instrucciones de los órganos, llevó a cabo un excelente trabajo de reclutamiento y envío de voluntarios a España de antiguos blancos. Al principio de la Guerra Civil española, Efrón pidió que le enviaran al bando republicano para participar en los combates contra las tropas de Franco, pero se rechazó su solicitud aduciendo razones operacionales.
>
> En otoño de 1937, Efrón fue enviado con carácter de urgencia a la URSS porque corría peligro de ser arrestado por la policía francesa, que sospechaba su participación en el asesinato de Reiss. En la Unión Soviética, Efrón ha vivido con el nombre de Andréyev bajo el amparo del NKVD, pero en la práctica no se le ha empleado en actividades secretas. En su trabajo para los

> órganos del NKVD, Efrón obtuvo buenas calificaciones. En Francia estuvo ligado a viejos colaboradores del servicio extranjero del NKVD, Zhuravlev y Glinski.

El destino de casi todos los espías soviéticos, los superiores de Efrón, se interrumpió antes incluso de su propia detención. En 1937, cuando Nikolái Yezhov decidió purgar el servicio extranjero del NKVD que había sido organizado por el predecesor responsable de los órganos, Yagoda, algunos fueron fusilados en esa misma cárcel.

En 1956, después del proceso de rehabilitación, el testimonio de un viejo chequista honorario, V. I. Pudin, arrojaba nueva luz sobre el trabajo del agente secreto Efrón.

> Entre 1935 y 1938, trabajé para el servicio extranjero del NKVD, donde me ocupaba de la vigilancia de las organizaciones activas de la Guardia Blanca en el extranjero... La organización de los eurasiáticos se creó durante los años veinte, sus miembros no eran muchos y no realizaban actividades antisoviéticas. Por ello no se les hacía demasiado caso y no se tomaron medidas concretas contra ellos... En 1938, en la escuela del servicio extranjero del NKVD, impartí unas conferencias sobre las organizaciones antisoviéticas de la emigración blanca y los métodos para luchar contra ellas. En mis ejemplos, no cité la organización eurasiática como antisoviética...
>
> El servicio extranjero del NKVD no disponía de datos sobre la pertenencia de Klepinin y Efrón a la red de servicios secretos extranjeros que trabajaban contra la URSS, motivo por el cual algunos miembros de nuestro servicio se indignaron tras su detención. Ignoro si los dirigentes de nuestro servicio han pedido oficialmente aclaraciones a propósito del arresto infundado de estas personas... Klepinin-Lvov y Efrón gozaban de buena reputación como agentes.

A principios de junio, se decide poner punto y final a la instrucción del caso de Efrón, que se encontraba de nuevo en la Lubianka. Sobre el acta correspondiente, el oficial instructor Elomanov escribió que el acusado, «tras conocer las pruebas del expediente, no tiene nada que añadir». Efrón firma con dificultad, como un niño, con letras grandes e irregulares.

Y después, de repente, ¡un hecho imprevisto! El expediente recoge el acta de un nuevo interrogatorio, con fecha de 9 de junio. Ese documento no es sólo inesperado, también es muy extraño: de un plumazo resuelve todos los problemas de la acusación. Desde la primera pregunta, Efrón reconoce: «Sí, he sido agente de los servicios secretos franceses». Sostiene que los francmasones le reclutaron a través de un tal Piotr Bobrinski y que su

misión era «establecer relaciones con la colonia soviética y acercarlos a los emigrados rusos».

¿Había conseguido doblegarle la instrucción? Es poco probable. Un estudio más detallado del documento permite deducir que estamos ante una falsificación. La firma de Efrón está desdibujada y apenas es reconocible. Y en el caso de que no estuviera falsificada, sólo pudo conseguirse en un estado de enajenación. O tal vez se la extrajeran de antemano, en una hoja en blanco: el texto del «reconocimiento» y la firma no se ajustan, hay un espacio demasiado grande que no parece natural...

El documento que sigue en el expediente aclara las dudas: se trata de una decisión del tribunal de prolongar la instrucción:

> S. Y. Efrón, residente de los servicios secretos franceses, no se reconoce culpable. [...] Tomando en consideración que la instrucción aún no ha finalizado, [...] se acepta la petición de prolongación del plazo de instrucción.

Para Marina, el invierno y la primavera se suceden en Golítsino. Libra a diario una lucha por la supervivencia y le acosa la preocupación de conseguir dinero, comida, madera, queroseno, etcétera. Emplea su tiempo en interminables traducciones, su esfuerzo con versos de otros. Le corroe la angustia y sufre por sus seres queridos. Pasa frío, humillación y miedo.

Un día la expulsan de allí. La invitan a que deje libre su habitación. Y de nuevo el problema: ¿adónde ir? Y otra vez, una solución provisional: a una casa ajena. Encuentra a personas bondadosas como el historiador del arte Aleksandr Gueórguievich y la pintora Natalia Alekséyevna Gabrichevski. Le proponen que se acomode en su apartamento durante el verano, que ellos pasarán en Crimea.

Marina y Mur se instalan «en una habitación del Museo Zoológico» (como escribe Tsvietáieva en su cuaderno). Añade: «Es tranquila, se respira un aire venerable como nunca antes he conocido y que, probablemente, nunca más conoceré en lo que me queda de vida».

En esa casa escribió y mandó su tercera carta al NKVD.

Moscú, 14 de junio de 1940

Al comisario del Pueblo de Asuntos Interiores, camarada L. P. Beria

Honorable camarada:

Me dirijo a usted para solicitarle lo siguiente.

Mi hija, *Ariadna Serguéyevna Efrón*, lleva encarcelada desde el 27 de agosto de 1939 y mi marido, *Serguéi Yakóvlevicb Efrón* – desde el 10 de octubre del mismo año.

Después de su detención, Serguéi Efrón estuvo retenido en la prisión interior, luego en una celda de Butirka y en Lefortovo y ahora acaba de ser trasladado de nuevo a la prisión interior. Mi hija, Ariadna Efrón, no ha dejado la prisión interior.

A juzgar por su último traslado, después de una larga pausa, y del largo lapso de tiempo que ambos llevan recluidos (Serguéi Efrón – ocho meses, Ariadna Efrón – diez), parece que la instrucción llega a su término y que, tal vez – haya finalizado.

Durante todo este tiempo, he estado muy inquieta por el destino de mi familia, sobre todo de mi marido, que fue apresado cuando sufría una enfermedad (ha estado gravemente enfermo durante los dos años que precedieron a su detención).

La última vez que quise obtener información sobre el estado de la instrucción (el 5 de junio, en el número 24, Kuznetski), el colaborador del NKVD no me entregó el formulario ordinario, pero me aconsejó que me dirigiera a usted para solicitar un encuentro con mi marido y mi hija.

En una carta anterior, en diciembre del año pasado, le hablé con detalle de ellos y de mí misma. Le recuerdo solamente que, después de una separación de dos años, apenas tuve la oportunidad de estar con mis seres queridos – dos meses con mi hija, tres meses y medio con mi marido enfermo. Ahora bien, he vivido treinta años con él y no he encontrado a un hombre mejor.

Le pido cordialmente, camarada Beria, que me autorice, si es posible, a encontrarme con los míos.

MARINA TSVIETÁIEVA

Vivo temporalmente en la siguiente dirección:

Moscú, calle Herzen, número 6, apart. 20 (teléfono K-0-40-13).

Este mensaje conoció la misma suerte que los precedentes: fue enviado al servicio de instrucción y adjuntado en el expediente sin respuesta.

Tras la lectura de esta carta salta una cosa a la vista: contrariamente a las misivas precedentes, Tsvietáieva no se dirige al comisario del Pueblo como a un ser humano, sino con la segunda persona del plural, como si fuera una entidad anónima.[T10] ¡Cuánta dignidad hay en estas líneas, a pesar de su evidente desesperación! Se dirige al verdugo principal calificando a su víctima como el «mejor hombre posible» en una época donde la psicosis generalizada conducía a los individuos a renegar de sus allegados.

Calificaba a Efrón como el mejor hombre que había conocido a pesar de que conoció su doble vida mucho después y que supo del papel funesto que esta había desempeñado en el destino de la familia.

A Marina Tsvietáieva y a Efrón los asemejaban la sed de heroísmo, una disposición romántica del espíritu y el altruismo. Pero servían a dioses distintos. Ella, al dios de la poesía. Él, al de la política. Ella era más de volar, mientras que él andaba con los pies en la tierra, necesitado de un punto de apoyo exterior, un ideal que tomaba prestado. Primero fueron los blancos, después, el eurasianismo y, por último, el comunismo ruso.

Alguien dijo de él que era «un idealista enamorado de los planes quinquenales». Entretanto, sus hijos Ariadna y Mur se debatían entre la madre y el padre y sólo anhelaban ganar la independencia, erguirse sobre sus propios pies y tenerlos bien afincados al suelo… «Somos una unión de soledades», dijo una vez Ariadna.

La soledad y la ruina de Marina eran muy particulares. Como poeta, estaba imbuida de un maximalismo que exigía lo imposible. La vida cotidiana, los pequeños pesares de la existencia la agotaban y le pesaban como grilletes. Dado que la posibilidad de mantener intimidad con sus semejantes, fueran sus familiares o cualquier otra persona, estaba descartada, y ella vivía en el anhelo permanente de renovar su amor, no hacía más que entorpecer las vidas de los demás, comportándose como una vieja. Su fatal divorcio con un mundo que le resultaba hostil –la generación a la que pertenecía iba desapareciendo y ella quedaba– hacía que se sintiera «sola para todos… y contra todos».

Tsvietáieva cargaba a la vez con el don del servicio a la poesía y el peso de la vida mundana. Y nadie pudo jamás quitarle de encima ambos pesos. Sus propios hijos la juzgaban y la condenaban. Tenían a su padre por un hombre bueno y compasivo y a su madre por una mujer incómoda e insociable. Entretanto, ella buscaba llenar la vida de un sentido superior, dotarla de un significado, justificarla ante el rostro de la eternidad.

«SEGUIRÁS PERVIVIENDO – EN LAS TABLAS DE LA LEY»

Ariadna esperaba su proceso en vano. El 2 de julio de 1940, una troika del NKVD decide, en su ausencia, condenarla «a ocho años de campo de trabajo para la reeducación».

Es escoltada desde la prisión de Butirka y la arrojan lejos, al norte, a un campo de trabajo perdido en las extensiones nevadas de la república de Komi. Su vida estuvo teñida de sufrimiento y fue mutilada irremediablemente. Muchos años después, diría: «He vivido una vida que no era la mía...».

El destino de su padre quedó impreso en ella como una herida abierta que no cicatrizó jamás. Después de pasar por el campo, tras su exilio siberiano, pidió al tribunal que rehabilitaran a su padre.

> Para recordar «a grandes trazos» la condena de mi padre, se necesitaría escribir un libro entero... Todo fue cruel, injusto, falso, inútil, todo comenzó con una calumnia y acabó con la pena de muerte. Les pido que estudien con imparcialidad y justicia el expediente de mi padre. Aunque sea largo, ¡que así se haga!

La instrucción del caso de Serguéi Efrón se prolongó aún un año después de la condena de Ariadna y, como ningún documento de su expediente concierne a este período (¡sólo cabe hablar de un agujero abierto!), cabe suponer que luchó hasta el final sin rendirse. El 6 de julio de 1941 se encontró, con otros acusados del caso, en la sala de audiencias del Colegio Militar del Tribunal Supremo. Allí se dieron el adiós definitivo y pronunciaron sus últimas palabras, que ahora podemos leer, tras atravesar más de medio siglo de oscuridad.

Emilia Litauer y Nikolái Klepinin se reconocieron culpables y rogaron al juez que les dejara con vida. Nina Klepinina sólo reconoció su participación en la organización contrarrevolucionaria Evrasia y dijo esperar «una decisión justa por parte del tribunal». Nikolái Afanasov declaró que no había espiado en detrimento de la URSS. Pável Tolstói no se reconoció culpable e invalidó las deposiciones que había llevado a cabo en el curso de la instrucción preliminar: «Efrón Andréyev nunca me reclutó para realizar un trabajo de espionaje a las órdenes de los servicios secretos franceses».

Y, por fin, le llegó el turno a Efrón:

> No he sido un espía, he sido un agente honesto de los servicios de información soviéticos. Sólo sé una cosa: a partir de 1931, toda mi actividad estuvo dirigida en provecho de la Unión Soviética. Le pido que considere mi caso objetivamente.

El veredicto fue el mismo para todos: «Condenados a la pena de muerte mediante fusilamiento».

Afanasov fue ejecutado el 27 de julio; los Klepinin y Litauer, el 28; Tolstói, el 30. Serguéi Efrón fue trasladado a la celda de condenados a muerte de la prisión de Butirka, donde permaneció hasta mediados de octubre.

En ese momento, la guerra estaba en su punto álgido. Los alemanes se aproximaban a Moscú, y el pánico reinaba en la capital. Los verdugos estalinianos limpiaban con urgencia las prisiones, en su afán por exterminar a los «enemigos del pueblo».

Este es el último documento del expediente:

> ACTA
>
> El 16 de octubre de 1941 nosotros, los abajo firmantes, hemos ejecutado las condenas a muerte de 136 personas (ciento treinta y seis), enumeradas a continuación.

El primero en la lista era Serguéi Efrón.

Marina se le adelantó. Incapaz de soportar el suplicio de la vida, se marchó ella sola.

Antes tuvo que soportar la evacuación a Tartaristán, a la recóndita Yelábuga, donde ella y Mur se vieron sumidos en la mayor soledad. El 31 de agosto encontró un gancho sujeto al techo. La soga que la patria soviética les había colgado encima a todos ellos se apretará primero sobre ella.

Su hijo morirá en el frente tres años más tarde.

Ariadna regresó del campo de trabajo. De nuevo fue arrestada y enviada a Siberia. A su regreso se consagró, hasta el día de su muerte, a la poesía de su madre, al cuidado de sus manuscritos y a la edición de sus libros.

¿Y qué fue de sus verdugos, de los instructores? Esos tuvieron una larga vida. Según los datos que obran en el Departamento de Personal del KGB, todos ellos –Kuzminov, Ivánov, Kopilov y Shkurin–, todavía en 1954 todos continuaban sirviendo a su querido poder soviético y transmitiendo a la juventud su vasta experiencia. Tal vez alguno de ellos viva todavía entre nosotros, porque en los años treinta los buscaban siempre jóvenes, joviales muchachotes.

En Butirka, en el delirio de la prisión, Serguéi oye una voz... Alguien le dice que su mujer está muerta. Escucha el título de un poema que sólo ellos conocían.

Y Marina, reuniendo sus obras para un último ciclo que nunca vio la luz, quiso poner en primer lugar unos versos dedicados a la «mejor persona» que había encontrado en su vida. Además, escribió lo siguiente: «¡NB! Le pido que ponga este poema en una hoja aparte».

Para S. E.

Escribía sobre una pizarra
y sobre las hojas marchitas de los abanicos
y en la arena del río y del mar,
con patines en el hielo, con anillo en el vidrio.

Y en troncos tan antiguos...
Y, por fin, ¡para que todos lo supieran!
¡Que eres mi amado! ¡Amado! ¡Amado! ¡Amado!
Firmaba con un arcoíris en el cielo.

¡Quería que cada palabra floreciera
para siempre conmigo! ¡Bajo mis dedos!
Después, bajando mi frente hasta la mesa,
tacharía tu nombre con una gran cruz...

Y tú, preso en las manos de un escriba
¡corrupto! Tú, que hurtas el corazón,
¡que no te vendí! ¡Dentro del anillo!
Seguirás perviviendo – en las tablas de la ley.[T11]

---

1. A. I. Tsvietáieva (1894-1993). Prosista, poeta. Fue arrestada por primera vez en 1933, pero pronto la pusieron en libertad gracias a la intercesión de A. M. Gorki. En 1937 fue condenada a diez años de reclusión en campos de internamiento. En un nuevo juicio en 1949 la condenaron a destierro vitalicio en Siberia. Fue liberada en 1956.

2. Movimiento político y social de la emigración rusa.

3. Alusión al texto en prosa de Borís Pasternak *Caminos en el aire*, que se publicó en la revista *Svoimi Putiami. (N. de la T.)*

T1 En lenguaje coloquial, clase de automóvil ligero (a partir de la marca de fábrica M). *(N de los T.)*

T2 Organización de ciudadanos rusos en Francia, creada en 1924, que tenía como finalidad la difusión de la información sobre la Unión Soviética y constituir grupos de candidatos para el regreso a Rusia. A Serguéi le exigen que colabore en ella como un modo de enmendar su pasado contrarrevolucionario y acepta el papel de agente de los servicios secretos soviéticos en el extranjero. *(N. de los T.)*

T3 El Litfond (abreviatura de *Literaturni Fond* [Fondo de Literatura]), organización fundada en 1934 con el fin de prestar ayuda material a los escritores, disponía de numerosas casas destinadas teóricamente a ofrecer a estos las mejores condiciones para trabajar durante unos días o unos meses. *(N. de los T.)*

T4 Se ha intentado respetar el estilo conciso, preciso y sonoro de Tsvietáieva, la musicalidad de su lenguaje, así como las expresiones y palabras subrayadas en el manuscrito original de la poeta (en cursiva). Asimismo, se advierte sobre el uso del guión, un recurso estilístico de Tsvietáieva que tendría su equivalencia a la pausa en la partitura musical. *(N. de los T.)*

T5 S. M. Stepniak-Kravchinski (1852-1895). Anarquista revolucionario y escritor. Huyó de Rusia en 1878 tras participar en el asesinato del jefe de la policía zarista. Su libro *La Rusia clandestina* se publicó en 1893 en Londres. *(N. de los T.)*

T6 En cirílico, CCCP son las siglas rusas de la URSS y su pronunciación en castellano es SSSR. *(N. de los T.)*

T7 Alusión al matrimonio formado por Nikolái Andréyevich Klepinin y Antonina Nikoláyevna. Los dos corrieron la misma suerte: fueron arrestados y represaliados, al igual que el mayor de sus hijos, Alekséi Vasílievich Sezeman. *(N. de los T.)*

T8 Diminutivo de Serguéi. *(N. de los T.)*

T9 Pájaro profético en el folclore ruso. Aleksandr Blok dedicó un poema a ese ser mitológico en 1899. *(N. de los T.)*

T10 En ruso, la cortesía epistolar exige escribir el pronombre «usted» con mayúscula (en cirílico: *Bac*). Aquí, Tsvietáieva escribe siempre *bac,* en minúscula. *(N. de los T.)*

T11 Poema de Marina Tsvietáieva compuesto el 18 de mayo de 1920. *(N. de los T.)*

El hombre natural
Andréi Platónov

EL AGENTE DE NUESTROS ENEMIGOS

–¿Le interesa Platónov? –me preguntaron un día en la Lubianka, cuando fui a trabajar en el expediente que me ocupaba esos días.

Me quedé helado. ¡Andréi Platónov! Pero si a él nunca lo habían detenido, ¿a qué se refería el conservador de los archivos de la Lubianka?

Al ver mi reacción, mi interlocutor se aclaró la garganta de forma elocuente abrió la caja de seguridad y sacó una gruesa carpeta encuadernada a modo de libro, con grandes letras impresas en la cubierta que decían:

DIRECCIÓN POLÍTICA UNIDA ESTATAL
SECCIÓN POLÍTICA SECRETA
Absolutamente confidencial
OBRAS INÉDITAS
(requisadas durante un registro)
DE ANDRÉI PLATÓNOV
MOSCÚ, 1933

–¿Qué me dice, eh? –me preguntó el archivero.

¿Y qué podía decir yo? ¿Que Platónov era un genio de la prosa rusa? ¿Que era mi escritor favorito? ¿Que el hallazgo de estos manuscritos era todo un acontecimiento?...

Pero ¿cómo habían llegado hasta la Lubianka? ¿Durante qué registro se requisaron? ¿A quién le fueron confiscados? Nadie del personal del archivo pudo darme ninguna explicación al respecto. O no sabían nada o no querían hablar. Lo que estaba claro era que la carpeta se había conservado de

milagro, ya que no llevaba el membrete protector de «Conservar a perpetuidad». Uno de los archiveros, Vladímir Vinográdov, recordó que una vez, muchos años atrás, durante una «limpieza» rutinaria del depósito, la sacó de un montón de documentos destinados a ser destruidos y la trasladó al fondo actual. ¿Qué fue lo que le movió a hacerlo, el instinto profesional o el hecho de comprender quién era y lo que significaba Platónov? Fuera lo que fuera, reaccionó al instante, un movimiento de manos, y ya está, ¡los manuscritos estaban a buen recaudo!

Entonces, ¿había sido o no represaliado Platónov? Podemos decir con toda seguridad que el escritor Andréi Platónov sufrió represión. Durante muchos años se le impidió publicar sus obras, lo aislaron de sus lectores, lo condenaron a la miseria, pero además, como acabamos de saber, sus manuscritos fueron confinados y se murieron de asco en la Lubianka hasta nuestros días.

Y si bien ha sido la casualidad la que los ha conservado, no fue esta quien los llevó allí dentro. El escritor tenía abierto un expediente en el que no sólo se han conservado manuscritos.

En la carpeta descubierta en el archivo hay en primer lugar un documento redactado por Shivárov, jefe de operaciones del cuarto departamento de la sección política secreta de la OGPU; sí, se trata del mismo Jristofórovich con quien ya nos hemos topado anteriormente a raíz de los casos de Ósip Mandelstam y de Nikolái Kliúyev. Este documento revela la visión particular y la atención que los órganos de represión ejercían sobre Platónov.

INFORME

Acerca del autor de las obras adjuntas, Andréi Platónov:

A. Platónov es hijo de obrero y él mismo fue obrero, con una formación técnica superior inacabada. Ha trabajado en el VSNJ[1] en calidad de ingeniero consultor en construcción eléctrica. Últimamente trabaja en el trust de mecánica de precisión, donde ha sido premiado por inventar una balanza eléctrica. Platónov vive del salario que recibe por su trabajo. En el pasado percibió ingresos relativamente significativos por sus actividades literarias, pero en los últimos dos o tres años prácticamente no ha publicado nada y no recibe ningún honorario. Vive en la pobreza.

Evita los círculos de escritores profesionales. Mantiene relaciones poco sólidas y no muy amistosas con un pequeño grupo de escritores. Sin embargo, es muy popular entre los literatos y se le considera un maestro. Leonid Leónov y B. Pilniak lo sitúan gustosamente al mismo nivel que ellos y V. Ivánov incluso lo califica como el mejor prosista moderno.

Las obras más conocidas de Platónov, entre las que han sido publicadas, son *Rozhdenie mástera* [El nacimiento de un maestro], la primera narración del escritor; *Epifanskie shliusi* [Esclusas de Epifanio], que gira alrededor de la analogía entre la época de Pedro el Grande y la época de la construcción de la URSS; *Vprok* [En provecho], una sátira de la construcción de los *koljoz.*

La redacción de la revista *Krásnaya Nov* fue amonestada por publicar la narración *Vprok* y prácticamente después de esto empezó el acoso a Platónov y dejaron de publicar sus obras. Entonces dijo: «Me importa un bledo lo que digan los demás. Escribí esta narración para una persona (el camarada Stalin), la ha leído y en esencia me ha respondido. Todo lo demás no me interesa».

Las obras que Platónov ha escrito después de *Vprok* revelan la intensificación de sus opiniones antisoviéticas. Se caracterizan por un enfoque esencialmente satírico y contrarrevolucionario de los problemas de la construcción del socialismo.

Platónov ha intentado publicar enteras o por fragmentos algunas de estas obras, aduciendo que publicarlas no sólo es admisible, sino que es imprescindible para los intereses del Partido:

«[...] Ningún otro escritor es capaz de enfocar los recovecos del alma y de las cosas como yo. Al menos la mitad de mi creación ayuda al Partido a ver el moho acumulado en algunos lugares mucho mejor que la RKI».[T1]

Platónov lee sus obras únicamente a sus amigos más íntimos:

A. Novikov e I. Sats,[2] y nunca deja prestados sus manuscritos.

Se adjuntan tres obras satíricas de A. Platónov:

1. *Tejnícheski roman* [Novela técnica], únicamente los capítulos más significativos.
2. *Yuvenílnoe more* [El mar juvenil], novela.
3. *14 krásnij izbúshek* [Catorce casuchas rojas].

Hay que romper una lanza a favor del experto en literatura de la Lubianka: Shivárov domina la materia. Conoce a la perfección no solamente la biografía de la persona sobre la que escribe, sino también su obra. Subraya el lugar que Platónov ocupa en la literatura moderna: un maestro indiscutible e incluso, según algunas opiniones, el mejor prosista. Jristofórovich también se muestra objetivo cuando habla sobre la posición solitaria del escritor: está en el campo de la literatura, pero fuera de los medios literarios, al margen de las cofradías de escritores. Por supuesto, Shivárov contaba con la ayuda de las «fuentes», los agentes secretos, para

su trabajo de investigación. Las frases que Platónov pronuncia por uno u otro motivo fueron evidentemente extraídas de las denuncias. El colaborador secreto oficial y colectivo, la Unión de Escritores Soviéticos, dejó patente su huella en la preparación del expediente al proporcionar dos documentos: una «petición» de Platónov para ingresar en dicha organización y el «formulario» que redactó.

¿Con qué finalidad crearon este expediente?, nos preguntamos. Todo el esfuerzo que puso el agente en redactar el «Informe» iba dirigido a desenmascarar a otro enemigo del pueblo oculto entre los escritores y a descubrir su esencia antisoviética y contrarrevolucionaria, dos definiciones fatales que se citan en el expediente. Este informe es muy parecido a muchos otros con los que se iniciaba la instrucción de los sumarios; los informes se redactaban antes de retirar de la circulación a las personas. Lo único que faltaba en este caso era la resolución de una instancia superior: ¡deténganlo! Pero la trampa ya está tendida...

Y aún hay otra pregunta: ¿por qué la Lubianka mostró interés por Platónov precisamente en 1933?

Ese año es un momento crítico en la vida del escritor. Después de publicar la narración *Vprok* (1931), la cólera del propio *«Vozhd* de todos los tiempos y todos los pueblos» arremetió contra él. Platónov había desafiado al régimen, igual que el protagonista de su narración: «Y entonces Kóndrov se envolvió el puño con el *Pravda* y lo estampó en la oreja del presidente del *predrika...*».[3] ¡Un evidente acto de sedición! Ahora sólo cabía esperar la respuesta.

Stalin leyó el relato y reaccionó marcando profusamente las páginas de la revista donde apareció publicado. Parece que nadie consiguió que Stalin le regalara tantos improperios: «Idiota», «Vulgar», «Farsante», «Gracioso sin gracia», «Imbécil», «Eso, un vulgar idiota», «Miserable», «Canalla»… Y la cosa no acabó ahí. El *Vozhd* envió una nota a la redacción de la revista con las siguientes indicaciones: «Este relato es obra de un agente de

nuestros enemigos… Hay que castigar al autor y a los responsables de este lío de tal manera que el castigo les sirva “de provecho”».

De cumplir la encomienda se ocupó Fadéyev. Y lo hizo con un artículo demoledor. Entonces Platónov envía una carta de arrepentimiento a Stalin con la esperanza de que eso lo salve. En ella admite que su relato es «inmundo» y «delirante».

Tal vez ello le salvara la vida, pero esta pendía ahora de un hilo. Dejaron de publicar sus obras y fue víctima de un acoso público. Lo único que podía hacer era recoger sus cosas y preparar el hatillo. «En el mes de marzo de 1930, un pobre infeliz, angustiado por las preocupaciones de la realidad general, cogió un tren de largo recorrido... y se largó de la ciudad del poder absoluto.» Las primeras líneas de *Vprok* se habían convertido en premonitorias para su autor.

Platónov, que aún era joven (sólo tenía treinta y tres años), estaba en la plenitud de su talento y vivía la eclosión de su potencial creativo. Precisamente escribió sus mejores libros en estos años: *Chevengur, La excavación, Yuvenílnoe more* [Mar juvenil], obras de teatro, relatos... Lo más importante ya lo había dicho; sin embargo, la sociedad no lo había podido oír. En lugar de llegar a las redacciones, los manuscritos de Platónov iban a parar directamente a la Lubianka, donde eran objeto de un examen detenido por obra de unos expertos literarios uniformados mientras esperaban órdenes...

Platónov corrió a pedir ayuda a Gorki, pues ¿quién sino Gorki podía interceder por él? «Ahora nadie me cree –escribe en una carta al adalid de la literatura soviética–. Quisiera que usted me creyera. Vivir con el estigma de ser un enemigo del pueblo no es sólo imposible moralmente, sino también a efectos prácticos.»

Gorki no respondió a su carta.

En mayo de 1933, Platónov, presa de una absoluta desesperación, volvió a implorar a Gorki: «¿Puedo llegar a ser un escritor soviético o eso es objetivamente imposible?».

Tampoco obtuvo respuesta.

El otoño de ese mismo año le envió otra carta:

Le ruego, en su calidad de presidente del comité organizador de los escritores de la Unión Soviética, que me preste su ayuda para que me pueda dedicar a la literatura. Hace ya dos años y medio que no me publican nada... Si usted no considera necesario que deba cargar con esta cruz, le ruego encarecidamente que me ayude. La necesito para poder vivir y continuar trabajando.

Tampoco esta vez hubo respuesta.

En febrero de 1934, Platónov envió a Gorki el relato *Músorni veter* [Viento de basura]; le rogó que le ayudara a publicarlo y añadió: «Mi precaria situación me obliga a dirigirme directamente a usted». Gorki, con su pluma de realista empedernido, hizo el intento de corregir el relato, pero al final desistió y rechazó la novela por su contenido irreal, que «raya en un delirio lúgubre»...

Dos de las tres obras que se encuentran en el expediente de la Lubianka, la novela *Yuvenílnoe more* y la obra de teatro *14 krásnij izbúshek*, se conservaron también en el archivo de la casa de Platónov. Fueron publicadas en Rusia en la década de 1980. Sin embargo, después de comparar los textos de la Lubianka con los ya editados, observamos en aquellos algunas variantes y fragmentos añadidos. En el manuscrito de *Yuvenílnoe more*, por ejemplo, hay un fragmento entero que permanece inédito que resultará de interés tanto para los estudiosos de la literatura como para los lectores en general. Este fragmento transmite muy bien el desesperado estado de ánimo de quienes, como el propio Andréi Platónov, habían sido convertidos en artificiales «enemigos de clase» a los que el proletariado «azota con un cinturón».

Ocurre en una escena tragicómica en la que, durante una asamblea de activistas, la «destacada abuela del *sovjoz*» Federátovna echa en cara su falta de firmeza a sus compañeros de partido:

–… Es que se cuida mucho este…

La parlanchina anciana puso frenético a Umrishev.

–¡Cállate de una vez, payasa repugnante! –le gritó.

A Afanasi Bózhev, en cambio, se le había iluminado el semblante y miraba a la anciana con dulzura, entregado a ella.

–Déjala hablar, Adrián Filippovich –protestó–, ¿o es que te molesta hacer autocrítica?

–No si a mí la autocrítica me encanta –aclaró precipitadamente Umrishev–, pero quiero que esta anciana deje de referirse a mí como un «enemigo de clase» y me llame, simplemente, oportunista. Yo reconozco mis errores, repudio mi comportamiento y prometo que a partir de mañana mismo meteré la nariz en todo. ¡Gracias, abuela!

Bózhev también se puso de pie y tomó la palabra para decir con claridad que la abuela había hecho gala de un elevado nivel de conciencia política y que, efectivamente, Umrishev demostraba rasgos oportunistas, como, por ejemplo, el lema que solía repetir: «¡Tú en (¿?) no te metas!». Debido a la constante influencia de ese oportunismo, los estratos inferiores del aparato del Partido, y así el mismo Bózhev, llevaban tiempo sintiendo mucho dolor, un dolor que él no había sabido expresar, un dolor en el corazón que estaba sintiendo en ese mismo instante. Manifestó también Bózhev que desde hacía un tiempo presentaba inexplicables episodios de fiebre y que una noche vio en un sueño cómo el proletariado lo azotaba con un cinturón, una pesadilla que hizo que despertar horrorizado y cubierto de sudor, aunque con la sensación de que el proletariado llevaba la razón y hacía muy bien azotándolo. No obstante, Bózhev manifestó que, al contrario que Umrishev, él no esperaría hasta la mañana siguiente para cambiar de comportamiento y que si este lo hacía así era por mero oportunismo, mientras él, Bózhev, ya sentía el cambio bullendo en su interior y un gran amor por la abuela Federátovna, como su compañero, su hijo y su nieto.

–Miserable y repugnante criatura –susurraba Federátovna entretanto–: te habría ahogado, de haberte parido…

LA NOVELA TÉCNICA

Pero el tercer texto que aporta el expediente, el *Tejnícheski roman*, es una obra hasta entonces desconocida. Se trata de una copia mecanografiada de un modo bastante negligente, con numerosas faltas de ortografía. El subtítulo dice así: «Fragmentos del manuscrito de una novela inédita». No queda claro quién seleccionó los fragmentos, dónde está la novela entera, ni si llegó a concluirse. Estos fragmentos preparados y separados del resto del texto están enlazados entre sí con una breve exposición de las partes que faltan. Es como una casa en construcción aún con los andamios montados, pero eso no impide que podamos apreciar la proporción, la arquitectura y la calidad del edificio.[4]

–Soy un técnico –decía a menudo Platónov.

Pues bien, aquí tenemos también una novela «técnica».

Más adelante, en los años treinta, Platónov escribió el relato *La patria de la electricidad*, una de sus obras maestras, basándose en *La novela técnica*. Hay algunas páginas que son casi idénticas, una característica bastante habitual en Platónov: variaciones sobre un mismo tema, desmembración de las líneas argumentales, división celular de las imágenes y un resultado indefinido. Por su estructura, su prosa es como un organismo vivo, es muy «biológica».

La juventud del protagonista es la Revolución, y su sueño, la Electricidad. Y a su alrededor encontramos la sequía, el hambre, la desgracia. La Revolución sumada a Electricidad tiene como resultado la Felicidad general. Por ahora todo concuerda con la ideología dirigente, en la línea de Lenin: «Comunismo es todo el poder para los soviets más la electrificación de todo el país.». Así como de esta aritmética social surge el protagonista del relato, un hijo de su tiempo, también de esta misma aritmética surge el joven Platónov. La narración está escrita en primera persona y es autobiográfica: en sus años de juventud el autor construía centrales eléctricas con gran entusiasmo, incluso escribió un librito titulado *Elektrifikatsia* [Electrificación].

La atracción que sentía Platónov por la Revolución y la técnica nacía directamente de su corazón: quería ayudar a todo el mundo, salvar a los hambrientos. Veía la Revolución como un rayo y, en manos del hombre, ese rayo no podía ser usado para destruir, sino para crear. Al principio de la novela Platónov escribe:

> Los estudiantes obreros se plantearon la cuestión de la electricidad. Por aquel entonces, en todo el país corrían rumores acerca de esta fuerza misteriosa, de este elemento rápido como un rayo que se parecía a la Revolución de Octubre... En algunas aldeas, precisamente las más alejadas y olvidadas, los presidentes de los sóviets rurales, junto con los herreros y los oficinistas, ya habían construido centrales eléctricas cerca de los pozos públicos, usando las motocicletas que los imperialistas habían abandonado en su huida... Al enterarse de estos sucesos, Dushin se echó a reír de alegría y les dijo a todos que, quizá, con la llegada de la electricidad a los tristes cobertizos de paja el socialismo iba a empezar a construirse, que esto era la Revolución de Octubre, la materialización de una esperanza...

La metamorfosis que experimenta el autor se asemeja al vuelo de la mariposa al salir del capullo: el abandono de un sueño brumoso y sano para encontrarse de repente bajo la luz sobria y trágica de la verdad.

La acción de la novela está situada en la década de 1920, los primeros años de la construcción del socialismo en Rusia. El protagonista principal, Semión Dushin, alter ego del autor, se va apartando de Platónov a medida que se convierte en un ser repudiable. La novela lanza una mirada a su existencia pasada, a la de alguien que actuaba en forma fanática y despiadada mientras avanzaba en pos de un ideal. La vida corrige el sueño y este se distancia cada vez más de la realidad. El «yo» del autor se escinde en los dos personajes principales, Dushin y Sheglov, pero ninguno de ellos posee la verdad, aunque los dos la buscan. Cada uno tiene su sueño y su verdad, ¿cómo pueden conciliarse?

> Dushin quería que la tierra permaneciera inmóvil como un féretro imperecedero donde se guardara la causa viva de la realidad, y que la ciencia socialista pudiera abrir este féretro del mundo y preguntar a lo misterioso que se albergara en su interior: ¿de qué se trata?, y acaso entonces el oído de la ciencia exacta escucharía una tenue y quejosa respuesta. En secreto, Dushin tenía miedo de que la gente que tomara el relevo desplegara tal energía en sus acciones que destruyera hasta sus cimientos toda la materia que hay en el mundo y que no ocurriera nada más.
>
> Sheglov también estaba de acuerdo en la inviolabilidad del globo terráqueo, porque su padre y su madre, sus cuatro hermanas y sus siete hermanos estaban enterrados, y él vivía solo y ahora tenía que convencer a todas las fuerzas destructoras del espacio ininteligible de que cargaran con la responsabilidad científica. Pero cuando Sheglov miraba de reojo hacia lo alto en la noche o veía la extenuación de la gente en el ajetreo en que se desgastaban mutuamente, comprendía que la persona es un fenómeno local y pobre, que la naturaleza es más extensa e importante que la inteligencia y que los muertos desaparecían para siempre...

Una narrativa filosófica compleja que es, a la vez, tradicionalmente nacional (¡sólo un ruso es capaz de pensar de este modo!) e innovadora (¡sólo así se puede expresar Platónov!). ¡Cuánta verdad expresa de golpe con esa compasión global y recóndita por la tierra y la gente! ¡Cuántos presentimientos penetrantes! ¡Y de qué manera comprendemos este temor de que la gente «destruya toda la materia que hay en el mundo [...] y que no

ocurra nada más», precisamente en nuestra época, cuando la catástrofe ecológica mundial es ya una realidad!

Platónov no inventa nada, es la propia vida la que guía su pluma. Él engendra a sus héroes, como una madre a sus hijos, disolviéndose en ellos, les otorga una parte de su «yo», pero a partir de ahí ellos se emancipan y viven según las leyes de su propio destino. Y esta encarnación personal de la maravillosa idea de salvar a la humanidad les empuja al final a un enfrentamiento abierto y tormentoso, aunque natural.

Los protagonistas de *Tejnícheski roman*, Dushin y Sheglov, trabajaron en el pasado, juntos y en armonía, en la misma locomotora en que había trabajado el autor que los engendró, y en la que cantaban: «¡Avanza, querida locomotora, y detente en la comuna!». Pero ahora Dushin y Sheglov pasean por el cementerio de chatarra donde se oxida la locomotora, que no les transportó hasta su objetivo. Y aquí es donde los dos amigos descubren que a partir de entonces tomarán un camino distinto.

> –¡Mitia! –dijo Dushin–. ¡No podemos seguir viviendo así: mira, todo son tinieblas a nuestro alrededor! ¿Es posible que nos entierren en tumbas sin que quede el mínimo rastro de nosotros? Pero ¡si Lenin está vivo!... ¡Construyamos una central eléctrica! ¡Enseguida organizaremos el socialismo y venceremos la esencia propia de la materia!
>
> Sheglov callaba, no le gustaba la altivez de la que Dushin hacía gala, quien ambicionaba la absoluta conquista técnica de todo el universo, y que era incapaz de sentir en su interior nada tan valioso que fuese más importante que el mundo entero y digno de dominar. Sheglov era de espíritu modesto y colocaba al hombre en la cadena general e innumerable de las casualidades de la naturaleza, sin avergonzarse de vivir en esa situación... No creía que el cosmos hubiera tomado conciencia de sí mismo en el hombre y que se moviera sensatamente hacia su objetivo... Por eso Sheglov callaba.
>
> –¿No quieres hacerlo? –preguntó Dushin–. Por lo tanto estás en contra de la electricidad y del comunismo. ¿No tienes confianza en ellos?
>
> –No, no estoy en contra... Dime una cosa, según tu proyecto, ¿cuánto cobre es necesario para el cableado?
>
> –De acuerdo, te lo diré: ¡aproximadamente un millón de toneladas, sólo para empezar!
>
> –¡Adiós! –dijo Sheglov–. Con proyectos de este tipo ni siquiera podrás vencer la oscuridad de la comarca, por no hablar de las tinieblas de la eternidad, como sueles decir... Semión, fíjate –le conminó al tiempo que señalaba los campos de cultivo desiertos sumidos en la oscuridad de la noche–. Mira lo tranquilo y oscuro que está todo, bajo nuestros pies hay una locomotora muerta, el mijo sin descascarillar se agita en el estómago de la gente y el hambre merma tanto las fuerzas

que ni siquiera el corazón puede latir con normalidad, cada vez late con menos frecuencia... ¿Comprendes algo de lo que digo?

–¡Continúa!

–Pues que... Cuando tengamos aunque sólo sean mil toneladas de cobre tendremos que hacer copecas, antes que cables...

–¡Eres un ser mezquino y un infeliz! ¡Tienes la mente de un pequeñoburgués! ¡No logro entender cómo he podido ser camarada tuyo!

Por encima del puente se oía el transitar de la carreta solitaria de alguien, el alba de la luna empezó a brillar en el este. Sheglov soportó en silencio las palabras de Dushin y le dijo:

–Si en lugar de escuchar tu mente prestaras oídos a todo este mundo que quieres conquistar para vete a saber qué, quizá para destruirlo... Si te hubieras convertido en una persona simple, incluso triste...

–Eres un canalla, Dmitri, y un necio, no eres en absoluto un técnico eléctrico.

–Estoy de acuerdo... Pero no te ofendas. ¡Bueno, adiós!

–Pero para siempre –dijo Dushin, y no le tendió la mano a Sheglov.

Así se separaron los dos amigos, y cada uno se encaminó hacia su propia soledad. Sheglov se fue a pasar la noche en casa de unos desconocidos. Dushin, a la antigua prisión donde se albergaba. Y durante todo el camino «lanzaba improperios en voz alta y se reía de ese canalla, su ex camarada, destruyendo en su interior la estima que sentía por su amigo, que se iba diluyendo».

Así fue como la dialéctica de la vida convirtió a unos amigos en enemigos y cargó a uno de ellos con el peso del ineludible sufrimiento humano y al otro con el de la desesperada superación de su propia humanidad. ¿Qué resulta más espantoso?

Y el estudiante Dushin –el antiguo *alter ego* de Platónov–, que antaño había temido que la gente destruyera toda la materia que hay en el mundo, se endurece cada vez más en su inquebrantable idea de servicio y se convierte en un típico ingeniero soviético, en un conquistador y un malversador de la naturaleza. Esta es la conclusión lógica de la metamorfosis del protagonista: él aún sueña en la forma más sencilla de «organizar la humanidad» y poner bajo llave en un almacén «la verdad histórica y universal», para que sea accesible y manejable como un inventario. Además, considera las estrellas del cielo y los colores de los

campos de su patria únicamente «como un patrimonio familiar de la economía política», destinado a ser calculado y empleado con provecho.

Una vez se elimina el último rastro de humanidad, el hombre es capaz de cualquier cosa, está preparado para cometer cualquier crimen. El régimen soviético precisa de gente como él, con sus ideas antinaturales. El propio Andréi Platónov podría haberse convertido en un hombre así si hubiese seguido las ideas que estaban en boga en su época. Pero según el escritor la victoria sobre el hombre es una victoria ficticia, pírrica, una desviación, el callejón sin salida de la historia. Y en esa lucha la derrota del régimen es ineludible, porque se alza contra el sentido mismo de la vida, porque ataca las leyes de la naturaleza.

El credo de las autoridades, su entusiasmo por la subyugación de la naturaleza y del hombre están íntegramente expresados en el libro que Dushin escribe acerca de la electricidad (¿no se tratará del mismo libro que escribió Platónov en su juventud?) y que lee en el club ante las personalidades de la provincia:

> Dushin, tímido y más delgado de lo normal, se levantó para acercarse a la mesa. Empezó a leer, a media voz, su obra sobre la aplicación de la electricidad en la construcción del socialismo...
>
> Dushin advertía las sonrisas irónicas y a veces lanzaba una mirada cargada de odio a la sala... Dushin comprendía que había que mostrar indiferencia ante la sonrisa del enemigo del proletariado y de la electricidad, y prosiguió leyendo su composición con la dignidad de quien está en posesión de la verdad...
>
> Después de leer la parte referida a los cálculos, Dushin se dirigió de nuevo al público y le aconsejó que viviera sin tanto lujo, más modestamente, porque ya se habían encontrado las verdades principales de la vida: respecto a la sociedad, era Lenin y en cuanto a la producción era la electrotecnia. Para lograr el cumplimiento de estas verdades sería necesario sacrificar sin piedad, en la lucha y en el trabajo, una o dos generaciones: si la piedad y la ternura se apoderaran de los corazones frenarían el sentido y la voluntad de trabajar de las gentes, que de manera ineludible organizarían el capitalismo con su máquina de vapor...

Sacrificar sin piedad una o dos generaciones, ese es el método que practica el nuevo régimen. Cuando Dushin va al campo para poner en práctica sus ideas e intenta adaptar los medios a su alcance –una motocicleta y una bomba– para regar los campos, fracasa: no hay suficiente

presión para bombear el agua. Pero el poder, encarnado en el presidente local, que se expresa en verso, no pierde el coraje: «¡Dejad que la ciencia nos dé una sola gota, que con el esfuerzo las masas extraerán un mar!». De esta forma en la novela se desvela otra verdad que todavía hoy no hemos asimilado del todo: se cavaron con entusiasmo los cimientos del socialismo, pero el resultado fue una fosa común para todos.

Vladímir Lenin, el principal inspirador y organizador de la electrificación en todo el país, utilizó precisamente los mismos métodos que menciona el presidente de la aldea. Veamos una de sus directrices del año 1920:

> Movilizar sin excepción a todos los ingenieros, electrotécnicos, todos los estudiantes que hayan finalizado la facultad, etcétera. Obligaciones: cada semana no menos de dos (¿cuatro?) lecciones, enseñar electricidad a no menos de (¿10-15?) personas por mes. Quien cumpla, será recompensado. Quien no cumpla, a la cárcel.[5]

¡Este es el precio de las luminosas ideas de Ilich! Unos métodos salvajes y dictatoriales de educación: de arriba abajo, la libertad a través de la violencia.

Miles de personas con talento, artesanos y técnicos trabajaron a las órdenes de los ignorantes burócratas del Partido. En *Tejnícheski roman*, Chuniáyev, «antiguo fogonero del sistema de calefacción central», se pone al frente del Comité del Partido. Su intención es poner orden definitivamente no sólo en su provincia, sino en todo el planeta. Está convencido de que el comunismo ya está cerca, ¡sólo es necesario tender los cables eléctricos por los setos podridos de las aldeas! Pero es incapaz de comprender lo que significa la electricidad.

> –Pero ¿qué es? ¿Un arcoíris? –le pregunta a Dushin.
>
> –Un rayo –le aclara este.
>
> –¡Ah, un rayo! –aprobó Chuniáyev–. ¡Ya ves! ¡Pues qué bien!... Nosotros, camarada, hemos llegado a tal estado de penuria que lo que realmente nos hace falta es ese rayo, ¡para que nos dé calor de golpe! ¡Científicamente maravilloso!... Así que ahora, ¡que sufra esa granuja de la electricidad! ¿No estará viva?

–No se sabe –respondió Dushin–. Es misteriosa... ¿Y qué pasaría, camarada Chuniáyev, si la ciencia concluyera al fin que el mundo se compone sólo de preguntas?

La rabia del pensamiento se reveló en la cara bonachona y saludable de Chuniáyev.

–¿Vaya! ¡Quizá sea esa la razón por la que después de tantos miles de millones de años no se consigue nada!... ¡Pues qué bien! Entonces ¡ahora mismo decidiremos algo respecto a todas esas preguntas! ¡Es que yo soy así! ¡Y todas nuestras masas también! Averiguaremos exactamente de dónde procede el hombre: ¡si del mono o de algo peor! Desenterraremos a todos nuestros muertos, encontraremos al jefe de todos ellos, a Adán, haremos que se levante y le preguntaremos: ¿de dónde has salido, de dios o de Marx! ¡Habla, vejete! Si dice la verdad, le resucitaremos a Eva, pero si no, le reeducaremos. ¡Es que nosotros somos así! ¡Vivimos de un modo responsable! ¡Somos terribles!

El personaje más impresionante de la novela, imprevisible y surrealista, es una viejecita sabia, de la misma estatura que un niño. Es una eterna trabajadora, procreadora y nutricia, ¡en realidad es la propia Madre Tierra! Dushin se cruza con ella en el campo; la mujer iba en una procesión convocada para acabar con la sequía y se ha quedado rezagada:

–Abuela, mejor que se deje de rezar a nadie. La naturaleza no tiene oídos para palabras ni oraciones, sólo teme a la razón y al trabajo.

–¡La razón! –repitió la viejecita de un modo muy consciente–. He vivido tantos años que sólo conservo la razón y los huesos, ¡eso es todo lo que tengo! Durante todos estos años sólo me he dedicado a trabajar y a cumplir con mis obligaciones, me queda muy poco para morir, todo se ha ido desvaneciendo lentamente. Fíjate en mí, mira qué aspecto tengo.

La vieja se puso delante de Dushin y se levantó la falda, olvidándose de la vergüenza, del amor y de todos los demás sentimientos inevitables. Lo cierto es que a la viejecita le quedaba poca materia viva, apta para morir, para pudrirse bajo tierra. Sus huesos dejaron de crecer cuando aún era pequeña, cuando el dolor del trabajo y del hambre empezó a quebrantar a la niña... El cuerpo adquirido con la leche materna, con el tiempo, también se agotó en el trabajo manual... Y ahora Dushin veía a una criatura insignificante, con los huesos de las piernas que se le marcaban, como cuchillas, a través de su piel marrón y cubierta de cicatrices. Dushin se agachó dubitativo y tocó un poco esa piel. Estaba muerta y dura, como una uña, y cuando Dushin, ya sin sentir vergüenza de la aflicción, continuó desnudando a la vieja, no vio ni un pelo en todo su cuerpo, y entre las cuchillas de sus piernas huesudas colgaban los oscuros y disecados restos que quedaron tras los partos de sus hijos; el cuerpo de la vieja no desprendía ningún olor ni calor. Dushin la examinó como si se tratara de un mineral, y si bien su corazón se hartó rápidamente, su razón se encarnizó con ella. La viejecita se quitó obedientemente el pañuelo de la cabeza y Dushin vio su cráneo calvo agrietado en las partes que componían los huesos, a punto de fraccionarse y de

entregar a las cenizas sin retorno el exiguo espíritu acumulado y tenaz que había conocido el mundo trabajando y sufriendo desgracias...

–¡Se piensa que sólo reverenciamos a Dios! ¡También tememos al viento, y a las heladas, y a los aguaceros, y a la sequía, al vecino y a la persona que pasa, y ante todos nos persignamos! ¡Nosotros rezamos porque amamos! ¡Ya ni nos dejan amar!

Se arremangó la blusa y le mostró el pecho, en el que colgaban dos oscuros gusanos muertos, enraizados en el emplazamiento de los senos, los restos de las glándulas mamarias. La piel se hundía entre las costillas, y era imposible percibir el latido del corazón, todo el pecho era tan pequeño que sólo le podía caber algo muy diminuto y completamente marchito. La viejecita ya no tenía nada con que sentir, no tenía otro remedio que sufrir y mantener la conciencia despierta.

Este pecho ya no servía para mucho, ni para querer, ni para odiar, únicamente podía inclinarse y llorar sobre él.

Dushin se separó de ella con el alma llena de aflicción...

El principal descubrimiento artístico de Platónov en esta novela es el Pueblo Huérfano, un nuevo héroe literario. Pero ¿huérfano de quién? ¿De Dios? ¿De la Madre Tierra? ¿O quizá de ambos, un huérfano de padre y madre?

Hay escritores que actúan en consonancia con su época, se hallan al mismo nivel de sus contemporáneos y, por ello, son felices y populares. Y también están aquellos que se adelantan a su época, y hay que saber ser paciente para alcanzarles. Platónov es de difícil lectura, porque exige que el lector se involucre en la creación y que eleve su espíritu. Como él mismo afirma en uno de sus artículos, «el artista sublime exige que le conquisten o, como mínimo, que lo asimilen». Al leer a Platónov uno se siente imbuido de aprender de memoria páginas enteras de sus pensamientos, sus aforismos y sus metáforas, ya que no contienen una filosofía de manual, sino una sabiduría de la naturaleza. ¿Hay en toda la prosa de la época soviética algún maestro que esté a su altura, original y de una pieza? Platónov está considerado más un fenómeno de la naturaleza que del arte o de la cultura. ¡Es lo que se podría definir como una «persona natural»! La prosa de Platónov es tan tupida que no hay más que leer unas cuantas páginas una sola vez para quedar bien saciado. Lo mismo sucede cuando se come mucha miel: ¿acaso puede digerirse toda?

> Él era para el hombre un camarada imparcial que deseaba liberarle del dominio de cualquier fantasía, incluso de la fantasía de su omnipotencia.
>
> Pero ¿dónde está la libertad? Lejos, en el futuro, más allá de las montañas del trabajo, más allá de las nuevas tumbas de los muertos.

Estas son las últimas palabras de *Tejnícheski roman* tal como se ha conservado en la carpeta exhumada de los archivos del KGB. Una profecía lanzada por encima de las cabezas de sus contemporáneos y que alcanza directamente nuestra época.

UN ESPÍA QUINCEAÑERO

Andréi Platónov no fue arrestado. Pero entre los métodos refinados de castigo, de extrema crueldad, que el poder ejerció contra él se vino a añadir uno más, que casi resulta mortal. El 29 de abril de 1938 fue detenido Platón, el hijo del escritor. En aquel momento, Platón estudiaba los cursos preparatorios para entrar a la universidad.

El amor que Andréi Platónov profesaba a su hijo resultó ser verdaderamente trágico.

En 1925, cuando su hijo contaba apenas tres años de edad, Platónov escribió a su esposa Maria Aleksándrovna:

> Y además está Totka, a quien quiero tanto, que me hace sufrir la sola idea de perderlo. Es demasiado querido, demasiado valioso para mí. Tanto que temo perderlo, porque me parece que moriría entonces… Abraza a Tomka de mi parte, a mi querido retoño, por quien estoy dispuesto a hacer lo que sea.

Los agentes que realizaron el arresto de Platón requisaron dos escopetas y unos manuscritos que podrían ser utilizados más tarde como peligrosas pruebas de cargo. Platónov escribe inmediatamente al NKVD intentando proteger a su hijo de posibles acusaciones:

> Al NKVD
>
> El 4 de mayo del presente año, de acuerdo con la Orden n.º 2.915, se practicó un registro relacionado con la detención de mi hijo de quince años.

Durante el mencionado registro, un agente del NKVD requisó una escopeta de aire comprimido de juguete y una escopeta de caza de cañón plano de las conocidas como Frolovka. Esta última escopeta es de mi propiedad y no de mi hijo en absoluto, motivo por el que solicito que me sea devuelta. Ya tuve ocasión de mencionar este asunto al agente del NKVD que practicó el registro.

También fueron requisados dos manuscritos que mi hijo copió a mano. Uno de ellos lleva el título de *Nasha liubov* [Nuestro amor], y está compuesto por escenas cinematográficas, y el otro es una obra teatral titulada *Geroínia* [La heroína]. Declaro que el autor de ambas obras soy yo, y no mi hijo. Mi hijo se limitó a copiarlos a mano mis originales mecanografiados. Esto es algo que yo le permitía hacer gustosamente, porque es un trabajo que ayuda a mejorar su ortografía, a la vez que servía de complemento a sus estudios de lengua rusa.

La obra teatral *La heroína,* concretamente, recibió en su momento los elogios de A. M. Gorki. En los archivos del Museo Estatal de la Literatura se conserva una carta suya donde manifiesta esa valoración.

Por lo tanto, considero que esos manuscritos no guardan ninguna relación con mi hijo y ruego me sean devueltos.

En un interrogatorio realizado el 9 de junio por el capitán Naidman y el teniente de primera Gellerman, Platón se refirió a sus padres en estos términos: «Mi padre es escritor y guionista y mi madre realiza trabajos editoriales en diarios y revistas… Al ser hijo único, mis padres han mantenido siempre una relación especial conmigo. Así, por ejemplo, tenía asignada una paga de entre cien y 150 rublos al mes para mis gastos personales. El resto de mis necesidades las cubrían ellos».

El propio Platón también había hecho sus pinitos en el campo literario, algo de lo que daba fe esta afirmación suya: «Envié un guión cinematográfico a los estudios Lenfilm, que me fue devuelto con una valoración negativa».

El estudiante Yuri Arjipov fue interrogado al mismo tiempo que Platón. Yuri, hijo del escritor Nikolái Arjipov, declaró que «él también había intentado escribir y que se proponía matricularse en la universidad cuando terminara sus estudios actuales en la Facultad Obrera, para obtener formación de literatura y especializarse en el oficio de la escritura». Yuri admitió que había mantenido con Platón conversaciones «en las que discutían la situación actual del arte y la literatura soviéticos y coincidían en

lo difícil que resultaba ser escritor en las condiciones del régimen soviético que les obligaba a elegir temas determinados previamente».

A sus apenas quince años de edad, Platón acabó siendo juzgado como «líder de una organización terrorista juvenil antisoviética dedicada al espionaje y al sabotaje». ¡Fue condenado a diez años de reclusión en el campo correccional de Norilsk!

Platónov acudió a Mijaíl Shólojov en busca de ayuda. Y es menester reconocer que este le ayudó. El caso fue enviado a revisión y Platón, enfermo y exhausto tras su paso por el campo, fue traído de vuelta a Moscú en septiembre de 1940. El estado de Platón queda sobradamente descrito en esta nota que escribe al nuevo instructor de su caso: «Le ruego encarecidamente que conceda autorización para que se me permita recibir un paquete de mi casa. Básicamente, necesito ropa, puesto que tanto mis zapatos como mi ropa interior y exterior están tan gastados que me veo en la obligación de cubrirme con una manta cada vez que acudo a su presencia para ser interrogado. Tampoco poseo pieza de abrigo alguna ni ropa de cama».

Ese mismo día se recibió otra solicitud en la sede del NKVD:

> … Ya hace dos años y medio que mi hijo se encuentra detenido en diversos lugares. En todo este tiempo no he podido verlo ni una sola vez, como tampoco he podido hacerle llegar alimentos o ropa.
>
> Por lo tanto, ruego que se me permita ahora:
>
> 1) Hacerle llegar a mi hijo a la cárcel de Butirka un paquete de alimentos;
>
> 2) hacerle llegar un paquete de ropa interior, zapatos y ropa de abrigo, y
>
> 3) facilitarnos pases a mí y a mi esposo, su padre, que nos permitan acceder a la cárcel y ver a nuestro hijo.
>
> Soy una madre que no ha visto a su hijo en dos años y medio y ruego se me permita ayudarlo y encontrarme con él…
>
> M. PLATÓNOVA

La carta, escrita por Platónov, aparece firmada por su mujer. Probablemente, el escritor pensó que así tendría más efecto en quien la leyera, además de que pudo preferir no añadir un nombre, el suyo, ya tan señalado.

El 25 de septiembre tuvo lugar el interrogatorio decisivo de Platón. En el acta del interrogatorio leemos lo que sigue:

> … Las manifestaciones que hice en 1938, cuando se instruía mi causa, no se corresponden con la realidad, porque me las inventé todas…
>
> Declaré cosas falsas y fantásticas empujado por el instructor que me interrogaba, y si las firmé fue por haber sido amenazado por él de que si no lo hacía, mis padres serían arrestados...
>
> Ante el tribunal militar declaré haber escrito cartas contrarrevolucionarias y como la toma de declaración no duró más de tres o cuatro minutos, ya no me preguntaron nada más.

Un mes después una reunión especial del NKVD tomó la decisión: «Dar la consideración de condena por sus actividades antisoviéticas al tiempo de reclusión ya cumplido y dejar en libertad a P. A. Platónov». Es decir, que la miseria suprema no llegó lo bastante lejos como para liberarlo de toda culpa. ¡Se limitaron a cambiarle el artículo por el que lo condenaban! La rehabilitación definitiva de Platón no se produjo hasta nuestros días, ¡en 1990!

Platón no vivió muchos años más después de su puesta en libertad. Los médicos le diagnosticaron una tuberculosis avanzada, de la que murió en 1943. La misma enfermedad que produjo la muerte a Platónov.

«Lo importante, lo importante, lo más importante», fueron las últimas palabras de Platón.

En una carta que escribió a su mujer desde el frente, no lejos de Kursk, Platónov escribió: «¿Qué tal estás, tan sola ahora? Echo tanto de menos el pequeño montículo de tierra en el cementerio armenio… Aquí, en medio de la guerra, he sacado unas conclusiones muy importantes acerca de su muerte. Te las comunicaré más adelante y sé que también a ti te servirán de sosiego en tu dolor…

»Escribo sobre la guerra y el alma me pide paz. Esta es una noche de paz en tiempos de guerra, y las miradas de otros tantos hombres que como están en vela atraviesa la penumbra que nos rodea derramando sobre la tierra la luz que irradian sus ojos… Y por raro que te pueda parecer, en noches como esta no me siento tan triste, porque me parece que mi hijo anda por aquí, vagando por esta penumbra verde y azul».

«¡POR LA PERDICIÓN DE STALIN!»

Este brindis inconcebible resonó el 1 de diciembre de 1939 en el centro de Moscú, en el número 25 del bulevar Tver, lugar de residencia de los escritores. En aquellos días, todo el país y los progresistas se preparaban para celebrar el sesenta aniversario del nacimiento del genio de todos los tiempos y todos los pueblos. Después de los discursos solemnes, del estruendo de las ovaciones, los himnos, los brindis y la avalancha de alabanzas periodísticas, una voz sonó más bajo que el zumbido de un mosquito. Sin embargo, la Lubianka la oyó.

Dos días después del increíble suceso, un agente secreto informó sobre el encuentro de tres escritores: Andréi Platónov, Andréi Novikov y Nikolái Kaurichev.

El 1 de diciembre de 1939, Novikov y Kaurichev pasaron por casa de Platónov con una botella de vodka y le invitaron a beber. Novikov dedicó el primer brindis al regreso del hijo de Platónov (condenado a diez años en un campo). En el segundo brindis, Novikov dijo:

–¡Por la perdición de Stalin!

Platónov comenzó a gritar:

–¿Qué es esto? ¿Una provocación? Vete al diablo, ¡y deprisa!

Kaurichev respondió:

–Eres un cobarde. La gente honesta piensa así y tú no puedes ser menos...

¿De dónde pudo sacar esta información el agente secreto si la conversación transcurrió a tres bandas, sin extraños? Está claro que, a tenor de las palabras de una cuarta persona, como pone en claro el seguimiento de las investigaciones, las cosas no sucedieron así, ni siquiera estaban en el apartamento de Platónov...

Tras dejar a un lado las celebraciones conmemorativas, los chequistas se pusieron manos a la obra.

El primero en ser convocado fue Andréi Platónov, la víspera de Año Nuevo: el 31 de diciembre. Le dieron papel y le exigieron que explicara con

sinceridad lo que había ocurrido. Ocultar algo era absurdo. Y peligroso. El escándalo había salido a flote. Sólo quedaba una salida: decir la verdad. Platónov cogió la pluma.

> A finales de noviembre o a principios de diciembre de este año, tuvo lugar el siguiente hecho en el apartamento del escritor A. N. Novikov. Éramos tres: A. N. Novikov, Kaurichev (también escritor) y yo. Novikov y Kaurichev estaban bastante borrachos. En medio de la ruidosa conversación que mantenían Novikov y Kaurichev, oí a Novikov exclamar: «¡Por la perdición de Stalin!». Pensé que había oído mal y le pedí que lo repitiera. Kaurichev se levantó de la silla y, dando vueltas por la habitación, me dijo que no fingiera, que mi hijo había sido arrestado y que yo no podía tener un concepto positivo de la política.
>
> Le respondí que no brindaría por eso, que sin Stalin todos iríamos camino de la perdición, que, al fin y al cabo, yo no era tan mentecato e ignorante para que una profunda desdicha (el arresto de mi hijo) cambiara mi actitud respecto del poder soviético.
>
> Kaurichev me dijo que me conocía por mis obras. Le respondí que mis obras eran públicas, eran accesibles a todo el mundo y que en ellas no se ocultaba nada. Me negué categóricamente a beber por el brindis ofrecido. La conversación se exacerbó. Volqué mi copa y me fui a casa sin despedirme.
>
> Este episodio me desconcertó y me alarmó, no me esperaba palabras tan horribles de mis propios conocidos. Llegué a la conclusión de que me estaban provocando a propósito.
>
> Hasta ese día nunca había oído nada parecido ni del uno ni del otro, aunque a veces sí que había escuchado comentarios irónicos respecto de algún que otro acontecimiento político, pero no se trataba más que de enfados menores de carácter pequeñoburgués a los que no di importancia.
>
> Apenas conocía a Kaurichev, y a Novikov un poco más. No percibí entre ellos una amistad especial, fundada en principios recíprocos. Su relación se basaba en la afición a la bebida. No sólo yo lo sabía. En el pasado, Novikov, como es bien sabido, formaba parte de la organización literaria trotskista *Pereval* [El paso].
>
> No conozco el pasado de Kaurichev. Me parece que ejerció de maestro. Por lo común, se manifestaba enérgicamente dentro de los parámetros soviéticos correctos, salvo en muy contadas ocasiones, con un carácter algo estrecho de miras, y el extraño episodio que he referido antes donde Kaurichev compartía, por lo visto, las palabras de Novikov.
>
> En general, tanto el uno como el otro evitaban hablar sobre temas políticos. Habitualmente nuestras conversaciones versaban sobre obras literarias concretas y con la borrachera a veces adoptaban una forma inarticulada.
>
> 31 de diciembre de 1939
>
> PLATÓNOV

Admitida por el alférez de la quinta sección del segundo departamento de la OGPU, Seguridad del Estado, Kutirev

No se conserva el original sino una copia mecanografiada de la declaración de Platónov, sin su firma. Si tenemos en cuenta la montaña de falsificaciones que hay en la Lubianka, es difícil establecer con exactitud el origen del documento. Es probable que a Platónov le exigieran explicaciones, no los chequistas, sino un superior cualquiera del ámbito literario o del Partido: en el documento aparece una nota escrita en el margen superior: «Copia al NKVD». En la resolución del Ministerio Público, años después del suceso, se dice: «La copia archivada de la declaración de Platónov en el NKVD no es digna de confianza, dado que en el archivo de control de la sección del KGB no hay ningún material de Platónov».

El hecho de que no haya material alguno no es extraño, pues en más de una ocasión se destruyeron toneladas de documentos. De una manera u otra, Platónov dio explicaciones «escritas u orales» y su esencia no deja lugar a dudas. El documento habla por sí solo.

A Novikov lo arrestaron en enero.

La principal acusación: «En los últimos tiempos... en las reuniones que mantiene con sus círculos más próximos, expresa su predisposición terrorista contra dirigentes del Partido».

El caso de Andréi Novikov, incluso en el fondo de esta fantasmagoría terrible y ridícula en la que están sumidos los expedientes de la Lubianka, sorprende por su carácter absurdo. Los oficiales instructores se emplearon a conciencia para convertir una charlatanería de borrachera en un delito. Se rebuscó en los expedientes de otros escritores detenidos, aunque Novikov apenas los conocía. Todo lo que salió al paso se convirtió en sabotaje, trotskismo y terrorismo.

A continuación cito la caracterización de Novikov que da su colega, el escritor Nikiforov, el 23 de febrero de 1938.

Andréi Novikov es un hombre sencillo, blanducho y flemático, pero con ideas. En la pared de su despacho, durante un tiempo, resplandecían las imágenes de Trotski con un capote y Rádek fumando una pipa; después, estos retratos desaparecieron. La conversación con Novikov siempre

es confusa y ampulosa, raramente se encuentra en estado sobrio. Cuando se pone a hablar da a entender que nadie entiende de nada, excepto él. A. Novikov se considera un satírico y es muy amigo de A. Platónov. Ambos miran a lo que les rodea con una sonrisa irónica y pretenden no sorprenderse con nada, dándole a todo una explicación burlona, y no sólo en las conversaciones, sino también en sus obras. No aman al Amo (Stalin). Si alguien destaca, según Novikov, Stalin lo expulsa o lo degrada. Basta con leer *Prichini proisjozhdenia tumannostei* [Las causas del origen de las nebulosidades] de A. Novikov para juzgar su concepción del mundo y su ideología...

También se consideraron útiles las viejas denuncias de los delatores. En 1935, el agente «Beletski» informó sobre «el talante altamente antisoviético» de Novikov.

–¿Cuál es nuestra literatura? –decía este–. No tenemos literatura, lo que resulta evidente cuando el pensamiento actual se relega a las profundidades...

Los artesanos de la Lubianka de Novikov trabajaron con presteza. En el tercer interrogatorio se declaraba culpable de todos los cargos que se le imputaban. Explicó con todo lujo de detalles su amistad con Andréi Platónov.

–¿Cómo se produjo el acercamiento entre ustedes? –pregunta el oficial instructor.

–Conocí a Platónov en 1922, cuando yo trabajaba como redactor en el periódico *Rabochi Put* [El camino del trabajador]... Desde 1938, Kaurichev, Platónov y yo empezamos a reunirnos con cierta frecuencia en nuestras casas, donde manteníamos conversaciones antisoviéticas.

–¿Qué conversaciones antisoviéticas mantenían?

–Nuestras charlas comenzaban, por regla general, con críticas... decíamos que era preciso que la dirección de la literatura fuera puesta en manos de los escritores y que no hubiera, en esa cuestión, influencias partidistas, que la política del poder soviético limitaba el abanico de capacidades creativas de los escritores, esto es, los reducía a ciertos marcos...

»Considerábamos a Platónov el mejor escritor y crítico. Platónov, por su naturaleza, es un hombre reservado y, en las conversaciones, enunciaba sus puntos de vista de una manera ambigua; si bromeaba acerca de algo, no se le entendía, uno no sabía si reprobaba ese hecho o bien simpatizaba con él. De una manera parecida escribía sus obras, es decir, con ambigüedad.

»Me acerqué a Platónov después de que los órganos del NKVD arrestaran a su hijo. Nuestros encuentros solían acompañarse de borracheras. En esas conversaciones, Platónov compartía nuestro punto de vista y expresaba su talante antisoviético...

El 17 de enero, el oficial instructor Adamov abordó el delito principal de Novikov:

–Usted no nos lo ha contado todo. Díganos sin rodeos: ¿seguían manteniendo conversaciones antisoviéticas?

–A finales de noviembre o principios de diciembre, no lo recuerdo con exactitud, Kaurichev y yo, algo bebidos, fuimos al piso de Platónov. Llevábamos una botella de vino. En el curso de la conversación, después de una copa de vodka, Kaurichev comenzó a decir que el escritor Iván Katáyev, arrestado por los órganos del NKVD, era un hombre muy bueno al que habían arrestado sin motivo.

»Platónov no apreciaba a Katáyev y, por esa razón, dijo que Katáyev era una mierda. Después de estas palabras de Platónov alguno de nosotros se ofreció a brindar por el regreso de su hijo y después brindamos a la salud de Trotski.

»A Platónov no le gustó el brindis pronunciado a la salud de Trotski, vertió con ostentación todo el vino por el suelo y, por lo que recuerdo, nos expulsó de su piso.

»En otra ocasión, en diciembre de 1939, nos reunimos para beber en su casa. Yo propuse un brindis: "¡Por la perdición de Stalin!". Tanto Kaurichev como Platónov lo secundaron. Todos esos brindis y enunciados contrarrevolucionarios eran, por supuesto, resultado de nuestra relación hostil hacia el poder soviético y los miembros del Partido Comunista.

En los interrogatorios siguientes, Adamov obligó a Novikov a «confesar» no sólo opiniones antisoviéticas:

–¿Esto significa que realizabais un trabajo común contra el régimen soviético?

–Sí.

–¿Qué trabajo antisoviético realizabais?

–Nosotros, dicho con propiedad, nos presentábamos como un grupo antisoviético.

Platónov fue arrestado.

En ese momento interrogaban también al ya detenido Nikolái Kaurichev, que expuso a su manera la desdichada historia del brindis conmemorativo:

–Recuerdo un episodio. Mientras bebíamos en el gabinete del domicilio de Novikov, este pronunció un brindis: «¡Por la muerte de Stalin!», y después bebimos a la salud de Trotski...

–¿Quién estaba presente en la casa de Novikov, además de usted, cuando se pronunciaron estos brindis hostiles?

–Además de mí, estaba Platónov.

–¿No estaba en casa la mujer de Novikov?
–No lo recuerdo...

¿La mujer de Novikov? ¿No sería esta la cuarta persona que lo oyó todo? Lo escuchó y después pudo comentar su indignación por esa escena escandalosa a alguno de sus amigos. Así llegó hasta los oídos del agente y convertirse en patrimonio de la Lubianka. Por lo demás, sólo se trata de una versión. También es probable otra. A juzgar por las múltiples denuncias del agente vertidas sobre otros temas, esta persona podía pertenecer al mismo gremio literario. Pudo haber vivido en el mismo pabellón de la Casa Herzen, el hormiguero literario del bulevar Tver, y lisa y llanamente escuchar la conversación. Y si tenemos en cuenta que Platónov y Novikov vivían en la misma casa, es fácil explicar la confusión con los pisos admitida en las denuncias...

En la confrontación, tanto Novikov como Kaurichev confirmaron sus intenciones terroristas respecto a Stalin. Una conversación de borrachos había tomado visos de convertirse en la preparación de un gran atentado.

La causa se pergeñó. Como cuerpo del delito contra Novikov se adjuntó su *Las causas del origen de las nebulosidades,* junto con la reseña del crítico Gúrvich, escrita por encargo del NKVD, donde se acusa al autor de todos los pecados mortales.

Después de cuatro meses de instrucción sobrevino un largo estancamiento: casi se habían olvidado del preso. Corría el segundo año de reclusión. Durante ese tiempo, Novikov desarrolló una enfermedad pulmonar con esputo hemoptoico. Dirigió una carta a Stalin pidiendo el perdón indulgente: «Como no recuerdo si pronuncié o no ese brindis, no puedo negarlo. Estaba ebrio».

Transcurrió medio año. Novikov aceleró el reconocimiento de su culpabilidad y escribió al fiscal: «Como pintor, pienso con imágenes y no puedo comprender las dimensiones de las ocupaciones de los políticos... En relación con mi enfermedad quisiera saber cuál será mi destino en un futuro, ya que llevo preso casi tres años». La carta acaba con una posdata terriblemente espantosa:

> El 31 de marzo de 1941 descubrí la ley del movimiento perpetuo: describí los detalles en dos cartas a mi oficial instructor, Adamov. El 4 de mayo de 1941 me mandó llamar por las cartas mencionadas, dibujamos un par de esquemas y me dijo que sería informado. Al no tener posibilidades para solicitar los derechos sobre mi descubrimiento, le pido que tome conocimiento de las copias de dichas cartas y que las tenga en cuenta...

El expediente de Novikov no contiene más rastros de su «descubrimiento».

Le quedaba poco tiempo para conjeturar sobre su destino. Al cabo de unos días, el 8 de julio, se celebró una sesión del Colegio Militar del Tribunal Supremo. Novikov fue conciso:

> Me declaro culpable de haber pronunciado un brindis antisoviético y, asimismo, de haber expresado invenciones antisoviéticas. Niego categóricamente la acusación de sabotaje. El grupo en el que participaba era de orden legal, así que considero falsos los cargos que se me imputan. Cometí un delito en el transcurso de una borrachera...

«Puesto que he sido sentenciado con el castigo más severo que se puede imputar, el fusilamiento, solicito el indulto...» Aun hay otra solicitud de indulto escrita con grandes letras disparejas y dirigida al presidente del Presidium del Sóviet Supremo en la URSS, Kalinin.

> Soy de origen obrero, hijo de un peón; he trabajado como bracero. Durante la Revolución no fui una persona ajena a ella.

Novikov fue fusilado el 28 de julio. Kaurichev unos días antes: el 9 de julio.

«Durante la Revolución no fui una persona ajena...» Estas últimas palabras de Andréi Novikov nos llegan desde las oscuras entrañas de la Lubianka.

Había crecido en el seno de una familia de campesinos pobres, en el pueblo de Vorónezh, acabó el cuarto curso de la escuela y, para sustentar a su familia, se puso a trabajar. Trabajó como martillador, terraplenador, leñador y estibador. Se alistó en el ejército y combatió en la Primera Guerra Mundial. En 1917 ingresó en el Partido de los bolcheviques. Escribió para

periódicos y revistas comunistas, primero desde las provincias, después en Moscú. Redactó ensayos, artículos y noticias. En 1929 se le consideraba un escritor satírico brillante. Su obra *Las causas del origen de las nebulosidades* suscitó una gran polémica, y la crítica le acusó de ser un calumniador y difamador de la realidad soviética. En su defensa salió el propio Gorki. Y, de hecho, este fue un acontecimiento literario poco común, al tratarse de uno de los primeros libros que mostraban la enfermedad mortal del burocratismo que se extendía por el país. Detrás de éste, vino la novela *Ratnie pódvigui prostákov* [Las hazañas guerreras de los inocentes] y una serie de relatos cuyos temas no dejaban indiferente al lector.

Este escritor, dotado del talento innato de los campesinos, ha sido injustamente olvidado. «Sin mí el pueblo está incompleto», le decía a Platónov. Sin Andréi Novikov, nuestra literatura está incompleta. Tras la muerte del escritor, sus manuscritos confiscados le fueron restituidos a la viuda, quien los destruyó por temor a nuevas desgracias.

Una vez, en los albores de la trayectoria literaria de Novikov, Andréi Platónov previno a su amigo y paisano en una carta: «Nuestra vida es como un cubito de hielo bajo un sol bochornoso. Tómate tu tiempo en chuparlo: se derretirá solo...».

DE CAZA EN EL VEDADO REVOLUCIONARIO

Durante más de siete décadas existió, según la definición exacta de Andréi Platónov, «un vedado revolucionario llamado Comunismo Universal». Y durante todo ese tiempo existió en ese coto vedado una cacería, una batida contra aquellos que se distinguían por su inteligencia y talento.

Del mismo modo que los misteriosos «agujeros negros» del universo absorben constelaciones de estrellas, planetas y, junto a estos, algunos mundos habitados y misteriosas civilizaciones, así actuó la boca funesta de la Lubianka, tragándose millones de vidas humanas y exigiendo insaciable nuevas víctimas. No sólo desaparecieron personas, sino también los frutos de su trabajo. Aunque no todos se han perdido irrevocablemente, y lo que

un día fue perseguido por el poder y acarreó una pérdida dolorosa a los escritores hoy se convierte para nosotros en un feliz hallazgo.

A Andréi Platónov lo dejaron en libertad pero estuvo sometido a un control permanente, acechaban sus obras, iban a la caza de sus manuscritos.

A *Tejnícheski roman* [Novela técnica] de Andréi Platónov, descubierta en los depósitos de la Lubianka, hoy podemos añadir aún otro texto.

Este manuscrito se trasladó a la sección política secreta de la OGPU desde la redacción de la revista *Krásnaya Nov.* En la primera hoja figura la firma del escritor Vsiévolod Ivánov, que en aquel momento dirigía el departamento de prosa de la revista. «F. Raskólnikov. En mi opinión, es interesante.» «Estoy en contra de su publicación», se apresuró a manifestar Raskólnikov, el redactor jefe de *Krásnaya Nov,* y puso la fecha: 11 de febrero de 1928.

El manuscrito (mecanografiado y con las correcciones del autor a tinta) se titula *Puteshestvie v 1921 godu* [Viaje al año 1921] y representa, con toda probabilidad, una parte de la futura novela de Platónov *Chevengur o* una variante de la misma. En ella hay páginas que faltan en la novela publicada. ¿Es necesario decir lo valiosos que son estos fragmentos de la creación del Maestro? El rasgo de su estilo, la escritura mediante parábolas, construye la narración como un hilo continuo de alegorías, sujetas entre ellas por la trama externa y los sufrimientos interiores de los protagonistas. Las escenas separadas, de ese modo, fragmentos de la unidad de un todo, adquieren cierto acabado, una unidad independiente.

Leamos esas páginas de *Chevengur* inéditas hasta la fecha.

> Este es un capítulo de la novela –aclara en los márgenes Platónov y ofrece una sucinta caracterización de los personajes principales–: Dvánov, comunista enviado en comisión de servicio para la investigación de una provincia a fin de luchar contra la desorganización. Kopionkin, su compañero de viaje fortuito, ex partisano y bolchevique campesino.

Debemos añadir aún otro personaje que también aparece en la obra de Platónov: el camarada Páshintsev, el caballero del «vedado revolucionario Comunismo Universal». Ante nosotros se encuentra la tradicional troika

rusa, tres *bogatirs*,[T2] tres «huérfanos de la Tierra», que vagabundean por la senda de la Revolución.

El más próximo al autor es Dvánov, el filósofo autodidacta que hace realidad su sueño y sufre por la falta de bondad y amor en este mundo.

> [...] Dvánov era capaz de imaginarse en figuras vivas las ideas de los libros que una vez leyera. Recordó aquel párrafo: «En el valle oscuro de la historia truena el resplandeciente torrente de la humanidad, y quién puede demostrarnos que no hay una conexión viva y orgánica entre la gente, ya que dos amigos al encontrarse se inspiran y arden, sus corazones unidos, mientras que ¡a la vista de una multitud de gente se despierta en nosotros la fuerza de la alegría!». *El intelecto nada puede hacer contra un sentimiento inmediato; llegará un día en que triunfará la amistad en el mundo, pues los espacios perjudiciales entre los cuerpos humanos se llenan cada vez más con la materia del calor y la historia está llegando a su contrapunto: el comunismo, es decir, la unión de las contradicciones en una sinfonía. Pronto llegará el día en que la gente se inspirará en vivir y crear con la mera fuerza de la amistad y el roce mutuo…*
>
> Dvánov imaginó el flujo resplandeciente que corre sin obstáculos royendo el suave cauce del valle terrenal. Se precipita en el desfiladero, cada vez más profundo y erosiona hacia delante en su curso lejano. El flujo del trabajo no se enfría; aun al contrario, se calienta con las resistencias que encuentra a su paso e ignora el límite de su poder creciente. Dvánov veía que en semejante flujo, en esos esfuerzos conjuntos de amigos, es imposible perecer y caer en el olvido. Dvánov se calmó y empezó a cantar ufano de satisfacción:
>
> Hay en un país lejano
> en la otra orilla del río
> aquello con lo que soñamos,
> pero que ganó el enemigo...

En su viaje a caballo bajo el «cielo ruso» en la «profundidad remota» de su país, Dvánov se detiene junto a una antigua finca señorial con una majestuosa columnata...

> Dvánov suspiró con tristeza: «Qué pronto aprenderemos a edificar y a escribir de una manera tan profunda, sucinta y solemne, como aquí, en este oasis del feudalismo». Volvió a examinar la columnata: seis piernas esbeltas de mujeres pudorosas. Entonces se sintió invadido por una sensación de tranquilidad y esperanza, como siempre le sucedía ante la contemplación del arte aislado.
>
> «Lo único terrible es que estas hermosas piernas sin vida sean ajenas. O tal vez es una cualidad indispensable, que el arte nunca comprenda del todo a la vida; que actúe como una muchacha ante el discurso de una mujer con experiencia: la vida.» Dvánov sabía cómo escucha

la muchacha la explicación de la mujer sobre el amor: comprendiéndola sin compartir la sensación, puesto que la muchacha convierte su vida en su encanto y no en reproducción. El arte es como la muchacha: se alimenta de la vida, pero para ella esta sólo es la materia prima y no el sentido; la materia prima se elabora en algo diferente, donde lo feamente vivo se convierte en lo insensiblemente bello.

Así se reflejaron en Dvánov aquellas columnas, por encima de la estepa invernal y de la Revolución.

«¿Qué nos quedará? –reflexionaba Dvánov–. A lo mejor ni siquiera el arte, sino un ser humano vivo, la amada o el camarada visto no con su cara sino en acción y en amistad. El arte no nos es indispensable. Tal vez el arte crece cuando ya no hay respeto entre la gente... Vete a saber, no se sabe nada: aún es pronto...

»Pero con todo, ¡qué bella es la columnata blanca!

»No, también nos harán falta estas cosas –reconoció Dvánov para sus adentros–. Frente a la ciencia el sueño va sobrevolando el mundo y cae muerto: estas columnas son como cadáveres del sueño. Semejante arte es bueno y nos será necesario.»

[...] Dvánov examinaba aquella Atlántida feudal, derrubiada por el diluvio revolucionario, con la curiosidad del feliz descendiente.

Es asombroso que el ruso no viva en el presente, sino en el pasado o en el futuro, es decir, como si no viviera en absoluto o viviera en un mito, en un cuento, y no en la verdad de la vida, su conciencia realizando constantemente maniobras con el tiempo.

[...] Tras dejar la conversación, Dvánov se sentó a escribirle una carta a su amigo de provincias.

Querido y lejano amigo –escribía Dvánov–. Voy por lugares desiertos y fantásticos. Qué maravilloso y extraño es vivir ahora, reconociendo a un tiempo el presente y el pasado. Entonces del futuro todo nos parecerá puro y milagroso, porque la Revolución sigue su curso. ¿Qué hay de nuevo? Escribe pronto, te doy la dirección. ¿Cómo le va a Krashenina? ¿Se sabe algo de ella? ¿Qué haces tú, Guennadi, y todos nuestros muchachos? Dile a Shumilin que estoy actuando. Aun te diré lo más relevante: en mi opinión, es necesario educar al nuevo hombre en la conciencia del presente en cuanto pasado. En otras palabras, desplazarlo al futuro. Sólo entonces verás lo bien que estará la gente, todas las mezquindades y enojos de la vida cotidiana desaparecerán de inmediato. No veremos un día sino la abundancia de tiempo y objetos, y tal vez en medio de esa riqueza algo más pequeño...

Y durante un rato no pudo terminar la carta, absorto como estaba en la conversación mental con el amigo.

El destino haría tropezar a Dvánov con otro fanático de la Revolución, «el único caballero del comunismo», Páshintsev.

[...] Dvánov sabía que la Revolución no sólo lucha contra el adversario de clase, sino que también se produce una lucha en su seno, consigo misma en la que acaba por vencer. Entiende a Páshintsev y su sincera desesperación, ve que Páshintsev está condenado. Dvánov se imagina un tiempo en que, de una vez para siempre, Páshintsev esté fascinado. Son los primeros meses después de octubre de 1917, un período de un comunismo singular, entusiasta y apasionado, que abarca a las desesperadas masas moribundas de soldados y de trabajadores. Entonces se creía que estaba próximo el día cálido de la vida en armonía y amistad entre todos los pueblos del mundo. Pero esa confianza pronto se transformó en apenas una creencia y, en Páshintsev, en una ávida superstición. Los años de la guerra civil prensaron la Revolución hasta convertirla en una implacable fuerza militar.

La Revolución se quedó más cerca de los tendones resistentes y no tanto de la humedad que se evapora con la inspiración.

La Revolución avanza como un cometa, calentándose a medida que topa con la resistencia al futuro, y detrás deja la cola que se extingue, la escoria de los vencidos acontecimientos y la gente acabada. Pero Páshintsev no es escoria de la Revolución: algo arde continuamente en él, con dolor, separado de la hoguera común. Dvánov no lo entendía del todo...

Pero mientras tanto, Páshintsev daba vueltas a su único pensamiento.

¿En qué pensaba? En nada. No pensaba, deseaba: montar a la única yegua del vedado e irse solo lejos, a fundar una vida mejor y nuevos países, medir sus fuerzas con la naturaleza y las personas en luchas fervorosas, llenar sus fracasos y el dolor de la vida con su sentimiento excesivo de simpatía hacia esta.

–¡Es necesario ser más fuerte! –se advertía a sí mismo Páshintsev–. No se puede correr por el suelo con la yerba arrancada.

Abrevó a la yegua descuidada y delgada y partió hacia la aldea, a expulsar a los campesinos a la hacienda de los terratenientes para que de ese modo asimilaran de buen grado las tierras altas y fértiles.

En el trayecto evitó que su caballo diera la vuelta en una estepa sin vías transitables, pero la yegua conocía el camino y no confiaba en las bridas.

Echó una mirada al vedado de la Revolución: le gustó la columnata y el edificio, no tanto la arquitectura sino el hecho de que allí la Revolución se vivía en buena armonía. Páshintsev apremió a su corcel por el campo: no quería abandonar sus asuntos.

En caso de que le preguntasen por qué le había vencido la vacilación, Páshintsev no respondería.

Sobre esto no le diría nada a Dvánov, que se apresuraba en transformar el entusiasmo del pueblo por la Revolución en un hecho construido. Dvánov había reflexionado mucho sobre

> Kopionkin: le molestaba que aquel *mujik* ordinario y abotargado actuara en la Revolución no por sentido común sino por una quimera aburrida e insensible: su fervor amoroso hacia la difunta Rosa Luxemburgo. Páshintsev también iba a la Revolución llevado por la seducción, algo confuso, sin ser totalmente consciente. Para ambos, la Revolución no era una convicción sino una disposición instintiva. Dvánov lo aprobaba, no lo consideraba un estado precario ni peligroso.
>
> Ahora, de nuevo va junto a Kopionkin por el camino cubierto de nieve y entiende por qué en la Rusia invernal el mundo es mundo blanco.[T3] Dvánov se entregaba a las meditaciones con el contacto de la tierra montado a su caballo...
>
> Dvánov preguntó:
>
> –Camarada Kopionkin, ¿por qué amas a Rosa Luxemburgo? ¿No es un capricho?
>
> Ni el mismo Kopionkin lo sabía y contestó de manera aproximada:
>
> –¿Quién lo sabe? Yo mismo me atormento... No para casarme...
>
> –Sí. Pero, aun así, dime: ¿por qué?
>
> –Intentaré responderte no de cualquier forma, sino perfectamente. Aunque soy comunista, nunca en la vida he leído programas ni reglas. Pero a través de la camarada Rosa Luxemburgo, todo me ha parecido verdadero... Vi su retrato y me conmovió: vi a una hermosa mujer que sufría y yo, que vivía como un tonto, me avergoncé tanto que me enamoré de su espíritu preclaro... Cuando era niño, no fue el pope el que me dispuso hacia la fe sino los relatos de la abuela sobre Nikolái *el Taumaturgo.* ¿Me entiendes?
>
> –Ahora te entiendo –respondió Dvánov; había comprendido la expresión «su espíritu preclaro».
>
> Esto tenía un significado distinto del que el propio Kopionkin pensaba: en lugar de que fuera el intelecto el motor del conocimiento de la Revolución, Kopionkin amaba esta a través del corazón de Rosa Luxemburgo. Así era más fácil para él, pero los resultados eran idénticos: para Kopionkin, Rosa Luxemburgo es aquella misma revolución, trasladada a una imagen femenina atrayente, que hizo que el viudo Kopionkin dejara su casa campesina.

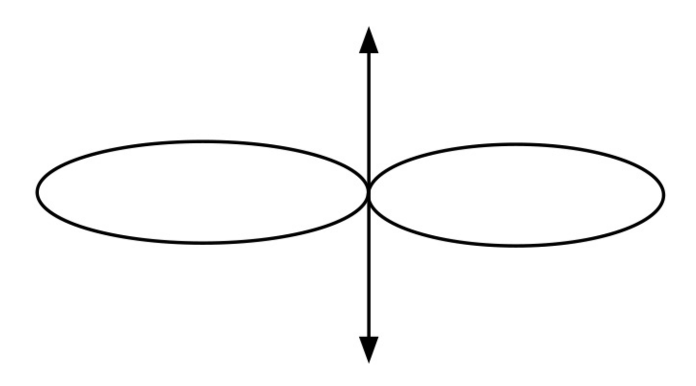
He aquí un rasgo de la idiosincrasia rusa: no vive con el intelecto sino con el corazón. De ahí sus extrañezas, las inevitabilidades fatídicas de su destino, bien por separado y a título personal, bien en general y a nivel nacional.

La Rusia pasada es una «Atlántida feudal, derrubiada por el diluvio de la Revolución». Su arte es la columnata de esas piernas femeninas, hermosas pero muertas sobre la estepa cubierta de nieve. La Rusia actual es el vedado revolucionario del comunismo universal. El arte de la nueva época, ¿qué será?

La comuna decide en una asamblea erigir un monumento a la Revolución: «Lo más importante es pensar en la figura», dice el presidente, preocupado.

> Dvánov dibujó la figura en un papel. Entregó la imagen al presidente y aclaró.
>
> –El ocho acostado significa la eternidad del tiempo, y la flecha levantada de dos puntas, lo ilimitado del espacio.

Así aparece esta escena en *Chevengur.* En el manuscrito de Platónov hallado en la Lubianka aparece la misma figura, dibujada por el propio autor:



> El monumento le fue encargado a un herrero que utilizó varas de hierro para su construcción.

El miedo por la posible pérdida de sus obras no abandonó a Platónov hasta el fin de sus días. Cuántos cuando se produjo la evacuación de Moscú durante la guerra, vieron a Platónov durmiendo en la estación de ferrocarriles de Ufá con la carpeta que contenía el manuscrito de *Viaje de Leningrado a Moscú* atada a su brazo. ¡No le sirvió de nada! Alguien le robó el manuscrito y le dejó la carpeta vacía. Así se perdió para siempre esa obra.

Los órganos estuvieron siguiendo sus pasos hasta el final de su vida. Y él nunca supo comportarse con cautela. En 1945, poco antes de que acabara la guerra, el NKVD recibía el informe del soplón de turno. El solícito agente transmitió esta encendida parrafada de Platónov:

… ¡Y encima el Politburó ese que os gastáis! Lo que el Politburó necesita son robots y no personas, robots que se muevan y hablen por medio de la electricidad. Y que piensen por medio de la electricidad también. Así, el Politburó apretará un botón y todos los 180 millones de robots comenzarán a hablar como un secretario de Comité del Partido de Distrito. Aprieta otro botoncito y los quinientos escritores, o los que sean, se pondrán a escribir a la vez como si fueran Gorbatov.[6]

Y en ese punto gritó de repente: «¡Nunca seré un lacayo! ¡No quiero ser un lacayo!».

Platónov pasó los últimos años de su vida, después de la guerra, sumido en la marginación y la miseria. Vivía en el bulevar Tver, en el ala izquierda de la Casa Herzen, donde tenía su sede el Instituto de Literatura, donde se forjaban los cuadros de los escritores soviéticos. Los futuros obreros de la pluma a menudo podían ver a Platónov demacrado, enfermo, pobremente vestido, con la apariencia de un obrero o un peón. Uno de esos estudiantes –actualmente un escritor de peso– me contó contrariado que, en una ocasión, el tipo le pidió fuego y él pasó de largo porque tenía prisa...

–¡Nunca me lo perdonaré! ¡Si hubiera sabido que era Platónov!...

Corre por ahí esta parábola literaria.

En uno de los patios de Moscú, un niño corre, persigue una pelota, grita y molesta a la señora del segundo, que está leyendo la última novela de Erich Maria Remarque. En ese momento, Erich Maria Remarque, que está sentado en un balancín en su villa de Suiza, reflexiona sobre la vida. «No –piensa él–, la vida no se vive en vano. He escrito algunos libros buenos, me conocen en todo el mundo, he luchado contra el fascismo... Pero aun así, ¡Hemingway escribe mejor que yo!»

Entretanto, Hemingway está en la cubierta de su lancha en el mar del Caribe, erguido, con los pies firmemente clavados sobre la cubierta, el sombrero enfundado hasta los ojos, con la pipa entre los dientes, el sedal tenso a la espera de que pique un pez gigante. «Diablos –piensa él–. ¡He vivido como un auténtico hombre! He trabajado como un burro, he luchado contra el fascismo, he tenido de todo en abundancia: fama, mujeres, dinero,

he cazado elefantes y rinocerontes. Pero aun así... ¡Platónov escribe mejor que yo!»

Y en ese instante, en uno de los patios de Moscú, Platónov corre con la escoba en pos del niño que jugaba con la pelota, gritaba y molestaba a la señora del segundo que leía la última novela de Erich Maria Remarque.

---

1. Siglas de *Visshi Soviet Naródnogo Joziáistva*, el Consejo Superior de Economía Nacional.

2. A. N. Novikov (1889-1941). Prosista. Fue fusilado. I. A. Sats (1903-1980). Crítico literario. Secretario de Lunacharski, comisario del Pueblo de Educación.

3. Acrónimo ruso para referirse al Presidente del Comité Ejecutivo de Distrito.

4. Más tarde apareció una fotocopia de la primera parte de *La novela técnica* en el Archivo Central del FSB. A partir de esa copia trabajó el anónimo «redactor» de la OGPU, probablemente el propio Shivárov, compuso el documento mecanografiado que constaba en la carpeta etiquetada «Textos inéditos». Al hacerlo, no obstante, eliminó algunos fragmentos que sustituyó por glosas redactadas por él mismo. Cf., para más detalle, *El «país de los filósofos» de Andrei Platónov. Cuestiones de la creación*. Volumen n.º 4. Ed. de N. V. Kornienko, Moscú, 2000. (En ruso.)

5. V. I. Lenin, *Obras completas*, vol. 52, p. 38.

6. B. L. Gorbatov (1908-1954). Escritor soviético.

T1 Acrónimo de Inspección obrera y campesina *(N. de los T.)*.

T2 *Bogatir:* héroe de la épica rusa. *(N. de los T.)*

T3 En ruso *na belom svete* (en el mundo blanco), significa «en el mundo». *(N. de los T.)*

Deus conservat omnia

Anna Ajmátova

Deus conservat omnia. Esta exhortación en latín aparece inscrita en el blasón del célebre linaje de los condes Sheremétev. La antigua divisa nos consuela desde el arco de la entrada principal de su palacio en San Petersburgo.

Anna Ajmátova vivió en un ala de este palacio en Fontanka, la Fontanni Dom (Casa de la Fuente), durante 35 años, la mayor parte de su vida. Y el mismo adagio del escudo de armas presidía la última casa de Moscú donde se trasladó el cuerpo inerte de Ajmátova, descansando en paz, en brazos ya del Señor, en la sede del Instituto Sklifosovski y antigua casa de caridad instaurada por la familia Sheremétev.

Fue el epígrafe que Ajmátova escogió para su poema épico, *Poema sin héroe*, y asimismo el epígrafe de toda su vida.

«Dios todo lo conserva», pero es necesario que los seres humanos se esfuercen en salvar su memoria, entrelazada con un sinfín de destinos. La gran Anna Ajmátova realizó ese esfuerzo.

Sobre ella recayó la misión de preservar la belleza y la memoria en la Rusia del siglo XX, y de ser un valioso eslabón en la cadena generacional que se conservaría intacta de milagro.

De no existir tal eslabón, se rompería la cadena del tiempo.

–¿Usted es creyente?

–Profundamente religioso...

–Menudo científico soviético, usted es un oscurantista.

–En cierta medida así es. Debo decir que en la formación de mi ideología influyó mi tradición familiar.

–¿Cuál es?

–Mi madre, Anna Andréyevna Ajmátova, también es una persona de creencias religiosas.

–¿Se refiere a la poeta Ajmátova cuya obra antipatriótica fue condenada en 1946 por la sociedad soviética?

–Sí, es mi madre...

–¿Quién era su padre?

–El poeta prerrevolucionario Nikolái Stepánovich Gumiliov...

–¿El mismo Gumiliov que antes de la Revolución de Octubre fue uno de los líderes del movimiento reaccionario que adoptó a poesía y que luego participó activamente en un complot de la Guardia Blanca que tenía como objetivo derrocar el gobierno soviético mediante una sublevación armada?

–Sí, N. S. Gumiliov. Los órganos de seguridad del poder soviético lo fusilaron en 1921 por haber participado, según la acusación, en un complot antisoviético. Él era mi padre...

Cárcel de Lefortovo. Lev Gumiliov es interrogado.

UNA VELADA FATÍDICA

La noche del 25 de mayo de 1935 unos huéspedes visitaban el apartamento del profesor Nikolái Nikoláyevich Punin, situado en un ala del Palacio de los Sheremétev en Fontanka. Además de él, su mujer Anna Andréyevna Ajmátova y su hijastro Lev Gumiliov, había dos personas más sentadas a la mesa: Arkadi Borin, un amigo de la Universidad de Lev, estudiante también en la Facultad de Historia, y Vera Anikéyeva, la pequeña y frágil especialista en arte, colega del anfitrión en la Academia de Artes Plásticas. Los dos invitados eran prácticamente como de la familia.

La amistad entre Lev y Arkadi se había iniciado a principios de aquel año, durante una conferencia sobre la lengua francesa. Lev le mandó una nota: «Me consta que usted es una persona culta y no entiendo por qué no somos amigos». Desde ese momento, Arkadi comenzó a frecuentar la casa

de Fontanka. Procedente de una familia de provincias, en el pasado electricista y dotado de unas manos habilidosas, se encargaba de buena gana de las chapuzas que había por hacer en la casa abandonada de los humanistas: reparaba el mobiliario, las cerraduras de las puertas y, por las noches, a menudo lo invitaban a cenar. Aunque era cinco años mayor que su amigo, Arkadi sabía mucho menos que este del futuro campo profesional de ambos –la historia–, no destacaba por su capacidad intelectual, pero escuchaba y absorbía todo con avidez, a veces incluso objetaba con osadía a Lev cuando este se entusiasmaba demasiado expresando sus ideas.

En esa ocasión no se limitaron a comer y beber, sino que incluso también discutieron fervorosamente y en tono confidencial de temas políticos...

Aquella velada resultará fatídica para los habitantes del apartamento de Fontanka.

Un día después, Borin presentaba su denuncia en la «Casa Grande», la sede del NKVD en Leningrado:

> El 25 de mayo de este año, en una visita al apartamento de Punin, me encontré con su colega Anikéyeva. En la conversación con Punin, Anikéyeva recordó a algunos de sus amigos que habían sido deportados de Leningrado y la conversación tomó ese rumbo. En el curso de la misma, Punin declaró: «Arrestan a la gente, la gente muere, quisiera pensar que todo esto no es en vano. Sin embargo, basta con mirar el retrato de Stalin para que toda esperanza se desvanezca». Durante el resto de la noche Punin habló de la necesidad de perpetrar un acto terrorista contra Stalin, puesto que en él veía la causa de todas las desgracias. Entusiasmado ante aquella idea, nos mostró una máquina que había traído de Japón para insertar automáticamente a una cámara fotográfica y que, según sus palabras, se ajustaba con mucha facilidad a aquella máquina infernal. «Sólo hay que instalar esta máquina –declaró Punin– y Stalin se irá al infierno.» Por las palabras de la mujer de Punin –Ajmátova– se esclareció que, con anterioridad, durante una conversación con S. A. Tolstaya,[1] Punin había declarado a propósito del asesinato del camarada Kírov: «Matábamos y seguiremos matando».

El 28 de mayo, al interrogatorio de Borin le siguió el de Anikéyeva. No le quedaba otro remedio que confirmar la denuncia. Las terribles palabras de Punin, «Matábamos y seguiremos matando», habían sido pronunciadas presuntamente en presencia de ella. Sólo añadió: «Cuando Punin habló de

la necesidad de hacer volar por los aires al *Vozhd* le pedí que se callara y me marché a casa».

Leningrado vivía bajo el signo del asesinato de Kírov. El tiro que estalló el 1 de diciembre de 1934 en Smolni no sólo causaría la muerte del líder bolchevique, favorito del Partido, sino que, de rebote, provocaría la desaparición de miles de ciudadanos inocentes. Stalin, que detestaba Leningrado, no tardó en presentarse allí con un as bajo la manga: un arma secreta y novedosa, una nueva «ley» para ocuparse de «Cómo instruir el caso de quienes sean acusados de idear o perpetrar actos terroristas». Se ordena que reciban trato prioritario y acelerado, que no procedan las solicitudes de indulto y ejecutar las sentencias sin dilación.

Tras su partida, Stalin asignó la investigación del caso al jefe adjunto del NKVD, Yákov Agránov, autor del memorable «caso Tagántsev», una de cuyas víctimas había sido el padre de Lev Gumiliov. El mañoso artesano de la Lubianka modeló la instrucción con mano experimentada. Según la fiel receta chequista cubrieron la ciudad con una telaraña punitiva viscosa. El asesinato del popular líder soviético (que no pocos historiadores estiman que fue obra del propio Stalin), el así llamado «caso Kírov», sirvió de pretexto para desplegar una campaña de terror masivo. A los antiguos habitantes de la ciudad el mes de diciembre de 1934 les trajo a la memoria otra fecha, agosto de 1918, cuando al hilo del asesinato de Uritski, otro eminente bolchevique, a manos de Leonid Kanneguíser, se declaró el terror rojo.

En Piter se produjeron cambios tanto en la cúpula del Partido, donde Zhdánov ocupa el puesto de Kírov, como en la Checa, donde Filipp Medved es reemplazado por Leonid Zakovski, cuyo auténtico nombre era Guenrij Ernéstovich Shtubis, quien asumió la dirección del NKVD en el nuevo y enorme edificio de Liteini. Zakovski se hizo famoso por un osado aforismo que los chequistas repetían de forma aprobadora entre sí:

–Deja en mis manos a Karl Marx y ya verás qué pronto canta que fue agente de Bismarck.

Es poco probable que Zakovski-Shtubis llegara a asimilar *El capital*, pues su formación se interrumpió en cuarto grado cuando le expulsaron de la escuela de un pueblo perdido de Letonia. De hecho, él no era lector, sino escritor; se dio a conocer con sus textos en la palestra literaria, actividad que simultaneaba con su trabajo. Los títulos de sus numerosos artículos, que incluso eran de estudio recomendado por parte de las organizaciones del Partido, hablan por sí solos: «La física al servicio del quinquenio», «El trabajo subversivo de los clérigos sectarios», o más mordaz si cabe: «No a los espías trotskistas bujarinistas, no habrá clemencia con los traidores de la Patria», «Extirpar de raíz la red de inteligencia fascista de los trotskistas bujarinistas», «Aniquilar a los espías, los saboteadores y los parásitos»... Lo más probable es que el eminente chequista no fuera propiamente el autor de estos escritos, sino más bien el firmante, y que estos los compusiera cualquier diligente literato siervo al régimen. Huelga decir que estas obras inútiles sembraban la muerte.

El aforismo de Zakovski-Shtubis sobre Karl Marx pervivió durante mucho tiempo, y la nueva generación de chequistas lo aplicó con éxito en 1938 sobre su propio autor: antes de ser fusilado, Zakovski confesó que era un saboteador, un trotskista y un agente alemán.

La Casa Grande, un enorme edificio de nueve plantas (razón por la cual se valió ese sobrenombre) se erguía sobre la ciudad, imponente. Los viandantes aceleraban el paso con recelo cada vez que pasaban por delante, y sobre ella circulaban toda clase de historias lúgubres, susurradas de boca en boca. Junto al nuevo jefazo llegó un equipo dispuesto a todo, deseoso de descollar, hacer méritos. Como reza el dicho: «Escoba nueva, barre bien». Las personas con manchas en sus biografías, es decir, los «elementos socialmente extraños», nobles, oficiales zaristas o bien sus vástagos, que no olvidaban su pedigrí, por lo general intelectuales, personas instruidas, fueron los primeros en someterse al control escrupuloso, los arrestos, la deportación. Enviaron a miles y miles de *bivshie liudi*[T1] –¡así eran clasificados según la terminología de los antropófagos!– desde la antigua capital del Imperio ruso a los campos de concentración, los deportaron, o simplemente los expulsaron.

A esa categoría, precisamente, pertenecían los habitantes del apartamento de Fontanka. Así fue como Yákov Agránov, uno de los asesinos de Nikolái Gumiliov que había participado en la masacre de Leningrado, volvió a surgir en el horizonte de la familia Gumiliov-Ajmátova, y que de hecho ya había influido decisivamente en el destino del hijo.

Se requería tiempo para crear un grupo antisoviético de los contertulios de Punin. A ese fin, estuvieron hasta el otoño recopilando todo tipo de información comprometedora en la Casa Grande, en su afán por no dejar títere con cabeza. De algo serviría, suponemos, el informe entregado hacía más de un año con motivo del posible alistamiento al ejército de Lev Gumiliov. El 16 de marzo de 1934 el sóviet urbano de Détskoye Seló (antiguamente Tsárskoye Seló), informó: «Los padres de L. N. Gumiliov tenían dos casas en propiedad antes de la Revolución; en el período de la Revolución se escondieron no se sabe dónde; sus familiares se oponían al poder soviético».

Aquí estaba todo lo que el poder quería saber sobre los padres del estudiante: ¡eran dos poetas brillantes! Como material comprometedor les bastaba con esto: «El sóviet urbano considera que no debe pronunciarse positivamente respecto al enrolamiento de L. N. Gumiliov en el RKKA»,[T2] sentencia el papel burocrático repleto de faltas ortográficas.

Desde Moscú se remite un documento más grave en cuanto a contenido: un extracto del acta del interrogatorio practicado al poeta Ósip Mandelstam el 25 de mayo de 1934. Eso ya olía a pena capital. Mandelstam enumeraba a las personas a las que había leído su «panfleto» contra el camarada Stalin y, entre ellos, figuraban Lev Gumiliov y su madre.

> Lev Gumiliov lo aprobó [el poema] con una expresión emocional indeterminada, del tipo «muy bien», pero su valoración coincidía con la de su madre, Anna Ajmátova, en cuya presencia se recitó este poema [...]. Anna Ajmátova señaló, con el laconismo y la perspicacia poética que la caracteriza, «el carácter pseudopopular y labrado» de esta obra.[2]

Como recuerda la propia Ajmátova, ese episodio tuvo lugar en febrero de 1934. Lev y ella estaban entonces de visita en casa de los Mandelstam,

en Moscú.

–Los versos ahora deben ser civiles –dijo Ósip Emilievich y leyó «Vivimos sin percibir el país bajo nuestros pies...»,[T3] el poema que, al fin y al cabo, le costaría la vida.

Durante la deportación, Mandelstam no cesa de atormentarse por haber mencionado el nombre de Ajmátova durante el interrogatorio, teme que haya muerto por su culpa. En sus crisis incluso corre en busca del cadáver de Ajmátova. Sus temores no eran infundados: un año más tarde sus declaraciones se pondrán en circulación y serán adjuntadas al caso.

En el otoño de 1935 Lev vuelve a visitar Moscú y durante un paseo por la aldea de Kolómenskoye con Emma Guershtein, con quien mantiene un romance, de repente le dice:

–En cuanto vuelva a Leningrado, me arrestarán. En verano interrogaron a una amiga nuestra. La han puesto en libertad, pero lo ha confirmado todo.

–¿Qué ha confirmado?

–En casa mantuvimos una conversación en presencia de ella...

Es evidente que Vera Anikéyeva había hablado del interrogatorio al que la habían sometido en la Casa Grande, afrontando con ello un riesgo puesto que, no cabe duda, ella se habría comprometido a no divulgar «cuestiones de Estado», como se solía hacer en esos casos.

Pero eso ya no podía cambiar nada.

La delación no salvó a Borin del arresto: fue el primero al que apresaron en septiembre y empezaron a sonsacarle elementos probatorios. Pero antes le metieron el miedo en el cuerpo: durante el registro efectuado en su casa habían hallado el retrato del padre de Lev, el poeta contrarrevolucionario Nikolái Gumiliov. Una prueba criminal palmaria.

El amedrentado Arkadi contó hasta el último detalle de su amigo, al que un día antes todavía reverenciaba. Sobre lo que dijo Borin sólo podemos hacer conjeturas, pero disponemos del acta del interrogatorio debida al juez instructor Shtukaturov:

> Lev Gumiliov estaba indispuesto contra la sociedad soviética, contra todo régimen soviético. En realidad, Gumiliov idealizaba su origen noble y su oposición, en parte, estaba determinada por ese origen [...]. El resto de estudiantes lo consideraba la «oveja negra» tanto por su manera de comportarse como por sus gustos literarios y, por último, por su actitud pasiva hacia el trabajo social. Según él, el destino de Rusia no lo debían decidir las masas trabajadoras sino un grupo electo de nobles. Con relación a esto, hablaba de la «salvación» de Rusia, que sólo veía posible mediante el restablecimiento del régimen anterior. Acerca del período soviético declaraba que en ninguna época sería imposible cambiar la situación existente por un esfuerzo heroico. En otra ocasión, ante mi observación de que los nobles o habían degenerado o se habían adaptado, Gumiliov declaró con aire significativo: «Todavía hay nobles que sueñan con las bombas».

En los márgenes, Shtukaturov anotó: «Conversación sobre la responsabilidad moral de los bolcheviques ante Rusia». Esta es una de las huellas de la manera tendenciosa de instruir el caso.

A continuación, Borin perfila el retrato del profesor Punin:

> Punin, por naturaleza, es un individualista a ultranza. El período soviético con sus planes y la exigencia de creación colectiva estampó en él la huella de la animadversión y la hostilidad. Debido a esto, Punin últimamente no se dedica a su especialidad, la filosofía del arte, sino a la historia de la pintura del Renacimiento. Para Punin, la imposibilidad de seguir siendo lo que desea ser se relaciona con Stalin. Punin reconoce en Stalin no sólo su tragedia personal, sino la tragedia de tantos otros como él, motivo por el cual toda conversación en que interviene Punin deriva infaliblemente hacia Stalin y Punin, por regla, demuestra que la situación cambiaría para mejor si no estuviera Stalin. Librarse de Stalin es una idea obsesiva para Punin.

Esto se explica con más detalle en el acta sobre la aciaga velada del 25 de mayo:

> Punin centró la conversación otra vez en Stalin y le dirigió epítetos difamatorios y ofensivos; además no se limitó a hablar, sino que cogió su retrato (una fotografía recortada de un periódico) y empezó a mofarse de él mientras le señalaba a la frente, las botas, el traje, etcétera.
>
> Aquella misma tarde, con el disparador automático de la cámara fotográfica en sus manos, representó figuradamente: «Por aquí va nuestro querido Iósif, por la calle, sin suponerse nada –entonces puso en marcha el disparador–, llega hasta un lugar determinado, y en ese momento la máquina hace ¡clic!: vuela por los aires nuestro...».

Una raya. El juez instructor teme escribir el nombre del *Vozhd*...

«... ¡al infierno!»

Una vez A. Ajmátova me explicó lo siguiente. Sofia Andréyevna Tolstaya había ido a visitarla y hablaron sobre el asesinato de Kírov y reprobaron el acto absurdo que había cometido el asesino, Leonid Nikoláyev. Punin, al oír la conversación, salió de un salto de otra habitación y gritó: «¡Matábamos y seguiremos matando!».

El 1 de octubre, Arkadi dio más carnaza a la instrucción con esta comprometedora información de la familia que lo había acogido en su casa. Contó que aquella misma tarde en la Fontanni Dom hablaron del poeta Mandelstam. «Ajmátova dirigió la atención de los presentes al hecho de que Stalin era, con todo, un hombre interesante. Mandelstam había sido condenado por un poema que había compuesto contra Stalin, pero aun así el caso Mandelstam fue revisado por iniciativa de Stalin.»

Después, Lev recitó la poesía de memoria. También recitó una suya, cuyo título era *Ecbatana*, y que había escrito con motivo del asesinato de Kírov. En ella, Gorpag era tratado alegóricamente como el sátrapa de la ciudad de Ecbatana. Su asesinato no inspira compasión entre los habitantes de la ciudad y, para provocar sus lágrimas, el rey quema a cien de los mejores ciudadanos.

Cuando le preguntaron quién más sabía de la existencia de aquella obra, Arkadi respondió enigmáticamente: «No sé los apellidos, pero yo fui el décimo en escuchar *Ecbatana*».

Más tarde, a la Casa Grande fue a parar otro compañero de estudios de Lev: Ígor Poliakov, quien relató las discusiones que habían mantenido a propósito del destino de la Revolución rusa. Presuntamente, Gumiliov defendía la restauración de la nobleza: «¡No podemos permitir que nos exterminen como si fuéramos ganado!», pero Poliakov, que no tenía ascendencia noble, se mostraba favorable a un estado similar al de la República francesa. Una vez, durante un paseo por el Jardín de Verano, Lev le exigió de repente a su amigo que le diera pruebas de su fidelidad. ¿Cómo? Debería matar a alguien, bien a Lapin, un compañero de curso de

ambos al que no soportaba y le llamaba descarado, o bien a un miliciano cualquiera. Ígor no se lo tuvo que pensar dos veces para negarse categóricamente a prestarse a semejante canallada. Bueno, entonces debía encontrar otro modo para que confiara plenamente en él, para que estuviera por completo en sus manos. Cuando se lo demostrara, entonces se enteraría...

Por lo visto, estas son las conversaciones que mantuvieron los conspiradores, uno de veintidós años, el otro de veintitrés.

Un año antes, tras ser rechazados ambos en los campamentos militares, comenzaron a sospechar que algo iba mal. Lev le dijo a su amigo que si los arrestaban debían limitarse a negarlo todo. No sería tan terrible, a él ya lo habían arrestado y, al poco, lo habían liberado.

Era una verdad como un puño. El primer ensayo de arresto de Lev se había producido en diciembre de 1933. En aquella fecha, detuvieron a Lev fortuitamente en una redada que los chequistas efectuaron en la casa del orientalista Eberman, a quien le había llevado las traducciones que había hecho de unas poesías árabes. Lo liberarían sin demasiados problemas, todo lo contrario que al anfitrión, que desapareció entre rejas. Los chequistas telefonearon a Ajmátova: «Lo tenemos», y diez días más tarde devolvieron el hijo a la madre.

Esa era la razón por la que en su conversación con Poliakov, el «experimentado» Lev le ordenó que si lo arrestaban tenía que ir a buscar a su madre y ella le diría lo que había que hacer. Poliakov entendió que ella le conduciría hasta la persona «con la que debía estar en contacto para desarrollar su actividad antisoviética». Esto último era claramente fruto de la cosecha de Shtukaturov y de su deseo de atraer al caso a la inquilina más conocida del nido contrarrevolucionario de la casa de los Sheremétev.

AKUMA

El destino de Anna Ajmátova causa fascinación. En él rezuman los rasgos de la perfección clásica con que la naturaleza dotó tanto a sus versos como a sus cualidades humanas. A lo largo de toda su vida soportó desgracias y

pruebas continuas y prolongadas, y experimentó la tragedia de vivir en un espacio totalitario. Tal vez, eso mismo contribuyera a que cristalizara ese fenómeno que conocemos con el nombre de Anna Ajmátova, quien hasta el fin de sus días permaneció fiel a su destino, no se amedrentó ni escapó a su predestinación.

En la década de 1910, a pesar de todas las privaciones externas de una época marcada por las guerras y las revoluciones, Ajmátova hace gala de una juventud brillante, y el amor, la belleza y la gloria, como una aureola triple, coronan su nombre, los libros que publica uno tras otro no tardan en convertirse en un acontecimiento literario, y se hace merecedora del sobrenombre de «la Safo rusa».

Después, una década de silencio y olvido. Según sus palabras, «como si la hubieran emparedado en la primera pared que ha caído» y tácitamente declarada en desgracia. Si te privan del oxígeno, uno se asfixia: de 1925 a 1935 Ajmátova apenas escribe y no publica nada, su nombre se tacha de todas las listas y si se menciona sólo es para cubrirlo de insultos. «La lengua actual no tiene raíces comunes con aquello de lo que habla Ajmátova, las nuevas generaciones se quedan y se quedarán indiferentes e insensibles ante los gemidos de una mujer que nació tarde respecto a su tiempo o que no supo morir a tiempo», expresa a la opinión pública el crítico V.O. Pertsov.

Dios ampare a estos oportunistas; no lograron apartar a Ajmátova de la lengua materna, más bien ella salvará la lengua de ellos, pero es que, ay, también muchos lectores la enterraron durante mucho tiempo en su conciencia; se agotó como escritora, envejeció, ¿es posible que todavía esté viva? La poesía que está en boga es otra poesía, una poesía vigorosa, clara, enaltecida. ¿A quién se le iba a ocurrir que aquellos poetas rápidamente florecidos, lucirían y se marchitarían, pero que para Ajmátova el tiempo no sólo no pasaría sino que llegaría su momento de verdad, que resucitaría y sobreviviría a todos? La relación con el lector es casi invisible y secreta, y el lector se cuenta no por masas sino por individuos, el lector es «el amigo desconocido del poeta, constante y eterno».[T4]

No, ella no era una indiferente eremita o una sacerdotisa del arrogante Apolo.

> Y no soy en absoluto una profeta,
> mi vida es pura como un riachuelo.
> Simplemente no me apetece cantar
> al son de las llaves de la cárcel.[T5]

Ninguna de las marchas alegres ahogó en ella el son de las llaves de la cárcel. Y en cuanto podía, acudía a prestar su ayuda, a veces incluso a los desconocidos.

Hasta hoy no se ha conocido un episodio de su década silenciosa. Sólo en fechas recientes se descubrió una hoja de cuaderno escrita por Ajmátova en el archivo de la organización Ayuda a los Presos Políticos, también conocida con el acrónimo POMPOLIT,[T6] un archivo único, que sobrevivió de puro milagro a las condiciones soviéticas. La carta está dirigida al vicepresidente de la organización, M. L. Vinarev.

> ¡Muy estimado Mijaíl Lvovich!
>
> A principios de diciembre, ustedes informaron a los familiares de A. V. Korotkov de que su caso estaba a punto de cerrarse. Los familiares no han recibido ninguna confirmación al respecto. Después de su aviso se envió un paquete con prendas de invierno a Politpomosch.
>
> Tenga la bondad de informar en qué situación se encuentra el caso. ¿El preso está en la enfermería? ¿Vale la pena mandar dinero para su alimentación?
>
> Perdone las molestias.
>
> A. AJMÁTOVA
> Mi dirección: Fontanka, 34, apto. 44

La carta fue registrada con fecha del 20 de marzo de 1929 y, ese mismo día, le responde la presidenta de la organización, Yekaterina Pávlovna Péshkova.

> En respuesta a su demanda le informo de que, según el informe recibido de la OGPU, el caso de A. V. Korotkov está pendiente de resolución. Todo lo que se le envíe será aceptado. La ropa blanca se le entrega por partidas, la ropa de abrigo se la entregaremos cuando sea transferido a la

> cárcel de Butirka. El dinero para sus asignaciones se ha terminado. Pueden enviar el correo a nuestra dirección.

¿Quién es esta persona por la que se preocupa Ajmátova?

Se trata de Aleksandr Vasílievich Korotkov, el marido de la hermana de Valeria Sreznévskaya, amiga íntima de Ajmátova desde la infancia. La OGPU había aniquilado al matrimonio: a la mujer, Zinaida, la deportaron a Tula por «su relación con la emigración», mientras que a Aleksandr Vasílievich le imputaron cargos de mayor gravedad. Lo procesaron colectivamente en un caso político y el 1o de abril lo condenaron a diez años en un campo de concentración.

Cuando en 1936 lo trasladan del pabellón político de Yaroslavl al campo DalLag, la esposa, alarmada, de nuevo pregunta a Péshkova sobre la suerte del marido y recibe una respuesta «tranquilizadora»: «Le informo de que, para descongestionar las cárceles, es habitual enviar a los reclusos a campos de trabajo. En los campos los presos trabajan libremente, por lo general en las áreas del campo que coincidan con su especialidad».

¡Qué obra maestra del realismo socialista! Para entonces el POMPOLIT poco podía hacer ya, se había convertido en un servicio meramente informativo; al cabo de dos años el poder acabaría definitivamente con él. El preso Korotkov, que trabajaba «libremente», fue fusilado el 10 de noviembre de 1938...

¿Qué apariencia tenía Ajmátova a los ojos de la OGPU? Todavía no se la consideraba una enemiga activa del pueblo, aunque no dejaba de ser la ex mujer de un contrarrevolucionario ejecutado. Encerrada en sí misma, apenas escribía. Los documentos del servicio de inteligencia sobre ella habían comenzado a acumularse desde la década de 1920. Esto salió a la luz durante una conferencia pronunciada por el general Kaluguin –que en tiempos de la posperestroika se pasó del KGB a la CIA–, quien leyó los documentos del expediente de Ajmátova e hizo copias con cautela. La primera denuncia contra Ajmátova que publicó data de 1927. La denuncia es inofensiva, más que expresar el convencimiento de la peligrosidad del

objeto de observación refiere las costumbres de la bohemia literaria. No hay una alarma especial, una Ajmátova así convenía a los órganos de seguridad.

Su vida en Fontanka, en la época en que se cernía sobre el marido y el hijo la amenaza del arresto, era poco envidiable. El ala del palacio de los Sheremétev está abandonada, la escalera deteriorada, el apartamento se ha transformado en una *kommunalka.* Allí, en varias estancias, habita otro nido familiar: la primera mujer de Nikolái Punin, Anna Yevguénievna Arens, con la hija de ambos, Irina, la criada Annushka (¡una auténtica invasión de Annas!). Lo cierto es que a Anna Andréyevna su círculo próximo la llamaba Akuma; le puso ese extraño nombre su segundo marido, Vladímir Shileiko, que lo traducía como «espíritu del mal», y desde entonces cargó con ese apodo.

La sirvienta Annushka tenía un hijo, quien al casarse llevó a la casa a una proletaria analfabeta que no se andaba con remilgos con los señoritos del viejo régimen y, con los brazos en jarras, era capaz de soltarle a Ajmátova:

–¡Te voy a denunciar en la Casa Grande!

Este es el momento en que Lev aparece de nuevo en escena, después de cursar sus estudios en Bezhetsk, donde vivía en casa de la abuela paterna. Y lo instalan en el mismo apartamento, al final del pasillo, separado por un visillo, puesto que no hay otro espacio más amplio.

Para entonces, la relación entre Ajmátova y Punin se había enfriado, deteriorado. Ella escribió un epitafio amargo a su matrimonio:

Bebo por la casa devastada,
por el dolor de mi vida,
por nuestra soledad compartida,
y por ti yo bebo, brindo, por ti.

Por los labios falsos que me traicionaron,
por el frío mortal en los ojos,
porque el mundo es cruel y salvaje,

y porque Dios no nos salvó.[T7]

La mudanza de Lev, en condiciones precarias, añadió horror a sus vidas. Todos se sentían cautivos y rehenes los unos de los otros. Pero ¿dónde meterse? Ajmátova dependía totalmente de su marido en términos económicos. Durante años vivió con modestia, incluso en la miseria, compartiendo con su hijo una pequeña pensión que recibía del Estado por sus méritos literarios.

Una vez tuvo un sueño –una mezcla de culpa y dolor–, que llegaría a atormentarla durante mucho tiempo.

En su apartamento irrumpían los chequistas y le enseñaban una orden: «¿Dónde está Gumiliov?». Ella sabe que Nikolái Stepánovich está en su habitación, la última del pasillo, pero guarda silencio y saca de detrás del visillo al somnoliento Lev: «Aquí tenéis a Gumiliov».

En realidad, los chequistas se presentaron allí –en Fontanka, 34, apto. 44– la noche del 22 de octubre. El colaborador del NKVD Akselrod efectuó el registro en presencia del administrador de la casa, rebuscaron a conciencia, casi hasta el amanecer, escogiendo con parcialidad y tino: manuscritos, un diario, la correspondencia, el libro de Nietzsche *Más allá del bien y del mal* –y de paso el retrato de dicho autor– y tres libros de Mandelstam.

Después de que se llevaran a Punin, las dos Annas –Anna Andréyevna y Anna Yevguénievna– quemaron los papeles en la estufa, ante el temor de que se repitiera otro registro.

Lev no había ido a dormir a casa, lo arrestaron por la mañana. Además, le sustrajeron algunos bártulos intrascendentes: cuatro postales, un cuaderno, una agenda, un manuscrito de las poesías de Maria Petrovij[T8] y un libro de Nietzsche, *Así habló Zaratustra.*

Ajmátova vivía como si la hubieran emparedado «en la primera pared que había caído», y ahora el juez instructor Shtukaturov emparedaba en la pared de la Casa Grande a su hijo y marido (¡sea como sea seguía siendo su marido!).

Al borde del hundimiento, llegó un segundo hálito creativo. Cuando la tragedia de millones de personas tocó directamente a Ajmátova, se le formó un nudo en la garganta, se convirtió en tragedia personal, en una tragedia intolerable: desgarró su silencio; después de muchos años sin apenas escribir poesías, Ajmátova comenzó su *Réquiem*.

> Te llevaron al alba,
> y te seguí, como en un entierro.
> En el oscuro cenáculo lloraban los niños,
> y ante el estante del icono la vela se consumía.
>
> En tus labios había el frío del icono
> y el sudor mortal en la frente... ¡No olvidaré!
> Me quedaré, como las mujeres de los Streltsi,[T9]
> aullando bajo las torres del Kremlin.

GUMILIÓVUSHKA

Sumario de instrucción n.° P-6.970 en un tomo. Como era de imaginar, en el expediente reza la leyenda «Conservar a perpetuidad». Su principal autor: el juez instructor Vasili Petrovich Shtukaturov, jefe del cuarto departamento de la sección política secreta de la Dirección de Seguridad de la región de Leningrado. En la resolución sobre las medidas cautelares y las causas penales, se formula así el motivo del arresto de Punin y Gumiliov:

> Tras examinar las evidencias del caso y teniendo en cuenta que N. N. Punin es miembro e inspirador de un grupo terrorista y contrarrevolucionario de estudiantes, que en su apartamento se celebran reuniones de dicho grupo durante las cuales se llevan a cabo lecturas de obras contrarrevolucionarias, dispongo:
>
> Que Punin sea inculpado por los delitos que contemplan los artículos 58-10 y 11 del Código Penal.

La incriminación de Lev «queda suficientemente probada por el hecho de que es miembro de un grupo contrarrevolucionario, se ocupa de la redacción y difusión de obras antisoviéticas, expresa sus intenciones

terroristas de perpetrar un ataque contra el máximo dirigente del VKP(b)[T10] y el gobierno soviético».

«Conforme», escribió Korkin, subjefe de la sección política secreta. «Ratifico», convino Nikoláyev, subjefe del NKVD.

Cabe preguntarse por qué los chequistas, si lo sabían todo y lo tenían tan claro, cursan una instrucción. No obstante, el diligente Shtukaturov se ciñe al reglamento. Para comenzar, un formulario convencional.

> Punin. Cuarenta y siete años, profesor de la Academia de Artes Plásticas de toda Rusia, historiador del arte, mujer: A. Ajmátova (ama de casa).
>
> Gumiliov. El 1 de octubre cumplió veintitrés años, estudiante de segundo curso en la Facultad de Historia, madre: A. Ajmátova (pensionista).

Se inician los interrogatorios. En un primer momento, Punin niega las acusaciones vertidas contra él: no desarrolla ninguna actividad contrarrevolucionaria, aunque sólo fuera porque todo estaba sujeto al poder soviético. Gumiliov es el hijo de su segunda mujer, esta es toda la relación que existe entre ambos. En ese momento le recuerdan el episodio de la cámara fotográfica, lo acorralan: ¿es cierto? Significa que lo saben, es inútil negarlo.

> Sí, en presencia de un círculo de allegados y conocidos, mientras les mostraba el mecanismo automático de la cámara fotográfica, aludí en tono de broma a la posibilidad de atentar contra la vida de Stalin mediante una explosión: «Por aquí va nuestro querido Iósif, sin sospechar nada –la máquina acaba su recorrido–: ¡y nuestro amigo Iósif se va al infierno!».

Tampoco le quedó otra que confesar las lecturas de poesía.

> En mi casa se recitaban con asiduidad las obras de Mandelstam, por ejemplo, contra Stalin. Discutíamos los versos, reconocíamos que estaban escritos con un claro espíritu contrarrevolucionario. Cuando la conversación giraba en torno a la forma de los versos, recuerdo haber comentado que algunos fragmentos separados de los versos no me gustaban. Los versos de Mandelstam se recitaban en nuestra casa, la mía y de A. A. Ajmátova, en presencia de Lidia Yákovlevna Guinzburg[3] y Anikéyeva. Probablemente, en la primavera de 1935, no me acuerdo de la fecha precisa, Gumiliov me leyó la poesía *Lloraba Ecbatana*, cuyo contenido exacto no recuerdo...

Ese mismo día fue interrogado Lev Gumiliov, cuya culpa rechazó categóricamente.

Pero al día siguiente la instrucción dio un gran avance.

Punin ya había calificado a su hijastro de «elemento antisoviético». El acta del interrogatorio, suscrita por él, dice así:

> Mantenía conversaciones antisoviéticas constantemente. El contenido general de sus declaraciones contrarrevolucionarias se resumía en la necesidad de cambio del régimen soviético y su sustitución por una monarquía. Gumiliov manifestaba siempre su opinión de desprecio hacia las masas, decía que no valía la pena tenerlos en cuenta para nada. Las masas aceptarán cualquier régimen [...]. La poesía contrarrevolucionaria de Mandelstam que se leyó en nuestra casa mereció la aprobación de Gumiliov. Dijo que las poesías de Mandelstam, por ejemplo la que contraatacaba a Stalin, eran de rabiosa actualidad y que reflejaban plenamente la situación real.

Ahora Shtukaturov tenía un as en la manga contra Lev. Enseguida hizo llamar al estudiante y lo sometió a interrogatorio, esta vez en compañía de su superior, Korkin, el subjefe de la sección política secreta.

Al principio, Gumiliov volvió a rechazar las acusaciones:

–Siempre he considerado que viviendo bajo el régimen soviético es imposible luchar contra él.

–¿Con quién mantuvo esa conversación?

–Con Borin, Punin y mi madre.

–¿Qué motivó esa conversación?

–Mientras comparábamos el poder zarista corrompido con el poder firme que identifica al poder soviético, manifestamos la imposibilidad de luchar contra él.

En ese momento, Shtukaturov se sacó el as de la manga: le plantó delante las declaraciones de Punin. Y Lev se estremeció.

–Sí, es cierto, esas conversaciones se produjeron...

Por supuesto, el juez instructor los azuzó con alevosía, leyendo las declaraciones de cada uno al otro. Muchos años después, en el ocaso de su vida, Lev Gumiliov recordará: «La verdad es que en ese tiempo no pegaban, no torturaban, simplemente formulaban preguntas. Pero puesto que en el ambiente estudiantil se producían ciertas conversaciones,

incluidas las de temas políticos, los jueces instructores ya tenían algo sobre lo que interrogarnos». Sí, no pegaban, pero inspiraban miedo, sembraban el pánico y es que, cuando una persona se hunde, se agarra convulsivamente al vecino, lo arrastra consigo hacia el fondo.

A Lev le torturaba el insomnio. Buscaba el hilo de la trama que lo había llevado hasta allí. Se acordaba de la broma estúpida de Punin. Y cómo su madre le había dicho: «Nikolasha, ha bebido, váyase a dormir», y todos se recogieron. Pero ¿quién interpuso la denuncia? ¡Arkadi, por supuesto! Nadie más hubiera sido capaz de hacerlo.

El 26 de octubre los chequistas incluyeron en el grupo criminal, pertrechado por ellos, a otro estudiante de historia: Valeri Majáyev. Él negó cualquier hostilidad hacia el sistema, pero ofreció una caracterización de todos los miembros de la familia de Lev.

> Gumiliov es claramente antisoviético, su disposición antisoviética se transluce en todas sus posiciones respecto a la realidad soviética. Aproximadamente a los tres o cuatro meses de trabar nuestra amistad, Gumiliov me dijo que el poder soviético no sostenía las cuestiones que había planteado la Revolución en sus orígenes, que la política actual de los bolcheviques difería considerablemente de las promesas con las que habían accedido al poder.
>
> Punin respaldaba en esta opinión a Gumiliov y, en confirmación de lo dicho, se puso como ejemplo a sí mismo, que una vez había sido un revolucionario activo, incluso comisario, y ahora, por culpa de que la política de los bolcheviques había cambiado, se había apartado de la actividad revolucionaria.

–¿Qué opinión mereció el asesinato de Kírov en el seno de la familia de Gumiliov? –le preguntó el juez instructor a Majáyev.

–Ajmátova dijo que el asesinato de un hombre no era un método de lucha y le resultaba incomprensible la causa que había motivado el asesinato de Kírov, porque se trataba de una persona muy accesible. No recuerdo lo que pensaba Punin sobre el asesinato de Kírov, Gumiliov lo veía como un fenómeno lógico ya que, en sus propias palabras, «los bolcheviques mataron a mi padre y ahora les toca el turno a los bolcheviques».

Durante dos días –el 26 y el 27 de octubre–, Shtukaturov continuó sometiendo a «tratamiento intensivo» a Lev Gumiliov, en su afán por atrapar en la red contrarrevolucionaria a su madre. Lev rechazó con firmeza todas las acusaciones, e incluso sospechas, que apuntaban a su madre.

Sí, en diciembre de 1934, cuando Sofia Andréyevna Tolstaya, durante la conversación con su madre, condenó el acto absurdo del asesino de Kírov, Punin espetó «Matábamos antes y seguiremos matando», pero la reacción que siguió a este comentario fue negativa. Tolstaya se marchó enseguida y Ajmátova reprendió al marido. Sin embargo, Lev negó cualquier intencionalidad terrorista e incluso defendió a Punin afirmando que toda aquella historia del mecanismo automático: «Por aquí va nuestro querido Iósif, sin sospechar nada, de repente la máquina hace ¡clic!, y nuestro amigo Iósif desaparece», sólo era resultado de su carácter desatinado y una fuerte borrachera. También contó brevemente el contenido de su poesía *Ecbatana*, puesto que la instrucción no disponía del texto:

> El argumento de esta obra es que el sátrapa de la ciudad de Ecbatana, Gorpag, muere. Como los habitantes no quieren llorar su muerte, el rey ordena que se exponga el cuerpo de Gorpag, pero los habitantes tampoco lloran. Entonces el rey ordena ajusticiar a cientos de ciudadanos, y después toda la ciudad llora.

El expediente sigue engordando.

«El hijo no responde por el padre», esta frase admirable la pronunció una vez el corifeo del humanismo del Kremlin, el mejor amigo de los niños.[T11] Durante toda su vida, desde la más tierna infancia, a Lev Gumiliov le tocó responder tanto por su padre fusilado como por su madre, caída en desgracia: dos poetas malditos por el poder. Su culpabilidad radicaba en haber nacido. Estaba condenado por el hecho de haber venido al mundo.

Como si adivinara el futuro del muchacho, en 1916 Marina Tsvietáieva mostraba su inquietud en unos versos dedicados a él: «Dios, cuida de él con mayor atención, el hijo del zar es más divino que el resto de los hijos».

Lev todavía no había cumplido los nueve años cuando murió su padre. Aunque nadie se lo dijo directamente, lo adivinó todo. Pronto sintió que la

actitud hacia él cambiaba. En la escuela, infectada por la enfermedad pueril del izquierdismo, la administración decide no dar libros de texto al hijo del contrarrevolucionario, y en la biblioteca se niegan a registrarlo.

Se crió en Bezhetsk, en casa de su abuela, Anna Ivánovna Gumiliova, que sentía veneración por su nieto, pero ¿acaso alguien puede sustituir a una madre para un hijo? Y esta aparecía de tarde en tarde y por poco tiempo. Naturalmente, él la añoraba y sufría esa separación.

Una vez le preguntaron a Lévushka en qué pensaba.

–Calculo en qué porcentaje se acuerda de mí mi madre...

Durante horas jugaba en el suelo, sobre una piel de leopardo que su padre había traído de un viaje por Abisinia; probaba su destino: dibujaba junglas y se convertía en un viajero intrépido, era un audaz oficial que se lanzaba al ataque de los soldaditos de estaño y, mientras hojeaba los libros de poesía, se convertía en un famoso poeta. Idolatraba a su padre, con quien guardaba un enorme parecido físico. El pequeño Gumiliov y Lévushka se fusionaban en un apodo familiar: Gumilióvushka.

–Lo tiene todo de mí –decía Nikolái Stepánovich al hablar de su hijo–. No sólo los rasgos, sino que es igual de atrevido y ambicioso que yo cuando era niño. Quiere ser siempre el primero, que lo envidiemos...

Con los años, hacia la vejez, la cara de Lev Nikoláyevich cambia y aparece un mayor parecido con la madre.

Dos sombras enormes –la del padre y la de la madre– lo acompañan durante toda la vida, ¡era tan fácil desaparecer en ellas! Él lo comprendió enseguida y, por ello, la razón primordial de su vida fue demostrar su propia individualidad y grandeza, al margen de sus célebres padres. Quería ser él mismo, no sólo el hijo de Gumiliov y Ajmátova. ¡Y no ser peor que ellos!

La madre, por supuesto, entendió que a su hijo no le esperaba un destino en absoluto fácil por esa misma razón: por ser hijo suyo y de Gumiliov. Le asaltaba una preocupación y un doble temor: que se realizara como persona y al mismo tiempo sobreviviera, sin quebrarse, sin caer bajo un golpe externo demoledor, en especial un golpe por parte del poder.

–Lévushka, pon bien la espalda... ¡No hables así!

En estas palabras no sólo están presentes unos reproches insignificantes sino el leitmotiv más profundo que dominaba en la relación de Ajmátova hacia su hijo. Lo mismo en las palabras que él le dirigía:

–¡Mamá, no me des órdenes!

«Duerme, mi pequeño niño, duérmete tranquilo, soy una mala madre», le dice en «Kolibélnaya» [Canción de cuna], de 1915.

La imagen de «la mala madre» la atormentó durante toda su vida, sin tregua, vivió con un sentimiento de culpa, incluso de culpa doble: ante el hijo y ante el padre.

La nueva vida de Lev en Leningrado desde el verano de 1929 fue todo menos fácil. El apartamento angosto de Fontanka, un baúl en el largo pasillo donde le habían acondicionado un sitio para dormir; comparten la vivienda con una muchedumbre de gente extraña. El marido de la madre y dueño del apartamento, Punin, sin ocultarlo, da a entender que el hijastro es para él un peso, una carga, un chupóptero; además siente celos de la relación que Ajmátova mantuvo con Gumiliov.

Lev percibió siempre su rechazo. Tenía que demostrar su derecho a lo que otros tenían por sí mismos. En 1930, durante su primer intento de ingresar en la universidad, es rechazado por su «procedencia social». Acudió a la bolsa de trabajo. Aceptó diferentes empleos: vigilante del depósito de tranvías, peón, auxiliar de laboratorio, viajó en diferentes expediciones, con geólogos a la región de Baikal, con helmintólogos a Pamir, con arqueólogos a Crimea. Allí sintió lo que era la felicidad: en los viajes a tierras lejanas se abría el horizonte, aprendía en la escuela de la vida, se hacía hombre.

Además, el chico podía considerarse un verdadero niño prodigio. Escribía una cantidad asombrosa de poemas y se esforzaba por leer constantemente. Muchos se sonreían: cómo no, el hijo de Gumiliov y Ajmátova lleva la poesía en los genes. La madre le volvía la espalda –¡qué locura!, hacerse poeta con semejante parentesco–. Finalmente, lo entenderá por sí mismo: escribir mejor que ellos es imposible... Tiene que buscar su propio camino.

Pero entretanto, los mejores poetas, amigos de su padre, compartían con él sus poesías. Ósip Mandelstam decía en broma, aunque con aire significativo:

–Lev es capaz de traducir la *Ilíada* y la *Odisea* en un día.

Cuando Lev estaba de invitado en Moscú, Serguéi Klichkov le contaba que Nikolái Gumiliov le reñía cuando él iba a verle con sus primeras poesías. Y ahora era a Lev a quien le leía sus poesías, y este, balanceando el pie, también pronunciaba alguna crítica. Luego, a su vez, Lev leía a Klichkov sus poesías. A decir verdad, este lo intuyó a la perfección:

–De Lev no saldrá un poeta, pero sí un profesor.

¡Como si lo estuviera viendo!

En 1931 Ajmátova y su hijo conocieron al científico japonés Kandzo Narumi, que impartía clases en el Instituto de Estudios Orientales de Leningrado. Este conservó una carta que Lev le había enviado cuando todavía no había cumplido los dieciocho años: era la continuación de una conversación que habían mantenido sobre el destino de la literatura rusa. La ambición y el maximalismo del pequeño Gumiliov pueden causar extrañeza.

«¡Colega Narumi! –se dirige Lev al japonés–. Tengo la desgracia de ser un intelectual ruso, criado en la literatura rusa.» Más adelante, el hijo de Ajmátova cita unas palabras del satírico Saltikov-Schedrín, mostrando su conformidad con él: «La literatura me ha dado muchas alegrías, pero también ha impregnado de veneno mi corazón» y pronuncia su sentencia sobre la literatura nacional:

> La literatura rusa creció como un refugio misterioso de la realidad donde los intelectuales rusos se escondían para llorar su insatisfacción por la vida, soñar con un futuro mejor o mandar al cuerno la maldita trivialidad que los rodeaba y el despotismo que la ha engendrado.

El joven Lev sólo hace una excepción con algunos corifeos de la pluma –Pushkin, Tolstói, Turguéniev, Tiútchev, que han alcanzado la eternidad y han evitado destinos perniciosos–, al resto los entierra sin piedad:

> Por eso no hay otra literatura donde haya tantos alcohólicos, neuróticos, psicópatas, hipocondríacos e histéricos hambrientos, con un sentimiento de la vida y de la realidad tergiversado. A esto cabe añadir que la mayoría de los escritores rusos son gente poco cultivada, a menudo ignorante, con estrechas miras intelectuales, entre ellos Leonid Andréyev, Chéjov, Sologub *e tutti quanti.*

Incluso se cuela un italianismo en el escrito de Gumilióvushka:

> En consecuencia, toda esta gente creó a partir de sus neurosis la fuente de su originalidad, un capital del que extrajeron suculentos intereses, porque si no hay trama ni argumento interesante conviene emplear sobre el lector la afectación del sufrimiento, la singularidad de los pensamientos y la conducta estipulada por ellos [...]. Recuerdo una caricatura en *Lustige Blutter* en la que un desmontador le dice a un compañero, mientras señala a un escritor que los observa realizar el trabajo pesado: *«Diese Kerle schlagen Kapital aus unseren Elend».*[4] Los hombres de letras rusos se distinguen de ellos en que hacían capital del desastre porque eran más ingenuos. En cambio, a menudo su influencia no era benéfica sino extraordinariamente perniciosa.

Vaya, vaya... ¡Incluso cita del alemán! Sería interesante saber qué nota le habrían puesto a Lev si hubiera presentado esta redacción en un examen de ingreso a la universidad soviética. Sin duda ¡estamos ante un extranjero! ¡Probablemente, un espía! Los puntos de vista del nihilista de diecisiete años ya entonces están más próximos a la ciencia que a la poesía pero, en cualquier caso, mucho más vivos que en un curso de literatura ortodoxo.

En el futuro, muchos años más tarde, Lev Nikoláyevich irá todavía más lejos, no sólo renunciará a la literatura.

«No soy un intelectual –dirá a un joven amigo con su característico espíritu de contradicción–. Un intelectual es una persona poco instruida y compasiva hacia el pueblo. Yo tengo una excelente formación y no siento compasión hacia el pueblo.»

¿Qué es? ¿Una pose o cierto gusto por la polémica? De hecho, la poesía, «la santa locura», nunca lo abandonará, escribirá versos hasta la vejez y no dejará de ser un intelectual, pero en el sentido auténtico y no trivializado de la palabra.

En otoño de 1934, Lev obtuvo lo que quería: ingresó en la Facultad de Historia de la Universidad de Leningrado. Se cumplió un sueño, su

predeterminación se hizo realidad. Pero ahí, en la colectividad, no tardó en percibir la desconfianza que inspiraba su figura. La incomodidad tenía su origen en su línea genealógica.

«¡CLIC!, Y NUESTRO AMIGO IÓSIF DESAPARECE...»

El 27 de octubre se produce el último y largo encuentro entre el juez instructor y Lev. Shtukaturov había decidido sonsacar al joven todo lo que estuviera en su mano. En primer lugar le obligó a repetir dos escenas acaecidas con Punin –«Matábamos y seguiremos matando» y «¡clic!, y nuestro amigo Iósif desaparece»–, mortalmente peligrosas para cuantos estuvieron presentes.

Lev también confesó que en su *Ecbatana* se refería alegóricamente a Kírov y Stalin. «Supusimos que más pronto que tarde comenzarían las represiones», dijo acerca de la reacción al asesinato en Smolni.

También contó que conoció a Mandelstam en 1933, cuando este vino a Leningrado y se alojó con ellos, y no negó que en su casa se había oído más de una vez su poesía contra Stalin. También Lev la había recitado en aquella velada fatídica del 25 de mayo.

Por supuesto, él no podía saber que ese mismo día, el 25 de mayo, sólo que un año antes, el autor de la poesía la compuso en la Lubianka en el curso de un interrogatorio practicado por un juez instructor. Así ocurrió también ahora; Shtukaturov, tal vez emulando a su colega Shivárov, le extendió una hoja de papel a Lev, y le dijo:

–Escriba.

Lev, lleno de dudas y remordimientos, anotó:

> Versos que recuerdo del poema de Mandelstam sobre Stalin. Escritos por orden del juez instructor:
>
> Vivimos sin percibir el país bajo nuestros pies,
> nuestras palabras a diez pasos no se oyen,
> y donde con una breve charla basta,
> nos salen con el montañés del Kremlin.

Sus.......... dedos...................................,
y sus palabras exactas, como pesas macizas.
sus ojos se ríen,
y las cañas de sus botas refulgen.

Le rodea............ de líderes.....................,
se recrea con
Uno.........., otro maúlla, otro gimotea,
pero sólo él dispone y dicta.
Nos lanza decretos y decretos como si fueran herraduras,
a uno en la ingle, a otro en la frente, en la ceja o en el ojo
Las palabras que he olvidado las he sustituido por puntos.

El joven, intencionadamente, no escribe las palabras que, a su parecer, son más temibles: «Sus *gruesos* dedos son *como gusanos, sebosos;* sus ojos *de cucaracha;* le rodea *una chusma* de jefes *de cuello escuálido;* se recrea con *los servicios de estos* desgraciados. Uno *silba*, otro maúlla, otro lloriquea». Además, «se olvidó» de los dos últimos versos:

Para él, cualquiera de sus castigos es algo exquisito
e hincha su pecho de oseto, anchísimo.

Lev los olvidó o, tal vez, conocía la poesía sin ellos, puesto que existía esa variante, según cuenta Emma Guershtein, una persona cercana a Mandelstam.

–¡No, no! ¡Es un mal final! –le dijo al poeta–. En él hay algo de Tsvietáieva. Yo lo cambiaría. Se puede dejar sin ellos.

Cuando la mujer de Mandelstam, Nadiezhda Yákovlevna, le explicó a Guershtein que Mandelstam había escrito la poesía en la Lubianka, esta puso el grito en el cielo:

–¿Cómo? ¿Con los últimos dos versos? ¡Los suprimió!

–Los leyó y escribió íntegramente allí. Una copia del poema dedicado a Stalin reposaba ya sobre la mesa de los chequistas...

Luego Shtukaturov volvió a dirigir la conversación hacia las intenciones terroristas del grupo de Punin y, cuando de nuevo recibió una respuesta

negativa, extrajo las declaraciones de Poliakov, el as que tenía bajo la manga.

–¿Lo corrobora?

–¡No! –respondió Lev.

Pero se asustó, debía ser que aquello no iba en broma.

Hicieron entrar entonces a Poliakov, quien dócilmente repitió que Lev lo había inducido a matar a Lapin o a un miliciano e incluso nombró la fecha aproximada de esta conversación en el Jardín de Verano: entre el 8 y el 13 de junio de 1935. Y además que Lev le dijo: «Admitámoslo, no podemos organizar el derrocamiento del poder soviético, pero sí dañarlo, y mucho».

Vasili Petrovich Shtukaturov puso al chico de vuelta y media. En el despacho introducen a Arkadi que, ni corto ni perezoso, confirma sus declaraciones. Lo cierto, añade, es que cuando Gumiliov soltó la frase «Hay nobles que todavía sueñan con bombas» estaba ebrio. El arrebato juvenil se hace pasar por conspiración, el juez instructor necesita el componente terrorista.

Antes de finalizar el interrogatorio, Shtukaturov encauza la conversación hacia la madre de Lev.

–Usted le dijo a Poliakov que, en caso de que le arrestaran, él debía ir a casa de su madre y ella le diría qué hacer a continuación.

–Me refería a que ella lo advertiría para que se cuidara de Borin, de quien teníamos nuestras sospechas. No puedo decir nada más al respecto.

Si Shtukaturov pretendía asustar al joven, apenas si lo consiguió, no pudo sacarle más jugo. Por quien más temía Lev era por su madre. Después de aquella encerrona a la que había estado expuesto se sintió indispuesto y llamaron al médico de la cárcel. El diagnóstico: «Puede ser interrogado. Se observa una ligera taquicardia, un aumento de la frecuencia cardíaca».

Con el hijo no tuvieron éxito. Intentarían llegar hasta Ajmátova a través del marido. El 30 de octubre el juez instructor llama a Punin para ese cometido. Comienza con la poesía de Mandelstam contra Stalin: ¿quién más la había escuchado?

Respuesta. A. A. Ajmátova la recitó tras su regreso de Moscú, coincidiendo con el arresto de Mandelstam, la recitó dos o tres veces en mi presencia y en la de Gumiliov, también delante de Guinzburg. No recuerdo otras veces.

Pregunta. La instrucción está al corriente de que su apartamento lo frecuentan personas antisoviéticas que se dedican a componer obras de carácter antisoviético y que acuden a pedir opinión a Ajmátova. ¿Qué puede declarar al respecto?

Respuesta. Por lo que sé, hombres y mujeres visitaban a Ajmátova con la petición de que valorase sus poesías. No sé nada sobre personas de carácter antisoviético que visitaran nuestro apartamento. Vladímir Ivánovich Lébedev (no exactamente), el hijo del profesor trajo algunos poemas de espíritu antisoviético. Lébedev fue a ver a Ajmátova por mediación mía y le leyó algunos poemas antisoviéticos de temática religiosa. Petróvij leyó poemas de carácter romántico-místico.

Al día siguiente Shtukaturov se salió con la suya respecto a Punin. Sí, su descontento por el poder desembocó en la cólera y en planes terroristas. Sí, se produjo un episodio en su apartamento en el que, durante una conversación de Tolstaya con Ajmátova, esta condenó al asesino de Kírov y, junto a él, a toda la ciudad de Leningrado, por su apoyo tácito. Punin lo consideró una mojigatería y declaró indignado: «Matábamos antes, y seguiremos matando». Sí, él ultrajó el retrato de Stalin y simuló mediante un mecanismo automático que lo hacía volar por los aires...

No se sabe si la actuación de Punin obedecía al miedo o al cansancio físico y psíquico, pero de todos modos aquellas impresiones eran irrelevantes cuando Punin firmó mecánicamente sus declaraciones. ¿Qué otra cosa era aquello si no un suicidio? «En vista de mis convicciones sobre la necesidad de cambio en la línea del poder soviético, consideré adoptar medidas radicales como la eliminación violenta de Stalin.»

«Qué no pasé en la cárcel: desesperación excesiva, esperanzas infundadas», escribirá más tarde en su diario. Y todavía después, en un atisbo de confesión, reconocerá en una carta a Ajmátova: «He pensado mucho en Lev... soy culpable ante él».

He aquí el resultado funesto de este interrogatorio: el acta escrita por Shtukaturov, con las enmiendas insignificantes de Punin y a pie de cada página estampada su firma.

Pregunta. ¿Reconoce su participación en un grupo contrarrevolucionario?

Respuesta. Sí, confirmo mi participación en un grupo contrarrevolucionario.

Pregunta. Enumere a los participantes del grupo contrarrevolucionario.

Respuesta. Además de mí, Ajmátova y Gumiliov, conozco a Borin, Majáyev, Poliakov y Oleg (no sé su apellido). Creo que Bekman y Vólkov se dedicaban a la actividad contrarrevolucionaria. Todos los integrantes del grupo apoyaban el punto de vista de la necesidad de luchar contra el poder soviético. El más activo era Gumiliov, ya he prestado declaración al respecto. Ajmátova, al igual que otros participantes del grupo, compartía mi opinión sobre la necesidad de eliminar a Stalin. En el curso de las numerosas conversaciones que mantuvo conmigo y otros, ella expresó su punto de vista antisoviético acerca de diferentes cuestiones de religión, literatura, la expulsión de los *bivshie,* etcétera.

La victoria total, servida en bandeja: una organización contrarrevolucionaria y la señora Ajmátova implicada en ella.

De inmediato se informó a la superioridad sobre el éxito de la instrucción. Al día siguiente, 1 de noviembre, Zakovski, jefe del NKVD de la región de Leningrado, se dirigió a Yagoda, el comisario de Asuntos Interiores, con la orden de «arrestar inmediatamente a Ajmátova».

LA ÚNICA BUENA ACCIÓN DE IÓSIF VISSARIÓNOVICH

Muy estimado Iósif Vissariónovich:

Conocedora de su actitud atenta hacia las fuerzas culturales del país, y en particular los escritores, me he decidido a dirigirme a usted mediante esta carta.

El 23 de octubre, en Leningrado, el NKVD arrestó a mi marido Nikolái Nikoláyevich Punin (profesor de la Academia de las Artes) y a mi hijo Lev Nikoláyevich Gumiliov (estudiante en la Universidad Estatal de Leningrado).

Iósif Vissariónovich, desconozco de qué se les acusa, pero le doy mi palabra de honor de que ellos no son ni fascistas, ni espías, ni colaboran con ningún grupo contrarrevolucionario.

Vivo en la URS [sic] desde el inicio de la Revolución y nunca he querido abandonar el país con el cual estoy ligada de corazón e intelecto. A pesar de que mi poesía no se publica y las reseñas que la crítica me dedica me hacen pasar muchos momentos amargos, no me desanimo. Prosigo con mi trabajo en unas condiciones morales y materiales muy duras y ya he publicado una obra sobre Pushkin, la segunda está en imprenta.

En Leningrado vivo muy sola y a menudo padezco largas enfermedades. El arresto de las dos únicas personas cercanas a mí me ha asestado un golpe tan fuerte que no puedo soportarlo.

Le ruego, Iósif Vissariónovich, que me devuelva a mi marido y a mi hijo, en el convencimiento de que nunca nadie lo lamentará.

ANNA AJMÁTOVA[5]

Los numerosos errores ortográficos que hay en la carta (por ejemplo, URS en lugar de URSS, etcétera) son casi metafóricos y evidencian el estado de confusión anímica en que se encontraba Ajmátova cuando acudió a Moscú para interceder por los suyos.

Ajmátova escribió a Stalin el 1 de noviembre, justo el mismo día que Zakovski se dirigió a Yagoda para solicitar la autorización de su arresto. Ambas peticiones se precipitaron simultáneamente hacia arriba, hacia el mismo trono; había que decidir su destino, a cuál de las dos dar el visto bueno.

Y ese mismo día Borís Pasternak dirigió una carta a Stalin.

1-11-35

¡Querido Iósif Vissariónovich!

El 23 de octubre detuvieron en Leningrado al marido de Anna Ajmátova, Nikolái Nikoláyevich Punin, y a su hijo, Lev Nikoláyevich Gumiliov.

Una vez usted me reprochó mi indiferencia por el destino de los camaradas.

Además del valor que tiene la vida de Ajmátova para todos nosotros y nuestra cultura, para mí es una persona querida y muy cercana por todo lo que de ella sé. Desde el inicio de mi andadura literaria he sido testigo de su vida honesta, difícil y resignada.

Iósif Vissariónovich, le ruego que ayude a Ajmátova y liberen a su marido e hijo. La relación que ella tiene con ellos es para mí una garantía fehaciente de la honestidad de ambos.

Fielmente suyo,

B. PASTERNAK[T12]

Ajmátova llegó a Moscú el 29 de octubre, en un estado rayano en la demencia. La primera noche la pasó en casa de Emma Guershtein: «Miré su sueño pesado, como aplastado por piedras –recuerda Guershtein–. Se le habían hundido los ojos y cerca del caballete de la nariz se le formaba un triángulo [...]. Ella cambió ante mis ojos».

Por la mañana se apresuró a visitar a varios escritores para pedirles ayuda. En primer lugar a Mijaíl Bulgákov, con quien por lo visto discutió el borrador de su carta a Stalin. «Una cara pavorosa –apuntó en el diario la

mujer del escritor, Yelena Serguéyevna–. En clara confusión susurra algo para sí.»

Al día siguiente Guershtein la lleva en taxi a casa de Lidia Seifúlina. Anna Andréyevna grita, como si estuviera delirando:

–Kolia...[6] Kolia... ¡Sangre!

Resulta imposible comprender a qué Kolia se refiere, si a Punin o a Gumiliov.

En casa de Seifúlina se produjeron contactos de alto nivel. Lidia llamó y acordó que al día siguiente por la mañana era preciso ir a la Torre Kutafia del Kremlin y que el secretario personal de Stalin, Poskrebishev, le entregaría la carta al *Vozhd*. Aquella noche Ajmátova se quedó en casa de los Chukovski. No pudo conciliar el sueño en toda la noche y, por la mañana, otro amigo, Borís Pilniak, la llevó hasta el Kremlin. «Me quedaré, como las mujeres de los Streltsi, / aullando bajo las torres del Kremlin.»

Es un caso insólito. ¿Cuándo los escritores se unieron así para ayudar a otro escritor?

¡He aquí el resultado! En la carta de Ajmátova aparece la resolución de Stalin:

«Camarada Yagoda. Liberad a Punin y Gumiliov e informad del cumplimiento de la presente orden. I. Stalin.» (Sin fecha.)

Poskrebishev informó a Ajmátova de la resolución favorable del caso mediante una llamada telefónica: ella se encontraba en casa de Pasternak. «Creo que esa fue la única buena acción que Iósif Vissariónovich hizo en toda su vida», dirá ella más tarde. Borís Pasternak escribió una carta a Stalin agradeciéndole «la liberación milagrosa y fulminante de los familiares de Ajmátova».

Cabe imaginar la reacción de los chequistas de Leningrado, después de acechar tanto tiempo a Ajmátova y tenerla casi entre rejas; de repente, en lugar de la autorización de arresto, recibieron la orden inverosímil de liberar de inmediato a sus familiares y dar carpetazo a un trabajo largo y exitoso. Se quedaron de una pieza. Para Vasili Petrovich Shtukaturov seguramente debió suponer un rompecabezas hasta el final de su vida. Por lo demás, aunque removió cielo y tierra para mostrar sus méritos, no progresó en su

carrera: cuatro años más tarde, en 1939, en una purga rutinaria, será despachado por «infracción de la ley».

Ante esta inesperada sonrisa del destino, los reclusos de la Casa Grande del caso n.° 3.764 experimentaron una sorpresa todavía más grande: Punin y Gumiliov fueron liberados justo después de recibir la orden de Moscú; Poliakov, Majáyev y Borin,[7] tres días más tarde. Sobre esto hay un último documento en el sumario de instrucción.

Lev recordará siempre su salida de la cárcel, con todo lujo de detalles. Veinte años más tarde, en el último interrogatorio de su vida, contará al fiscal lo siguiente:

A última hora de la tarde del 3 de noviembre es requerido ante el juez instructor.

–¿Está dispuesto a prestar declaración?

–Ya está todo dicho, nada que añadir.

Entonces Shtukaturov dijo:

–Bueno, hemos decidido ponerle en libertad. Mañana podrá reanudar sus clases en la universidad.

A Lev se le cortó la respiración.

–Sois más generosos que el gobierno zarista. Le prometo que nunca más volverá a oír de mi boca una palabra antisoviética...

Nikolái Nikoláyevich Punin se despidió de otra manera. Cuando le anunciaron su liberación, en vista de lo avanzado de la hora, pidió permiso para pasar la noche en la cárcel. Y como respuesta obtuvo: «Esto no es un albergue nocturno».

Cerca de la medianoche los soltaron y cerraron la puerta. No cruzaron una palabra hasta llegar a casa, caminaron en completo silencio, juntos, pero cada uno en su mundo. «Aturdidos», como había dicho Punin sobre el encuentro con el padre de Lev en agosto de 1921...

Salieron de la cárcel convertidos en enemigos. Aunque les royera el alma se soportaban el uno al otro: cada uno tenía un espacio en el corazón de Ajmátova. Enseguida, después de la liberación, Lev se fue de casa y trató en la medida de lo posible de no aparecer por Fontanka.

Por alguna razón, Lev pensó entonces que su madre sólo había hecho diligencias para sacar a Punin y que a él lo habían liberado de paso: su ofensa no tenía fundamento, como se ve en la carta de Ajmátova a Stalin. Toda aquella hostilidad e incomprensión se convirtió para Ajmátova en una fuente de suplicios.

Esta vez había conseguido salvar al hijo, al marido y a sí misma de un golpe mortal. Pero aún tendrían que arrastrar las consecuencias de la fatídica velada del 25 de mayo de 1935 durante toda su vida.

MARCHAMOS EN FILA, CANTAMOS A CORO

Lev Vasílievich Pumlianski impartía clases de literatura rusa a los estudiantes de historia. En el gran auditorio de la universidad reinaba el silencio, perturbado sólo de vez en cuando con el trajín de los cuadernos. El profesor aún era joven, se las daba de ingenioso y erudito. De pasada, pero de una manera fustigante, aludió a Nikolái Gumiliov.

–El poeta escribió acerca de Abisinia, pero él mismo no llegó más allá de Argelia. ¡Aquí tenemos un ejemplo de nuestro Tartarín[T13] nacional!

Una voz retumbó entre las filas de los estudiantes:

–No es cierto, ¡él no estuvo en Argelia sino en Abisinia!

Pumlianski, indulgente, quita importancia a la intervención:

–Quién va a saberlo mejor de los dos: ¿usted o yo?

Se oyó:

–Yo, por supuesto.

En el auditorio estallaron las risas. Todos se volvieron hacia el héroe, los estudiantes comprendieron que nadie mejor que él, hijo de Nikolái Gumiliov, podía saber adónde había viajado su padre. ¡Eran tantos los recuerdos que tenía de sus juegos de infancia sobre aquella piel de leopardo que su padre había traído de Abisinia!

Pumlianski, lleno de oprobio, corrió a quejarse al decanato.

Cuando poco tiempo más tarde el estudiante altivo de cuarto curso se encuentre en la cárcel interna del NKVD de la calle Shpalérnaya, la misma en la que diecisiete años antes su padre se consumía –¡tal vez en la misma

celda!–, durante el primer interrogatorio, el juez instructor le recordará a partir de un trozo de papel el incidente acaecido durante la clase de Pumlianski.

Gradualmente, el chequista fue montando en cólera, al final ya gritaba, farfullando blasfemias:

–¡Así quieres a tu padre, canalla! De pie... ¡contra la pared!

Se abalanzó contra el joven, lo levantó por el cuello de la camisa del taburete clavado en el suelo de cemento y le dio un revés...

Lev Gumiliov creía que el episodio con Pumlianski había sido el motivo de su arresto. Ignoraba que en la Casa Grande se había acumulado una montaña de denuncias, a cuál más grave. El despreciable trabajo de un tropel de delatores se convirtió en la razón de su segundo calvario.

Después del primer arresto –en 1935– a Lev lo expulsaron de la universidad. Lev no quería ir a implorar al apartamento de Punin, vivía por su cuenta, dormía en una pequeña habitación compartida entre tres, también en Fontanka, pero lejos del centro. Tenía hambre, a veces incluso perdía la conciencia por el agotamiento. Al final, Anna Ajmátova fue a ver al rector de la universidad, el profesor Mijaíl Semiónovich Lazurkin, un científico de la vieja escuela, no un burócrata ascendido a dedo.

–No permitiré que echen a perder la vida del muchacho –dijo él.

Lev regresó a su vida estudiantil. Corría el año 1937, el apogeo del gran terror. Las olas de arrestos se sucedían. Incluso cayó el protector de Lev, el profesor Lazurkin. Lo asesinaron con una crueldad especial: lo mataron durante el interrogatorio, y después lo arrojaron por la ventana, simulando un suicidio.

¿Qué había cambiado para entonces en el apartamento de Punin en Fontanka? En diciembre de 1936 a Ajmátova le retiraron la pensión que recibía por «sus méritos en la literatura rusa». La miseria adquirió entonces tintes más lúgubres. Y el desorden en la casa comunal también. La cocina era compartida. «Tendida en las cuerdas, la ropa mojada daba bofetadas en

la cara. Parecía que la ropa mojada fuera la culminación de una historia fea, propia de Dostoyevski», anotó sus impresiones Lidia Chukóvskaya.

Se produce la ruptura definitiva con Punin, el que fuera su marido durante quince años: continuaron viviendo en el mismo apartamento, ajenos el uno del otro.

–Deme un recibo conforme le he devuelto todas sus cosas –le dice él, despechado.

La última noche, la víspera de que Ajmátova se traslade a otra habitación, Punin le pregunta:

–¿Nunca más volverás a mi lado?

–Nunca.

–¿Nunca me perdonarás?

–No.

–De todas maneras te sigo queriendo.

Así era este hombre, que era capaz de declarar ante desconocidos:

–Anna Andréyevna, usted es una poeta local, su relevancia no traspasará Tsárkoye Seló...

Pero a ella le daba lo mismo, él ya ocupaba su lugar en el «mausoleo de los sentimientos extinguidos», como ella misma dijo. Punin tenía una nueva relación amorosa. A Ajmátova también se le presentó un admirador: Vladímir Gueórguievich Garshin, amable, delicado, serio, profesor del Instituto de Medicina Experimental, cada vez la visita con mayor frecuencia, se preocupa por ella de una manera conmovedora, le trae caldo caliente, con él se siente bien, y lo principal, hay alguien que la necesita.

La mañana del 11 de marzo de 1938 suena el timbre: en la puerta aguarda una mala noticia. Se trata de Orik, Orest Visotski, el hermanastro de Lev, hijo de Nikolái Gumiliov y la actriz Visotskaya. Últimamente los hermanos se habían hecho amigos y solían salir juntos; la pasada noche Orik se había quedado a dormir en la pequeña habitación de Lev.

–Anna Andréyevna, han arrestado a Lev.

De nuevo, presa del delirio, Ajmátova quema su archivo, en el hogar revolotean cartas y manuscritos. Aguza el oído, a la espera: ahora llegarán para efectuar un registro, se entrometerán en tu vida. ¡Todo, todo al fuego!

Sólo puede salvar unos versos, la continuación de *Réquiem:*

Esta mujer está enferma,
esta mujer está sola.

Su marido está en la tumba; su hijo, en la cárcel.
Rogad por mí.

Este no es sólo el dolor único y la tragedia de una mujer cuyo nombre era Anna Ajmátova; su voz es la voz de millones de mujeres y madres de toda Rusia, condenadas al silencio.

¿Con qué pruebas acusatorias arrestaron a Lev Gumiliov y lo llevaron a la Casa Grande? Aquí está: «Al cuarto departamento de la Administración de Seguridad del Estado del NKVD de la región de Leningrado llegaron informaciones...», es decir se apiló toda una montaña de documentos de los servicios de inteligencia, denuncias. Y si la misma montaña se apila contra tus amigos o sencillamente tus conocidos, a la vista está que nos hallamos ante una organización enemiga. En un país en que la delación se convirtió en un modus vivendi, los enemigos del pueblo pululan, estos grupos antisoviéticos se preparan como buñuelos en la «cocina» chequista. La maquinaria trabaja a destajo, casi automáticamente, al margen de las personas, víctimas y verdugos.

Así apareció el caso P-66.676, a partir de la implicación de tres estudiantes universitarios –Lev Gumiliov, Nikolái Yerejóvich y Teodor Shumovski– en una actividad contrarrevolucionaria. Y, como en cada grupo tiene que haber un cabecilla, nadie mejor que Gumiliov para desempeñar tal papel. ¿Por qué estos tres jóvenes merecen la atención de los delatores y los domadores de la Casa Grande? Por su carácter distintivo, porque eran ovejas negras dentro de las estrictas filas de la juventud soviética. Ajmátova decía con amargura que habían apresado a la flor y la nata de la juventud, a los más dotados y prometedores. Pero los órganos de seguridad no lo veían así.

Nikolái Yerejóvich, de origen noble, hijo del general mayor del ejército zarista y –¡vivir para creer!– ahijado del mismísimo Nicolás II. Por si fuera poco, cree en Dios. Fue expulsado del instituto, considerado un elemento ajeno que había ocultado su origen social. Teodor Shumovski, polaco, también sospechoso, fue expulsado del Komsomol por encubrir que su madre una vez vivió en Polonia y por su actitud servil hacia las obras del académico Krachkovski, su profesor. Se quejaba de la falta de alimentos, iba a las clases con la ropa hecha jirones, siempre tenía un motivo para estar insatisfecho.

No, no hay lugar para estos entre nosotros. Nosotros estamos en lo cierto, marchamos en fila y cantamos a coro.

Si bien Lev conocía a Nikolái Yerejóvich apenas superficialmente, con Tádik Shumovski le unían ciertos lazos de amistad; además del amor por la historia, los dos escribían poesía. Arrestaron a los cómplices de Lev un mes antes que a Gumiliov, y el 10 de febrero, durante el interrogatorio «con torturas», el juez instructor obliga a firmar a Yerejóvich todo lo que le viene en gana y a enumerar nombres de estudiantes de la universidad y el conservatorio, entre los cuales figura Gumiliov quien, al parecer, le invitó a participar en la vía criminal. Shumovski se resistió durante más tiempo, pero al final también «confesó»: fue contratado por Gumiliov. No hay hechos, sólo delaciones arbitrarias: o nombra a todos los que conoce, o bien el juez instructor lo hará por él, pero ¡quiere más nombres! Con los de la universidad y el conservatorio no es suficiente, los conspiradores se extienden al Instituto de Minas y a la Academia de Técnicos Forestales. El delirio absoluto. Entre febrero y marzo se producen cerca de una veintena de arrestos.

El primer interrogatorio a Lev está datado de manera absurda: del 8 al 10 de marzo. Es absurdo, puesto que el arresto se produce el 10 de marzo. El sargento Filimónov trata de sonsacar al detenido, aunque en vano. Gumiliov lo niega todo. Más adelante se produce una ruptura en la instrucción.

Transcurre la primavera, estamos ya en pleno verano. El próximo interrogatorio se celebra tres meses más tarde, el 21 de junio, y lo efectúa

otro juez instructor, el sargento Barjudarián. Como recordará después Lev Gumiliov, Barjudarián sólo obtuvo una cosa: una firma en un acta redactada de antemano. Y puesto que Gumiliov se niega a estampar su rúbrica, no sólo se valieron de amenazas sino que los maltratos se sucedieron durante ocho noches seguidas. El sargento lo agarraba del cuello con habilidad, justo en el nervio ligado a la actividad cerebral.

–Te acordarás toda la vida de mí –gruñó él.

Le quedarán secuelas de los interrogatorios durante el resto de su vida. Los espasmos en el nervio frénico le provocaron parálisis en un brazo, se le embotó la parte derecha del cuerpo.

Muchos años después, durante el proceso de rehabilitación, Lev Gumiliov le explicará al fiscal cómo pasó todo: «Firmé un acta mecanografiada en la que, por lo visto, me reconocí culpable de participar en una organización antisoviética. Firmé el acta bajo tortura, incluso el juez instructor Barjudarián me pegaba con un palo en el cuello (en la carótida) mientras la firmaba [...]. Una vez más aclaro que en ningún momento ni lugar fui miembro u organizador de una organización antisoviética».

Aquí tenemos el acta del interrogatorio, una copia mecanografiada, pues en el sumario brilla por su ausencia el ejemplar original. Debajo de cada página, por alguna razón, aparece la firma duplicada de Gumiliov. Por lo visto el sargento se desvivió para conferir a todo el proceso la mayor verosimilitud.

En un principio, Barjudarián escribe que el procesado reconoce su culpabilidad y su intención de ofrecer declaraciones sinceras. Aunque en el sumario no hay ni rastro de las declaraciones, Gumiliov afirma: «Sí, decidí ofrecer declaraciones sinceras. Temía la responsabilidad, durante mucho tiempo oculté a la instrucción mi actividad criminal». Además, por el estilo del texto salta a la vista que fue obra del sargento Barjudarián.

> Reconozco que yo, Gumiliov, en el momento de mi arresto era un participante activo de una organización antisoviética de jóvenes de Leningrado, que fue creada por propia iniciativa y cuya actividad supervisaba.
>
> A esta vía no me introduje casualmente. La historia de mi conciencia política no tiene nada que ver con los intereses de la clase obrera. Siempre fui educado en el odio al VKP(b) y al

> gobierno soviético. Por mi madre, Anna Andréyevna Ajmátova, me enteré del fusilamiento de mi padre, poeta burgués, a manos del poder soviético, acusado de actividad antisoviética. Esto agravó aún más mi odio hacia el poder soviético y decidí vengar a mi padre en la primera oportunidad que se me presentara. Mi madre, Anna Andréyevna Ajmátova, siempre apoyó este enfurecido espíritu contrarrevolucionario que me inculcó con su conducta contrarrevolucionaria y me empujó a la vía contrarrevolucionaria. Nunca oí de mi madre ni una sola aprobatoria hacia la política del VKP(b) y el gobierno soviético.
>
> Ajmátova declaró en más de una ocasión que ella siempre veía ante sí el cuerpo sin vida de su marido, mi padre, Nikolái Gumiliov, abatido por las balas de los verdugos soviéticos. Por eso ella odia la realidad soviética así como el poder soviético en su totalidad. Como señal de protesta abierta contra el VKP(b) y el gobierno soviético, Ajmátova renunció a ingresar en la Unión de Escritores Soviéticos. A este respecto, Anna Andréyevna Ajmátova se manifestaba vehementemente contra la política del VKP(b) y el gobierno soviético, declarando que en la URSS no hay democracia, ni libertad individual ni libertad de palabra. A Ajmátova a menudo se le oía decir las palabras siguientes: «Si hubiera auténtica libertad, lo primero que gritaría sería "Abajo el poder soviético", viva la libertad individual y de palabra, ¡democracia para todos!». En el curso de una conversación con mi madre, esta me reiteró que si yo quería ser hasta el fin de sus días hijo suyo, tenía que ser el hijo de mi padre, Nikolái Gumiliov, fusilado por el poder soviético. Con esto quería pedirme que dirigiera todas mis acciones a la lucha contra el VKP(b) y el gobierno soviético. Después del asesinato de Kírov, en una conversación conmigo, ella declaró que sus asesinos eran unos héroes y unos maestros para las jóvenes generaciones que se oponen al poder soviético.

Y etcétera, etcétera... una palabrería viperina se sucede durante varias páginas. Al leerlo, uno pierde la cuenta de cuántas veces aparece la palabra «soviético» y «antisoviético». Ya se sabe: ¡por mucho pan nunca fue mal año! Salen a flote las circunstancias en que se produjo el arresto en 1935. Refulgen los apellidos de Yerejóvich, Shumovski y Orest Visotski. Se determina la misión de los conspiradores: el derrocamiento del poder y la restauración de las libertades burguesas democráticas. Los actividades de lucha: la propaganda contrarrevolucionaria, la degradación de la juventud, en particular a través de la poesía, por ejemplo, de Mandelstam y Gumiliov. «Pronto la taiga soviética se cubrirá de la sangre de los hombres y los osos...» Y más espantoso todavía: «Se planteó la necesidad de perpetrar un acto terrorista contra el secretario del Comité Central del Partido Comunista y primer secretario del Comité Regional de Leningrado, Zhdánov. Considerábamos que el asesinato de Zhdánov, después del de Kírov, sería el

segundo golpe al VKP(b) y al poder soviético en su conjunto, a nuestro parecer esto atraería a un mayor número de población hacia el bando contrarrevolucionario».

¡Lev sabía a quién era preciso matar! Andréi Zhdánov derramará mucha sangre por él y su madre.

Ya no habrá más interrogatorios. El objetivo se ha alcanzado. El camarada Barjudarián ha hecho su trabajo a la perfección; se le puede ascender el rango.

GUMILIOV, HIJO DE GUMILIOV

Entretanto llega de la universidad una semblanza elocuente de Lev: una valoración general acerca de su persona y, en esencia, otra denuncia. Como documento útil, se adjunta al sumario. A propósito, en este texto aparece alterado el apellido: Gumeliov en lugar de Gumiliov, ¡el mismo error que cometieron con su padre!

> Durante su estancia en la Facultad de Historia Lev Nikoláyevich Gumeliov [sic] fue expulsado y, tras ser aceptado de nuevo, un grupo de académicos exigió reiteradamente su expulsión [...]. Como estudiante sólo hacía progresos en las disciplinas especiales, obtuvo un suspenso en la asignatura de político social (leninismo), no porque le resultara difícil la materia, sino porque lo veía como algo forzado, una obligación con la que no deseaba cumplir. Menospreciaba a la mayoría de estudiantes...
>
> Durante la campaña electoral para elegir un responsable de su grupo, Gumeliov tuvo una actitud desafiante cuando se presentó un informe sobre la biografía del camarada Litvinov: se burlaba, replicaba, se desmarcaba por su indisciplina extrema, era presuntuoso, se jactaba de atesorar un gran talento que la escuela superior soviética no reconocía. En sus conversaciones solía comentar que todos los grandes, por ejemplo Dostoyevski, habían pasado hambre y necesidades y que él, Gumeliov (un gran hombre), también padecía hambre en la Unión Soviética.
>
> 1 de julio de 1938
>
> SHVARTSEV, encargado de departamento especial
> de la Universidad Estatal de Leningrado

Barjudarián enfrenta a Lev a varios careos con otros implicados. El 9 de julio es un momento histórico: en el despacho del juez instructor se encuentran los hijos de Nikolái Gumiliov, ¡dos cabecillas terroristas! Para entonces, habían arrestado a Orest en calidad de jefe de un grupo criminal de jóvenes de la Academia de Técnicos Forestales. Los destinos de estos dos muchachos se entrelazan de una manera extraña y antojadiza: el recuerdo del padre se convertirá para ellos en una maldición, en la herencia más querida y más pesada. Ambos, que nacieron con poca diferencia de tiempo, incluso están predestinados a irse de este mundo el mismo año, en 1992, cuando el nombre de su padre resucita del olvido y conoce una nueva gloria.

Pero retrocedamos a 1938. Los dos chicos se encuentran al principio del camino, y su destino pende de un hilo. Las actas de los careos corresponden al género del absurdo, presentan un lenguaje gastado, muerto, todo es gratuito, sin fundamentos. Lo cierto es que Orest tendrá más suerte, lo liberarán enseguida, hasta que se celebre la vista de la causa.

Los estudiantes terroristas son retenidos en la Casa de Prisión Preventiva de Shpalerka, en el segundo piso de un edificio de dos plantas, en el interior las celdas se suceden en fila: Lev ocupa la 22; Tádik, la 23, y Nika, la 24. A veces, desde el primer piso llegan gritos desgarradores: allí se infligen las torturas. Los reclusos experimentados aconsejan: no os busquéis la ruina, muchachos, firmad todo lo que os digan y, cuando se celebre el juicio, negadlo.

La inculpación formal está preparada. Quedan tres acusados en el caso: Gumiliov, Yerejóvich, Shumovski. Todos se reconocen culpables: es hora de sentar en el banquillo a los acusados.

Una vez finalizada la instrucción, son conducidos a la cárcel de Krestí, y los instalan en la misma celda. No durmieron en toda la noche. ¿Acaso se lamentaron o riñeron entre sí? Nada más lejos de la realidad, compartieron pensamientos sobre ciencia, charlaron apasionadamente. Nika sobre su próximo libro *Istoria loshadi na Drevnem Vostoke* [Historia del caballo en el Antiguo Oriente], Tádik sobre cartografía árabe medieval, Lev sobre los jázaros.

Aproximadamente a las cuatro de la tarde del 27 de septiembre, los trasladan a plaza de Palacio donde, en el edificio del Estado Mayor, se reúne un tribunal militar de la circunscripción militar de Leningrado. Allí los tres acusados desmienten las declaraciones.

–Entiendo los cargos que se me imputan, no me reconozco culpable –dijo Lev Gumiliov–. Rechazo el acta del interrogatorio, estaba preparada de antemano y fui obligado a firmar mediante coacciones y apremios físicos.

¿Por qué esta declaración de torturas se reflejó en el estenograma de la audiencia soviética, en un texto público? Muy sencillo. En ese momento, las torturas eran legales: desde 1937 un decreto especial autorizaba a los chequistas a «aplicar métodos coercitivos». El mismo Stalin lo argumentó: «Se sabe que todos los servicios de inteligencia burgueses aplican métodos coercitivos. Uno se pregunta por qué los servicios de inteligencia socialistas deberían ser más humanos». Así que el sargento Barjudarián tenía las manos libres para torturar, no había razón para esconder su esencia sádica. Era legal: ¡así lo había dispuesto el Partido!

El magistrado ponente, el instructor político Bushmakov, lee en voz alta las declaraciones de Gumiliov.

–No emití esas declaraciones, las desmiento. Nunca hablé con mi madre sobre mi padre, fusilado. Nunca contraté ni organicé un grupo contrarrevolucionario.

Bushmakov cita otros pasajes: «Pronto fui liberado tras mi arresto en 1935 de la prisión preventiva, y la instrucción sobre mi caso se interrumpió. Valoré este hecho como una debilidad del poder soviético y me propuse decididamente continuar con mi actividad contrarrevolucionaria».

–No son declaraciones mías –respondió Lev–. Me pusieron en libertad porque mi madre intercedió por mí, dirigiéndose a Stalin. Estoy profundamente agradecido a Stalin por mi liberación.

Se toma en consideración el testimonio presentado en relación a Lev durante su estancia en la universidad y que recoge el incidente ocurrido durante la campaña electoral. Lev explica al respecto:

–Mientras el ponente estudiante disertaba sobre Litvinov, el candidato a diputado para el Sóviet Supremo, le pregunté sobre la procedencia social de

Litvinov. El ponente no me respondió, puesto que ni él mismo lo sabía, y se desconcertó. Aquí está todo mi descrédito...

Por lo visto, era culpable de que Maksim Maksímovich Litvinov, comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores, tuviera una procedencia burguesa, algo de lo que él no tenía que decir ni pío. Por poco Lev no revela un secreto de Estado.

Se citan los versos: «Pronto la taiga soviética se cubrirá de la sangre de los hombres y los osos...», y Lev reconoce, en efecto, su autoría. No obstante, niega la intención de atentar contra Zhdánov:

–Sé, como historiador, que los actos terroristas nunca son beneficiosos ni causan ningún efecto. Por eso no pude ser partidario de un acto terrorista, ni lo he sido.

Los compañeros de infortunio de Lev hacen declaraciones similares.

–Tuve que suscribir el acta para librarme de los apremios físicos y coacciones del juez instructor que dañaron seriamente mi salud –declaró Tádik Shumovski con cierta ampulosidad, pero sin dejar lugar a dudas.

Después, todos dijeron su última palabra.

–Hasta el momento no sé por qué se me ha arrestado –dijo Gumiliov–. Como persona instruida comprendo que cualquier debilitamiento del poder soviético puede llevar a intervenciones por parte del desenfrenado fascismo, que ahoga la ciencia y, por supuesto, como hombre de ciencia que fui y seré me opongo al fascismo y, por consiguiente, no soy un contrarrevolucionario. Pido que el tribunal lo tenga en consideración.

Yerejóvich:

–Me he esforzado por consagrar toda mi vida a la ocupación que más amo, la historia. Puesto que no he llevado a cabo ninguna obra contrarrevolucionaria, espero saber demostrar, sea cual sea la decisión del tribunal, que podré entregar a la patria lo que quería entregar.

Shumovski se explayó más que sus compañeros, pero el espíritu de sus declaraciones es el mismo.

–Para mí, la sola idea del terror es y será siempre salvaje e inaceptable...

El tribunal se retira a deliberar y he aquí la sentencia: Gumiliov es condenado a diez años de internamiento en un campo de reeducación; los

otros dos, a ocho.

Todavía gracias a Dios que no los condenaran a «diez años de aislamiento», lo cual equivale, como se sabe, ¡al fusilamiento!

Durante el traslado a la cárcel de Krestí, Tádik le pregunta a Lev:

–¿Por qué no les corregiste cuando al leer tus versos dijeron «taiga soviética» en lugar de «taiga santa»?

–¡Qué más da! –Y guardó silencio–. A pesar de todo sigo siendo el hijo de Gumiliov... y noble.

Al poco, los tres amigos son transferidos al Belomorkanal en un «vagón Stolipin»[T14] con las ventanillas enrejadas. A los historiadores, en lugar de empaparse de fechas y acontecimientos, les tocó hacer historia, en calidad de leñadores. Y, quién sabe, tal vez también les arrancaría la vida en algún rincón de un bosque gélido y cerrado cerca de Medvezhiegorsk, donde limpiaban el camino para el futuro canal. Pero el proyecto de destino era otro.

El 17 de noviembre la Corte Militar del Sóviet Supremo anula la sentencia del tribunal militar y tramita el caso para su revisión. Ahora toca deshacer el camino, ¡de vuelta a Leningrado! Lev Gumiliov se alegra en vano, no sabe que han anulado la sentencia sólo porque la consideran demasiado suave; ahora quieren hacer cumplir los artículos 17 y 58 en materia de «terror», es decir, que los devuelven a casa para fusilarlos.

Pero ¡el destino obró por el hombre! En el camino de regreso, estalla una noticia de primera plana. La estrella del comisario del Pueblo de Asuntos Internos Yezhov palidece, y Beria sustituye al enano sediento de sangre: los casos se revisan, liberan a muchos presos, dejan de emplear la fuerza física en el curso de los interrogatorios. Renace la esperanza: eso quiere decir que Stalin comienza a ver claro, ha visto lo que ocurría y lo corregirá, pondrá orden.

Tan pronto como Lev pone un pie en la cárcel de Leningrado, se apresura a enviar señales de vida a su madre a través de los presos

veteranos. Pronto recibe un paquete. Aparece una oportunidad: si no lo liberan, al menos sobrevivirá.

CREO QUE HICE UN DESCUBRIMIENTO...

> Diecisiete meses hace que grito,
> llamándote a casa.
> Me postré a los pies del verdugo,
> hijo mío, mi horror.
> El mundo entero es confusión
> y ya no sé distinguir
> quién es el animal, quién el hombre.
> ¿Cuánto tiempo cabe esperar para la ejecución?
>
> *Réquiem* (1939)

Sí, también esta vez Ajmátova recurrió a Stalin –a quién si no–, sólo él podía salvar a su Lévushka. La carta no se ha conservado o bien todavía hoy languidece en algún archivo secreto. Lidia Kornéyevna Chukóvskaya, que para entonces ya era una persona muy próxima a Ajmátova y se había convertido en su Eckermann hasta el fin de sus días, recuerda una sola frase de aquella carta, a partir de las palabras de Anna Ajmátova: «Todos vivimos para el futuro y no quiero que en mí quede una mancha tan sucia». Se refería a una de las acusaciones que se le imputaban a Lev: que su madre lo había instigado a asesinar a Zhdánov para vengar a su padre fusilado.

Esta súplica al *Vozhd* no obtuvo ninguna consecuencia visible. Quedaba por ver cómo podía influenciar el nombre caído en desgracia de Ajmátova sobre la suerte del hijo. Según Lev, su madre pensaba que la sentencia dictaminada contra él era simplemente un error judicial.

> Al principio ella no podía imaginarse lo bajo que había caído la justicia. Los instructores, jueces y magistrados se habían convertido básicamente en marionetas políticas, falsificadores de moneda peculiares, porque si bien no falsificaban billetes, sí lo hacían con las declaraciones, las acusaciones y las sentencias. La carta de mi madre, si realmente llegó a manos de Stalin, pasó sin pena ni gloria.

Lo cierto es que en febrero de 1939, durante una recepción en honor de los escritores condecorados, Stalin de repente se acuerda de Ajmátova (¿tal vez por la carta?). Por lo visto, preguntó a los presentes con su marcado acento georgiano:

–¿Qué hace la «monja»?

Este episodio lo refirió la propia Ajmátova.

En cualquier caso, los funcionarios literarios reaccionaron raudos y veloces: las revistas, a cuál más avispada, comenzaron a pedir poemas a Ajmátova, enseguida dos editoriales se ofrecen a publicarle un libro. Parece que, a pesar de tener un hijo en la cárcel, se había suprimido la prohibición tácita sobre su obra.

Por otro lado, fue precisamente en 1939 cuando se abrieron unos expedientes contra Ajmátova que llevan por título «Trotskismo oculto y actitudes antisoviéticas», cuyo origen, por lo visto, remite a las actas de los interrogatorios de Lev, suscritas por él bajo tortura. El mismo general Kaluguin, el tránsfuga del KGB a la CIA, informó de que en el dossier de Ajmátova se guardaba material confidencial contra ella, como un paso previo a la encarcelación, sirviéndose del cual el fiscal podía emitir, en cualquier momento, la orden de arresto.

Ajmátova permaneció de pie incontables horas en las colas de acceso a la cárcel, bien en la de Shpalerka, bien en la de Krestí, para hacer entrega de paquetes en la ventanilla de madera y convencerse de que el hijo sigue con vida. Canas prematuras, enflaquecida, la cara demacrada, las órbitas de los ojos hundidas: los mismos rasgos que advirtió en las otras mujeres que guardaban cola, los ojos como separados de la cara. Después, prácticamente arrastrando los pies, casi a ciegas, hace el camino de vuelta a Fontanka, al palacio de los Sheremétev, donde ahora han ubicado la «Casa de las Ciencias Recreativas» –¡vaya nombrecito!–, pasa por delante, cruza el jardín interior, gira a la derecha, camina a lo largo del ala, y sube hacia arriba, por la escalera en penumbra, con sus peldaños altos, saca la llave, la gira en la cerradura y penetra en su habitación calabozo. Allí, donde los hermosos objetos del pasado, raros e intactos, sólo acentúan la sensación de

abandono y la miseria de la existencia. Pero también el lugar de donde Punin le ha pedido con insistencia que se marche.

Los pocos amigos y conocidos de Ajmátova que no le han dado la espalda recuerdan el decaimiento, la impotencia, «el ambiente carcelario» de su vivienda. Los gemidos espontáneos: «Lev, Lev...». Tras la pared, gritos: en el apartamento de Pushkin está instalada la familia obrera de los Smirnov, educan con correas a sus niños. Reina una atmósfera de desgarro y quiebro psicológico. «El basurero de los pisos comunales», en palabras de Lidia Chukóvskaya. Detrás de una pared, el grito de una mujer y el llanto de un bebé, detrás de la otra, la risa de la nueva amiga de Nikolái Punin.

–Menuda superposición de mujeres. –Anna Andréyevna movió la cabeza hacia la pared–. ¡Es un disparate absoluto!

A veces parece que sólo sus amigos los árboles, detrás de la ventana, están todavía con ella, le extienden sus ramas al encuentro, susurran con el follaje algo eterno.

> Si te hubieran mostrado a ti, la bromista,
> la predilecta de todos tus amigos,
> la alegre frívola de Tsárskoye Seló,
> lo que sucedería con tu vida,
> de pie, en las inmediaciones de Krestí,
> en una fila de trescientas mujeres, cargada de paquetes,
> cómo tus ardientes lágrimas
> fundirían el hielo de Año Nuevo.
>
> *Réquiem* (1939)

La investigación complementaria se prolonga medio año y no da ningún fruto. Los estudiantes historiadores niegan su culpa y explican que, en las declaraciones durante la instrucción, se vieron forzados a calumniar mediante «métodos coercitivos físicos y morales». Se interrogó a nueve testigos, que no pudieron aportar ninguna información nueva.

Una celda abarrotada en Krestí. Sofocante y estrecha. Lev y sus amigos duermen debajo de las tarimas, apretujados los unos contra los otros, sobre el suelo asfaltado desnudo, después de meter por debajo las chaquetas

acolchadas en lugar de colchones. Por delante, la incertidumbre. El tiempo pasa, la impaciencia consume: ¡actuar, crear! En una de esas noches dolorosas, irrumpe un rayo de luz, tal como el propio Lev Gumiliov definió el acontecimiento, quizá, más importante de su vida:

> [...] Tuve una idea acerca de las motivaciones de los actos del hombre en el curso de la historia. ¿Por qué Alejandro Magno fue a India y a Asia Central, aunque resultara evidente que no se podría establecer allí ni tampoco expoliar aquellas tierras, no podía llevarse el pillaje de vuelta a casa consigo, a Macedonia?, y de repente me vino a la mente que le empujó algo, algo diferente, que estaba en su fuero interno. Llamé a esto *passionarnost* [pasionalidad] [...]. Así se me reveló que el hombre posee un impulso particular. No es sólo una aspiración a valores ilusorios. Creo que hice un descubrimiento...

Aquella noche apenas pudo dormir, no dejaba de dar vueltas sobre la chaqueta acolchada y se deslizaba sobre el asfalto cruel. Es presa de una excitación excepcional, ha llegado muy lejos con el pensamiento. ¡Eureka! Hizo un descubrimiento que dará un giro a las nociones científicas. Y los especialistas aún no lo sospechan siquiera. No lo puede plasmar por escrito: ¡no tiene papel, ni lápiz! ¡Tiene que memorizarlo, desarrollarlo! Pero una intuición es poca cosa, necesita pruebas.

–¡Arriba!

La cárcel vuelve a la realidad.

Así le apareció al pequeño Gumiliov en su aspecto más primigenio, todavía embrionaria, la idea de su futuro estudio: la etnología, la ciencia de las leyes naturales del nacimiento y la muerte de los pueblos. Habrán de transcurrir treinta años, la mayor parte en las cárceles, en los campos, en el frente, en los límites de la supervivencia, pero en una permanente e irrefrenable búsqueda científica, antes de que aparezca su trabajo manuscrito, *Etnoguenez i biosfera Zemli* [Etnogénesis y biosfera de la Tierra]. Habrán de pasar diez años para que este trabajo se publique, llegue al lector y se convierta en un éxito de ventas, inaugure toda una escuela, un nuevo rumbo, suscite un torbellino de discusiones hasta nuestros días. A todos sorprende una novedad tan penetrante, tal valentía de pensamiento, la vivacidad del lenguaje, un poeta científico, oscilando entre las fronteras de

diferentes disciplinas, épocas, pueblos, hipótesis y que no teme dar un paso a lo desconocido. Su autor será recibido de uñas y provocará las iras de la ciencia soviética, anquilosada en el burocratismo y la estrechez ideológica. En esto Gumiliov será el digno hijo de su padre que también dijo: «Estoy acostumbrado a mirar a los académicos como enemigos inveterados».

Una vez le llevan a la celda un documento para firmar. Lev lo lee:

> Copia del acta de la Reunión Extraordinaria en el NKVD de la URSS del 26 de julio de 1939
>
> Considerando: el caso de Lev Nikoláyevich Gumiliov...
>
> Resuelve: Internar cinco años en un campo de trabajo a Lev Nikoláyevich Gumiliov por participar en una organización antisoviética y de propaganda, a contar desde el 10 de marzo de 1938.

La misma suerte les aguarda a Nikolái Yerejóvich y Tádik Shumovski –cinco años en un campo de trabajo–; esa pena era entonces pueril y podía considerarse una gran suerte.

Aquí se separan los amigos, los dispersan en diferentes direcciones.

El ahijado del último zar morirá en el hospital de un campo central de Kolymá el 28 de diciembre de 1945, a la edad de treinta y dos años, y se rehabilitará a título póstumo treinta años más tarde. Nunca leeremos su *Historia del caballo en el Antiguo Oriente.*

Teodor Shumovski cumplió su pena, volverá a la ciencia, se convertirá en *aspirant* de su maestro, el gran arabista y académico Krachkovski, cuya fidelidad a él lo convirtió en víctima. En la petición de rehabilitación de Shumovski, este escribió que su alumno «hizo traducciones de trabajos científicos sobre arabística de tres lenguas de la Europa Occidental, tradujo manuscritos únicos del árabe, tras cuya publicación se convirtieron en acontecimientos significativos en la ciencia». A Krachkovski se unieron todavía dos académicos, Struve y Serguéi Babílov.

En lugar de la rehabilitación, siguió un nuevo arresto, en 1949. Y la causa fue la poesía de Shumovski confiscada en su casa, como se lee en la inculpación formal, «secretamente», es decir, hablando en plata, robados.

En la colección de poemas manuscrita, *Léstnitsa k solntsu* [Escalera al sol], encontraron difamaciones contra Stalin y llamadas al derrocamiento del poder y, «teniendo en consideración que... la actividad antisoviética sólo se certifica mediante documentos de los servicios de inteligencia», se le impone una pena de diez años de reclusión.

Durante el deshielo de Jruschov, Teodor Shumovski, encerrado en un campo siberiano, de nuevo se «descongela» y pasa de ser preso a científico, colaborador del Instituto de Estudios Orientales en la Academia de Ciencias. Se convertirá en doctor de ciencias históricas, autor de diez trabajos científicos y las memorias *Puteshestvie na Vostok. Proza i poezia perezhitovo* [Viaje a Oriente. Prosa y poesía de lo vivido]. Su último trabajo, según las palabras del propio autor, da origen a una ciencia completamente nueva, la *oroksologuia*[T15] y tiene un título muy prometedor, *O slove kak istochnik vosstanovlenia istorii* [Sobre la palabra como fuente de restauración de la historia].

El viaje de Lev Gumiliov desde Krestí lo conducirá al norte, a una zona de hielos perpetuos. Es enviado allí, al campo de Norilsk, a finales de agosto, un mes horrible para Ajmátova, sinónimo de desgracias. Antes de la partida le permiten despedirse del hijo. A toda prisa le consigue un saco lleno de ropa de abrigo, plancha con esmero la ropa blanca, se pinta los labios. De nuevo espera durante todo el día: la tortura de la cola, en el patio polvoriento en medio de un calor sofocante y salvaje, llega cubierta del hollín de la vía férrea, el sudor surca su rostro en forma de gotas negras.

Lev aparece ante ella con aspecto acicalado, con una bufanda ajena para no asustar a la madre y tener mejor aspecto.

–Mamá, hablé como Dimitrov,[T16] pero nadie me hizo caso –explicó Gumiliov acerca de la sesión del tribunal militar.

En la despedida, Lev incluso citó a Blok: «No soy el primer guerrero ni el último, durante mucho tiempo la patria estará enferma».

Pero ¿le esconde algo a su madre? No podía mirarla a los ojos, flotaba una pregunta muda: ¿Qué pasará? ¿Volveremos a vernos?

En el camino de regreso, Ajmátova, con los pies hinchados, tuvo que quitarse los zapatos, atravesó la Casa de las Ciencias Recreativas en medias...

Lidia Chukóvskaya recuerda: «En aquellos años, Ajmátova vivía obsesionada con lo que ocurría en las mazmorras, exigiéndose a sí misma y a los demás que las tuvieran bien presentes, y al mismo tiempo despreciando a aquellos que se comportaban como si estas no existieran». Sentía que caminaba por el borde de un precipicio, esforzándose por ser cautelosa. Tenía en cuenta la triste experiencia de Mandelstam. Conservaba sus poesías en la memoria y las compartía sólo con gente de confianza, personas como Chukóvskaya. Decía en voz alta para los oídos ajenos algo del estilo «¿Quiere té?», y ella misma cogía un manojo de papeles, los emborronaba rápidamente y, cuando su interlocutora los memorizaba, enseguida quemaba las páginas en la estufa o en el cenicero. Esta ceremonia se convirtió para ella en una costumbre.

Entretanto, la euforia en torno al nombre de Ajmátova no se disipaba, como si su nombre viviera una vida propia, independientemente de ella. El 5 de enero de 1940 Ajmátova fue aceptada con solemnidad en la Unión de Escritores. Se entablaron conversaciones para concederle un apartamento. En mayo salió a la luz una selección de sus poemas *Iz shestí knig* [De seis libros]; aunque no recoge lo esencial y es poco representativa, es un libro voluminoso, de tapa dura, y lo principal: el primero después de una larga prohibición. Fue un éxito rotundo. La tirada se agotó de inmediato. Grandes escritores como Alekséi Tolstói, Shólojov, Pasternak, con el apoyo de Fadéyev, presidente de la Unión de Escritores, piensan en proponerla como candidata al premio Stalin. ¿Ajmátova candidata al premio Stalin? Algo no encaja...

De repente cercan su querido jardín del palacio de Sheremétev, la separan de sus amigos: los tilos y las encinas.

–¡Qué pena que hayan cercado vuestro jardincito! –se compadece Lidia Chukóvskaya.

–Sí, es una pena. A Nikolái le han dado un acceso, pero a mí no.

–¿Por qué?

–Él es profesor, es alguien... Pero yo ¿qué soy? Carroña.

El administrador de la casa, a la petición de que autentifique su firma, le exige a Ajmátova que firme por duplicado en una hoja en blanco. Igual que el sargento Barjudarián.

–¿Qué pasa? ¿Quiere vender mi autógrafo? –le pregunta ella.

Y él le responde:

–Parece que alguna vez fue escritora...

El Patio de los Milagros, como llamaba Ajmátova a la gendarmería soviética, vela por ella infatigablemente. El cerco de espías y delatores se estrecha cada vez más: es obvio a simple vista, han penetrado incluso en el interior de la casa. Alguien hojea sus cuadernos, sus cartas, sus libros. Hizo la prueba: dejó un cabello y... resulta que ha desaparecido.

–Yo misma pago a mis soplones –soltó en presencia de Chukóvskaya.

No se olvidó de Liova[T17] ni un solo día de su vida. E hizo por él todo cuanto estuvo en su mano. En agosto viajó a Moscú, estuvo en casa de Fadéyev, y de allí se dirigió a la Fiscalía. Emma Guershtein, que la acompañaba, vio rápidamente cómo se abrió de par en par la puerta de la Fiscalía, salió Ajmátova, y tras ella, en el umbral de la puerta asomó un hombre pequeño enfundado en su uniforme, dando voces, furioso. Ajmátova, confusa, se alejó de él por el pasillo en busca de una salida.

Ella no se hacía ilusiones: esperaba un golpe. Y el golpe no se hizo esperar.

La prensa empezó a verter los ladridos de la crítica. Y se puso en funcionamiento la artillería pesada. Krupín, el administrador del Comité Central del VKP(b), entrega un informe a Zhdánov, secretario del Comité Central, «Sobre la colección de poemas de A. Ajmátova», con el objetivo de retirarlo de la circulación. Recibe una resolución: «¿Cómo es posible que Ajmátova haya publicado eso de la “fornicación a mayor gloria de Dios”? ¿Quién ha promovido esa edición?».

El 29 de octubre la secretaría del Comité Central dicta la resolución «sobre la edición de la recopilación de versos de Ajmátova». Al editor, sancionarlo. Reforzar el control político sobre la literatura. «Retirar el libro de Ajmátova de la circulación.»

Lo cierto es que ya es demasiado tarde para retirarlo: los libros se habían agotado, fue visto y no visto.

> Soy una poeta de 1940 –escribió Ajmátova en una de sus últimas notas–. Acepté la experiencia de estos años: miedo, tedio, vacío, soledad mortal, comencé a escribir de nuevo en 1936, pero mi caligrafía ha cambiado, mi voz suena diferente y mi vida es llevada por las bridas de un Pegaso que de alguna manera recuerda al Caballo Pálido del Apocalipsis... El apogeo fue 1940. Los poemas llegaban sin descanso, pisándose los talones los unos a los otros, deprisa, sin aliento.

En realidad, en este terrible momento, la musa de Ajmátova encuentra un segundo hálito, compone los poemas que más tarde conformarán *Venok miórtvim* [Corona fúnebre]: poemas a la memoria de Pilniak, Mandelstam, Bulgákov, Tsvietáieva, las «Estancias» antiestalinistas, el poema «Putem vseya zemli» [El camino de toda la Tierra], inicia su poema épico *Poema sin héroe*. Y por supuesto, *Réquiem*. Una poesía que, de conocer el poder su existencia, le hubiera valido la sentencia a muerte.

Su musa eleva su tragedia personal y la tragedia del hijo a escala nacional e incluso mundial, una tragedia de proporciones bíblicas.

> Un coro de ángeles glorificó aquella hora santa
> y la bóveda celeste ardió en llamas.
> Al Padre dijo: «¿Por qué me has abandonado?»,
> y a la Madre: «No llores por mí...».
>
> *Réquiem* (1940-1943)

MITAD MONJA, MITAD RAMERA

Transcurrieron seis años antes de ver de nuevo a su hijo: fue el 14 de noviembre de 1945. Lev no volvía del campo siberiano sino de Berlín, como vencedor. Había cumplido su pena de cabo a rabo en el campo de Norilsk. Puesto que no lo dejaron regresar al «continente»,[T18] colaboró en expediciones geológicas a la taiga, pero de allí fue requerido para servir en el frente y combatir como soldado raso en la artillería antiaérea.

Ajmátova también combatió su propia guerra, aunque vivía en la evacuación, en la remota Tashkent, armada con sus versos que se habían despertado de su letanía con audacia y voluntad de vencer. Estos poemas, a diferencia de los anteriores, se oían por todo el país: se publicaban en la prensa, se transmitían por la radio, ella los recitaba en los hospitales a los soldados heridos. Su estatus público se consolidó, su círculo de lectores se amplió. Lo cual, por lo demás, no adormeció la atención vigilante hacia ella de nuestros gendarmes. Su expediente continuó engordando también en Tashkent.

Tras finalizar el sitio de Leningrado, Ajmátova volvió a su ciudad. Aquel fue uno de los escasos momentos en que sus conocidos la vieron casi feliz. Iba a reencontrarse con «su hombre»: Vladímir Gueórguievich Garshin le escribió durante toda la guerra, le garantizó que la esperaría, prepararía un nido, un piso para ellos dos solos. Pero nada más llegar al andén de la estación le aguardaba una mala noticia: no había ni rastro de nido para ellos; además, el profesor ya no estaba preparado para tener una vida en común con aquella mujer fatídica. Este romance, con toda probabilidad el último de Ajmátova, acabó de una manera triste. No estaba predestinada para un amor feliz.

Al final, volvió a instalarse en Fontanni Dom, en el mismo apartamento que antes, junto a su ex marido y la familia de su hija Irina. Ahora a Ajmátova, ya por derecho conforme a una orden extendida por la Unión de Escritores, le pertenecían dos de las habitaciones. Así que surgió la esperanza de que Liova también tuviera un techo bajo el cual dormir. Parecía que lo más duro quedaba atrás.

Pero el respiro no duró demasiado. El destino le depararía un nuevo golpe. El 16 de noviembre, es decir, dos días después del regreso de su hijo, un extranjero les visitó en Fontanka. ¡Si Ajmátova hubiera sabido a qué desgracias e infortunios abría la puerta!

El huésped se llamaba Isaiah Berlin. Había viajado a la Unión Soviética desde Inglaterra en misión diplomática y recaló en Leningrado, de donde

había emigrado cuando todavía era un adolescente. En tanto humanista en el sentido amplio de la palabra, filólogo y filósofo, Berlin no pudo resistirse a la oportunidad de conocer en persona a la legendaria Ajmátova.

El encuentro dejó aturdido a Berlin. Ajmátova desplegó sobre él toda su magia: Berlin no se recobraría de ese sortilegio durante toda su vida. «La conversación duró muchas horas –recordó Ajmátova–. ¿Se puede llamar a eso conversación? ¿Pronunciamos palabras o no hubo necesidad de ellas? Todavía no tengo claro si hablamos sobre la muerte o la poesía. Sólo tengo claro una cosa: todo mi ser participó con una plenitud de la que hasta aquella noche no tenía conocimiento.»

El encuentro se convirtió en un acontecimiento importante también para Ajmátova por el significado trascendental desde el punto de vista histórico y metafórico que le confirió la propia Anna Andréyevna; dedicó dos ciclos de poemas a sus emociones relacionadas con aquel huésped de otro mundo, y además por la explosión de acontecimientos que se produjo a raíz de aquel encuentro en toda la Unión Soviética.

Adelantándonos un poco al futuro diremos que la visita del inglés y sus consecuencias más inmediatas también repercutieron de algún modo en el destino del hijo de Ajmátova. Así, cuatro años después, arrestado como reincidente de sus crímenes anteriores, a Lev lo someten a un cruel interrogatorio sobre el encuentro de su madre con Berlin. Del acta del interrogatorio de la noche del 9 al 10 de junio de 1950:

Pregunta. ¿Vuestro piso era frecuentado por extranjeros?

Respuesta. A finales de 1945 y principios de 1946, un colaborador de la embajada inglesa en Moscú, Berlin, visitó tres veces nuestro piso de Leningrado.

Pregunta. ¿Con qué finalidad?

Respuesta. La primera vez Berlin vino a nuestro apartamento con Orlov, un representante de la Unión de Escritores Soviéticos, a fin de conocer a Ajmátova como poeta famosa que es en Inglaterra. Estuve presente durante este encuentro y oí cómo Berlin elogiaba la obra de Ajmátova y dio a entender que su poesía era muy popular en Inglaterra. Berlin se presentó como profesor de la Universidad de Oxford y con adulación declaró a mi madre: «En Oxford no me lo perdonarán si se enteran de que he estado en Leningrado y no he pasado a saludarla».

»En esta ocasión, Berlin estuvo en casa aproximadamente diez o quince minutos; esa misma tarde regresó una segunda vez a nuestro apartamento.

Pregunta. ¿Con quién?

Respuesta. En esta ocasión, Berlin vino solo, sin acompañantes. Se quedó en casa hasta cerca de las cinco de la madrugada. Durante el encuentro en casa de mi madre había otros invitados, sus amigas: Sofia Kazimirovna Ostrovskaya, mecanógrafa, y Antonina Mijáilovna Oranzhiréyeva, bibliotecaria, que tomaron parte en nuestra conversación.

Pregunta. ¿De qué conversaron con Berlin?

Respuesta. En esta conversación más extensa con Berlin abordamos diversas cuestiones: música, historia, filosofía, literatura, la Universidad de Oxford, el modo de vida americano, etcétera. No tocamos temas políticos, tampoco la situación interna de la Unión Soviética. La tercera vez que Berlin visitó nuestro apartamento fue a principios de 1946, antes de su partida a Inglaterra. Se volvió a quedar en nuestra casa mucho rato. Conversó con Ajmátova delante de mí y sin estar yo presente, a solas. Antes de irse, Berlin prometió «hacer propaganda» en el extranjero de la poesía de Ajmátova.

Pregunta. ¿Qué opinión le merecieron a Ajmátova estas visitas?

Respuesta. Ajmátova se quedó satisfecha con sus encuentros con Berlin, se sintió halagada con las visitas del inglés.

En realidad, el interrogatorio no transcurrió de una manera tan académica y decente como refleja el frío papel. Lev Nikoláyevich recordó que el juez instructor de la cárcel de Lefortovo, agarrándole de los pelos, le golpeó la cabeza contra la pared de la prisión y le exigió que reconociera la actividad de espionaje de Ajmátova a favor de Inglaterra. A Gumiliov le atormentó no tener en ese momento demasiadas frases de elogio hacia su madre. Pero ¿acaso puede un hombre en una situación semejante responder por sus palabras?

¿Qué interrumpió la primera cita de Berlin con Ajmátova? ¿Valía la pena ir sólo para diez o quince minutos? El propio sir Isaiah Berlin lo explica en sus memorias. Resulta que en ese momento, cuando Ajmátova y él ya habían entablado conversación, por debajo de la ventana, en el patio de Fontanni Dom, oyó que alguien gritaba:

–¡Isaiah! ¡Isaiah!

El inglés, atónito, reconoció la voz de su amigo: ni más ni menos que Randolph Churchill, hijo del dirigente británico. ¡Churchill en casa de Ajmátova! Había razón para quedarse de una pieza.

Presa del horror, Berlin salió corriendo escaleras abajo para hacer callar a su amigo y llevárselo bien lejos. Pero ya era tarde. Se había frustrado cualquier posibilidad de que el encuentro con Ajmátova pasara inadvertido: la Casa Grande conocía todos y cada uno de los pasos de Churchill.

La noche de ese mismo día, el inglés estuvo en casa de Ajmátova, pero no se quedó a solas con ella, había dos damas amigas suyas. Ambas, la bibliotecaria Antonina Mijáilovna Oranzhiréyeva y la traductora Sofia Kazimírovna Ostrovskaya, eran informadoras de los chequistas y, por supuesto, rindieron cuentas de lo ocurrido con todo lujo de detalles. Incluso informaron de que el célebre inglés confesó a Ajmátova su amor. El general del KGB Kaluguin nos lo «denunció» después de la perestroika y ofreció dos detalles misteriosos de la vida de Ajmátova: inmediatamente después de la visita del extranjero se instalaron micrófonos en su habitación y el expediente del servicio secreto se renovó con un tinte peligroso, el del espionaje (después la acusación caerá por su propio peso por ser demasiado absurda).

¡He aquí a lo que conduce el imprudente amor a la literatura rusa!

Lo más intrigante de esta obra policíaca es que Ajmátova conocía a la perfección la vigilancia a la que era sometida y a veces ella misma la corregía y canalizaba en su beneficio. Pronto supo de la existencia de los micrófonos: la técnica era tan antediluviana y los chequistas actuaron con tanta torpeza que el estucado del techo se desprendió. Ajmátova lo recogía y se lo enseñaba a los invitados. Si antes hablaba en un susurro, haciendo un movimiento hacia la pared, ahora señalaba al techo y guardaba silencio, y la escasa conversación giraba en torno a temas cotidianos o neutrales. En último caso, escribía algo en un papelito y, después, según el ritual acostumbrado, encendía una cerilla y lo quemaba sobre un cenicero o lo arrojaba a la estufa. Una de las informantes secretas sopló: «Ajmátova está segura de que en su habitación se ocultan micrófonos, incluso ha comprobado con varillas los agujeros del techo. Además, nos adiestró a todos para que a nadie de nuestro círculo se le pasara por la cabeza hablar

de modo subversivo. Es un reflejo incondicionado. Nunca diré nada de esto ni delirando ni en el lecho de muerte».

Y a los informantes les veía el juego, los educaba e incluso les daba cuerda, considerando con justicia que era mejor estar acompañada de intelectuales previsibles que tener que vérselas con unos absolutos cretinos. Aprendió a hablar ante ellos con un discurso patriótico, como si dictara una denuncia contra ella. La mayoría de muestras de este género que el general Kaluguin salvó del olvido son «vegetarianas»,[T19] además redundan en su beneficio. En parte, por supuesto, porque Ajmátova no estaba implicada en ninguna cuestión criminal, pero además también por el alto nivel intelectual de los delatores que formaban parte de su séquito, que si bien no le profesaban amor, sí, en cualquier caso, respeto hacia su poesía.

Algunas de esas denuncias contienen perlas ajmatovianas que son merecedoras de figurar para siempre en su biografía y en la historia de la literatura rusa.

«Las personas que se dedican al arte de la palabra deberían vivir siempre en el país de su idioma.»

«Nunca hubo poesía en América, y en Inglaterra se acabó con Byron. Poesía sólo ha habido y habrá en Rusia. Esa es la razón por la cual no me he ido de Rusia.»

«La Unión de Escritores es una casa infantil de idiotas, donde a todos zurran y ponen de cara a la pared por los rincones. La niña Ania no quiere jugar con todos y comer mermelada.»

«La naturaleza salvaje y la resistencia de los rusos hizo trizas la cultura de los alemanes en la guerra.»

«La suerte de la poesía rusa es estar en una situación ilegal.»

«El cine es el teatro para los pobres...»

El retrato psicológico de Ajmátova, creado por la pluma de la traductora polaca Sofia Kazimirovna Ostróvskaya para la Casa Grande, también resulta útil para las generaciones venideras.

> Ajmátova tiene muchos conocidos. Amigos íntimos, no. Por naturaleza es bondadosa, pródiga cuando tiene dinero. En profundidad es fría, soberbia, egoísta de una manera infantil. No está

> capacitada para las tareas cotidianas. Para ella, zurcir unas medias es un problema casi irresoluble. Cocer unas patatas es todo un logro. A pesar de su fama, es tímida... Se preocupa por la limpieza de su reputación política, se enorgullece de que Stalin se interesara por ella. Muy rusa. Nunca cambió sus orientaciones nacionalistas. No comercia con sus poesías. Odia la Casa de Escritores como un nido de monstruosos cizañeros. Le gusta beber vino y vodka.

–¿Así que ahora nuestra monja confraterniza con espías extranjeros?

Esta fue la reacción de Stalin ante el encuentro de Ajmátova con el inglés. A continuación, el *Vozhd* vomitó una sarta de improperios que evidenciaron su profundo conocimiento de la lengua rusa.

Este episodio se lo explicó la propia Ajmátova a Berlin veinte años más tarde, en Oxford, y él, a su vez, dejó este testimonio por escrito. Sí, sí, Stalin «descargó sobre Ajmátova un fárrago de insultos indecentes que ella, al principio, ni siquiera se atrevió a reproducir en mi presencia».

«Por supuesto –continuó ella–, para entonces el viejito ya había perdido la razón. Las personas que estuvieron presentes durante su estallido de rabia contra mí (uno de ellos después me lo contó) no dudaron de que estaban ante un hombre que sufría una manía persecutoria patológica e irrefrenable.»

¿Quién era este testigo ocular que le explicó esto a Ajmátova? ¿Acaso era uno de los escritores que participó en la concurrida sesión del Buró de Organización del Comité Central del VKP(b) el 9 de agosto de 1946, una sesión en la que se discutía el trabajo de las revistas *Zvezdá* [La estrella] y *Leningrad* [Leningrado]? Entonces, Stalin dijo a propósito de Ajmátova (citamos del estenograma):

–Anna Ajmátova no es más que un nombre avejentado, ¿qué más podemos encontrar en ella? Uno, dos, tres poemas y listo, no hay más... ¿Para qué va a publicar en *Zvezdá*?

Le respondió Aleksandr Prokófiev, presidente de la Organización de Escritores de Leningrado, añadiendo más leña al fuego.

–Cabe decir que si en *Zvezdá* rechazáramos sus poemas sin duda *Znamia* [La bandera] los publicaría.

–Pues entonces también acorralaremos a los de *Znamia*, los empapelaremos a todos sobre la marcha...

Era evidente que el *Vozhd* estaba para pocas fiestas y podía utilizar expresiones no publicables que, naturalmente, no recoge el estenograma.

Circula aún otra versión de por qué se enfadó Stalin. En abril de ese mismo año, Ajmátova viajó a Moscú y junto con Pasternak ofreció una lectura de poemas en la Sala de las Columnas. Ataviada con un austero traje negro y un chal blanco con borlas hizo su entrada ¡la desdichada zarina de la poesía!, y los moscovitas le dedicaron una densa ovación, aplaudieron en pie, exigiéndole nuevas poesías, no la dejaban irse. ¿Semejante demostración en el centro de Moscú? Sólo a un cargo de la Unión Soviética le correspondía ser saludado de esa guisa.

–¿Quién organizó esa ovación? –exigió explicaciones Stalin.

Así lo contaba Ajmátova. Es muy posible que sólo reprodujera con arte la reacción de Stalin, pero cazó la esencia con verosimilitud: ¿cómo podía reaccionar Stalin después de ser informado de los encuentros no autorizados con el diplomático británico (¡prácticamente un agente de los servicios secretos!), del expediente abierto a Ajmátova con «tintes» de espionaje y, además, de aquella aparición triunfal ante el público?

En cualquier caso, después de este episodio, se adoptaron unas medidas sin precedentes: a Ajmátova se la relegó al ostracismo. Cinco días más tarde, el 14 de agosto –¡de nuevo un agosto aciago!– se aprobó la famosa resolución del Partido que censuraba las revistas *Zvezdá* y *Leningrad*, dando inicio a una bacanal propagandística que definió todo un período de la política ideológica y cultural de Rusia. Se escogieron a dos escritores como blanco: Mijaíl Zóschenko, en representación de la prosa, y Anna Ajmátova, de la poesía.

Sobre ella recayó una sentencia al más puro estilo de los órganos represivos: «Ajmátova es la típica representante de una poesía carente de ideología y ajena a nuestro pueblo. Su poesía, impregnada de un espíritu pesimista y decadente que expresa los gustos de la antigua poesía de salón, anclada en las posiciones del esteticismo aristocrático burgués y decadentista –“el arte por el arte”–, no desea marchar al mismo paso que el pueblo, es perjudicial para la educación de nuestra juventud y no puede

tener cabida en el marco de la literatura soviética». Un conjunto de clichés muertos y fosilizados.

Por supuesto, para Stalin esta campaña fue una vez más un pretexto y un modo de poner a la intelectualidad de rodillas, mostrar lo que podía hacer con ella en caso de desobediencia. La voluntad del amo del país se trasladó hasta las mentes mediocres de la mano del sacerdote ideológico Andréi Andréyevich Zhdánov, que tenía fama de intelectual entre los miembros del Partido. Zhdánov aplicaba intencionadamente en sus informes un lenguaje obsceno, comprensible para el populacho, estigmatizando a Ajmátova como «mitad monja, mitad ramera», y a su poesía de «porquería».

Para ella, acarreó la exclusión de la sociedad y la literatura oficial. Un arresto domiciliario. «Nadie venía a verme –recordaba ella– y me ordenaron no salir de casa durante un mes, pero podía acercarme a la ventana para ser vista desde el jardín. En el jardín que había debajo de mi ventana colocaron un banco y, allí apostados, los agentes hacían guardia las veinticuatro horas del día... De esta forma me brindaron la oportunidad de asistir no sólo a mi propia muerte civil sino incluso a lo que parecía una muerte física.»

La cercaron por todos los flancos. Ella misma ahuyentaba a la gente para no ponerlos en peligro. En la entrada de Fontanni Dom habían ubicado el Instituto del Ártico; paraban a todos los huéspedes de Ajmátova y les preguntaban a bocajarro:

–¿Se quedará mucho rato?

O:

–¿Por qué a estas horas?

Cuando Ajmátova salía a la calle, desde que ponía un pie en la escalera hasta que llegaba al malecón del río Fontanka, se levantaba invariablemente un «espía» y la seguía. Más de una vez se convenció de que, en su ausencia, unos invitados misteriosos habían husmeado entre sus bienes y manuscritos. El general del KGB Kaluguin confirmó ya en nuestros días que se celebraban registros secretos periódicamente.

Después de ese «castigo por decreto», expulsaron a Ajmátova de la Unión de Escritores, le retiraron las cartillas de racionamiento. Dos tiradas

de sus libros ya impresos fueron enviadas a la trituradora. Sólo la salvó la ayuda de sus amigos, aun a riesgo de poner en peligro su posición y, a veces, la propia vida.

Uno de los informes del servicio de inteligencia de su expediente rezaba así: «Al sujeto de la investigación, Ajmátova, le cuesta trabajo sobrellevar la resolución. Hace tiempo que está enferma: neurosis, dolencias cardíacas, arritmia, furunculosis». Pero en apariencia mantiene el ánimo. Cuenta que amigos anónimos le dejan ramos de flores y fruta ante su puerta. Nadie le ha dado la espalda. Nadie la ha traicionado.

> Sólo acrecienta mi fama –señala ella–. La fama de mártir. La compasión universal. La lástima. La simpatía. Me leen incluso personas que antes no conocían mi nombre. Las personas primero dan la espalda al bienestar vecino que a la desgracia. Lo que conduce al olvido y a la mengua de interés por una persona no es su dolor, humillación y sufrimiento, sino la prosperidad material –considera Ajmátova–. Tendrían que regalarme una casa de campo, un automóvil propio, concederme raciones especiales, pero a escondidas prohibir a las redacciones que me publicaran y garantizo que, al año, el gobierno obtendría los resultados deseados. Todos dirían: «Mira qué atracones se da y qué aires de superioridad gasta. ¿Dónde va a escribir ahora? ¿Qué clase de poeta es? Sólo es una mujerzuela consentida». Entonces sí que se dejarían de leer mis poesías, me despreciarían y caería en el olvido hasta el día de mi muerte y después de ella.

Tuvo que pagar un precio alto por todo. Si bien la velada de mayo de 1935, en la que se explayaron más de la cuenta, supuso un golpe demoledor, su encuentro con Berlin, en el que depositó su confianza y a quien le abrió su alma, fue un golpe que no olvidaría hasta el resto de sus días. Todo en su destino se pondera en las pesas de la historia, cada paso, cada gesto, cada palabra. Por la grandeza y la gloria hay que pagar un precio: la pérdida de los seres queridos, el acoso, la miseria, el sufrimiento y la soledad. Hay que pagar con la vida el derecho a vivir eternamente.

> Me colgaréis como a una bestia muerta
> en un gancho ensangrentado,
> así, riendo tontamente e incrédulos,
> los forasteros deambularán a mi alrededor
> y escribirán en sus respetables periódicos
> que mi inigualable don se ha extinguido,

que fui poeta entre poetas
pero mi decimotercera hora ha llegado.

¡NO PIERDA LA DESESPERACIÓN!

El 26 de agosto de 1949 los chequistas irrumpieron de nuevo en el apartamento 44 del número 34 de Fontanka. Esta vez venían por Punin. En ese momento, en casa, además de él, sólo estaba Ajmátova. ¡De nuevo agosto! Punin, como si presintiera que lo iban a arrestar, decía señalando con la cabeza en dirección a la ventana:

–Se esconden allí, detrás de los árboles...

Y amargamente bromeó en la despedida:

–Sobre todo ¡no pierda la desesperación!

Ajmátova nunca más volvió a verlo.

Al venerable especialista de arte lo apresaron por «reincidente»; en la orden de arresto se enumeran todos los disparates del antiguo caso. Sólo se añade una semblanza aparecida en la prensa sobre su persona: el apologista del formalismo se arrodilla ante el arte burgués de Occidente y declara que «el arte figurativo ruso, tanto más el soviético, sólo es una imitación lamentable de la pintura de los países europeos». Un conjunto de etiquetas ideológicas copiadas palabra por palabra de las resoluciones del Partido sobre la lucha contra el servilismo a Occidente, el liberalismo, el formalismo, el cosmopolitismo y otros ismos perjudiciales para la cultura soviética. ¡Esto ya era un hecho punible!

Bajo una presión descarada, intimidaciones y, tal vez, torturas, Nikolái Punin, además de «no perder la desesperanza», sintió que le abandonaban las fuerzas para oponer resistencia y se convirtió en un instrumento en manos de la instrucción. Firmó sumisamente todo lo que el juez instructor le puso delante de sus narices.

De nuevo, lo obligan a dar una nueva versión de dos historias desafortunadas en que él era el protagonista –«Matábamos y seguiremos matando» y «¡Clic!, y nuestro amigo Iósif desaparece»–, dos historias que, en resumidas cuentas, le costarían la vida, puesto que nunca más volvió a

cometer un acto criminal. Le obligaron a confesarse con todo lujo de detalles, completando a voluntad y recalcando las actas de los interrogatorios. Con todo, algunos destellos de verdad salieron a relucir en medio de ese burocratismo gris y monótono. Tras reconocerse partidario convencido del arte izquierdista, Punin explicó así el derrumbe de sus criterios:

> La muerte prematura de Mayakovski tuvo para nosotros un gran significado. La considerábamos no sólo el resultado de un drama personal, sino también consecuencia de la coacción ejercida contra su obra por parte de los defensores del arte de derechas. La familia del escritor Brikov...

¡Así nombra el juez de instrucción a Ósip Brik!

> [...] con la que estoy estrechamente vinculado, también consideró la muerte de Mayakovski como una ofensiva derechista, consecuencia de la política artística del gobierno... Declaré que el arte ruso y el pintor ruso no tienen con qué ni para quién vivir. En mi opinión, ellos, los pintores, se han desmoralizado por completo, han perdido la conciencia para hablar sobre el arte, sobre su calidad, y sólo se pueden escuchar quejas sobre que nadie los valora ni les compra, es decir, «no tienen con qué vivir». Algo que incluso quita el sabor de la vida y ahoga la creación de los artistas más reconocidos y respetados por todo el mundo.

Punin no está solo en sus posiciones; igual de críticos eran sus correligionarios, el escritor Borís Pilniak o el director Vsiévolod Meyerhold, que se quejaba a él de la opresión y lo consideraba una embestida del pequeñoburgués. He aquí el resultado: las críticas en las asambleas y los acosos en la prensa condujeron al profesor Punin a expulsarlo de la Academia de las Artes y de la universidad e incluso a ser encarcelado... No negó la grandeza de la herencia rusa y el realismo socialista, no desacreditó el arte soviético.

Sin embargo, la instrucción detuvo cualquier objeción, archivó en el caso toda la selección de recortes de prensa con los artículos injuriosos como prueba acusatoria. Los ladridos de la prensa se hacen eco del ladrido de los instructores, y viceversa: «Uno de los caudillos de los disidentes antipatrióticos», «predicador de las ideas miserables y reaccionarias del arte

por el arte», «seudocrítico», «esteta burgués», «calumniador pendenciero», «enemigo abierto y rabioso del arte realista».

También prestó declaraciones inculpatorias e interrogaron al principal adversario de Punin en el frente artístico: V. A. Serov, el jefe oficial de los pintores de Leningrado, laureado con el premio Stalin y autor de numerosas telas sobre los altos dirigentes de la Revolución. Serov, con ira justiciera, estigmatiza a ese reaccionario inveterado, formalista y cosmopolita, y cita unas frases de Punin de su manual *Istoria zapadnoyevropéiskogo iskusstva* [Historia del arte de la Europa Occidental]: «El futurismo es un intento de comunismo», «realismo y falta de talento es lo mismo», «la forma es contenido suficiente para el arte...».

Es un dato interesante que muchos amigos de Punin, revolucionarios en el plano artístico, apologistas de lo nuevo, consideraban a Ajmátova una conservadora, una anticuada. La viva personificación de lo clásico pasa desapercibida. «Las cosas se me han complicado un poco más –escribió Ajmátova a Lidia Chukóvskaya–. Además de todas las dificultades y penalidades que se me presentan en el ámbito oficial (dos resoluciones del Comité Central), el ámbito artístico siempre será una fuente de infortunios [...]. Me encontré bastante pronto a la derecha (no políticamente). A la izquierda, los más nuevos, los más modernos, estaban todos: Mayakovski, Pasternak, Tsvietáieva. El salón de los Brik combatía sistemáticamente conmigo, acusándome de emigrada interior, lo que olía ligeramente a denuncia.»

El expediente n.° P-22.763 abierto contra Punin también recoge materiales sobre Ajmátova y su hijo. Acta del interrogatorio del 22 de septiembre. A Punin lo obligan a firmar debajo de la respuesta a cada pregunta.

> Después de contraer matrimonio con Ajmátova, no tardé en darme cuenta de que era una persona con una actitud hostil hacia el poder soviético y expresaba abiertamente sus puntos de vista a las personas que la rodeaban. Recuerdo que, en aquel tiempo, en una de sus poesías se refería a los bolcheviques como «los enemigos»: «No estoy con aquellos que abandonaron la tierra a las laceraciones del enemigo». Esta cita muestra de un modo evidente sus opiniones políticas de aquel momento.

> Entre los años 1925 y 1930 visitaban a menudo el piso de Ajmátova los escritores Zamiatin, Mandelstam, A. N. Tíjonov, el poeta Pasternak, el crítico Schegolev y otras personas, cuyos apellidos ahora no recuerdo. Todas estas personas mantenían conversaciones abiertamente antisoviéticas en el piso de Ajmátova, sometiendo a crítica unas u otras disposiciones del poder soviético. Algunos de ellos, como Mandelstam, recitaban sus versos antisoviéticos con calumnias contra el *Vozhd* del pueblo soviético.

En resumidas cuentas, Punin «admitió» todas las acusaciones presentadas contra él, nombró a Ajmátova y Lev Gumiliov como sus cómplices y firmó las declaraciones sobre sus actividades antisoviéticas. No tenemos derecho a condenarlo por este motivo. Así obraban casi todas las víctimas de la maquinaria represiva estalinista. En condiciones inhumanas, un hombre no puede responder de sus actos: «No se puede luchar contra el sistema».

Por sus pecados contra el Estado soviético, condenaron a Punin a una pena equivalente al fusilamiento: «veinticinco años», escribió una mano a la que no tembló el pulso. Una sesión especial celebrada en el Ministerio de la Seguridad del Estado de la URSS el 22 de febrero de 1950 suavizó el castigo a diez años, y le asignaron el campo de trabajo de MinLag. Pero en vez de trasladarlo al campo, fue a parar a Moscú, a la Lubianka, para después transferirlo a la cárcel de Butirka. Allí, en la celda 83 cursó una solicitud que se ha conservado en el expediente, un documento de dimensiones trágicas que desenmascara la barbarie del poder. El científico y profesor ruso, que ya rebasa los sesenta años y está muy enfermo, «un cosmopolita sin familia» declarado, después de un interrogatorio agotador, le escribe al juez de instrucción:

> Le pido que me conceda una visita de mi mujer, Marta Andréyevna Gólubeva... en particular, en vistas de mi enfermedad de vejiga (incontinencia de orina), puesto que me resulta imprescindible que mi mujer me facilite una sonda de plástico o de goma para no despertarme en mitad de la noche con la cama mojada.

En la misma solicitud se lee una nota lacónica: «Denegado».

¿Por qué no enviaron inmediatamente a Punin al campo? Sólo puede haber una explicación: todavía les es de utilidad. La cárcel se prepara para

atrapar un pájaro más gordo. El 23 de noviembre se adopta la siguiente decisión: separar del expediente de Punin «los documentos concernientes a la actividad criminal de A. A. Ajmátova» y enviarlos a la Sección de Operaciones para efectuar «comprobaciones adicionales».

Allí, en una carpeta separada, también hay otro documento:

> Informe
>
> A. A. Ajmátova... cuyo caso permanece en estudio en la quinta sección de la Dirección regional del MGB de Leningrado, según su expediente personal, razón por la cual no ha sido interrogada en calidad de testigo por el caso de N. N. Punin.
>
> Jefe de la segunda sección de instrucción de la Dirección regional del MGB de Leningrado, teniente Kovaliov.
>
> 24 de noviembre de 1949

Está claro: la someten a una vigilancia intensiva, se gesta el arresto, por eso no dan un paso, temerosos de espantar a la presa.

LOS CIENTÍFICOS ENJAULAN A LOS CIENTÍFICOS

Entretanto, Lev había acabado de nuevo entre barrotes. Lo arrestaron el 6 de noviembre, en vísperas del aniversario de la Revolución de Octubre. Había ido a casa a comer y allí irrumpió en tropel una troika de chequistas. Confiscaron todos sus manuscritos, incluido su trabajo finalizado *Istoria srednoi Azii v srednie veka* [Historia medieval de Asia Central], se llevaron también sus medallas obtenidas en la victoria sobre Alemania y la toma de Berlín. A Ajmátova le entregaron una copia del acta para que la firmara. Después de santiguar al hijo en la despedida, se desvaneció. Al irse, el chequista de más fuste le soltó a Irina, la hija de Punin, una frase conmovedora:

–Por favor, ocúpense de Anna Andréyevna, cuídenla...

Tras recuperarse del trance, Ajmátova quemó todo su archivo, incluidos sus manuscritos no impresos, sin hacer diferencias, sin vacilar. Lo vivió como la quiebra de toda su vida.

Profanaron la palabra inmaculada,
pisotearon el verbo sagrado
para que yo lavara la sangre del suelo
con las enfermeras del treinta y siete.
Me separaron de mi único hijo,
torturaron a mis amigos en los calabozos,
me sitiaron con empalizadas invisibles
fuertemente ajustadas para su acecho.
Me premiaron con la mudez,
que maldice todo el maldito mundo,
me cebaron de calumnias,
me emborracharon de veneno.

Durante los años de posguerra, hasta el mismo día del arresto, Lev Gumiliov vivió muy intensamente, al límite de sus fuerzas, tratando de recuperar el tiempo perdido en las cárceles y los campos de trabajo. Después de la toma de Berlín, una vez hubo regresado a Leningrado, culminó con éxito sus estudios universitarios como estudiante externo, ingresó en el Instituto de Estudios Orientales de la Academia de Ciencias de Rusia para cursar estudios de posgrado, se preparó para defender su tesis. Este ya era un estudio serio, prometedor, con un círculo bien definido de intereses.

Pero entonces se dictó la resolución contra su madre, que también le perjudicaría. Lev fue expulsado de los estudios de posgrado con pésimas referencias: «Arrogante, reservado, no se dedica a trabajos de carácter social, los considera una pérdida de tiempo inútil». El soldado que cursa estudios de posgrado es expulsado por una decisión especial del Presidium de la Academia de Ciencias. ¡Incluso le prohíben el acceso a la biblioteca del Instituto!

Al caso n.° P-53.030, abierto contra Gumiliov durante su arresto de 1949, se adjunta una colección de denuncias de sus colegas científicos que, con esmero, se emplean en hundirlo hasta el fondo. Saltánov, vicesecretario del Buró del Partido del Instituto de Estudios Orientales, que vela por los deberes del Partido, declara el 12 de enero de 1947:

Gumiliov es una persona absolutamente apolítica; además, a veces emite ideas políticas incorrectas. Así, en una ocasión, durante el curso de una conversación, me presentó un informe para una conferencia teórica sobre el tema «La influencia de la táctica y la estrategia de los mongoles de Gengis Kan en la táctica y estrategia del Ejército Rojo». Gumiliov considera la resolución del Comité Central del VKP(b) contra Ajmátova como una calumnia contra su madre, etc.

La conducta de Gumiliov es intolerable y le ruego que intervenga en este caso.

Se suma a la criba el candidato a doctor en filología y secretario científico de la sección de filología mongol, Y. Puchkovski, un envidioso cizañero que, intencionadamente, le gasta una jugarreta a su colega, de más talento y brillante. Su denuncia data del 20 de enero de ese mismo año y se recoge en el sumario de instrucción de Gumiliov.

L. N. Gumiliov ha demostrado por activa y por pasiva que en absoluto domina la metodología marxista-leninista, es completamente ajeno a ella y no le interesa. ¿Dónde y cuándo llevó a cabo L. Gumiliov tantas sesiones de trabajos arqueológicos? ¿Tal vez en las excavaciones de fosos, etcétera, que realizó en los campos de trabajo correccionales, donde estuvo antes de la Segunda Guerra Mundial?

L. N. Gumiliov, siendo un hombre de recursos, sumamente astuto, que no desdeña ningún medio o artimaña a la hora de obtener sus objetivos, utilizó con perspicacia el momento de defensa de la tesis del candidato a doctor R. E. Rigdilón (primavera de 1946) para invitarle a organizar una pequeña cena y a tomar el té en el apartamento de su madre A. Ajmátova. Fueron invitados y asistieron los académicos V. V. Struve y S. A. Kozin. Los dos académicos centraron su atención mayoritariamente en la anfitriona, A. Ajmátova, que recitó su obra, y en L. N. Gumiliov, a quien el académico V. V. Struve ensalzó. S. A Kozin no estuvo de acuerdo.

Aquella «velada», meditada de manera astuta, tenía como objetivo reforzar los lazos de amistad y de protección de los dos académicos con «Lévushka» que, durante esta «velada», fue el auténtico protagonista del día, y no el doctorando, sentado al final de la mesa en el lado opuesto, lejos de los académicos, de la dueña de la casa y «Lévushka», que se había sentado en el otro extremo. Sin duda, el éxito de «Lévushka» fue total, el candidato a doctor apenas interesaba a nadie.

Es imprescindible explicar a los crédulos camaradas la esencia «científica» y cualquier otra de L. N. Gumiliov. La única salida es la expulsión de L. N. Gumiliov del doctorado.

El propio Lev Gumiliov definió el camino a su «tercer Calvario» brevemente:

–¡Los científicos enjaulan a los científicos!

Lev obtuvo buenas referencias para optar a la defensa de la tesis... en el manicomio donde trabajó como bibliotecario. Y con este trozo de papel se presentó ante el alma mater, el rector de la universidad, el profesor Voznesenski.

–Así que su padre es Nikolái Gumiliov y su madre Anna Ajmátova. ¡Claro! –comprendió rápido el profesor–. No le puedo ofrecer trabajo. Pero la tesis, por favor, defiéndala. ¡En buena hora!

La defensa de la tesis tuvo un alto componente teatral. El oponente de Gumiliov, Bernshtam, un profesor emérito en ciencias de Kirguistán, lo acusó de ser un inepto en marxismo y lenguas orientales. Lev, objetando esa valoración, se puso a hablar en persa; Bernshtam no respondió. Lev pasó al turco, otra vez se hizo el silencio.

–Así pues, ¿quién de los dos conoce mejor las lenguas orientales? –le preguntó Lev.

El resultado de la votación: quince de dieciséis a favor.

Obtuvo el puesto de trabajo deseado, en calidad de colaborador científico superior del Museo de Etnografía de los Pueblos de la URSS. Todo iba a pedir de boca. Pero de repente, todo se tuerce: se produce el arresto.

Esta vez a Lev se le dio un recibimiento «de honor»; lo transfirieron a la capital, a la cárcel de Lefortovo, y lo pusieron a disposición de la sección de instrucción para temas de especial relevancia. En la resolución de arresto, con fecha antedatada de 14 de noviembre de 1949 y ratificada por el ministro Abakúmov, al hijo de Ajmátova se le acusa de «ser un enemigo del poder soviético que durante un largo período de tiempo ha realizado actividades subversivas». En otras palabras, simplemente fue una prolongación del plazo anterior: aparte de las viejas acusaciones no se añadió nada nuevo.

Como recuerda Lev Nikoláyevich, el juez instructor, el comandante Burdín, le preguntó con aire de burla:

–Bueno, Gumiliov, ¿a qué espera? ¿Qué acusación le gustaría confesarnos?

Se presuponía que, en la Unión Soviética, una persona con ese apellido estaba condenada.

Por otra parte, ahora al hijo le tocaba responder no sólo por el padre, sino también por la madre. No hubo ni un solo interrogatorio en que el nombre de Ajmátova no saliera a colación. Cuando el procesado se negaba a firmar las hojas de las actas ya redactadas, Burdín le advertía:

–Te golpearemos o no te dejaremos dormir...

Le pegaban «no demasiado, pero suficiente para recordarlo», según palabras de Gumiliov. Si en 1938 le golpeaban la cabeza contra la pared en la cárcel Krestí de Leningrado y le decían «¡Así quieres a tu padre, canalla!», ahora le golpeaban contra la pared de la cárcel moscovita de Lefortovo, exigiéndole que renegara de su madre.

Durante décadas estos *mujiks* adultos y fornidos vivían en un delirio sangriento, le consagraron la vida. El paranoico supremo del Kremlin contagió a todo el país con la enfermedad mental del miedo y la violencia. Por eso también las actas de los interrogatorios parecen más bien escenas de teatro del absurdo que documentos jurídicos.

A continuación, un diálogo típico de una pieza del absurdo. Interrogatorio de Lev Gumiliov. Lefortovo, 23 de diciembre. Despacho del comandante Burdín:

Pregunta. ¿Reconoce estas cartas que le fueron confiscadas durante el registro?
Respuesta. Sí, son cartas mías dirigidas a mi madre...

¡Esta es la razón por la que Ajmátova destruyó su archivo!

P. En ellas se le describe como una persona religiosa. ¿Es usted creyente?
R. Soy profundamente religioso.
P. ¿Qué quiere decir?
R. Creo en la existencia de Dios, del alma y la vida más allá de la muerte. Como persona religiosa he ido a la iglesia para rezar.
P. ¿Se ocupó de hacer propaganda religiosa?
R. No niego haber mantenido conversaciones de carácter religioso con próximos y allegados. En 1948, a petición propia y en virtud de mis convicciones religiosas, desempeñé el papel de padrino durante el bautizo de un conocido: Gordon, ayudante de bibliotecario en la

Biblioteca Saltikov-Schedrín de Leningrado. Con Gordon, que gracias a mi participación se convirtió del judaismo a la ortodoxia, solía ir a la iglesia.

P. Vaya científico soviético, usted es un oscurantista.

R. En cierta medida, así es. Debo decir que en la formación de mi ideología ha influido mi tradición familiar.

P. ¿Cuál es?

R. Mi madre, Anna Andréyevna Ajmátova, también es una persona religiosa.

P. ¿Se refiere a la poeta Ajmátova, cuya creación antipatriótica fue condenada en el año 1946 por la sociedad soviética?

R. Sí, es mi madre...

P. ¿Cuál es su origen social?

R. Los padres de Ajmátova, que nació con el nombre de Gorenko, eran nobles, siempre vivieron en algún lugar de Ucrania.

P. ¿Qué significa su seudónimo «Ajmátova»?

R. Es el apellido de su abuela.

P. ¿Quiénes eran los Ajmátov?

R. Los Ajmátov eran mitad mongoles mitad tártaros de raíces nagaikas. En la familia se sabía que los Ajmátov eran príncipes de una familia descendiente de Gengis kan que se convirtieron a la fe ortodoxa y se pusieron el apellido Ajmátov.[8]

P. Y su padre, ¿quién era?

R. El poeta prerrevolucionario Nikolái Stepánovich Gumiliov...

P. ¿El mismo Gumiliov que antes de la Revolución de Octubre fue uno de los líderes de la tendencia reaccionaria que adoptó la poesía y que luego participó activamente en un complot de la Guardia Blanca que tenía como objetivo derrocar el gobierno soviético mediante una sublevación armada?

R. Sí, N. S. Gumiliov, fusilado por los órganos de seguridad del poder soviético en 1921 acusado de haber participado en un complot antisoviético, era mi padre...

LA DESCENDIENTE DE GENGIS KAN

Entre los manuscritos confiscados durante el registro, lo que más le interesó al juez instructor fue una libreta de notas de Lev. Allí se descubrió una crónica que, una vez, había escrito para un periódico del frente, cuyo borrador aún se conservaba. La composición sediciosa se añadió al sumario en calidad de prueba documental.

APUNTES SOBRE EL OCASO DE EUROPA

Sic transit gloria mundi[9]

Sobre el ocaso de las civilizaciones feudales burguesas de Europa se ha hablado y escrito profusamente, pero hasta ahora era una cuestión controvertida; sin embargo, en 1945 sólo aquel que no sabe o no quiere ver las cosas puede dudar de ello. Pero de estos también abundan.

No fue mi caso, pero a muchos de mis colegas, la cultura alemana les sorprendió por su grandiosidad. En efecto, las carreteras asfaltadas del Berliner ring, los edificios maravillosos con apartamentos confortables, la abundancia de toda clase de medios mecánicos, comenzando desde los tractores y acabando por las máquinas para sacar punta a los lápices, jardines odoríferos, enormes bosques, etcétera. No menos cuantiosas son las manifestaciones del cultivo del espíritu: las casas están llenas de libros, en las paredes cuelgan pinturas buenas y malas, hay limpieza, aseo, celebración del orden.

En medio de esta «cultura» estamos nosotros, sucios, sin afeitar, de pie, sin comprender: ¿por qué somos más fuertes y mejores que esa gente peinada y engominada?

Suele pasar: en el bosque se yergue un roble enorme, de cuatro brazadas de circunferencia, con la copa en el cielo. Parece que nadie lo tumbará. El leñador prueba a hacer una incisión y el hacha penetra de un golpe. El roble está podrido por dentro, allí hay un enorme agujero. Todavía dos o tres golpes y cae al suelo para asombro de la gente del bosque, que no esperaba nada semejante. Al lado hay un abeto. Soporta las embestidas del viento, la nevasca y su tronco retorcido no teme ni al hacha ni a la sierra. Crecerá todavía durante mucho tiempo, hasta que su verde cima se levante por encima del bosque, como una torre inquebrantable.

He aquí la clave de nuestra superioridad: somos más jóvenes, el futuro es nuestro.

La cultura no consiste en la cantidad de máquinas, casas y lavabos calientes. Ni siquiera en la cantidad de libros escritos e impresos, por lujosas que sean sus ediciones. Esto y lo otro es resultado de la cultura y no es ella misma. La cultura consiste en el modo de relacionarse la gente entre sí. La cultura está allí donde de las relaciones recíprocas humanas surgen unos sentimientos fuertes y nobles: la amistad, la fidelidad, la compasión, el patriotismo, el amor a uno mismo y a la humanidad, como el respeto a lo ajeno.

Precisamente Alemania carecía de esta cultura, una cultura auténtica. Los alemanes desconocen por completo cómo establecer relaciones con otros pueblos. No hablo ya de los horrores de los campos de concentración. Incluso los alemanes más simples, sin vínculo alguno con la Gestapo o los soldados de las SS, sencillamente no saben encontrar el tono aceptable para los polacos, los franceses y los serbios. Los alemanes han olvidado que no basta con vencer, hay que saber reconciliarse con los vencidos para que la victoria sea duradera. Pero aunque lo recordaran, tampoco podrían cambiar. Se han desacostumbrado a ser humanos. He aquí la muerte de la cultura.

De su deficiencia espiritual resulta, a primera vista, el sorprendente hecho de su inestabilidad en el combate. Al principio incluso no se daba crédito a que los finlandeses, los húngaros e incluso los rumanos lucharan apasionadamente junto a los alemanes porque en la Primera Guerra Mundial los alemanes sorprendieron al mundo por su firmeza. Pero esto también es comprensible. El orden constante en los detalles de la vida privada ha hecho perder a los alemanes la costumbre de toda iniciativa, tan indispensable en condiciones de guerra, donde constantemente hay que «adaptarse a las circunstancias».

El caso de la insurrección de los obreros de Hamburgo en 1918 es paradigmático. Los obreros insurrectos tomaron la ofensiva a través del jardín municipal y, al encontrarse con el fuego abierto de las ametralladoras, corrieron. Corrían, pero por sendas curvas y tortuosas. Incluso bajo la amenaza de muerte no se les ocurrió pensar en acortar el camino cruzando el césped. La iniciativa creadora, intrínseca, fue aplastada por la exterior, por la costumbre al orden aprendida. Cualidades no innatas, pero adquiridas a fuerza de trabajo. Doscientos años antes los alemanes fueron más humanos y valientes. Entonces regalaron al mundo la filosofía, la literatura, la música y los sistemas científicos. En el siglo XVII los alemanes fueron los mejores soldados del mundo. En el siglo XX sólo son idóneos para matar hombres.

Y al fin, como tercer resultado de la decadencia, está la deficiencia física. El europeo alto, de espaldas anchas, musculoso, al sustraerle sus condiciones de vida acostumbradas, de invernadero, de una manera sorprendentemente rápida se descorazona, se desalienta y se hunde hasta que la más nimia enfermedad lo lleva a la tumba. La fuerza de resistencia de su delicado organismo es ínfima. Así se muestra en la práctica. Y no sólo le sucede a los alemanes sino también a otros pueblos de la Europa Occidental, puesto que la cultura feudal burguesa se desmoraliza por doquier, desde el Vístula hasta Gibraltar. La sangre se hiela en las entrañas.

¿Vale la pena que nosotros, gente con buen corazón y sangre caliente, envidiemos toda esta «magnificencia» que desmoraliza desde la raíz hasta la coronilla? No tenemos de qué inquietarnos. Lo tendremos todo: coches, carreteras y lavabos calientes con lavamanos. Nada nos asusta hasta ahora mientras sepamos: 1) respetar y apreciar lo ajeno; 2) lo más grande en la vida es amar lo propio. Estas dos cualidades de la naturaleza rusa diametralmente opuestas a la arrogancia y parsimonia europea han creado una gran cultura rusa y sus mejores creaciones son la literatura rusa y el ejército ruso.

La próxima crónica tratará sobre este tema.

Por supuesto, este artículo se escribió durante la guerra, para un periódico en sintonía con los sentimientos patrióticos y el odio al enemigo. Y salió el Gumiliov eurasiático, el descendiente de Gengis kan. Aunque su reflexión tiene cierta semejanza a la de Ajmátova: «La naturaleza salvaje y la resistencia de los rusos hizo trizas la cultura de los alemanes en la guerra».

En la pieza del absurdo orquestada por el comandante Burdín, este artículo ocupó un lugar importante ante la ausencia de otras pruebas.

Pregunta. En sus apuntes sobre la razón de la derrota de la Alemania fascista, usted la explica con posiciones hostiles hacia el poder soviético. ¿Lo reconoce?

Respuesta. Los razonamientos que alego en estas notas son confusos; sin embargo, a mi parecer, no hay nada censurable ni antisoviético en ellos.

P. No se contradiga, Gumiliov, en sus apuntes usted desprecia premeditadamente las auténticas razones que llevaron a la URSS a vencer en la guerra contra la Alemania fascista. Tiene que reconocerlo.

R. Reconozco que expliqué las causas de la victoria de la URSS en la guerra contra la Alemania fascista desde posiciones hostiles. Menosprecié su podredumbre y no consideré como causa de la victoria de la URSS la presencia de un régimen social y estatal avanzado y del Ejército Rojo. En ese artículo presenté a los rusos como si para ellos no existiera el patriotismo soviético y expliqué sólo su victoria con la existencia de cualidades primitivas como el amor a lo propio y el respeto a lo ajeno. Compartía los puntos de vista de algunos filólogos fascistoides.

Otra obra literaria que suscitó el interés del juez instructor fue la que Lev compuso en el campo de Norilsk, de cuya existencia, al parecer, informaron en su momento los soplones del campo. Tocó reconocerlo: sí, compuso algo parecido a una obra, en la que el protagonista es un estudiante que choca con las dificultades de la vida soviética, con un profesor marxista y los órganos de seguridad estatal, representados con la imagen mítica de Satanás.

Tampoco escondió su pecado de no estar de acuerdo con la resolución del Partido dictada contra su madre.

–Más de una vez condené esta decisión y declaré que el escritor auténtico no tiene nada que hacer puesto que debe escribir como se ordena, según lo establecido.

La indiferencia total de Gumiliov hacia el santoral de la persona soviética, el marxismo-leninismo, provocó la indignación del comandante Burdín. Daba la casualidad de que el juez instructor también era el propagandista de su departamento.

No negaré que tengo una idea extraordinariamente pobre sobre los principios del marxismo-leninismo y es así porque siempre consideré las asignaturas contempladas en el plan de estudios como materias de las que había que examinarse por obligación, pero que no estaba obligado a saber. Al realizar mis trabajos de historia, siempre me atuve al punto de vista de que el historiador debe examinar los fenómenos de una manera particularmente objetiva y no desde las posiciones del Partido. Considero que el partidismo adultera la verdad histórica.

«De este modo, apoyé los puntos de vista de los enemigos del poder soviético –escribió el comandante-instructor en el acta– que, lanzando peroratas sobre la objetividad aparente, intentaba embocar diversas “teorías” seudocientíficas bajo ese paraguas...» ¡Lev Gumiliov no pudo proferir semejante galimatías!

Entretanto se las ingenió para trabajar en sus obras científicas, incluso desde la cárcel. No tenía otro tiempo ni lugar para desarrollar ese trabajo, pero las ideas, que le desbordaban, exigían una salida inmediata. Precisamente allí, en las condiciones más adversas, meditaba sobre las leyes de su futura teoría científica: la etnogénesis. «Allí, reflexionando sobre problemas científicos, se imponían los pensamientos sobre las circunstancias personales –recordará más tarde–. El rayo de luz pasaba a través de una pequeña ventanilla y caía sobre el suelo de cemento. La luz penetraba incluso en el interior de la cárcel. Significaba –pensaba yo– que en la historia el movimiento se produce gracias a cierta forma de energía.» No podía dejar de recordar el destello poético del padre y, en su conciencia, ahora lo traducía al lenguaje de la ciencia.

> Matando y resucitando,
> colmando el alma universal
> de esta voluntad de la tierra santa
> incomprensible por sí misma.

El calendario señala la fecha de 1950. En la instrucción pasa algo extraño, su duración se prolonga, un mes tras otro, sin ninguna causa aparente. De hecho, nada nuevo puede aparecer en el caso. Burdín recoge y vuelve a mecanografiar viejas actas de interrogatorios, casi una por una, insertando en ellas nuevos datos. Después lo cesan del caso: el 10 de febrero lo retoma el teniente coronel Stepánov. ¡Es el cuento de nunca acabar!, todo comienza desde el principio.

La falta de avances se explica por la misma razón que en el caso de Punin: Gumiliov era necesario para arrestar a su madre. El 31 de marzo se dicta una resolución: separar de su expediente los documentos relacionados con Ajmátova.

Después de que Stepánov interrogue a Gumiliov sobre todos sus parientes, amigos, amantes y conocidos, la instrucción comienza a patinar de nuevo. El acta del interrogatorio del 5 de abril es una reproducción exacta del interrogatorio del 18 de enero que, a su vez, es una copia de actas anteriores. Stepánov copia a Burdin, a la vez que este copió.

Como si se tratara de una caja de sorpresas, un tercer juez instructor, el capitán Merkúlov, irrumpe en el caso y comienza a copiar las actas de Stepánov, calcadas de Burdín. Pero cada vez más, incide en el acento: para mostrar a Ajmátova como una enemiga del pueblo. La táctica del capitán Merkúlov consiste en dejar a Gumiliov «de pie», es decir, lo obliga a estar en posición militar, inmóvil, desde las diez de la noche hasta las cinco de la madrugada. Durante estas horas Merkúlov leía o se entretenía con cualquier cosa. Pero a veces, de repente, como si se acabara de despertar, le soltaba con malicia:

–¿Qué quemaba ella?

Se refería a los trozos de papel que Ajmátova quemaba en el cenicero. ¡Lev incluso tuvo que responder por la ceniza de los papeles de la madre!

A Punin lo retienen en Moscú, no lo envían al campo, la instrucción de la causa de Lev Gumiliov está estancada. ¿Por qué la dilatan? Esperan órdenes.

¡ARRESTAD A AJMÁTOVA!

Entretanto, el bigotudo del Kremlin ha hecho una visita a Ajmátova: en el jardín enrejado de Sheremétev se ha erigido un monumento, una estatua gris con gorra militar y capote hasta los talones, una mano apunta a algún lugar del cielo, la otra está metida en el bolsillo, como si buscara un revólver. El *Vozhd* se detiene debajo de sus ventanas en su glorioso setenta aniversario, como un celador o un capataz.

Ajmátova le hizo entrega de un regalo real para su aniversario: una oda fiel titulada *21 dekabriá 1949 goda* [21 de diciembre de 1949], la fecha de su onomástica:

Que el mundo recuerde este día para siempre,
que esta hora sea legada a la eternidad.
La leyenda habla de un hombre sabio
que salvó a cada uno de nosotros de una muerte fatal.

Si ahondamos en estos versos reparamos en su sentido ambiguo, lo que se dice entre líneas: la leyenda habla de un hombre sabio, pero ¿cómo era en realidad? El lenguaje la delata.

Las alabanzas a Stalin, junto con otros poemas patrióticos de su ciclo *Slava miru* [Gloria a la paz], se publicaron en la revista *Ogoniok* [La pequeña llama]. No son un acto poético, sino documentos de una época. Y lo había calculado bien: justo después de su publicación se dirigió a Stalin, pues sólo él y nadie más podía decidir el destino de su hijo.

24 de abril de 1950
Leningrado, Fontanka, 34, apto. 44

¡Muy estimado Iósif Vissariónovich!

¿Tengo derecho a pedirle benevolencia hacia mi desgracia?

El *6* de noviembre de 1949 arrestaron en Leningrado a mi hijo, Lev Nikoláyevich Gumiliov, candidato a doctor en historia. Ahora se encuentra en Moscú (en Lefortovo).

Ya soy vieja y estoy enferma, y no puedo soportar la separación de mi único hijo.

Le suplico que autorice el regreso de mi hijo. Mi mejor sueño sería ver cómo trabaja en honor de la ciencia soviética.

El servicio a la patria es para él, como para mí, un deber sagrado.

ANNA AJMÁTOVA

Esta carta, publicada por primera vez en 1993, se conservó en el archivo de Stalin.

Entonces Ajmátova viajaba a Moscú no sólo con poemas para *Ogoniok* sino para entregar una vez al mes la suma de dinero aceptada en la cárcel de Lefortovo y, como ya había pasado antes, asegurarse de que el hijo sigue vivo.

Por supuesto, hacía tiempo que ella sabía que su destino pendía de un hilo, aunque no se acostumbraba a eso. Desconocía hasta qué grado corría peligro. La fatalidad hizo que su súplica a Stalin coincidiera con una trampa

tendida por la Lubianka. El capitán Merkúlov actúa, por supuesto, siguiendo instrucciones de arriba, como si él no decidiera por cuenta propia: ¡sí, debía actuar de la manera más escrupulosa y esmerada para no caer en la deshonra! Revisó los casos de Mandelstam y Pilniak para pescar algo de allí. En el primero encontró algo, en el segundo no, un informe: «En el informe de Pilniak, Gumiliov y Ajmátova no aparecen».

Pero lo principal lo sacaron de Punin; el 19 de mayo y el 9 de junio este firmó unas extensas declaraciones contra Ajmátova y Lev Gumiliov, la razón por la que lo retuvieron tantos meses en Moscú.

> Conocí a Ajmátova hacia 1910. Durante los años prerrevolucionarios, junto con ella y su primer marido, el poeta monárquico N. S. Gumiliov, colaboré en la revista literaria *Apollon* [Apolón], que se publicaba en Petersburgo para las capas privilegiadas de la población. Procedentes de ambientes nobles, Ajmátova y Gumiliov acogieron con hostilidad el establecimiento del poder soviético y durante los años siguientes desarrollaron una actividad enemiga contra el Estado soviético. Durante los primeros años de existencia del poder soviético, N. S. Gumiliov participó en un complot contrarrevolucionario en la ciudad de Leningrado.
>
> En cuanto a Ajmátova, su actividad antisoviética se manifestó en aquel momento en el campo literario. Así, en 1921, publicó dos colecciones (*Bozhi god*[10] [El año de Dios] y *Podorozhnik* [La caña]), con poemas de carácter antisoviético. Recuerdo que en uno de estos Ajmátova llamaba a los bolcheviques «enemigos que desgarran la tierra» y declaró abiertamente que ella no estaba en el mismo camino que el poder soviético. Conocí la vertiente hostil de Ajmátova y sus manifestaciones antisoviéticas cuando me casé con ella...
>
> Entre 1925 y 1931 organizamos reuniones antisoviéticas en nuestro apartamento, en las cuales estuvieron presentes el escritor B. Pilniak, arrestado en 1937, el escritor Zamiatin, emigrado después a Francia, el poeta Mandelstam, arrestado en 1935 por los órganos del NKVD, y otros literatos descontentos y que se sentían ultrajados por el poder soviético. Ajmátova, en particular, expresaba infundios calumniosos sobre el trato cruel que el poder soviético dispensaba a los campesinos, se escandalizaba por el cierre de las iglesias y expresaba sus opiniones antisoviéticas con relación a otra serie de cuestiones. Durante los años siguientes se siguieron realizando en nuestro apartamento estas reuniones antisoviéticas y, aproximadamente en 1932, comenzó a tomar parte en ellas el hijo de Ajmátova, L. N. Gumiliov. Después de mantener varias conversaciones con él me convencí de su odio hacia el poder soviético y que estaba decidido a consagrarse a la lucha contra el Partido y el gobierno soviético. En las conversaciones mantenidas conmigo y con Ajmátova, Gumiliov declaró en repetidas ocasiones que nunca olvidaría ni le perdonaría al gobierno soviético que fusilara a su padre, N. S. Gumiliov, en 1921.
>
> Teniendo en cuenta nuestras actitudes enemigas sobre la necesidad de cambio del régimen existente en la URSS, consideramos aceptable como medio de lucha contra el poder soviético la

eliminación violenta de los dirigentes del Partido y del gobierno soviético. Además, expresé mi disposición a perpetrar un acto terrorista contra el *Vozhd* del pueblo soviético. En el curso de unas conversaciones sinceras que Ajmátova mantuvo conmigo, esta se mostró conforme con mis ideas terroristas y apoyó mis ataques hostiles contra el jefe del gobierno soviético. Ella expresó el descontento con relación a las represiones dirigidas contra trotskistas, bujarinistas y otros enemigos del pueblo, acusó al gobierno soviético de llevar a cabo arrestos y fusilamientos infundados y expresó su simpatía hacia las personas represaliadas por los órganos de seguridad del poder soviético.

Hasta hace poco tiempo, y especialmente después de la famosa resolución aprobada por el Comité Central del VKP(b) con relación a las revistas *Zvezdá* y *Leningrad*, en la que se sometió su «obra» ideológicamente perjudicial a una crítica justa, Ajmátova se consideró ultrajada por el poder soviético y en sus conversaciones conmigo expresó su insatisfacción con la política del Partido y del gobierno soviético en el campo de la literatura y el arte.

En cuanto a L. N. Gumiliov, después de cumplir su pena, no cambió un ápice sus opiniones políticas y, al igual que antes, continuó siendo una persona antisoviética. Respecto a la ciencia, Gumiliov mantenía unas posiciones idealistas burguesas. Más de una vez elogió, mientras hablaba conmigo, a los científicos idealistas, afirmó la existencia de Dios y asimismo se manifestó contra la afiliación a la ciencia del Partido, declarando que el científico debe ser «independiente y autónomo» de la política. Por ejemplo, durante la exposición de cuestiones que tenían que ver con la vida de los pueblos de Asia, menospreciaba la lucha de clases y examinaba los fenómenos históricos de una manera especialmente objetiva.

Durante los últimos años, Ajmátova y Gumiliov se comportaron con mucha cautela. Ajmátova pensaba que la seguían sin tregua y, a causa de ello, durante las conversaciones sobre temas políticos, ella no hablaba con nadie, excepto conmigo, y se esforzaba en evitar encuentros con conocidos.

Nikolái Nikoláyevich Punin morirá el 21 de agosto (¡de nuevo agosto!) de 1953 en el campo de concentración de Abez, en la amplitud del círculo polar. Sobrevivirá a Stalin, con cuya muerte soñaba apasionadamente, pero no sobrevivirá al régimen estalinista.

En el fragor de la guerra, en uno de sus minutos estelares, Punin halló unas palabras de las que Ajmátova se enorgullecía mucho y que trasladaban sus relaciones del plano doméstico al superior:

No hay otra persona cuya vida sea tan íntegra y, por ello, tan completa, como la Suya [...]. Esa vida es íntegra, no por voluntad, sino por carácter orgánico, es decir, por una inevitabilidad que es como si no dependiera totalmente de usted [...]. En Su vida hay una fortaleza, como si estuviera tallada en piedra y tan sólo con el toque de una mano muy experimentada. Me parecía

usted entonces –y también ahora– la más sublime encarnación de lo inmortal que he encontrado en la vida.

A principios de su camino, en 1918, el comisario de las artes Nikolái Punin escribió en el libro *Protiv tsvilizatsii* [Contra la civilización]: «Los individuos por separado pueden, claro está, sufrir o morir, pero esto es necesario y humano, y discutir sobre ello es un manilovismo[T20] lamentable cuando se trata del bien del pueblo, la raza y, a fin de cuentas, de la humanidad». El propio Punin y el coautor de dicho libro, E. A. Poletáyev, también se convirtieron precisamente en aquellos «individuos separados», ¡cuya cuenta entonces ya sumaba millones!, a los que no lamentaba.

Durante su reclusión, Punin llegó a la conclusión de que el objetivo del arte era «que la persona crezca por encima de sí mismo». Sólo que para alcanzar ese objetivo no le quedaba vida. Poco antes de morir tuvo tiempo de componer este poema:

Si pudiera separarme de mi cuerpo,
y encontrar otra órbita,
si pudiera transformarlo en luz,
dispersar en todo mi ser.

Pero en silencio vago por los caminos del invierno
y las huellas se extravían en la nieve.
Sí, yo mismo he olvidado de dónde venimos
y en qué tiempos vivimos.

Estos versos del último marido de Ajmátova evocan el poema de otro Nikolái, su primer marido, antípoda de Punin: *Oriol* de Gumiliov. Ay, sólo se parecen como una sombra que corre por la tierra a un pájaro que vuela.

¡Sí, ha muerto! Pero él no podía caer,
había entrado en los círculos del movimiento planetario.
Las fauces sin fondo se abrían abajo,
pero las fuerzas de la gravedad eran débiles [...].

Los mundos continuaron hundiéndose en el vacío,
la trompeta del arcángel sonó,

pero su espléndida tumba,
no era campo para juegos.

Por fin, Abakúmov, ministro de Seguridad Estatal de la URSS, da un paso decisivo: envía a Stalin un informe que habrá de determinar el destino de Ajmátova.[11] Otra vez, al igual que en 1935, hay un pulso en juego: ¿quién vencerá? ¿Ella o ellos? ¿Qué será más fuerte: este documento confidencial, que ofrecemos a continuación, o la oda pública conmemorativa de Ajmátova en honor a Stalin?

Estrictamente confidencial

Al camarada I. V. Stalin

Sobre la necesidad de arrestar a la poeta Ajmátova

Informo de que el MGB de la URSS ha recibido documentos de instrucción y de los servicios secretos referentes a la poeta A. A. Ajmátova, que evidencian que es una enemiga activa del poder soviético.

Anna Andréyevna AJMÁTOVA, nacida en 1892,[12] rusa, de procedencia noble, sin partido, reside en Leningrado. Su primer marido, el poeta monárquico GUMILIOV, fue fusilado en 1921 por los órganos de la VeCheKá como participante en un complot de la Guardia Blanca en Leningrado.

La actividad enemiga de AJMÁTOVA se descubrió a raíz de las declaraciones de dos detenidos a finales de 1949: su hijo L. N. GUMILIOV, antes del arresto colaborador científico superior del Museo Estatal de Etnografía, y su ex marido N. N. PUNIN, profesor de la Universidad Estatal de Leningrado.

El arrestado PUNIN, durante un interrogatorio en el MGB de la URSS, declaró que Ajmátova, procedente de una familia de terratenientes, recibió con hostilidad el establecimiento del poder soviético en el país y que, hasta hace poco, desarrollaba una labor enemiga contra el Estado soviético.

Según las declaraciones de PUNIN, en los primeros años después de la Revolución de Octubre, AJMÁTOVA hacía lecturas poéticas de sus poesías de carácter antisoviético en las que llamaba a los bolcheviques «enemigos que desgarran la tierra» y declaró que «ella no estaba en el mismo camino que el poder soviético».

A principios de 1924, AJMÁTOVA, junto con PUNIN, que se convirtió en su marido, se unió a un grupo de literatos hostiles y organizaba en su apartamento reuniones antisoviéticas.

A este respecto el detenido PUNIN declaró:

«Debido a nuestra actitud antisoviética, AJMÁTOVA y yo, conversando entre nosotros en más de una ocasión, expresamos nuestro odio al régimen soviético, calumniamos a los dirigentes del Partido y al gobierno soviético y expresamos nuestro descontento respecto a diversas medidas del poder soviético [...].

»En nuestro apartamento se organizaban reuniones antisoviéticas a las que solían acudir literatos descontentos y ofendidos por el poder soviético [...].

»Estas personas, junto con AJMÁTOVA y conmigo, discutían los acontecimientos del país desde posiciones enemigas [...]. AJMÁTOVA, en particular, expresaba infundios calumniosos sobre el trato cruel que el poder soviético dispensaba a los campesinos, se escandalizaba por el cierre de las iglesias y expresaba sus opiniones antisoviéticas respecto a toda otra serie de cuestiones.»

Como ha establecido la instrucción, en estas reuniones enemigas que se celebraron entre 1932-1935, tomó parte activa el hijo de AJMÁTOVA, GUMILIOV, en aquel momento estudiante de la Universidad Estatal de Leningrado.

A este respecto el arrestado GUMILIOV ha declarado:

«En presencia de AJMÁTOVA, durante las reuniones, expresábamos sin tapujos nuestros sentimientos enemigos... PUNIN admitía ataques terroristas contra los dirigentes del VKP(b) y el gobierno soviético...»

En mayo de 1934 PUNIN, en presencia de AJMÁTOVA, simuló con gestos cómo perpetraría un acto terrorista contra el *Vozhd* del pueblo soviético.

Las mismas declaraciones hizo el detenido PUNIN, que reconoció albergar actitudes terroristas contra el camarada Stalin y declaró que AJMÁTOVA compartía estas actitudes:

«En el curso de nuestras conversaciones, fabriqué toda clase de embustes contra el jefe del Estado soviético e intenté "demostrar" que la situación existente en la Unión Soviética sólo podía cambiarse en la dirección deseable para nosotros por medio de la aniquilación violenta de Stalin.

»En el curso de unas conversaciones sinceras que Ajmátova mantuvo conmigo, esta se mostró conforme con mis ideas terroristas y apoyó mis ataques hostiles contra el jefe del Estado soviético.

»Así, en diciembre de 1934, trató de justificar el asesinato desalmado de S. M. Kírov, valorando ese acto terrorista como una respuesta a la excesiva, a su parecer, represión del gobierno soviético contra trotskistas-bujarinistas y otras agrupaciones hostiles.»

Cabe remarcar que, en octubre de 1935, la dirección del NKVD de la región de Leningrado arrestó a PUNIN y GUMILIOV acusados de pertenecer a un grupo antisoviético. Sin embargo, poco tiempo después, fueron liberados por intercesión de AJMÁTOVA.

Respecto a los subsiguientes enlaces criminales con AJMÁTOVA, el detenido PUNIN demostró que AJMÁTOVA continuaba manteniendo con él conversaciones enemigas, durante las cuales vertía calumnias contra el VKP(b) y el gobierno soviético.

Además, PUNIN declaró que AJMÁTOVA acogió con hostilidad la Resolución del Comité Central del VKP(b) «Sobre las revistas *Zvezdá* y *Leningrad*», en la que se expuso una crítica justa a su obra ideológicamente perjudicial.

Esto también se confirma por los documentos existentes de los servicios secretos. Así, una fuente de la Dirección del Ministerio de la Seguridad del Estado de la región de Leningrado denunció que AJMÁTOVA, respecto a la Resolución del Comité Central del VKP(b) «Sobre las revistas *Zvezdá* y *Leningrad*», declaró: «Pobres, no saben nada o lo han olvidado. De hecho, todo esto ya estaba, todas estas palabras habían sido dichas y repetidas, las reiteran de año en año [...].

Nada nuevo se ha dicho ahora, todo esto ya era vox populi. Para Zóschenko fue un gran golpe, para mí sólo la repetición de sermones y maldiciones ya escuchados».

El MGB de la URSS considera necesario arrestar a AJMÁTOVA.

Pido su autorización

ABAKÚMOV

N.° 6.826/A 14 de junio de 1950

Están preparados para actuar. Sólo falta una voz de mando. Pero el amo se demora. Medita.

Por último, interrumpe la comunicación, no autoriza el arresto. Justo un mes después, el 14 de julio, en la nota aparece la resolución de Abakúmov: «Continuar trabajando».

Ajmátova, una vez más, se echó a los pies del verdugo supremo. Esto lo decidió todo. A fin de salvar al hijo, sacrificó lo último que le quedaba: su nombre de poeta.

La ofrenda fue aceptada, pero el resultado no fue la liberación del hijo, sino la salvación de Ajmátova. Todavía le quedan por delante dieciséis años de vida y creación.

No en vano he permanecido pura,
como una vela ante el Señor,
revolcándome junto a usted a los pies
del pelele verdugo sangriento.

No, no bajo el firmamento ajeno
y no bajo la defensa de alas extrañas.
Estuve con mi pueblo entonces,
allí, donde mi pueblo, por desgracia, estuvo.

«LOS HUNOS, DE ACUERDO. POESÍA, NI HABLAR»

El capitán Merkúlov todavía tuvo tiempo de cometer otro crimen, aniquiló «mediante la quema» todos los papeles confiscados en Fontanka, a excepción de la libreta de notas del frente donde Lev Gumiliov predecía el ocaso inevitable de Europa. Asimismo se destruirá el manuscrito *Historia*

medieval del Asia Central, resultado de sus investigaciones y reflexiones históricas. Era preciso –¡otra vez!– comenzar desde el principio.

El 13 de septiembre de 1950, durante una reunión especial en el MGB, se decide su nuevo pasaporte para el futuro: diez años en un campo de trabajo de alta seguridad por pertenecer a un grupo antisoviético, intenciones terroristas y propaganda antisoviética. Ninguna acusación concreta, excepto las conversaciones en casa quince años atrás. Envían a Lev a un campo, esta vez no para helarse en el norte glacial, sino para evaporarse en la tórrida Karagandá, en la estación de Karabás, en el campo Lugovoi. De allí lo trasladaron a Mezhdurechensk, después a los alrededores de Omsk, al mismo lugar donde una vez estuvo preso Dostoyevski. Una vez más se convenció Lev de cuánta razón tenía el gran escritor ruso: «Si el hombre confinado en el presidio no tuviese una ocupación propia a la que entregarse con todo su espíritu e intelecto, la reclusión sería para él insoportable».

A Lev Gumiliov, a quien de nuevo se le privó de su nombre para convertirse en el recluso B-739, número que llevaba cosido en una insignia en el chaquetón, le salvó su vocación, su pasión por la creación científica, su «santa locura». Tomaba de la vida lo que ella podía darle. En el campo se encontró con un comunista persa que le enseñó a hablar con soltura en persa. Conoció a chinos y supo de sus costumbres, se informó de cómo explicaban la historia del universo. Pedía con insistencia que le enviaran libros de ciencia y, al recibirlos, como eran pocos, los aprendía a fondo, de carrerilla.

La paradoja fue que su quebrantada salud resultó de lo más oportuna: reconocido como un inválido por sus enemigos, Lev se libró de los atroces trabajos forzados e iba en el grupo de los «deficientes», es decir, lo enviaban a desempeñar trabajos ligeros en contabilidad, la biblioteca o, simplemente, permanecía encarcelado en el barracón. Tenía tiempo. Pero estaba prohibido escribir. Entonces se acercaba al delegado operativo.

–¿Puedo escribir?

–¿Qué quiere decir escribir?

–Traducir poesía, escribir un libro sobre los hunos.

–¿Y para qué quieres hacerlo?

–Para no ocuparme de chismes o de intrigas y no causaros preocupaciones ni a vosotros ni a mí mismo.

–Lo pensaré –dijo el jefe, con desconfianza.

Después de pensarlo varios días, profirió:

–Los hunos, de acuerdo. Poesía, ni hablar.

Las noticias desde el campo llegan a Ajmátova con cuentagotas, la correspondencia estaba limitada, la revisaban: las verdades se quedaban en el tintero. El hijo hacía de tripas corazón: escribía que estaba sano, que trabajaba, le agradecía un envío, le pedía libros. Entre líneas se trasluce su ofensa: todos lo han olvidado, nadie intercede por él... Era injusto, la madre hacía todo lo que podía. Nadie en su lugar podría haber hecho más que ella. ¡Nadie, ni ella misma, era más importante que su hijo! Se dirigió a todo el mundo. A escritores influyentes –Fadéyev, Shólojov, Ehrenburg–, a autoridades científicas, incluso a honorables bolcheviques: todo fue en balde. Sólo hay una persona que puede decidir el destino de Lev, con una frase, con un movimiento de brazo o de ceja. Pero este guarda silencio, no responde. Es terrible hacer algo, porque su reputación saldrá seriamente perjudicada, piensa Ajmátova, pero estarse con los brazos cruzados es aún peor. De hecho, no se ha anulado la mortífera resolución del Comité Central dictada contra ella. Y ella no se arrepiente públicamente, no agacha la cabeza en presencia de la gente.

Después de publicar «Gloria a la paz», no se produce ningún cambio relevante. Lo cierto es que le dan la posibilidad de trabajar como traductora para que no se muera de hambre. La vuelven a aceptar en la Unión de Escritores. En la sesión celebrada con este motivo, un viejo amigo de Ajmátova y Nikolái Gumiliov, Mijaíl Lozinski, cita unas palabras de Lomonósov: es más fácil apartarle a él de la Academia de Ciencias que a la inversa. ¡La poesía de Ajmátova vivirá mientras viva la lengua en la que está escrita! Es poco probable que esto acrecentara la simpatía hacia ella

por parte de los jefes literarios y colegas: sólo sirvió para echar más leña al fuego.

«Deus conservat omnia» (Dios todo lo conserva), el lema inscrito en el escudo de armas de los condes Sheremétev, planeaba sobre Fontanni Dom y sobre la vida de su inquilina, Ajmátova. «La casa de los Rostov», la finca de Moscú sede de la dirección de la Unión de Escritores de la URSS, estaba presidida por el blasón de otro antiguo linaje, el de los Kolichev, con el lema: *«Deus, honor et gloria»* (Dios, honor y gloria). El escudo en la fachada se ha conservado hasta nuestros días, sólo la palabra «gloria» se ha desprendido. Pero ninguno de los escritores a los que se les pregunte ha reparado en el blasón, no saben lo que está allí escrito. Es posible, por ello, que ese lema no pueda bendecir la ausencia de «Dios, honor y gloria» que reinaba en la Unión de Escritores soviéticos.

Igual que cuando expulsan a Ajmátova de la Unión, ahora, después de rehabilitarla, tampoco nadie le propone publicar. Todo continúa como antes: en el banco de su patio siguen haciendo guardia «los guardianes» y en la puerta deambulan los «convoyes», espías, chicos y chicas con caras de perro y rojos como un tomate.

El comandante del Instituto Ártico acosaba con insistencia a los inquilinos del ala del edificio, les ofrecía variantes de cambio de piso, cada nueva opción peor que la anterior. Cuando Irina Punina se negaba a expulsar a Ajmátova, él le decía:

–Abandonen a la viejecita, y váyanse.

O:

–Si os vais, la viejecita, sin vosotros, no vivirá mucho...

Sin embargo, se produjo una gran mudanza. Un año más tarde Ajmátova, junto con la hija y la nieta de Punin, se trasladó a una nueva vivienda, en la calle Krásnaya Kónnitsa. Abandonó Fontanni Dom para siempre. Una sola ventaja: ¡ahora no tienen que pasar ningún control! ¡La entrada está libre!

Muere Stalin. Fusilan a Beria, caudillo de la Lubianka. El país aprende a vivir sin el patrón bigotudo. Sólo entonces Ajmátova creyó firmemente que volvería a ver a su hijo. Decide actuar. Justo en ese momento se presenta la

ocasión oportuna: el famoso arquitecto Rúdnev, creador de un nuevo edificio de la universidad en las Colinas Lenin y admirador de su poesía, era amigo íntimo de Voroshílov, el presidente del Presidium del Sóviet Supremo, y le propone a Ajmátova que le entregue una nota para hacérsela llegar.

> ¡Muy estimado Kliment Yefrémovich!
>
> Le ruego que salve a mi único hijo, que se encuentra en el campo de trabajo correccional (Omsk, buzón 125), y allí le dieron la invalidez...

Así comienza la carta de Ajmátova; tras una breve exposición de los hechos de la biografía carcelaria de Lev en campos de trabajo, escribe:

> Sobre el valor que representa su actividad científica para la historia soviética, pueden consultar a su maestro, el director del Hermitage M. I. Artamónov, y al profesor N. V. Kiúner.
>
> Mi hijo tiene ahora cuarenta y un años y todavía puede trabajar en provecho de su Patria, ocupándose de su actividad preferida.
>
> ¡Querido Kliment Yefrémovich! ¡Ayúdenos! Hasta los últimos tiempos, yo, a pesar de mi aflicción, he estado en disposición de trabajar: traduje para una edición conmemorativa de las obras de Victor Hugo el drama *Marion de Lorme* y dos poemas del gran poeta chino Qu Yuan. Pero siento que las fuerzas me abandonan: tengo más de sesenta años, he sufrido un grave infarto, la desesperación me carcome. Lo único que podría darme fuerzas es el regreso de mi hijo que sufre, de eso estoy segura, sin tener culpa alguna.
>
> 8 de febrero de 1954
> ANNA AJMÁTOVA

«R. A. Rudenko. Le pido que lo examine y ayude», escribe K. Y. Voroshílov en la súplica de Ajmátova y la manda al fiscal general. Pero su voz ya no era la de aquel Júpiter que en 1935 había resuelto el destino de Lev en un solo minuto. ¡Había que escribir a la provincia! La Fiscalía dirige una queja a la sección especial n.° 1 del Ministerio del Interior: «Solicito que se acelere la revisión de la reclamación, puesto que se encuentra bajo control por orden del camarada K. Y. Voroshílov».

Pero allí se lo toman con calma. Llega marzo. La sección especial n.° 1 del Ministerio del Interior envía la solicitud de Ajmátova junto con el sumario de instrucción de Lev guardado en el archivo a la sección de

instrucción para casos de especial relevancia. Allí se lo entregan al capitán Sokolov: «Especifiquen el primer caso y los materiales de 1935». Sospechan dónde está el quid de la cuestión.

Al mismo tiempo deciden comprobar qué pasa allí, en la profundidad de las minas de Siberia, con el tal Gumiliov. El informe que llega del campo Kamishevi no es benevolente con el preso: «Durante el período de mantenimiento en los lugares de reclusión lo sancionaron dos veces por infringir el régimen del campo. Por sus condiciones físicas se le considera inválido, no trabaja en la producción. No tiene carencia de aprovisionamiento de prendas de ropa». Pero una noticia obliga a ponerse en guardia: «La dirección del campo Kamishevi dispone de datos operativos de que Gumiliov ha expresado sus puntos de vista antisoviéticos en conversaciones con otros reclusos».

El 19 de abril el capitán Sokolov toma una resolución: se deniega la queja de Ajmátova. Resulta que es él, y no el fiscal general ni Voroshílov, el jefe del Estado, quien decide el destino del hijo de Ajmátova y, tal vez, el chivato anónimo que lo denunció en el campo de trabajo. Pero si profundizamos en la cuestión, era todo el país el que no estaba preparado para rehabilitar a los Gumiliov, padre e hijo. No estaba preparado para la verdad y la justicia.

En mayo, la Fiscalía toma la resolución de «denegar la reclamación», la traslada a la Comisión Central para la revisión de casos contra personas condenadas por crímenes contrarrevolucionarios. En junio, la Comisión Central decide desestimar la solicitud de Ajmátova. En julio, el fiscal general responde a Voroshílov: «desestimar». Casi medio año aguardó Ajmátova, esperanzada, para recibir, por fin, una respuesta burocrática sucinta:

> A la ciudadana Anna Andréyevna Ajmátova
>
> 6 de julio de 1954
>
> Le informo de que su petición junto con los documentos del caso de la acusación de vuestro hijo han sido examinados por la Fiscalía General de la URSS, el MVD de la URSS y el Comité para la Seguridad del Estado adjunto al Consejo de Ministros de la URSS, tomándose la

resolución de que L. N. Gumiliov fue condenado correctamente, razón por la cual su petición ha sido denegada.

Ayudante del Procurador General de Justicia Militar,

El coronel de Justicia, RENEV

La liberación llegó al cabo de dos años, después de la resolución del XX Congreso del PCUS sobre el culto a la personalidad, y aun así no como al resto, sino que lo liberaron en la última tanda, cuando casi todos sus compañeros reclusos ya habían sido puestos en libertad. Pero la rehabilitación pronto será doble: al principio en Omsk por decisión de la Comisión del Presidium del Sóviet Supremo, y enseguida después de esta, por la Corte Militar del Tribunal Supremo. A ello contribuyeron una nueva solicitud de Ajmátova y la intercesión a favor del talentoso colega de un grupo de eminentes científicos soviéticos: Struve, Konrad, Okládnikov, Artamónov. Pero lo principal es la temperatura política, el aumento de temperatura en la vida del país.

Durante el último interrogatorio en Omsk, Lev Gumiliov no ocultó nada, contó las palizas y torturas a las que lo sometieron y dio los nombres de sus torturadores, los jueces instructores. El acta de este interrogatorio es el último documento del sumario de instrucción y, tal vez, el único completamente sincero que hay en los tres expedientes que relatan sus tres calvarios.

¿Qué valor tienen estas actas de pobreza estilística, al lado de la exuberancia de los versos de Ajmátova y los brillantes tratados científicos de Lev? Tanto Lev, en calidad de historiador profesional, como Ajmátova, que conocía la historia de primera mano, sabían qué tesoros pueden ocultarse bajo la basura de los archivos: «Si supierais de qué escoria crecen los versos, sin conocer vergüenza, como un diente de león amarillo junto a la valla, como la bardana y el cenizo blanco».

La rehabilitación es doble, pero Lev Gumiliov no deja de ser un criminal de Estado. Quedaba pendiente el caso de 1935, el mismo que dio inicio a todo: «¡Clic!, y nuestro amigo Iósif desaparece...». La deuda

pendiente se prolonga durante cuarenta años, incluso hasta 1975, cuando, por fin, los sacristanes de la ley ilegal lo rehabilitan.

Pero entonces, en 1956, la primavera había llegado a la calle y a los corazones. Era el momento de las esperanzas y los cambios que ambos, madre e hijo, habían acogido como una fiesta.

–Soy partidaria de Jruschov –decía con orgullo Ajmátova.

Ahora los detenidos volverán y dos Rusias se mirarán a los ojos, frente a frente: la Rusia que encarceló y la que fue encarcelada.

En mayo se produce el reencuentro entre madre e hijo. Y ambos parecen haber rejuvenecido: las caras se desarrugan, las voces tintinean y recobran fuerzas. Entonces se cierra de manera oficial el expediente abierto contra Ajmátova y su vigilancia. Los tiempos más feroces y caníbales quedan atrás. Pero aquello que la gente consumida por las penas y mutilada recibe como una primavera, resulta ser sólo el «deshielo».

La resolución del Comité Central que ensombrece la reputación de la poeta Ajmátova no será anulada y la vigilancia no se interrumpirá del todo. La última denuncia contra ella, según el general Kaluguin, data del 23 de noviembre de 1958, después de que se cerrara el caso contra ella. El «caso» era enorme: ni más ni menos que novecientas páginas, tres tomos. La crónica de la vida de la poeta seguida por los ojos de los organismos de la Seguridad del Estado. Seguramente con poemas. ¡Un material inestimable! ¡Un monumento literario! Tal vez se pudiera hacer una edición facsímil de los tres tomos.

–Se destruyó el 24 de junio de 1991 por orden de la dirección del KGB en la región de Leningrado.

Esa fue la respuesta cuando, oficialmente, como miembro de la comisión para el patrimonio literario de los escritores represaliados, pedí el expediente para estudiarlo.

Así que lo destruyeron. ¿Cuándo? Antes de la histórica intentona golpista de agosto. Pero ¿para qué? De hecho, todo el mundo ya sabe que es una gran poeta, un clásico. Los organismos de seguridad podrían haber cometido una buena obra después de tantos crímenes y decir: hemos

salvado uno o, tal vez, varios poemas de Ajmátova. Y los hechos que faltaban conocer de su vida.

Explicaron:

–El artículo setenta fue anulado, conservar documentos después de la anulación del artículo era ilegal...

¡Pero era una formalidad! Aquello no era propiedad del KGB, allí había poemas robados y memoria.

La respuesta vino acompañada de una sonrisita:

–Pero ¿para qué difamar a una buena persona? Allí había materiales comprometedores contra ella...

¡Qué atención más conmovedora! Como si ellos pudieran denigrar a Ajmátova.

De repente, viene a la memoria la frase del chequista durante el último arresto de Lev Gumiliov:

–Por favor, ocúpense de Anna Andréyevna, cuídenla... Por lo demás, todo está claro: borraron las huellas para absolver a su departamento a ojos de las generaciones venideras.

UNA VECINA

Después de pasar encerrado catorce años, Lev Gumiliov volvió a Leningrado con dos maletas abarrotadas de manuscritos. En el campo acabó la monografía *Junni* [Los Hunni] que será publicada en la década de 1960, y trabajaba en un libro sobre los turcos que se convertirá en su tesis doctoral.

Tiene por delante toda una vida: ¡36 años! En este período de tiempo adquirirá gran popularidad, se convertirá en un gran especialista en historia de los pueblos de Asia Central y la Rusia antigua, dos veces doctor en historia y geografía, autor de una decena de monografías fundamentales, libros de ciencia, éxitos de ventas, y 150 artículos. Y todavía le quedan fuerzas para polemizar con un sinfín de oponentes y periodistas.

Se cubrirá de gloria a escala mundial, con una concepción original de la historia étnica de la Tierra, la teoría de la etnogénesis que, por primera vez,

concibió bajo las tarimas de la cárcel de Krestí, continuó en Lefortovo, perfeccionó y fundamentó basándose en los estudios del académico Vernadski sobre la biosfera y verificó con conocimientos actualizados tras ser puesto en libertad. Armado en la ciencia no con microscopio, sino con telescopio, Lev Gumiliov vio claro y creó su sistema de subetnias, etnias y superetnias, todas las galaxias de la humanidad. Según Gumiliov, todos los pueblos, como cualquier «organismo», nacen, crecen, envejecen y mueren. La máxima longevidad de una etnia ronda los 1.500 años. Por causas cósmicas, a consecuencia de la mutación, aparecen en lugares determinados de la Tierra los *passionari*, personas portadoras de una energía aumentada y la aspiración al ideal. Ellos crean un germen, desarrollan la realidad reciente para una nueva etnia que crecerá, prosperará, dará frutos, pero que inevitablemente desaparecerá, se convertirá en un relicto.

Según esta misma teoría, el propio Lev Gumiliov fue, sin duda, un *passionari*, sólo que no vivió en la época del florecimiento de su etnia.

Consideró la obra del científico a su manera, con inspiración:

> Mantener el interés hacia un trabajo sólo es posible una vez abiertas las venas y vertida la sangre caliente en las líneas; cuanta más sangre se derrame más fácil se leerá el libro, y más fijará este la atención. El alma se transformará consecuentemente [...]. Es un modo de autocancelación del alma y el corazón. Y está bien si el descubridor, después de la proeza, abandona el mundo. Este quedará siempre en la memoria de sus allegados, en la historia de la ciencia.

Esta percepción del mundo es una forma de vida que heredó del padre y la madre, le acompañó durante toda su vida y de ello ya hablaba en la juventud, en una poesía.

> El don de las palabras, ignoto por la mente,
> me fue prometido al nacer.
> Es mío. Ante mi voluntad
> todo se somete. Tierra y aguas...
>
> Y veo: el misterio de la existencia
> es mortal para la boca terrenal.
> Y la palabra galopa a lo largo del misterio
> como un caballo por la orilla del mar.

En su relación con la madre se comportará como un niño ofendido. Sólo pensaba en ella, se olvidaba de él, no intercedía demasiado por él. Recriminaciones mutuas, malentendidos e incluso sospechas ocultas que, a veces, salieron a flote:

–Mamá no quería a papá, y esa aversión me la trasladó a mí...

Cuando uno de los «ajmatovianos», un numeroso círculo de adoradores y aduladores de Anna Andréyevna, se lo contó, se echó a llorar:

–¡Nos está vendiendo!

¿Habían tenido vidas demasiado diferentes por culpa de las largas separaciones? ¿Representó un obstáculo entre ellos el mismo «complejo» de independencia y liderazgo que había separado a Ajmátova del padre de Lev? De hecho, el pequeño Gumiliov necesitó toda la vida para demostrar no sólo su derecho a ser el hijo de ambos, sino el derecho a tener una existencia propia. Y él lo hizo, venció al destino. ¿O simplemente los dos, entrados en años y enfermos, necesitaban apoyo y atenciones, pero no pudieron consagrarse el uno al otro?

El hijo vivía tempestuosamente, con avidez, decidido a recuperar las oportunidades y alegrías perdidas durante los años de reclusión. No quería ser considerado sólo por lo que representaba su madre sino por sí mismo, por méritos propios. Ella no podía vivir «a la sombra de Lev», él «a la sombra materna», cada uno necesitaba defender su propio espacio vital, y juntos les faltaba el aire. Al final, dejaron de verse, vivieron separados, a veces sin verse durante años. Cada uno tenía razón a su manera. Y el ambiente que rodeaba a ambos sólo contribuyó a enconar los ánimos y a sembrar cizaña.

«Intentaba crear los mínimos problemas a mi madre –decía él–. Al principio viví con mi abuela, después hice algunas expediciones, estuve en la cárcel, fui a la guerra, volví a estar preso. Nuestro trato tuvo un carácter episódico. Es mejor creer que el destino es el malo y la madre la buena. Mejor así que al revés...»

Y ella tampoco lo entendió, le parecía que él reducía el nivel de sus relaciones a lo puramente cotidiano o psicológico, descuidando lo más importante, lo providencial.

–Se encerró en sí mismo.

–¡No! Él no era así, lo han hecho así.

«Comenzó a despreciar y odiar a la gente y dejó de ser persona –consideraba Ajmátova despiadadamente en su diario, medio año antes de morir–. ¡Que Dios le ilumine! ¡Mi pobre Lévushka!» Lo comparaba con Joseph Brodsky, quien según dicen también vivió en un campo de trabajo soviético, pero «ni sombra de rabia o altanería». ¿Acaso es justo comparar esos dos destinos, completamente diferentes? Es lo mismo que comparar los tiempos de Jruschov con los de Stalin. Aquí es perceptible la ofensa.

Como si objetara a la madre, Lev, en una conversación con un amigo, el filólogo Eduard Babáyev, dijo:

–Dicen que he regresado del campo de trabajo con rabia acumulada, pero no es cierto. En mí no hay encarnizamiento ni irritación. Al contrario, aquí me preocupa todo: lo conocido y lo desconocido. Dicen que he cambiado. No es de extrañar. Estoy de acuerdo en que he perdido mucho. Pero también he adquirido mucho. Tengo ideas para llenar toda una biblioteca de libros y monografías. He visto mucho de Asia y Europa...

Lev Gumiliov vivirá un siglo largo y doloroso, pero destacará por su talento, su destino excepcional.

Y Ajmátova... ella murió en 1966, el mismo día que murió Stalin, el 5 de marzo, ¡después de sobrevivir trece años al verdugo! Se publicarán sus libros, sin muchas de sus mejores poesías, amputados y con prefacios bárbaros, pero cada vez más y mejor. Adquirirá fama mundial, viajes a Oxford y Sicilia, una cohorte de admiradores, discípulos, imitadores e investigadores, reverencias e incluso culto, todo lo que ella esperaba. El gran dolor de toda su vida y que nunca la abandonó fue la preocupación por su hijo. Ella define sus relaciones con él como «una despedida prolongada». ¿Acaso no es lo mismo que le ocurrió con el padre, Nikolái Gumiliov?

Poco antes de morir ella quiso reconciliarse con Lev. Le confesó a Emma Guershtein:

–No hacen falta explicaciones. Sólo que viniera y me dijera: «Mama, cóseme este botón».

Ajmátova le envía desde un sanatorio de los alrededores de Moscú su nuevo libro *Beg vremeni* [El correr del tiempo], la colección de poemas menos censurada en los últimos cuarenta años, aunque sin *Réquiem* y sin mucho de lo que conforma la mejor parte de su legado. Le escribió la siguiente dedicatoria: «A Lev de parte de mamá. Liusanich, ¿está bien?».[13] La caricia maternal que a él siempre le faltó. Esa nota la escribió cuatro días antes de morir.

Anna Ajmátova es una poeta cuya consideración del destino y obra poética no se debilita con el tiempo a pesar de todas las metamorfosis y naufragios públicos. Y eso no obedece a que sea una autora clásica cuya pluma dorada ha engendrado obras maestras de la poesía rusa. Ajmátova es superior en la medida que sufrió en primera persona el yugo de la historia, sin abandonar su país desdichado. ¡No vivió precisamente en una torre de marfil! Soportó todo, casi al límite de sus fuerzas, hasta el final de su vida, junto a su pueblo.

Nos quedamos cortos si decimos que Ajmátova cayó en desgracia durante el poder soviético. Fue represaliada: con los arrestos, cárceles y campos de trabajo por donde pasaron su hijo, marido, amigos y cercanos más allegados, con el acoso y la prohibición de publicar, una vigilancia humillante, escuchas, denuncias y registros a hurtadillas, el castigo que representó la resolución del Partido que pesó sobre ella hasta el fin de sus días... Ahora ha salido a la luz que el poder preparaba contra la poeta la represión física y definitiva: la marginación de la sociedad y la aniquilación. Sólo la providencia lo impidió, un proyecto del destino que dictó la victoria en su duelo contra el tirano.

A Nikolái Gumiliov le privaron de la vida, a Lev le mutilaron la vida y a Anna Ajmátova le sucedió de otra forma:

> Yo, como un río,
> fui encauzada en esta época cruel.
> Extraviada de sus orillas familiares,
> mi vida sustituida desembocó

en un cauce hermano.

Y otra mujer ha usurpado
el lugar especial reservado para mí,
y lleva mi nombre legal
dejándome un sobrenombre con el cual
hice, probablemente, lo que pude.

El tiempo ha conservado el pase para acceder a Fontanni Dom, desde el cual nos mira fijamente una cara hermosa y trágica de mujer. Y una nota: «Anna Andréyevna Ajmátova, vecina».

Pero queda otro pase a la eternidad: las poesías de Anna Ajmátova.

[...] son nuestras sombras las que pasan corriendo
sobre el Nevá, sobre el Nevá, sobre el Nevá,
aquí está el Nevá batiendo contra los escalones,
aquí está tu pase a la eternidad.

---

1. S. A. Tolstaya (1900-1957), nieta de L. N. Tolstói.

2. Véase con más detalle el capítulo 3: «La calle de Mandelstam».

3. L. Y. Guinzburg (1902-1990). Historiadora y crítica literaria.

4. «Estos tipos hacen capital de nuestro infortunio.»

5. Archivo Central de FSB RF *(Federálnaya Sluzhba Bezopásnosti Rossiiskoi Federatsii)* (Servicio Federal de Seguridad de la Federación de Rusia).

6. Diminutivo de Nikolái. *(N. de los T.)*

7. La suerte no sonreirá por demasiado tiempo al delator: al cabo de un año caerá entre rejas, un jurado popular lo juzgará y condenará a dos años de reclusión. Lo enviarán a la construcción del canal Moscú-Volga. Después de eso, su rastro se pierde.

8. Los investigadores consideran la leyenda de que Ajmátova procediera del kan Ajmat de la Horda de Oro, el último kan tártaro que recibió tributos de los príncipes rusos.

9. «Así pasa la gloria del mundo.»

10. Se refiere al libro de Ajmátova *Anno Domino MCMXXI.*

11. La nota de Abakúmov se conserva en el Archivo Central del KGB, pero no en el archivo de las instrucciones sino en otro fondo, más profundo, y me fue entregada en calidad de presidente de la comisión para el patrimonio literario de los escritores represaliados. Publicada por vez primera en

«Antiterroristícheskaya operatsia protiv Ajmatovoi» [Operación antiterrorista contra Ajmátova], V. Shentalinski, *Nóvaya gazeta*, n.° II (582), 20-26 de marzo de 2000.

12. A. A. Ajmátova nació en 1889.

13. Broma familiar cuyo origen explica la propia Ajmátova. Esta sentía mucho afecto por un niño que se llamaba Valia Smirnov, vecino del apartamento de Punin y fallecido durante el sitio de Leningrado: Ajmátova le daba clases de francés, le enseñaba a pronunciar *«le singe»* (el mono), y le pedía que repitiera /lə sẽʒ/. El niño, que de ninguna manera lograba aprender la palabra, salía corriendo de la habitación, después asomaba la cabeza y, ofreciendo su particular variante de pronunciación, preguntaba: «*¿Liusanich?*, ¿está bien?».

T1 *Bivshie liudi* (literalmente «gente del pasado»), término con el que se referían a las élites políticas, sociales y económicas del antiguo régimen zarista y que incluía tanto a propietarios, dirigentes de Estado, sacerdotes, policía y otros oficiales zaristas, como a *kulaks*, comerciantes, molineros, etcétera. *(N. de los T.)*

T2 Siglas de *Raboche-krestiánskaya Krásnaya Armia* (Ejército Rojo de Obreros y Campesinos), denominación de las fuerzas armadas organizadas por los bolcheviques durante la guerra civil rusa. Su existencia se prolongaría hasta 1991, cuando desapareció con la desintegración del Estado soviético. *(N. de los T.)*

T3 Primer verso del poema satírico en el que Ósip Mandelstam cargaba contra Stalin y por el cual, en 1934, le fue impuesta una pena de tres años de exilio en Vorónezh. En 1937 regresa a Moscú donde, al poco, vuelve a ser arrestado y enviado a un campo de trabajo en Vladivostok del cual nunca regresó. *(N. de los T.)*

T4 Del poema «El lector» (1959), de Ajmátova. *(N. de los T.)*

T5 Poema de Ajmátova de la década de 1930. *(N. de los T.)*

T6 Acrónimo de *Pomosch Politicheski Zakliuchennim* (Ayuda a los Presos Políticos), también conocida como Politpomosch. *(N. de los T.)*

T7 «El último brindis» (1934). *(N. de los T.)*

T8 Maria Serguéyevna Petrovij (1908-1979), poeta rusa y traductora, en especial de poesía armenia. La única obra poética que publicó en vida fue *Dalnee dérevo* [El árbol lejano]. *(N. de los T.)*

T9 Guardia imperial que surgió en el siglo XVI, fruto del esfuerzo de Iván IV por reformar el ejército ruso. No obstante, pronto demostró ser un cuerpo poco efectivo y arcaico. En 1698 se alzaron en Moscú contra Pedro I y sus reformas, que acababan con las prerrogativas históricas de los Streltsi. Pedro I sofocó la rebelión con severidad –en la memoria tenía el ataque sangriento de los Streltsi al Kremlin en 1682–, ejecutando a 1.200 insurrectos y exiliando a otros seiscientos. *(N. de los T.)*

T10 Siglas de *Vsiesoyúznaya Kommunistícheskaya Partia (bolshevikov)* (Partido Comunista de la Unión Soviética [de los bolcheviques]). *(N. de los T.)*

T11 Alusión irónica a Stalin; en muchas pinturas realistas aparece rodeado de niños. *(N. de los T.)*

T12 Archivo central de FSB RF *(Federálnaya Sluzhba Bezopásnosti Rossiiskoi Federatsii)* (Servicio Federal de Seguridad de la Federación de Rusia).

T13 Personaje de varias obras de Alphonse Daudet. *(N. de los T.)*

T14 Vagón destinado al transporte de presos. En *Archipiélago Gulag*, Solzhenitsin explica el origen de este término. Fue puesto en servicio durante el mandato de Stolipin para el transporte de emigrantes hacia las regiones orientales. Aunque las autoridades del Gulag, en su utilización posterior, se referían a estos vagones como «vagón-*zak*» (*zak*, abreviatura de *zakliuchonni*, «recluso»), los reclusos, rechazando el nombre oficial, utilizaban el acuñado por los presos de la década de 1920 a raíz del asesinato de Stolipin, primer ministro de Nicolás II. *(N. de los T.)*

T15 Shumovski desarrolló esta idea en varias de sus obras, por ejemplo *Stranstvia slov* [La peregrinación de las palabras]. El filólogo revela el origen de muchas palabras rusas de uso común y se vale de la comparación con otras lenguas, en mayor medida orientales. Esto le posibilita construir una historia científica de la lengua rusa y fundamentar la necesidad de la existencia de una nueva ciencia, la filología oriente-occidental *(oroksologuia). (N. de los T.)*

T16 Gueorgui Mijáilov Dimitrov (1882-1949), comunista búlgaro, secretario general de la Komintern desde 1935 y primer presidente de la República Popular de Bulgaria. *(N. de los T.)*

T17 Diminutivo de Lev. *(N. de los T.)*

T18 En contraposición al «archipiélago» del Gulag, el «continente» es la zona adonde quieren regresar los detenidos, la tierra de la libertad. *(N. de los T.)*

T19 Quiere decir que son inofensivas. Ajmátova utilizaba esta palabra en ese sentido. Por ejemplo, cuando se refería al inicio de la década de 1930 los llamaba «años vegetarianos», es decir, relativamente tranquilos en comparación con los «años carnívoros» que llegarían más tarde. *(N. de los T.)*

T20 Término cuyo significado es «plácida complacencia» y que hace referencia a la beatitud de Manilov, personaje de la obra *Almas muertas* de Gógol. *(N. de los T.)*

El petrel en la jaula
Maksim Gorki

LA MÁSCARA Y LA CARA

Maksim Gorki no fue víctima de la represión. Vivió y murió rodeado del honor y el respeto que le brindaron las autoridades soviéticas. De todos modos, pregunté en el archivo de la Lubianka si tenían documentos sobre él, consciente de que ningún gran artista, y mucho menos tratándose de una celebridad mundial como Gorki, podía haberse mantenido alejado de la atención de la Lubianka. El control político y la vigilancia de las mentes y la creación eran totales, universales. Pedí los documentos un poco al azar, pero a sabiendas de que los órganos habían echado una red demasiado tupida sobre la sociedad para que se les escapara un pez tan gordo. Y no me equivocaba...

> ¡Vladímir Ilich!
>
> No tengo la intención de trabajar con Zaks[1] ni quiero hablar con él. Soy demasiado viejo para permitir que se burlen de mí...
>
> Además, creo que ya va siendo hora de que me retire...

Maksim Gorki escribió estas líneas a Vladímir Lenin.

Hube de pasar mucho tiempo revolviendo montones de periódicos y libros en las bibliotecas y leyendo informes en los archivos para llegar a comprender la clase de documentos que tenía ante mí.

En primer lugar, descubrí un hecho sorprendente: Gorki era un escritor sin biografía escrita. ¡Y eso cuando corría el año 1990, es decir, setenta años después de su conversión en un icono de la historia soviética!

En la ingente bibliografía dedicada a él se repite siempre el mismo surtido de datos seleccionados y cuidadosamente filtrados y apilados para componer una especie de hagiografía. Es como si una mano invisible, pero firme, hubiese trazado una línea que marcara el límite de lo que se puede saber y lo que no. Las relaciones de Gorki con sus contemporáneos están tergiversadas, algunas personas han sido literalmente borradas de su vida. La *Létopis zhizni i tvórchestva* [Crónica de la vida y de la obra] del escritor, publicada en cuatro tomos, está plagada de omisiones e incoherencias. Y muchas cartas, entre las que se encuentran las del exilio, todavía hoy siguen inéditas, y las que han sido publicadas están muy censuradas. ¿Qué esconden estos tijeretazos? Sucede lo mismo con los artículos y las fotografías, así como con los documentos de los archivos, muchos de los cuales están guardados bajo siete llaves.

Resumiendo, Gorki –una celebridad mundial– resultaba ser el autor soviético más desconocido.

> Sobre la brumosa llanura del mar el viento arremolina los nubarrones. Entre los nubarrones y el mar orgulloso planea el Petrel, cual negro relámpago... Y este profeta de la victoria grita: «¡Que la tormenta retumbe más fuerte!...».

Cuando éramos niños, en las escuelas nos obligaban a aprender de memoria este fragmento de Gorki.

La tormenta era la Revolución y Gorki, el Petrel, el Mensajero de la Revolución... Así fue como esas asociaciones se grabaron para siempre en nuestra conciencia, en nuestra historia, desde nuestra más tierna infancia. La novela *La madre* es la primera obra maestra del realismo socialista, y Lenin la tenía en gran estima. Pero no nos detengamos en ella, es de una pesadez insufrible... La obra de teatro *Bajos fondos* ya es otra cosa, por supuesto. «La palabra persona suena soberbiamente, es magnífica. ¡Per-so-na!»

Gorki tenía un doble rostro. Por un lado estaba el catálogo de estereotipos, metidos a presión en nuestra cabeza hasta el punto de que llegaban a hacerse muy familiares, como el retrato con el mostacho que pendía en cada escuela y biblioteca, normalmente secundando a los de Lenin y Tolstói. Gorki era un icono intocable. Y por otro, hay que reconocer su indudable talento. Pero cada vez apetecía menos leerlo, recordaba un pasado lejano. Preferíamos a Bunin antes que a Gorki (por algún motivo siempre los comparaban), lo que se consideraba un signo de disidencia, de libre pensamiento.

En pocas palabras, siempre consideré a Gorki un Escritor con mayúscula, a pesar de que nunca fue mi preferido. Y dudaba de que llegara a serlo nunca.

Después, durante muchos años Gorki dejó de existir para mí. Mientras pasaba el invierno en una estación polar de una isla del océano Ártico, decidí releer la obra de todos los autores clásicos (¡una idea arrogante!), pero cuando llegué a Gorki, me quedé atascado en el segundo o tercer tomo. No pude con él.

Un día visité con mi hijo Seriozhka, que entonces tenía ocho años, la casa museo de Gorki en Moscú, cerca de la puerta Nikitskie. Me quedó grabada una frase de la señora de guardarropía, que me susurró como si fuera un secreto:

–Aquí Gorki vivía rodeado de la máxima amargura…[T1]

¿Por qué? Era una residencia lujosa. Seriozhka, acostumbrado al modo de vida soviético, a un piso comunal de una sola y minúscula habitación donde la familia se las ingeniaba para colocar el escritorio y la mesa para comer, la cama de los padres, la de los niños y el sofá cama de la abuela, las estanterías para los libros, una alacena y un armario para la ropa y los trastos –y si las musas visitaban a la familia, había que meter también un piano y una máquina de escribir–, quedó impresionado.

–Papá, ¿y quién limpiaba todo esto?

–¿Quién? Los criados.

–¿Cómo que los criados? –Seriozhka no daba crédito a sus oídos. E inmediatamente me ordenó–: ¡Salgamos de aquí!

Nada de esto concordaba con la imagen de «cantor del dolor del pueblo», de mártir y defensor de los oprimidos, que invocaba la Revolución para que se hiciera justicia en el mundo, que mi hijo, con su espíritu democrático, tenía de él. En cuanto a mí, la afirmación sobre la amarga vida que Gorki había tenido en esta residencia, rodeado de comodidades, me resultaba sorprendente.

Pasaron unos años. Mi amigo, el solitario pintor Shumilin, murió. Después del entierro, fui a su casa, su piso guarida, para recoger unos cuadros, ya que Shumilin no tenía familia. Estuve todo el día desmontando, apilando, empaquetando, fumando, recordando. Llamé un taxi. Me disponía a salir cuando se me ocurrió mirar en el trastero. Allí, entre un montón de ropa, de pinturas y pinceles resecos, había un par de bultos redondos y pesados envueltos en papel.

Desenvolví uno y me aparté de golpe: ¡Lenin! Una máscara mortuoria de cemento. Desenvolví el otro objeto: la máscara de Maksim Gorki, menos pesada, ya que estaba hecha de yeso... Dos rostros de la muerte, ensimismados, misteriosos, terribles. ¿Qué podía hacer con ellos? ¿Dónde meterlos? Para Shumilin quizás eran modelos, pero ¿para mí?

Los metí en un saco pensando que ya decidiría más tarde qué hacer con ellos.

Me puse en contacto con el museo Gorki y con el museo Lenin, pero en ambas instituciones me informaron de que ya tenían otras máscaras y que no las necesitaban. Así que arrinconé las máscaras en mi trastero, donde siguen en la actualidad. Pero no dejan que me olvide completamente de ellas, me interrogan...

Lo que me causó más impresión aquella tarde en casa de Shumilin fue la implacable y hostil oposición entre los rostros y las máscaras, entre la vida y la muerte. ¿Cómo podía imaginar que, transcurridos los años, volvería a encontrarme con las dos máscaras en la Lubianka? ¿Sería capaz ahora de reconocer el rostro que se escondía tras la máscara?

Lenin y Gorki. Dos grandes amigos. No obstante, ¡ay!, en los documentos que encontré en la Lubianka esa amistad se presenta bajo una nueva luz, sin la pátina de oropel habitual. Pero antes de empezar a hablar de estos documentos, recordemos la historia de las relaciones entre Gorki y Lenin.

Se conocieron en 1905, aunque hacía mucho que habían oído hablar el uno del otro. Y enseguida surgió una simpatía entre los dos rebeldes del Volga, que ansiaban reconstruir Rusia. Al principio de su relación, fue Gorki quien más ayudó a Lenin, pues el escritor ya era famoso y vivía entre comodidades, mientras que el político y su Partido apenas empezaban a consolidarse y a aspirar al poder. Pero cuando el escritor romántico se apartaba de la línea dura y realista del líder –lo que sucedía a menudo–, este le corregía y lo educaba en el espíritu marxista. Estas diferencias, sin embargo, no empañaron su amistad, ya que por entonces no sobrepasaban el terreno de las teorías y los sueños. Al final, Gorki zanjaba con una sonrisa los ataques y reproches que recibía por sus desatinos políticos, y decía: «Ya sé que soy un mal marxista. Pero nosotros, los artistas, somos un poco irresponsables...».

¿Qué podía responder a eso? Vladímir Ilich lanzaba un suspiro de impotencia.

Pero al fin había llegado, ¡la Revolución que tanto habían anhelado los bolcheviques se materializó! Los sueños se convirtieron en realidad; de las palabras se pasó a los hechos.

Gorki estaba horrorizado. ¿Quién iba a dirigir el baile a partir de entonces? ¡Unos fanáticos ciegos y oportunistas! ¡No sería Lenin, sino el propio pueblo quien tendría que pagar el precio de la vergüenza, del disparate y de la sangre vertida! El escritor, que seguía de cerca los acontecimientos, publicó en el periódico *Nóvaya Zhizn* [Vida nueva], sus *Pensamientos inoportunos,* en los que rechazaba la Revolución bolchevique, al no ver en ella sino un presagio de tragedia y muerte para Rusia.

Este Gorki no tenía nada que ver con el que nos habían enseñado en la escuela. El periódico *Nóvaya Zhizn,* cuyo redactor jefe era Gorki, fue cerrado en verano de 1918 por orden de Lenin. A su vez, los *Pensamientos*

inoportunos fueron prohibidos y no se han vuelto a publicar en Rusia hasta hace muy poco.

Pero Ilich siempre decía para calmar los ánimos: «No, Gorki no nos dejará. Todo esto es temporal, no va a durar. Estad seguros de que pronto se pondrá de nuestra parte...».

Y tenía razón. O Gorki, en efecto, cambió y se arrepintió, o bien simplemente se pasó al bando de los vencedores. Ambas posibilidades son verosímiles.

«Me dispongo a trabajar con los bolcheviques sobre un principio de autonomía –escribe a Yekaterina Pávlovna Péshkova, su primera esposa–, estoy harto de la oposición académica y débil de *Nóvaya Zhizn.*»

Una expresión maravillosa esta de «principio de autonomía», que no es nada más que otro intento de Gorki de salvaguardar su propia independencia, su personalidad ¡bajo el poder de los bolcheviques, durante la dictadura!

Precisamente entonces Maksim Péshkov, el hijo de Gorki, que trabajaba para Féliks Dzerzhinski, el jefe de la Checa, informa confidencialmente a Lenin:

> Mi padre empieza a sentar la cabeza, se está haciendo «más izquierdista». Incluso ayer mantuvo una acalorada disputa con nuestros socialistas revolucionarios que, al cabo de diez minutos, huyeron de un modo vergonzoso.

El disparo de Fanny Kaplan[2] afectó al escritor, quien siempre estuvo del lado de las víctimas. Gorki fue a visitar a Lenin, que estaba convaleciente en el Kremlin, y de nuevo se sintió un bolchevique. Años más tarde Gorki reconocería que

> hasta que Vladímir Ilich sufrió el atentado no comprendí lo que significaba. Nuestro encuentro fue muy cordial, pero, lógicamente, los ojitos penetrantes (y que alcanzan a verlo todo) del amable Ilich me observaban a mí, «la oveja negra», con una lástima evidente [...]. Su actitud hacia mí era a un tiempo la del maestro severo y la del amigo afable y solícito.

La amistad de antaño renació. Y la fortalecieron con hechos. Gorki se enfrascó en una actividad frenética en el «frente de la cultura»: organizó la editorial Vsemírnaya Literatura [Literatura Mundial], en la que congregó a las mejores plumas del país; fundó la Comisión Panrusa para la mejora de las condiciones de vida de los científicos y dirigió una Comisión de expertos encargada de reunir un fondo especial de las riquezas y las obras de arte nacionalizadas. Estas tres instituciones tuvieron una gran repercusión en su época: gracias a ellas se salvaron de la destrucción muchas riquezas culturales, y al mismo tiempo se protegió a muchos científicos, escritores, pintores y músicos, que gracias a Gorki se libraron de una muerte segura.

La guerra civil afectaba todos los frentes. Un hambre terrible asolaba a la población y todo el país vivía tiempos convulsos. Gorki, que residía en Leningrado, hizo lo que pudo para salvar la cultura que estaba sucumbiendo. No había tiempo para ocuparse de sus propias obras; lo más importante era ayudar a los intelectuales a sobrevivir: les conseguía harina, pescado seco y leña, impedía que les echaran de sus casas o que los detuvieran. Habría sido imposible realizar ese titánico trabajo sin la ayuda de Lenin. En esa época, el escritor y el político se veían a menudo: Gorki iba a visitar a Lenin en el Kremlin o en la dacha que este tenía en la aldea que había sido bautizada con el nombre del escritor; se carteaban y se intercambiaban libros.

Pero a mediados de 1919 sus relaciones se enfrían de nuevo. Al darse cuenta de que todos sus esfuerzos no logran cambiar nada y que la Revolución y la cultura cada vez resultan más incompatibles, Gorki se hunde en la desesperación.

Una vez más, Ilich se impone la tarea de corregir y reprender a su amigo y le escribe:

> Es evidente que tiene usted los nervios destrozados... No sé cómo ha llegado a la «conclusión» de que la Revolución no puede llevarse a cabo sin la *intelligentsia*. Es una idea propia de una mentalidad enfermiza... Ocúpese de su profesión, que está infestada de una enfurecida intelectualidad burguesa, y deje de meter las narices en la política y de observar las *tareas* de construcción política... Está claro lo que le ha hecho enfermar: según usted mismo escribe, no

> sólo le resulta penoso vivir, sino hasta «detestable». ¡Y con razón!... Como le da asco la vida, su discrepancia con el comunismo «se agrava» [...]. No quiero hacerme pesado con tantos consejos, pero no puedo dejar de decirle una cosa: cambie radicalmente su situación y su entorno, su lugar de residencia y su ocupación, porque si no lo hace quizá la vida acabará por repugnarle del todo.

Una vez más, el líder exhorta al escritor, que estaba a punto de rebelarse, a cambiar de actitud, lo reconduce a la verdadera fe, lo cuida como haría un médico a un enfermo, como un padre a su hijo insensato. Y de un modo cada vez más insistente le aconseja que abandone el país, lo empuja a marcharse, a pesar de que se supone que es justo entonces cuando la patria precisa de auténticos patriotas y de activistas culturales. Estos consejos sólo consiguieron afligir y enojar a Gorki, quien sospechaba que respondían a un deseo de quitarse de encima a un fastidioso defensor de los enemigos del nuevo régimen.

Pero Lenin no deja en paz a Gorki, vuelve al ataque una y otra vez, intentando que dé su visto bueno a las detenciones de los intelectuales:

> ¡Apreciado Alekséi Maksímovich!... En general, la decisión de detener a los cadetes (y a gente de su entorno) ha sido necesaria y correcta.
>
> Cuando leo su sincera opinión al respecto, me acuerdo sobre todo de una frase que se quedó grabada en mi memoria tras nuestras conversaciones (en Londres, y más tarde también en Capri): «Nosotros, los artistas, somos un poco irresponsables».
>
> ¡Precisamente! ¿Qué razones tiene para pronunciar palabras tan severas? El hecho de que unas cuantas docenas (¡aunque fueran centenares!) de señoritos cadetes y simpatizantes estén entre rejas para prevenir conspiraciones... no puede ser tan grave. ¡Qué calamidad! ¡Qué injusticia!...
>
> Las fuerzas intelectuales de obreros y campesinos crecen y se fortalecen en la lucha para derrocar la burguesía y a sus cómplices, los intelectuales, los lacayos del capitalismo, que se consideran el cerebro de la nación. En realidad no son el cerebro, sino la mierda...

Las palabras que Lenin emplea para referirse a la *intelligentsia* no muestran la mínima compasión.

Llega el año 1920. A medida que Lenin obtiene más éxitos en el avance de la Revolución, Gorki fracasa en su intento por poner la cultura fuera del alcance de la Revolución. Ya no se habla nunca de democracia, como en

1917. En lugar de la libertad prometida llegó el terror rojo. Las causas de Lenin y Gorki no pueden ser más incompatibles.

En sus relaciones se ha producido una fisura. Gorki se esfuerza lo imposible por representar su papel, pero él mismo se delata y sus diferencias con Lenin están ya en boca de todos. Durante el homenaje a Lenin con motivo de su cincuenta aniversario, Gorki pronuncia un discurso en el que sitúa al revolucionario a un nivel superior que Pedro el Grande, pero no puede dejar de añadir un pasaje funesto:

> Y de pronto surge una figura de tal tamaño que, aunque no soy ningún cobarde, os aseguro que me da miedo cuando la miro. Es terrible ver cómo esta sublime persona maneja la palanca de la historia de nuestro planeta a su antojo...

Gorki advierte en su amigo rasgos desconocidos y ese nuevo Ilich que aparece ante él le da miedo. Sin embargo, para el pueblo son uno solo. Y así tiene que ser. En el desfile en honor de la apertura del Segundo Congreso de la Internacional, el líder rojo lleva un lazo rojo y un clavel rojo en el ojal... Y a su lado desfila el escritor rojo.

Todo es pura apariencia, porque entre bastidores es otro cantar. Esos mismos días, Ilich decide prohibir los artículos de Gorki en la revista *Kommunistícheski Internatsional* [La Internacional Comunista].

> Estos artículos no tienen nada de comunistas, y sí mucho de anticomunismo. En adelante, queda prohibido publicar en *Kommunistícheski Internatsional* artículos parecidos, sean del tipo que sean.

En septiembre se produce una nueva crisis.

Un documento que tuve la ocasión de consultar en las dependencias de la Lubianka da testimonio de esta crisis. ¡Se trata de una carta inédita de Gorki dirigida al líder de los bolcheviques!

El escritor expresa su indignación ante los obstáculos que encuentra en el desarrollo de las actividades de la editorial Vsemírnaya Literatura. Al crearla en colaboración con el editor Z. Grzhebin, Gorki había acordado que el Comisariado del Pueblo de Educación financiaría este proyecto tan

colosal y necesario para la cultura rusa. Pero el proyecto había topado con la oposición de Zaks, el director de las ediciones del Estado y consejero del Sóviet de Comisarios del Pueblo para Asuntos de Cultura.

Detrás de estos hechos se ocultaba cierto intríngulis. Zaks era cuñado de Zinóviev, miembro del Politburó, presidente del soviet de Petrogrado, que por entonces ocupaba el tercer puesto en la jerarquía no oficial del Partido, después de Lenin y Trotski. Y Zaks era enemigo de Gorki desde hacía tiempo: fue él quien insistió para que se cerrara el periódico *Nóvaya Zhizn*, e incluso llegó a efectuar un registro en el piso de Gorki, amenazando con detener a sus allegados; el asunto terminó en un gran escándalo en el despacho de Lenin. Y ahora Gorki imaginaba que las dificultades de la editorial se debían una vez más a las artimañas de Zaks.

Para el escritor fue muy difícil redactar la siguiente carta, de la que llegó a hacer tres versiones, no sin gran esfuerzo. La primera versión está fechada el 15 de septiembre de 1920. Es un ultimátum lacónico, escrito en un tono áspero. Las primeras palabras despiden cólera:

> No tengo la intención de trabajar con Zaks ni quiero hablar con él. Soy demasiado viejo para permitir que se burlen de mí... Además, creo que ya va siendo hora de que me retire...

Gorki se siente tremendamente agraviado. No puede inhibirse de atacar a Zaks, en velada alusión a su omnipotente pariente:

> Ahora, por culpa de la envidia y de los caprichos del camarada Zaks, del que sólo conozco el mérito de ser el cuñado de Zinóviev, todo mi trabajo se ha reducido a nada.

Estas líneas aparecen en la segunda versión de la carta, que no está fechada ni terminada, y que se interrumpe con una nota de desesperación:

> [...] mi decisión es firme. He soportado demasiado. Es mejor morir de hambre que permitir todo esto que...

Gorki escribe la tercera versión de esta carta, que en apariencia es la definitiva, el 16 de septiembre:

¡Vladímir Ilich!

Las correcciones del acuerdo del 10 de enero pactado con Grzhebin y conmigo, que se me han presentado, anulan dicho acuerdo. Habría sido mejor que no me hubiesen estado mareando con este tema durante tres semanas, sino que simplemente me hubieran dicho desde un principio: «Se anula el contrato».

En realidad, no sólo me han estado mareando durante tres semanas, sino a lo largo de unos cuantos meses, tiempo en el que he realizado un inmenso trabajo, como lograr que aproximadamente trescientos de los mejores científicos de Rusia apoyen el proyecto de vulgarización de los conocimientos científicos, además de encargar, redactar y entregar a imprentas en el extranjero docenas de libros, etcétera.

Ahora, todo mi trabajo se ha reducido a nada. Pues que les aproveche.

Sin embargo, considero que poseo algunos méritos ante mi patria y la Revolución y que soy demasiado viejo para tolerar que continúen burlándose de mí, acogiendo mi trabajo de un modo tan negligente y necio.

No pienso trabajar ni hablar con Zaks ni con gente de su misma calaña. Y en definitiva, me niego a trabajar en las instituciones que he ayudado a crear con el sudor de mi frente, en Vsemírnaya Literatura, en la editorial de Grzhebin, en la Comisión de expertos, en la Comisión para la mejora de las condiciones de vida de los científicos, y en todas las demás instituciones en las que he trabajado hasta el día de hoy.

No puedo hacer otra cosa. Estoy harto de tantos desbarajustes.

¡Les deseo lo mejor!

A. PÉSHKOV

¿Fue enviada esta carta? ¿Llegó hasta su destinatario? Al parecer así fue, ya que el 22 de septiembre el citado Zaks recibió un buen rapapolvo. El Comité Central del Partido ordenó que se le hiciera entrega inmediata a Gorki de seis millones de rublos para la editorial y añadió que «en ningún caso se podrá entorpecer o causar más molestias al trabajo del camarada Gorki en Petrogrado y en el extranjero».

Pero el asunto no terminó aquí. Pronto Gorki se quejó de nuevo a Lenin de la actitud de Zaks. La historia se prolongó un año entero, hasta que finalmente Lenin ordenó que Zaks recibiera otro «sonado rapapolvo»: «De otro modo saldrá a la luz pública un escándalo mayúsculo con la marcha de Gorki, y seríamos injustos...».

Dentro de la carpeta del archivo de la Lubianka se había esfumado otra carta del mismo autor dirigida al mismo destinatario:

¡Vladímir Ilich!

Ha sido detenido el comunista Voroviov, un antiguo miembro del Partido, una persona con un gran pasado revolucionario. Lo conocen Bujarin, Trilisser,[3] Stásova, etcétera.

Le han detenido porque en su casa se han encontrado *las botas de CHERNOV*.[4]

Según han declarado varios testigos, estas botas son de mujer y pertenecen a una tal Ida, sin lugar a dudas una mujer, lo que puede establecer un experto.

Doy por sentado que esta fea anécdota no debe de resultarle agradable, así que quizás esté en su mano impedir que siga adelante...

A. PÉSHKOV

Como se sabe, existe una variante de la carta (del día 24 de septiembre de 1920), que fue extraída del archivo Central del Partido y publicada en 1991. En un primer momento no reconocí el texto, únicamente coincidía el principio, pero faltaba todo lo referente a la «fea anécdota». Los expresivos puntos suspensivos protegían la imagen del líder, que hasta hace poco tiempo era intocable (no ha sido hasta fecha muy reciente cuando han empezado a derribar y cubrir de pintura sus estatuas).

También este asunto se resolvió a favor de Gorki. Voroviov se salvó. Lenin mostró la carta a Dzerzhinski, quien puso en claro que Voroviov realmente ocultaba a un socialrevolucionario, aunque lo hacía movido por «su bondad natural y no por motivaciones políticas», y transfirió el caso al tribunal del Partido. Se sabe que Voroviov murió en 1938, un año sangriento; pocos bolcheviques de la generación de Lenin sobrevivieron a esa fecha.

Tengo ante mí las copias mecanografiadas de las cartas de Gorki conservadas en su expediente en la Lubianka.

En cada una de las hojas, al pie, hay una palabra impresa: «Auténtica», y una firma a mano: «M. Slavatinski».[5] En la hoja donde se lee la versión inconclusa de la carta relativa a Zaks, se añadieron unas líneas: «De acuerdo con las declaraciones de Grzhebin, este fragmento ha sido escrito por M. Gorki y dirigido al camarada Lenin». Y de nuevo: «M. Slavatinski. 21.3.22».

Ese apellido me resultaba familiar. Ya me había cruzado con el tal Slavatinski al examinar los expedientes de otros escritores, por ejemplo, el

del poeta Alekséi Ganin,[6] fusilado en 1925. Era el jefe del séptimo departamento de la sección política secreta de la OGPU. Era un asesino sin piedad. ¿Acaso Gorki figuró entre sus «parroquianos»? ¿Obtenía información del círculo de conocidos del escritor? ¡Todo esto tenía lugar en 1922, cuando Lenin y Dzerzhinski aún estaban vivos! No daba crédito. ¿Podía realmente Slavatinski abrir un expediente contra Gorki sin comunicarlo a sus superiores? Tuvo que hacerlo, ya que en el reverso de la versión definitiva de la carta sobre Zaks hay una nota: «Adjuntar al expediente de M. Gorki».

Para comprender todo esto es necesario seguir la historia de las relaciones entre Gorki y Lenin hasta el final.

El 20 de octubre de 1920 tuvo lugar su famoso y, al parecer, último encuentro en el piso de Yekaterina Pávlovna Péshkova en Moscú. Todo el pueblo soviético conoce este encuentro, ya que se han hecho de él numerosísimas descripciones. Entre ellas la más conocida es la que se cita en la película del director Yútkevich:[T2] en ella el líder aparece como la personificación de la bondad y de los valores humanos, así como un apasionado del arte. Isaïa Dobrevein interpreta el papel de Lenin; se oye la *Appassionata* como música de fondo. Una tempestad de nieve barría Rusia y Lenin era el único que podía salvar el país. La escena salió redonda...

En realidad, esa escena sobre la benigna confluencia de dos almas sublimes era la escena de una despedida: Ilich trató por todos los medios de persuadir a Gorki para que emigrara:

> Al oír sus relatos, a uno le invade temor de que no tenga tiempo de pasarlos a papel. Además, no se cuida usted nada, y anda bastante *schwach*[T3] de salud. Vaya al extranjero, a Italia, a Davos... –Y de pronto añadió–: Si no se va, le obligaremos a exiliarse...

Esta frase quedó profundamente grabada en la memoria de Gorki; muchos años después aún la recordaba. ¿Acaso podía él sospechar entonces que al cabo de tan sólo dos años el exilio se convertiría en política de Estado, en una «medida de represión» contra la disidencia, y que expulsarían a docenas de intelectuales? ¡Basta con recordar el «buque de los

filósofos»: de un solo golpe expulsaron del país a más de 150 de las mentes más privilegiadas de Rusia, filósofos, escritores, economistas, historiadores!

Pero cuando realmente era necesario dejar salir a alguien, el gobierno se tomaba su tiempo.

En el verano de 1921 el estado de salud del poeta Aleksandr Blok se agravó de forma alarmante. Gorki bombardeó a Lenin y a Lunacharski con telegramas:

> ¡Sálvenle! Blok padece escorbuto y agotamiento nervioso. Dejen que vaya a Finlandia a curarse. ¡Aquí se va a morir!

Mientras en los pasillos del poder sopesaban la posibilidad de conceder un visado a Blok y a su mujer, el poeta murió. De hecho no murió, fue empujado a una muerte segura, o sea, asesinado. Diecisiete días después de su muerte, fusilaron a otro poeta, Nikolái Gumiliov, de un modo precipitado y vil, tras involucrarle sin prueba alguna en una conspiración de la Guardia Blanca. En este caso, la petición de Gorki también cayó en saco roto.

Agosto de 1921 es una fecha negra en la historia de nuestra literatura. Murieron dos de los mejores poetas de Rusia: con ellos empieza el horrible martirologio, la lista infinita de escritores eliminados por el régimen soviético. Y a finales de ese año murió «el último clásico» de la prosa rusa del siglo XIX a la vez que el primer luchador por los derechos humanos en la etapa soviética: Vladímir Galaktiónovich Korolenko. No cabe duda de que su muerte fue acelerada por el sistema de terror y salvajismo impuesto por los bolcheviques, víctimas del cual fueron muchos de sus amigos y colegas escritores.

Para Lenin la muerte de Blok y de Gumiliov no eran hechos destacados, sino achacables a los costes de producción. Entre sus documentos de esa época no hay ninguna mención a estos nombres. Si para Gorki el ser humano tiene un valor en sí mismo, para su encumbrado amigo es sólo materia prima, combustible útil –o no– para la hoguera de la revolución mundial.

Diez años después, el propio Gorki hablará claramente sobre este tema, valorando los acontecimientos del pasado con sobriedad: «Para Lenin, la realidad de su época sólo era material para construir el porvenir...».

El 8 de octubre, antes de partir hacia Europa, Gorki redacta una carta de despedida a Lenin. En ella deja expresa su honda preocupación por las causas abandonadas, las tres instituciones a las que tantos esfuerzos y energías ha dedicado: Vsemírnaya Literatura, la Comisión para la mejora de las condiciones de vida de los científicos y la Comisión de expertos (después de su marcha, las tres entraron en decadencia o, simplemente, fueron liquidadas).

Lunacharski recuerda en sus memorias que Lenin, al forzar la marcha de Gorki, razonaba de la siguiente manera:

> Tiene unos nervios muy sensibles, de hecho es un artista... Es mejor que se vaya, que se cure, que descanse, que observe todo esto desde la distancia; mientras tanto nosotros barreremos nuestro patio y entonces diremos: «Ahora que esto ya está más decente, podemos incluso invitar a nuestro artista...».
>
> Así que Alekséi Maksímovich –añade Lunacharski–, aquejado por la enfermedad y apremiado por la necesidad de salvar su vida, tan preciosa para todos los que compartíamos su amor auténtico por la gente, se separó de nosotros por una gran distancia. Pero esto no le alejó del todo. Permaneció unido a nosotros por un hilo de sangre, esa venita que llega hasta el corazón de Alekséi Maksímovich...

Ahora sabemos que uno de esos hilos que unían a Gorki con el país salía de la Checa, un hilo muy fino que ya nunca soltaría al escritor y que al final de su vida se convirtió en una gruesa maroma. En el extremo de la maroma habría otro líder: Stalin.

Así que ya en 1921 Lenin pensaba que Gorki era más un estorbo que una ayuda para su objetivo de imponer el orden revolucionario. Tenía que deshacerse del recalcitrante escritor y enviarle lo más lejos posible. La preocupación por su estado de salud (la desgracia cuanto más lejos, mejor) fue la excusa perfecta y así, en ausencia de Gorki, pudo tirar de las riendas de esa enfurecida Rusia para apaciguarla. En los momentos decisivos, Lenin nunca tenía en cuenta las simpatías humanas ni la amistad

(«Humano, demasiado humano», decía Nietzsche), únicamente valoraba los sublimes intereses y la suprema utilidad revolucionaria del Partido.

No conocíamos al auténtico Lenin. En vez de la persona no teníamos sino el mito forjado subrepticiamente; en lugar de su rostro, su imagen. Hasta hace bien poco no han empezado a entreabrirse tímidamente las puertas blindadas de los archivos especiales. Y ahora se sabe que en el archivo del Partido se ocultaban 3.724 documentos inéditos de Lenin, ¡varios tomos! Otros 3.000 documentos firmados por él permanecían emparedados a su vez, fuera de nuestro alcance. ¡Enclaustraron póstumamente a su líder!

¡Tenían sobradas razones para esconderlos! Desde las páginas de estos documentos, nos observaba otro Lenin, un personaje que casaba muy mal con el mito comunista y el icono: este era el instigador del terror rojo, el creador de la VChK, que fue su obra, su hijo predilecto.

Gúsev, uno de sus compañeros de armas, recuerda:

> Lenin nos decía que cada miembro del Partido debía ser un agente de la Checa, o sea, que tenía que observar e informar... Si sufrimos de algo no es de que haya denuncias, sino de que no las haya... Puedo ser muy buen amigo de alguien, pero en el momento en que empezamos a distanciarnos políticamente, estamos obligados no sólo a cortar nuestros lazos de amistad, sino a ir más lejos: hay que denunciarlo.

Aquí está la solución a la adivinanza de por qué las cartas de Gorki fueron a parar a la Lubianka. Se entiende que sin la aprobación de Ilich nadie se hubiera decidido a poner bajo vigilancia a su amigo.

Una vez, una niña que no hacía más que dibujar príncipes y princesas, me preguntó:

–¿Ha estado en el Mausoleo?

–Sí.

–¿Y ha visto a Lenin?

–Claro.

–¿Da miedo?

–¿Por qué tendría que dar miedo?

–¡Cómo que por qué! Porque él lo ve too-doo, lo oye too-doo.

Los acontecimientos situaron al escritor en la cresta de la historia, entre la *intelligentsia* y el régimen, entre Oriente y Occidente: era casi imposible mantener el equilibrio sobre esta cresta expuesta a los cuatro vientos. Gorki se hallaba constantemente dividido entre el deseo de preservar su independencia espiritual y el temor a perder el tren de la Revolución, entre las tradiciones del humanismo europeo, al que reverenciaba, y la violenta creación de un nuevo mundo; estas contradicciones, que le atormentaron toda su vida, constituían su tragedia personal.

En el verano de 1922 tuvo lugar en Moscú el proceso contra el Partido Social-revolucionario, cuyos miembros habían hecho la Revolución codo a codo con los bolcheviques, pero a quienes ahora se calificaba de contrarrevolucionarios. Gorki, desde su refugio en la pequeña aldea costera de Heringsdorf, en el norte de Alemania, al enterarse de la inminente carnicería, se decidió a intervenir: «¡No puedo quedarme callado!». A fin de alertar a la opinión pública europea, envió una carta a Anatole France, que fue publicada en *Sotsialistitcheskij Vestnik* [El mensajero socialista] en Berlín. Gorki también envió una carta a A. I. Ríkov, presidente adjunto del Sovnarkom. Ambas misivas llegaron hasta la Lubianka, donde las archivaron.

¡Distinguido señor Anatole France!

El proceso contra los socialistas revolucionarios ha tomado un cariz cínico al preparar a la opinión pública para el asesinato de unas gentes que sirvieron sinceramente a la causa de la liberación del pueblo ruso. Le ruego encarecidamente que se dirija de nuevo a las autoridades soviéticas para insistir en el carácter inadmisible de este crimen. Quizá su reputada voz conservará las preciosas vidas de los socialistas. Le adjunto la carta que he enviado a uno de los representantes del régimen soviético.

Cordialmente,

MAKSIM GORKI
3 de julio

A la atención de A. I. Ríkov. Moscú

¡Alekséi Ivánovich!

Si el proceso de los socialistas revolucionarios concluye en penas de muerte, será un asesinato realizado con premeditación, un abyecto crimen.

Le ruego que comunique a L. D. Trotski y a otras personas mi opinión. Supongo que esta no le sorprenderá, pues durante toda la Revolución he expresado mil veces al régimen soviético que era insensato y criminal acabar con los intelectuales en nuestro analfabeto e inculto país.

Hoy estoy convencido de que si los socialistas revolucionarios son asesinados, ese crimen suscitará un bloqueo moral contra Rusia por parte de la Europa socialista.

MAKSIM GORKI
1 de julio

La carta de Gorki a France obtuvo una enorme repercusión. Y causó alarma en el Kremlin. Lenin la calificó de «asquerosa». Trotski, por su parte, tomó una resolución: «Encargar a *Pravda* un artículo suave sobre el artista Gorki, a quien nadie toma en serio en cuestiones políticas. Publicar el artículo en varios idiomas». Y rápidamente *Pravda* arremetió contra Gorki con un panfleto, escrito por un tal S. Zorin, no especialmente suave que llevaba el título «Casi en el fondo», en alusión a la famosa obra de teatro: «Gorki perjudica nuestra Revolución con sus intervenciones políticas en el extranjero. Y la perjudica gravemente...».

La intervención conjunta de Gorki y France (a los que se unieron otras personalidades famosas), seguramente influyó en gran medida en la suerte de los socialistas revolucionarios: si bien el Presidium del VtsIK ratificó la condena a muerte pronunciada por el Tribunal Supremo Revolucionario, suspendió su ejecución a condición de que el Partido de los Socialistas Revolucionarios cesara completamente sus actividades.

Otra acción de Gorki, la publicación de su libro *O rússkom krestianstve* [Sobre el campesinado ruso] provocó aún más indignación entre los «visionarios del Kremlin». Era una provocación en toda regla. En el expediente del escritor de la Lubianka se añadió un nuevo informe que llevaba el título de «Maksim Gorki en el extranjero». En esta documentación no hay ninguna anotación, ni el nombre del autor, ni fecha alguna, por lo que resulta difícil establecer su origen: o bien es un compendio de informaciones resumidas realizado en la misma Lubianka, o bien una denuncia de alguno de los numerosos agentes que vivían en el

extranjero; o quizá se trate de una noticia lista para publicar en la prensa. De todos modos, vale la pena citar este opúsculo:

> Después de que M. Gorki partiera al extranjero, ha sido abordado por una infinidad de periodistas de la emigración con el expreso deseo de sondear la actitud del escritor con relación a la Revolución rusa y el pueblo ruso.
>
> En el verano de 1922, Gorki ha publicado en los periódicos extranjeros unos cuantos artículos que han suscitado un gran interés entre la opinión pública de Europa y han encendido un intenso debate en las páginas de nuestros periódicos.
>
> En estos artículos, actualmente publicados por la editorial de I. P. Ladizhnikov en forma de libro con el título de *O rússkom krestianstve*, Gorki expresa una opinión penosa acerca del pueblo ruso, y también de la Revolución social que este ha llevado a cabo. El nexo común en todos los artículos es «la tragedia de la Revolución rusa entre gente medio salvaje», la tragedia del bolchevismo cuya idea radicaba en el avance de la cultura ciudadana e industrial, la electrificación, la organización y la industrialización precisas y complejas, y cuyo cumplimiento ha demostrado ser una insurrección del elemento campesino, cruel, salvaje, anárquico y destructor. Por todo ello, concluye: «La experiencia planetaria de Lenin, una persona amoral, que responde con una indiferencia señorial a las desgracias de su pueblo, un teórico y visionario que desconoce la auténtica vida, esa experiencia irresponsable iniciada por él y los que le rodean, no ha surtido efecto».
>
> Por otra parte, Gorki tiende a considerar que todos los sufrimientos que el bolchevismo ha traído al pueblo ruso son benéficos, ya que han robustecido y purificado el espíritu y la voluntad del pueblo.
>
> La opinión pública europea, que ha tomado una posición antisoviética, utiliza evidentemente en beneficio propio la autoridad del nombre de Gorki entre las masas.
>
> Últimamente Gorki, quien hasta ahora se había mantenido al margen de la política y se mostraba ante todo como un defensor de la cultura rusa, se está relacionando con grupos socialistas antibolcheviques (Abrámovich, Mártov, Dan, Chernov, Slónim, Shreider). Por iniciativa de estos grupos, la editorial de Z. I. Grzhebin ha empezado a publicar la revista *Létopis Revoliutsi* [Crónica de la Revolución], que se presenta como un medio socialista independiente e intenta ofrecer de forma imparcial una perspectiva de los acontecimientos revolucionarios del último siglo. Gorki participa activamente en la revista...
>
> Es difícil creer que los círculos mencheviques y socialistas revolucionarios, que muestran una clara hostilidad contra nosotros, y a los que Gorki se ha incorporado en el extranjero, puedan mantener un tono histórico imparcial en su revista.

Al leer el expediente del escritor podría pensarse que la Lubianka había creado una filial del Instituto de Estudios Gorkianos: se analiza diligentemente todo lo que dice la prensa sobre el escritor, se copia a

máquina todo lo que se publica en los periódicos de la emigración, se hacen traducciones desde distintas lenguas. Resulta interesante hojear estas abigarradas páginas recopiladas por los infatigables expertos gorkianos de la Checa. Por entonces, los virajes del comportamiento de Gorki, realmente incongruentes, eran motivo de discusión en todo el mundo y cada uno los interpretaba como mejor le convenía. Y todas estas visiones fueron mecanografiadas y depositadas en la Lubianka, hoja por hoja.

Un periódico de la emigración acusa a Gorki de difamar al pueblo ruso; otro comunica la decisión del gobierno soviético de detener a Gorki en cuanto cruce la frontera. Y todos le atacan en el otoño de 1922 cuando Gorki, que parecía haber roto definitivamente con Moscú, de pronto declara su lealtad al régimen soviético. Y aclara que el único aspecto con el que él no está de acuerdo es la política bolchevique en relación con la *intelligentsia*. Por lo que respecta al pueblo ruso, cuyo portavoz ante el mundo entero era Gorki, no se merecía mejor suerte de la que le había tocado. Pues según su opinión no era necesario defender al pueblo, sino apacentarlo, y en eso los bolcheviques eran expertos consumados.

Gorki conversa con un corresponsal del periódico americano *Forward* sobre el antisemitismo y el papel de los judíos en la Revolución rusa. Por cierto, en el artículo hay un pasaje que no pudo pasar inadvertido en la Lubianka.

> Creo –declaró Gorki– que la designación de judíos en los cargos de mayor riesgo y responsabilidad a menudo se puede interpretar como una provocación: así como en la Checa han logrado infiltrarse muchos elementos de las Centurias Negras,[T4] estos tipos reaccionarios y con responsabilidad se han esforzado para que los judíos fueran nombrados para los cargos más arriesgados y desagradables.

En Rusia apenas se ha escrito nada acerca de la atención que Gorki prestó a la cuestión judía, y si se ha dicho algo, ha sido únicamente de forma tendenciosa, «como era de esperar». En una carta publicada en la revista sionista *Rassvet* [El alba], el escritor profundiza en este delicado y comprometido tema y ofrece una sutil observación sobre la expansión del antisemitismo de las ciudades al campo durante el régimen soviético, para

enseguida reconocer su incapacidad para comprender la razón fundamental del antisemitismo ruso, «vergonzoso y atroz». Es precisamente en este pasaje donde Gorki declara su actitud hacia la religión: cuando al hablar de la «participación torpe o involuntariamente provocada de los judíos en la confiscación de productos agrícolas, en la propaganda antirreligiosa y en la desmitificación de las “reliquias de los santos”...», añade: «Para mí las reliquias y la Iglesia no son sagradas, lo auténticamente sagrado es el individuo».

El seguimiento que se hacía de Gorki en esa época ya era total: no sólo le vigilaban a él, sino a todo el que entraba en contacto con él. Así, André Germain, escritor francés y redactor de la revista *Les Écrits Nouveaux*, visitó a Gorki en Heringsdorf. Exaltado por el encuentro, el francés escribió a la pintora Maria Bagration, también conocida de la familia de Gorki y que residía en Tiflis, Georgia. En la Checa local abrieron e inspeccionaron la carta de Germain, la tradujeron y la enviaron a Moscú, donde finalmente llegó a la mesa del camarada Slavatinski. Así fue como el testimonio de un admirador apasionado de Gorki fue utilizado por los órganos como informador.

Su carta es un retrato de Gorki, escrito con un tono en cierta medida ingenuo y exagerado, pero que a la vez contiene una visión sincera y valiosa. En cualquier caso, resulta mucho más verídico que ese icono del pregonero bolchevique que ofrecía la propaganda oficial soviética:

> Me ha recibido, sin preguntarme mi nombre, con una gran naturalidad y generosidad, que asemeja al creador de *Bajos fondos* con los reyes de los pastores de Homero. Sin ninguna ceremonia, me he encontrado ante una persona vestida sin esmero, turbadora por su alta estatura, con cara de *mujik*, con facciones duras y marcadas, bajo las que se adivinan una vida compleja y apasionada, pero que empieza a declinar...
>
> Gorki pasó por el bolchevismo sin pronunciarse ni a favor ni en contra. Eso es lo que no le perdonan las altas esferas y que desilusionará a los partidarios del socialismo cuando se enteren. Siempre ha estado comprometido con la tarea de salvar el arte y la ciencia, de colaborar en el desarrollo espiritual de Rusia... Así lo han entendido los cabecillas del bolchevismo, a los que uno puede llegar a odiar, pero a quienes por ahora no puede discutirse su ardua grandeza. Ellos le

> permitieron presidir comisiones artísticas y científicas, hablar sobre la auténtica belleza de las obras de arte ante un público entusiasmado de obreros y soldados... Toleraron que actuara libremente con algunas limitaciones, como las Ménades sufrieron el sonido de la lira de Orfeo entre ellas, igual que nuestros sanguinarios padres en 1793 invitaban a las almas de conocidos difuntos a sus banquetes, o como el tirano Dionisio se enorgullecía de la compañía de Platón. Él se ha negado a complacerlos con un orgullo heroico...
>
> No me gustaría pasar por alto otra tarea que le retuvo en Rusia pese al hambre y el frío hasta llegar al límite de sus fuerzas, una tarea sobre la que no quiso hablar: la tarea de su bondad. Siempre que podía, arrancaba a las víctimas de las garras del terror. Su corazón puro no diferenciaba el color político de la desgracia, y su casa, como su corazón, se ensanchaba de un modo sorprendente para apoyar y dar cobijo a los condenados. Sus sinceras opiniones destruyen sin piedad el ídolo que los actuales demagogos envuelven de tiernos sentimientos con ese mismo celo que obligaba a sus padres a besar los pies de regios personajes...

Estas observaciones de Germain, sobre todo las que se refieren a la caída del ídolo leninista, no hicieron sino convencer a las autoridades de las opiniones sospechosas del famoso escritor. Además el autor francés hablaba del respeto que a Gorki le merecía la cultura occidental:

> Siente una profunda estima por Francia, Inglaterra e Italia que, según él, representan la parte más importante de Europa, la más ilustrada. De pronto, de sus labios fluyó la siguiente extraña reflexión: «Las razas latina e inglesa deben ser las más influyentes en el mundo, pues son mucho más aristocráticas que las demás...». Es evidente su enorme desasosiego por el futuro de la cultura europea: «¿No cree usted que la cultura europea está amenazada?». Me hizo esta misma pregunta unas cuantas veces, con naturalidad y enorme confianza...
>
> Hay tres palabras que últimamente me ayudan a recomponer la imagen distorsionada por el paso del tiempo y que revolotean en mi consolado pensamiento: alegría, infancia y bondad.

Así termina la carta de André Gemain.

La Lubianka recopiló gran parte de la correspondencia de Gorki, sobre todo muchas de las cartas dirigidas a él, que tal vez sean suficientes para llenar un tomo entero. En este libro sólo cito los documentos inéditos o esos fragmentos que fueron censurados antes de publicarse, así que casi todo lo que el lector puede leer aquí es la primera vez que se publica. Convencidos de estar cumpliendo con su deber, los censores suprimían cualquier aspecto que resultara vergonzoso, de acuerdo con las instrucciones que el Partido

les había inculcado, y así recreaban la personalidad del escritor según su propia imagen y a su antojo.

Muestra de todo ello es una carta que Gorki dirigió a su mujer, Yekaterina Pávlovna Péshkova, desde Marienbad el 3 de marzo de 1924. Se ha publicado en el *Arjiv Górkovo* [Archivo de Gorki], con unos recortes bastante significativos que convierten la carta no sólo en un texto mutilado, sino también incomprensible. Citaremos aquí algunas líneas suprimidas por los editores:

> Me parece que ya va siendo hora de dejar de decir que estoy sometido a ciertas influencias. No hay que olvidar que tengo cincuenta y cinco años y que mi experiencia no es nada despreciable...
>
> Debo decir que las alusiones a determinadas «influencias» y otras cosas por el estilo me irritan profundamente. Ya basta. Si realmente estuviera influido por algo, sin duda haría tiempo que me habría sometido a Vladímir Ilich, que sabía perfectamente cómo influir en los demás, y quizás ahora estaría nadando entre diamantes, llevaría una vida desenfrenada rodeado de bailarinas y conduciría los mejores automóviles...

Hay que destacar que esta carta fue escrita mes y medio después de la muerte de Lenin.

Por aquel entonces, Gorki se hallaba de nuevo en una encrucijada: tenía que determinar de algún modo su lugar en ese mundo que se había transformado en algo irreconocible, en una nueva época y una nueva Rusia, hacia la que se encaminaba desde el siglo XIX, desde la Rusia de Tolstói y Chéjov, de donde él provenía. ¿Debía conservar el humanismo tradicional y la intrépida sinceridad de nuestra literatura clásica o someterse a los nuevos amos de la patria, a los comunistas, para quienes la literatura, y el propio ser humano, eran tan sólo un arma para la lucha ideológica? Gorki no estaba solo en esta penosa tesitura, eran muchos los que se sentían desarraigados, los que habían perdido su orientación espiritual y buscaban un punto de apoyo. Y esperaban una respuesta de él, el escritor, un clásico vivo, un sabio y un amante de la verdad.

Unos cuantos años antes, el incipiente escritor Serguéi Alínov se había dirigido a Gorki para pedirle que le diera su opinión acerca de un relato suyo y, por supuesto, le había planteado la eterna pregunta rusa: ¿qué hacer?

Ahora, en agosto de 1924, Alínov escribe de nuevo a Gorki, pero ¡cómo ha cambiado! Adjunto a la carta, escrita en un tono muy distinto, le envía el manuscrito de una narración y tres libros ya editados, entre ellos una novela. Alínov considera que tiene derecho a sermonear con indulgencia y compasión a Gorki, que ha quedado irremediablemente rezagado de su tiempo, mientras anuncia las ideas que pronto constituirán el credo de la literatura soviética oficial: la negación por parte del artista de su independencia y el conformismo con el orden imperante. El creador no sólo debe capitular ante quienes detentan el poder, sino servirles con un ardor voluntario, consciente, orgulloso y marcial.

Alínov escribe:

> ¡Apreciado Alekséi Maksímovich!
>
> ... Usted me aconsejó que «buscara la verdad» y, cuando le pregunté dónde se hallaba, me dijo: «La verdad está más allá de la frontera de las opiniones y de los programas políticos», pero que no se podía ubicar con exactitud.
>
> Alekséi Maksímovich, me resulta discutible e incomprensible que se pueda aconsejar a un joven escritor ruso, que vive en la Rusia de 1921, que «busque la verdad», una verdad que no se sabe qué es ni dónde se halla, salvo que está más allá de la frontera de las opiniones y de los programas políticos...
>
> ¡Ay, Alekséi Maksímovich! Los escritores rusos han estado largos años buscando la verdad. No la han encontrado y, probablemente, porque también ellos, como usted, no sabían qué era la verdad y dónde estaba concretamente...
>
> En Rusia están sucediendo cosas curiosas, Alekséi Maksímovich, en cierto modo la gente tiene una visión nueva de las cosas, y si en Occidente la gente es más estática que las cosas, si en Occidente las cosas se suceden a un ritmo trepidante, pero la gente hasta ahora, según la expresión de Trotski, está «firmemente anclada en sus nichos sociales», en nuestro país, en Rusia, Alekséi Maksímovich, las cosas son más estáticas que la gente...
>
> Más que a toda la humanidad, me siento estrechamente vinculado a ese círculo de gente que ahora vive a mi alrededor y para quien soy un elemento necesario (si usted quiere, no hay otro camino para llegar a la «humanidad»); en vez de hacia una remota «eternidad», yo me oriento hacia ese trocito de tiempo en el que ahora viven, luchan, sufren y se alegran mis contemporáneos; en vez de a la «justicia» yo me afianzo a un programa político; en vez de a una «verdad» desconocida, a la media verdad conocida...

La elección está muy clara: el enfoque partidista en vez del talante humano universal, la media verdad conocida en vez de la verdad

desconocida. Este es el noble camino que a partir de ahora tiene que seguir la literatura, cercada entre comillas como una alambrada espinosa: humanidad, eternidad, justicia, verdad.

A buen seguro esta carta despertó en los expertos gorkinianos de la Lubianka una profunda satisfacción. El autor de la misma era claramente uno de los suyos, había superado el test de lealtad. Slavatinski anotó: «Esta carta la ha escrito el comunista Alínov al escritor Maksim Gorki».

Otra carta escrita por Mijaíl Nikoláyev,[7] colaborador de *Mezhdunaródnaya Kniga* [El libro internacional], aunque no iba dirigida a Gorki, sino a su hijo Maksim, suscitó una reacción completamente distinta. Si bien es cierto que trata asuntos comunes y está escrita en un tono chistoso, la carta fue leída con mucho detenimiento y adjuntada al expediente. El fino olfato de Slavatinski advirtió algo extraño y escribió esta resolución: «1. Ejemplar destinado al expediente de Gorki, 2... al expediente de Kriuchkov». Kriuchkov, el secretario de Gorki. ¡Eso significaba que también habían abierto un expediente sobre él! Además: «Deberíamos tener material acerca de Nikoláyev, préstenle especial atención».

Eso es lo que les ocurría a quienes escribían a Gorki y a sus allegados: los órganos tomaban nota de ellos y hasta los convertían en el punto de mira.

La OGPU muestra un gran interés por el trabajo literario de Gorki, por sus opiniones, por sus contactos con enemigos del régimen soviético. Las frases relacionadas con esos temas están subrayadas en los documentos de su expediente. En una carta de Gorki al escritor Bogdánovich de 4 de agosto de 1925 se ha destacado la siguiente frase: «Un antiguo noble ruso le explicará cómo se ganaba la vida en París copulando en público con un carnero. Oh, si supiera la podredumbre y las vilezas de los emigrados rusos... Son de lo más perversos. Al diablo con ellos, pronto desaparecerán...».

El expediente de Gorki se convirtió en una tarea especial de la que se ocupó un gran número de colaboradores. Las cartas están plagadas de anotaciones oficiales: «séptima sección secreta», «para el camarada

Agránov», «para el camarada Slavatinski. Al expediente», «para el camarada Guendin. Adjuntar al expediente de Gorki», «Fiel al original. V. Sheshken», y guirnaldas enteras de firmas.

EN EL LAZO

El período 1926-1928 constituye la segunda etapa destacada en el expediente de Gorki.

Lenin había muerto y Stalin se había hecho con el poder gracias a su tenacidad. El sincero Dzerzhinski había fallecido y había sido sustituido por el embaucador Yagoda (Menzhinski, el heredero oficial de Dzerzhinski, que caía enfermo con cierta frecuencia y se pasaba más tiempo descansando que trabajando).[8] La Checa se había transformado en la OGPU. El destacamento de exterminio relámpago engendrado por la Revolución se convirtió poco a poco en una gigantesca máquina policial, cuyas palancas e hilos se extendían no sólo por todo el país, sino por todos los rincones del mundo.

En esta época, en el expediente de Gorki trabajan básicamente dos personas: un desconocido que firma con las iniciales K. S. y Nikolái Jristofórovich Shivárov, sí, efectivamente, el mismo «Jristofórovich de la Lubianka», el experto en literatura que hará carrera a costa de la desgracia de los escritores. Pero con Gorki, por ahora, parece que aún está aprendiendo…[9]

Pero ¿dónde está el escritor? Por aquel entonces Gorki reside en su villa de Sorrento, con vistas al Vesubio, y se broncea con el reconfortante sol mediterráneo. Le circunda una aureola de gloria mundial, y vive rodeado de innumerables allegados, ayudantes, invitados, mientras trabaja a un ritmo incansable. Escribe su epopeya *La vida de Klim Samguin*, artículos, memorias y mantiene una descomunal correspondencia. Parece que todo le va viento en popa. Es verdad que su salud estaba *schwach*, como había dicho Vladimir Ilich, pero ya hacía mucho que estaba enfermo y, al parecer, seguiría siempre así. Pero la nostalgia, según confesaba él mismo, le era desconocida.

¡El dulce hogar! Todas las inquietudes y las batallas del mundo se apagan en el umbral de su casa. Aquí le quieren y se preocupan por él; todos reciben apodos cariñosos: en este círculo íntimo, a él le llaman simplemente Duka; a Nadia, su sonriente nuera, Timosha; a Maria Búdberg, su nueva mujer y ayudante, Titka; a Piotr Petrovich Kriuchkov, su secretario, Pe-pe-kriu... Cerca, a su lado, están su hijo Maksim y sus pequeñas nietas Marfa y Daria. También hay otras personas próximas, que son casi como miembros de la familia: el pintor Iván Raditski, alias Solovéi, cuyo talento tan sólo era equiparable a su carácter perezoso, y que cuando aún vivían en Petrogrado aterrizó en la casa del escritor y se quedó para siempre, y Olimpiada Dmitrievna Chertkova, o sea, la solícita Lipa, enfermera y ayudante voluntaria. A veces Yekaterina Pávlovna Péshkova, quien si bien ya no es la mujer del escritor continúa siendo una fiel amiga, le visita y pasa largas temporadas en la casa; también aparece por ahí Zinovi Péshkov, oficial francés hermano de Yákov Sverdlov, a quien Gorki ha adoptado tiempo atrás...

¡En pocas palabras, la casa estaba de bote en bote! Pronto Gorki cumplirá sesenta años, hora de hacer balance. Y también ha llegado el momento de decidir finalmente al lado de quién está en el gran mundo, dónde reposará en su vejez.

¿Era un emigrado? Depende de cómo se mire. Por un lado, es innegable su condición de emigrado a la fuerza. ¿Qué podía hacer él si el régimen soviético no reconocía a la gente que carecía del virus de la política desde su nacimiento? Cuando tuvo noticia de que la viuda de Lenin, Krúpskaya, había redactado una lista de libros que tenían que ser retirados de las bibliotecas, entre los que figuraban la Biblia, el Corán, y las obras de Dante y Schopenhauer, decidió que tenía que renunciar para siempre a su ciudadanía soviética. Incluso empezó a redactar una solicitud, que dejó para otra ocasión. Por otro lado, ¿no fue él mismo quien dijo que el humanismo evangélico era nocivo?

Y lo denigraban desde ambos bandos. La prensa soviética le vituperaba: muy alto ha volado el Petrel, pero se ha posado en mal lugar, en medio de una ciénaga. El futurista Mayakovski declaró que Gorki era un cadáver y

que la literatura podía prescindir perfectamente de él. Pero también recibía insultos desde París: ¿a quién, sino a él, escupían los guardias blancos? Su ensayo sobre Lenin recibe el calificativo de crimen más grande en la historia de la prensa rusa...

Y Gorki se encuentra solo, bajo un fuego cruzado.

Hay una carta, inédita, conservada en el archivo de la Lubianka, que refleja a la perfección las ideas de Gorki de ese período. Va dirigida a su joven amigo de la Unión Soviética, el escritor Vsiévolod Ivánov:

> [...] Estoy muy sorprendido por sus palabras. «Es penoso y difícil de comprender, y de creer, que el *mujik* ruso no sea un cristiano y un sumiso servidor de Dios, sino un bandido iluso.» No le creía capaz de pensar así y de aceptar la idealización literaria del campesinado que llevaron a cabo los *naródniki*.[T5] Nunca he estado a favor de esta visión, aunque los *naródniki* me educaron con diligencia precisamente en esta dirección. Además, por lo general me cuesta entender cómo se puede idealizar una nación, una masa, una clase. Soy un mal marxista y no soy partidario de que una masa, un colectivo, un partido o un grupo cargue con la responsabilidad de la vida del individuo.
>
> Sin embargo, sé que un grano de pimienta es más energético que un puñado de semillas de amapola. Y me parece que sería poco sincero y ridículo si pensara de otro modo. No voy a negar, lógicamente, que el *mujik* es un bandido, un carnicero, un anarquista, pero creo que ya le falta poco para dejar de serlo. Es un bandido y un anarquista porque desde tiempos inmemoriales no cree en la estabilidad de su modo de vida social, por falta de fe y «ensoñación». Personalmente, yo tampoco le deseo una fe así, porque no vivimos una época en la que tener fe en algo. La humanidad ha alcanzado un tiempo en que todas las creencias y certezas, y la llamada «materia inorgánica», muestran de forma siniestra su propia inestabilidad.
>
> El dramatismo del sentimiento que se esconde tras sus palabras me resulta comprensible. Cuando me imagino toda la oscura y caótica inmensidad del campesinado ruso, chino, indio o de cualquier otra cultura, y frente a él veo al pequeño –aunque haya hallado el punto de apoyo de Arquímedes– revolucionario ruso totalmente desquiciado, lógicamente, tamaña correlación de fuerzas me suscita cierta alarma por el destino del revolucionario, así como el de usted.
>
> Lo que dice es una verdad como un templo: «Lo que debemos sufrir y comprender supera los conocimientos, los conceptos e incluso los sentimientos de nuestros padres». Es completamente cierto. Y los supera de largo...
>
> Es evidente que su vida no es fácil. Le aconsejo que venga a Italia. Es un gran placer y resulta muy entretenido «deambular» por aquí. Descansará, reflexionará, podrá cuidarse. Ya es hora de que escriba una gran obra.
>
> No sé nada de Bábel. Me afligiría mucho si Bábel no viniera a verme de nuevo, le aprecio mucho y le tengo en muy alta consideración.

Hasta ayer no podía levantarme para escribir, y hace unos días sentí por primera vez lo cerca que está el hombre de esa tipeja desagradable llamada «muerte». Estoy hinchado de alcanfor, que me han inyectado como unas cinco veces, alcanfor y otro líquido más. Me doy asco a mí mismo...

¡Le envío un fuerte apretón de manos!

8 de septiembre de 1927

A. PÉSHKOV

Esta carta es muy importante para entender la evolución de Gorki. Las conclusiones a las que llega son desoladoras: su época no es para «tener fe en algo», el *mujik* ruso es «un bandido, un carnicero, un anarquista». Y lo que es más asombroso: ¡el alma del escritor no sufre por el *mujik*, sino por el «revolucionario desquiciado»! ¿Dónde se halla su pretendido amor por el pueblo?

He aquí un Gorki distinto, completamente diferente de ese Gorki que conocíamos, y ahora se entiende por qué esta carta ha estado guardada bajo llave hasta ahora.

En otra carta de principios de 1928, también inédita y dirigida a Vsévolod Ivánov, Gorki informa de su firme decisión de volver a Rusia. Pero empieza la carta con un furioso ataque contra la Rusia proscrita, emigrada, que él no entendía ni aceptaba:

Querido amigo...

La auténtica razón por la que esa persona que comparte apellido con usted[10] se ha negado a publicar sus poemas en *Krásnaya Nov* es, sin lugar a dudas, el temor a comprometerse con el círculo de «las personas bienintencionadas». Si incumpliera el precepto y colaborara en la revista, los emigrados le arrancarían los dedos, las orejas y la nariz. Y quizás alguna cosa más.

Los emigrados están completamente chalados. Serguéi Bulgákov[11] ha escrito un libro sobre la *Bestrepetnoe zachatie* [La concepción intrépida]. Yevlogui y Struve están inventándose una nueva religión, que aúna la Trinidad con la sabiduría de raíz clásica, la Sofia, y demás. Pero su adoración a Dios no impide el odio feroz que se manifiestan mutuamente.

Sí, en mayo iré a Rusia, aunque según parece, no le veré: pero ¿qué diablos se le ha perdido en Tashkent? ¿Y por qué me ha enviado el segundo volumen sin enviarme antes el primero? Me gustaría mucho leerlo, envíemelo.

Con este cumpleaños empiezo a sentirme importante, como Mary Pickford. Me temo que me propondrán que contraiga matrimonio legal con Serafimovich.[T6] Hace ya seis años que existe

una colonia de niños «socialmente peligrosos» cerca de Járkov, y yo soy el padrino. La organización, la situación, la vida de esta colonia me resultan increíblemente interesantes. Me escribo con los niños, y en respuesta a cada una de mis cartas recibo 22 misivas, una por cada delegado de destacamento de trabajo. Es curioso, y emocionante.

¿No tendrá a alguien en *Krásnaya Nov* dispuesto a ir allí para hacer una descripción de la colonia? Vale la pena.

Pero no es necesario que se mencione mi nombre.

¡Le envío un fuerte apretón de manos!

Suyo,

A. PÉSHKOV

En esta carta, Gorki aparece desposeído de su característico lustre humanista, y hasta se diría que le falta una auténtica comprensión de la realidad. Era imposible que no supiera que para miles y miles de rusos la privación de su patria y la emigración representaban una terrible desgracia, que muchos de ellos se habían convertido en los parias de Europa y llevaban una vida penosa, miserable. No era necesario que les compadeciera, pero al menos habría podido dejar de hostigarlos y de presentarlos como un hatajo de bestias. Él, ¡un escritor!, no podía ignorar que Serguéi Bulgákov y Piotr Struve, que habían sido expulsados de Rusia, no eran unos malvados, sino unos pensadores y científicos serios, y ¡si él mismo no creía en Dios, como mínimo podía haber evitado calificar de chochez la fe de los otros!

En su primera carta a Ivánov, Gorki reniega del *mujik* ruso, pero en la segunda es a la *intelligentsia* rusa a la que ataca, la misma que antes había defendido de los bárbaros modernos, de los bolcheviques, y con la que se identificaba. ¿En quién y en qué cree ahora? ¿En el «revolucionario desquiciado»?

Pero en Gorki se advierte cada vez más una atracción hacia los métodos soviéticos de educación; precisamente es eso lo que le resulta «curioso». La atención que le prestan los niños socialmente peligrosos de la colonia alimenta su vanidad, como si no comprendiera que su padrinazgo es un espectáculo organizado, uno de esos hilos que tira de él, que lo atraen y lo atan de pies y manos. ¿O es que los pequeños delincuentes no tienen otras

preocupaciones que cartearse con Sorrento? ¿Acaso no le ha pasado a Gorki por la cabeza la razón que explica que al cabo de diez años de régimen soviético se haya multiplicado en el país el número de niños sin techo y de delincuentes?

Esto es lo más sorprendente: su paulatina capitulación y el creciente abandono de sus convicciones, su empeño en ser engañado y en engañarse a sí mismo, la sustitución de su auténtica y genuina compasión por la gente por un padrinazgo formal y falso. Esos son sin duda los síntomas de la peligrosa enfermedad que, al ir progresando, llevará finalmente a Gorki a una total regeneración espiritual.

El expediente de Gorki en la Lubianka contiene elementos muy heterogéneos. No sólo incluye la correspondencia interceptada, sino también algún que otro documento obtenido gracias a la labor de los agentes secretos, o procedente del archivo del escritor, que fue confiscado en su domicilio inmediatamente después de su muerte. Según testigos presenciales, su mujer y secretaria, Maria Búdberg, se llevó una parte del archivo –una maleta entera– de Sorrento a Londres (hay motivos para creer que esta maleta acabó finalmente en manos de la Lubianka). Ahora, después de tantos años, resulta muy complejo dilucidar todo este embrollo con total certeza. Los materiales sobre Gorki pasaron por muchísimas manos y se dispersaron parcialmente. Los colaboradores de la Lubianka me dijeron muy enojados que los responsables del archivo del Partido les saqueaban constantemente (por algún motivo, Gorki pasó por la dirección del Partido) y que en distintos períodos algunos documentos habían sido trasladados a otros archivos estatales.

Pero aun así, lo que había quedado en la Lubianka era de un valor incalculable. Entre los corresponsales de Gorki hay personas de distintas nacionalidades, orígenes y posiciones sociales; había gente famosa y completos desconocidos.

Su correspondencia con jóvenes escritores atestigua el enorme trabajo que asumía Gorki para instruirles en el arte de escribir. Su labor en ese

terreno es increíble y no tiene parangón: Gorki se convirtió en el partero de una cohorte de escritores soviéticos, entre los que se cuentan maestros de primera línea como Bábel, Olesha o Paustovski.

Pero la cara oscura de su correspondencia la componen las voces del propio pueblo. Son cartas que han permanecido en silencio hasta ahora: requerimientos de personas humildes a quienes no les movían intereses profesionales, sino el deseo sincero de manifestarse, franquearse con Gorki y abrirle los ojos acerca de lo que sucedía en su patria. Parece que no había en Rusia ningún grupo social que no hiciera llegar su voz hasta el lejano Sorrento. Estos mensajes hablan de la ruptura con la vida; son un precioso testimonio de esa época, en ellas habla la propia historia.

Al dirigirse a Gorki, la gente esperaba que este realizara alguna de sus acciones arrolladoras en defensa de la justicia ultrajada. Uno de los remitentes escribe:

> La imparable sucesión de ejecuciones que se están realizando en nuestro país, incluso por insignificantes delitos políticos y de otro tipo, como la malversación de fondos, es testimonio de la crueldad y la avidez de sangre propia de los bolcheviques. Los innumerables asesinatos de muchos de nuestros mejores ciudadanos, gente consagrada con toda su alma a defender los intereses del pueblo, así como la feroz carnicería contra los hijos del zar, lo atestiguan...
>
> ¿Acaso no le conmueve la crueldad del Partido que gobierna? ¿No cree usted que debería, aprovechando su autoridad y su influencia, denunciar toda la infamia e ignominia que entraña esta falta de consideración por la vida humana? ¿No debería criticar la hipocresía que muestran los bolcheviques al indignarse y protestar cuando otros gobiernos aplican castigos y métodos de represión incomparablemente más leves a miembros del Partido Comunista, cuando en realidad son ellos los que recurren a métodos violentos para hacerse con el poder? En otro tiempo, nuestros compatriotas más admirados, gente como L. Tolstói, V. Soloviov o V. Korolenko, alzaron su voz en contra de este tipo de infamias cometidas por el gobierno zarista; también los representantes del mundo científico se manifestaron en contra, y el problema fue objeto de debate entre personas de distintas percepciones políticas. Pero ¿qué sucede ahora? Todos callamos, nadie dice esta boca es mía. No se oye ninguna protesta ni discusión, como si eso fuera lo más normal del mundo. Pero cuando se trata de prodigar alabanzas al régimen soviético, salen voluntarios por doquier. Ni los hombres de ciencia sienten repugnancia por ello. Todo esto es muy triste, pues denota el terrible abatimiento moral que sufre nuestra *intelligentsia*. El origen de este mutismo radica en la aprobación de tales acciones o en la ausencia de coraje para condenarlas.

A cada paso uno se convence de que el motivo más probable es esa ausencia de coraje. Ante un poder como el que nos gobierna, todos temen expresar su opinión libre y honestamente, sobre tal o cual cuestión política o resolución del gobierno, temen hablar, temen escribir cartas y no hacen más que susurrar al oído y desviar la mirada...

Si usted desconoce todo esto, significa que no tiene la menor idea de lo que es la Rusia moderna, y si lo sabe y no protesta, es asimismo responsable de un grave pecado. Usted, Alekséi Maksímovich, respetaba y valoraba a L. Tolstói, Chéjov, Korolenko. ¿Cuál cree que sería su actitud ante el régimen soviético y el Partido que lo lidera? Sin la menor duda, lo condenarían con dureza, no permanecerían en silencio.

A. K.

Esta carta es anónima y sin remitente, como muchas otras, lo que resulta comprensible: esas personas, que no vivían en una lejanía maravillosa, sino en la realidad de un Estado totalitario, sabían que la verdad estaba prohibida y, naturalmente, tenían miedo. Es sorprendente que Gorki no lo lograra comprender. ¿O es que fingía que no lo comprendía, cerraba los ojos ex profeso y se tapaba los oídos? ¿Acaso no quería destruir su cuento fantástico sobre el socialismo, el progreso, sobre el maravilloso presente y un futuro aún más formidable? Como puede verse, este cuento era para él mucho más precioso que la verdad de la vida.

Además, Gorki publicó en la prensa soviética furiosas réplicas dirigidas a esos críticos del régimen soviético que le escribían (en los artículos «Anonimam i psevdonimam» [A los anónimos y pseudónimos], «Mejanícheskim grazhdánam SSSR» [A los ciudadanos mecánicos de la URSS] y «Yeshó o mejanícheskij grazhdánam» [A vueltas con los ciudadanos mecánicos]). Él, que siempre había proclamado el amor por la humanidad como su única fe, ahora se revelaba sordo y ciego ante la penetrante llamada del hombre real, humillado y ultrajado. ¿Acaso no comprendía que la gente que le había confiado sus secretos se exponía a un grave peligro, que se arriesgaba mucho? ¿No sabía que todas esas cartas con destino al extranjero, sobre todo si iban dirigidas a una personalidad tan importante, pasaban una escrupulosa censura e inmediatamente se ponía a los autores bajo vigilancia? El anonimato y los pseudónimos no siempre

ayudaban, porque la policía secreta tenía sus métodos y recursos para descifrarlos.

Está claro que Gorki no lo entendía así. Pues de otra manera no habría escrito lo siguiente a su secretario Kriuchkov: «*Rul* [El timón][12] sospecha que soy yo quien informa a la OGPU de las cartas de los “ciudadanos mecánicos”. Estos canallas no tienen vergüenza...».

Una ingenuidad sorprendente, como si tuviera una venda en los ojos: ahora se la pone, ahora se la quita. Y considera sus enemigos tanto a los «ciudadanos mecánicos» como a los emigrados rusos, o sea, a todos los que no están de acuerdo con la política del régimen soviético. ¡Es una ingenuidad que le viene como anillo al dedo a la OGPU!

Al analizar estas cartas a veces uno se desespera, se enciende. Resulta doloroso delatar a «nuestro» Gorki, pero también duele pensar en toda esa gente: tan pronto como le revelan sus sentimientos, los pegajosos tentáculos de la OGPU penetran inmediatamente en sus casas. ¿Dónde se ha metido ese sabio maestro, buscador de la verdad y protector, el artista romántico?

El Petrel se ha transformado en un topo, que los órganos usan como ratonera para los disidentes. De eso hay pruebas irrefutables.

Por ejemplo, en una carta de Andrián Kuzmín, de Moscú, dirigida a Gorki, Shivárov escribió: «Se ha fotografiado el original, que lo tiene el camarada Medvédev en la mesa de su despacho. Se le ha encargado que vigile a Kuzmín».

Al leer la carta queda claro por qué Andrián Kuzmín se convirtió en objeto de atención para la GPU.

Moscú, 25 de diciembre de 1927

¡Ciudadano Maksim Gorki!

Le remito unas palabras acerca de su intervención con motivo del décimo aniversario de la Revolución de Octubre y de su artículo del 23 de diciembre en respuesta a los «pseudónimos y anónimos».

Le advierto que quien escribe estas líneas tiene cincuenta y dos años y nunca (ni antes, ni ahora) ha sido miembro de ningún partido ni ha pertenecido a los círculos privilegiados. Por lo tanto, no siento ninguna hostilidad hacia el pasado o el presente. Tengo un punto de vista obrero sobre la vida, tal como es... Sus artículos (tanto el uno como el otro) han suscitado muchos rumores y habladurías, que se pueden resumir brevemente del siguiente modo: Gorki nada entre

dos aguas. Por un lado, parece que bendice todo lo que ha acontecido desde 1917, pero por el otro, se muestra reticente. Lo que yo pienso es lo siguiente: por supuesto, es muy fácil elogiar todo lo que uno no ha sufrido. Un día leí cierta descripción poética de un ataque de caballería en una batalla y pensé: precioso, fascinante, pero el autor tuvo suerte de no tomar parte...

Usted vive lejos, se libró oportunamente de la suerte de convertirse en el objeto ciego y mudo de un experimento que se ha llevado a cabo en contra de la voluntad y del deseo de casi toda la población de su país...

En general, si se reflexiona de un modo sensato, sin maldad ni ofuscación, ¿es posible estar de acuerdo con lo que se hace en contra del deseo de casi toda la gente que le rodea a uno? Uno puede indignarse ante cualquier atrocidad, y permanecer en silencio ante el canibalismo que este experimento ha traído al país. En cuanto a la analogía histórica que establecen entre su destierro y la época de Pedro el Grande, a mi modo de ver es una exageración: no es correcto comparar el momento actual que estamos viviendo con la época de Pedro I y sus reformas, sino más bien, si quiere, con la época de Pablo I.

Cuando esta persona extravagante y enfurecida se hizo con el poder, intentó, a base de palos y baquetazos, convertir al ruso en prusiano... hasta que consiguieron desembarazarse de él. En Piter, en el Hermitage, hay un cuadro del profesor Sharleman, *Parad v Sankt-Peterburgue* [Desfile en San Petersburgo]... Los *mujiks* aparecen disfrazados de prusianos, con el mismo uniforme, con pelucas y guadañas, petrificados por el frío, y aguantaron así durante seis años.

En la Rusia actual nos acercamos a ese momento en que todo el mundo empieza a estar harto de «jugar al socialismo» con los herederos de Pablo. Incluso entre los herederos hay gente en quien empieza a remitir ese estado de embriaguez, inducida por cierto instinto de conservación. Por este motivo, a todos nos sorprende su intervención: ha estado callado durante diez años y de pronto se pone a ensalzar... lo que los propios creadores empiezan a considerar de otro modo y que terminará en un callejón sin salida.

Su intervención sólo puede calificarse de inoportuna; en realidad, los escritores siempre han sido malos políticos.

La noticia del retorno de Gorki a su patria, publicada en la prensa soviética, provocó un montón de cartas.

Usted mismo podrá comprobar con sus propios ojos en qué se ha convertido la URSS en la actualidad, nuestra nueva Rusia –empieza diciendo una de las cartas–. No vaya como invitado de honor al Voljovstrói,[13] a las fábricas y manufacturas renovadas, tal como hacen esas delegaciones extranjeras que sólo conocen el rostro externo y amable de nuestra cultura y que únicamente ven lo que les quieren enseñar... Haga lo contrario: olvídese de que es un escritor famoso, no vaya a ningún lugar con acompañantes oficiales, como si estuviera detenido, sino... recorra todos los sitios, vaya donde le dé la gana, como un observador de todo el pueblo, igual que hacía en sus años mozos. Con el conocimiento que tiene del pueblo, de todos sus estratos y capas, usted, sin duda alguna, sabrá ver en él diferencias, nuevas tendencias, nuevas corrientes de

pensamiento. Esta novedad... rezuma por todas partes, bajo la constante presión administrativa y debido a la extraordinaria dependencia material de las masas con respecto al centro, algo sin precedentes en los países capitalistas.

Al frente de este movimiento social se encuentra un pequeño grupo de gente, compañeros de armas de Lenin... Este contingente de personas, de hecho, forma un Partido. Sus tesis, su situación y sus ideas constituyen la base de nuestro sistema legal; inyectados en la carne y en la sangre del pueblo ruso, se internan en el sistema revolucionario en todos los recodos del país. Y a menudo en contra de su voluntad...

Con motivo del retorno de Gorki al país, las autoridades organizaron una serie de celebraciones conmemorativas en su honor, para celebrar su sesenta aniversario. Los periódicos publicaron a bombo y platillo noticias sobre la inminente celebración y directrices sobre la organización de los homenajes. Uno de los autores de las cartas introdujo en el sobre, junto con su misiva, un recorte del periódico *Viechérnaya Moskvá* [Moscú vespertino] para que el homenajeado pudiera ver hasta qué punto las circulares de las autoridades testimoniaban que el amor hacia el escritor proletario era un sentimiento impuesto por el poder:

EL CUMPLEAÑOS DE M. GORKI EN LOS CENTROS
DE EDUCACIÓN SUPERIOR

Glavprofobr[14] emitió ayer a las direcciones de todos los centros de educación superior y otros centros educativos administrados por este un comunicado especial sobre la organización del homenaje a M. Gorki. Entre el 26 de marzo y el 1 de abril en todos los centros educativos deberán organizarse actos conmemorativos sobre la vida y la obra de Gorki, acompañados de actuaciones literarias y musicales. Para el día del sesenta aniversario de M. Gorki (29 de marzo) deberán organizarse exposiciones dedicadas a su obra.

La carta con este recorte también es anónima, pero a juzgar por el texto es fácil suponer que la escribió un científico. La redactó de un modo abrupto, con imparcialidad, y no sólo expresó su actitud hacia el escritor, sino también, lo que resulta sumamente importante, describió la calamitosa suerte de la *intelligentsia* soviética:

¡Excelentísimo señor Alekséi Maksímovich!

Como miembro de la sociedad científica rusa, que ha trabajado veinticinco años en un centro superior, me he visto forzado, a pesar de las órdenes, a abstenerme de participar en cualquier acto oficial organizado con motivo de la conmemoración de su aniversario según indican las circulares. Teniendo en muy alta estima su brillante talento literario, considero semejantes celebraciones igual de ultrajantes para usted, el más importante de los artistas rusos modernos, como para nosotros, personalidades científicas y representantes de la *intelligentsia* rusa, que nunca han atribuido una importancia destacada a este tipo de celebraciones, excepto en los casos en que estas manifestaciones son un acto de libre expresión de la simpatía y el talante de la sociedad.

Pero si me he decidido a escribirle en estos momentos ha sido no sólo para que tenga una idea de cómo se organiza actualmente en nuestra Rusia soviética cualquier tipo de manifestación popular, sino también para exponerle, con un sentido pesar, una serie de situaciones asombrosas que preocupan y suscitan una indignación espontánea entre un gran número de rusos, quienes se sentían orgullosos de usted, célebre escritor cuyo nombre está ligado a los mejores artistas rusos de la palabra. Le hablo de sus intervenciones sistemáticas en la prensa rusa, donde usted, y disculpe mi atrevimiento, se manifiesta apasionada e irreflexivamente en contra de los últimos representantes de la *intelligentsia* rusa que el régimen soviético aún no ha podido rematar y encubre con su importante nombre la indignante mentira de la vida rusa moderna. Desde la maravillosa distancia, por la que goza de entera libertad e independencia, aunque bajo el amparo de un gobierno fascista; bajo el bendito cielo de Italia, en su fantástica villa de espacio ilimitado, usted repite, siguiendo las directrices de la mentirosa prensa oficial de la Rusia soviética y ante los ojos del mundo civilizado (cuyas altas esferas del poder están también contaminadas por la mentira burguesa), esa mentira notoria para aquellos que han sufrido estos diez años en Rusia, una mentira que ninguna finalidad ni ningún ideal, por muy sublimes que sean, pueden justificar.

Nosotros, los científicos, obreros del intelecto y de la palabra viva impresa, que estamos despojados de todos los derechos de la libre creación científica e intelectual y condenados a callar bajo el terror de los escorpiones de la OGPU (con los que ni la policía del régimen zarista habría podido llegar a soñar), tenemos que escuchar sus ditirambos de cómo el régimen soviético se preocupa por los científicos y la ciencia...

Por no hablar de lo que ya no es un secreto para nadie, que en Rusia ya no hay ni escuelas superiores, ni secundarias, ni instituciones científicas libres. Tampoco quiero hablar de la muerte de la joven generación, que no sólo ha sido privada de una formación general aceptable, sino que además ha sido educada en una bárbara actitud hacia los tesoros más preciados de la cultura universal y, primordialmente, de la cultura rusa.

Soy consciente de que mis palabras no van a persuadirle, pues hay algo que ofusca su mirada; pero tampoco lo pretendo (para eso debería vivir con nosotros diez años), sino que más bien anhelo despertar en usted la voz de la conciencia humana, el sentido de la justicia más elemental y de la prudencia moral. Usted está decidido a venir a Rusia. Oh, qué duda cabe de que su llegada será una marcha triunfal en automóviles soviéticos, pero me gustaría que usted se diera una vuelta por la Rusia moderna no como el archipromocionado escritor soviético, sino como el antiguo Maksim Gorki, amigo de Antón Pávlovich Chéjov. Desearía que ese Gorki

deambulara, igual que en el pasado, como un anónimo vagabundo por la madrecita Rusia y observara el auténtico país no a través de *Izvestia* o *Pravda*, de la falsedad de los discursos de los congresos y de la demagogia del Partido, sino con una mirada abierta...

Disculpe que le dirija estas palabras tan severas e impropias del día de su cumpleaños. Sé que tirará esta carta a la papelera con una sonrisa de desprecio, como si fuera otro ejemplo de la verborrea anónima, deplorable y estéril de un enemigo del proletariado, etcétera. Por supuesto, usted es un escritor libre que con su poder puede decir en sus cartas a los periódicos soviéticos todo lo que le venga en gana en defensa del régimen soviético, tiene todas las facilidades para envenenarnos con total impunidad. Además, no puede oír nuestras respuestas, ya que la mordaza soviética nos mantiene con las manos atadas y la boca cerrada. Pero, sabiéndolo, ¿cree usted que puede comportarse como si fuera el paladín de la libertad de expresión?

Alekséi Maksímovich, reflexione sobre todo esto en la intimidad, hable con su conciencia, en otro tiempo sensible a cualquier falsedad e infamia de la vida. No importa que ante sus ojos aparezcamos como unos cafres, que no entendamos la grandeza de las misiones universales ni la de las nobles consignas de la Revolución social. Que así sea (aunque no es ni mucho menos así). Sin embargo, ¿no cree que ante los contrincantes hay que comportarse con nobleza? Además, a los allegados no se les golpea. Me niego a creer que escriba conscientemente mentiras o que se haya vendido al poder soviético, como se rumorea. Si así lo creyera, tenga por seguro que no le hubiera escrito. A pesar de todo, no alcanzo a comprender cómo osa juzgar de modo tan irreflexivo lo que desconoce, lo que no ve ni sufre.

Además, al parecer tampoco comprende usted el motivo por el que las innumerables personas que le escriben, sobre los que usted hablaba en uno de sus artículos en *Izvestia*, no pueden firmar con su nombre las cartas que le dirigen desde su patria. Ignoro si este anónimo gemido salido de lo más profundo de mi alma podrá atravesar felizmente la maquinaria de vigilancia soviética y llegará hasta usted...

Cometería un grave error si pensara que el autor de estas líneas es un partidario del antiguo régimen. Ha trabajado demasiado duro durante toda su vida para destruirlo como para ahora soñar con su restauración. Pero aún se equivocaría más si lo tomara como un agente secreto de la ignominiosa emigración rusa o como un miembro de alguna organización clandestina interna antisoviética. De hecho, se encuentra infinitamente lejos tanto de unos como de otros. Simplemente, pertenece a los últimos restos de esas reservas culturales a expensas de las cuales la Rusia soviética ha vivido hasta ahora y todavía continuará viviendo. A pesar de las condiciones insoportables que sufrimos bajo el régimen reinante, quien le escribe intenta por todos los medios continuar la tradición cultural de labor científica y pedagógica, haciendo todo lo posible por introducir algo positivo en la vida de este país devastado, ya que únicamente esta labor es en la actualidad racional y necesaria en nuestra patria. En cuanto a los enemigos del régimen soviético, dentro del país sólo existe un único enemigo realmente peligroso: él mismo.

29 de marzo de 1928

Hay montones de cartas que, como esta, constituyen una llamada de socorro. ¡Salve nuestras almas!, dicen.

La siguiente carta recoge la voz de un buscador de la verdad, de un campesino no muy ilustrado, pero escrupuloso, que desde lo más profundo de Rusia cruza el continente hasta llegar a Sorrento.

> Nosotros, los campesinos, que nos hallamos aislados en el centro de nuestra madre Rusia, cuando oímos que volvía decidimos darle cordialmente la bienvenida. Esperamos que su regreso corregirá los desatinos y los errores cometidos por nuestros actuales gobernantes, ya que se han sucedido muchísimas atrocidades, como despilfarros, actos despóticos y hasta contrarrevolucionarios, todo por el mero hecho, según nuestras opiniones campesinas, de no cumplir honestamente la ley laboral.
>
> Tenemos muchas cosas que explicarle. Todas las autoridades de las aldeas, como por ejemplo nuestros jefecillos del sóviet de la aldea o de los *viki*,[15] se consideran colegas del rey, casi nunca cumplen las leyes de la aldea, en concreto el código de la tierra, o sea, que la ley dice una cosa y ellos hacen otra, y esta situación daña toda la estructura. Y si es un comunista, o sea, un miembro del Partido, cuidado con acercarse mucho a él y, además, su palabra es ley. Tanto si es justa como si no lo es, no va a tener que rendir cuentas... Y si uno tiene la osadía de señalar que es una injusticia, se arriesga a convertirse en un elemento molesto y, además, se le dirá que eso se hace para mantener el orden y la disciplina de Partido. Lo peor de todo esto es que cada vez hay más denuncias. Por ejemplo, el distrito e incluso toda la provincia apoyarán a ese comunista en nombre de la disciplina de Partido, aunque el tipejo en cuestión esté montando una contrarrevolución, y todo en nombre de la dichosa disciplina de Partido. Así, cualquier miembro del Partido puede hacer sin ningún temor todas las canalladas posibles, ya que sabe que le ampara el Partido. Y esto se ha propagado en nuestra aldea, a su antojo. Es necesario que lo cortemos de raíz. Considero que la ley, aunque se haga para un año o un mes, debe aplicarse a todos sin excepción y de un modo severo, pero aún más a los miembros del Partido. Pero aquí, si al secretario del *volkom*[16] o del *vik* no le gusta algún individuo, le imponen una contribución adicional y él se ve obligado a poner a la venta sus últimas vacas, ovejas, inmuebles, etcétera, y quejarse es como predicar en el desierto. Todo obedece a la línea del Partido.
>
> Por todo esto le pedimos, querido huésped, que preste atención a estos problemas, que son la pura verdad. Esta importante labor se está gestionando mal y resulta todavía peor cuando los comunistas meten baza y lo estropean con el pretexto de que es por el bien del comunismo. Incluso el juez aplica erróneamente la ley vigente y actúa siguiendo el mandato de sus camaradas. Y pobre del que no cumpla su voluntad, ya que al día siguiente sale volando. Y así está establecido. No temen ninguna ley, sólo se temen unos a otros, es el pan de cada día. Le rogamos que eche una mano a nuestros líderes en la aplicación de la ley, estricta y simplemente, para que todos en la aldea sepan cómo funciona y puedan ver y decir lo que no es correcto sin temor a que los persigan. Es necesario que se haga lo antes posible, para salvarnos de la ruina...

«Respetuosamente suyo, Iván Bol...», firmó al final de la carta el autor, dejando el apellido cortado en la primera sílaba, como si se hubiera tapado la boca con la palma de la mano. Y añadió: «Campesino»... Esta es una de las millones de voces de rusos que milagrosamente, y a través de la bruma de los años y de la reclusión en la Lubianka, han llegado hasta nosotros con la palabra de la verdad.

Por supuesto, también las personas procedentes de la Unión Soviética que Gorki recibía en su casa de Sorrento le contaban muchas cosas. Todos ellos fueron objeto de la vigilancia de la GPU. Este es un fragmento del informe del agente «Sayánov»:

> Hay que prestar mucha atención a las personas que, invitadas por Gorki, van a visitarle a su casa en el extranjero, en Sorrento. Es muy probable que entre ellos se hayan colado enemigos con el propósito de engañar al honesto y sincero viejecito.
>
> A uno de estos «visitantes», que fue a Italia por invitación de Alekséi Maksímovich, le conozco gracias a informaciones de P. P. Kriuchkov. Me refiero a B. M. Zubakin, un poeta fracasado y, al parecer, historiador de la religión...

¡Borís Zubakin! Una vez nos trajeron a la Comisión encargada de la herencia de los escritores represaliados una carpeta entera de poemas conservados con mucha cautela de este poeta extraordinario. La televisión nos dio la oportunidad de hablar de él, mostrar su rostro inspirado, leer algunos poemas, y, como sucede siempre en estos casos, empezaron a llover cartas. Resultó que muchos habían conservado un buen recuerdo de este poeta y de su trágica muerte ante el pelotón de fusilamiento.[17] No se descarta que la denuncia de «Sayánov» ayudara a que Zubakin fuera detenido. ¡Qué caro le salió al poeta el viaje a Sorrento!

Es poco probable que Gorki no se enterara de nada de lo que estaba sucediendo. Por fuerza debía sospechar, haber algo que le indignara, pero quizá creyera que era otra cosa; estaba seguro de que ahí, en la Unión Sovética, todo seguía su curso normal, la senda del progreso. Las voces dispersas de unos se perdían en el coro general de otros huéspedes más afortunados, de sus allegados, secretarios y de la prensa soviética, quienes afirmaban: su casa está en la patria, ahí es donde más se le necesita, ahí se

encuentra su lugar en el mundo. En efecto, ¿dónde estaban sus lectores? ¿Dónde era más publicado? ¿De dónde provenían los ingresos más importantes? No hacía mucho que había recibido del gobierno soviético una suma significativa por los libros publicados y por los que aún estaban en proceso de edición.

Este coro tenía un director invisible. Ahora era Stalin quien le atraía hacia sí con la misma obstinación que, en otra época, Lenin había mostrado para expulsar a Gorki al extranjero. Entonces el rechazo del escritor a vivir en su patria había sido motivo de muchas discusiones en todo el país y había arrojado una sombra de duda sobre las autoridades soviéticas: ¡mira por dónde, aunque Gorki alaba en sus escritos al régimen soviético, prefiere vivir en la Italia fascista!

Los periodistas soviéticos afirmaron que el retorno de Gorki se debía al hecho de que el escritor no podía vivir lejos del *Vozhd* y de su amor fraternal, que era una fecunda fuente de inspiración para su obra. Pero lo cierto es que Gorki no tenía la mínima necesidad de Stalin, sino que era este quien necesitaba al escritor.

¿Quién es el escritor más importante? ¡Gorki! Con Lenin en el poder, no podía vivir aquí, así que se marchó, pero ahora vuelve, ¿qué mejor sitio para crear que en el país más libre y feliz del mundo? Que nos dé su aprobación, que nos ampare con su autoridad, que nos honre con su pluma. Además, Stalin tenía previsto colocar a Gorki a la cabeza de la literatura y así poner orden en ese ámbito –lógicamente, bajo su control– e instituir una jerarquía como la que imperaba en el Partido.

–Miren al cielo –decían las almas optimistas–. Incluso los pájaros vuelan de sur a norte todas las primaveras. Ha llegado la hora...

ASFIXIA ENTRE ABRAZOS

Y finalmente llegó la hora en que Gorki, tras una ausencia de casi siete años, vio de nuevo Rusia y, según palabras de Lunacharski, «el victorioso proletariado con gran entusiasmo lo estrechó en un inmenso abrazo».

Sus primeros viajes por la patria fueron de carácter solemne y para conocer de primera mano la situación. Se quedó en Rusia todo el verano, pero en otoño regresó a Sorrento. El propio Stalin eligió una casa para él en Moscú, construida a principios de siglo por el millonario Riabushinski. Se trataba de un lujoso palacete de estilo modernista situado en la calle Málaya Nikítskaya, no muy lejos del Kremlin, e inmediatamente se convirtió en una especie de centro cultural y social, un punto de encuentro entre las autoridades y la *intelligentsia* artística. Además, pusieron a disposición del escritor dos inmensas y confortables dachas con vigilancia especial, una en Crimea y otra en la aldea de Gorki, cerca de Moscú.

Pero dejemos a un lado toda la pompa de bienvenida al escritor –que hasta el día de hoy es lo único de lo que teníamos constancia– y fijémonos en los acontecimientos, apoyándonos para ello en el siguiente «estrato cultural» que aparece en el archivo de la Lubianka. Se trata de las actas de instrucción de una serie de detenidos en 1937, que fueron acusados de enemigos del pueblo y cómplices de una conspiración contrarrevolucionaria –Guénrij Yagoda, Piotr Kriuchkov, el secretario de Gorki, y el crítico Leopold Averbaj, un antihéroe peculiar de la literatura soviética–, y de las denuncias de escritores que se introdujeron en el entorno de Gorki.

Publico aquí todos estos documentos trágicos, acusatorios e incluso perturbadores, no sin que me recorra un gran estremecimiento fruto de una mezcla de sentimientos contradictorios. Contienen muchos datos que nos obligan a ver de otro modo a Gorki y a su entorno, así como la historia de nuestra literatura. A veces uno no querría dar crédito a lo que descubre, pero es necesario: como decía justamente Vladímir Ilich, los hechos son testarudos.

Desde sus primeros pasos en la patria, Gorki no dejó de estar en el punto de mira de la atención pública, pero tampoco escapó al secreto control y las maquinaciones de los órganos, e incluso fue puesto bajo la tutela personal del propio Yagoda. Guénrij Grigórievich visitó a Gorki en su casa ya en la primera visita del escritor a Moscú. Nacido en la misma ciudad del escritor, Nizhni Nóvgorod, Yagoda incluso tenía lazos familiares con él, ya que estaba casado con una sobrina de Yákov Sverdlov, cuyo

hermano, Zinovi, como ya hemos dicho, era hijo adoptivo de Alekséi Maksímovich y llevaba su mismo apellido, Péshkov.

Al principio, hay que suponer que el jefe de la OGPU (que en 1934 cambió el nombre por el de NKVD) obró con cautela y se mantuvo a una distancia respetuosa; más adelante, durante los posteriores viajes de Gorki a la Unión Soviética, su relación con el escritor y su entorno se fue estrechando poco a poco. Su objetivo primordial era lograr que Gorki se instalara de forma definitiva en la Unión Soviética. Es evidente que no lo hacía por propia iniciativa, sino por orden directa del camarada Stalin.

Como agente personal de Stalin, Yagoda reclutó a sus propios agentes en el entorno de Gorki. El siguiente eslabón en la cadena Stalin-Yagoda era, sin lugar a dudas, Piotr Petrovich Kriuchkov.

Kriuchkov era un tipo rubio, casi calvo, de aspecto inexpresivo, no muy alto, de nariz chata, rechoncho, bien alimentado y con quevedos. Los que le conocían destacaban sus peculiares manos peludas y un anillo con una alejandrita de gran valor, que siempre llevaba puesto. Esta piedra tenía su propia historia. En otro tiempo se la habían traído a Gorki de los Urales, y este se la regaló a su segunda mujer, Maria Fiódorovna Andréyeva. Más tarde, la alejandrita pasó a la mano peluda de Pe-pe-kriu, que alguna vez también había trabajado como secretario para ella.

Kriuchkov no contaba con ninguna otra característica digna de destacar.

Al servicio de Gorki desde 1918, poco a poco Kriuchkov fue asumiendo los contactos sociales, literarios y editoriales del escritor, por lo que se convirtió no tanto en su secretario como en un alter ego del escritor, y a menudo le sustituía e intervenía en su nombre en muchos asuntos. Hay que reconocer que este tipo inteligente y escrupuloso hizo muchas cosas positivas por Alekséi Maksímovich, y de hecho llegó a ser para el escritor una persona imprescindible, tanto en el plano profesional como en la vida cotidiana.

Se ignora si Kriuchkov mantenía contactos con los órganos antes de conocer a Yagoda, pero es indudable que después de conocerle practicó un doble juego. Cuando estuvo en la cárcel, durante la instrucción, contó que antes de la detención de Yagoda, constantemente iba al apartamento de este,

y pasaba los fines de semana en su dacha. A menudo se veían en casa de Gorki. «Manteníamos relaciones amistosas», dice Kriuchkov. El sentido y el carácter de la amistad del secretario del escritor y del jefe de la Lubianka es evidente.

–¿Usted se citaba con Yagoda en el edificio del NKVD? –le preguntó el instructor.

–Aproximadamente unas cinco o seis veces al año iba al despacho oficial de Yagoda.

–¿Por qué motivo iba a verlo a su lugar de trabajo?

–A menudo iba con motivo de mis viajes a Italia, a casa de Gorki. Y a veces por dinero.

–¿A qué dinero se refiere?

–Por ejemplo, en 1932 Yagoda, por iniciativa propia, me entregó cuatro mil dólares para comprar en el extranjero un coche para Gorki. En 1933, Yagoda me ofreció dos mil dólares (aunque yo no se los pedí) con la excusa de que quizá, según me dijo, no tendríamos suficiente dinero para pagar la finca de Sorrento. Acepté este dinero sin firmar nada...

¡Son unas confesiones sorprendentes! La OGPU financiaba a Gorki mientras vivía en Italia. Por motivos comprensibles, esto se ha mantenido en completo secreto hasta nuestros días y únicamente ahora emerge a la luz pública. Y de qué modo le financiaban: le entregaban el dinero sin ninguna formalidad, en mano. Hay motivos para sospechar…

¿Estaba Gorki informado de los generosos regalos de la Lubianka? Es imposible que no supiera nada. Pero entonces su aproximación a Yagoda, por desgracia, adquiere un matiz más prosaico...

Además, como manifiesta Kriuchkov en sus declaraciones, Yagoda no sólo suministraba dinero a Gorki, sino también a otros miembros de su familia:

Varias veces recibí de Yagoda sumas de dinero en moneda extranjera para M. I. Búdberg, también sin firmar ningún recibo. En 1936, Yagoda nos entregó, a N. A. Péshkova, la nuera de Gorki, y a mí, cuatrocientas libras esterlinas también destinadas a Búdberg (aunque sólo le habíamos pedido trescientas). Finalmente, en septiembre de 1936, N. A. Péshkova me dijo que había recibido de Yagoda, por mediación de su secretario personal, Bulánov, una gran suma en dólares. Mientras me contaba esto, Péshkova me dijo confusa: «¿Por qué razón me han obligado a aceptar esta cuantiosa suma?».

–¿A qué se debía esta enorme generosidad por parte de Yagoda? –preguntó el instructor.

–Evidentemente, esta generosidad no era casual. Esta prodigalidad hacia las personas allegadas a Gorki está estrechamente relacionada con la línea seguida por Yagoda, que empezó a

manifestarse sobre todo a partir de 1931. Yagoda deseaba monopolizar su influencia en casa de Gorki para alcanzar sus propios objetivos...

Kriuchkov describe con todo lujo de detalles esa impertinente influencia, que llegó hasta el límite en que Gorki, después de escuchar los largos y detallados relatos de Yagoda, soltaba indignado:

–¿Por qué me explica cosas que no debería saber?...

El grado de confianza era tal que Yagoda incluso revelaba al escritor secretos oficiales, pues al parecer le consideraba uno de los suyos. Le explicó el secuestro en París de Kutiépov, general de la Guardia Blanca, planeado por la OGPU... ¿Acaso esperaba convertirse en un héroe gorkiano?

Durante la instrucción, Kriuchkov nombra a dos mujeres muy próximas a Gorki.

Maria Ignátievna Búdberg, también conocida como Zakrévskaya, o Benkendorf, y en casa de Gorki como Mura o Titka, fue la tercera y última compañera del escritor (no llegaron a casarse). Fascinante y oportunista, entre sus innumerables maridos y amantes se cuentan personalidades tan conocidas como el espía Robert Bruce Lockhart y el clásico de la literatura británica Herbert Wells. Hay un libro consagrado a la misteriosa Mura, *Mura Búdberg: historia de la baronesa Búdberg*. Su autora, Nina Berbérova, que dedicó muchos esfuerzos para resolver el enigma de esta mujer de hierro, finalmente tuvo que capitular.

Se cree que Búdberg era agente doble, británico y soviético; pero sólo es una suposición, ya que las pruebas, en caso de que existan y no hayan sido destruidas, permanecen ocultas.

Además del dinero que recibía de Yagoda, existe aún otro testimonio indirecto de la complicidad de Búdberg con nuestros gloriosos órganos. El acta de instrucción de Kriuchkov empieza con una lista de ocho personas a las que este «comprometió»; pues bien, de todas ellas solamente una no fue detenida ni aniquilada en las mazmorras de las prisiones soviéticas. Esta persona es Mura, que en la lista figura como «cómplice de una organización antisoviética de derechas». La verdad es que en 1938, cuando se inició el proceso, Mura ya estaba lejos, en Londres, pero para los órganos no

resultaba ningún problema llegar hasta ahí. Al parecer el destino de esta mujer era pasar a la historia como una esfinge con faldas.

Yagoda intentó infiltrarse aún más en casa de Gorki a través de su nuera, la mujer del hijo, Maksim, y madre de las nietas del escritor. Sin embargo, lo que le llevó a querer tratar a Nadiezhda Péshkova no era sólo el interés, sino también una auténtica pasión: quería convertirse en su amante. Todo el mundo destacaba en Nadiezhda su extraordinaria belleza y su excepcional feminidad. Romain Rolland dijo de ella: «Es una joven preciosa, alegre, sencilla y encantadora».

Corren numerosas anécdotas sobre las indiscretas e inoportunas atenciones del omnipresente Guénrij, que ponían al objeto de su deseo en situaciones incómodas y equívocas. De uno u otro modo, queriéndolo o no, Timosha, como el resto de las personas que vivían con Gorki, entró en la esfera de influencia del jefe de la OGPU y podía, en caso necesario, ayudarle, aunque sólo fuera proporcionándole cierta información.

En la lista de las personas que Yagoda podía reclutar o utilizar para sus asuntos también se incluía el numeroso servicio –cocineros, chóferes, bibliotecarias, jardineros, mujeres de la limpieza y demás– que se ocupaba de la casa de Málaya Nikítskaya y de las dos dachas. No siempre eran obligatoriamente agentes de la Lubianka, muchos ayudaban a los órganos por propia voluntad, porque eran soviéticos convencidos y creían actuar impulsados por nobles razones y en interés de Gorki.

Incluiremos además a los propios chequistas, como por ejemplo Semión Grigórievich Firin y Matvéi Samóilovich Pogrebinski,[18] que frecuentaban la casa del escritor. Gorki estaba profundamente interesado por la idea de la reeducación comunista de los seres humanos. Y precisamente estos dos chequistas se hallaban al frente de la educación correctiva a través del trabajo de la masa popular descarriada: el primero dirigía los campos de trabajo de Belomorstrói y había sido jefe adjunto del Gulag; el segundo administraba la creación de establecimientos especiales para los criminales comunes.

Así que Gorki, ya en sus primeras visitas a la Unión Soviética, y aún más cuando se trasladó a vivir a su patria en 1933, estaba completamente

rodeado de servidores de la Lubianka, lo que era como encontrarse en medio de un nido de serpientes del que no hay escapatoria posible. La dirección del NKVD incluso se encargaba del abastecimiento del escritor y su familia, así como de velar por el bienestar material de Stalin y de los miembros del Politburó, y el gabinete de Yagoda tenía línea directa con la casa de Gorki.

Este entorno compuesto por múltiples capas aislaba cada vez más a Gorki del mundo exterior, de la vida real. Pero tampoco hizo nada por romperlo, sino que se resignó al «nicho» que le habían preparado sin ofrecer resistencia. Además, estaba cómoda y agradablemente camuflado bajo una corona de laurel o una tarta de cumpleaños.

La enorme plantilla de informadores del NKVD también incluía a los camaradas escritores. He descubierto los informes de al menos cuatro colaboradores secretos ocultos tras sus nombres en clave. Todos tenían acceso a Gorki y trabajaban sin tregua. Además Gorki no escogía sus numerosos contactos literarios libremente, sino que a menudo se los imponían.

> Introduje a un grupo de escritores en casa de Gorki: Averbaj, Kirshón, Afinoguénov –cuenta Yagoda durante la instrucción–. Con ellos también solían estar Firin y Pogrebinski. Todos eran hombres míos, comprados con limosnas en efectivo; su papel consistía en cantar mis excelencias, no sólo en casa de Gorki, sino también en los círculos de la *intelligentsia.* Cultivaban mi imagen, mi persona, como si fuera un gran estadista, una persona espléndida y un humanista. Yo mismo me encargué de introducirlos en el círculo de Gorki y de que influyeran sobre él. Servían a mis propios intereses.

La declaración de Kriuchkov es en términos parecidos:

> Estas personas alrededor de Gorki formaban una peculiar red de agentes de Yagoda. Aparte de esto, Averbaj, Kirshón y Afinoguénov estaban encargados de ensalzar a Yagoda ante Gorki, de hacer propaganda de su papel en la reeducación de la gente, o sea, en aquello que interesaba a Gorki. A su vez, Yagoda intentaba con todas sus fuerzas aumentar el peso específico de la influencia de sus agentes e introducirlos en la dirección de las organizaciones literarias.

Leopold Averbaj explicó la situación que vivían durante la instrucción:

> Algunos camaradas y yo íbamos a menudo a casa de Gorki, con quien nos unía una estrecha amistad. De hecho, empujábamos a Gorki a involucrarse en nuestra lucha común, pero Yagoda se burlaba de nosotros porque según él no lo comprometíamos lo suficiente, no sabíamos sacar provecho de su relación y nos andábamos con demasiados cumplidos. El mensaje principal de sus reflexiones, típico de él y que refleja en cierta medida su carácter, se resumía en una sentencia: «En la lucha todos los medios son buenos, déjense de moralinas y pretextos románticos, válganse de Gorki como si fuera una fuerza poderosa, no hagan como la corrompida *intelligentsia*...».

Al principio Gorki tenía poca simpatía por Averbaj, lo consideraba un demagogo chillón, un ser ladino demasiado seguro de sí mismo y más capacitado para las intrigas que para la creación. El desenfrenado Leopold era un tipo grueso, fortachón, con la cabeza redonda y afeitada como una pelota de billar, con una voz segura y bien templada, siempre estaba en posición de combate. Incluso en su apariencia era un modelo del héroe de la nueva época, un líder del Komsomol, un cabecilla y un pionero. Averbaj no podía alardear de sus libros, pero constantemente insinuaba su proximidad a la élite del Partido: su madre era la hermana de Yákov Sverdlov; su mujer, la hija de Bonch-Bruyévich, y su hermana Ida, la esposa legítima de Yagoda, el jefe de la OGPU. Y a través de su parentesco con Sverdlov, entroncaba con Zinovi Péshkov, su tío, y con el mismo Gorki, aunque de un modo muy lejano.

Mientras fue presidente de la Asociación Rusa de Escritores Proletarios (RAPP, en ruso), Averbaj aspiró a hacerse con la dirección de todo el mundo literario. Por el mero hecho de ser familiar de Yagoda, disponía de medios para lograrlo. Llegó incluso a tener mucho más poder que Gorki. Cuando este intentó defender a los escritores Yevgueni Zamiatin, Mijaíl Bulgákov y Borís Pilniak del acoso de la RAPP, alegando que estos no eran ningún obstáculo para que la historia siguiera su curso, sus palabras no fueron escuchadas: no fue posible publicar el artículo del escritor de fama universal. La política editorial estaba dominada por los hombres de Averbaj.

Yagoda hizo todo lo posible para que Gorki tuviera una mejor opinión de su cuñado. Cuando Gorki estaba en Moscú se presentaban en su casa

casi todos los días festivos. Averbaj incluso estuvo invitado unos cuantos meses en Sorrento y logró ganarse la confianza de Alekséi Maksímovich.

En 1937, el detenido Averbaj, en una solicitud al comisario del Pueblo de Interior, Yezhov,[19] reconoció:

> Mi misión era conseguir que Gorki se marchara de Sorrento lo antes posible. Antes de partir para Italia, Yagoda me rogó que persuadiera a Alekséi Maksímovich para que dejara definitivamente Italia.

Averbaj volvió «contento y orgulloso» de Italia. Gorki estaba preparando las maletas para su inminente viaje a la Unión Soviética. Y su huésped había obtenido un beneficio para él: se había asegurado la alianza del escritor con la Asociación Rusa de Escritores Proletarios (RAPP). En cuanto llegó a Moscú, Averbaj corrió al Comité Central para informar de que Gorki consideraba la RAPP como la guía para desarrollar la línea del Partido en el ámbito de la literatura.

Pero Averbaj había cometido un error de apreciación en sus cálculos; aparte de poner demasiado empeño, había corrido demasiado. El Partido tenía sus propios planes para la literatura. Unos meses después, en abril de 1932, se decretó una disposición del Comité Central que parecía llovida del cielo: «Acerca de la reestructuración de las organizaciones literarias y artísticas». Y la RAPP, que hasta el día antes la prensa soviética había tildado de célula del Comité Central en el ámbito literario, y la prensa extranjera de garrote de Stalin, fue liquidada. Como sustituto se creó un comité organizador, presidido por Gorki, destinado a terminar con el período de los círculos literarios y a agrupar a todos los escritores en una única unión de escritores soviéticos. Averbaj, que no quería perder sus privilegios, se lanzó a la lucha siguiendo la típica costumbre bolchevique, lo que todavía le perjudicó más al atraer hacia sí la cólera del mismísimo amo. Stalin congregó en su despacho a todos esos escritores pendencieros, y en su presencia echó tal rapapolvo a Averbaj que a este no le quedaron ganas de seguir en la brecha.

Ese mismo año, la habitual fiesta en honor de Gorki fue muy sonada y se celebró con una fastuosidad indecente. El motivo era el cuarenta aniversario del inicio de su actividad artística. Tomando el nombre del escritor como si se tratara de una propiedad del Estado, Stalin dispuso que se diseminara por todo el país. En la ciudad de Moscú pusieron el nombre de Gorki a un instituto literario, al Parque Central de Cultura y Ocio y a la calle Tverskaya; lo mismo les ocurrió a docenas de calles de otras ciudades y localidades de todo el país, a Nizhni Nóvgorod, la ciudad natal del escritor, y a su región, a centenares de fábricas y *koljoz,* bibliotecas y escuelas, al Gran Teatro Dramático de Leningrado y al Teatro Académico Artístico de Moscú...

–¿No cree, camarada Stalin, que debería llamarse más bien el teatro Chéjov? –apuntó tímidamente Iván Gronski, uno de los funcionarios literarios.

–Es igual. Gorki es una persona ambiciosa. Hay que tenerle bien sujeto al Partido...

Gorki aceptó el «regalo», no tuvo nada que objetar. Ya no tenía que temer a los críticos, de hecho estaba prohibido criticarle.

Así, a imagen y semejanza del culto estalinista se creó el culto a Gorki en la literatura, un culto abrumador y funesto.

El 26 de octubre de 1932, en la casa del escritor de la calle Málaya Nikítskaya, tuvo lugar un encuentro memorable que pasó a la historia y determinó la política literaria durante muchos años, hasta la perestroika de Gorbachov. Sobre este encuentro se han vertido ríos de tinta: cada participante lo ha abordado según su punto de vista y, en general, de un modo tendencioso, según sus intereses personales; por otro lado nunca se han sobrepasado los límites de lo que en ese momento estaba permitido.

Hoy en día también nosotros podemos echar una ojeada a este encuentro, pues disponemos de la documentación que fue ocultada en archivos secretos y que permite que uno se haga su propia idea de lo que aconteció.

Estoy de pie en el umbral del amplio comedor de la casa museo de Gorki. A mi derecha hay un piano y, encima de él, una fotografía desde la

que me observan los rostros adorables y felices de la nuera de Alekséi Maksímovich y sus dos hijas, Marfa y Daria. Una larga mesa se extiende desde el umbral hasta la ancha y original ventana. Libros y retratos. Una vitrina. Se oye el frufrú que producen los escasos visitantes al arrastrar los pies enfundados en zapatillas de fieltro...

Pero esa tarde otoñal de 1932, todo debía de tener un aspecto distinto. La fotografía de los rostros maravillosos no está. Timosha debe de encontrarse arriba, acostando a las niñas. En el comedor se han dispuesto mesas cubiertas con manteles blancos, repletas de bebidas y entremeses. La cortina está corrida y tapa completamente la ventana. La araña emite un suave resplandor.

El comedor está abarrotado. En los lugares de honor se encuentran los líderes del Kremlin: Stalin, Mólotov, Voroshílov, Kaganóvich... Sin embargo, no tienen aspecto de líderes; se les ve sencillos, accesibles, bromistas, y parecen disfrutar con la comida y la bebida. A su alrededor hay unos cincuenta escritores, más moderados y tensos. Entre ellos no se encuentran Ajmátova, Mandelstam, Pasternak, Platónov, Bulgákov, Bábel, Andréi Bieli, Nikolái Kliúyev, Borís Pilniak, o sea, ninguno de los que actualmente consideramos el orgullo y la gloria de nuestra literatura. Pero hay otros, que pueden tener más o menos talento, pero que indefectiblemente son de los «nuestros». Y hay, además, otros funcionarios y representantes de la literatura.

No vamos a escuchar todos los discursos y arengas que se pronunciaron aquel día, pues hoy carecen de interés y están muy alejados de la creación artística. En primer lugar, se planteó el problema de la organización: quién tenía que administrar la literatura y cómo tenía que hacerlo. En este punto, los miembros de la RAPP y los del comité organizador hicieron las paces. La siguiente cuestión era más compleja. No bastaba con agrupar a los escritores en un único rebaño, había que crear una corriente, una directriz, enseñarles no sólo cómo vivir, sino también cómo escribir. Era necesario un principio fundamental, un método de trabajo. No se mencionó la famosa libertad de creación, simplemente se olvidaron de ella, como si no existiera, y la dejaron para los enemigos del socialismo. De los labios del sabio Stalin

emergió una teoría sin precedentes, la más progresista: el realismo socialista.

Para ser justos, Stalin no fue el único creador de esta teoría uniformizadora. Aquí, como en la inmortal obra de teatro de Gógol, *El inspector*, debemos encontrar quién fue el primero en decir «¡Eh!».

Gorki, por ejemplo, también se esforzó en buscar un principio que orientara a los escritores, una única línea principal que les permitiera avanzar hacia el futuro no en solitario ni por separado, sino en apretadas filas y al mismo paso, ejecutando las órdenes con precisión, sin desviarse del camino. Y en otro encuentro de escritores anterior Alekséi Maksímovich había propuesto:

> ¿No creen que es necesario unir el realismo y el romanticismo en algo distinto, un tercer enfoque capaz de representar la modernidad heroica con unos colores más vivos, y de hablar de ella con un tono más elevado y digno?

Pero tampoco él había sido el primero. En una reflexión sobre el fenómeno leninista, Gorki destacó que su causa atraía no solamente por la fuerza del intelecto y de la teoría inquebrantable, sino por algún otro motivo:

> Además está la altura del punto de observación, y esta altura sólo es posible a condición de poseer el raro don de poder observar el presente desde el punto de vista del porvenir... Esta altura, esta capacidad deben servir de base al «realismo socialista» del que empieza a hablarse en nuestro país.

¡Las semillas esparcidas por Ilich habían brotado!

Y Stalin, fiel continuador de la causa de Lenin, secundó esta idea: era exactamente eso. Se tenía que representar la vida no tal como es, sino tal como debería ser. ¡Vivir en el presente, pero mirar desde el futuro! ¿No recuerda este descubrimiento otra genial idea, como cruzar el tomate con la patata para que así los tallos y las raíces den frutos?

Es poco probable que alguien haya comprendido alguna vez qué es en realidad el realismo socialista. No es de extrañar que los expertos en

literatura soviética hayan dedicado un sinfín de libros a dar una interpretación. I. Gronski, que participó en el encuentro en el comedor de Gorki, propuso a Stalin que este nuevo método de literatura y arte se denominase «realismo proletario», o todavía mejor, «realismo comunista». Pero Stalin finalmente prefirió la expresión «realismo socialista». En esa época, en una reunión de pintores asediaron a Gronski con preguntas:

–Díganos lo que sea sobre el realismo socialista...

Gronski respondió brevemente:

–El realismo socialista es Rembrandt, Rubens y Repin puestos al servicio de la clase obrera –contestó, y se quedó tan ancho.

Y continuaron adelante. Cuentan que una vez, Mijaíl Shólojov, ya en tiempos de Jruschov, fue a Bulgaria. Allí le preguntaron qué era el realismo socialista, del que era considerado un clásico. Shólojov, bajo los efluvios del alcohol, respondió:

–Tenía un amigo que se llamaba Sashka Fadéyev. Yo a menudo le preguntaba: «Sashk, ¿qué es el realismo socialista?». ¿Saben lo que me respondió? «¡Sólo el diablo lo sabe, Misha!»

Así que, hasta el día de hoy, nadie ha podido dilucidar en qué consiste el engendro y qué puede hacerse con él.

Pero volvamos a la casa de Gorki. Están en el momento álgido de la sobremesa. Ya ha corrido el vodka, estallan las carcajadas, y los escritores fanfarronean, bromean, se excitan y se codean con los líderes. Fadéyev persuade a Shólojov para que cante, Malishkin se abre paso entre los asistentes para brindar con el camarada Stalin.

–¡A la salud del camarada Stalin! –brama el poeta Vladímir Lugovski.

Y entonces ocurre algo espantoso. El narrador Nikiforov, que está sentado frente a Stalin, y al que Iósif Vissariónovich ha servido vodka generosamente, de pronto se levanta y, envalentonándose, grita:

–¡Estoy harto! ¡Hemos brindado a la salud del camarada Stalin más de un millón ciento cuarenta y siete mil veces! Seguro que él también debe estar harto...

De golpe se hace el silencio. Entonces Stalin se levanta. Le tiende la mano a su interlocutor y le presiona la punta de los dedos.

–Gracias, Nikiforov, tiene razón. Ya estoy harto.

La sala empieza a zumbar como una colmena.

Durante esa velada, Stalin llamó a los escritores «ingenieros de almas humanas», y añadió que la producción de almas era más importante que la producción de tanques; así fue como se metió a los escritores en el bolsillo. Klim Voroshílov, el comisario del Pueblo de Defensa, intentó decir algo, pero lo pusieron en su lugar: ¡sí, más que los tanques! Conscientes de su importancia, los escritores se dispersaron a sus domicilios enfervorizados y orgullosos.

De este modo, alrededor de la literatura se creó un duro caparazón ideológico que la inmovilizaría durante décadas. En las jornadas del Primer Congreso de Escritores Soviéticos, que fue objeto de una dilatada campaña de propaganda, informaron a la opinión pública de lo que ya hacía tiempo que se había decidido y pensado, hasta el mínimo detalle, en el despacho de Stalin y en el comedor de Gorki, vendiéndolo como una aspiración de los ingenieros de almas humanas.

Pocos años después, una cuarta parte de los participantes del inolvidable encuentro en casa de Gorki se hallaban en prisión; muchos fueron fusilados, entre ellos, por supuesto, el ingenuo e imprudente Nikiforov.

Cuando fueron encarcelados, Kriuchkov y Averbaj relataron con todo detalle los sigilosos tejemanejes que se traían los representantes de los medios literarios. En sus declaraciones se desvela la imagen polifacética del jefe del NKVD, Yagoda, que movía los hilos de los acontecimientos desde la sombra. Mientras trabajaba en los documentos sobre Gorki, a menudo me decía: «¡Buscas a Gorki y a quien encuentras siempre es a Yagoda!». Así era de omnipresente. Y es comprensible que esta figura histórica, este Fouché soviético, salga por primera vez a la luz de un modo tan manifiesto y detallado precisamente gracias a la información procedente de los archivos ultrasecretos de la Lubianka.

Kriuchkov declaró que mientras Gorki fue presidente de la Unión de Escritores, Yagoda intentó por todos los medios encumbrar a Averbaj como

secretario general de la misma. Y para convencer al escritor le suministró informes tendenciosos redactados por la OGPU. Con la finalidad de situar a su hombre a la cabeza de la organización literaria, en 1933 Yagoda ordenó a Averbaj escribir una carta a Stalin.

> –Los agentes de Yagoda despliegan una intensa actividad en 1934 con motivo del Congreso de Escritores –dice Kriuchkov–. De resultas de ello Gorki envió una carta a Stalin a fin de proponer una vez más a Averbaj para que dirigiera la Unión de Escritores. Yagoda demostró un especial interés por esta cuestión, y continuamente me preguntaba si había recibido respuesta de Stalin...

El rastro, que parte de la Lubianka, conduce directamente al archivo del *Vozhd*. Precisamente ahí es donde hay que buscar la respuesta a muchos misterios, no solamente de nuestra historia, sino también de la literatura.

Durante la instrucción, Averbaj escribió de su puño y letra, y en su característico estilo comedido y demagógico, un completo trabajo de investigación acerca de las artimañas y la personalidad de Yagoda. Averbaj, que el día anterior aún se ganaba de un modo rastrero los favores del pariente encumbrado para aprovecharse de su relación, ahora lo desacredita con todos los medios a su alcance con el fin de limpiar su propia imagen:

> Ahora veo a Yagoda con otros ojos... Ahora comprendo que lo que se ocultaba detrás de su actitud hacia Gorki, por ejemplo, no era de ningún modo el afecto ni el cariño, ni siquiera una atracción natural por el enorme enriquecimiento interior que proporcionaba el contacto con el anciano escritor. La relación con Gorki era un sucedáneo que compensaba su falta de contacto con la sociedad soviética, una especie de resarcimiento de la ausencia de raíces comunes con la clase obrera y el Partido.
>
> Nunca dejó de sorprenderme y de desconcertarme desagradablemente la insistencia con que Yagoda me preguntaba si en mis conversaciones con Gorki se había dicho algo referente a su persona y qué era exactamente lo que Gorki había dicho de él. Yo suponía que esta actitud se debía a la amistad que le unía a Timosha. Pero ahora entiendo que detrás de todo esto se ocultaba el temor de que Gorki, ese profundo conocedor del alma humana, captara y descubriera su mediocridad, sintiera la depravación y la corrupción de su espíritu...
>
> Yagoda no comprendía la esencia de los problemas literarios. Y es obvio que nunca se encargó de esta cuestión. Apenas leía y sólo conocía una serie de nombres y obras de oídas. Yo fui quien presentó a Yagoda a todas sus principales relaciones literarias (excepto a Gorki, por supuesto)... Durante mis conversaciones con Gorki, hablábamos de que Yagoda no era un político, sino más bien un gestor, un organizador, un administrador, que seguía con total

honestidad la línea del Partido, pero que a pesar de su cargo de dirigente de la Checa, no participaba de ningún modo en su confección.

Yagoda no me confiaba sus planes sólo por el hecho de que fuera pariente suyo. Claro que no. En las actividades conspirativas de Yagoda yo cumplía un papel determinado, era un instrumento en los planes que tenía reservados para Gorki, y en algunos casos actué como consejero político...

Lo que más me desconcertaba de Yagoda era que se comportara de un modo despreocupado ante los asuntos realmente importantes, todo lo reducía a relaciones personales y a nimiedades... Ahora me resulta evidente que esta particularidad tan importante y propia de su carácter surgía inevitablemente de su pasado como provocador. Él nunca hablaba de cuestiones políticas, siempre se burlaba de mí porque, según él, yo centraba mis esfuerzos en buscar por todos lados principios y teorías. Lo más destacado de la personalidad de Yagoda era su vil desprecio por todo, su actitud cínica e infame hacia la gente, sus trapicheos lucrativos, la tendencia a buscar la bajeza en todo para sacar provecho...

La política y el poder exigían inflexibilidad y crueldad. Estas actitudes eran incompatibles con la escrupulosidad a la hora de elegir los medios y con el deseo de vivir con guantes blancos y haciendo ascos. De ahí que el programa, la teoría, las masas fueran sólo jueguecitos, polvo en los ojos. En el mejor de los casos, para las personas francas, o sea, desde el punto de vista de Yagoda, para los completamente necios, eran delirios románticos. La política real era una lucha por el poder en nombre de la realización personal. Su ley suprema era la capacidad de saber apostar simultáneamente por fuerzas diversas, sobrevivir a sus enfrentamientos, curarse en salud. La sabiduría táctica radicaba en no tener principios a la hora de trapichear y en maniobrar con perspicacia, partiendo de la tesis: «Lo más importante es no amedrentarse». Yagoda no era un nuevo Maquiavelo, ni un Ignacio de Loyola. No era más que un mercachifle de pueblo que de pronto se vio sentado en la butaca de Rothschild al frente de las finanzas internacionales.

La gente se dividía en «los nuestros» y en los demás. La cuestión era disponer de una gran plantilla de gente propia, de «los nuestros», o sea, personas devotas que se hallaran en una situación en la que les resultara peligroso dejarnos, gentes intimidadas, o sea, que estuvieran atadas de pies y manos por algún hecho ruin y despreciable de su pasado. Yagoda siempre hablaba de sus hombres con un cinismo abominable. Asombraba el hecho de que se alegrara al desvelar la mezquindad ajena. Había que encontrar la llave que abría el baúl de los secretos de una persona y, a ser posible y aún mejor, que esa llave accediera a algo muy oculto... Sólo había una cosa sagrada: la intriga que acababa en un éxito. Que había lucha de clases, ¡pues adelante!, decía, hay que buscar en su interior la lucha de intrigas, no perderlas de vista y cargárnoslas. Engañar a todo el mundo era el mayor éxito...

No está mal este retrato, ¡incluso desde un punto de vista literario!

Comprendí –continúa Averbaj– que detrás de la actitud de Yagoda hacia Gorki se escondía un determinado juego político, relacionado con el constante temor que le suscitaba un cambio en la

> actitud del Partido para con él... Yagoda veía a Gorki como un instrumento en este juego, una garantía, un refugio en caso de ser descubierto. Calculaba que los recuerdos de su larga amistad con Gorki podían considerarse como un testimonio de su aprendizaje revolucionario. Aspiraba a formar parte del entorno íntimo del escritor para poder ocultar, tras el prestigio de su amistad con Gorki, su propia carencia ideológica y su pobreza intelectual. Y aún más, Yagoda hacía lo posible por encontrarse con miembros del Politburó en casa de Gorki para que este influyera en la opinión de aquellos acerca de su persona...

Kriuchkov también destaca en sus declaraciones este interés del jefe de la Lubianka:

> Otro rasgo del comportamiento de Yagoda en casa de Gorki era su deseo de estar constantemente informado de las conversaciones del escritor con los miembros del Politburó que iban a visitarle. En pocas palabras, entre las tareas de Yagoda estaba la de realizar una investigación interna de los miembros del Politburó.
>
> Normalmente, como él no acudía a estos encuentros, Timosha y yo asumíamos el papel de informadores de Yagoda. Tan pronto como los miembros del Politburó se iban de casa de Gorki, Yagoda se presentaba o me llamaba por teléfono para preguntarme: «¿Han estado aquí? ¿Se han ido? ¿De qué han hablado? ¿Han comentado algo durante la cena? ¿Han hablado de nosotros? ¿Qué han dicho exactamente?», etcétera. Durante estas indagaciones yo solía informarle de lo que sabía, o bien porque había estado presente durante la charla, o bien porque me lo había relatado Gorki.
>
> En los casos en que yo, por encargo de Gorki, tenía que personarme en el despacho de Stalin, Yagoda me rogaba que le relatara por qué motivo había ido allí y qué me había dicho Stalin. Esto sucedió, concretamente, entre 1931 y 1933, cuando me reunía con Stalin con motivo de las cartas que Gorki recibía del extranjero. Yagoda también me interrogaba sobre el contenido de esas cartas...

Nueva mención a las cartas desconocidas de Gorki, y de nuevo la pista nos lleva hasta el archivo de Stalin...

Había una carta de Gorki dirigida a Averbaj que se conservó en el expediente de este último hasta que los encargados del archivo del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética metieron mano en él. Ha quedado una nota de esto y un resumen de la carta en forma de certificado, del que se puede extraer que, como resultado de la astuta actividad de Yagoda y las constantes artimañas de Averbaj, Gorki finalmente delegó el poder ejecutivo del campo literario en el desaforado

Leopold, reservándose para sí el papel de legislador. Desde Sorrento, Gorki señala qué escritores hay que publicar, cuáles tienen que convertirse en héroes literarios, así como cuál ha de ser la tendencia general en la literatura: «Desperezad a la gente, haced que se rebele. Escribid, leed, esta es vuestra tarea...».

¡Ojalá Averbaj se hubiera limitado a seguir los consejos de Gorki: hubiera desperezado a la gente, la hubiera hecho rebelarse, hubiera escrito y leído! Pero ahí radica el quid de la cuestión, los intereses de la literatura y de la política se entrelazaron en un mismo ovillo y resultaba imposible separarlos. Todos se involucraron y bailaron al compás en esta endiablada danza: Gorki con Stalin, Averbaj con Yagoda, Krishón con Afirnoguénov, Firin con Pogrebinski...

Y si Averbaj se encargaba de hacer que la gente se rebelara, Yagoda los ponía en el potro.

Y este potro de los verdugos adoptaba diversas formas: la cárcel, el campo de trabajo, los trabajos forzados en grandes obras de ingeniería y el paredón de fusilamiento.

Y mientras tanto, ¿qué hacía Gorki, el gran filántropo? ¿Elevaba sus protestas como en tiempos de Lenin? En absoluto, bien al contrario, ¡bendecía, tendía los brazos abiertos, alentaba ¡aún más!

> Aunque parezca increíble, Gorki tenía en gran consideración la tarea que realizaba el NKVD con los delincuentes, y hablaba de esta con afectuosa admiración, incluso con emoción contenida –declaró durante la instrucción Averbaj–. Mostraba un sincero agradecimiento hacia aquellos que realizaban este trabajo. Creo que el hecho de que este trabajo estuviera ligado al nombre de Yagoda desempeñó un papel muy importante en la actitud de Gorki hacia él...

Es posible que la proximidad de Gorki a los órganos de represión fuera el motivo de la buena predisposición que mostraban los observadores extranjeros hacia la vida soviética. La confianza que inspiraba el escritor y su autoridad moral involuntariamente también se hicieron extensivas a su entorno.

Durante su visita a Gorki en 1935 Romain Rolland casi se dejó arrastrar por el «idealismo policial» de Yagoda. Lo cierto es que Rolland actuó de un

modo más sensato que su amigo y se reservó el derecho a la duda y a la defensa de las víctimas inocentes.

¿Cuál es la visión de Romain Rolland acerca del jefe del NKVD?

> El terrorífico Yagoda tiene un rostro de facciones finas y parece un hombre agotado, pero es refinado y aún muy joven, a pesar de las canas que asoman entre sus escasos cabellos (me recuerda a Maurois, pero es más delicado); viste un uniforme marrón oscuro que le sienta maravillosamente bien; habla con tono tranquilo y en general es la personificación de la ternura...

Mantuvieron una conversación. Yagoda se muestra indignado porque en el derecho soviético no existe la idea de venganza y se vanagloria de preocuparse por la higiene de los reclusos. A su vez, a Rolland le asombra que a su interlocutor no le conmuevan los sufrimientos ni los sentimientos humanos, pero al mismo tiempo le despierta simpatía y quiere confiar en él.

Pero asoman nuevas dudas: Yagoda afirma que la correspondencia en la Unión Soviética no pasa por la censura y que en general el régimen es demasiado blando. ¿Acaso nos considera a todos unos ingenuos? Como si no supiéramos que las cartas que nos llegan de la gente del país y las que enviamos nosotros desde el extranjero son examinadas y llegan abiertas al destinatario con un sello pensado para idiotas que dice: «¡Extraída ya deteriorada del buzón!». Incluso la policía de Fouché trabajaba de un modo más cuidadoso, pues nunca confundía las cartas al meterlas de nuevo dentro de los sobres, y siempre recibíamos las que nos correspondían y no otras...

> Pero incluso sabiendo todo esto –escribe Rolland en su diario después de la conversación–, al mirar a los ojos honestos y dulces de Yagoda te asola un sentimiento de culpabilidad por dudar de él...

¡Dios mío, el humanista francés, con sus nociones sobre la dignidad humana, es incapaz de imaginar con quién está conversando, quién está sentado delante de él!

Yagoda prosigue su relato sobre su ferviente actividad en el campo de la reeducación de los delincuentes. Su mirada es ardiente y su voz desprende una emoción contenida. La suya es una personalidad misteriosa que Rolland

estudia en profundidad, y ¡menudos contrastes encuentra! Despiadado comandante del NKVD y un auténtico santo en sociedad...

« ¡De aquí a unos diez o veinte años en nuestro país no habrá delincuentes!», promete Yagoda.

«¡Qué fantasías! –se sorprende Rolland–. ¿Cómo puede un político de este calibre caer en un optimismo sentimental propio de Jean-Jacques Rousseau? El futuro se encargará de frustrar las esperanzas de este fanático...»

¿Y a quién había que creer en un país así? Yekaterina Pávlovna Péshkova odia a Yagoda, lo juzga con dureza. Su relato acerca de la situación del país contradice completamente las afirmaciones de Yagoda. Claro que la mujer estaba desesperada...[20] Pero hay quienes están convencidos de que Guénrij es una buena persona, que tiene un gran corazón y que sólo se le puede compadecer: pobrecillo, le abruma la sobrecarga de un trabajo tan ingrato, además ha asumido tantos deberes...

Ambos están sentados y charlan amigablemente, son dos idealistas y los dos se equivocan, porque uno cree que la gente es mejor de lo que es, y el otro que es peor. Estos dos mensajeros de distintas civilizaciones están sentados, charlando, y nunca lograrán entenderse el uno al otro.

Adviértase el tono sentimental con el que Gorki se imaginaba el futuro: «Dentro de unos cincuenta años, cuando las pasiones se hayan enfriado y los hombres que vivan en los finales del siglo XX vean la primera mitad de este como la excelsa tragedia y la epopeya del proletariado que fue, entonces, seguramente, ya el arte y la historia habrán iluminado lo suficiente la sorprendente labor cultural que nuestros chequistas más humildes han llevado a cabo en los campos del Gulag». ¡Una clarividencia extraordinaria la de Gorki! ¡Cincuenta años después de escritas sus palabras, ya inmersos en los años de la perestroika y la glasnost, es que hemos sido capaces de comprender la magnitud de nuestra tragedia y valorar el sorprendente trabajo de los chequistas en su justa medida!

Hoy podemos afirmar sin temor a equivocarnos que la versión según la cual en 1937 Stalin apartó de la circulación a Gorki porque este se oponía a la violencia y se había convertido en un estorbo es absolutamente falsa. Por

muy comprensible que sea el deseo de proteger la reputación del escritor y de embellecer la historia, por mucho que nos gustara pensar que fue así, los hechos dicen otra cosa. Gorki, la segunda personalidad más importante del país, no protestó en contra de una ley sin precedentes en la historia, según la cual el gobierno declaraba que las penas para los niños mayores de doce años por delitos como el robo se equiparaban a las de los adultos, incluida la pena de muerte. Tampoco «reparó» en la detención de los poetas Nikolái Kliúyev y Ósip Mandelstam, y en 1929, en su viaje a Solovki, expresó su entusiasmo por el primer campo de concentración soviético. Ya entonces traicionó a su pueblo al dar su bendición a la tiranía.

En una visita a las obras de construcción del Belomorkanal, el canal mar Blanco-mar Báltico, en las que trabajaban convictos, Gorki abrazó a Yagoda y, derramando lágrimas de emoción, dijo: «¡Ustedes no acaban de comprender, diablos, lo que están haciendo!».

Lo comprendían, claro que lo comprendían. Y seguro que se reían del viejo chocho a sus espaldas.

Si se hiciera un concurso para determinar el libro más vergonzoso y cargado de mentiras de la historia, el primer premio seguramente recaería en *Belomorsko-Baltiiski kanal ímieni Stálina* [El canal Stalin del mar Blanco al mar Báltico]. Esta apología del trabajo esclavo es una obra de encargo que una cuadrilla de escritores soviéticos redactó, bajo la dirección de Gorki, con entusiasmo e ímpetu.

Cuando con el pretexto de la lucha contra los *kulaks* el régimen aniquiló al campesinado, el pilar de Rusia, Gorki proporcionó a las autoridades una consigna terrorífica: «Si el enemigo no se rinde, hay que aniquilarlo» (*Pravda*, 15 de noviembre de 1930). El eco del llamamiento de Gorki no podía haber sido mayor, pues llegó a todas las cárceles y campos de trabajo de Rusia. ¡Cuántos *zeks* tuvieron que oírlo de boca de sus verdugos!

«Leo los informes del proceso contra esos canallas y me muero de rabia», escribió Gorki acerca del vergonzoso y fraudulento juicio contra la *intelligentsia* técnica, el Partido industrial.

Y en 1931 Gorki estuvo de acuerdo con el proceso contra los mencheviques, entre los que había antiguos amigos suyos; los calificó de

delincuentes y saboteadores y añadió que no los habían pillado a todos, así que no podían dejar de hostigarlos.

«¡Qué bien se desenvuelve Stalin!», exclama en una carta dirigida a Jalátov, jefe de la Gosizdat.[21] Y al cabo de un año denomina al líder del Partido «el Amo». ¿No habrá sido gracias a Gorki que esta manera de llamar a Stalin se convirtió en moneda común del léxico soviético? ¡No será por casualidad que esta expresión aparecía entonces escrita de su puño y letra! En una carta que escribió a Kaganóvich el 15 de agosto de 1935, por ejemplo, Gorki se expresa en estos términos: «Hay que dejarles bien claro a todos los escritores comunistas que el Comité Central es tan amo de la literatura, como de cualquier otra actividad del país, y que están obligados a acatar sus decisiones sin rechistar». ¿Acaso el Comité Central era algo distinto de Stalin?

Más tarde, después del asesinato de Kírov,[T7] sin juicio previo y sin que se instruyera el caso, y después de que las troikas fusilaran a un número indeterminado de espías y saboteadores imaginarios, Gorki llegó a lanzar los siguientes consejos: «¡Es necesario exterminar al enemigo sin compasión y de un modo despiadado, sin prestar la mínima atención a los gemidos y los suspiros de los humanistas profesionales!» (*Pravda*, 2 de enero de 1935).

Resulta complicado establecer cuándo ocurrió exactamente esta transformación de Gorki: cuándo pasó de ser víctima a instrumento de Stalin y del NKVD en el sometimiento espiritual del país. Sólo había un final para él: la degradación moral y social. Esta es la verdadera historia de su enfermedad que, por supuesto, aceleró su muerte física. ¿No fue quizás el presentimiento de este final lo que le inspiró en 1914 estos versos desesperados?

> ¿Cómo vamos a vivir a partir de ahora?
> ¿Qué nos reserva este horror?
> ¿Del odio hacia los demás qué puede salvar mi alma?

LA ANTESALA DE LA MUERTE

En mayo de 1934, Gorki se vio sacudido por una terrible desgracia: la repentina muerte de su hijo Maksim, tras una afección que duró unos pocos días.

Todavía hoy este suceso está envuelto en una aura de misterio. Pocos son los que creen que murió de muerte natural. Era una persona joven y sana, deportista y lleno de energía, un pintor con gran talento y un automovilista consumado. Maksim era un apasionado de la aeronáutica, planeaba expediciones polares y ya había hollado el Ártico. Es cierto que se daba a la bebida, pero en Rusia esta es una costumbre habitual. Y de repente murió, de golpe, de un vulgar resfriado.

«Papá ha caído enfermo, se ha resfriado en el aeródromo, reposa, tose», escribe Gorki a sus nietas que en ese momento estaban en Crimea. «Se resfrió mientras estaba de pesca», recuerda Timosha. «Después de una borrachera, llevé a Maks al jardín y lo dejé descansando en un banco», reconoce Kriuchkov.

Estas son las informaciones contradictorias de los ocupantes de la casa.

Las autoridades calificaron la muerte de Maksim como un asesinato premeditado. Pero eso no sucedió inmediatamente, sino más tarde, en 1938, cuando en el banquillo de los acusados se sentaban los miembros del llamado «bloque de trotskistas de derechas», entre los que se contaban Yagoda y Kriuchkov, y cuando el sublime escritor ya no estaba entre los vivos. Así, las muertes del padre y del hijo se entremezclan formando el único ovillo de una pérfida conspiración. En ese momento el asesinato de Maksim se interpreta como un golpe dirigido al padre para minar, mediante la eliminación del hijo querido, la salud de Gorki, derribarle moralmente, sumirlo en la apatía social y acelerar así su muerte. Pero ¿qué necesidad había de eliminar a Gorki? Pues porque suponía un estorbo para la ejecución de un golpe de Estado que se estaba planeando contra Stalin, porque era evidente que apoyaría hasta el final al Partido y porque no había otro modo de apartarlo de la influencia del *Vozhd*.

Según esta versión, fue Yagoda quien planeó asesinar a Maksim y quien reunió a un grupo de criminales del que formaban parte Kriuchkov y algunos médicos, como Levin, el médico de la familia de Gorki, el profesor

Pletnev y el doctor Vinográdov,[22] del servicio sanitario del NKVD. En el expediente de Kriuchkov se habla con sumo detalle de este asunto:

> –¿Cuáles eran los intereses en todo este asunto? –le preguntó el instructor a Kriuchkov.
>
> –Estaba personalmente interesado en la eliminación de Maksim, porque era el heredero de Gorki. Yagoda era consciente de ello y se aprovechó de este interés mío. El caso es que, en 1918, tuve la suerte de ponerme al servicio de Gorki, ganarme su confianza y convertirme en su secretario personal. Durante todos estos años disfruté de su completa confianza y me convertí en el dueño absoluto de su casa, de todos sus asuntos literarios y editoriales, y disponía de todos sus recursos económicos sin ningún tipo de control.
>
> Se me ocurrió quitar de en medio a Maksim Péshkov para convertirme en el único dueño y administrador de la significativa herencia literaria de Gorki, que aportaba extraordinarios beneficios. Por ello, la proposición de Yagoda de eliminar a Maksim coincidía plenamente con mis intereses y la acepté sin dudarlo ni un minuto.
>
> En sus conversaciones conmigo Yagoda insinuaba que tenía conocimiento de mis ambiciones y tejemanejes para quedarme con los ingresos de Gorki: «Piotr Petrovich, voy a serle sincero. Comprendo cuánto significa para usted su papel y su situación en casa de Gorki. Piense que en un periquete lo puedo alejar de Gorki. Además, su destino está completamente en mis manos. Tenga en cuenta que el primer paso desleal que dé contra mí le acarreará funestas consecuencias...».

Según las actas del interrogatorio la maquinación del plan se llevó a cabo de la siguiente manera:

> –Hay que eliminar a Gorki –dice Yagoda.
>
> –Pero ¿cómo lo haremos? –pregunta Kriuchkov.
>
> –Sabe perfectamente cuánto ama Alekséi Maksímovich a su hijo. Si Maks desaparece, Gorki quedará tan destrozado que se convertirá en un inofensivo viejecito.
>
> –¿Qué me propone? ¿Que mate a Maks?
>
> –Eso depende de sus intereses. Si Maks se convierte en el heredero, usted no verá un céntimo. El doctor Vinográdov dice que el alcohol actúa de un modo muy negativo en Maks y que en principio eso sería suficiente para minar su salud y acelerar un rápido desenlace. Así que piénselo... Del resto se ocupa Vinográdov. Él es el médico que normalmente atiende a Maks, lo conoce de sobra...

Y Kriuchkov confiesa que se puso manos a la obra. Se ocupaba de que la copa de Maksim siempre estuviera llena y lo abandonaba borracho en espacios abiertos, a merced de las corrientes de aire. Consiguió que cogiera

una afición desmedida por el Narzak (mezcla de coñac con agua mineral Narzán), cuya ingesta deterioró sobremanera la salud del hijo de Gorki. Pero aun así, eso no era suficiente para poner su vida en peligro.

Entonces Yagoda propuso: «Pruebe a abandonarlo borracho en la nieve».

Dicho y hecho. La primera intentona tuvo lugar el mes de marzo. ¿Cuál fue el resultado? Un ligero resfriado. Pero Yagoda se impacientaba.

Y hubo un segundo intento. A finales de abril dejaron dormir a Maksim, completamente borracho, cerca de una ventana abierta. Volvió a fallar. Y finalmente, el crimen se consumó. «El 2 de mayo, después de una borrachera, llevé a Maks al jardín y lo dejé descansando en un banco...» El resultado fue fiebre, dolor de cabeza; Maksim tuvo que guardar cama. «El tratamiento posterior fue prácticamente un acto de asesinato, realizado por Levin, y después por Vinográdov, que también participó...»

En un examen preliminar, Levin le diagnosticó una gripe leve. Pero entonces intervino Vinográdov.

> Como tenía por costumbre, trajo consigo todos los medicamentos del servicio sanitario del NKVD –continúa Kriuchkov–. En contra de las objeciones de Chertkova, la enfermera de Gorki, Vinográdov le administró a Maks una mixtura de su botiquín, a pesar de que Chertkova adujo que ya la tenían en el botiquín de casa de Gorki. Como resultado de su acción, el estado de Maks empeoró, se quedó muy debilitado y ya no pudo levantarse de la cama.
>
> La mujer de Péshkov y el propio Alekséi Maksímovich empezaron a insistir en convocar una reunión de médicos especialistas. Pero Levin y Vinográdov se opusieron con ahínco, alegando que estaban a la espera de una mejoría inmediata del estado de salud de Maks y que esta enfermedad no suponía ningún peligro. Alrededor del lecho del enfermo se entabló una especie de lucha entre Vinográdov y Chertkova. Vinográdov intentaba administrarle un medicamento que había traído, pero Chertkova insistía en que ya tenía ese mismo remedio en el botiquín de casa. Ignoro si Chertkova sospechaba algo, pero ella se empeñaba en administrarle personalmente las medicinas... Recuerdo un comentario que hizo Vinográdov acerca de Chertkova mientras él salía de la habitación: «¿No podríamos deshacernos de alguna manera de esta vieja?».
>
> A pesar de todos los esfuerzos de Vinográdov por agudizar la enfermedad, el estado de Maks empezó a mejorar sensiblemente. Recuerdo que cuando informé de esto a Yagoda, dijo: «Pandilla de chapuceros, con las personas que han llegado a tratar, y resulta que ahora son incapaces de ejecutar esta nadería». Como supe más tarde, después de esto Yagoda habló con Vinográdov. Este me dijo posteriormente que teníamos que encontrar el modo de que el enfermo bebiera champán. Y añadió: «Guénrij Grigórievich me ha dicho que usted está al corriente de todo y que

> debería ayudarme. Calculo –continuó Vinográdov– que por el efecto del champán el enfermo presentará una indisposición estomacal; entonces tendremos la excusa perfecta para administrarle un laxante. Eso acabará con él».
>
> Hice lo que me había pedido. Al cabo de unas horas, Maks empezó a quejarse de dolor en el estómago. Sin pérdida de tiempo, Vinográdov administró un laxante al enfermo y, al salir de la habitación, me informó: «Bueno, estoy en disposición de afirmar que hemos cumplido con nuestra misión. Realmente es algo muy peligroso. Cualquier persona, incluso un profano en la materia, sabe que administrar un laxante a un enfermo con accesos de fiebre tan altos significa matarle. ¡Tenga cuidado de no hablar más de la cuenta!».

Después de este episodio, el estado de Maks empeoró notablemente. Perdió el conocimiento y empezó a delirar. El 11 de mayo de 1934 Maksim Péshkov murió...

Todo esto parece sacado de una novela policíaca barata. Al principio pensé que tenía delante una farsa evidente, y escribí una primera versión de este capítulo después de decidir que el asesinato de Maksim era una falsa parodia. Además, el principal sospechoso, el doctor Vinográdov, no fue detenido e incluso tomó parte en el proceso en calidad de experto, como miembro de la Comisión médica que se creó adrede para dar más credibilidad a todo el montaje. Era imposible que el asesino, desenmascarado durante la instrucción, siguiera vivo y coleando, e incluso que él mismo constara como acusador.

Pero había algo que me inquietaba de una manera confusa y me obligaba a retomar una y otra vez esta muerte y a investigar nuevos documentos. Robert Conquest acudió en mi ayuda. En su libro *El gran terror*, al describir el caso del bloque de trotskistas de derechas, él también menciona a un experto, el profesor V. N. Vinográdov…[23] ¡Alto! ¿Cómo se llamaba el doctor que trató a Maksim Péshkov? A. I. Vinográdov. ¡Se trataba de otra persona! ¿Y qué le sucedió?... Toda la historia de la muerte de Maksim se revelaba de un modo completamente distinto.

Realmente, todo esto parecería una novela policíaca barata si no hubiera ocurrido un hecho indiscutible y de extrema seriedad: antes de que se iniciara el proceso, el doctor A. I. Vinográdov murió en extrañas circunstancias a manos de los órganos de seguridad. La instrucción del caso

se cerró por el fallecimiento del inculpado. Otra misteriosa muerte que añadir en la lista. ¿Cumplió con su misión y fue liquidado? ¿Ocultaron quizá la verdad de la muerte de Maksim en la tumba de Vinográdov?

Los biógrafos de Gorki no han prestado mucha atención a este hecho. Durante el proceso, A. I. Vinográdov fue relegado a un segundo plano, probablemente se le confundió de manera consciente con otro doctor de igual apellido, con el profesor V. N. Vinográdov, miembro de la Comisión médica. Pero, por supuesto, lo más relevante, los documentos de la instrucción, como por ejemplo los del expediente de Kriuchkov, no estaban disponibles. Ahora los tenemos ante nosotros, y el misterio de la muerte de Maksim empieza a aclararse.

Pero hubo otro médico que corrió la misma suerte que A. I. Vinográdov. Justo por aquellas fechas murió Jodorovski, jefe de la Dirección Sanitaria del Kremlin, que también estaba siendo investigado por un motivo misterioso. ¿No estamos ante un cúmulo de casualidades?

J. Rakovski, conocido revolucionario que fue condenado en ese mismo proceso, pronuncia en la prisión unas palabras proféticas (que han llegado hasta nosotros gracias al interrogatorio al que posteriormente fue sometido uno de los colaboradores del NKVD):

> Escribiré una declaración en la que contaré todas las intrigas de palacio de la instrucción soviética... Para que el pueblo sepa por qué manos pasan todas esas peticiones... Pronto moriré, no seré más que un cadáver, pero recordad... algún día los cadáveres hablarán...

Y los cadáveres han hablado.

El 8 de marzo de 1938, la sala Octubre de la Casa de los Sindicatos está abarrotada. ¿Qué sucede? ¿No es día de fiesta? No, aquí no se celebra el Día Internacional de la Mujer, aquí sólo se reúne una «pandilla de verdugos y traidores».

En el banquillo de los acusados se sentaban veintiún hombres, entre los que se hallaban personalidades conocidas en todo el país: Bujarin, Ríkov,

Rakovski,[24] Yagoda... Los observadores extranjeros presentes en la sala afirmaron que el espectáculo estaba siendo observado por el director principal, Stalin, sentado en un lugar apartado, arriba, en el paraíso, oculto tras un cristal. Hubo un momento, cuando apagaron las luces, en que muchos pudieron verle con absoluta claridad.

El lugar del fiscal lo ocupa Vishinski y a su lado, en calidad de asistente, está Lev Sheinin, instructor de casos de gran relevancia y, a la vez, escritor de la nueva hornada estaliniana.[25]

Sesión matinal. Interrogan a Yagoda. Este muestra un aspecto muy diferente del que tenía cuando estaba en el poder: encorvado, rostro sombrío, con el cabello encanecido. Se declara culpable de haber planeado los asesinatos de Kuíbishev, Gorki... Cuando se le pregunta acerca de la muerte de Maksim Péshkov, interrumpe bruscamente: «Yo no acabé con la vida de Maks Péshkov».

Vishinski le lee sus propias declaraciones durante la instrucción preliminar.

> –Acusado Yagoda, ¿usted ha declarado esto?
> –Sí, pero es falso.
> –¿Por qué razón lo ha declarado si es falso?
> –No lo sé.
> –¿Por qué ha mentido durante la instrucción preliminar?
> –Ya se lo he dicho. Permítame que no responda a esta pregunta.

Yagoda pronuncia esta frase con tanta furia que, según un observador americano, todos los presentes en la sala contienen la respiración.

Úlrij, el presidente del tribunal, interviene en el interrogatorio, pero Yagoda, volviéndose hacia él, le dice lleno de rabia (esta frase no se insertó en el acta oficial):

> Ya puede usted presionarme, pero no se atreva a ir demasiado lejos. Diré solamente lo que quiero decir... Pero... no se atreva a ir demasiado lejos...

Esta escena estremeció a la sala. Si realmente Stalin estaba observándolo todo, lo más seguro es que pensara: vaya, vaya, todo el plan

se va a pique, el espectáculo se echará a perder.

La sesión se reanudó por la tarde. A juzgar por su aspecto, Yagoda estaba destrozado, desesperado y apenas se le oía. Los instructores lo habían preparado a la perfección para el siguiente acto del espectáculo.

Al principio, Bulánov,[26] el secretario de Yagoda, describió un laboratorio especial de venenos que su superior había creado y que controlaba en persona. Yagoda, dijo Bulánov, estaba «extraordinariamente» interesado en los venenos. En este punto merece la pena recordar ese aspecto de la actividad de nuestro polifacético Yago. Hijo de boticario, desde pequeño se familiarizó con la química y antes de la Revolución había empezado los estudios de Farmacia, aunque de ello no se deduce que en el NKVD hiciera experimentos por el simple placer de teorizar. Los órganos empleaban los venenos muy a menudo y en todas partes, en el extranjero y en la patria. Y quién sabe, si la Revolución no hubiera triunfado, quizá Rusia habría ganado un excelente boticario.

–Acusado Bulánov, el asesinato de Maksim Péshkov, ¿también es obra de Yagoda? –preguntó Vishinski.

–Por supuesto.

–Acusado Yagoda, ¿tiene algo que alegar?

Yagoda, deshecho, apenas movió los labios para decir:

Reconozco mi participación en la enfermedad de Péshkov, pero solicito al tribunal que este interrogatorio se celebre en una sesión a puerta cerrada...

Después sacó un papel y empezó a leer sus declaraciones, lentamente, articulando las palabras con dificultad, como si viera el texto por primera vez. Al llegar a los «asesinatos médicos», de nuevo confesó únicamente su «complicidad en la enfermedad de Maks» y pidió otra vez que le permitieran declarar a puerta cerrada.

Vishinski retomó esta cuestión dos veces más, intentando exprimir a Yagoda para que soltara una confesión, pero obtuvo el mismo resultado.

–¿Se confiesa culpable o no? –dijo casi gritando el fiscal, perdiendo la paciencia.

–Permítame que no responda a esta pregunta.

Así que ese día no se logró arrancar un «sí» al acusado. Cuando Vishinski enumeró todos los asesinatos cometidos por Yagoda –el de Kírov, Kuíbishev, Menzhinski, Gorki– de los que se reconoció culpable, en esa lista no figuraba el nombre de Maksim Péshkov.

Durante la sesión a puerta cerrada, Yagoda, tal como informaron, «reconoció por completo haber planeado la muerte del camarada Maksim Alekséyevich Péshkov, y añadió que con este asesinato perseguía fines personales...».

En el acta de acusación, Vishinski, triunfante, explicó el mecanismo del asesinato:

> Yagoda expone su ingeniosa idea: lograr la muerte, según sus palabras, mediante la enfermedad, o como él ha alegado aquí en el juicio: «Me confieso culpable de la enfermedad de Maksim Péshkov». Por cierto, esto no es tan paradójico como puede parecer en un principio. Se preparan las condiciones necesarias para que un organismo débil y dañado caiga enfermo, y después... se introduce subrepticiamente en el organismo debilitado alguna infección, no se hace nada por combatir la enfermedad ni para ayudar al paciente, y de este modo la infección conduce al enfermo a la tumba. No puede decirse que sea algo tan disparatado.
>
> En la sesión a puerta cerrada –añade Vishinski–, Yagoda expresó su repulsa a hablar sobre este tema aduciendo que los motivos del asesinato eran estrictamente personales... Sí, dijo que tenía motivos personales...

El embajador americano en Moscú, Joseph Edward Davis, lo interpretó de la siguiente manera: «Yagoda estaba enamorado de la mujer de Maksim Péshkov, lo que era un secreto a voces».

Realmente, esta es la versión más «humana» y, quizá, la más verosímil. Yagoda no tenía ningún motivo para matar a Maksim, excepto el personal, y este no podía ser ningún otro que el hecho de estar enamorado de Timosha. Así se comprende por qué insistía tanto en no reconocerlo delante de todo el mundo, abiertamente.

Yagoda había empezado a cortejar a Timosha en vida de Maksim, pero después de su muerte sus galanteos se intensificaron y se volvieron insistentes e impertinentes. Entre las innumerables anécdotas que se

cuentan, hay una especialmente significativa. La mujer de Alekséi Tolstói, Krandiyévskaya, recuerda unas escenas que tuvieron lugar en la dacha de Gorki:

> Por los peldaños que subían al mirador desde el jardín aparecía un hombre calvo, no muy alto, vestido con uniforme militar. Su dacha se encontraba cerca de la aldea de Gorki. Venía casi cada mañana y se quedaba media hora mientras desayunábamos; dejaba el coche en la parte trasera de la casa y cruzaba el jardín en dirección al mirador. Estaba enamorado de Timosha y trataba de ganarse su amor. Le decía: «Usted aún no me conoce, yo puedo conseguirlo todo». Timosha, desgarrada, se lamentaba...

Anna Ajmátova le dijo una vez a Lidia Chukóvskaya que algún día se escribiría de sus contemporáneos como si fueran héroes de Shakespeare. «Nuestro tiempo regalará numerosos títulos para las tragedias del futuro. Y hay un nombre en particular que me puedo imaginar escrito con letras inmensas en los carteles», añadió antes de dibujarlo con el dedo en el aire: TIMOSHA.

Cuando leí esas palabras por primera vez me pregunté el porqué habría elegido precisamente a Timosha para ilustrar su idea. Pero bastó que me pusiera a hurgar en los archivos para que lo comprendiera: ¡las pasiones que rodearon a esa mujer fueron genuinamente shakespearianas! A Timosha la concebí siempre como a una mujer luminosa y llena de talento. ¡Cuántos hombres se enamoraron de ella! Y eso cuando iba dejando atrás una estela de lápidas y más lápidas…

¡Una mujer fatal! Todos los hombres con los que unía su vida acababan inexorablemente en la Lubianka. Todos sus futuros maridos corrieron esa suerte: Iván Luppol, director del Instituto de Literatura Mundial Gorki, murió en un campo de trabajo; el arquitecto Mirón Merzhanov, condenado a diez años en los campos de trabajo y destierro de por vida; el ingeniero Vladímir Popov, arrestado un año antes de la caída de Beria. Estar a su alcance entrañaba tanto peligro, que la gente temía trabar alguna relación con ella. Corría el rumor de que el Amo del Kremlin se ocupaba personalmente de vigilar sus pasos...

Nos resistimos mucho tiempo a concebirla entre los brazos de Yagoda, pero unos documentos hallados recientemente han dado al traste con todas las esperanzas.[27] Entre ellos aparece un informe de gastos domésticos de Yagoda que dejan claro que compró, reparó y amuebló una dacha para el uso de Nadezhda Aleksévna, Timosha, en Zhukovka. Otro documento da fe de sus encuentros íntimos con ella en una dacha que mantenía exclusivamente para ese propósito en Guiltischevo, una aldea al borde de la carretera de Leningrado. Encuentros que se prolongaban durante dos o tres horas en las que permanecían a solas y atendidos por una criada llamada Agafia Kámenskaya que les servía entremeses, la comida y el té.

Con todo, no es la vida íntima de esos personajes la que interesa, sino la manera en que parecen encarnar a personajes de Shakespeare, como subrayaba Ajmátova. Por una parte, el todopoderoso verdugo Yago para el que, como escribió Leopold Averbaj en su celda de la Lubianka, «no existe mayor logro que conseguir tomarle el pelo a todos». Y por la otra, Timosha… ¿Será que ella vio en esa unión la única manera de salvar su casa, sus hijos, su vida? Solemos explicar los sucesos y los comportamientos humanos desde el punto de vista de la política, la economía o el ejercicio profesional, y solemos olvidar el componente humano, dejamos de lado la profundidad de cada individuo. ¡La vida es un dramaturgo más grande que el propio Shakespeare!

El proceso terminó. Todos los acusados de pertenecer al bloque trotskista de derechas fueron fusilados.

Estos sucesos tuvieron lugar cuatro años después de la muerte de Maksim Péshkov. Cuando apenas hacía dos horas de la muerte del hijo de Gorki los dirigentes del Partido y del gobierno se presentaron en casa del escritor para expresarle sus más profundas condolencias. Gorki cambió de conversación: «Dejemos ese tema».

Antes de morir, en pleno delirio, a Maks se le apareció un avión. Al recobrar el conocimiento lo dibujó en una cajetilla de cigarrillos mientras explicaba su estructura, y dijo que, si cerraba un poco los ojos, le era posible distinguir claramente su forma...

Exactamente un año después, en mayo de 1935, el enorme avión de propaganda *Maksim Gorki* sufrió un accidente. Los periódicos comunicaron que la tripulación y docenas de obreros de vanguardia que se hallaban a bordo habían fallecido.

Esta catástrofe parece casi simbólica.

En los últimos años de su vida, Gorki era un hombre hundido que se había convertido en un instrumento dúctil en manos de las autoridades. En sus intervenciones públicas acostumbraba a elogiar a Stalin, pero la proximidad entre los dos hombres había desaparecido; se habían distanciado perceptiblemente y su relación se había enfriado. Es difícil saber qué mosca le habría picado a Stalin. ¿Fue tal vez el hecho de que el escritor intentara interceder por el infortunado Kámenev lo que acabó por enojar al *Vozhd*? ¿O era el hecho de que Gorki no había escrito ninguna obra memorable y destacada acerca de la figura de Stalin y que no ensalzara su imagen debidamente, como había hecho con Lenin? Más de una vez le habían insinuado que así lo hiciera, incluso le habían proporcionado materiales biográficos. Hasta se llegó a informar a la prensa: «Esperen, dicen que está a punto de llegar...». Pero el escritor no cedió y no llevó a cabo ese encargo.

Todo parece indicar que el *Vozhd* ya no se andaba con demasiadas contemplaciones con el escritor. Gorki quiso ir a Italia, pero no se lo permitieron: ¡quédese donde está! No querían que sacara a relucir los trapos sucios. Y la jaula se cerró.

De repente *Pravda* publicó un artículo difamatorio en el que un tal D. Zaslavski amonestaba al anciano por su liberalismo. Gorki había propuesto que se reeditara *Los demonios* de Dostoyevski. ¡Está prohibido defender a Dostoyevski! ¿Esto significaba que Gorki ya no formaba parte de los intocables? ¿Lo habían transferido a la categoría de personajes honoríficos, pero inactivos?

A pesar del aparente bienestar, la gloria y las adulaciones, su vida se parecía cada vez más a un arresto domiciliario. El escritor Shkapa[28] reproduce en sus memorias un monólogo que oyó por casualidad:

> Estoy muy cansado –musitaba Alekséi Maksímovich como si hablara solo–, como si hubieran levantado un muro a mi alrededor y no pudiera cruzarlo. Me han rodeado y cercado. ¡No puedo ir adelante, ni hacia atrás...! ¡No me acostumbro a esto!...

En casa del escritor sucedían cosas asombrosas. Le controlaban los periódicos antes de que llegaran a sus manos e incluso, en algunos casos, mandaban imprimir un solo ejemplar de un número especial para Gorki, con sus correspondientes tijeretazos y falsificaciones (uno de estos ejemplares se conserva en el museo Gorki). Según decían, se preocupaban por preservar la tranquilidad del viejo, pero en realidad era una manera de esterilizar la conciencia del escritor: lo estaban convirtiendo en una especie de zombi, un autómata fácil de manipular.

Por supuesto, esta emboscada psicológica, esta constante depresión y desesperación deformaron la personalidad de Gorki y es probable que, más que la edad y la enfermedad, fuera esto lo que le llevó a la muerte. Al leer lo que escribía en esos días uno no puede dejar de preguntarse si no estaba volviéndose loco por momentos.

Poco tiempo antes de morir, decidió, por ejemplo, movilizar a cien escritores para el siguiente cometido: «Se les darán cien temas y reescribirán de nuevo las grandes obras de la literatura mundial, y dos o tres libros incluso se fusionarán en uno solo». ¿Por qué quería atentar contra la cultura? Pues «para que el proletariado de todo el mundo los lea y aprenda en esos libros a hacer la revolución mundial». «De este modo –escribió Gorki– se irá reescribiendo poco a poco toda la literatura mundial, la historia, la historia de la Iglesia, la filosofía: Gibbon y Goldoni, el obispo Ireneo y Corneille, el profesor Anfilónov y Juliano *el Apóstata,* Hesíodo e Iván Volnov,[29] Lucrecio Kar y Zola, *Gilgamesh* y el *Hiawatha,* Swift y Plutarco. Una colección que concluirá con las leyendas orales sobre Lenin.»

¡Qué desvarío! Pero si se reflexiona, toda esta aberración tenía su lógica. Ya en 1908, Alekséi Maksímovich se había propuesto reescribir de nuevo el *Fausto* de Goethe, y Maria Fiódorovna Andréyeva, su esposa por aquel entonces –actriz y en el futuro funcionaria del Partido–, exclamó: «¡Será fascinante!».

Más tarde, el propio Stalin redactó una resolución sobre el poema de Gorki «Devushka i Smert» [La chica y la Muerte] que decía: «Esta pieza es más desgarradora que el *Fausto* de Goethe». Entonces, ¿para qué había que reescribirlo?

En esta época, la casa de Gorki se convirtió en una filial del NKVD, a través de la cual los órganos ejercían una incesante vigilancia sobre Gorki y sus invitados. Chequistas y escritores convivían en estrecha intimidad, fusionándose en una formación perniciosa. El NKVD se infiltraba y se hacía cargo, con sus propios recursos y de un modo manifiesto, del sustento de las personas que le resultaban útiles. Durante la instrucción Averbaj reconoció que disponía de los servicios gratuitos del Departamento de Administración del NKVD y que toda la gente del entorno de Gorki se servía de ellos sin ocultarlo. Cita al escritor Kirshón, al pintor Pável Korin, maestro de Timosha para el que Yagoda mandó construir un taller especial, Afinoguénov y Fadéyev, a quienes les adjudicaron pisos en el edificio del NKVD. Según cuenta Averbaj, Kriuchkov «se sentía en el NKVD como en su casa».

En las muchas denuncias e informes que empezaron a llover después de su detención, se describe con todo detalle el papel especial que desempeñaba Kriuchkov. Uno de estos informes, firmado por un tal «Altaiski», es una especie de memorias de un *seksot*, un agente secreto, que reproduce lo que contaban las personas próximas a Gorki. Esto fue lo que oyó decir al escritor Aleksandr Nikoláyevich Tíjonov:

> Kriuchkov era una persona capaz de todo... Su objetivo era convertirse en el amo y señor de la casa de Gorki, y lo intentó por todos los medios. Concretamente, fue capaz de alejar de Gorki a todos sus antiguos amigos. No dejaba de chismorrear contra ellos, anulaba las visitas de escritores que Gorki tenía previstas, y vetaba el acceso a la casa de otros conocidos. De los viejos amigos sólo quedé yo, aunque él no cejaba en su empeño de alejarme de Gorki.
>
> Por todo ello, Kriuchkov y también Yagoda trataban de mantener a Timosha entre sus garras. Dulce y encantadora, era una mujer fascinante, ajena a la política y a cualquier maquinación. Por supuesto, Yagoda estaba muy enamorado de ella. Pero el romance de Yagoda y Timosha favorecía a Kriuchkov, ya que esto impedía que se metiera en la casa un hombre inconveniente para sus planes. Es poco probable que ella lo amara. Simplemente, no tenía otro remedio. Estaba rodeada... Kriuchkov y Yagoda crearon tal atmósfera en casa de Gorki que la gente no se atrevía

a hablar con Timosha por miedo a acabar entre rejas. Ha tenido suerte de que haya sucedido todo esto (me refiero a la detención de Yagoda y Kriuchkov), porque ella sola no habría sido capaz de escapar de ese cenagal.

En todo aquello había algo turbio. Fíjense únicamente en cómo vivía Kriuchkov. Lisa y llanamente dilapidaba los recursos de Alekséi Maksímovich en su propio provecho. Kriuchkov y Yagoda eran amigos íntimos. Iban juntos a los baños... Se pegaban la «gran vida». Yo nunca he estado en Ozeri,[30] pero muchas veces he oído a Yagoda jactarse: «Dos mil rosas y orquídeas...». Kriuchkov tomaba parte activa de todo esto. Formaban un dúo de conveniencia, eran unos genios en sus negocios y en sus chanchullos. Juntos montaban juergas y orgías.

Recuerdo el verano de 1934, en Tsjaltubo. Llegó Ida, la mujer de Yagoda, seguida de su séquito de dos chóferes, la escolta, un coche, etcétera. No había habitaciones libres en el hotel, pero lo reservaron entero para su uso y disfrute. Y en los balnearios para los chequistas de alto rango, se comportaba como un hombre desenfrenado y perseguía a todas las jóvenes... Yo no temo por mí. Mantenía malas relaciones con Kriuchkov y Yagoda. Me alegra que Alekséi Maksímovich no tenga que ver todo este espectáculo...

Gorki pasó en Crimea, en la dacha de Tesseli, su última primavera, la de 1936. André Malraux, el famoso escritor francés, fue a visitarle. En el material de los archivos de la Lubianka descubrí nuevos detalles de este encuentro, concretamente en las declaraciones de Isaak Bábel:

–Malraux llegó a la URSS para verse con Gorki a fin de tratar con él ciertos asuntos de la Asociación Mundial de Escritores Revolucionarios. Le acompañaron Koltsov[31] y Kriuchkov, y a petición de Alekséi Maksímovich, también fui yo, aunque durante todo el viaje representé más bien el papel de una figura decorativa.

»Me quedó grabado en la memoria que cuando Malraux preguntó a Gorki si creía que la literatura soviética estaba sumida en un período de decadencia, este respondiera afirmativamente. Por aquel entonces, Gorki estaba muy preocupado por la polémica suscitada en las páginas del periódico *Pravda* en contra de los formalistas, los artículos acerca de Shostakóvich con los que el escritor no estaba de acuerdo. En Crimea, en los últimos meses de su vida, Gorki producía una penosa impresión... Desde el primer día de mi estancia pude percibir la atmósfera de soledad que Kriuchkov y Yagoda habían creado a su alrededor, decididos a aislarle de todo lo nuevo e interesante que aparecía en su entorno. Gorki estaba muy abatido. En sus conversaciones se quejaba de que todo el mundo lo había abandonado. Continuamente decía que le impedían por todos los medios volver a Moscú para retomar su querido trabajo... Por no hablar de que, por la noche, cuando Gorki se retiraba a su habitación en el piso de arriba, Yagoda y Kriuchkov organizaban orgías con la participación de mujeres de dudosa reputación. Además, Kriuchkov transmitía a todos los contactos de Gorki con el mundo exterior una imagen del escritor odiosa, burocrática y falsa, completamente impropia de Alekséi Maksímovich, lo que redundaba en

perjuicio de su salud. La selección de visitas, que controlaban Kriuchkov y Yagoda, tenía un único objetivo: que el escritor no viera a nadie que no fueran chequistas del entorno de Yagoda y charlatanes e iluminados. Estas condiciones artificiales a las que sometían a Gorki pesaban cada vez más en su ánimo, y determinaron ese estado de soledad y tristeza en el que lo encontramos poco antes de su muerte en Tesseli...

–Se ha desviado de sus declaraciones –interrumpió el instructor a Bábel.

Existen siete versiones distintas de la muerte de Maksim Gorki. Con cada una de ellas se pueden reconstruir los hechos, pero la verdad siempre se esfuma, dejando en su lugar un montón de acontecimientos y suposiciones sin vida. Pero ¿cómo podemos separar la máscara mortuoria del rostro vivo, observar al hombre y entender qué le sucedió y, en consecuencia, qué nos sucedió?

La enfermedad del escritor resultó ser, en efecto, mucho más compleja y trágica de lo que se creía, e incluso traspasó los límites de la medicina.

Ya queda poco para que lleguemos en nuestra crónica a la muerte de Gorki, pero conviene que antes observemos el último tramo de su vida sin prisa, sin perder detalle, como si lo viéramos a cámara lenta. Puede que el mismo material de que disponemos nos aclare si el escritor murió de enfermedad o fue asesinado, y si su adiós a la vida fue debido a un simple paro cardíaco o a una total e irreversible desintegración de su personalidad, a la muerte de su espíritu.

Ahora, con la perspectiva del tiempo, sabiendo cuánta gente rodeaba a Gorki en el momento de su muerte, no podemos dejar de preguntarnos con incredulidad y enojo: ¡Cómo es posible que nadie contara la verdad de lo que sucedió realmente? Aunque es probable que a ellos les resultara más difícil ver la verdad que tenían ante sus ojos. Estaban demasiado cerca. ¿Osaríamos nosotros decir la verdad de lo que vemos en nuestros días? No podemos confiar demasiado en los testigos oculares, cada uno tiene su punto de vista, su recuerdo, su ángulo de deformación de la realidad.

Según la versión oficial estalinista, la muerte de Gorki fue un asesinato, organizado y ejecutado como parte de una conspiración general del bloque de trotskistas de derechas. Los principales actores eran Bujarin, Ríkov, Yagoda y, a distancia, Trotski. Su objetivo era derrocar a Stalin y hacerse

con el poder. Gorki, el amigo más fiel del *Vozhd*, suponía un obstáculo para sus planes, así que tenía que ser liquidado. Tal como canta el poeta popular de Kazajistán, Dzhambul Dzhabáyev:

> Tú a Stalin, el genio del mundo, amabas,
> aún vivirías entre nosotros largos años,
> si no fuera por la lengua viperina de Yagoda,
> si no fuera por los venenos de los verdugos asesinos,
> que venían a verte con sus batas de médicos...

En realidad, Stalin necesitaba una nueva espiral de represiones, como siempre por un solo motivo: reforzar su poder unipersonal, para agarrar con más fuerza el país entre sus brazos. La culpabilidad de Yagoda la determinó el propio Stalin en un telegrama que dirigió al Politburó el 25 de septiembre de 1936, donde afirmaba que la «OGPU se ha retrasado cuatro años» en descubrir el gran terror. Pero Yagoda no era culpable de eso, su desgracia consistía en saber demasiado de las maquinaciones del *Vozhd*..., y Stalin acostumbraba a deshacerse de ese tipo de testigos.

En la concepción del proceso había un punto débil: demasiados malhechores y tan sólo una víctima, Kírov. Por lo que a Stalin le venían de perlas las muertes, acontecidas recientemente, de Kuíbishev, Menzhinski, Gorki y su hijo, que también fueron declarados víctimas.

No es cierto que el genio y la maldad sean incompatibles: son compatibles cuando se da un malvado con talento. El artífice del Kremlin ofrecía el espectáculo y organizaba la vida bajo el prisma que más satisfacía a sus intereses. Huelga decir que los intérpretes de la Lubianka se esforzaron y mucho en convertir la muerte de Gorki en una obra maestra de la literatura policíaca y fantástica.

Abramos de nuevo el expediente de Kriuchkov. En cuanto Yagoda le encarga la misión de «destruir la salud de Gorki», Kriuchkov vacila, le atormentan los remordimientos. Yagoda le amenaza con desenmascararlo por el asesinato del hijo de Gorki y por dilapidar la fortuna familiar.

> Cuando lo detengan nadie le va a creer; usted no es estúpido, debe de saber que mis hombres llevarán esta investigación. Y además, Gorki ya es un viejo, algún día tiene que morir...

Y uno se pregunta: ¿por qué atentar, entonces, contra su vida?

> Después de la muerte de Gorki, usted se convertirá con toda probabilidad en el hombre más rico de la URSS –prosigue Yagoda–. Y entonces, ¡poco importan los chismorreos de la gente! Déjese ya de gimotear y póngase manos a la obra –presiona Yagoda–, antes cuidaba de la salud de Alekséi Maksímovich, pero ahora... Desde que murió su hijo su estado de ánimo ha decaído. Provoque más corrientes de aire, pero que sea fresco –decía riendo Yagoda–. Por cierto, parece que sólo tiene un pulmón, aunque tampoco es que funcione muy bien...

Y Kriuchkov se pone en acción.

> Hice todo lo posible para que Alekséi Maksímovich se resfriara, para debilitar su organismo: «olvidaba» cerrar las ventanas mientras él dormía, le incitaba a que continuara trabajando en el cuarto volumen de su *Klim Samguin*, consciente de que un cansancio excesivo era extremadamente perjudicial para su salud. Estando en Crimea, con la intención de debilitar y destruir los ya muy quebrantados pulmones de Alekséi Maksímovich, organizaba veladas al aire libre alrededor de una hoguera. Naturalmente, el humo de la hoguera resultaba nefasto para sus pulmones, así como estas reuniones a la intemperie, por los cambios bruscos de temperatura. Debido a las acciones criminales citadas, Alekséi Maksímovich, estando aún en Crimea, experimentó frecuentes fiebres y empezó a quejarse del estado general de su organismo...

Entretanto, Yagoda le apremia. En la primavera de 1936, llama desde Moscú:

> Convenza a Gorki de trasladarse a Moscú y durante el camino busque una ocasión para rematar la misión.

Pero Kriuchkov no logra persuadir a Gorki de que emprenda el viaje, y precisamente entonces Timosha llama para comunicarle que sus nietas tienen la gripe, por lo que no hace falta que se apresure en volver.

Kriuchkov informa a Yagoda. Pero este se hace el sordo: «Comunique a Alekséi Maksímovich que las niñas están completamente sanas».

Finalmente emprenden el viaje de vuelta a la capital. Por el camino, Gorki se siente indispuesto y el 30 de mayo, en la dacha de su aldea,

enferma de gravedad.

Esto es lo que, según las actas del interrogatorio, cuenta Kriuchkov, quien continúa desempeñando con diligencia, a pesar de que el telón está ya bajado, el papel que le han asignado en esta pieza histórica, ideada en el Kremlin y escenificada con éxito por la Lubianka.

En las declaraciones posteriores, se sitúa en el punto de mira de la acusación a Levin, el médico que trataba a Gorki. En palabras de Kriuchkov, durante unos cuantos días Levin ocultó el diagnóstico correcto, y sólo cuando el 2 de junio el propio Alekséi Maksímovich se percató de que tenía una bronconeumonía, el médico tuvo que darle la razón. Aun así, Levin tarda en tomar medidas drásticas. Encarga a Kriuchkov que impida por todos los medios que se le administren los medicamentos necesarios, le ruega que sólo permitan examinar al enfermo al profesor Pletniov, médico especialista, y que prohíba que lo visite otro médico, como el doctor Speranski,[32] un hombre de confianza de la casa.

Finalmente Kriuchkov dibuja el siguiente cuadro:

> Con ocasión de una consulta médica que tiene lugar poco antes de la muerte de Alekséi Maksímovich, Pletniov propone que se le administre una solución fisiológica. Tengo que decir que él sabía perfectamente que una solución fisiológica provocaría un debilitamiento extremo del organismo de Gorki, pero aun así lo propuso. La inyección de la solución minó por completo la salud de Alekséi Maksímovich. Y la segunda inyección, por consejo del mismo Pletniov, de Digalén devastó totalmente la actividad cardíaca, lo que provocó la muerte de Alekséi Maksímovich...

Así pues, asesinaron a Gorki con una solución fisiológica y Digalén, un remedio cardiopulmonar elaborado a partir de hojas de digital.[T8]

Esta es la versión oficial, impuesta a Kriuchkov, ideada por la Lubianka y sancionada por el Kremlin. Durante muchos años, esta puesta en escena fue aceptada como la verdad auténtica, ¡y cómo no creérselo si los protagonistas pagaron su autenticidad con la propia vida!

Pero quizás existiera un documento indispensable, exacto, que recogiera el curso de la enfermedad de Gorki hasta el final...

¡Los expertos en Gorki se quejaban de que nunca sabríamos la verdad acerca de la muerte del escritor, ya que el historial médico no se había conservado!

Pero resulta que la crónica documental de los últimos días, horas e, incluso, minutos del escritor ha salido a la luz. Ante mí tengo el historial médico de la enfermedad, rescatado de los sótanos insondables de la Lubianka. Es la fotocopia de una libreta cosida con simples hilos, repleta de anotaciones de distintas manos, a veces con una letra indescifrable; pero el texto está fechado en esa época, y se redactó día a día durante el desarrollo de la enfermedad de Gorki, lo que aporta un grado de autenticidad indiscutible.

Lo abriremos y descubriremos la historia de la enfermedad de Gorki, seguiremos el curso de su vida hasta el final inevitable y compararemos esta crónica auténtica con la versión oficial, reflejada en las declaraciones de Kriuchkov. E inmediatamente tropezaremos con evidentes divergencias. Veremos que el diagnóstico correcto fue establecido oportunamente, que en repetidas ocasiones fueron convocados a consulta los mejores médicos y se tomaron medidas drásticas para salvar ese organismo irremediablemente desgastado y quebrantado por la enfermedad. ¿Qué le hubiera costado a la instrucción preocuparse por la verdad y haberle echado un vistazo al historial médico? ¡Era su obligación! ¡Por lo visto, sí que lo hicieron, pero después ocultaron las anotaciones de los médicos y las sepultaron en los depósitos más recónditos de la Lubianka hasta la actualidad!

Y bien, aquí están:

Aleksei Maksímovich Péshkov-Gorki
Historia clínica
Clínica del Kremlin. Dirección de salud y tratamiento médico

28 de mayo de 1936. Ayer A. M. regresó desde Crimea a Moscú. Lo ha pasado mal durante el trayecto, no ha dormido, le costaba respirar [...] (En el margen se lee: «Gripe»).

1 de junio. […] (En los márgenes se lee: «Gripe, bronconeumonía».)

2 de junio. Casi toda la noche sin dormir. […] Consulta con el profesor R. A. Luria y el catedrático E. Guinzburg.[33] […] Cambios repentinos en la actividad pulmonar, relacionados con un proceso de tuberculosis anterior […] (En los márgenes se lee: «Gripe, bronconeumonía»).

4 de junio. Durmió poco. Temperatura: 37º. Consulta con el profesor Pletnev. Da el mismo diagnóstico […] Estado muy grave […].

5 de junio. A las 13.00 hras. pasa consulta el doctor y profesor Lang.[34] Da el mismo diagnóstico y recomienda el mismo tratamiento. Oxígeno […].

7 de junio. Se pasa consulta a las 10:00 hras. La noche ha sido relativamente tranquila. A. M. ha dormido con frecuentes interrupciones, durante la noche no ha presentado episodios de un colapso agudo de la actividad cardíaca […]. No presenta nuevos focos de infección en los pulmones. El paciente está bastante más animado de lo normal. El tratamiento es el mismo.

Firmado: LEVIN, M. KONCHALOVSKI,[35] LANG

8 de junio. Se pasa consulta. El estado de salud general continúa siendo grave. […] A las cinco de la tarde su estado se ha deteriorado mucho más...

Estado crítico. Ese mismo día la situación parecía tan grave, que los médicos pronosticaron que el final era inevitable. Los allegados de Gorki –Yekaterina Pávlovna Péshkova, Timosha, Maria Ignátievna Búdberg, Chertkova, Raditski– entraron en su habitación para despedirse.

Reproduzco, de acuerdo con sus memorias, lo que sucedió a continuación junto al lecho del moribundo.

Gorki abrió los ojos y dijo:

–Ya estoy lejos, me resulta tan difícil regresar... –Y después de una pausa–: Toda mi vida he pensado en cómo iba a adornar este instante...

Kriuchkov entró y comunicó que Stalin estaba en camino (al parecer, Kriuchkov ya había advertido a Stalin por teléfono acerca del estado de Gorki).

–Pues que vengan... si llegan a tiempo –dijo Alekséi Maksímovich.

Chertkova recordó que una vez estando en Sorrento resucitó a Gorki inyectándole una dosis caballuna de alcanfor y se acercó a Levin para pedirle consejo.

–Si de todos modos su estado es irreversible, permítame inyectarle veinte centímetros cúbicos...

Levin agitó la mano y dijo:

–Haga lo que quiera.

El alcanfor reanimó al enfermo, hasta el punto de que, cuando llegaron Stalin, Mólotov y Voroshílov, se quedaron estupefactos del vigor de Alekséi Maksímovich, ya que esperaban encontrarlo a las puertas de la muerte.

Stalin empezó enseguida a impartir órdenes:

–¿Por qué hay tanta gente? ¿Quién es el responsable de esto?

–Yo soy el responsable –dijo Kriuchkov.

–¿Qué hace tanta gente? ¿Sabe lo que podemos hacer con usted?

–Lo sé.

–¿Quién es esta mujer de negro que está sentada al lado de Alekséi Maksímovich? ¿Una monja, o qué? –Stalin señaló a Búdberg–. Sólo le falta sostener unos cirios en las manos.

Kriuchkov se lo explicó.

–¿Y esa? –Stalin señaló a Chertkova, vestida con una bata blanca.

Y Kriuchkov se lo explicó.

–Todos, fuera de aquí, excepto esa, la de blanco, la que lo está atendiendo.

En el comedor Stalin vio a Yagoda.

–¿Qué hace ese aquí de cháchara? ¡Que no vuelva por aquí! Responderás con tu cabeza –le dijo a Kriuchkov–. Pero bueno, ¿qué es este humor tan sepulcral? ¡Hasta una persona sana podría morir en este ambiente!...

Gorki empezó a hablar de literatura. Pero Stalin le interrumpió:

–Hablaremos de trabajo cuando se reponga.

Y preguntó si había vino en la casa.

Brindaron, lógicamente, por su recuperación. Al irse, le dieron un beso a Alekséi Maksímovich. Éste después lamentó:

–Mejor que no me hubieran besado. Tengo la gripe, les podría contagiar...

Después de este episodio Gorki aún vivió diez días. Durante ese tiempo, Stalin se presentó dos veces. La primera vez el paciente se encontraba muy mal y los médicos no permitieron que entrara. La segunda vez estuvieron hablando, por algún motivo, acerca del campesinado francés durante unos diez minutos.

Los últimos días, cuando Alekséi Maksímovich estaba consciente, intentaba de algún modo aferrarse a la vida, participar en ella, y pronunciaba frases incoherentes.

Le mostraron el periódico que traía el proyecto de la Constitución, y él dijo:

–Nosotros aquí ocupándonos de memeces y en el país puede que ahora las estén pasando moradas...

Pero dijo otras cosas, sencillas, inteligentes, humanas:

–Es mejor morir en primavera, cuando todo está verde y alegre.

O cuando una vez se despertó por la noche y dijo a Chertkova:

–Sabes, acabo de discutir con Dios. ¡Y cómo discutíamos! ¿Quieres que te lo cuente?

Le faltó tiempo.

De la Historia clínica:

> 9 de junio. Se pasa consulta a las 11.00 hras. Ha pasado una mala noche, despertándose a ratos. Oxígeno, alcanfor, cafeína... Por la mañana estaba un poco confuso, pero ahora está consciente. […] Su estado es grave […].
>
> Firmado: LANG, PLETNIOV, KONCHALOVSKI, LEVIN
>
> 13 de junio. 13.00 hrs. Su estado no mejora, a pesar de la administración de remedios cardíacos inyectados por vía subcutánea e intramuscular (alcanfor, cafeína, cardiazol)... Hay momentos en que el pulso disminuye a noventa pulsaciones y de nuevo inmediatamente se acelera […]. Está consciente. Hacia la una del mediodía ha expresado su deseo de ver a sus nietas, lo que se ha cumplido. La visita no ha empeorado su estado […].
>
> 14 de junio. 22.30 hras. […]. A pesar de una taquicardia, en las últimas horas su estado ha sido satisfactorio. […] Ha comido un poco de pollo y croquetas de pollo, unos huevos, leche, té y también ha bebido agua mineral Narzán […].
>
> 15 de junio. 19.00 hrs. […] Ha insistido en que le trajeran al barbero. Este lo ha afeitado. No está cansado. Ha ingerido caldo, ha bebido leche y Narzán […].
>
> 16 de junio. 12.00 hras. […] Estado de extrema debilidad cardíaca. En los dos últimos días se ha acentuado un estado de excitación nerviosa aguda […]

El documento aparece firmado por los mismos médicos que el anterior. los futuros «médicos-envenenadores».

El 17 de junio su estado empeoró gravemente.

> […] Hacia las nueve de la mañana le ha dado un síncope. Al levantarle el brazo cae como una piedra, no reacciona a nada, no habla. Profundo estado de sopor. […] Después de administrársele una gran cantidad de cafeína, alcanfor, cardiazol y oxígeno, se lo ve más consciente desde las tres de la tarde, se ha bebido tres cuartos de taza de leche, mira conscientemente a quienes le rodean, aunque no responde a las preguntas […].
>
> Después de pasar una noche relativamente buena, hoy, a las 6.30 hras. ha presentado de repente una expectoración sanguinolenta, que no ha cesado hasta ahora... Simultáneamente, presenta un trastorno significativo de la respiración y ha experimentado una agudización de la cianosis y una pérdida de la conciencia. A las 8.30 hras., se produce un breve desfallecimiento. Los pulmones presentan muchos estertores edematosos […].

Y llegó la última noche. Empezó la agonía. Una tormenta tronaba tras las ventanas; caía un chaparrón. Se reunieron los más allegados. Los médicos, instalados esos días en la dacha de Gorki, se reunieron en el despacho del escritor, alrededor de una mesa redonda, aunque todo estaba decidido. Le administraron oxígeno para mantenerle con vida, trescientas dosis durante la noche. Este riachuelo de vida subía por las escaleras hasta su lecho directamente desde un camión y por medio de una cadena humana.

> 18 de junio. 10.30 hras. Ha pasado una mala noche […]. Estado de grave excitación, delirios continuos, no ingiere nada (se niega a beber), a menudo rechaza incluso tomar oxígeno […].
>
> 11.00 hras. Estado de coma profundo. El delirio casi ha cesado, las convulsiones también han disminuido. Respiración borboteante […].
>
> 11.05 hras. El pulso disminuye, casi no se nota al tomárselo. Estado de coma. No reacciona a las inyecciones. Mantiene una fuerte respiración traqueal como la de antes.
>
> 11.10 hras. El pulso ha empezado a perderse rápidamente. A las 11.10 hras. el pulso no se percibe. Cesa la respiración. La temperatura de las extremidades es templada. Tampoco se oyen los latidos del corazón. No hay respiración (se le hace la prueba del espejo). La muerte se ha producido por una parada cardiorespiratoria.

En el reverso de esta última hoja del historial médico está anotado el diagnóstico clínico:

1. Tuberculosis pulmonar, cavernas, bronquiectasia, enfisema pulmonar, neumoesclerosis, sínfisis pleural;

2. Aterosclerosis de la aorta y de los vasos coronarios del corazón, cardioesclesoris;

3. Insuficiencia cardíaca;

4. Bronconeumonía;

5. Infarto de pulmón (?);

6. Nefropatía infecciosa.

Y las firmas de los cuatro médicos: G. Lang, M. Konchalovski, D. Pletnev, L. Levin.

¿Por qué tanto Pletnev como Levin declararon en el juicio haber sido los asesinos de Gorki? Sólo ahora, en la actualidad, se han descubierto los documentos que aclaran este hecho. Entre ellos se halla una carta de Pletnev dirigida a los altos dirigentes del país. La voz de este profesor septuagenario, que estaba considerado el mejor médico de Rusia, nos llega desde el pasado y desde la prisión de Vladímir:

> Toda el acta de acusación contra mí es una falsificación. Se me obligó a «confesar» mediante la violencia y el engaño... Cuando no cedía, el instructor me decía literalmente: «Por mucho que se empeñe, si las instancias superiores consideran que usted es culpable, aunque tenga el cien por cien de razón, será... culpable...».
>
> Recibí terroríficos insultos y amenazas de muerte, me arrastraron por el cuello, me intentaron asfixiar, me torturaron impidiéndome dormir, durante cinco semanas sólo dormí unas dos o tres horas cada día, me amenazaron con arrancarme la garganta junto con la confesión y con pegarme con una porra de goma...
>
> Todo esto me provocó una hemiplejia [...]. Mi mente se embotó por las mentiras y por el frío, entre todos esos pigmeos y gusanos que cumplen con la labor de zapa. ¡Demuestren que se puede lograr la verdad en nuestro país, en la Unión Sovética, como en el resto de países civilizados...! ¡La verdad terminará por brillar!

Actualmente, los médicos que trataron a Gorki han sido rehabilitados. Un informe médico especial, realizado en fechas recientes, concluyó que el diagnóstico y el tratamiento fueron los correctos y que la muerte fue natural.

Solamente faltaba este historial que tengo delante para que todo quedara completamente claro. Sin embargo, ¡ha hecho falta que pasara tanto tiempo, más de medio siglo, para acercarse a la verdad, para arrancar la telaraña de

la mentira tejida sobre la vida y la muerte de Gorki! Así de despacio nos resarcimos del síncope bolchevique y recobramos el sentido. Pero durante todo este tiempo se maquinan nuevas tragedias y nuevas mentiras. Y de nuevo no logramos llegar a tiempo de reaccionar y de desvelarlas. Así es nuestra historia.

Aún hay otro documento poco conocido sobre los últimos días de Maksim Gorki. No se trata de un nuevo embuste reflejado en las actas cocinadas en la Lubianka ni de la crónica adusta, pero auténtica, del curso de la enfermedad. Son las anotaciones de puño y letra del propio Alekséi Maksímovich antes de morir. Echando mano del último libro que estaba leyendo, *Napoléon* de Tarle, fijó por escrito los destellos de su conciencia, que languidecía.

Las pequeñas hojas de papel donde aparecen estos apuntes están muy estrujadas y, en algunos lugares, rotas:

> Los objetos se hacen pesados: los libros, el lápiz
> el vaso, todo parece más pequeño
> que de costumbre
> El dr. Levin es enormem. simpático
> La noche no termina y no puedo leer
> ¡Que se los lleve el diablo! Olvidaron darme un cortaplumas
> para sacar punta al lápiz.
> He dormido casi dos horas. Empieza a amanecer.
> Parece que estoy mejor.

En otra hoja, anotó esto:

> Una sensación muy compleja.
> Se juntan dos procesos:
> la languidez de la vida nerviosa,
> como si las células nerviosas se apagaran,
> se cubrieran de cenizas
> y todos los pensamientos se tiñeran de gris,
> y a la vez, un impetuoso deseo de hablar y esto

me lleva a delirar, siento
que hablo de forma incoherente, aunque
aún digo las frases conscientemente.
Creen que es una pulmonía y adivino
que no sobreviviré
a ella.
No puedo leer ni dormir.
No quiero nada, a nadie.

Hay otra hoja más:

Apareció gente asustada
Por la necesidad de vivir de otra manera
Buscaban con afán
y ahínco signos de novedad
Emergieron de los sótanos
sedientos de poder, ansiosos…

Gorki tuvo que dictar su última anotación:

Final de la novela, final del protagonista, final del autor.

El diagnóstico ha sido determinado. De un modo claro e implacable. Quizá sean estas las palabras más trágicas de la historia de la literatura.

DESPUÉS DE LA MUERTE

En su testamento Alekséi Maksímovich pedía ser sepultado junto a su hijo en el cementerio de Novodévichi. Pero cuando Yekaterina Pávlovna se enteró de que el gobierno había decidido incinerar a Gorki para depositar sus cenizas en la muralla del Kremlin, llamó a Stalin y le dijo que si no podía cumplirse la última voluntad del difunto, al menos dieran a la familia un puñado de cenizas para enterrarlo en la tumba de su hijo. Stalin contestó que el gobierno decidiría. Yagoda le transmitió la respuesta: el gobierno consideraba que no era posible acceder a la petición. ¡Incluso desposeyeron a la familia del cuerpo y las cenizas de Gorki!

Lo mismo sucedió con sus archivos.

El mismo día de la muerte de Alekséi Maksímovich –mientras el escultor Merkúrov estaba elaborando una máscara de su rostro y el cerebro del escritor era trasladado en un cubo al Instituto del Cerebro–, se estableció una comisión para que se ocupara de la gestión de la herencia literaria y de la correspondencia de Gorki.

En realidad, el NKVD se convirtió en el propietario de sus archivos.

Hay una versión que dice que los órganos descubrieron en casa de Gorki unas anotaciones escondidas cuidadosamente y que, al leerlas, Yagoda dijo muy enfadado: «¡El lobo muere siempre lobo!».

Si fue realmente así, sólo Dios lo sabe. Lo que sigue es lo que he podido descubrir.

Después de su detención, Kriuchkov contó al instructor que él informaba a Yagoda sobre el contenido de los archivos; Yagoda estaba muy interesado, e insistía especialmente en saber si había algo referente a los «camaradas», o sea, a los miembros del Politburó. Al parecer Timosha le había contado en 1935 que Gorki realizaba ese tipo de anotaciones...

«No se preocupe, mientras yo siga vivo usted vivirá a lo grande», le garantizaba Yagoda a Kriuchkov.

El jefe del NKVD se comportaba en casa de Gorki como si fuera la suya propia; Bulánov, su secretario personal, llevaba el registro de los ingresos de los herederos, el estado de las cuentas corrientes y los gastos que realizaban. Incluso en 1937, cuando ya había sido destituido de su cargo y se había convertido en comisario del Pueblo de Comunicaciones, Yagoda se inmiscuía en los asuntos de la familia de Gorki y aconsejaba a Timosha que no permitiera que el NKVD gestionara la casa de Gorki, para así convertirse en la única dueña.

Pero volvamos a los archivos. Los órganos, por supuesto, estaban tremendamente interesados en ellos. Los incansables delatores, que proseguían su perenne vigilancia, habían aconsejado investigar los archivos más de una vez. Por ejemplo, el agente «Sayánov» informó:

Es de suponer que los archivos de Gorki, actualmente precintados por el NKVD, según he oído decir, contienen unas cartas de un inmenso valor político. No son sólo cartas de enemigos del pueblo en las que ellos mismos se delatan, que evidentemente ya han sido confiscadas por el NKVD, sino también muchos otros escritos, como la correspondencia de personas que aún no se han podido desenmascarar. Desde mi punto de vista, sería un grave error si no se investigaran todos estos documentos. En general, hay que tener en cuenta que los enemigos se han infiltrado por todas partes en casa de Gorki... Indudablemente, no todos los contactos de esta casa han sido aún liquidados. Hay ciertas personas que aún se agolpan alrededor de Kriuchkov, que actualmente dirige el Museo Gorki.

Hay que prestar atención a algunas redacciones vinculadas en el pasado con Gorki, sobre todo la redacción de *Nashi Dostizhenia* [Nuestros logros]. Ignoro si se ha detenido a Viguilianski[36] y a los otros colaboradores de esta revista, quiero creer que sí, ya que estas personas son políticamente muy sospechosas...

Así, de un modo encubierto, se tramaba la masacre en masa del entorno de Gorki. Y no se hizo esperar. Cuando Kriuchkov fue detenido, uno de los informadores del NKVD, en una conversación confidencial con Zhurbenko, capitán de la Seguridad del Estado, denunció que Kriuchkov había ocultado parte de los archivos, añadiendo que «ahí podría haber alguna cosa».

–Y qué puede haber, ¿acusaciones contra la Unión de Escritores? –preguntó Zhurbenko.

–No sólo eso.

–¿Contra la dirección del Partido?

–Contra algunos de sus representantes.

Los órganos se esmeraron en limpiar la casa de Gorki, y no solamente una vez. Durante la detención de Kriuchkov incluso cortaron patatas. Estaban buscando joyas.

«¿Eso es todo lo que ha atesorado?», le preguntaron a Yelizaveta, la mujer de Kriuchkov, con sorna.

Otro *seksot*, «Altaiski», informó de esta escena al capitán Zhurbenko. Y añadió de manera obsequiosa: «A Timosha ya la han interrogado...».

¡Vaya, como si el NKVD no supiera quién había sido interrogado y quién no!

Entretanto, el capitán Zhurbenko recopilaba pruebas contra la mujer de Kriuchkov a fin de ultimar su detención. Una persona muy cercana a ella,

escritor y *seksot*, apodado «Zorin», informa con detalle de sus conversaciones con ella, incluso de lo que Kriuchkova le confiaba en los momentos de desesperación:

> –Estoy ante un abismo, no confío en nadie. Sólo os tengo a ti y a Pietka, mi hijo. Si no os tuviera a vosotros dos, me pegaría un tiro... Aún no ha pasado un año desde la muerte de Alekséi Maksímovich, y ya agravian su memoria acosando a sus amigos íntimos.
>
> –¿A qué crees que se debe la destitución de Yagoda?
>
> –Yagoda siempre estaba enzarzado en disputas con Yezhov. Pero eso no es lo más grave. El caso es que Yagoda se hizo cargo del aparato del NKVD tal como era en tiempos de Dzerzhinski. Funcionaba según las antiguas tradiciones y este aparato ha dejado de satisfacer las actuales exigencias del Estado. Así que Yagoda es una víctima de las transformaciones generales que se han producido en el rumbo del Estado...

Al cabo de unos días, Yekaterina Kriuchkova fue detenida como cómplice de Yagoda. En el juicio declaró que no mantenía ningún tipo de contacto con él. Yagoda intentó convertirla en su amante...

Ese mismo día fue fusilada.

Ante el fatal desenlace, en vísperas de una muerte inevitable, muchos repasaban su vida y cambiaban de manera de pensar. En sus últimas notas Averbaj abandona su postura de soldado del Partido y arroja su armadura propagandística:

> ¿Podría haber sido distinta mi vida? Por supuesto que sí. Eso de la legislación social mística y de la herencia genética del entorno es un disparate. En la cárcel, al echar la vista atrás y repasar lo vivido, probablemente todo el mundo sueña con otra vida. Por desgracia, esa otra vida no nos ha sido otorgada.

Incluso Yagoda, estando preso en su querida Lubianka, empezó a hacerse más humano. Cuentan que no podía dormir ni comer, que tan sólo iba de un lado al otro de su celda. Y un día, de repente, exclamó:

> –¡A pesar de todo, Dios existe!
>
> –¿Qué dices? –preguntó sin entender nada el agente del NKVD que presenció la escena.
>
> –Es muy sencillo –le aclaró Yagoda–. De Stalin no he merecido otra cosa que su agradecimiento por mi buen trabajo. Pero he merecido un castigo más severo de Dios, ya que he

infringido sus mandamientos miles de veces. Y ahora observa dónde me encuentro, y juzga tú mismo si Dios existe o no...

Al final de la obra teatral de Gorki *Sómov i druguie* [Sómov y los demás], los agentes de la OGPU detienen a casi todos los personajes. El final de la obra titulada *Gorki i druguie* [Gorki y los demás] es idéntico. Tan sólo unos pocos de los hombres que formaban parte del fatal círculo de amistades de Gorki fallecieron de muerte natural. Miembros del Partido, chequistas, escritores-delatores y simplemente escritores o bien fueron fusilados, o bien perdieron la vida consumidos en prisiones y en campos de trabajo, o bien fueron arrastrados al suicidio.

Mejor suerte tuvieron las mujeres. Lipa Chertkova casi vivió hasta el final de la época estalinista, Yekaterina Pávlovna Péshkova vivió hasta el deshielo de Jruschov, Timosha, hasta el estancamiento de Brezhnev. A todas ellas las sobrevivió Maria Búdberg, por algo la llamaban «la mujer de hierro»...

Marfa y Daria Péshkova, gracias a Dios, aún están vivas, y han sido testigos de la perestroika de Gorbachov y de la posperestroika de Yeltsin. Las nietas de Maksim Gorki se convirtieron en abuelas y los biznietos del escritor ya son personas adultas. Y para los tataranietos que están creciendo el régimen soviético es cosa del pasado.

---

1. S. M. Zaks (Gladnev) (1884-1937). Responsable de Gosizdat, la dirección de editoriales e imprentas. Fue fusilado.

2. En 1918 Fanny Kaplan, una joven miembro del Partido Socialista Revolucionario, fracasó en su intento de asesinato a Lenin. Fue detenida y, oficialmente, fusilada, aunque algunas fuentes apuntan a que falleció en un campo de concentración.

3. M. A. Trilisser (1883-1940). Fue uno de los máximos dirigentes de la Checa. Fusilado.

4. V. M. Chernov (1873-1952). Fue uno de los líderes del Partido Socialrevolucionario. En 1917 ocupó el cargo de ministro en el gobierno provisional y presidió la Asamblea Constituyente. Emigró después del golpe de Estado bolchevique.

5. A. S. Slavatinski (1892-1939). Colaborador del Departamento Político Secreto de la OGPU-NKVD, adjunto al jefe del NKVD en la región de Sarátov. Fue fusilado.

6. A. A. Ganin (1893-1925). Poeta. Fue fusilado a resultas del caso «Condecoraciones fascistas rusas» fabricado en la Lubianka.

7. M. K. Nikoláyev (1882-1947). Responsable del Departamento de Libros de la Sociedad «Mezhdunaródnaya kniga».

8. G. G. Yagoda (1891-1938). Entre 1934 y 1936 se desempeñó como comisario del Pueblo de Interior. Fue fusilado tras su condena en el juicio al llamado «bloque antisoviético de trotskistas de derechas».

9. N. J. Shivárov (1898-1940). Agente de operaciones e instructor de la VChK, la OGPU y el NKVD. Fue arrestado en 1937 y murió (se suicidó) mientras cumplía condena en un campo de trabajo.

10. Se refiere al poeta Viacheslav I. Ivánov (1866-1949).

11. S. N. Bulgákov (1871-1944). Filósofo de la religión y escritor. Por decisión administrativa de la GPU fue desterrado en 1922.

12. Periódico de los emigrados blancos.

13. Se trata de la primera central hidroeléctrica, construida en el río Vóljov entre 1918 y 1927.

14. Acrónimo de la Dirección Superior de Educación Profesional.

15. Comités ejecutivos de los distritos rurales.

16. Comité de distrito rural.

17. B. M. Zubakin (1894-1938). Poeta y filósofo. Fue fusilado.

18. S. G. Firin (Pupko) (1898-1937). Adjunto al jefe del Gulag, jefe de las obras del canal del mar Blanco al mar Báltico. Fue fusilado. M. S. Pogrebinski (1898-1937). Jefe de la OGPU de la región de Nizhni Nóvgorod, responsable de la organización de comunas. Antes de suicidarse, dejó escrita una carta a Stalin en la que se leía: «Con una mano me ocupaba de convertir a delincuentes en personas decentes y con la otra, obedeciendo a la disciplina del Partido, colgaba el sambenito de “delincuentes” a los revolucionarios más nobles de nuestro país».

19. N. I. Yezhov (1895-1940). Comisario del Pueblo para Asuntos de Interior entre los años 1936 y 1938. Fue fusilado.

20. Y. P. Péshkova dirigía el Comité de socorro a los presos políticos o Cruz Roja política (PKK por sus siglas en ruso), fundado después de la Revolución de Febrero de 1917 y disuelto en 1937.

21. A. B. Jalátov (1896-1938). Dirigente del gobierno y el Partido. Fue fusilado.

22. L. G. Levin (1870-1938). Doctor en medicina. Médico personal de Gorki en los años veinte y treinta. Fue fusilado. D. D. Pletnev (1872-1941). Célebre terapeuta. Científico emérito de la RSFSR. Fue fusilado. A. I. Vinográdov (¿?-1938). Médico. Fue acusado en el caso del bloque de trotskistas de derechas. Murió durante la instrucción del caso. Según todos los indicios, la muerte le fue provocada por las torturas.

23. V. N. Vinográdov (1882-1964). Profesor, terapeuta, médico forense. Fue el responsable de falsificar el certificado de defunción que acredita el «asesinato» de Gorki. Más tarde, se desempeñó como médico personal de Stalin y en 1952 se sentó en el banquillo de los acusados por el llamado «Caso de los médicos».

24. J. G. Rakovski (1873-1941). Dirigente del Partido, diplomático. Fue fusilado en 1941 en la Penitenciaría central de Orlov.

25. L. R. Sheinin (1906-1967). Investigador principal de la Fiscalía de la URSS entre 1933 y 1950. Dramaturgo y prosista.

26. P. P. Bulánov (1895-1938). Mayor de primera de la Seguridad del Estado, colaborador cercano de Yagoda. Fue fusilado.

27. Guénrij Yagoda, *Una recopilación de documentos*, Kazán, 1997.

28. I. S. Shkapa (Grinevski) (1898-1994). Prosista, ensayista. Fue arrestado en 1935 y pasó más de veinte años en la prisión, los campos de trabajo y el destierro.

29. I. E. Volnov (Vladimirov) (1885-1931). Prosista. Fue arrestado tres veces en 1919 y puesto cada vez en libertad por orden de Lenin. La censura soviética, que lo tildaba de «poco confiable» fue particularmente severa con él. Después de su muerte, sus libros fueron a parar al Depósito especial y tardaron veinte años en volver a publicarse.

30. Una de las dachas de Yagoda.

31. M. E. Koltsov (Fridliand) (1898-1940). Periodista, fundador y director de varias revistas soviéticas que gozaron de gran popularidad. Fue fusilado.

32. A. D. Speranski (1888-1961). Profesor, patólogo, fisiólogo.

33. R. A. Luria (1874-1944). Profesor de medicina, terapeuta, científico emérito. E. Guinzburg. Catedrático del Primer Instituto de Medicina de Moscú.

34. G. F. Lang (1875-1948). Profesor. Uno de los fundadores de la cardiología rusa y de una importante escuela terapéutica.

35. M. P. Konchalovski (1875-1942). Médico. Fundador de la Escuela Terapéutica rusa.

36. N. D. Viguilianski (1903-1977). Prosista. Fue arrestado en 1935 y condenado a cuatro años de internamiento.

T1 Juego de palabras con el seudónimo del escritor, Gorki, que en ruso significa «amargo». En realidad, el nombre real del escritor era Alekséi Maksímovich Péshkov. *(N. de los T.)*

T2 *El hombre del fusil* (1938). *(N. de los T.)*

T3 «Débil» en alemán. *(N. de los T.)*

T4 Grupos paramilitares ultrarreaccionarios y monárquicos creados en época zarista para luchar contra los revolucionarios. *(N. de los T.)*

T5 Integrantes del primer movimiento revolucionario, germen de la Revolución rusa, de ideología democrática que más tarde evolucionó a un socialismo utópico y que hacia la década de 1860 se dividió en una corriente revolucionaria y otra liberal. *(N. de los T.)*

T6 Aleksandr Serafimovich (1863-1949), escritor bolchevique alabado por el régimen soviético y autor de *Shelezni Posok* [El torrente de hierro, 1924]. *(N. de los T.)*

T7 En diciembre de 1934, Serguéi Kírov, jefe del Partido en Leningrado y adversario político de Stalin, fue asesinado. Su muerte, que algunas fuentes no dudan en atribuir al propio Stalin, desencadenó una era sangrienta de represiones y purgas masivas. *(N. de los T.)*

T8 *Digitalis purpurea*, también conocida como dedalera, es una planta de jardín común que contiene glucósidos cardíacos, sustancias químicas que alteran el normal funcionamiento del corazón y que pueden llegar a ocasionar un paro cardiorrespiratorio e incluso la muerte. *(N. de los T.)*

Un fármaco contra la desmemoria
Epílogo

LA DELACIÓN COMO GÉNERO DEL REALISMO SOCIALISTA

–¡No cuente con que le entreguemos a Pávlik Morózov! –me advirtieron en la Lubianka refiriéndose a sus colaboradores, los informadores, los agentes secretos, los delatores, toda esa innumerable orden secreta mezclada con el pueblo.

El joven pionero Pávlik Morózov, enaltecido héroe de nuestra historia, denunció a su propio padre, representante de un *koljoz* que encubría a *kulaks,* a los órganos de represión. El padre fue fusilado de inmediato. Morózov fue un ejemplo en nuestra educación, todos estábamos obligados a aprender la lección que se desprendía de su actuación y cada uno de nosotros la asimiló a su manera.

En la clausura del Primer Congreso de Escritores Soviéticos, Maksim Gorki dijo: «Debemos pedir al gobierno que permita a la Unión de Escritores erigir un monumento al héroe Pável Morózov, quien murió a manos de su familia por haber comprendido la naturaleza perversa de sus familiares y preferir anteponer los intereses de la clase trabajadora a sus lazos de familia».

Los escritores soviéticos se dividen en tres categorías: los que golpean las máquinas de escribir, los que se comunican golpeando los muros de sus celdas y los que simplemente golpean con sus delaciones... Esto podría tener su gracia, si no fuera la pura verdad.

Por supuesto, el género de la delación ha existido siempre. Pero nunca floreció con tal profusión como en nuestra historia más reciente.

El realismo socialista, impuesto desde las altas esferas, invadió tanto el mundo del arte como la vida cotidiana. Sus principios exigían que la vida fuera reflejada no tal como era, sino como debería ser, y nadie podía vivir su propia vida, sino la prescrita por la ideología imperante. Pero como en esta organizada y esterilizada vida ideal no había espacio para aquellos que pensaban y vivían de otro modo, era necesario desenmascararlos y exterminarlos sin compasión por todos los medios posibles. En el arte se aplicó una censura muy severa, y en la sociedad se impusieron los soplos y las represalias. Se consideraba el chivatazo un deber cívico y el hecho de no denunciar, un delito.

Como era de esperar, entre los escritores el género de la delación se desarrolló de formas muy diversas, con una estilística propia, con corifeos y con modelos clásicos.

En primer lugar estaba la delación general como un llamamiento al ajuste de cuentas contra capas enteras de la población, estamentos y clases sociales: la nobleza, la burguesía, el clero, los campesinos acomodados (los *kulaks*), los intelectuales degenerados, contra todos los contrarrevolucionarios con quienes los bolcheviques discrepaban y que no tenían cabida en el porvenir comunista. Reeducarlos era una tarea demasiado embarazosa y, probablemente, estéril. ¿No era mejor acabar de una vez por todas con todos ellos, borrarlos de las páginas de la historia?

> Recibiremos sus desafíos con andanadas:
> al paredón con los ricos y los señoritos
> y responderemos con una lluvia de plomo
> a cada uno de sus infames ataques...
> Ante el cadáver frío juramos
> cumplir nuestra terrible sentencia:
> ¡Muerte a los asesinos del pueblo!
> ¡Viva el terror rojo!

Con estas palabras se manifestaba el poeta de la Revolución Vasili Kniázev, autor de *Krásnaya Evanguelia* [El Evangelio rojo], un libro muy popular en su época y ensalzado por el propio Lenin. Al invocar un ajuste de cuentas sangriento, Kniázev también profetizaba su propia muerte; él mismo fue aplastado por la «rueda roja» del terror.

Algunas delaciones constituían un deber laboral, una obligación. Todos los departamentos, las organizaciones, las grandes y pequeñas oficinas debían vigilar continuamente el comportamiento y las conversaciones de sus empleados e informar a las autoridades correspondientes. La *intelligentsia* artística, los escritores –obreros del «frente ideológico»–, eran objeto de especial atención. Las redacciones de los periódicos, las revistas, las editoriales, la red de la censura y, sin lugar a dudas, el propio ministerio de literatura –la Unión de Escritores eran en realidad filiales encubiertas de los órganos–. Llevaban un férreo control sobre los textos y las opiniones de los escritores, de quienes efectuaban informes para los organismos represivos y el Partido, y finalmente los entregaban a sus verdugos «al detalle y al por mayor». Más adelante veremos cómo Stavski, Pávlenko y Gronski, «dirigentes» de los escritores, metieron entre rejas y enviaron a la muerte a aquellos poetas que calificaban de indeseables. Otro de los longevos jefes de esta corporación de escritores, Aleksandr Fadéyev, también representó un papel encomiable en esta liza. En la actualidad su actuación en las represiones masivas es motivo de controversia: unos dicen que acarreó la desgracia a sus colegas, otros que los defendió y auxilió. Es posible que salvara a alguno, pero cuando investigué en los archivos de la Lubianka, me tropecé con varios documentos en los que constaba su firma: «De acuerdo con la detención...». Es evidente que Fadéyev no podía hacer más que ejecutar las órdenes de Stalin y dar su visto bueno a la detención de los escritores incriminados. El régimen aislaba y aniquilaba a los artistas que consideraba indeseables de un modo jesuítico y astuto, y para ello involucraba en sus negocios sucios y en nombre de la literatura a los servidores de esta.

No es casualidad que Fadéyev se pegara un tiro precisamente en 1956, cuando los escritores represaliados que habían logrado sobrevivir

empezaron a regresar uno tras otro de los campos de reclusión. Esta fue la manera que tuvo de escapar del callejón sin salida de la conciencia y de la creación. «Abandono la vida con una inmensa alegría, como una forma de liberación de esta vil existencia en la que la infamia, la mentira y la difamación arremeten contra uno», escribió en una carta antes de suicidarse. Sin duda decidió redimir con su muerte su adhesión a la política de infamia y difamación practicada por las autoridades.

Un ejército de colaboradores secretos, que trabajaban en plantilla o por su cuenta, por obligación o voluntariamente, de forma desinteresada o por dinero, prestaba sus servicios al régimen. Ya en 1921, la Checa promulgó una instrucción especial acerca de las «treinta monedas de plata» que correspondían a los confidentes: «Las ayudas pecuniarias o en especie, sin duda, vincularán al agente a nosotros... y precisamente porque se convertirá en un eterno esclavo de la Checa, tendrá miedo de desvelar su actividad». Una tupida red de delatores rodeaba a la persona que vivía en libertad, y cuando la encarcelaban, le ponían como compañero de celda a un chivato, que le sonsacaba la información necesaria y lo preparaba para la instrucción.

La delación se convirtió en un fenómeno habitual que se extendió por todo el país como una gangrena. Cualquiera podía delatar a quien le apeteciese: el portero al inquilino, el peluquero al cliente, el pasajero al conductor, la esposa al marido, y viceversa. Las denuncias se llevaban a cabo mediante cualquier artimaña, y los motivos eran muy diversos: lealtad ideológica, envidia, codicia, venganza e incluso simplemente adelantarse a los acontecimientos, prevenir que nadie lo delatara a uno, como en el famoso chiste:

–¿Por qué estás en la cárcel?

–Por pereza.

–¡Cómo?

–Pues mira, un día estuve hablando de política con un conocido y me fui a dormir, pensando que al día siguiente informaría a los órganos. Pero por la mañana vinieron por mí. Se ve que el otro fue más espabilado que yo...

No hay nada más lejos de las intenciones de este libro que desenmascarar y nombrar a los muchísimos autores que pagaron tributo a este benéfico género, pese a que no se merecen tan gran honor. Las palabras no pueden escamotearse de la historia, ni de las canciones. Las perlas de los soplones pueden encontrarse dispersas por todos los capítulos de este libro, y a veces incluso están firmadas con sus nombres auténticos, pero lo más normal es que los nombres aparezcan en clave, con pseudónimos. Ningún arresto, ningún proceso de instrucción habría sido posible sin la fructífera actividad de los confidentes, y sus pérfidas sombras se perfilan y deambulan detrás de cualquier víctima de la represión.

Veamos uno de estos documentos, una carta de denuncia. La carta es breve, pero pone de manifiesto cómo funcionaba el mecanismo de delación que arrastró consigo a todo un grupo de escritores. Se trataba de una especie de acusación en cadena: le informo y pido que me informe a qué instancia hay que dirigirse para denunciar lo que me han contado que les han contado...

Oficina internacional de literatura revolucionaria

2 de enero de 1928

Apreciado camarada Averbaj:

Considero necesario poner en tu conocimiento el hecho que refiero a continuación y te ruego que tomes medidas urgentes.

El escritor Panait Istrati ha visitado la redacción de *Véstnik Inostrannoi Literaturi* [Boletín de literatura extranjera] y nos ha informado de la conversación que sostuvo con el camarada Sandomirski.[1] Este le aconsejó que no escribiera nada acerca de los bolcheviques ni de la Unión Soviética. Según Sandomirski, bastaba con que Istrati escribiera sobre estos temas elogiando un 99% y reprobando un 1% de la realidad soviética, para que los bolcheviques se convirtieran en sus enemigos mortales. Y no sólo tropezaría con la hostilidad del Partido Comunista soviético y del francés, sino que incluso podría tener problemas para salir de la URSS...

Istrati no sólo me informó a mí de esta conversación, sino también a los camaradas Dinámov,[2] Anísimov, Kogan, y creo que también a otras personas. Nosotros tratamos, como pudimos, de calmarlo y de convencerlo de que todo había sido una broma de Sandomirski, pero dudo de que lo consiguiéramos.

Te informo de todo esto porque ya tenemos suficientes problemas para despertar el interés de escritores que simpaticen con nosotros, y si continúan produciéndose casos parecidos al que me

he referido en esta carta, no vamos a lograrlo.

¡Con un saludo comunista!

B. ILLESH

No tiene sentido. El resultado habría sido el mismo si el autor de la carta, Bela Illesh, se hubiera dirigido a Averbaj como jefe de la Asociación Rusa de Escritores Proletarios o como asesor literario y pariente cercano del jefe de la OGPU, Yagoda. No es muy difícil adivinar que el último eslabón de esta cadena eran los órganos de represión. Puesto que el primer eslabón se convertía en víctima, el escritor Sandomirski finalmente fue detenido y fusilado. La carta que hemos citado se conserva en su expediente de la Lubianka.

También está claro que todos los implicados en esta viciada cadena estaban condenados a delatar, porque si uno no reaccionaba ante un «hecho criminal», otro lo haría, y entonces aquel podía convertirse en encubridor o, aún peor, en cómplice del delito.

Una viscosa telaraña de recelo y vigilancia mutua cubría el país desde Moscú hasta los rincones más alejados. No había ninguna posibilidad de salvarse.

En cualquier momento podían presentarse en casa unos amigos y en plena borrachera ponerse a charlar sobre política... Entonces todos quedaban comprometidos. Si uno no reaccionaba a tiempo, siempre había otro que correría a contar todo lo que allí se había dicho. ¿Qué se podía hacer?

El año 1937 fue especialmente siniestro. El poeta Konstantín Sédij escribió a su camarada, el poeta Iván Molchánov, delegado de la Unión de Escritores Soviéticos en la región de Irkutsk:

Considero indispensable poner en su conocimiento los siguientes hechos. El 30 de noviembre por la tarde, In. Trujin,[3] a quien usted conoce de sobra, vino a verme a mi piso acompañado de un desconocido, que nos fue presentado a mí y a A. Pestiujin (Oljón),[4] que se hallaba en mi casa en ese momento, como el poeta Riabtsovski o Riabovski, no recuerdo su nombre con exactitud. Ambos estaban borrachos.

Me extrañó mucho que Trujin viniera a visitarme, ya que no tengo ninguna relación con él. Por ello le recibí con mucha frialdad. Cuando Trujin bebe se pone el mundo por montera. Sacó de su bolsillo una botella de vodka y nos invitó a beber. En la conversación que mantuvimos a continuación, Trujin, sin venir a cuento, lanzó un repugnante ataque contrarrevolucionario contra el camarada Stalin. Estas fueron sus palabras:

–¡Me importa un bledo todo! ¡Y si fuera necesario, me cargaría al mismísimo Stalin!

Le interrumpí inmediatamente y le dije que informaría al representante de la Unión de Escritores Soviéticos sobre su comportamiento. Seguidamente, los eché, a él y a su amigo, de mi casa...

Trujin se considera un poeta soviético. Pero detrás de tales palabras, a pesar de que las pronunció en estado de embriaguez, se esconde el miserable rostro de una persona que debemos considerar hostil. Creo que si él fuera un auténtico soviético, no se permitiría un ataque de este tipo, aunque estuviera borracho...

Es posible que Konstantín Sédij actuara así simplemente por un instinto de autoprotección. Pero ahora el camarada Molchánov también estaba obligado a reaccionar, y rápidamente envió un mensaje a su colega del NKVD, el camarada Buchinski:

El 5 de diciembre vino a mi despacho el poeta K. Sédij y me relató los hechos escritos en la declaración. Propuse que lo expusiera todo por escrito. Al momento le escribí a usted...

Molchánov adjuntó a su carta unas denuncias contra unos cuantos escritores redactadas por él mismo. Se trataba de un chivatazo acompañado de pruebas materiales:

Además le remito el relato *Zhárkaya noch* [La noche calurosa] que recibimos para que diéramos nuestra opinión. El autor es P. I. Kórob, del aeropuerto de Nizhni Udinsk. Todo el relato está lleno de diálogos contrarrevolucionarios. Todavía no he enviado al autor ninguna respuesta...

Mientras el consultor A. Oljón estaba de guardia, vino Sadok, un estudiante del Instituto de Economía y Finanzas, con el relato *Iván Zíkov.* Según nuestro consultor, este relato es un panfleto contra la realidad soviética, una calumnia contra los *koljoz y* los *koljosianos*... No cabe la menor duda de su carácter ideológicamente nocivo... Estuvo en nuestra consulta Filípovich, cadete de la Escuela de Técnicos Militares, con la obra de teatro *Vrag* [El enemigo]. Según nuestro consultor, al autor no le falta talento, pero la obra merece ser analizada únicamente como un error político del autor que, a causa de su miopía política e ideológica, ha escrito una obra contra el Partido. La valoración de la pieza sólo puede ser una: *Vrag* no es una obra soviética y es muy perjudicial...

Etcétera.

Los fragmentos siguientes pertenecen a dos informes concluyentes del escritor de denuncias Molchánov durante su fructífera actividad en Irkutsk. El primero va dirigido a Stavski, jefe supremo en el mundo literario en su calidad de secretario general de la dirección de la Unión de Escritores Soviéticos en Moscú:

> Únicamente después del pleno de febrero del Comité Central del Partido y después de estudiar la intervención y el discurso de clausura del camarada Stalin, se realizó la autocrítica en la organización literaria de la Siberia oriental... A. Bálin, I. Goldberg, P. Petrov[5] y M. Básov han sido expulsados de la Unión de Escritores por sus contactos con organizaciones contrarrevolucionarias... Todos ellos han sido detenidos por los órganos del NKVD. Los círculos literarios están infestados de elementos hostiles, como el escritor novel Nóvgorodov, el poeta V. Kovaliov, el poeta A. Targonski...

El segundo informe va dirigido a la dirección del Comité Regional del Partido:

> Como resultado de la débil vigilancia efectuada en su seno, la organización regional de la Unión de Escritores está infestada de enemigos del pueblo. Durante mucho tiempo, la dirección de la Unión ha estado ocupada por empedernidos enemigos del pueblo sin que fueran desenmascarados, como Básov, Goldberg, Petrov y Bálin.
>
> Después de desenmascarar a estos enemigos del pueblo, se ha elegido una nueva dirección. Esta se ha puesto inmediatamente a trabajar para liquidar a los restantes saboteadores. Después de las detenciones, han quedado dos miembros en la Unión de Escritores: I. Molchánov y K. Sédij…

¡Tanto nos afanamos en seguir la línea de acción dictada por el Partido que sólo quedamos nosotros dos en la trinchera! ¡Pueden confiar en nosotros!

EL PÁJARO CARPINTERO

Y finalmente tenemos el retrato en primer plano de un chivato literario por vocación.

Entre los órganos era conocido con el mote de Pájaro Carpintero, pero para el resto del mundo era Borís Aleksándrovich Diákov, miembro de la Unión de Escritores.[6]

Su controvertido *Póvest o perezhitom* [Relato de lo sufrido], uno de los primeros libros sobre la represión estalinista, se publicó casi simultáneamente a *Un día en la vida de Iván Denísovich* de Solzhenitsin e incluso compitió con este en popularidad. Diákov aparece como víctima inocente, pero sólo por su aspecto recuerda al héroe de Solzhenitsin, ya que en el fondo es su antagonista. Incluso en el campo de concentración continúa siendo un bolchevique de férreas convicciones, un apologista del régimen soviético y describe la represión como si sólo se tratara de un lamentable error. Según el propio Diákov, la única preocupación que tenían los *zeks* detrás de la alambrada era llegar a cumplir el plan de trabajo y servir con la máxima diligencia al Partido y al gobierno. Parecía un libro escrito por encargo, como si el autor hubiera llevado a cabo una misión especial para los órganos, adulterando la verdad siguiendo ciertas directrices e intentando desviar la atención del público del brillante libro de Solzhenitsin.

Diákov escribió esa narración basándose en su propia vida. Incluso él, que había servido de una manera rastrera al régimen, fue a parar tras las alambradas estalinianas. Alguien le había delatado...

En el acta de instrucción de Borís Diákov se conservan sus extensas confesiones dirigidas a sus amos, la Seguridad del Estado y el Comité Central del Partido. En esos mensajes quedó impreso claramente su destino, tortuoso como el rastro de una serpiente.

> Mi infancia y los primeros años de mi juventud transcurrieron en el ambiente de la vida prerrevolucionaria. Nací en el seno de una familia de funcionarios, con todos los vicios característicos en una familia de la antigua *intelligentsia*. Mi conciencia empezó a configurarse bajo las condiciones del régimen soviético. Aún siendo menor de edad, me alisté en el Ejército Rojo, desde 1921 trabajé en un sindicato soviético y a partir de 1929 empecé a trabajar en la prensa del Partido. De este modo, mi carácter y mis opiniones se forjaron en la superación de los propios defectos y de los vestigios del pasado y, lo que es más importante, en la lucha contra los enemigos. He llevado a cabo esa lucha sin descanso, sin vacilar ni un momento, desde mi puesto de periodista soviético.

Así, vemos cómo Diákov empezó su vida de un modo parecido a Pávlik Morózov, renegando de sus «viciosos» padres. Prefirió instruirse en una férrea formación de clase a recibir una educación profesional seria, y para ello eligió el camino más fácil para ascender: el Komsomol, los sindicatos, la prensa del Partido y finalmente el todopoderoso servicio secreto.

Diákov fue introducido en los órganos al principio de su carrera literaria y no trabajó para ellos por miedo, sino por propia voluntad, por un ejercicio de conciencia. Los documentos de su expediente informan de que en 1936 fue reclutado por la red de agentes de la Dirección de Seguridad de la región de Stalingrado y que, bajo el seudónimo de Pájaro Carpintero, «elaboraba informes acerca de sospechosos contrarrevolucionarios». A continuación de una lista de nombres, se lee la siguiente nota: «Todas estas personas han sido inmediatamente detenidas y acusadas de formar parte de una organización trotskista de derechas».

Este primer éxito le alentó a continuar su labor de confidente con un celo cada vez mayor. Él mismo lo explica cuando, al ser encarcelado, pide que sus antiguos jefes intercedan por él y detalla los méritos prestados a los órganos y a su patria, méritos que se traducen en docenas de destinos truncados:

> Considero que es mi deber informarles de que durante muchos años he sido un colaborador secreto de los órganos, sin que nadie nunca me haya obligado a realizar este trabajo; siempre he colaborado por propia voluntad, pues creía, y aún creo, que era mi deber ayudar a los órganos a desenmascarar a los enemigos de la URSS en cualquier situación. Así lo he hecho y aún lo sigo haciendo. He aquí los hechos...
>
> Por ejemplo, yo colaboré directamente en desenmascarar la dirección oportunista contraria al Partido en los distritos de Rasskazovski y Kozlovski de la región central de las Tierras Negras...
>
> Me encargué de recopilar para la prensa los documentos que desenmascaraban la actividad saboteadora de una serie de obreros veterinarios, culpables de la excesiva mortandad de rebaños y cabezas de ganado porcino... Víktorov, el jefe de la dirección veterinaria, fue inmediatamente detenido y condenado a la pena de muerte. Como se supo más tarde, estos documentos fueron utilizados como pruebas incriminatorias.
>
> En 1936, en el periódico *Stalingrádskaya Pravda* [La verdad de Stalingrado], se publicó mi artículo en el que arremetía contra el trotskista Budniak, director de la fábrica Barricada. En 1937, desde la dirección del NKVD de Stalingrado se me informó de que Budniak había sido

ejecutado y que habían adjuntado mi artículo en el expediente como una de las pruebas de la acusación...

Entregué al NKVD información acerca de:

–La propaganda antisoviética llevada a cabo por personas a título individual o en grupo, que trabajaban en el campo de la literatura y del arte, y, concretamente, las obras difamatorias de los escritores locales G. Smoliakov, I. Vladski[7] y otros (condenados por los órganos).

–La sistemática propaganda enemiga que realizó el súbdito finlandés G. I. Gorelov, artista del Teatro Dramático de Stalingrado, que encubrió haciéndose pasar por un alienado mental (condenado en 1941).

–La desacreditación hostil por parte de F. I. Terentiev del famoso escritor soviético A. N. Tolstói en 1936 durante un banquete en la redacción.

Además debo comunicarles que fui yo quien informó acerca de los hechos relacionados con el estado de ánimo y el comportamiento antisoviéticos de N. A. Pokrovski, actor del Teatro Dramático de Stalingrado, que mostraba un profundo desprecio hacia la dramaturgia soviética, una actitud burlona hacia la cultura soviética, nuestra realidad y los comunistas encargados de la dirección del arte, sobre todo mediante la difusión de chistes...

Por orden del NKVD, el Pájaro Carpintero abandona Stalingrado y se traslada a trabajar a Extremo Oriente. Allí se pone inmediatamente manos a la obra:

En otoño de 1937, la revista *Tijookeánskaya Zvezdá* [La estrella del Pacífico] publicó mi artículo «Encubiertos bajo el cartel de una comedia musical», en el que desenmascaraba a un grupo de antisoviéticos del teatro de Jabárovsk. Este grupo fue represaliado...

¡Qué constancia! ¡Menudo alcance! ¡Desde sabotajes hasta chistes, pasando por veterinarios y artistas de opereta! «Estos son únicamente los asuntos que en estos momentos logro recordar», recalca Diákov con un celo servil.

Estalló la guerra y Diákov consiguió evitar el traslado al frente: tenía reservado otro destino. Mientras que otros caían víctimas de los proyectiles, él siguió trepando por la escalera de los cargos oficiales: se trasladó a Moscú para ocupar un cargo directivo dentro del Comité Central del VLKSM, la organización de jóvenes comunistas, concretamente en la editorial

Molodáya Gvardia. En la cúspide de su carrera fue nombrado redactor jefe del Departamento de Películas de Ficción del Ministerio de Cinematografía. Aquí tuvo que enfrentarse «con guiones peligrosos y faltos de ideología» y con sus autores, e informó acerca de «las actividades subversivas de una serie de personajes de la cinematografía soviética».

Precisamente fue de esta cúspide tan elevada desde donde se despeñó y cayó en la red de aquel artículo 58 que lo abarcaba todo y que él mismo había contribuido a tejer... ¡Qué cruel injusticia! ¡Y qué inoportuna! De hecho, «las personas, completamente impregnadas de un esteticismo burgués y que cultivan las costumbres hollywoodienses en el ámbito de la dirección y en los guiones, aún hoy se refugian en algunos círculos del cine soviético. Yo, con la ayuda del ministro de Cinematografía, I. G. Bolshakov, he empezado a identificar poco a poco a estas personas y, si no fuera por mi detención, habría podido desenmascararlas a todas...».

Pero el Pájaro Carpintero no descansa ni siquiera privado de libertad:

> Aunque ahora estoy encerrado en un campo de trabajo, sigo preocupado: en organizaciones cinematográficas independientes había personas que por propia voluntad, o quizá por intervención de terceros, saboteaban el futuro triunfo de la cinematografía soviética y se esforzaban por vaciar de contenido ideológico nuestras películas... Todo esto lo expuse detalladamente en la declaración del 29 de mayo de 1950, dirigida al ministro de Seguridad del Estado...

Delataba y delataba sin descanso, no paraba de redactar nuevas denuncias de los innumerables enemigos del pueblo que había en todo el mundo para el NKVD.

También en el campo de trabajo se precisaban muchos «pájaros carpinteros» con talento:

> En octubre de 1950, en el punto número 02 de Ozerlag, he entregado a los órganos una declaración por escrito por la que me comprometo a cooperar con ellos para desenmascarar a las personas que están realizando propaganda antisoviética. Les ofrezco mi ayuda sincera y honesta, ya que para mí conlleva una satisfacción moral y, consciente de que me hallo aquí en unas condiciones insólitas, creo que puedo aportar un gran beneficio a la causa general de la lucha contra los enemigos de la URSS.

Y aun así, ¡qué extraña ironía del destino!, ¡qué ofensa! ¿Por qué le castigaron con tanta severidad? Los gritos de lamento del Pájaro Carpintero llegan cada vez con más frecuencia desde Siberia:

> Todo el trabajo que he ido realizando desde que tengo uso de razón debería convencerles de que yo soy digno de su confianza política...
>
> No permitan que mi vida y mis aptitudes artísticas se pierdan en vano. Aún puedo, quiero y debo reportarles un gran provecho...
>
> Otórguenme confianza política, me la merezco por completo...
>
> ¡Salven mi vida!...

¿Qué sucedió al final con esta persona?

¡Vayamos por orden! Liberado poco después de la muerte de Stalin, fue uno de los primeros en ser rehabilitado, y como en el campo había vivido en mejores condiciones y había sido alimentado mejor que el resto de *zeks*, conservaba una buena salud para proseguir con su fructífero trabajo. Veterano del trabajo y víctima del Gulag, le encantaba pronunciar discursos a los jóvenes, en los que predicaba la verdad y la bondad.

En 1987 salió publicada su novela autobiográfica, *Perezhitoe* [Lo sufrido], en tres volúmenes, con una tirada de 100.000 ejemplares. Por supuesto, el rostro oculto del autor, el del Pájaro Carpintero, no aparece en esta epopeya. En una de sus últimas entrevistas, Diákov prosigue su vieja e inconclusa controversia con su antítesis, Aleksandr Solzhenitsin:

> No puedo ser hipócrita... Mientras estuve en el campo de trabajo, a diferencia de Solzhenitsin, no sólo me encontré con canallas, sino también con gente que no había perdido su fe en la fuerza de la verdad leninista y en el triunfo final de la justicia social... Solzhenitsin lo veía todo negro.

Ya que el escritor realista socialista Borís Diákov se sentía tan seguro de sí mismo en la época de la glasnost y de la democracia promulgada, seguro que su sosias, el Pájaro Carpintero, y el género que tan bien se le había dado, seguían vivitos y coleando.

LOS ESCRITORES DE DELACIONES

–Dime una cosa –me pregunta mi amigo el poeta Anatoli Zhigulin–, tú que vas a menudo a la Lubianka, ¿qué clase de gente trabaja ahí? ¿Son iguales que aquellos que una vez me machacaron?

–La verdad es que no conozco a tanta gente. De hecho son militares: si les ordenan perdonar a alguien, lo perdonan, pero si les ordenan machacarlo, probablemente habrá gente dispuesta a hacerlo. Pero qué me dices de nuestros hermanos escritores, esos que frecuentan el club de escritores y que se estremecen cuando se trata un tema comprometido, esos que se supone que son artistas libres. Esos son de los que primero te tiran de la lengua y después redactan una denuncia... ¡Y no porque se lo ordenen, sino por propia iniciativa! ¿Qué me dices de ellos? ¡Quizá juegan más sucio!

–Tienes razón –dice él–, por desgracia tienes razón. ¡Delataban, aún delatan y seguirán delatando!...

Se celebra una reunión de escritores. En la tribuna, una dama de edad avanzada, reconocida activista social y autora de libros sobre la educación de la juventud, pronuncia un acalorado discurso. Critica el maldito pasado y saluda a la perestroika. Sin embargo, acaba de publicarse en la prensa una carta póstuma de un coetáneo suyo, el excelente narrador Yuri Dombrovski, en la que cuenta cómo en otra época esta dama le denunció por ser una persona antisoviética y contribuyó a su deportación y su reclusión en el Gulag. Hace tiempo que Dombrovski no está en este mundo, y ella no ha desmentido la acusación, ni se ha arrepentido, y sigue viviendo como si nada hubiera sucedido.

Hojeo el último número de la revista *Novi Mir.* Al leer una selección de poemas de un poeta injustamente olvidado (¡qué gran talento!), se me parte el corazón: he averiguado en los archivos de la Lubianka que este autor denunció a toda una pléyade de autores de su misma calidad, quizás incluso con más talento, como por ejemplo Daniil Andréyev,[8] el poeta y filósofo hijo del conocido escritor clásico ruso Leonid Andréyev. ¿Es necesario

advertir a los lectores? Mejor será que le conozcan como un buen poeta que como un chivato más.

Enciendo el televisor. En la pantalla aparece una presentadora de radiantes ojos de lince cuya voz insinuante cautiva a los espectadores; en ese momento rememora a sus antiguos amigos que estaban al servicio del arte y que desaparecieron sin dejar rastro. ¿Acaso no se trata de la joven estudiante de la Escuela Superior de Literatura que informó acerca de su brillante y prometedor compañero de aula Arkadi Belinkov[9] y le calificó de elemento antisoviético? A continuación Belinkov fue condenado a más de diez años en diversos campos de trabajo, pero murió al poco de ingresar en él...

No bien nuestra Comisión para la conservación del legado de los escritores represaliados empezó a trabajar, empezamos a recibir un sinfín de llamadas telefónicas:

–¡No tienen ningún derecho a hacer eso! Es un asunto de los órganos del Estado. ¡Lo lamentarán! ¡Ya les detendremos!

Pero ¿quiénes eran los que odiaban nuestra Comisión y a quién le fastidiaba la tarea que hacíamos? Ante todo, a aquellos que tenían algo que esconder o algo que temer: los verdugos y los confidentes. Un alud de cartas como las que siguen invadió la sede de la Unión de Escritores y la redacción donde se publicaban nuestros documentos:

> ¡Escritores malvados y vengativos! Al crear esta Comisión, ustedes han demostrado que reservaban su odio y maldad para vengarse del adalid mundial, I. V. Stalin. ¡¡¡Qué vergüenza!!! ¿Qué son ustedes, escritores o traidores? ¿De quién quieren vengarse? La historia nunca les perdonará esta traición. La historia juzgará a los que pagan al camarada Stalin con vil ingratitud. Todo se hizo con justicia. Los comunistas condenaron a gente en todas las repúblicas, regiones y distritos y el pueblo les daba su apoyo. Todo se hizo según la ley...

> ¡Qué viperina maldad les consume las entrañas a estos vástagos de los traidores a la patria, eso es lo que son todos estos Shentalinski y Amalinski! ¡La mayoría de ellos tiñen de negro nuestra historia y la memoria de I. V. Stalin! Esta maldad se vierte contra nosotros, viejos comunistas, que junto con el camarada Stalin conseguimos la victoria. Ahora, echando intencionadamente leña al fuego, han desintegrado nuestra Unión y difaman el Ejército y el KGB. Estos chiquillos buscan en los archivos cualquier porquería únicamente para ensuciar el nombre de I. V. Stalin, que nos dio la vida a nosotros, la gente humilde...

Hubo casos curiosos, como el de un modesto fotógrafo que trabajaba en una organización de escritores. Trabajaba a todas horas: retrataba a los escritores durante las reuniones, en los encuentros con sus lectores, en los actos oficiales y en los momentos de ocio, así como en cualquier circunstancia de su vida diaria. Alternaba este trabajo con sus servicios al KGB, al que transmitía la fotoinformación que se le solicitaba. En cuanto la perestroika, la «despartición», la «deskagebización» empezaron a retumbar, el fotógrafo se apresuró a modernizar sus convicciones. Decidió cambiar de «cliente» y remitió a la Comisión una carta en la que decía: «¿No les gustaría hacer uso de mi archivo? Tengo muchas fotografías de personas represaliadas…».

De todos modos, ¿qué podemos hacer con nuestros delatores? ¿Quién se atreve a encarnar el papel de juez divino? Los confidentes ya han recibido su castigo: han desfigurado su rostro, han manchado su conciencia, han deformado su alma. El pecado de la traición es en sí mismo un castigo. ¿Y qué hay del juicio humano?

Tras la orden de Yeltsin que levantó el secreto de todos los archivos del Partido y semejantes, las puertas de los depósitos especiales también comenzaron a entreabrirse con un crujido de cerrojos. El país se sumió en una verdadera fiebre de archivos. Y nuestra sociedad no estaba preparada para algo así. Entre la abundante maraña de hallazgos y desenmascaramientos que llegaron de golpe a la prensa, hubo también no pocas noticias carentes de seriedad, supuestas revelaciones sensacionales que no respondían a la verdad y hasta francas desinformaciones, provocaciones y falsedades. La cooperación de políticos, sacerdotes, escritores y científicos con los órganos represivos estaba en boca de todos. Algunos antiguos colaboradores se denunciaron a sí mismos. Por increíble que parezca, reconocían haber sido soplones a la vez que buscaban méritos por el hecho de admitirlo de buena gana.

Todo se confundía, la verdad y la mentira, la humildad y la soberbia, complicando aún más las cosas. Cualquier noticia desconcertante, cualquier

página suelta era arrancada de su contexto histórico y puesta alegremente en circulación sin someterla antes a análisis alguno, sin contrastarla ni examinarla seriamente. Y lo que es peor: todo ello se hacía, en la mayoría de los casos, para satisfacer intereses políticos, saldar cuentas, derribar al adversario y en modo alguno para servir a la verdad. Todo se hacía en aras de la rabiosa actualidad. Entretanto, aquel aluvión de novedades no hacía más que agravar la confusión y la desesperanza de una población que había perdido la fe en casi todo y a duras penas se orientaba en medio de la marea de sucesos que se arremolinaban.

Una sociedad enferma, adormecida y habituada a la mentira no asimilaba la verdad ni sabía muy bien qué hacer con ella. Daba la impresión de que la gente no necesitaba para nada esa verdad grande, pesada y peligrosa y que todos preferían tener sus propias pequeñas verdades que les sirvieran de consuelo. A una escala global se había producido lo que me gusta llamar «Efecto del espejo roto», es decir, cuando una verdad única e indivisible va a parar a manos de la gente y, al hacerlo, se divide en una miríada de añicos, de pequeños trozos de verosimilitud en los que ya nunca serás capaz de contemplar el rostro entero de la verdad.

ENMIENDAS EN LAS ENCICLOPEDIAS

Una mañana me llamó el coronel Krayushkin, de la Dirección de Archivos del KGB:

–Hoy voy a Bútovo. ¿Le gustaría acompañarme? Creo que le puede interesar. Vale la pena que lo vea...

Era un día radiante y claro de otoño. Tras unas lluvias frías y prolongadas, escampó y el sol, en lo alto de la cúpula celestial, nos calentaba y parecía examinar afablemente nuestros rostros. Incluso parecía que las fachadas uniformes y lisas de los edificios se excitaran y juguetearan con los destellos dorados que retozaban en sus ventanas. A lo largo de la carretera los árboles refulgían como hogueras mudas e inmóviles...

La víspera, en la Lubianka, me habían mostrado por primera vez carpetas con expedientes del ultrasecreto Fondo n.° 7, que durante mucho tiempo había permanecido oculto y del que se decía que había desaparecido para siempre. Y de repente... lo habían encontrado.

¡Realmente, había motivos para ocultarlo! El Fondo n.° 7 contiene las órdenes de fusilamiento y las actas de las ejecuciones de las sentencias judiciales y no judiciales de los organismos de la antigua URSS; en pocas palabras, las listas de los condenados a muerte. Desde el año 1921, estos documentos han ido archivándose en gruesas carpetas, que han acabado por formar una gigantesca colección de unos ¡cuatrocientos tomos! Una interminable lista de nombres –miles y decenas de miles marcados con un trazo rojo: ejecutado– llena todas y cada una de las páginas de estos documentos, que no pueden leerse sin que a uno se le haga un nudo en la garganta.

En esta tumba de la memoria histórica se ocultaba la verdad del último círculo del infierno soviético. Y fue necesario que se produjera el golpe de Estado de agosto, con el subsiguiente derrumbamiento del poder comunista, para que esta verdad fuera revelada al mundo.

El archivero me dio la carpeta n.° 182, que abrí por el punto que marcaba la cinta.

–Me ha pedido usted información acerca de la muerte de Efrón...

«¡Tu nombre será conservado en las tablas de la historia!», escribió Marina Tsvietáieva en un poema dedicado a su marido, Serguéi Efrón. ¡Si hubiera sabido en qué tablas, además de en los libros, se conserva su nombre!

Estamos en el otoño de 1991. Pero los acontecimientos recogidos en esta carpeta tuvieron lugar hace exactamente medio siglo, en el otoño de 1941. En esa época la tierra crujía y ardía mientras el ejército alemán se acercaba a Moscú. La furia de la guerra arremetía sin compasión contra decenas de miles de nuestros compatriotas, que también sufrían penalidades en las cárceles de Moscú, allí donde «depuraban» a toda prisa a los «enemigos del pueblo»: este era otro matadero, el de nuestros propios fascistas.

A la atención del camarada Pustinski, jefe de la prisión de Butirka del NKVD y mayor de la Seguridad del Estado

Entregue al comandante del NKVD las personas condenadas a muerte que se indican a continuación:

1. Serguéi Yakóvlevich Efrón, 2..., 3...

(En total, 136 personas.)

Motivo: orden del camarada Kobulov, comisario adjunto del Pueblo de Interior.

Nikolski, mayor de la Seguridad del Estado y jefe de la Dirección de Prisiones del NKVD.

16 de octubre de 1941

Y un poco más abajo, en la misma hoja, hay una nota escrita a mano:

ACTA

El 16 de octubre de 1941, nosotros, los abajo firmantes, hemos ejecutado las condenas a muerte de las 136 (ciento treinta y seis) personas nombradas más arriba.

Jefe de la sección de comandancia del NKVD, mayor de la Seguridad del Estado...

Jefe del 17 departamento de la primera sección especial, teniente mayor de la Seguridad del Estado...

Las firmas son indescifrables...

Ahora es muy difícil, casi imposible, imaginar qué sucedió aquel día de otoño.

Es difícil imaginar cómo los sacaron de sus celdas, los agruparon y los contaron, cómo los metieron apresuradamente en furgones que llevaban letreros de «Carne» o «Pan», cómo salieron a todo gas por las puertas de la prisión y recorrieron las calles de Moscú hasta el lugar del fusilamiento. ¿Adónde? Sólo Dios lo sabe. ¿Quizá junto a esta carretera que hoy llega hasta Bútovo?

Salimos de la Lubianka en dos coches: en el primero, además de Krayushkin y de mí, viaja un periodista que desde hace años se dedica a localizar los lugares donde estaban las fosas comunes de víctimas de las represiones estalinistas; en el segundo, un equipo de filmación de la cadena de televisión norteamericana ABC. Por el camino comenté a mis compañeros de trayecto el pequeño descubrimiento que había realizado el día anterior después de examinar las listas de ejecutados. Al llegar a casa, tomé la

Literatúrnaya entsiklopedia, copié en una columna las fechas de defunción de los escritores que habían muerto en los años del terror y al lado las fechas auténticas de su fallecimiento, que los archivos de la Lubianka habían sacado a la luz. Era evidente que se habían llevado a cabo falsificaciones. Para ocultar la verdad, los agentes de los órganos se inventaban fechas de forma arbitraria. Muchos de los supuestos condenados a «diez años sin derecho a correspondencia» eran fusilados a escondidas; sus allegados los buscaban, se hacían ilusiones y los esperaban durante años, cuando quizás hacía mucho tiempo que ya no estaban en este mundo. Incluso en la época de la primera rehabilitación, a mediados de los años cincuenta, los administradores de la ley seguían pagando tributo a la tradición de la falsedad y la mentira: en los certificados de rehabilitación cambiaban las fechas y las causas de muerte de los represaliados. Estos datos son los que constan en todas las enciclopedias y manuales, en los trabajos de investigación y en las ediciones populares, e inducen a error a los lectores. Así era como se deformaba la historia...

–Acataban órdenes de sus superiores, de la dirección del Partido –dijo Krayushkin–. ¿Se ha dado cuenta de que las fechas falsas coinciden sobre todo con la guerra? No es casualidad, pues la intención era que pareciera que todos habían muerto en el frente. ¡No puede ser más lógico!

–¿Y qué opinan los escritores acerca de inmortalizar a sus colegas represaliados? –preguntó el periodista–. ¡Es necesario que se haga un monumento en su memoria!

–Sí, es necesario –dije yo–, pero ¿cuál? Ya nos hemos reunido y hemos discutido sobre el asunto. En la Casa de los Escritores hay una placa conmemorativa en recuerdo de los escritores que cayeron en la guerra, setenta nombres en total. Propusieron poner una placa igual con los nombres de los represaliados. Pero no hay espacio suficiente, ocuparían todas las paredes, de dentro y de fuera... Incluso las del café, las del restaurante...

–¡Menudo problema! –Krayushkin sonrió–. Pero, como suele decirse, los muertos ya no sienten vergüenza. La cuestión es qué hacemos con los vivos. Nuestro archivo no es un repertorio académico, sino un campo de

minas que puede estallar en cualquier momento, y sus miles de hilos están conectados con la vida actual. Imagínense qué pasaría si se publicara el nombre de cualquiera de los colaboradores del NKVD, de un verdugo. Lo tendría bien merecido, se habría ganado ese deshonor. Pero ¿qué me dicen de sus familiares? De repente resulta que el amado abuelo, un hombre de honor, condecorado, cuyo nombre era el orgullo de la familia, era un torturador y un asesino. ¿Cómo van a tomarse esta realidad sus hijos y sus nietos? ¡La deshonra empaña a toda la familia! ¡Y hay tantos casos parecidos! Son minas de acción retardada que al estallar pueden afectar a personas completamente inocentes.

–Eso me recuerda algo que me sucedió hace poco –recordé yo–. Un día fui al archivo y me dijeron: «Vamos a entregar a la viuda del escritor N. los manuscritos de su marido. Se han conservado por casualidad en el expediente. Mírelos, quizás haya algo de valor para la literatura». Abrí la carpeta y me tropecé con la correspondencia de este escritor con su amante... Al instante me imaginé la cara de la viuda, anciana y enferma, al coger con mano temblorosa esas hojas y leer... ¡Qué sería de ella! «¡No! –dije–, no se los den, ni se los enseñen.»

–Pero ¡si es justamente usted el que exige que abramos los archivos y que acabemos con la censura! –Krayushkin se echa a reír.

–En casos así, ¡cierren los archivos e impongan la censura! Existe el secreto íntimo de cada persona, que sólo le concierne a ella; además de velar por la seguridad estatal hay que proteger la seguridad personal...

Por detrás de las ventanillas del coche desfilaban las dachas de los alrededores de la ciudad. Salimos de la carretera a un camino lateral y al cabo de diez minutos nos detuvimos. Estábamos en Bútovo. Había una contundente verja recién pintada y un portal con una garita de control de la que salió un tipo que se dirigió hacia nosotros. Resultó que ese lugar no era el Bútovo adonde nos dirigíamos, sino una villa de dachas del KGB, y que el tipo que nos estaba esperando era el guía. Le seguimos.

El Bútovo que estábamos buscando se encontraba un poco más lejos, al otro lado del camino. De nuevo cruzamos una valla, pero más oscura, vieja y destartalada. De pronto apareció el vigilante, que tenía un aspecto

bastante miserable; llevaba un chándal descolorido e iba despeinado y sin afeitar. No recuerdo cómo conseguimos cruzar la valla, sólo que no fue fácil y que perdimos mucho tiempo intentándolo, hasta tuvimos que desenrollar una alambrada que sujetaba la puertezuela y apartar unas tablas. Pero lo que sí quedó grabado en mi conciencia fue que no había concordancia entre lo que esperábamos y lo que realmente vimos, entre la trágica importancia del lugar y el completo abandono en que se hallaba.

Llegamos a un inmenso jardín inundado de sol. Hileras de manzanos bajos, frondosos, con pesadas ramas cargadas de frutos rojos y maduros, se perdían en la lejanía, que parecía infinita. Penetramos en lo más profundo del jardín por un terreno escabroso y cubierto de hierba. La videocámara de los norteamericanos empezó a zumbar, acompañada por la voz del periodista que nos acompañaba:

–Aquí, bajo nuestros pies, en esta tierra sobre la que ha crecido este espléndido jardín, yacen decenas de miles de personas fusiladas. En pleno auge de la represión traían hasta aquí a los condenados desde distintas prisiones de Moscú. Los pelotones de fusilamiento trabajaban a un ritmo incansable, terrible, día y noche, bajo el ruido ensordecedor de los motores. Disponían a la gente, que iba a ver por última vez la luz del día, en filas delante de zanjas previamente excavadas, y abrían fuego... Una vez el foso estaba lleno de cadáveres, lo cubrían con tierra y preparaban otro... He entrevistado a los lugareños, a los viejos, en busca de testigos. No quieren hablar ni rememorar este asunto, todavía tienen miedo. Pero hemos logrado averiguar algunas cosas. Cuentan que precisamente ahí, a la derecha, se levantaba una casita donde los miembros del pelotón de fusilamiento descansaban y guardaban las armas. Estaban destrozados. Se pasaban el día borrachos y ni siquiera así podían soportarlo mucho tiempo. Dicen que algunos perdieron la razón e incluso hubo casos de suicidio. Los sustituían continuamente por tropas de refresco...

La cámara zumbaba. La voz del periodista, nerviosa y cortante, había perdido su ímpetu inicial y sus palabras parecían cada vez más inútiles, más vanas.

Nos quedamos inmóviles en medio del jardín, rodeados de resplandecientes frutos. No teníamos fuerzas para continuar nuestra marcha. Hubo un cambio en la actitud de los norteamericanos, y si bien al principio sonreían y armaban jaleo, se quedaron en silencio, afligidos. De vez en cuando el jardín parecía respirar, las rachas de viento hacían balancear las ramas, las hojas marchitas se desprendían y se arremolinaban, la hojarasca susurraba.

–Bútovo, uno de los lugares más terribles de nuestro planeta –dijo el periodista–. ¡Cuántos sitios debe de haber igual que este! Y en ninguno hay un monumento ni una antorcha eterna en recuerdo de los muertos...

Terminaron de grabar. Nos disponíamos a marcharnos cuando el periodista arrancó de repente una manzana de un árbol y se la tendió a su colega americano:

–Tome, llévesela como recuerdo.

El americano alargó la mano pero la retiró de inmediato.

–No, no es necesario. Gracias.

El periodista, confuso, dejó la manzana en el suelo con un movimiento torpe. Todos nos quedamos desconcertados. Lancé una mirada a Krayushkin. Su rostro estaba petrificado. Dijo algo en voz baja, que no pude oír.

–¿Qué, qué?

–Qué país más desdichado...

LEV TOLSTÓI EN LA LUBIANKA

> ¡No puedo seguir callado! –exclamó alzando la voz el gran Tolstói, cuando el gobierno zarista condenó a muerte a unos terroristas revolucionarios–. Esto sucede en Rusia, en esa Rusia en la que el pueblo piensa que cualquier delincuente es un infeliz y en la que hasta hace poco tiempo la ley no contemplaba la pena de muerte. Recuerdo cómo antes me enorgullecía de esto ante los europeos, pero ahora... sólo hay ejecuciones, ejecuciones y más ejecuciones...

Tolstói rememoraba también que en la década de 1880 en toda Rusia había sólo un verdugo, pero con el tiempo el número no había hecho más

que crecer. Se refería al terror de Estado en respuesta al terror revolucionario que constituían los ataques de los campesinos a los terratenientes, los atentados contra representantes del poder.

«No se puede vivir de este modo. Yo, al menos, no puedo vivir así, no puedo ni quiero...», afirma Tolstói. Y exige a las autoridades que suspendan los asesinatos o que lo condenen a él mismo como hacen con «aquella gente enfurecida e irreflexiva que ha empezado esta lucha violenta». Y concluye: «[...] al participar en estos crímenes horrorosos, ustedes no sólo no ponen remedio a esta enfermedad, sino que la empeoran y la refuerzan por dentro».

El artículo de Tolstói se publicó en todas partes y conmovió al mundo. El régimen zarista respondió con el silencio. Pero los revolucionarios, cuya vida había defendido el escritor, no permanecieron en silencio. Ese mismo año de 1908, Vladímir Uliánov-Lenin publicó su artículo «Lev Tolstói como espejo de la Revolución rusa», en el que no tenía miramientos con el autor clásico, al que calificaba de «terrateniente, iluminado por Cristo», profeta «grotesco», «que había descubierto nuevas recetas para salvar a la humanidad», utópico y reaccionario. Desde el punto de vista de Lenin, la doctrina de Tolstói «carece de todo sentido práctico y de cualquier justificación teórica».

Así, de un plumazo, el líder de la Revolución proletaria se distanciaba de esos valores humanos, eternos y cristianos que Tolstói representaba y defendía. ¿Qué era lo que disgustaba a Lenin hasta tal punto? Precisamente el humanismo, el llamamiento a la misericordia, su afirmación de que todos los hombres, independientemente de si eran revolucionarios o no, tenían derecho a la vida que Dios les había dado. En el fondo, estos dos artículos, el de Tolstói y el de Lenin, expresan claramente dos filosofías diametralmente contrapuestas: el escritor ve la raíz del mal dentro de la persona, mientras que el político la ve fuera, en las otras personas, que, de este modo, se convierten en enemigos mortales.

Pero, por desgracia, Lenin se convirtió en un profeta más agudo que Tolstói a la hora de prever el futuro de Rusia. Al cabo de diez años, la doctrina leninista triunfó en el país; la doctrina de Tolstói, como había

predicho su adversario, «careció de todo sentido práctico». El terror de la Revolución resultó incomparable con el terror del poder anterior, tanto por el número de víctimas como por el número de verdugos. En una Rusia así, Tolstói era simplemente impensable; sus ideas eran incompatibles con la nueva realidad. Si hubiera vivido durante los años del gobierno bolchevique, es seguro que no habría podido evitar la espada represiva de la Checa.

Pero a pesar de todo lo dicho Tolstói estuvo en la Lubianka, aunque a título póstumo. Su hija Aleksandra fue represaliada, así como casi todos sus discípulos, los partidarios de su doctrina, conocidos como *tolstovtsi*. Incluso la Palabra del gran escritor, al parecer, cayó en una mazmorra de la prisión...

Enero de 1991. Rusia profunda. Ciudad de Cheboksari, república de Chuvashia. Dirección local del KGB. Un agente del Comité está echando un vistazo a un antiguo expediente de los archivos, el de un tal Pochúyev. Se trata de una carpeta corriente con un expediente corriente, sin duda amañado, exagerado, como muchos otros. Al final de la carpeta hay una bolsa enganchada, de la que el agente del KGB, sin sospechar nada, extrae un sobrecillo gris muy deteriorado; en su interior hay una hoja de papel biblia con un texto mecanografiado. No cree lo que ven sus ojos: «14 de diciembre de 1909, Yásnaya Poliana...», y debajo, con letra grande y espaciada, una firma: ¡«Lev Tolstói»!...

Se envía enseguida un mensaje al jefe superior en Moscú, acompañado del propio expediente: la Lubianka quiere certificarlo personalmente. Así es como la carta de Tolstói llega a manos de la «antitroika». Krayushkin me la muestra sin poder ocultar su entusiasmo. Al cabo de unos días, tras confrontar la firma y algunas correcciones a mano que aparecen en la carta con autógrafos conocidos, se confirma sin ninguna duda la autoría de Tolstói.

¿Quién era este tal Pochúyev y cómo la palabra de Tolstói había ido a parar a su expediente de instrucción?

Pochúyev era precisamente uno de esos revolucionarios cuya vida defendió el escritor. En 1909 fue juzgado por tomar parte en una revuelta contra el gobierno zarista y desterrado a los Urales, a Oremburgo, donde trabajó como maestro de escuela. Desde allí dirigió al sabio de Yásnaya Poliana la eterna pregunta que la mayoría de los rusos le dirigía: ¿qué hay que hacer para vivir? ¿Cuál es la razón principal de la vida?

Esta es la respuesta de Tolstói:

> Nikolái Aleksándrovich, no le puedo decir nada más de lo que ya he dicho en mis libros, de los que le envío unos ejemplares.
>
> En las secciones correspondientes al 27 de junio, al 28 de julio y al 28 de agosto de los libros *Na kazhdi den* [Para cada día], podrá consultar lo que hace referencia a su situación. Creo que si una persona tiene como principal objetivo de su vida el perfeccionamiento moral (no el servicio a los demás, sino el perfeccionamiento moral que siempre se convierte en servicio a los demás), ningún condicionante externo puede impedirle lograr ese objetivo. Esta es mi respuesta a su pregunta. En cuanto a la mejora de su situación material, yo le aconsejaría describir, si eso no le resulta muy complicado, su vida de la forma más verídica posible. Un relato acerca de lo que tiene que sufrir la juventud, que se ha liberado de las supersticiones del pueblo, sería algo muy instructivo para mucha gente. Conozco editores que con sumo gusto incluirían en sus publicaciones un relato de este género, lógicamente si está bien redactado, y le puedo decir que se lo pagarían muy bien.
>
> LEV TOLSTÓI

Los volúmenes de *Na kazhdi den*, que menciona en su carta, son una recopilación de aforismos y alegorías que Tolstói realizó a partir de obras de pensadores de distintas épocas y culturas, así como de escritos personales. Según cuenta el propio Tolstói, es un libro de cabecera para todo aquel que busque el sentido de la vida, con una lección para cada día del año; una obra que no hay que leer como un libro cualquiera, sino poco a poco, día tras día, para comprender la moraleja que se oculta detrás de cada pensamiento. Al abrir el libro por las páginas que le indicaba Tolstói, el joven pupilo de Oremburgo podía extraer el programa de vida que le recomendaba el escritor, basado en la fe cristiana, el arrepentimiento y el perfeccionamiento moral como medios para librarse del mal que impera en el mundo y en el ser humano.

Dicho de otro modo, Tolstói señala a su corresponsal que el camino natural del desarrollo de la historia humana es la evolución, y le advierte de los peligros de la Revolución. El futuro destino de Nikolái Pochúyev, según podemos corroborar por la documentación de su expediente, nos indica que no siguió el consejo de Tolstói. Pero no fue el único. ¿Cuántos intelectuales advenedizos como él no escucharon el testamento que Tolstói les había legado y decidieron seguir una senda más seductora y sencilla, la que les mostraba Lenin, sacando el mal fuera de su propia persona? La Revolución no ofrecía un camino introspectivo, sino común, de libertad ilusoria, pues, como ha demostrado la historia soviética, el hombre seguía sumido en la esclavitud.

Lev Tolstói no consiguió convencer a Pochúyev. Después de cumplir su destierro y de regresar a su tierra natal, en Chuvashia, el joven maestro se lanzó de nuevo a la actividad revolucionaria. Fue el cabecilla de un grupo de socialdemócratas, un grupo famoso entre nuestros historiadores porque dirigió una carta al mismo Lenin. La búsqueda de la verdad les guió hasta el querido maestro.

Después de Octubre, estuvo en la vanguardia de los constructores del socialismo. Fue de los primeros en ingresar en un *koljoz.* Su retrato fue expuesto en el museo de Chuvashia como revolucionario destacado de la República.

En 1937 su devoto servicio a la causa de Lenin le hizo merecedor de una «recompensa»: una troika del NKVD le condenó a diez años de reclusión en un campo de trabajo. Nunca regresó.[10]

La Revolución devora a sus hijos. El mal engendra el mal, el enemigo engendra al enemigo, con lo que resulta un círculo vicioso de destrucción mutua.

En la detención de Pochúyev se confiscó la carta de Tolstói junto con otros documentos. Parece que a los órganos no les interesaba en absoluto, ya que el acta de instrucción no refleja ningún comentario sobre la carta. «Carecía de todo sentido práctico»... La carta del autor clásico desapareció

sin dejar rastro en el archivo, hasta nuestros días, hasta que una casualidad la ha rescatado del olvido.

Sus contemporáneos no escucharon a Tolstói. ¿Le escucharemos nosotros?

LOS LUGARES GENUINOS SON EL ALMA Y LA CONCIENCIA

«Cuando pienso en el destino de mis amigos y conocidos, no veo lógica alguna –decía Iliá Ehrenburg–. ¿Por qué Stalin no tocó a Pasternak, un independiente, y, en cambio, aniquiló a Koltsov, que cumplía sus encargos a conciencia?»

En efecto, ¿por qué?

Borís Pasternak vivió sometido a un férreo control y a la violencia del poder. El golpe fatal podía caer sobre él en cualquier momento. En más de una ocasión, los órganos represivos le persiguieron; en los archivos de la Lubianka hay decenas de deposiciones.

A Pasternak pudieron prenderle en 1933, cuando detuvieron y mandaron al exilio a su viejo amigo, el escritor Serguéi Bobrov, arrestado junto a una prueba: el manuscrito de su novela «antisoviética y contrarrevolucionaria», *Blizlezháshchaya neizvestnost* [La incertidumbre próxima]. Entre las personas que habían leído esa novela y que la habían aceptado «como una sátira de la situación en la URSS», Bobrov nombró a Pasternak. Además, Pasternak contribuyó a la difusión de la novela. En el expediente de Bobrov hay una prueba: una carta original que Pasternak le dirige (la fecha no consta, pero la carta se puede atribuir al período comprendido entre las fechas de publicación de la novela de Bobrov y la de su arresto, es decir, entre el 5 de octubre de 1931 y el 28 de diciembre de 1933).

Arbat, callejón Bolshói Nikolo-Peskovski, casa 5, apart. 9. A S. P. Bobrov

Querido Seriozha:

No vengas hoy, por favor, ven mañana (día 8) a las nueve de la noche. Estarán Zelinski y Dinamov[11] (redactores de *Literatúrnaya Gazeta*). Te ruego que traigas el manuscrito de *La incertidumbre próxima*. Te agradecería encarecidamente que lo trajeras, sin haber decidido todavía si su lectura se hará durante esta velada u otra. Me gustaría que habláramos sobre ella en presencia de D. y con H. G y Zina. Ven sin falta con Maria Pavlovski, si está libre.

Tuyo,

BORÍS

Es evidente no sólo el conocimiento del peligroso manuscrito sino la propaganda que hizo de él. Pasternak quería hacer circular la novela, y organizó su lectura, a la que invitó a un buen grupo: los críticos literarios Zelinski y Dinamov, el famoso pianista Heinrich Gustavovich Neuhaus[12] y su mujer, y a la esposa de Bobrov, la traductora Maria Pávlovna Bogoslóvskaya.

A Pasternak pudieron arrestarle en 1937, por las declaraciones de otro escritor inculpado, Borís Pilniak, que decía ser su mejor amigo y correligionario. Ese mismo año Pasternak se negó a firmar una carta colectiva de los literatos aprobando la ejecución de Yakir, Tujachévski[13] y otros jefes militares.

En 1937, el mismo poder le previno del arresto: simplemente habían tomado el nombre de Pasternak, entre otros, y lo habían añadido a la vergonzosa carta publicada por los escritores.

A Pasternak podían haberle arrestado en 1939, por las declaraciones de Mijaíl Koltsov y Vsiévolod Meyerhold, juzgados y fusilados en un día.

Después de someterle a torturas durante varios meses, Koltsov declaró (el 23 de marzo) acerca de las peligrosas relaciones de Pasternak con escritores burgueses occidentales. Empezó con el incidente en el Congreso Internacional de Escritores de 1935 en París:

André Gide, que presidió el congreso, manifestó por «todos los medios» su entusiasmo por la URSS y el comunismo. Sin embargo, al mismo tiempo, entre bastidores, manifestó una hostilidad y animosidad hacia los delegados soviéticos y los comunistas extranjeros. Ehrenburg, que compareció como delegado de André Gide y de los franceses, declaró en su nombre y en el de ellos su descontento con la composición de la delegación soviética y, en particular, por la ausencia de Pasternak y Bábel. A juicio de Gide y Ehrenburg, Pasternak y Bábel eran la esencia

de los escritores soviéticos del momento y sólo ellos, por derecho, podían representar a la literatura rusa en París. Después de las primeras intervenciones de los delegados soviéticos, A. Gide declaró que el elogio de la buena vida de los escritores en la URSS había causado una pésima impresión en el congreso: «En Rusia, los escritores son una casta privilegiada y bien alimentada, que apoyan al régimen por sus intereses utilitaristas». El tercer día del congreso, Gide comunicó, a través de Ehrenburg, un ultimátum... O invitaban a París a Pasternak y a Bábel, o A. Gide y sus amigos abandonarían el congreso. Al mismo tiempo, se presentó en la embajada y planteó... la misma exigencia. Pasternak y Bábel fueron invitados y llegaron el último día del congreso. Con Pasternak y Bábel pasó algo parecido a lo que pasó con Ehrenburg. Gide y otros escritores burgueses mantenían una relación especial con ellos desde hacía varios años. Gide dijo que sólo confiaba en la información que ellos le daban sobre la situación de la URSS: «Sólo ellos dicen la verdad, todos los demás están sobornados». La relación entre Gide, Pasternak y Bábel no se interrumpió hasta la llegada del primero a Moscú en 1936. Esquivando los encuentros con los dirigentes soviéticos y negándose a recibir información y noticias de la vida en la URSS y de la organización soviética, Gide, en cambio, encontró el modo de pasar unos días con Pasternak en su dacha, donde habló con él durante muchas horas, cara a cara, no sin antes pedir a los demás que se alejaran. Habiendo conocido el talante antisoviético de Pasternak, sin duda eso inspiró una parte considerable de los escritos calumniosos de Gide, en particular sobre la vida cultural en la URSS...

La reacción de los órganos a la confesión de Koltsov no se hizo de rogar: «Según su declaración es preciso arrestar a los participantes de la organización antisoviética nombrados por él».

Conclusiones similares se extrajeron con el caso de Meyerhold: «Precisar las circunstancias de sus relaciones y la atracción hacia la organización contrarrevolucionaria por parte de B. Pasternak y Y. Olesha.

Y Meyerhold proporcionó las precisiones requeridas. La verdad es que se retractó enseguida, en cuanto volvió en sí tras ser torturado:

No mantuve conversaciones con B. Pasternak... en contra del Partido ni del gobierno. No recluté para una organización trotskista ni a B. Pasternak ni a Y. Olesha... ni a D. Shostakóvich. No encargué ninguna misión a estas personas. El grupo de estos escritores y músicos se fundamentaba en la base de una unidad de la concepción del arte, no comportaba ninguna influencia trotskista. A B. Pasternak no le encomendé la tarea de seleccionar a los escritores de talante antisoviético para la organización trotskista. B. Pasternak nunca me dijo que me ayudaría a captar para la organización trotskista antisoviética a S. Kirsánov y O. Brik…

Meyerhold escribió a Molotov un mes antes de su ejecución: bajo tortura declaró contra los «trotskistas» Pasternak, Ehrenburg, Shostakóvich y otros representantes del mundo de la cultura pero cuando «volvió a un equilibrio relativo» refutó esas acusaciones, que calificó de «delirios». Es posible que la renuncia de Meyerhold a esas supuestas mentiras salvara a Pasternak de un arresto inminente.

El arresto se gestaba. Y, sin embargo, no se produjo. Todavía esa no era la voluntad del Amo.

> Pasternak escribió:
> Mi alma es el consuelo
> De quienes están a mi alrededor.
> Se ha convertido en el sepulcro
> De los que han sido enterrados en vida…

Su vida pendió de un hilo siempre y es un verdadero milagro que la haya conservado. En cualquier momento pudieron venir a llevárselo, ya fuera por las declaraciones de sus amigos o enemigos detenidos, por la información que servían los delatores o, incluso, por cualquier razón que se inventaran. El archivo de la Lubianka está lleno a reventar de información que comprometía gravemente a Pasternak. Ni siquiera en los años de la guerra, cuando fue evacuado a la pequeña Chistopol, junto al río Kama, cesó la vigilancia sobre él. Anotaré apenas unos pocos fragmentos de los informes que contienen los archivos.

«Acerca de manifestaciones antisoviéticas y opiniones negativas entre los escritores y los periodistas»: Informe especial de la Dirección de contrainteligencia el NKGB de la URSS, del 24 de julio de 1943.

> … Algunos elementos enemigos expresan estados de ánimo derrotistas e intentan infundir el espíritu antisoviético en quienes les rodean. Tal es el caso, por ejemplo, del poeta B. L. Pasternak, quien se manifestó en estos términos: «… Quiero escribir, pero no me dejan escribir lo que quiero. No quiero escribir como quien obedece señales de tráfico: que si dale por aquí, que si por allá no puedes avanzar… Yo tengo la lengua muy larga. No soy como ese Marshak que sabe acomodarse a lo que le ordenan. Ni sé acomodarme, ni quiero hacerlo. Hablaré sin tapujos, por mucho que sepa lo mal que podría acabar. Tengo un nombre y quiero escribir. No le temo a la

> guerra. Estoy dispuesto a morir, a marchar al frente, pero a la hora de escribir, no me pidan que lo haga siguiendo un patrón determinado y no como me viene en gana…».

Al grupo de escritores que volvía a Moscú desde Chistopol le ofrecieron un barco especial. Al término del viaje, los escritores pensaron que sería una buena idea dejar a la tripulación un Libro de agradecimiento con impresiones anotadas por cada uno de ellos. La idea fue acogida con enorme entusiasmo… Al llevarle el libro a Pasternak para que escribiera lo suyo, propuso escribir: «Dos cosas quiero: darme un baño en el río y libertad de imprenta».

> Por lo visto, Pasternak se toma en serio a sí mismo como un poeta con dotes proféticas al que callan la boca. Y por eso escurre el bulto y evita responder claramente a las cuestiones planteadas por la guerra, mientras se mantiene ocupado haciendo traducciones de Shakespeare y cultivando su «yo poético», ajeno a la suerte de su pueblo y su país, como si dijera «Deja que el pueblo se ocupe de su destino, que yo tengo bastante con ocuparme del mío». Estamos haciendo un seguimiento muy serio de los escritores que manifiestan actitudes abiertamente antisoviéticas…

Pasternak también pudo ser arrestado más tarde.

En 1947, Pasternak traducía, al mismo tiempo, a Sándor Petöfi y a Shakespeare y trabajaba en una novela. Y de repente, en el periódico *Kultura i Zhizn* [Cultura y vida] apareció un artículo de Alekséi Surkov:[T1] «Ha ocupado la oposición del eremita, que vive fuera del tiempo... Una posición idealista y subjetiva... Vive en desacuerdo con la nueva realidad... Con malevolencia evidente, e incluso cólera, responde a la Revolución soviética... Calumnia directa a la nueva realidad...».

Y la conclusión: «La literatura soviética no puede reconciliarse con su oposición».

No era un artículo: era una denuncia política en la prensa. La acusación fue recogida en otros periódicos, estigmatizan a Pasternak en las asambleas por «recursos espirituales pobres... incapaces de engendrar una gran poesía», e incluso porque su obra «ha causado un perjuicio en la poesía soviética».

Se sucede una espiral sucesiva de acosos. Pasternak no se acostumbra a los ataques públicos. Y como no se ofende, conserva una apariencia tranquila e incluso encuentra fuerzas y tiempo para apoyar a aquellos que le tienen en más baja estima.

En el archivo de la Lubianka ha sobrevivido felizmente una carta inédita de Borís Pasternak dirigida a la traductora Yelena Dmitrievna Orlóvskaya y a su compañero, el poeta balkar Kaisin Kulíev, en Frunze. Durante ese tiempo, Kaisin Kulíev se había exiliado voluntariamente en Kirguistán para compartir la suerte del pueblo balkar, deportado por Stalin. ¿Cómo cayó esta carta en manos de los chequistas? No se ha podido clarificar si fue interceptada, confiscada durante un registro o simplemente robada.

CARTA CERTIFICADA

Frunze. Correos. A lista de correos. Yelena Dmitrievna Orlóvskaya
22 de noviembre de 1947

¡Querida Yelena Dmitrievna!

No he recibido las cartas que usted menciona en la carta que recibí hace un mes. Esta última la respondí enseguida por medio de una postal y luego cambié de parecer respecto a enviársela: estoy destrozado por lo que me dispongo a contarle.

Hoy he consultado a Skosirev[14] por teléfono sobre el destino de los versos que usted envió a *Druzhba*... No se publicarán, pero no por su «incapacidad como traductora», como usted indica. Al contrario, no los publicarán porque les gustan mucho, incluso demasiado, más de lo que permiten otras circunstancias que los acompañan.

Usted es muy buena conmigo y todo lo exagera. No obstante, su carta trasluce perspicacia y talento y respira una gran devoción por los grandes proyectos, así que me resulta más conveniente admirarlas que agradecerlas.

Pero, imagínese, en algo no se equivoca. No sé por qué, y a pesar de mis pequeñas faltas, se me ha dejado en libertad y dado en el mundo un lugar destacado, y ahora mi deber es ocuparme de él y justificarlo.

Y aunque en la teoría y en la práctica la escritura de la novela (después de un año y medio he tenido que interrumpirla) es el mejor relleno de este sitio que ocupo, a diario [...] me toca llenar esa vacante de la manera más importante, con perplejidad y sufrimiento, y cómo podría ser de otra manera, cuando me invaden los elementos propios de la perversión y del sofismo, que me ahogan. Lo único bueno es que no me conviene extenderme, incluso si me cloroformizaran por la cobardía. Hablarán mis brazos y mis piernas, tan claro como concreto.

No se desanime, no se imagina cuánto la echo de menos. La diferencia entre la «ruidosa» capital y un «lugar perdido» es tan insignificante como quimérica. En todas partes se está más o menos igual. Y es que los lugares genuinos son el alma y la conciencia, en vez de la ciudad. Sobre mi mesa hay una carta suya y ustedes están más presentes aquí que cientos de laureados que desprecio; estoy con ustedes dos con el pensamiento y el alma.

No tengo fotografías acertadas. Pero una, aunque sea fallida, será relegada al libro de poemas escogidos. En cuanto salga el libro, les enviaré un ejemplar a usted y a K. Kulíev.[15] ¿Tienen mi traducción de *Hamlet* y mis *Poetas georgianos*?

Dígale a Kaisin que aquí todo el mundo le recuerda con cariño. Después de Yesenin, él es mi recuerdo más brillante en mi memoria, en el sentido de la evidencia viva del talento y la rectitud de su descubrimiento. Debe saber que su desventura de hoy es una eventualidad insignificante y pasajera. [...]

No hay límites para los derechos creadores de una gran persona espiritualizada en verdad por el valor, es decir, por su disposición hacia las víctimas. La historia del alma en el mundo es única y universal... Nada está perdido, no es preciso compadecerse ni temer nada.

Perdone que le escriba de paso y a toda prisa. La mitad de este garabato se debería escribir de una manera más llana y precisa, pero ahora he encontrado el tiempo.

Que lo pasen bien y sean felices en este momento.

Tan pronto como pueda les escribiré, no me olvidaré de hacerlo.

Les bendigo.

Suyo,

BORÍS PASTERNAK

A Pasternak pudieron «apartarlo» de la sociedad en 1949, cuando tras la derrota del Comité Judío Antifascista se arrestó a un gran grupo de intelectuales judíos y se desató una campaña en contra de los «cosmopolitas sin procedencia».

Una de las víctimas fue el profesor y doctor en filosofía, el crítico literario Isaak Markóvich Nusinov, el cual el 19 de abril fue interrogado en detalle y con parcialidad sobre Pasternak. El oficial instructor consiguió obtener algunos datos sobre el poeta suficientes para catalogarle entre la pléyade de «enemigos del pueblo».

Nusinov informó, por ejemplo, de que en 1941 Pasternak fue invitado por el jefe del Comité Judío Antifascista, el actor Mijoels,[16] a participar en un mitin y que, en un principio, aceptó aunque después rechazó la invitación.

«Dijo –indicó Nusinov en el interrogatorio– que consideraba vana no sólo su intervención en el mitin sino su realización en general, dado que podía provocar una reacción desfavorable en los círculos gubernamentales de Alemania y que, de alguna manera, se reflejaría en el destino de los judíos.»

Cuando en octubre de 1941 se evacuó a los escritores de Moscú, sitiada por los alemanes, Nusinov coincidió en el tren con Pasternak y otros hombres de letras, los críticos Shklovski y Gúrvich. En el trayecto, como indicó Nusinov, Shklovski y Gúrvich aceptaron los nefastos ataques antisoviéticos contra dirigentes del Partido y el gobierno y los calumniaron. Y Pasternak, ¿qué? Pasternak, aunque permanecía callado, por sus réplicas separadas se entreveía claramente su solidaridad con las manifestaciones antisoviéticas.

Después, el destino unió a Pasternak y a Nusinov en la pequeña ciudad de Chistopol, destino de muchos escritores tras la evacuación y donde la hostilidad del poeta se mostró sin ambages.

Habló sobre la «incapacidad de crear una gran literatura en las condiciones soviéticas...», se lamentó del rigor con que operaba la censura soviética y argumentó que todos los redactores y editores creaban condiciones insoportables para los escritores para «curarse en salud»..., afirmó que, debido a esta situación, muchos literatos habían dejado de escribir o bien escribían obras insignificantes.

Y después, más todavía. El oficial instructor extrapoló las opiniones literarias del poeta a la esfera de la política, consiguiendo que el preso acorralado echara más leña al fuego.

> Pasternak considera que el final de la Segunda Guerra Mundial irá acompañado de transformaciones democráticas sustanciales en la Unión Soviética, siguiendo el modelo parlamentario burgués, a partir del que se establecerá una carta atlántica. [...] Sólo entonces será posible demostrar el talento de los escritores, no sólo a él, sino a muchos otros «chiticallas».
>
> En uno de nuestros paseos, Pasternak [...] me dijo que en Rusia, aunque con retraso, tendrían lugar aquellos acontecimientos que hacía tiempo habían experimentado los estados europeos... En Francia, Robespierre, y en Inglaterra, Cromwell, habían establecido la dictadura que suspendió la vida de ambos países, aunque esas dictaduras fueron de corta duración y, por eso, no perjudicaron al pueblo. En nuestro país, en Rusia, dijo Pasternak, el período de la dictadura se ha

> dilatado demasiado y, por lo tanto, se ha reflejado desfavorablemente en el desarrollo de la cultura de los pueblos del país. [...]

Al final, se amenazaba con arrestar a Borís Pasternak poco antes de su muerte, a principios de 1959, cuando estalló el escándalo mundial en relación con la publicación de *El doctor Zhivago* en el extranjero, lo que le valdría al autor la concesión del premio Nobel y que se discutiera la cuestión sobre su privación de la ciudadanía soviética y expulsión del país.

El fiscal general de la URSS, Rudenko, interrogó al poeta durante dos horas y le asustó: «Sus acciones forman parte de un delito peligroso que afecta al gobierno y, en virtud de la ley, arrastra una responsabilidad criminal...».

Sin embargo, esta vez las autoridades se limitaron a amenazar.

Durante toda su vida Pasternak vivió bajo la amenaza de arresto, en el punto de mira de los órganos vigilantes.

No obstante, ¿por qué Stalin dejó con vida a Pasternak? ¿Consideró que vivía en las nubes y que, por lo tanto, no molestaría al dios terrenal? O tal vez valoraba tanto su talento que le permitió vivir con la esperanza de que le glorificara, a él, al líder, y le loara con su pluma. Y es que, en una ocasión, Pasternak así lo había hecho, en el número de Año Nuevo de *Izvestia* en 1936, atendiendo a la petición de Bujarin. Era agradable, por supuesto, que le llamara «genio», aunque lo hiciera de una manera bastante complicada y vaga:

> Y por ese genio de la acción
> está tan absorbido el otro poeta
> que se hace pesado como una esponja
> con cualquiera de sus rasgos.
>
> A pesar de lo pequeño que es,
> en esa fuga de dos voces
> cree en la mutua conciencia el uno del otro
> de esas esencias infinitamente diametrales.

«No, ¡esto no es para las masas! Déjalo que sobreviva –debió de pensar Stalin–, tal vez madure. Cortarle la cabeza no es ningún problema, será más útil inclinársela...»

El poema revela la actitud de Pasternak hacia Stalin: la hipnotización del ídolo de la historia pero, no obstante, también la separación, la oposición fatal «de esas esencias infinitamente diametrales».

En general, el verdadero poeta se pone al descubierto con la Palabra, hace una «deposición» abierta. Y no sólo a través de los versos.

«Se me ha dejado en libertad... dado en el mundo un lugar destacado, y ahora mi deber... es justificarlo», dice Pasternak en su carta a Orlóvskaya. No lo dice claramente, pero es fácil leer entre líneas al pensar en categorías de libertad y esclavitud, de culpa o justificación. Y Pasternak no pensaba sólo en sí mismo: se sentía responsable de su misión como poeta.

Andréi Platónov acuñó la denominación «El vedado revolucionario llamado Comunismo Universal». Durante siete décadas en ese vedado se desarrolló una cacería, una redada, dirigida contra todos aquellos que se distinguían por su inteligencia y su talento.

A PLENA VOZ

La Unión de Escritores Soviéticos desapareció, pero la literatura sobrevivió.

Los manuales y las enciclopedias reproducen la historia solemne y oficial de esa literatura, pero hay otra historia, la de la auténtica literatura, a la que no se puede aplicar la etiqueta de «soviética». Ahora, al observar nuestro pasado sin prejuicios, la descubrimos en toda su plenitud y esencia. Y vemos cómo, siguiendo el vía crucis de la Palabra rusa, no sólo no sucumbió, sino que se enfrentó a la esclavitud espiritual. Y que no estaba integrada por personalidades artificialmente sublimadas, sino por monumentos literarios dignos e imperecederos...

En 1919, la Checa detuvo a Aleksandr Blok. El poeta pasó sólo una noche en la cárcel, en una celda común, con gentes dispares y de distintas ideologías. Se cuenta que había un poco de todo –monárquicos, kadetés, mencheviques, socialistas revolucionarios– y que estuvieron discutiendo

acaloradamente hasta primeras horas de la mañana. ¿Acerca de qué discutían? Por supuesto, del futuro de Rusia. Únicamente Blok se mantenía callado, ensimismado. Al final, cuando les venció el cansancio, se dirigieron a él:

–Y usted, ¿qué opina, Aleksandr Aleksándrovich?

–Todo esto es muy entretenido e interesante –respondió Blok–. Pero en todo este futuro vuestro, ¿qué lugar tiene reservado el artista con su oficio de hombre sin hogar?...

La Revolución, que el propio Blok había anhelado, acabó por triunfar, y aquellos artistas que deseaban servir a su oficio independiente, y no a la Revolución, no fueron bienvenidos y cayeron en desgracia. Sin duda, el verdadero artista siempre se lleva mal con su época, a la que se adelanta en aras de una existencia humana más digna. Pero aun así, es mejor no tener techo que tener techo y camastro en una celda en la barraca de un campo de trabajo.

Consternados por el abismo de maldad que se abre a nuestros pies, aún no estamos en condiciones de comprender completamente nuestro pasado reciente ni de extraer una lección histórica. Todavía estamos sobrecogidos, como si nos halláramos ante una fosa común. Con todo, es necesario compensar al pueblo de este saqueo espiritual y reagrupar los fragmentos esparcidos de nuestra literatura, como si se tratara del espejo roto de la verdad.

El tormento infligido a la literatura empezó a aplicarse ya en los primeros días del régimen soviético. Hubo escritores, como Nikolái Gumiliov, que murieron en tiempos del «terror rojo». Muchos de los mejores maestros de la Palabra se vieron obligados a emigrar y ya nunca pudieron volver.

Justo antes de su prematura muerte, Aleksandr Blok escribió estas notas inconsolables: «Todo ruido ha cesado... No se oye ningún murmullo...». Las palabras de Serguéi Yesenin: «En esta vida, morir no es ninguna novedad, pero, por supuesto, tampoco lo es vivir...», y de Vladímir Mayakovski: «No

tengo otra salida... En serio, no hay nada que hacer...», suenan como señales de socorro en una atmósfera cada vez más enrarecida.

Las persecuciones y las represiones continuaron sin descanso, incluso aumentaron de intensidad, durante décadas. En 1922, Lenin y Trotski, por medio de la OGPU, desangraron nuestro pensamiento filosófico y científico cuando expulsaron del país a la flor y nata de la *intelligentsia*. A finales de la década de 1920 se inició una nueva campaña contra los pensadores, los artistas independientes, a los que se llamaba «compañeros de viaje», preparando el terreno para su aniquilación masiva. Después de la colectivización y del empobrecimiento del campesinado –que mantenía a todo el país– se llevó a cabo con gran éxito la colectivización del granero espiritual: la literatura. Se suprimieron todas las organizaciones de escritores y se creó una sola, la Unión de Escritores, una especie de «zona» del Gulag que aunque no tenía alambradas estaba provista de su propio sistema de represión.

Pronto no sólo exterminaban a los «compañeros de viaje», sino también a algunos de los hermanos comunistas; la guadaña de la represión no establecía diferencias y segaba vidas en todas partes. De los seiscientos delegados presentes en el Primer Congreso de Escritores de la Unión Soviética, más de un tercio murió como consecuencia de las purgas. Algunos protagonistas de este libro fueron asesinados precisamente entonces, durante la pesadilla sangrienta que asoló el país entre 1937 y 1940.

La marea de la represión contra la literatura no hizo distinciones, alcanzó a todos. No sólo a los fusilados y a los hacinados en las prisiones y en los campos de trabajo, no sólo a los deportados a los lugares más lejanos del país y a los exiliados allende sus fronteras, sino también a todos aquellos cuya vida fue mutilada, cuyos libros fueron prohibidos, cuya herencia fue represaliada. Unos fueron empujados al suicidio, como Marina Tsvietáieva, a otros se les prohibió publicar nada durante años y sufrieron la persecución, como Mijaíl Bulgákov, Andréi Platónov, Anna Ajmátova, Borís Pasternak o Aleksandr Solzhenitsin. También sufrieron la represión aquellos artistas a los que se obligó a «reprimir su propia voz» y que, pese a

tener por delante una carrera brillante y prometedora, terminaron matando su propio talento para conservar la vida. También fueron represaliadas aquellas personas cuyas «chispas divinas» no lograron encenderse por culpa del ambiente sofocante. Y resulta espantoso afirmar que, aunque la propia naturaleza de la creación es contraria a la violencia, en nuestro país todos los talentos, sin excepción, fueron condenados a la represión. No hay nada más cierto.

Con el talento en el punto de mira, ejecutaron el alma del pueblo.

> Sobre el amor susurran o cantan.
> De dolor, gritan o aprietan los dientes.
> En honor de los asesinados, enmudecen, o hablan
> a plena voz...

Estos versos fueron escritos por Yelena Vladímirova, una reclusa de Kolymá. Suenan como un testamento, un mensaje para la época actual. No parece que hayan sido escritos en papel fino, sino grabados sobre piedra. Una piedra situada en la encrucijada de la historia de la humanidad.

La tumba de nuestra memoria histórica. Números, nombres, personas... Nadie puede imaginar en su totalidad la fiesta de la muerte. Nadie puede abarcar esta masa humana de asesinados, ni las listas de ejecuciones, ni las noches de fusilamientos. Y, sobre todo, no se puede abarcar con la conciencia.

El martirologio de los escritores represaliados crece sin parar, aparecen nuevas estrellas en el negro abismo del cielo, emergen mundos enteros. Se pretendió colgar una placa conmemorativa en la casa central de los escritores, cerca de la placa donde estaban los nombres de los muertos en la guerra. ¡Enseguida comprendieron que el espacio en las paredes no era suficiente!

A fecha de hoy sólo se puede decir que durante los años del poder soviético represaliaron a más de 3.000 escritores y otros 2.000 fueron fusilados o murieron en las cárceles y en los campos, sin esperanza para la

libertad. No sólo rusos. Las pérdidas fueron globales: exterminaron a casi todos los escritores armenios, a toda la intelectualidad del pequeño pueblo de los cheremíes, a todos los escritores udmurtos, altaicos, bashkirios, komis... No hubo pueblo ni lengua en el territorio del Imperio soviético que se librara de esta tragedia.

«Y vi... las almas de los que habían muerto por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que ellos tenían –pontificó san Juan en el Apocalipsis–. Y fueron juzgados los muertos por lo que estaba escrito en los libros conforme a las obras.»

La Palabra no sólo es arte, es una forma de que la persona se manifieste, de que pueda traslucir su don. También es un intento de salvar al hombre. El hombre que vive no sólo en la franja de tiempo reducida y personal, en esa raya entre las fechas de nacimiento y muerte inscrita sobre la losa fúnebre –las grietas por las que se escurre la vida–, y en el gran tiempo histórico junto con los antepasados y los descendientes, sino en todos los tiempos, en lo que llamamos inmortalidad.

El hombre no tiene un mejor instrumento para su comprensión, ni mejor fármaco contra la desmemoria, que la Palabra, que vincula el alma con la carne.

La literatura rusa ha demostrado su derecho a esta misión con su martirologio interminable, el servicio abnegado al Dios-Palabra. Como dijo una periodista americana: «Rusia es un país que mata a sus poetas y engendra a hombres dispuestos a morir por su poesía».

Los asesinaron de noche. Y la tiniebla de esa noche aún hoy no se ha disipado. No sólo porque los testigos hayan muerto, los detalles se hayan borrado, los documentos se hayan destruido o falsificado, sino por la valoración jurídica de los actos criminales: no se juzgó a los asesinos, desde Stalin a Blojin.

Dejamos escapar el «momento de la verdad», cuando se pudo cambiar el curso de la historia y no sólo por las palabras, sino por reconocer por ley

el terror de Estado soviético con sus crímenes contra el hombre y la humanidad sin plazo de prescripción. No tuvimos un Núremberg.

Y aquellos que hoy tratan de dar por zanjado este tema, tal vez, esconder la verdad más importante y trágica, voluntaria o involuntariamente, se convierten en cómplices del crimen. No hubo comprensión, ni confesión, ni depuración, la lección trágica del pasado no se asimiló. Nosotros sólo hicimos preguntas malditas y no respondieron a ninguna de ellas. A las preguntas rusas de antaño –¿Quién es culpable? ¿Qué hacer?– se añadieron otras nuevas: ¿por qué? ¿Por qué murieron millones de inocentes? ¿Por qué nuestro pueblo en el siglo XX ha sido capaz de semejante docilidad servil, de semejante delación y profusión de verdugos?

Las feroces represiones contra millones de personas, castigadas sin haber cometido ningún crimen, se convirtieron en un crimen sin castigo. No vencimos la enfermedad de la amnesia histórica, el cansancio de la conciencia, ese sueño de la razón que engendra monstruos. Y el pasado, como un lagarto, repta hasta el presente. Podemos convertirnos de nuevo en repetidores en la escuela de la historia. Y el crimen, inevitablemente, se repetirá.

«La oscuridad persiste. Perdura y se alimenta a sí misma», escribió el poeta Leonid Kanneguíser antes de que lo fusilaran en la Checa de Petrogrado. Pero hay también una salvación a la oscuridad, la nombró el autor de un inspirado libro, el padre Potap de Oriol-gorodok: «¡Oh, hombre, conoce tu dignidad!».

Sobre el abismo sólo es posible volar.

---

1. G. B. Sandomirski (1882-1938). Prosista, ensayista. Fue fusilado en el campo de trabajo Bamlag.

2. S. S. Dinámov (1901-1939). Investigador. Director de la revista *Internatsionálnaya literatura*. Fue fusilado.

3. I. I. Trujin (1912-1943). Escritor. Fue arrestado en 1941 y condenado a diez años de reclusión. Murió en el campo de trabajo.

4. A. S. Oljón (Pestiujin) (1903-1950). Poeta. Vivió en el destierro entre 1930 y 1935.

5. Aleksandr Ivánovich Bálin (1890-1937). Poeta. Fue fusilado. I. G. Goldberg (1884-1938). Prosista. Fue fusilado. P. P. Petrov (1892-1941). Escritor. Fue fusilado.

6. B. A. Diákov (1902-1992). Prosista, autor de unas *Memorias*.

7. G. Y. Smolianov (1907-1937). Poeta, prosista. I. A. Vladski (1910-1937). Prosista. Ambos fueron fusilados.

8. D. L. Andréyev (1906-1959). Poeta, prosista. Fue arrestado en 1947 y condenado a veinticinco años de prisión. Cumplió condena en la cárcel de Vladímir hasta 1957.

9. A. V. Belinkov (1921-1970). Prosista, ensayista, experto en literatura. Fue arrestado en 1944 y condenado a ocho años de trabajo correccional. Mientras cumplía esa condena fue juzgado nuevamente y le cayeron otros veinticinco años. Fue puesto en libertad en 1956. En 1968, aprovechó un viaje al extranjero para emigrar.

10. N. A. Pocháyev (1883-1942). Contable del Instituto Técnico Agropecuario de la ciudad de Yadrin de la república socialista soviética autónoma de Chuvashia. Fue arrestado en 1937 acusado de «agitación contrarrevolucionaria destinada a sabotear los planes de organización de las cooperativas agrícolas». Murió en un campo de trabajo debido a «parada de la actividad cardíaca».

11. S. S. Dinamov (1901-1939). Estudioso de la literatura. Director de la revista *Internatsionálnaya literatura*. Fue fusilado.

12. H. G. Neuhaus, artista emérito y profesor del Conservatorio de Moscú, fue arrestado en 1941 y condenado por el Consejo Especial del NKVD a una pena cinco años de destierro prevista en el artículo 58, párrafo 5, del Código Penal. Gracias a las gestiones que en su favor emprendieron numerosas personalidades del arte, Neuhaus fue autorizado a regresar a Moscú en 1944.

13. I. E. Yakir (1896-1937). Militar. Comandante de Ejército de Primer rango. Fue fusilado. M. N. Tujachévski (1893-1937). Héroe de la guerra civil. Mariscal. Fue fusilado.

14. P. G. Skosirev (1900-1960). Prosista, poeta, traductor, colaborador de la revista *Druzhba Narodov* [La amistad de los pueblos].

15. La edición ya impresa de estas *Obras escogidas* fue destruida y no llegó nunca a los lectores.

16. Véase nota 1, p. 38 en el capítulo sobre Bábel.

T1. Alekséi Aleksándrovich Surkov (1899-1983). Poeta ruso, primer secretario general de la Unión de Escritores. *(N. de los T.)*